Índice

Sinopsis

La leyenda negra que condujo a la subordinación social y cultural de Hispanoamérica y de España durante siglos, y que las ha llevado a no reconocer su enorme y rico legado, ha sido la obra más genial del *marketing* político británico, estadounidense y, curiosamente, soviético. Esta monumental obra rebate, uno por uno, todos los clichés creados durante generaciones y demuestra que nada separa a España de América, ni a América de España, salvo la mentira y la falsificación de la historia, y lo hace desde diferentes perspectivas y valiéndose de múltiples referencias como la literatura o el cine.

MARCELO GULLO OMODEO

MADRE PATRIA

Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán

Prólogo de Alfonso Guerra



A Alfonso Guerra, María Elvira Roca Barea, Aquilino Duque,
Frigdiano Álvaro Durántez Prados, Santiago Armesilla,
Javier Portella y a todos los españoles que se atrevieron
a enfrentar la leyenda negra.

A la memoria de José Enrique Rodó, Manuel Gálvez,
José Vasconcelos, Manuel Baldomero Ugarte, Rufino Blanco Fombona,
Vicente Sierra, Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui,
que lucharon hasta el final de sus días contra
la falsificación de la historia de Hispanoamérica.

A la memoria de doña Ricarda Marcos de Martín, mi «abuela»
castellana, que me quiso como a uno de sus propios nietos.

A mis maestros Luis D'Aloisio, Helio Jaguaribe
y Alberto Methol Ferré.

A mi amigo Javier Riera, quien me brindó la oportunidad
de convertirme en escritor.

A mi amigo Roberto Vitali por su invalorable ayuda en
la corrección de este libro.

A mis hijos, Juan Carlos, María Inés y Antonio,
a los que amo profundamente.

A Inés, de quien me enamoré en Granada y con quien quiero
caminar de la mano hasta el final de nuestros días.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento:
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

JOSÉ HERNÁNDEZ, *El gaucho Martín Fierro*

Solo es libre el hombre que no tiene miedo.

FRASE ATRIBUIDA A LOS TERCIOS

¿Callaremos ahora, para llorar después?

RUBÉN DARÍO

PRÓLOGO

Madre patria es un viaje hacia el pasado, hacia un momento decisivo de la historia de todos los países hispanohablantes: el momento del descubrimiento, la conquista y el poblamiento de América.

Es un viaje hacia las fuentes históricas que no pueden disociarse del poder de la cultura en la lucha que las grandes potencias han realizado en todos los tiempos.

En esas luchas las potencias que se enfrentaban a España utilizaron la deformación de la historia como método de denigración de España y de los españoles, creando una visión nefasta de la actuación española y difundiendo lo que se conoce como la leyenda negra.

Una leyenda negra es una elaborada operación para lograr la imagen distorsionada de un país, con el objetivo de perjudicar los intereses del país denigrado y obtener beneficios para aquellos que ponen en marcha la manipulación. En verdad, es la exacerbación de un nacionalismo que para avanzar sobre otros países lanza a la opinión pública una especie fabulada entre otros datos reales.

Aquella escaramuza no es una excepción en la historia, en cada momento se ha producido una propaganda negativa contra el país dominante. Lo que diferencia a la leyenda negra española es que, lejos de ser combatida por las víctimas de la desinformación, fue asumida, interiorizada, por ellas, hasta con un cierto placer morboso. Quinientos años después no son pocos los españoles, incluso algunas instituciones públicas, que mantienen una posición que da carta de veracidad a las graves falsedades difundidas por los que se oponían a España hace ya cinco siglos.

Es deslumbrante —y muy eficaz para luchar contra las mentiras sobre España— que haya de ser un español de América, el profesor Marcelo Gullo Omodeo, quien asuma la defensa de la acción española en la América hispana.

El autor rinde un tributo excepcional a la verdad histórica con argumentos que se sostienen sobre las posiciones de especialistas y

protagonistas históricos de toda clase y condición, desde el marxismo al peronismo, sin olvidar a los liberales. Gullo Omodeo expone con claridad y precisión sus razones para desmontar la leyenda negra y las apuntala con testimonios directos de personajes que representan un amplio arco ideológico, lo que dota de mayor legitimidad a la ganada por sí mismo con sus certeras aseveraciones.

El profesor no ha escrito solo un libro de historia, sino que sabe ligar los acontecimientos del momento actual con los hechos históricos, mostrando cómo la leyenda negra tuvo consecuencias que llegan hasta nuestros días. Un ejemplo claro está en la hispanofobia que sienten hoy los dirigentes políticos nacionalistas de Cataluña, que solo se puede explicar porque siguen enganchados a la leyenda negra y buscan cualquier señal para oponerse a España y ¡a su lengua!

También ha tomado una decisión heroica: luchar contra «el núcleo duro de la subordinación cultural que sufrimos desde hace más de doscientos años». Y la califico de heroica porque no son muchos los españoles dispuestos a dar esa batalla por la verdad.

El autor nos narra, con sencillez y precisión, la excepción que representó España al cuestionarse a sí misma la legalidad de la conquista. El emperador Carlos V solicitó la opinión de los estudiosos y los filósofos más importantes del momento, convirtiendo la conquista en una hazaña militar, sí, pero también en un intento de hacer prevalecer la justicia, precisamente en una época brutal y sanguinaria.

En Salamanca, y a tenor del cuestionamiento de la conquista, nacerá el Derecho Internacional y la teoría de los derechos humanos, instrumentos muy valiosos, sobre todo a partir de que el imperialismo inglés convirtiera la riqueza y el poder en la medida de todas las cosas sin ningún principio moral que pueda frenar ambas ambiciones. Y así hasta hoy.

Marcelo Gullo Omodeo parte de un principio elemental, pero que no siempre es respetado al analizar los hechos históricos: no se puede juzgar el pasado con los valores políticos y morales que se han desarrollado en épocas posteriores. No es admisible el presentismo, el juicio a los que actuaron en circunstancias muy diferentes de las actuales con los criterios dominantes cuando se emite el juicio; eso sería juego turbio.

Y es que sería inútil intentar comprender el presente sin entender el pasado. No puedo resistirme a una cita del profesor por su vibrante actualidad y magistral explicación:

¿Qué pasaría si a un pueblo se le tergiversa o se le falsifica su pasado? ¿Qué le sucedería a un pueblo si sus niños y sus jóvenes estudian una historia, la de su propio pueblo, intencionadamente falsificada? La respuesta es simple: ese pueblo perdería su «ser», su «ser nacional». Aquello que le hace ser lo que es quedaría vacío de contenido, como un cuerpo sin alma. Eso es exactamente lo que le acontece a España en estos momentos, y de ahí los impulsos separatistas, el peligro de su disolución. Adelantemos ahora una premisa clave: la leyenda negra es el corazón de la falsificación de la historia de España y de Hispanoamérica. Es decir, la historia de los pueblos hispánicos ha sido deliberadamente falsificada, y el olvido y la falsificación de la historia ha llevado, tanto en España como en Hispanoamérica, a la pérdida de su ser nacional.

Como sostiene el filósofo marxista argentino Hernández Arregui:

> Todo eso exige una revisión de la historia. Revocar la imagen aceptada sin crítica sobre España y sobre la América hispánica [...] que ha marcado nuestra servidumbre material y cultural a lo largo de los siglos XIX y XX; [es necesaria] la abolición del concepto sobre España difundido por la oligarquía argentina, cuyos intereses de clase [como en todas las oligarquías de todas las repúblicas hispanoamericanas] la trocaron en un apéndice del Imperio británico.

Gullo Omodeo señala con acierto que la leyenda negra ha pasado a formar parte del núcleo duro de lo políticamente correcto, esa nueva forma de censura que castra la libertad y que solo es útil para que los autoritarios eliminen de la competencia a todo aquel que se niegue a seguirle, sea en el ámbito político, académico o periodístico. El profesor aporta una numerosa nómina de los conceptos que no «deben» ser mencionados cuando se opina sobre la conquista. Es lo que Gullo llama subordinación ideológico-cultural:

> Hoy, en las universidades que pueblan Hispanoamérica, negar la leyenda negra de la conquista española de América y afirmar que a los conquistadores españoles no solo les movía el afán de riqueza y que no fueron violadores en serie de las mujeres indígenas y asesinos de los pueblos originarios implica condenarse al ostracismo.

También confirma la fuerza de la creación de situaciones falsificadas a lo largo de la historia mediante la exposición de algunos casos relevantes, como la organización del viaje de Lenin —exiliado en Suiza— a Petrogrado, realizada por los servicios secretos del Imperio alemán a fin de que Rusia abandonara la guerra; el soborno de los generales franquistas a cargo de la diplomacia británica —con la especificación de las cantidades a

cada general con nombres y apellidos— para garantizar la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial; la «gallardía» del general Franco negando en Hendaya a Hitler la participación en la guerra o la utilización que hizo la CIA de la novela *Doctor Zhivago* para debilitar a la Unión Soviética.

Estos y otros ejemplos dan idea de cómo durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX la Casa de Orange, Francia y Gran Bretaña usaron el libro de Bartolomé de las Casas para dañar el poder y el prestigio del Imperio español de una manera extraordinaria y casi irreversible.

En la actualidad, y a partir de 2007, la crisis económica surgida en los Estados Unidos de Norteamérica, y exportada al mundo entero, anuncia un reverdecer de los nacionalismos egoístas, con su correlato de organizaciones políticas totalitarias. El mundo creyó en 1945 que se habían vencido para siempre los fascismos, pero hoy muestran de nuevo su apetencia de dominio de la sociedad.

La globalización y la concentración de Estados en unidades supranacionales, regionales —la Unión Europea es un buen ejemplo —, ha reavivado las reivindicaciones territoriales; así, en España (Cataluña, País Vasco), Reino Unido (Escocia), Bélgica (flamencos y valones), Francia (Córcega), Alemania (Baviera), Italia (Padania), etc.

En todas las unidades subestatales se elabora una historia falsificada, se manipulan los datos reales de la historia de los pueblos para justificar su pretensión de fragmentar el territorio de la nación. Para ello han de recurrir a la mentira, en la búsqueda de ofensas y humillaciones que nunca existieron, pero que ayudarán a reclutar a ciudadanos descontentos que vivirán su filiación a estas ideas «nacionales» como se vive la pertenencia a una secta, con una actitud acrítica, ciega, sumisa.

El profesor Gullo Omodeo sostiene con verdadera agudeza que la Unión Europea se verá abocada a solucionar su problema demográfico —el envejecimiento de su población— mediante una inmigración masiva, con lo que las identidades nacionales originarias pueden sufrir un proceso de disolución. La solución para España está en una inmigración que habla su misma lengua y tiene una concepción de la organización de la sociedad semejante a la de la sociedad de acogida. Pensando en tramos largos de la historia, la reconciliación de españoles e hispanoamericanos se lograría con una nueva convivencia a través de los inmigrantes

hermanos. Solo restaría el abandono de la leyenda negra a este y a aquel lado del océano.

Termina el libro con estas palabras:

> Para que España siga siendo España es necesario que usted y todos los españoles europeos recuerden ahora —y nunca más vuelvan a olvidarlo— que ningún hispanoamericano —moreno, indio o criollo— es extranjero en España y que los españoles americanos sientan que ningún español europeo es extranjero en Hispanoamérica.

Cómo bien dijo Alejandro Pandra en su intento de abatir los mitos fabricados contra España:

> Al fin la leyenda negra parece haber ganado su batalla cultural, determinando conciencias, costumbres y prejuicios. Pero los tiempos están maduros para la restauración de la verdad.

No es otra la tarea que el profesor Gullo Omodeo emprende con este libro —derribar mitos—, que generará polémica, pero que también ofrece al lector que mantenga su mente abierta la posibilidad de romper numerosos prejuicios que una política de difamación ha logrado instalar en los pueblos hispanoamericanos y, particularmente, en el pueblo español.

El lector descubrirá otra realidad, con continuas sorpresas al paso de su lectura. Estas breves líneas de introducción no pretenden abarcar la amplitud de los muchos temas que trata el libro, documentadísimo, en la línea de los libros de María Elvira Roca Barea, que apasionará al lector, aunque por abordar de manera directa tantos asuntos aquel pueda encontrar alguna discrepancia de criterio, como cuando vierte opiniones sinceras sobre el controvertido concepto del peronismo.

En resumen, *Madre patria* es un libro bien escrito, con un estilo cuidado y directo, que puede ser calificado de libro de historia, pero también de política, de sociología y de ética pública, y que proporciona una inmensa cantidad de interesantes datos. Es, por supuesto, un gran alegato frente a la difamación histórica contra España, la leyenda negra, y un grito de hermandad de todos los pueblos hispanoamericanos.

ALFONSO GUERRA

La leyenda negra: el huevo de la serpiente

Estimado lector: a usted, que ya tiene este libro en sus manos, le propongo realizar un viaje hacia las fuentes de donde surgen muchos de los fenómenos que hoy vemos. Un viaje al pasado para volver al presente, ese presente que hoy nos aflige, llevando un mejor bagaje de hipótesis explicativas con las que partiremos a indagar el futuro. Presente-pasado-presente-futuro han sido siempre las coordenadas de mi método al escribir mis libros, y le confieso que ya estoy mayor para cambiar de método.

Le invito, pues, a navegar hacia las fuentes, pero le advierto —para que no me diga que voy a aburrirlo— que ese surcar el mar del tiempo nos llevará inevitablemente a aquel momento decisivo de la historia de todos los países hispanoparlantes, de uno y otro lado del Atlántico, que es el descubrimiento, la conquista y el poblamiento de América.

Le debo prevenir también del hecho de que ese viaje hacia las fuentes no se puede realizar sin establecer un adecuado marco conceptual que explicite la importancia del poder cultural en la lucha que las grandes potencias han sostenido —y sostienen— por la hegemonía mundial. Es preciso también dar cuenta del papel decisivo que ocupa la subordinación cultural en la política exterior de los Estados, una subordinación que siempre utilizan como instrumento para la imposición sutil de su voluntad. Asimismo es importante establecer la diferencia teórica que existe entre imperio e imperialismo, porque en ella radica la posibilidad de comprender que no fue la codicia la que movió a España a conquistar América, tal y como predicaron constantemente, a lo largo de la Historia, los enemigos de España.

Tanto para los españoles americanos como para los españoles europeos navegar hacia las fuentes implica más dificultades y desafíos que las que Ulises hubo de afrontar cuando intentaba volver a su patria. Y esto es así porque nuestra historia ha sido deliberadamente tergiversada.

La leyenda negra de la conquista española de América constituyó el principal ingrediente del imperialismo cultural anglosajón para derrotar a España y dominar Hispanoamérica. Vargas Llosa, de quien nadie podría sospechar simpatías franquistas o abrigo de viejos sueños imperiales trasnochados, afirma que«contribuyó a la extensión y duración de la leyenda negra la indiferencia con que el Imperio español, primero, y, luego sus intelectuales, escritores y artistas, en vez de defenderse, en muchos casos hicieron suya la leyenda negra, avalando sus excesos y fabricaciones como parte de una feroz autocrítica que hacía de España un país intolerante, machista, lascivo y reñido con el espíritu científico y la libertad»[1].

Buscando el huevo de la serpiente, el filósofo marxista José Hernández Arregui, a quien nadie en su sano juicio podría acusar de «falangista», llega a la siguiente conclusión:

> El menosprecio hacia España arranca de los siglos XVII y XVIII como parte de la política nacional de Inglaterra [...]. Es un desprestigio de origen extranjero que se inicia con la traducción al inglés, muy difundida en la Europa de entonces, del libro de Bartolomé de las Casas: *Lágrimas de los indios: relación verídica e histórica de las crueles matanzas y asesinatos cometidos en veinte millones de gentes inocentes por los españoles.* El título lo dice todo. Un libelo[2].

En definitiva, la leyenda negra, a través de la cual se produjo la subordinación cultural pasiva de España, que dura hasta nuestros días y que la lleva a no reconocer a sus hijos y a preferir en su suelo a los rubios teutones o, en Cataluña, a los descendientes del antiguo invasor, fue la obra más genial del *marketing* político británico.

Entendemos también que no es fácil comprender que el pasado explica el presente. Y a usted, con razón, le preocupa el presente. Por eso, a estas alturas, seguro que quiere preguntarme: «Don Marcelo, ¿qué relación podría existir entre el deterioro de los salarios en España y la leyenda negra? ¿Qué relación podría existir entre el separatismo catalán, que amenaza con hacer implosionar la unidad de España, y la leyenda negra?...». Y, así, usted podría seguir preguntándome durante un buen rato y mi respuesta siempre sería la misma: que esa relación existe, aunque usted no lo sepa.

Escucho ahora la voz de un lector venezolano que me pregunta: «Profesor, ¿qué relación hay entre las manifestaciones indigenistas que en la ciudad de Quito, capital de Ecuador, obligaron al presidente Lenin Moreno a abandonar la ciudad y a huir a la

ciudad de Guayaquil y la leyenda negra? ¿Qué relación hay entre la situación de Argentina o de México —países que teniéndolo todo no son nada— y la leyenda negra? ¿Qué relación hay entre la miseria y el hambre que sufren hoy los venezolanos y la leyenda negra?...». Y mi respuesta vuelve a ser la misma: esa relación existe, aunque usted no lo sepa.

De todo eso es de lo que voy a hablar en este libro.

Cansado ya usted de esta introducción, mi querido lector español, podría preguntarme: «Bueno, ¿y de qué nos sirve conocer la verdad o la falsedad de la leyenda negra de cara al futuro?». Y yo, un poco enojado, le contestaría: «Sirve para que China no convierta a España en un parque temático y a ustedes en los extras de la película que vean los chinos cuando vuelvan a sus casas. Para que mañana y pasado mañana, usted, sus nietos y sus bisnietos puedan, en cualquier barrio de Madrid, Sevilla o Alicante, seguir tomándose en las cálidas tardes de julio una caña o un tinto de verano. Porque solo una inmigración masiva de hispanoamericanos podrá salvaguardar a España, que ya tiene una pirámide funeraria de un trágico final anunciado, y hacer entonces que España siga siendo España. Pero eso requiere de una profunda reconciliación entre los españoles americanos y los españoles europeos, una reconciliación para la cual hay que terminar con el mito de la leyenda negra, con lo que coloquialmente en Argentina denominamos *zonceras* —esas ideas dominantes que no nos dejan ver la realidad tal cual es y que son repetidas *ad nauseam*— relativas al genocidio de los pueblos originarios, a que España no descubrió América, a que Cortés conquistó México porque tenía dos arcabuces, cuatro perros y diez caballos, a que en Perú, antes de que llegara el cruel Pizarro, había un paraíso comunista donde todos los pueblos sometidos por los incas comían, bebían y danzaban alegremente».

De todas esas *zonceras* me propongo hablarles en este libro, porque constituyen el núcleo duro de la subordinación cultural que sufrimos desde hace más de doscientos años.

Escucho de nuevo la voz del lector venezolano: «¿Profesor, y a nosotros, todo eso de ayudar a España y terminar con el mito de la leyenda negra, qué diablos nos importa?». Y yo le contesto: «Bueno, a mí me importa porque en los años que me quedan de vida, que espero sean muchos, quiero seguir visitando España y seguir disfrutando en Madrid de unas tapas de jamón o chorizo ibérico con una caña, o en Segovia de un cochinillo con un buen vino, y que no me pase como me ocurrió en Cherburgo-Octeville,

un pueblecito perdido del norte de Francia, donde, en el único bar que estaba abierto para cenar algo, me dijeron que ahí no se servía ni vino, ni cerveza, ni jamón, ni embutidos, ni ningún producto que fuera francés. El pueblecito parecía Francia, pero ya no era Francia».

Claro que, si me tranquilizo un poco, podría darle otra respuesta: nosotros los hispanoamericanos —e incluyo a nuestros hermanos brasileños— no estamos divididos porque seamos subdesarrollados, sino que somos subdesarrollados porque estamos divididos. Y hoy el fundamentalismo indigenista, que tiene su raíz en la leyenda negra y se expande como un huracán que lo destruye todo a su paso, amenaza con provocar una nueva fragmentación territorial de la ya inconclusa nación hispanoamericana, lo que terminará haciéndonos aún más subdesarrollados.

La propagación de la leyenda negra y del indigenismo fue parte sustancial de la política exterior de Gran Bretaña, de Estados Unidos y, curiosamente, de la Unión Soviética. Todos esos «buenos muchachos» que cada 12 de octubre desfilan por las calles de Lima, Santiago de Chile o Buenos Aires contra la conquista española de América, siendo lo mejor que tenemos, porque son jóvenes idealistas, son al mismo tiempo la mano de obra más barata del imperialismo internacional del dinero, que utiliza el fomento del indigenismo para realizar una nueva balcanización de Hispanoamérica.

Los más originales pensadores hispanoamericanos, que en este libro englobamos bajo la denominación de la «generación de la indignación», como José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Manuel Ugarte o Manuel Gálvez, se manifestaron contra el mito de la leyenda negra. Ninguno de los grandes líderes populares de Hispanoamérica fue indigenista ni partidario de la leyenda negra: ni Hipólito Yrigoyen, ni Juan Domingo Perón, ni Eva Perón, ni Víctor Raúl Haya de la Torre… Ni siquiera el mismísimo comandante Fidel Castro fue partidario de la leyenda negra, aunque, muy a su pesar, tras el acuerdo con la Unión Soviética y su «conversión» al comunismo, tuvo que ponerse el uniforme «negrolegendario». Pocos saben que el mítico Che Guevara admiraba a los conquistadores.

De todos estos temas trata este libro, porque todos ellos tienen relación con el destino tanto de los españoles americanos como de los españoles europeos.

Por último, estimado lector, me gustaría que supiera que no tengo ningún vínculo sanguíneo con España. Mis cuatros abuelos nacieron en Italia, unos en el norte y otros en el sur. Por mi abuelo materno, militante comunista y compañero de Antonio Gramsci, sentí siempre un profundo cariño, y a él le debo mi vocación por la política. Durante mi infancia jamás le escuché hablar de España, y mi padre maldecía siempre a su «paisano» Cristóbal Colón —al que le gustaba llamar Cristoforo Colombo— por haber pedido ayuda para su soñado viaje a los Reyes Católicos y no al rey de Inglaterra.

Sin embargo, debo confesarle dos cosas: la primera es que tuve una abuela «postiza» —«abuela de cariño», dicen en Perú— a la que quise entrañablemente, doña Ricarda Marcos de Martín, nacida en Miranda del Castañar, un pueblecito de la provincia de Salamanca perdido en el tiempo. Doña Ricarda me crio como a su propio nieto y fue en su casa donde por primera vez escuché hablar de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.* Ahora que lo pienso bien, es una suerte haber tenido una «abuela» castellana.

La segunda es que uno de mis apellidos es Castrogiovanni, evidentemente un soldado español que se quedó en Sicilia e italianizó su nombre y apellido. A veces me gusta imaginar que aquel Juan Castro que se quedó en Italia fue compañero de armas del Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba. Nací en la ciudad de Rosario, a orillas del majestuoso río Paraná, que en guaraní quiere decir «río hermano del mar», y soy, como ya se habrá dado cuenta, argentino y, por tanto, un español americano. Porque la lengua en la que sueño, pienso, amo y a veces odio es el español. Por ello, nada de lo que acontezca en España y en Hispanoamérica me es ajeno.

Los reinos de Indias



Virreinato de Nueva España (1535-1821)
Virreinato del Perú (1542-1824)
Virreinato de Nueva Granada (1719-1819)
Virreinato del Río de la Plata (1776-1816)

1

CLAVES PARA COMPRENDER EL TABLERO DE AJEDREZ MUNDIAL

El mundo está en gran medida gobernado por teorías, verdaderas y falsas.

CHARLES BEARD

Durante siglos, el Mediterráneo fue el gran protagonista de la historia y de la leyenda. Luego lo fue el «mar tenebroso», que era como los antiguos llamaban al océano Atlántico, y avancemos que, sin duda, hoy día ese papel principal lo tiene el océano Pacífico. Desde las playas del Mediterráneo se miraban y entraban en contacto tres continentes: Europa, Asia y África. En las costas del Mare Nostrum, gustaba recalcar Federico Hegel, surgió Grecia —poderoso foco de luz—, el judaísmo y el cristianismo, y no muy lejos, en la Meca y Medina, la fe musulmana.

Para los hebreos y otros pueblos de Oriente Medio, el extenso territorio poco conocido y situado al oeste, es decir, «donde se pone el sol», era Europa. De hecho, con la voz semítica *Ereb* se nombraba el poniente y el crepúsculo. Los navegantes fenicios hicieron conocer esta palabra a los griegos y romanos, y estos últimos la divulgaron con la forma latina de «Europa».

Fueron los fenicios los primeros que se atrevieron a surcar el Atlántico y los primeros que establecieron relaciones comerciales con la India. A las costas de Fenicia llegaban el lino y los cereales de Egipto; la lana y el vino de Damasco; los bordados de Babilonia y Nínive, los caballos de Armenia; el cobre de las costas del mar Negro; el plomo de España; la mirra y el incienso de Arabia; el marfil, el ébano y el algodón de la India, y las especies de las misteriosas islas de Catay y de Cipango, ubicadas en la lejana Asia.

Por el Mediterráneo llegó la milenaria civilización asiática a la península y las islas griegas, y a partir de ese momento los

filósofos, artistas y poetas helenos crearon los temas esenciales de la cultura occidental. Roma hizo del Mediterráneo su mar y preparó las rutas por las cuales caminarían los apóstoles del nazareno. Tierra adentro, hacia el norte nebuloso, un mundo, el de los bárbaros, una Selva Negra. Con los monjes cristianos de la Edad Media, la selva de los bárbaros quedaría incorporada a Europa. Paradoja de la historia, los bárbaros llegaban tarde, pero con el paso del tiempo se creerían los padres y dueños de Europa. En ese escenario faltaba América.

La «hora del Atlántico»

Cuando todos los continentes comenzaron a interactuar, hace aproximadamente cinco siglos, empezó a formarse, lentamente, lo que hoy denominamos «el gran tablero de ajedrez mundial».

En 1453, los turcos se apoderaron de Constantinopla y una tormenta histórica se abatió sobre Europa. El poder musulmán —liderado por «los turcos»—, con sus cimitarras y su fanatismo religioso, cerró para Europa las puertas de Oriente al tiempo que amenazaba con conquistar Roma. El comercio se detuvo y los productos asiáticos —los básicos y los superfluos— dejaron de llegar a Europa. Ya no arribaban las especias y la seda, el algodón y los tapices, las piedras preciosas y los perfumes. Los turcos habían clavado su puñal en el Mediterráneo, dando comienzo a la «hora del Atlántico».

En un intento por romper el cerco islámico, que amenazaba con estrangular estratégicamente a los pequeños y fragmentados reinos cristianos de Europa, Portugal y Castilla se lanzaron a navegar el Atlántico para llegar a Asia bordeando el poder musulmán, lo que permitía atacar al islam desde su retaguardia.

En Eurasia, a través de la guerra y el comercio, numerosas tribus, reinos e imperios mantenían un contacto más o menos intenso desde hacía siglos, influenciándose unos a otros. Sin embargo, hasta 1521 y 1533, respectivamente, los dos grandes imperialismos del continente americano, el azteca y el inca —que habían asimilado, por la fuerza, a otros muchos pueblos y lenguas—, no habían recibido jamás la influencia de Eurasia. Aztecas e incas desconocían la existencia de Roma, Constantinopla, Damasco, la Meca o Pekín, y nunca habían tenido contacto con los centros de poder euroasiáticos. Solo a partir de la llegada de Hernán Cortés a México y de Francisco Pizarro a Perú, todas las grandes unidades

políticas del mundo se situaron en el mismo tablero, integrando un mismo sistema, lo que significa que las acciones de una unidad política influían —directa o indirectamente— en las demás unidades políticas con una intensidad que dependía del grado de vulnerabilidad que cada una poseyera[3].

La conquista, a debate: la Escuela de Salamanca

Fue en este momento histórico cuando surgieron, con la escuela teológica española —que analizaba la legalidad o ilegalidad de la conquista hispánica de América—, las semillas del Derecho Internacional y el germen de lo que hoy llamamos «derechos humanos». Uno de los representantes más reconocidos de esa escuela fue el padre Francisco de Vitoria, quien, en 1539, desde su cátedra de la Universidad de Salamanca, dio dos clases magistrales sobre la legalidad o ilegalidad de la conquista. Vitoria afirmó por primera vez el derecho sagrado a la vida y estableció el principio de que la soberanía de las unidades políticas quedaba limitada por ese derecho, idea de la que se desprende que ninguna unidad política, amparándose en el principio de soberanía, podía violar en su territorio el derecho natural, lo que, traducido en términos actuales, quiere decir que ningún Estado podía realizar un genocidio excusándose en el principio de soberanía. Sin comprender cabalmente las tesis de Vitoria, el 10 de noviembre de 1539 el emperador Carlos V ordenó el secuestro del texto base de las clases magistrales del padre Vitoria y de los apuntes tomados por sus alumnos.

Sin embargo, la Universidad de Salamanca se negó a doblegarse a la voluntad del emperador, quien, lejos de arremeter contra la institución, comenzó él mismo a cuestionarse la legalidad o ilegalidad de las conquistas que allende los mares realizaban sus súbditos.

Conviene recordar que era la primera y única vez en la historia que una unidad política se cuestionaba si tenía o no derecho a conquistar un territorio. Como afirma Gustavo Gutiérrez, uno de los padres fundadores de la teología de la liberación, «es importante, sin embargo, recordar que solo en España se tuvo el coraje de realizar un debate de envergadura sobre la legitimidad y justicia de la presencia europea en las Indias»[4].

En aquella España premoderna, el poder no era la medida de todas las cosas. Tampoco lo era la riqueza. Para España, sería bueno no tanto lo que le diera poder o riqueza, sino lo que fuese

justo. Ni antes ni después ninguna unidad política actuaría de esa manera. En ese sentido, España fue una excepción histórica.

Tan sincero y profundo fue ese cuestionamiento que el 15 de abril de 1550 Carlos V ordenó detener la conquista de las nuevas tierras hasta que la cuestión estuviese definitivamente resuelta. El emperador creó entonces una comisión encargada de debatir el asunto, la Junta Consultiva para las Indias —compuesta por varios miembros del Consejo de Indias y cuatro teólogos—, que se reunió por primera vez ese mismo año. Se invitó alternativamente al padre Juan Ginés de Sepúlveda, filósofo, historiador y jurista, y a fray Bartolomé de las Casas para que defendieran sus respectivos puntos de vista. Importa resaltar la valiente decisión del emperador al pedir la opinión de los intelectuales más reconocidos de su tiempo, a sabiendas de que sus puntos de vista podían ser absolutamente críticos con la política llevada a cabo por la Corona.

De este extraordinario hecho —que ha sido aplastado por el peso de la leyenda negra— poco saben los españoles americanos y los españoles europeos. Así, como bien señala el historiador Lewis Hanke:

> La conquista de América por los españoles no fue solo una extraordinaria hazaña militar en la que un puñado de conquistadores sometió todo un continente en un plazo sorprendentemente corto de tiempo, sino, a la vez, uno de los mayores intentos que el mundo haya visto de hacer prevalecer la justicia y las normas cristianas en una época brutal y sanguinaria[5].

Cierto es que en Salamanca germinaron las semillas del Derecho Internacional y de los derechos humanos, pero, derrotada España por la modernidad anglosajona y conducido el proceso histórico por el imperialismo inglés, la riqueza y el poder se convertirían, hasta nuestros días, en la medida de todas las cosas.

EL PODER COMO BASE DEL GRAN JUEGO DE AJEDREZ MUNDIAL

Tanto el poder español como el de sus rivales —islámico, francés e inglés— desarrollaron su existencia dentro de un proceso histórico que los abarcó y contuvo, si bien, al mismo tiempo, contribuyeron a conformarlo. Según San Agustín o Hegel, gracias al impulso recibido de fuerzas trascendentes; según Karl Marx, gracias a una dialéctica interna.

La discusión sobre si el proceso histórico obedece a la participación de fuerzas trascendentes o a una dialéctica interna inmanente excede, lógicamente, los límites de esta obra. Sin embargo, resulta interesante destacar las reflexiones del gran politólogo brasileño Helio Jaguaribe[6], que sostiene que la dialéctica interna

> ... se derivó no solo de la lucha de clases, como sugirió Marx, sino de todos los motivos e impulsos que mueven a los hombres a perseguir sus objetivos, desde la simple necesidad de buscar su propia subsistencia hasta un propósito más idealista, como el de Juana de Arco o Fidel Castro. Los hombres en sus actividades humanas, además de a su propia voluntad, se ven sometidos a las circunstancias de su medio material y cultural, y —como sabiamente observó Polibio— al juego arbitrario del azar[7].

¿No puede por analogía decirse lo mismo de las actividades desarrolladas por los Estados en el gran tablero de ajedrez mundial?

> Por consiguiente, el proceso histórico se ve sometido a un cuádruple régimen de causalidad, determinado por factores reales e ideales, el azar y la libertad humana. Los factores reales abarcan todas las condiciones naturales y materiales que rodean al hombre. Los factores ideales contienen la cultura de una sociedad en un momento determinado de la historia y la cultura de las sociedades con las que interactúa. El azar es la manera aleatoria en que, en un espacio y un tiempo dados, se combinan todos los actores para afectar a un actor determinado. Los dos primeros factores (el real y el ideal) son de carácter estructural. Forman el medio objetivo dentro del cual ocurren las acciones humanas. Los dos factores últimos (azar y libertad) son de carácter coyuntural: los hechos humanos ejercen su libertad dentro de un contexto dado por los factores reales y los ideales, según la configuración última de las circunstancias resultantes del azar[8].

Si donde Jaguaribe utiliza la palabra «azar» escribiésemos «fuerzas trascendentes», quizá San Agustín o Santo Tomás no estuviesen tan en desacuerdo con esta definición de proceso histórico.

En este sentido, y refiriéndose a la historia de España, el historiador argentino Vicente Sierra afirma:

> Isabel y Fernando llegaron a reinar por un juego tal de acontecimientos imprevisibles que el historiador se siente como ante títeres movidos por las manos ocultas de misteriosos tramoyistas.

Vale la pena leer atentamente las palabras de Sierra:

> Para que la Corona de Aragón pasara a la testa de Fernando fue menester que la primera esposa de Juan II, la reina Blanca de Navarra, muriera sin descendencia y el rey contrajera segundas nupcias con doña Juana Enríquez, de cuyo matrimonio nació don Fernando. Fue preciso, además, que el príncipe de Viana, heredero de Aragón y Navarra, muriese sin haber contraído enlace y sin sucesión. Para que Isabel fuera reina de Castilla fue necesario que Enrique IV no tuviera descendencia, reconociera la deshonra suya y de la reina y admitiera que había tratado de desheredar a su hermana; y, finalmente, que el infante don Alfonso, hermano de Isabel muriera sin herederos... Los caminos de la historia son oscuros. Sin esta sucesión de acontecimientos extraños a la voluntad de los hombres es probable que el siglo XV hubiera sido distinto de lo que fue[9].

Vencida la idea de «imperio», sustentada por la monarquía española —mientras la Corona inglesa sustentaba la idea de «imperialismo»—, y constituido el sistema internacional a partir del concepto de Estado-nación, se impuso la «razón de Estado» como único criterio válido para la acción política en el ámbito internacional. A partir de entonces, de la mera observación objetiva del escenario internacional se desprende que la igualdad jurídica de los Estados es una simple ficción, por la sencilla razón de que algunos son más poderosos que otros, lo que lleva a que el Derecho Internacional sea siempre un obstáculo, imposible de sortear por el más débil y sencillo de evitar por el más fuerte.

Los Estados existen como sujetos activos en el sistema internacional en tanto en cuanto poseen poder. Poder militar, poder económico y, sobre todo, poder cultural. Solo los Estados que tienen poder son capaces de dirigir su propio destino. Los que carecen de poder militar, económico y cultural suficientes para resistir la imposición de la voluntad de otro Estado, son *objeto* de la historia, porque son incapaces de dirigir sus propios destinos.

En el sistema internacional conformado a partir de la modernidad, los Estados con poder tienden a constituirse en Estados líderes o a transformarse en Estados subordinantes, y, viceversa, los Estados desprovistos de los atributos del poder necesarios para mantener su autonomía (en materia militar, económica y cultural) tienden a devenir en Estados vasallos o en Estados subordinados, es decir, en colonias informales o semicolonias, más allá de que logren conservar los aspectos formales de la soberanía.

A partir de la modernidad, que sitúa a la riqueza y al poder como la medida de todas las cosas, sin ningún principio moral que pueda frenar ambas ambiciones, la hipótesis sobre la que reposan las

relaciones internacionales, como sostiene Raymond Aron, viene dada por el hecho de que las unidades políticas se esfuerzan por imponer, unas a otras, su voluntad[10]. La política internacional comporta siempre una pugna de voluntades: voluntad para imponer o voluntad para no permitir que se imponga la voluntad del otro.

La libertad de los pueblos y la riqueza de los Estados que no tienen poder son siempre transitorias, efímeras, porque la riqueza de algunas naciones suele despertar en otras el deseo vehemente de poseer los bienes ajenos, un deseo que lleva al robo, al hurto y a la estafa; es decir, a sufrir subordinación militar, económica o ideológica-cultural. Esta última es la forma más perfecta para subordinar un Estado, porque se trata de un engaño o un ardid —construido mediante la ideología— con el fin de obtener las riquezas de un Estado, y su subordinación política, sin que se percate.

A partir de la Revolución Industrial, la política exterior de Gran Bretaña tuvo como uno de sus principales objetivos el de imponer a los otros Estados integrantes del sistema internacional la adopción de un modelo económico basado en la apertura indiscriminada de la economía; es decir, en la aceptación absoluta del libre comercio y de la teoría de la división internacional del trabajo. Algo similar a aquello que realizó Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y que, en el medio plazo, también hará la República Popular China. Por lógica consecuencia, el modelo económico adoptado por los Estados sujetos a la presión británica se transformaba en un acto de aceptación o de resistencia a la voluntad de Gran Bretaña como potencia hegemónica y, de esta forma, en el elemento fundamental de la relación con dicha potencia. De esta manera se intrincaba la política económica con la política exterior. Es decir, para todo Estado sujeto a la presión británica, la adopción de un modelo económico basado en el libre comercio o en el proteccionismo económico era en realidad un acto o una acción de política exterior. Este es un dato fundamental para comprender la historia de las repúblicas hispanoamericanas tras la llamada «guerra de la independencia».

La naturaleza del poder

Si hacemos una lectura de las acciones políticas llevadas a cabo por las grandes potencias, es posible comenzar a armar el rompecabezas de la situación mundial. Sin embargo, el «presente»

—es decir, el escenario internacional, las acciones de los Estados, sus respectivas estrategias políticas, económicas e ideológicas, y la propia arquitectura interna del sistema— no se entiende con el mero análisis de la actualidad o con la simple acumulación de crónicas sobre el presente.

Es aquí donde entra en juego la historia, porque es a través del estudio histórico profundo como podemos aproximarnos al conocimiento de la real naturaleza del poder mundial. Por ello, nuestro método va desde el análisis del «estar» —la forma coyuntural del fenómeno político internacional— al análisis del «ser» —la sustancia concreta de dicho fenómeno— para, volviendo al «estar», vislumbrar el devenir. Desde el «hoy» del sistema internacional (o desde el hoy del Estado cuyo comportamiento se analiza en el tablero) hasta su pasado más reciente y más remoto —su «ser»—. En este sentido, y siguiendo a Alberto Methol Ferré, se puede afirmar que, para entender el presente y proyectar hipótesis sobre el futuro, es necesario realizar

> ... un viaje hacia las fuentes de las que surgen los fenómenos que hoy vemos, para volver al presente llevando un mejor bagaje de hipótesis explicativas con las que de nuevo partir para indagar el futuro. Presente-pasado-presente-futuro: si se pudiera graficar nuestro método, estas serían sus coordenadas[11].

Aquí es preciso puntualizar que, para entender el presente de Argentina, España, México o Perú, y proyectar hipótesis sobre sus respectivos futuros, es necesario navegar hacia las fuentes de las que emanan los problemas que hoy observamos, y ese navegar hacia las fuentes nos lleva, inevitablemente, a aquel momento decisivo de la historia de todos los países hispanoparlantes que es el descubrimiento, la conquista y el poblamiento de América. Si volvemos al presente despojados de los prejuicios creados por la subordinación cultural del mundo hispánico al imperialismo cultural anglosajón, rápidamente llegaremos a formular la hipótesis de que la única posibilidad que tiene el mundo hispanoparlante de afrontar con éxito el futuro es a partir de la recreación de su unidad mediante una nueva forma política creativa y original.

Reflexionando sobre la importancia del conocimiento histórico y del método histórico para el conocimiento de los fenómenos políticos y el estudio del tablero mundial, Luiz Alberto Moniz Bandeira afirma lo siguiente:

> Difícilmente pueda comprenderse la política exterior y las relaciones internacionales de un país sin situarlas en su historicidad concreta, en sus conexiones mediatas, en sus condiciones esenciales y en su continua mutación. El pasado —no el pasado muerto sino el vivo— constituye la sustancia real del presente, que no es nada más que un permanente devenir[12].

Cuando se hace hincapié en la importancia del conocimiento histórico para entender la partida que se está jugando —así como a cada una de las piezas que hay en el tablero—, conviene advertir que solamente se puede comprender la realidad de una época en la totalidad de su proceso y que

> ... el conocimiento del proceso histórico exige, pues, la comprensión de los fenómenos en el contexto de la época, ligados a la estructura de la sociedad en que sucedieron, develando los nexos de causalidad, sin recurrir a una abstracta conceptualización de valores, ajena a la realidad de aquel tiempo. No se puede juzgar una época según los valores políticos y morales generados en épocas posteriores[13].

Por tanto, entendemos que el conocimiento histórico es fundamental para la comprensión del hoy —el estado actual de la partida— y para deducir cuál será el próximo movimiento que se producirá en el tablero de ajedrez mundial. El conocimiento de la historia es clave para la previsión de las corrientes de poder del mañana, porque el pasado, como sustancia real del presente, modela el devenir. Así, para Hans Morgenthau, «dibujar el curso de esa corriente [de poder] y de los diferentes afluentes que la componen, y prever los cambios de dirección y velocidad, es la tarea ideal del observador de la política internacional»[14].

No se puede comprender el hoy de España y de toda Hispanoamérica si olvidamos la historia, la historia de la reconquista, la historia de la conquista de América y la historia de la disolución del Imperio. Sería inútil intentar comprender el presente sin entender el pasado.

Cabe aquí una pregunta: ¿qué pasaría si a un pueblo se le tergiversa o se le falsifica su pasado? ¿Qué le sucedería a un pueblo si sus niños y sus jóvenes estudian una historia, la de su propio pueblo, intencionalmente falsificada? La respuesta es simple: ese pueblo perdería su «ser», su «ser nacional». Aquello que le hace ser lo que es quedaría vacío de contenido, como un cuerpo sin alma. Eso es exactamente lo que le acontece a España en estos momentos, y de ahí los impulsos separatistas y el peligro de su disolución. Adelantemos ahora una premisa clave: la leyenda negra es el corazón de la falsificación de la historia de España y de

Hispanoamérica. Es decir, la historia de los pueblos hispanoamericanos ha sido deliberadamente falsificada, y el olvido y la falsificación de la historia han llevado, tanto en España como en Hispanoamérica, a la pérdida del ser nacional.

Por ello, como sostiene Juan José Hernández Arregui[15], para recuperar el ser nacional es obligatorio buscar sus orígenes en la historia y reflexionar sobre la pérdida del ser nacional. El filósofo argentino sostiene:

> Hay, pues, que retroceder a España y al hecho de la conquista, calar en la culturas indígenas y en el periodo hispánico, vadear el más cercano de la caída del Imperio español en América con el ascenso del dominio anglosajón, de ahí pasar a la época actual descifrando la influencia del imperialismo con su tendencia a la disgregación de lo autóctono, y, finalmente, como resultado de este retorno a los orígenes, que es el único método que explica el estado actual de una realidad histórica, denunciar enérgicamente la versión antinacional adulterada sobre estos pueblos, sancionada a través del sistema educativo por las oligarquías dominantes. Todo eso exige una revisión de la historia. Revocar la imagen aceptada sin crítica sobre España y sobre la América hispánica [...] que ha marcado nuestra servidumbre material y cultural a lo largo de los siglos XIX y XX; [es necesaria] la abolición del concepto sobre España difundido por la oligarquía argentina, cuyos intereses de clase [como en todas las oligarquías de todas las repúblicas hispanoamericanas] la trocaron en un apéndice del Imperio británico.

Las falsas imágenes proyectadas por la leyenda negra «actúan como narcóticos culturales»,y por ello,

> ... para reconocernos como hispanoamericanos, es perentorio conocer la historia de la América hispánica, deformada mediante técnicas de penetración y dominio que el imperialismo utilizó durante el siglo XIX para guardarnos desunidos. La exigencia de ahondar en la realidad de la América hispánica responde al imperativo de contemplarnos como partes de una comunidad mayor de cultura. Y en tal orden, el estudio de la historia iberoamericana es la sustancia de nuestra formación como argentinos[16].

Sagazmente, Arregui apunta:

> Uno de los motivos del olvido deliberado del período virreinal por parte de la historiografía de las oligarquías ha respondido al plan oculto de hacerles perder a estos países el recuerdo de la primitiva unidad, bajo el dictado de los intereses extranjeros suplantados por nacionalismos enfermos sin fundamentos geográficos reales[17].

Siguiendo la lógica de Hernández Arregui, ¿no podría pensarse que aquello que en su momento le aconteció a Hispanoamérica le

está sucediendo ahora a la propia España?

El olvido deliberado de la historia de España promovido en Cataluña, en los Países Vascos y, en menor medida, en Galicia, ha provocado en estas regiones la pérdida del recuerdo de su unidad con el resto de los pueblos de la península y la aparición de nacionalismos enfermos.

El poder de las ideas

Es en el mundo de la cultura —en la dimensión cultural de la vida— donde los intelectuales generan las grandes categorías de análisis metapolíticas, que condicionan la llamada política nacional o internacional. Son esas categorías las que permiten al hombre llegar a conocer el mundo que le rodea (la realidad nacional o internacional), pues el proceso de cognición de un objeto no es un simple acto mecánico mediante el cual la realidad se refleja en la conciencia del hombre, sino un proceso complejo en virtud del cual el conocimiento de lo singular, de la experiencia, se interpreta mediante lo general. Así pues, las categorías conforman un mundo (categorial) que, si bien no se percibe de forma inmediata —solo se percibe por sus efectos—, provoca un condicionamiento de la vida política, tanto de los hombres como de los pueblos; tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Las *zonceras* de las que le hablaba, siguiendo al pensador argentino Arturo Jauretche, consisten en

> ... principios introducidos en nuestra formación intelectual desde la más tierna infancia —y en dosis para adultos— con la apariencia de axiomas, para impedirnos pensar las cosas del país por la simple aplicación del buen sentido [...]. Cumplen la misma función de un sofisma, pero más que un medio falaz para argumentar, son conclusiones del sofisma, hecha sentencia. Su fuerza no está en el arte de la argumentación. Simplemente excluyen la argumentación actuando dogmáticamente mediante un axioma introducido en la inteligencia —que sirve de premisa— y su eficiencia no depende, por tanto, de la habilidad en la discusión como de que no haya discusión[18].

Sin duda, como la crítica histórica seria ha demostrado, una de las más grandes *zonceras* que es repetida hasta el hartazgo en cursos, seminarios, programas de televisión, películas y libros es la leyenda negra de la conquista española de América. La leyenda negra es la conclusión de un sofisma hecho sentencia. Hoy, en el mundo universitario iberoamericano, los tópicos establecidos por

la leyenda negra —el genocidio de los pueblos originarios, el robo del oro de América, la destrucción de culturas extraordinarias— no pueden ser cuestionados ni discutidos.

En la actualidad, la ciencia —incluidas las ciencias sociales, tales como la historia, la antropología, la psicología, la sociología, la economía y las relaciones internacionales, entre otras— ha heredado el prestigio de las grandes religiones del pasado y le dice al hombre común lo que es cierto y lo que no lo es. Si los científicos sociales son los que escriben los nuevos textos sagrados, los periodistas, en los diarios, revistas y canales de televisión, son los sumos sacerdotes de la nueva religión. Y en esos nuevos textos sagrados, la leyenda negra de la conquista española de América ocupa un lugar central. Como afirma el sociólogo brasileiro Jessé Souza:

> Es preciso siempre tener en cuenta que [...] son siempre las grandes ideas de intelectuales y especialistas las que están en la base de los programas de los partidos políticos, de la planificación estatal, de aquello que se enseña en las aulas, de lo que se decide en los tribunales y de aquello que se publica en los diarios. Como la genealogía de las ideas dominantes [la leyenda negra es una de ellas] no es realizada o explicitada, es que tenemos la impresión de que las ideas brotan espontáneamente. Eso no es verdad. Son ideas fuerza de intelectuales y especialistas que se conectan a intereses poderosos y logran institucionalizarse como lectura dominante de toda una sociedad sobre sí misma[19].

¿Qué duda cabe de que la leyenda negra se ha institucionalizado como lectura dominante de toda la sociedad española sobre sí misma? ¿Qué duda cabe de que la leyenda negra se ha institucionalizado como la lectura dominante de todas las sociedades hispanoamericanas sobre sí mismas? Cabe preguntarse, entonces: ¿a qué intereses geopolíticos poderosos estuvo y está conectada la producción y difusión de la leyenda negra?

Los pueblos y las unidades políticas que estos organizan adquieren un carácter específico según las circunstancias en que se formaron y desarrollaron. La impronta recibida por las unidades políticas en su etapa fundacional modela su porvenir y, en cierta forma, su comportamiento posterior en el escenario internacional, incluso su comportamiento en la historia misma.

No se puede comprender lo que son Estados Unidos, China, Alemania, Francia, España, México, Argentina, Brasil o Turquía —ni ninguna otra unidad política— sin conocer profundamente su pasado, sus orígenes y cómo evolucionaron a lo largo de los siglos:

> Los médicos, para diagnosticar una enfermedad, generalmente buscan conocer la historia personal y los antecedentes familiares del paciente. El conocimiento de lo que un individuo es o puede hacer, su capacidad y su vocación, se obtiene del modo en que actuó o de lo que produjo a lo largo de su vida, o sea, a través de su *curriculum vitae* o del prontuario policial. Por tanto, la comprensión de un fenómeno político o de la política de un Estado pasa por el conocimiento de la historia, pues si nada es absolutamente cierto, tampoco nada es absolutamente contingente, casual[20].

Se impone aquí, entonces, una pregunta: ¿España, respecto a América, tiene un currículum o un prontuario? La leyenda negra nos ha hecho creer que España tiene únicamente un prontuario.

La conquista de América: el peso de lo políticamente correcto

A esta altura de nuestro razonamiento resulta interesante la reflexión que realiza Jean-Pierre Péroncel-Hugoz[21] tras su prolongada experiencia en los medios de comunicación de masas:

> Cerca de treinta años de periodista al servicio de los diarios franceses más leídos me han hecho aprender por lo menos una cosa: sin tambores ni trompetas, la libertad de expresión no ha cesado durante todo ese período de tiempo de disminuir. No fue necesario para eso de la Gestapo o del Gulag, ni siquiera de un censor. Simplemente, el peso social, profesional, cotidiano, invisible e inodoro, pero rápidamente convertido en incuestionable, del «pensamiento único» y de lo «políticamente correcto», que destruyeron, más que todos los totalitarismos pasados, las plumas y las voces que intentaron oponerse a ese sistema de control político transnacional, inédito en los anales universales de la represión[22].

Es imprescindible remarcar que la leyenda negra de la conquista española de América forma parte del «núcleo duro» del pensamiento políticamente correcto. Cuestionar ese núcleo duro implica asumir el riesgo de ser expulsado automáticamente de la «comunidad académico-científica». Por temor a perder privilegios, honra y hasta amistades, lo políticamente correcto impone entre los académicos no solo lo que hay que decir, sino lo que no se debe decir. Digamos a modo de ejemplo, y solo de paso, que no se debe hablar de la política de mestizaje exitosa fomentada por los Reyes Católicos, de los mestizos que destacaron en la literatura, las armas o el comercio, de los miles de matrimonios felices entre las

doncellas indias y los conquistadores, de las universidades de excelencia creadas por España en América, de los cientos de profesores que España envió a América, de la política de creación de hospitales, de la nobleza indígena que conservó sus privilegios después de la conquista…, pero, sobre todo, no se debe mencionar ni por casualidad el canibalismo reinante en la mayoría de los mal denominados «pueblos originarios» ni la existencia del imperialismo antropófago establecido por los aztecas en la meseta mexicana, porque eso pondría al desnudo el mito del buen salvaje y dejaría al descubierto la falsedad de la leyenda negra, es decir, la historia de la conquista de América escrita por las potencias enemigas de España.

El concepto de subordinación cultural

El pensamiento políticamente correcto —en cuyo núcleo se encuentran, entre otros tópicos, el genocidio de los pueblos originarios acontecido después del descubrimiento de América y la violación sistemática de las mujeres indígenas por los conquistadores españoles— se impuso tanto a las élites políticas como a las masas populares a través de lo que algunos autores han denominado «poder blando» o «imperialismo cultural», pero que nosotros preferimos denominar simplemente subordinación ideológica-cultural.

¿En qué consiste ese poder blando o imperialismo cultural?

Las políticas destinadas a lograr la subordinación ideológica-cultural —es decir, las que pretenden imponer los objetivos de un Estado por medio de la seducción— fueron denominadas, elegantemente, por el politólogo estadounidense Joseph Nye como «poder blando». El propio Nye afirmaba:

> Hay una forma indirecta de ejercer el poder. Un país puede obtener los resultados que prefiere en la política mundial porque otros países quieren seguirlo o han accedido a un sistema que produce tales efectos. En este sentido, es tan importante establecer la agenda y estructurar las situaciones en la política mundial como lo es lograr que los demás cambien en situaciones particulares. Este aspecto del poder —es decir, lograr que los otros quieran lo que uno quiere— puede denominarse comportamiento indirecto o cooptivo de poder. Está en contraposición con el comportamiento activo de poder de mando consistente en hacer que los demás hagan lo que uno quiere. El poder cooptivo puede descansar en la atracción de las propias ideas o en la capacidad de plantear la agenda política de tal forma que configure las preferencias que los otros manifiestan. Los padres de adolescentes saben que, si han estructurado las creencias y las preferencias de sus hijos, su poder será

> más grande y durará más que si solo ha descansado en el control activo. De igual manera, los líderes políticos y los filósofos hace mucho tiempo que han comprendido el poder que surge de plantear la agenda y determinar el marco de un debate. La capacidad de establecer preferencias tiende a estar asociada con recursos intangibles de poder tales como la cultura, la ideología y las instituciones. Esta dimensión puede pensarse como un poder blando, en contraste con el duro poder de mando generalmente asociado con recursos tangibles tales como el poderío militar y económico[23].

Los Estados poderosos cuentan con instrumentos —«oficiales» y «no oficiales»— para lograr la subordinación ideológico-cultural de los Estados más débiles. En términos de Nye, existen «generadores oficiales» —los organismos del Estado— y «generadores no oficiales» —Hollywood, Harvard, la Fundación Bill y Melinda Gates, etc.— de «poder blando». Entre los instrumentos oficiales, Nye menciona a la diplomacia, los medios de comunicación, los programas de intercambio, la ayuda para el desarrollo, la asistencia en casos de desastres naturales o los contactos entre ejércitos. Para Nye, el «poder blando» debe estar dirigido a conseguir la conquista de las mentes y los corazones tanto de las élites como de las masas populares:

> Los estudiantes extranjeros que regresan a su país y llevan consigo ideas estadounidenses aumentan nuestro poder blando, la capacidad de conquistar las mentes y los corazones de otros[24].

Podemos afirmar, siguiendo el pensamiento de Hans Morgenthau, que el objetivo ideal o teleológico de la subordinación cultural, el «imperialismo cultural»,consiste en la conquista de las mentalidades de todos los ciudadanos, tanto de los que hacen la política del Estado al que se quiere subordinar como de la ciudadanía en general.

Para definir el concepto de «Imperialismo cultural», Morgenthau afirma:

> Si se pudiera imaginar la cultura y, más particularmente, la ideología política de un Estado A con todos sus objetivos imperialistas concretos en trance de conquistar las mentalidades de todos los ciudadanos que hacen la política de un Estado B, observaríamos que el primero de los Estados habría logrado una victoria más que completa y habría establecido su dominio, sobre una base más sólida que la de cualquier conquistador militar o amo económico. El Estado A no necesitaría amenazar con la fuerza militar o usar presiones económicas para lograr sus fines. Para ello, la subordinación del Estado B a su voluntad se

> habría producido por la persuasión de una cultura superior y por el mayor atractivo de su filosofía política[25].

A estas alturas de nuestro razonamiento es preciso aclarar que la leyenda negra de la conquista española de América constituyó el principal ingrediente del imperialismo cultural anglosajón para derrotar a España y dominar Hispanoamérica. Inculcando a las élites criollas la leyenda negra, estas hicieron lo que Inglaterra quería que hicieran sin necesidad siquiera de que se lo indicara.

Importa destacar que, para algunos pensadores, como Hernández Arregui, la política de subordinación cultural tiene como finalidad última no solo la «conquista de las mentalidades», sino la destrucción misma del «ser nacional» del Estado sujeto a la política de subordinación. Y aunque generalmente —reconoce Hernández Arregui— el Estado emisor de la dominación cultural (el «Estado metrópoli», en sus propios términos) no logra el aniquilamiento del ser nacional del Estado receptor, el emisor sí logra crear en el receptor

> ... un conjunto orgánico de formas de pensar y de sentir, un mundo-visión extremado y finamente fabricado, que se transforma en actitud «normal» de conceptualización de la realidad [que] se expresa como una consideración pesimista de la realidad, como un sentimiento generalizado de menorvalía, de falta de seguridad ante lo propio, y en la convicción de que la subordinación del país y su desjerarquización cultural es una predestinación histórica, con su equivalente, la ambigua sensación de la ineptitud congénita del pueblo en que se ha nacido, de la que solo la ayuda extranjera puede redimirlo[26].

Esto fue exactamente lo que comenzó a suceder en España en el siglo XVIII, a raíz de la hegemonía de los afrancesados, situación que, sin duda, se intensificó a finales del siglo XIX y que llevó a Ortega y Gasset, ya en el XX, a afirmar que España era el problema y Europa la solución. Sin duda, la sentencia de Ortega nace del sentimiento generalizado de «menorvalía» que sufría España y de la idea producida por ese sentimiento de que la «subordinación» de España y su «desjerarquización» cultural eran una predestinación histórica.

Lo curioso y trágico al mismo tiempo es que la sentencia de Ortega y Gasset siga guiando, hasta el día de hoy, la conducta de la mayor parte de la clase política española. Sin duda, esta anomalía encuentra su razón de ser en que España fue subordinada ideológicamente, «imperializada culturalmente», en términos de Morgenthau, y en esa subordinación ideológica cultural, la leyenda

negra —es decir, la historia de España escrita por las potencias enemigas de España—, ocupa un lugar decisivo.

Destaquemos que, aunque el imperialismo cultural, es decir, el ejercicio de la subordinación cultural por parte del Estado emisor (en el caso que nos ocupa, Holanda, Francia, Inglaterra y Estados Unidos), no logre la subordinación ideológica cultural total del Estado receptor (en el caso que nos ocupa, España y las repúblicas hispanoamericanas), puede dañar profundamente la estructura de poder de este último si engendra, mediante el convencimiento ideológico y la falsificación de la historia, una vulnerabilidad ideológica que resulta ser —en tiempos de paz— la más peligrosa y grave de las vulnerabilidades posibles para el poder nacional, porque, al condicionar el proceso de la formación de la visión del mundo de una parte importante de la ciudadanía y de la élite dirigente, condiciona la orientación estratégica de la política económica, de la política exterior y, lo que es aún más grave, corroe la autoestima de la población, debilitando la moral y el carácter nacionales, ingredientes indispensables —como también señaló Morgenthau— del poder nacional necesario para llevar adelante una política dirigida a alcanzar los objetivos del interés nacional.

La intelligentzia *y la «superestructura cultural»*

El historiador Jorge Abelardo Ramos[27], reflexionando sobre la importancia que tiene la subordinación ideológica-cultural para las grandes potencias, afirmaba:

> En las naciones coloniales, despojadas del poder político directo y sometidas a las fuerzas de ocupación extranjeras los problemas de la penetración cultural pueden revestir menos importancia para el imperialismo, puesto que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de su artillería. La formación de una conciencia nacional en ese tipo de países no encuentra obstáculos, sino que, por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en el suelo natal [...]. En la medida en que la colonización pedagógica —según la feliz expresión de Spranger, un imperialista alemán— no se ha realizado, solo predomina en la colonia el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semicolonias, que gozan de un estatus político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella «colonización pedagógica» se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista, y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material[28].

Arturo Jauretche[29] afirma que, en los países sometidos a la subordinación ideológica cultural, el fruto natural del imperialismo cultural o colonización pedagógica consiste en la conformación de una *intelligentzia,* que puede ser definida como el conjunto de intelectuales nativos cuyas mentalidades han sido conquistadas por la ideología política de la potencia dominante. Por otra parte, sostiene que en los países dependientes siempre existe una «superestructura cultural», que es el instrumental montado por la potencia imperialista en el Estado sobre el cual ejerce su imperialismo cultural para la formación de dicha *intelligentzia,* pues esta garantiza —mejor que una fuerza de ocupación— la subordinación del Estado semicolonial a la metrópoli imperial.

La *intelligentzia* —afirma Jauretche— introduce en el Estado dependiente, bajo la apariencia de valores universales, unos valores relativos que se corresponden con un solo momento histórico o un lugar geográfico específico. Su apariencia de universalidad surge exclusivamente del poder de expansión universal que le dan los centros donde nacen, precisamente mediante la irradiación que deriva de su carácter «metropolitano» (fenómeno muy diferente al de una espontánea incorporación de valores universales a una cultura nacional). Es justamente esa *intelligentzia* la que introdujo en Hispanoamérica la leyenda negra para disolver al Imperio español; el libre-comercio para hacer de cada república un apéndice de Gran Bretaña, y el nacionalismo de campanario para que nunca más se pudiese pensar en la reconstrucción de la unidad perdida.

Siguiendo las reflexiones de Gustavo Battistoni, podemos afirmar que los intelectuales contrahegemónicos son disidentes del sistema que, al no aceptar las ideas hegemónicas, sufren, como castigo, el olvido. Por la presión de la superestructura cultural, que en los países subordinados está al servicio de las estructuras del poder mundial[30].

Hoy, en las universidades que pueblan Hispanoamérica, negar la leyenda negra de la conquista española de América y afirmar que a los conquistadores españoles no solo les movía el afán de riqueza y que no fueron violadores en serie de las mujeres indígenas y asesinos de los pueblos originarios implica condenarse al ostracismo.

Por todo ello es preciso reafirmar que la difusión entre las élites criollas hispanoamericanas de la leyenda negra de la conquista española de América constituyó la columna vertebral del

imperialismo cultural anglosajón para derrotar al imperio «hispanocriollo», ya que sembró en este el germen de la secesión. Luego, curiosamente, la posta de la prédica de la leyenda negra recayó en las manos de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

DIVIDE Y VENCERÁS: CÓMO LAS GRANDES POTENCIAS MANTIENEN SU PODER

A través de la historia para expandir y preservar su poder, las grandes potencias han llevado adelante, siempre que han podido, la división interna y la fragmentación territorial de los Estados rivales.

Caben pocas dudas del hecho histórico de que Gran Bretaña fue, desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, la potencia que más sistemáticamente aplicó la política de fragmentación territorial de los otros Estados integrantes del sistema internacional, y que el mundo hispanoparlante fue la víctima principal de esa política. Fue Gran Bretaña la que, en 1640, en Portugal, motivó y sostuvo la sublevación del duque de Braganza a fin de quebrar la unidad de la península, una unidad entre España y Portugal que se había logrado en 1580 y por la que habían bregado, a lo largo de la historia, tanto los castellanos como los portugueses.

Lograr la independencia de Portugal —independencia que no era de ninguna manera popular ni querida por la mayoría de la población portuguesa— constituyó desde el 1580 un objetivo estratégico de Gran Bretaña, a fin de debilitar al Imperio ibérico.

Portugal nació, así, enfeudado al poder británico, e Inglaterra fue desde entonces el garante de la independencia portuguesa y a ella le debía lealtad la Corona portuguesa. Fue por ello que, en América del Sur, Portugal siempre se comportó como una especie de subimperialismo —era imperialista con respecto a los territorios españoles (se expandía sobre territorios españoles que legalmente no le pertenecían por el Tratado de Tordesillas), pero a su vez era dependiente de Gran Bretaña y aceptaba la política económica que Gran Bretaña le imponía, es decir, el libre comercio absoluto—. La élite portuguesa falsificó la historia de Portugal, borrando del relato histórico el hecho de que Portugal y Castilla eran hermanos gemelos nacidos del mismo vientre, y, al hacer aparecer a los castellanos como los enemigos históricos del pueblo lusitano, trataron de quitar del corazón del pueblo portugués la idea de la

reunificación de la península Ibérica. Sin temor a exagerar, puede afirmarse que la balcanización iberoamericana comenzó en 1640, en la península Ibérica.

En todas partes del mundo, Gran Bretaña, con mayor o menor éxito, aplicó la política de dividir para reinar. El poder inglés ejerció su influencia «balcanizadora» *urbi et orbi* durante más de dos siglos y así, por ejemplo, durante la guerra civil norteamericana, Inglaterra jugó sus cartas a favor del sur para que Estados Unidos no pudiera completar su proceso de industrialización y se partiese definitivamente en dos o más Estados. Solo el temor de perder Canadá y la posibilidad de verse desabastecida de trigo para su población hicieron que Gran Bretaña no interviniese de forma directa a favor de la Confederación. Como señala el historiador Sven Beckert:

> Los comerciantes de Liverpool contribuyeron a sacar balas de algodón de los puertos que mantenían bloqueados la armada de la Unión, a construir buques de guerra para la Confederación, y a proporcionar al sur pertrechos militares y crédito económico. Tanto el Club Sureño de Liverpool como la Asociación Central para el Reconocimiento de los Estados Confederados se dedicaron a promover la agitación social en pro de una separación definitiva [...]. Y Liverpool no era la única localidad que pensaba de ese modo. En Manchester, el Club Sureño y la Asociación para la Independencia del Sur promovían acciones de agitación social en favor de los confederados [...]. En el verano de 1862, al desplazarse a Londres el cónsul estadounidense en Alejandría, William Thayer, envió a Seward un informe en el que se señalaba que el reconocimiento de la Confederación es una idea muy presente en el ánimo de las élites políticas británicas[31].

Ciertamente, en la América española —sobre todo en Centroamérica— la política británica obtuvo un éxito absoluto y sin igual. Cabe recordar, a modo de ejemplo, que la diplomacia inglesa estuvo profundamente involucrada en el proceso de fragmentación territorial de las Provincias Unidas del Río de la Plata y que desempeñó un papel decisivo en la segregación de la Banda Oriental del Uruguay del seno de las Provincias Unidas del Río de la Plata (nombre con el que se conocía a la actual República Argentina)[32]. Posteriormente, Inglaterra —junto a Francia— estaría involucrada en el intento de separar de la Confederación Argentina a las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, para que conformaran juntas la «República de la Mesopotamia».

Con suerte diversa, Gran Bretaña también apostó a la fragmentación territorial del Imperio del Brasil y fomentó —de manera encubierta— las rebeliones separatistas de Pernambuco en

1824 (que dieron como resultado la conformación de la Confederación del Ecuador, que mantuvo durante algún tiempo la independencia del Imperio), así como la guerra separatista de los farrapos o *faroupilhas* (harapientos) de 1835, que duró diez años y dio origen, en 1836, en el sur del Brasil, a la «República Independiente de Río Grande». Tenga en cuenta el lector que Gran Bretaña realizó esas maniobras divisionistas a pesar de que Brasil e Inglaterra eran países amigos. Seguramente, la élite brasileña rezaba todas las noches diciendo: «Señor, cuídanos de nuestros amigos que de nuestros enemigos nos cuidamos solos».

Importa resaltar que la fragmentación territorial hispanoamericana lograda por Inglaterra, tras la guerra de la Independencia española, no se habría sostenido en el tiempo si el imperialismo cultural inglés, a través de las oligarquías locales establecidas en cada república hispanoamericana, no hubiera predicado como ideología de dominación el «nacionalismo de fragmentación» que hizo creer al común de la población de cada una de esas repúblicas que Argentina, Chile, Ecuador o Perú eran naciones totalmente distintas las unas de las otras y, sobre todo, que eran naciones enemigas, cuando en realidad eran parte de la nación hispanoamericana. Lógicamente, dicha ideología de subordinación necesitaba falsificar la historia, y con el paso del tiempo ese nacionalismo de campanario infectaría a la misma península Ibérica. Resulta lógico pensar que detrás de la difusión (en el siglo XVII), en España, del virus del separatismo haya estado Inglaterra y que hoy su lugar lo haya tomado la principal potencia económica de Europa: Alemania.

Pero no es Gran Bretaña la única potencia que ha estado involucrada en los procesos de fragmentación territorial que se han dado a lo largo de la Historia. Francia y Alemania también hicieron de las suyas. El Imperio austrohúngaro fue el pato de la boda de la política francesa de fragmentación territorial tras la Primera Guerra Mundial. Una vez finalizado el conflicto, la República Francesa, conducida por Georges Clemenceau (1841-1929), jugó un papel fundamental en la disolución del Imperio austrohúngaro e intentó —sin éxito— imponer la fragmentación del Imperio alemán en múltiples Estados para destruir la obra de Bismark. François Fejtö sostiene la tesis de que el Imperio austrohúngaro no se disolvió por la propia voluntad de los pueblos que lo integraban, sino que su desaparición fue orquestada por los vencedores de la guerra en contra de la voluntad de los pueblos que componían el Imperio[33]. En *Requiem pour un empire défunt.*

Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie, François Fejtö —contrariando la opinión de los historiadores que sostienen que el Imperio austrohúngaro se disolvió por no haber sabido resolver los conflictos que oponían a la Corte de Viena con los pueblos que componían el Imperio de los Habsburgos—, a partir del estudio de documentos muchas veces inéditos, demuestra que los conflictos nacionales no habrían podido conducir al desmembramiento de la monarquía austrohúngara si los aliados no hubieran tomado la decisión de borrar el Imperio del mapa de Europa. El principio de la autodeterminación de los pueblos proclamado por el presidente T. Woodrow Wilson no fue más que un pretexto para justificar el desmembramiento de la monarquía[34].

Finalizada la Guerra Fría con la caída del muro de Berlín en 1989, Yugoslavia, fue la primera víctima de la política alemana de balcanización de Europa. No faltan razones para afirmar que Alemania jugó un papel clave en la disolución de Yugoslavia:

> Desde el principio de la crisis yugoslava, en la primavera de 1991, tanto Francia como Estados Unidos y Gran Bretaña eran hostiles a la partición. Las tres potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial se muestran partidarias del *statu quo* en la región. Y niegan cualquier tipo de apoyo a los movimientos independentistas. Es precisamente en ese momento cuando Alemania y Austria entran en escena sosteniendo abiertamente a las repúblicas secesionistas. Los dos Estados germanos comienzan a jugar el rol de motor del reconocimiento de las nuevas repúblicas. Oficialmente, ningún país vende armas a Eslovenia ni a Croacia. Sin embargo, los ojos cerrados de las aduanas austriaca y húngara contribuyen al armamento de los ejércitos croata y esloveno. Los alemanes son favorables, desde un principio, a la independencia de Eslovenia y Croacia porque instintivamente —sostiene como hipótesis Paul-Marie de La Gorce— están contra la Europa construida por el Tratado de Versalles [...]. En el seno de la Comunidad, a medida que Yugoslavia se convertía en un campo de batalla, la posición francesa (mantener la federación) se enfrenta con la oposición de la República de Alemania. El problema yugoslavo transcurre de forma paralela a la negociación sobre Maastricht, sobre el GATT y la política agrícola común. Finalmente, Francia, que tenía necesidad del apoyo alemán en esas delicadas cuestiones, decide dar marcha atrás y aceptar la postura alemana sobre el carácter irreversible del proceso de disolución de Yugoslavia[35].

Por otra parte, es posible afirmar que, tras la disolución de la Unión Soviética, una parte sustancial de la dirigencia rusa tuvo la clara percepción de que las potencias occidentales deseaban que el proceso de fragmentación territorial sufrido por la URSS contaminara a la Federación Rusa, a fin de que esta, a su vez, se

disolviera en múltiples Estados. Destacados políticos rusos estaban persuadidos, y con cierta razón, de que las grandes potencias de Occidente querían reducir a Rusia al antiguo ducado de Moscú[36].

Las acciones que en materia de política exterior deciden los hombres de Estado pueden poseer un carácter visible o invisible, ser públicas o secretas. Las medidas que una unidad política adopta en el escenario internacional son siempre, por naturaleza, azarosas, porque siempre son decididas a partir de un cálculo aproximado de las probabilidades de éxito de dicha medida. Como señala Raymond Aron, la acción en materia de política exterior

> ... no sería razonable si ella rechazara el riesgo, ella es razonable en la medida en que se ha calculado el riesgo, porque jamás será posible eliminar la incertidumbre debida a la imprevisibilidad de las reacciones humanas (¿qué hará el otro, general u hombre de estado, Hitler o Stalin?), al secreto que envuelve las acciones de los Estados, a la imposibilidad de saberlo todo antes de actuar [...]. No imitemos a los historiadores que creen en la fatalidad y suprimen la dimensión humana de los acontecimientos[37].

Para Raymond Aron, el «diplomático y el soldado» son los personajes simbólicos a través de los cuales se expresa la política exterior de un Estado:

> Dos hombres y solo dos actúan plenamente como representantes de las colectividades a las que ellos pertenecen; el embajador, en el ejercicio de sus funciones, es la unidad política en nombre de la cual él habla; el soldado, en el campo de batalla, es la unidad política en nombre de la cual él da muerte a su semejante[38].

Sin embargo, a nuestro entender existe un tercer personaje a través del cual se expresa también la política exterior de un Estado: el agente de inteligencia, que sería la unidad política a nombre de la cual, encubierta y secretamente, no solo recoge, analiza y manipula información, sino en nombre de la cual capta o elimina líderes sociales, funcionarios o políticos. En todas las grandes potencias los agentes de inteligencia conforman una comunidad cuya misión es

> ... recoger y analizar información y, sobre todo, intervenir activamente en los diversos escenarios nacionales con un rango de acción que va desde el manejo y la manipulación de la información y el control de los medios de comunicación hasta la captación de líderes sociales, funcionarios y políticos, la creación de organizaciones de pantalla disimuladas como inocentes e insospechadas ONG dedicadas a inobjetables causas humanitarias hasta el asesinato de líderes sociales y

políticos molestos y la infiltración en —y destrucción de— toda clase de organizaciones populares[39].

LAS ACCIONES ENCUBIERTAS QUE CAMBIAN EL RUMBO DE LA HISTORIA

Importa precisar que son las acciones encubiertas las que conforman el núcleo duro de la política exterior de los Estados y que muchas de esas acciones lograron cambiar el rumbo de la historia.Este es un hecho axial de la política exterior que no forma parte de los programas en ninguna universidad y que tiende a ser desvalorizado y calificado de «inverosímil» por parte de los académicos supuestamente «serios», aun cuando sus posibilidades de ser probados son absolutamente reales y concretas desde los cánones científicos más rigurosos.

Como ejemplo de algunas de las miles de acciones encubiertas realizadas por los Estados en los dos últimos siglos podemos mencionar las siguientes:

1. La organización del viaje de Lenin, exiliado en Suiza, a Petrogrado, realizada por los servicios secretos del Imperio alemán a fin de que Rusia abandonara la guerra[40].
2. La infiltración de los agentes del KGB en los seminarios católicos a fin de destruir desde dentro el poder del Vaticano[41].
3. El soborno a los generales franquistas realizado por la diplomacia británica a fin de garantizar la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial[42].
4. La ubicación, búsqueda y captura, durante la ocupación de Alemania, de los científicos nazis a fin de que trabajasen en Estados Unidos en el desarrollo del estratégico proyecto aeroespacial (OperationOvercast-Paperclip)[43].
5. La ubicación, búsqueda y captura, durante la ocupación de Alemania, de los científicos nazis a fin de que trabajasen en la Unión Soviética en el desarrollo del estratégico proyecto aeroespacial[44].
6. La difusión y promoción, realizada por la CIA, de la novela *Doctor Zhivago,* del escritor ruso Boris Pasternak, con el objetivo de debilitar, en el plano simbólico, a la Unión Soviética. Los órganos de inteligencia de Estados Unidos utilizaron una aparentemente inofensiva novela con el objetivo de desgastar y dañar la imagen de la URSS, tal como siglos antes Holanda e Inglaterra utilizaron la

obra de Bartolomé de las Casas para desprestigiar y resquebrajar el poder del Imperio español[45].

El viaje de Lenin

El viaje de Lenin (1870-1924) a la capital rusa, desde su exilio en Suiza, fue una maniobra organizada por el Gobierno alemán, que hacía tiempo había llegado al convencimiento de que una forma de ganar la guerra era desestabilizando a las potencias enemigas desde dentro, para lo cual venía apoyando, sin mucho éxito, los movimientos independentistas en Irlanda, India, Egipto y Marruecos. Sin embargo, en Rusia, la situación sería muy diferente. Para ponerse en contacto con Lenin, los agentes del Káiser recurrieron inicialmente a un revolucionario ruso Alexander Helphand, al que prestaban ayuda económica. Como los bolcheviques eran contrarios a la guerra, el Gobierno alemán, mucho antes de tomar contacto con Lenin, ya financiaba generosamente sus actividades. La primera sugerencia de los agentes alemanes de que Lenin y su comitiva viajaran abiertamente a través de Alemania fue rechazada por ellíder bolchevique por temor a ser visto en Rusia como una marioneta alemana. Fritz Platten, secretario general del Partido Socialdemócrata suizo reemplazó a Helphand como contacto. Después de varias semanas de arduas negociaciones, los agentes alemanes aceptaron las demandas de Lenin en cuanto a la forma de realizar el viaje. El 9 de abril de 1917, siguiendo meticulosamente lo acordado con el Gobierno alemán, Lenin y sus acompañantes (una treintena de personas, incluida su esposa) se dirigieron a la estación de trenes de Zúrich, donde les aguardaba ya un grupo de airados emigrantes rusos, a cuyos insultos los viajeros respondieron cantando *La Marsellesa.* A las 15:10 horas, Lenin y sus acompañantes partieron de Zúrich hacia Berlín por ferrocarril y, posteriormente, hasta Sassnitz, en la costa báltica; allí se embarcaron en un ferry hasta Malmö, desde donde se trasladaron a Estocolmo. Los permisos para entrar en Suecia fueron fácilmente conseguidos por diplomáticos alemanes. Pocos días más tarde, el grupo reemprendió el viaje, llegando el 16 de abril a la estación dePetrogrado, tomada por una multitud, donde les esperaba una guardia de honor y una banda de música que entonó los acordes de *La Marsellesa,*que en aquel momento era también el himno de los socialistas rusos. El descontento popular provocado por el fracaso de una nueva ofensiva militar puesta en marcha por Kerensky fue

la ocasión aprovechada por Lenin y sus partidarios para desatar un golpe de Estado apoyado por el Sóviet de Petrogrado, la Revolución de Octubre, que dio el poder a los bolcheviques y supuso el abandono de laguerra por parte de Rusia.Un agente alemán en Suecia escribía a las autoridades de Berlín: «Éxito de la llegada de Lenin a Rusia. Se está comportando exactamente como deseamos».

La infiltración de los agentes del KGB en los seminarios católicos a fin de destruir desde dentro el poder del Vaticano

El desmantelamiento de la Unión Soviética ha permitido conocer que una de las acciones más importantes de la política exterior soviética de carácter encubierto llevada a cabo por los órganos de inteligencia del Estado, aproximadamente a partir de 1936, fue la infiltración de agentes del KGB en los seminarios católicos a fin de que intentaran, con el pasar del tiempo, ocupar los cargos más altos posibles dentro de la estructura de la Iglesia católica. El objetivo estratégico de la política de infiltración del KGB era provocar una revisión de los dogmas fundamentales de la Iglesia católica que llevara a su división interna y a su descomposición desde adentro. Después de la Segunda Guerra Mundial hubo una segunda ola de infiltración —aunque en 1949 la política de infiltración a gran escala había sido detectada por las autoridades vaticanas—, pero no pudo ser neutralizada eficazmente. Para 1949, el papa Pío XII poseía informes que estimaban que aproximadamente dos mil sacerdotes habían sido infiltrados en la Iglesia por el KGB. En 1959, la Policía de Investigaciones (Pólice des Renseignements Généraux) de París calculaba que solamente en Francia había trescientos agentes comunistas infiltrados como sacerdotes en el seno de la Iglesia católica francesa. La política de infiltración de la Iglesia católica practicada por el KGB fue particularmente exitosa en Francia, Bélgica, Suiza, Holanda y Alemania. En 1974, un informe preparado por la OTAN daba cuenta de que aproximadamente tres mil sacerdotes eran agentes del KGB infiltrados en la Iglesia.

El soborno a los generales franquistas realizado por la diplomacia británica a fin de garantizar la neutralidad española durante la Segunda Guerra Mundial

El 4 de junio de 1940 —relata Walter Oppenheimer[46]—, el embajador británico en Madrid, *sir* Samuel Hoare, envió un mensaje cifrado de la máxima urgencia, secreto y «personal» al secretario del Foreign Office, el vizconde de Halifax, según los más de 400 documentos, hasta ahora secretos, que acaban de ser desclasificados por los Archivos Nacionales británicos. «Hay indicios de que está cogiendo impulso la idea de abandonar la neutralidad y tengo la impresión de que ha llegado el momento de actuar de forma inmediata para verificarlo»[47], arrancaba el texto. El embajador cree tener «una forma segura» de acceder a los ministros mejor colocados[48].

Esa forma de «influir de forma decisiva y asegurar la neutralidad de España»[49] en la Segunda Guerra Mundial no es otra que el pago de sobornos, para lo cual, el embajador decía necesitar de «un máximo de medio millón de libras»[50] y, en consecuencia, «exige» de forma «urgente» la autorización de la operación. Urgido por las circunstancias y a fin de que su petición sea aceptada, ruega, que «si hay alguna duda, se consulte con el primer ministro», Winston Churchill. Al final, los británicos se gastarían 13,5 millones de dólares en sobornos (en la actualidad, aproximadamente unos 222 millones de dólares). Los pagos se harían a través del banquero mallorquín Juan March y los sobornados no sabrían que el dinero procedía del Gobierno británico.

El mayor problema —afirma Walter Oppenheimer— no fue encontrar candidatos a ser sobornados, sino que March pudiera hacerse con el dinero sin levantar sospechas. La fórmula elegida fue abrir una cuenta en Nueva York de un banco suizo. Pero esta operación levantó las suspicacias del Tesoro de Estados Unidos, que bloqueó la cuenta durante meses.

El embajador Hoare —relata Oppenheimer— recibió luz verde con el visto bueno directo de Winston Churchill y el canciller del Exchequer y el ministro del Tesoro, *sir* Kingsley Woody. El 9 de junio, el embajador envía un telegrama en el que confirma que las negociaciones «se desarrollan de forma satisfactoria»[51], pero advierte de que serían necesarias «cantidades más amplias» que el medio millón de libras estimado al principio. El Foreign Office cuestiona, el 14 de junio, la posibilidad de autorizar un gasto superior, pide detalles de la operación y avisa al embajador de que, si las ofertas de sobornos son rechazadas y se llega a conocer la implicación británica, la consecuencia sería «un daño infinito». «Tengo dudas de enviar ningún nombre, ni siquiera en un mensaje cifrado», responde al día siguiente el embajador. «Tienen que

aceptar mi palabra de que las personas son de la mayor importancia», asegura, y lanza una advertencia definitiva: «Puede muy bien ocurrir que la entrada de España en guerra dependa de la rapidez de nuestra actuación. La situación es crítica»[52]. El 21 de junio, el Foreign Office confirma que «el dinero ha sido depositado según lo acordado en el Swiss Bank Geneva en Nueva York»[53].

Un informe firmado por el comandante Furse, el 26 de junio, y dirigido a Churchill y *sir* Kingsley sintetiza la operación desde el punto de vista de la legación en Madrid: «La Embajada opina que España está a punto de entrar en guerra y solo la adopción de esta estrategia puede evitarlo», describe. «Franco desea seguir siendo neutral, pero está aterrorizado con Alemania; Suner [Suñer], Yague [Yagüe] y el ala izquierda de la Falange están a favor de la intervención; el ala derecha (requetés, carlistas, empresarios, la mayoría del Ejército y los campesinos) está por la neutralidad», prosigue el militar.

«El objetivo de *sir* S. Hoare es dar al ala derecha la fuerza necesaria para que se puedan organizar. Esa organización sería pro España y anti extranjera (por ejemplo, tanto anti italiana como anti inglesa), pero no reclamaría Gibraltar hasta después de la guerra», continúa. Y explica que «la oposición a Suñer se está organizando a través de Juan March, con el que el agregado naval está en contacto directo». «March actuó como un agente doble para nosotros y para los alemanes en la última guerra y está de nuevo en contacto con nosotros», recuerda.

March se encargó de contactar con ministros y militares (a menudo eran ambas cosas), pero no por amor al arte: no solo se acabaría embolsando cinco millones de dólares, sino que, a juicio de los británicos, March quería que fracasaran las políticas de Ramón Serrano Suñer como ministro de Exteriores «para salvar sus inversiones e incrementar su poder»[54]. El documento de Furse detalla a continuación los pagos comprometidos y el grado de compromiso de los implicados en la operación, también el dinero prometido a cada uno y el calendario de los pagos. Documentos posteriores especifican, además, que de los 13,5 millones de dólares a pagar, 3,5 se abonarían al final de la guerra. De los otros diez millones, dos ya se habían pagado cuando Furse envía su informe, tres se debían entregar de inmediato y de una vez, y los otros cinco (la comisión de March), al cabo de seis meses.

Luego, cita a los implicados y lo que recibe cada uno en dólares: Nicholas [sic] Franco (2 millones); general Varela (2); general Aranda (2); el secretario general de la Falange, Gallardo (1); general

Kindelán (500.000 dólares), del que añade entre paréntesis: «Es un chorizo». Todos reciben el dinero directamente de March. Siete más están en la operación, pero solo tres, los generales Queipo de Llano, Orgaz y Asensio, reciben pagos, sin que se detalle la cantidad. Los otros cuatro son los generales Llana, Moreno, Alonso y Solchaga y el exsecretario general de la Falange, Muñoz Grandes. Un telegrama del embajador Hoare del 28 de junio explica: «Los planes están dando resultados. El general Yagüe, protagonista de la entrada de España en la guerra, ha sido despedido»[55].

La búsqueda de científicos nazis para que trabajasen en Estados Unidos en los proyectos aeroespaciales

La Unión Soviética y Estados Unidos fueron los países que más se beneficiaron del conocimiento de los científicos alemanes que habían trabajado en proyectos punteros de cohetes, armas químicas y biología avanzada, sosteniendo la producción de las bombas V2 con mano de obra esclava o llevando a cabo aberrantes experimentos médicos con humanos. Al término de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos llevó a trabajar a instituciones académicas y entidades militares norteamericanas a unos mil seiscientos científicos alemanes. Algunos de ellos habían tenido responsabilidad directa en las atrocidades del III Reich, incluso los hubo que fueron juzgados por crímenes de guerra y las autoridades estadounidenses procuraron su absolución. Entre los científicos nazis reclutados por Estados Unidos podemos mencionar a Otto Ambros, el químico favorito de Hitler, a cargo durante la guerra de una fábrica de esclavos en Auschwitz destinada a producir caucho sintético y al oficial de las SS Kurt Debus, que dirigió el JFK Space Center de la NASA y que aún hoy tiene un premio con su nombre. Pero, sin duda alguna, el más brillante científico nazi reclutado por Washington fue Wernher Magnus Maximilian Freiherr von Braun, quien inventó para Hitler las bombas V2 con las que Alemania asoló la ciudad de Londres. Von Braun se afilió de muy joven a las SS, mucho antes de que Hitler llegara al poder, y trabajando para las SS obtuvo un doctorado en ingeniería aeroespacial. Al final de la guerra, Von Braun, que había sido amigo personal de Hitler, se entregó a Estados Unidos junto con otros quinientos científicos de su equipo. El 14 de abril de 1955, Washington le concede la ciudadanía norteamericana y, en 1960, la NASA le encomienda la construcción de los gigantescos cohetes Saturno, convirtiéndose, por entonces, en el director del Centro de Vuelo Espacial Marshall

de la NASA. Aún hoy día la NASA le rinde homenaje a este científico alemán designando un área específica del complejo aeroespacial con su nombre.

La búsqueda de científicos nazis para que trabajasen en la Unión Soviética en los proyectos aeroespaciales

La Unión Soviética, con Stalin a la cabeza, hizo exactamente lo mismo que Estados Unidos. Para lograr el objetivo de la captura de científicos alemanes montó dos grandes acciones de inteligencia: las operaciones Osoaviajim y Alsos Ruso. A principios de 1945, la Unión Soviética puso en marcha esta última, cuyo objetivo era la captura de científicos en Alemania, Austria y Checoslovaquia, con la finalidad de acelerar su proyecto atómico, cuyas cuestiones operativas se encomendaron al SMERSH, el servicio de contrainteligencia militar. Entre los científicos nazis trasladados a la Unión Soviética figuran Manfred von Ardenne, director del instituto privado Forschungslaboratoriums für Elektronenphysik, en Berlin-Lichterfelde; el premio Nobel Gustav Hertz, director del Laboratorio de Investigación II Siemens, en Berlin-Siemensstadt; el profesor ordinario en la Universidad Friedrich-Wilhelms Peter Adolf Thiessen, director del Kaiser-Wilhelm Institut für physikalische Chemie und Elektrochemie en Dahlem-Berlín, y Max Volmer, profesor ordinario y director del Instituto de Química Física de la Technische Hochschule en Charlottenburg. Importa resaltar que la Unión Soviética colmó de honores y gratificaciones materiales a los científicos nazis. Así, en 1947 Ardenne recibió el Premio Stalin por su desarrollo de un microscopio electrónico, y en 1953, el Premio Stalin de primera clase por sus contribuciones al proyecto atómico soviético, un premio consistente en cien mil rublos, suma muy apreciable en la época. En 1951, Hertz fue condecorado con el Premio Stalin de segunda clase. A su muerte, la República Democrática de Alemania lanzó un sello postal con su rostro. En 1955, Thiessen recibió el Premio Stalin de primera clase por el desarrollo de tecnologías de enriquecimiento de uranio. Por sus valiosas contribuciones científicas, el ingeniero Nikolaus Riehl recibió un Premio Stalin de primera clase y el Premio Lenin. Además, fue nombrado Héroe del Trabajo Socialista. Como parte de este reconocimiento, recibió una imponente *dacha* al oeste de Moscú.

La operación Doctor Zhivago

Saber cómo Estados Unidos utilizó la novela de Pasternak para debilitar a la Unión Soviética puede darnos una idea de cómo, durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, la Casa de Orange, Francia y Gran Bretaña usaron la «novela» de Bartolomé de las Casas para dañar el poder y el prestigio del Imperio español de manera extraordinaria y casi irreversible.

Durante la Guerra Fría —según consta en documentos confidenciales de la CIA, desclasificados en el mes de abril de 2014 y dados a conocer a la opinión pública ese mismo mes por el *Washington Post*—, el *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak (1890-1960) se publicó por primera vez gracias a un costoso operativo montado por la agencia de inteligencia norteamericana. Según consta en los archivos estadounidenses, la obra del escritor ruso constituyó uno de los pilares más importantes de la campaña mundial —llevada a cabo por la CIA a través de los medios de comunicación de masas— para «marcar la opresión soviética» y desprestigiar el sistema comunista. En 1957, los servicios de inteligencia británicos sugirieron a las autoridades de la CIA la publicación de *Doctor Zhivago,* ya que consideraban que tenía un valor inestimable como elemento de propaganda anticomunista. La agencia estadounidense evaluó entonces que, efectivamente, la novela poseía un alto potencial de daño y que sería muy conveniente para el interés de Estados Unidos lograr convertirla en un éxito mundial. Fue entonces cuando el presidente Eisenhower, tras recibir el informe de la división soviética de la CIA que aconsejaba su publicación, autorizó a la agencia —con «la única condición de que no se vieran las manos de la CIA»— a tomar todas las medidas que considerara oportunas para difundir a nivel mundial la obra del escritor ruso. En 1959, la CIA determinó que la Feria Mundial de Bruselas sería una excelente oportunidad para lanzar la publicación de la novela. Buscaron la colaboración del Vaticano para que autorizara que la obra fuese expuesta por primera vez en Occidente en su caseta de la Feria y, tras recibir la conformidad del Vaticano, la CIA hizo publicar la novela en Italia. *Doctor Zhivago* no solo fue traducida a numerosas lenguas y puesta a la venta en las grandes capitales del mundo, sino que la CIA, durante la Guerra Fría, «distribuyó clandestinamente, detrás de la Cortina de Hierro, unos diez millones de ejemplares».Según los documentos desclasificados, la CIA consideró que la novela, que había sido censurada en la Unión Soviética, era «una clara amenaza a la visión del mundo que el Kremlin trata de presentar».Así, John Maury, jefe de la división soviética de la CIA, estimaba que

> … el mensaje de la novela *Doctor Zhivago* sobre el hecho de que toda persona merece una vida privada y ser respetado como individuo, más allá de su fidelidad política y su contribución al Estado, representa un desafío para la ética del sacrificio del individuo al sistema comunista.

Seis años después de su publicación en Italia, la operación montada por la CIA llegó a su punto álgido cuando, en 1965, el director David Lean llevó al cine el *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak. El éxito fue arrollador. La película fue nominada a diez premios Oscar y ganó cinco de ellos. Durante décadas fue uno de los filmes más populares y taquilleros de Hollywood y fue vista por millones de personas en todo el mundo. Durante años, numerosos y prestigiosos académicos, como el profesor Lazar Fleishman, de la Universidad de Stanford, negaron por inverosímil y acientífica la versión de la intervención de la CIA en la publicación de *Doctor Zhivago* hasta que en 2014, con la desclasificación de la documentación de la CIA, tuvieron que rendirse ante la evidencia[56].

2
¿QUÉ LLEVA A UNA UNIDAD POLÍTICA A CONQUISTAR EL MUNDO?

> Es cierto que las legiones de César derrotaron a las fuerzas galas, posibilitando la incorporación de la Galia como provincia del Imperio. Sin embargo, lo que importa, empero, no es ese primer momento de conquista militar, sino el hecho de que la *Pax Romana* era sumamente ventajosa para el pueblo y la élite nativa de las provincias. Roma no consideraba a las provincias como un botín. Roma cayó solo cuando la *Pax Romana* se convirtió en *oppresio* romana.
>
> HELIO JAGUARIBE

Es importante tener siempre presente que, aunque vamos a procurar encontrar los objetivos estratégicos y las motivaciones profundas del accionar de las unidades políticas en el tablero de ajedrez mundial, las unidades políticas con asiento territorial (Esparta, Atenas, Roma, Bizancio, Castilla, Venecia o, en los tiempos modernos, España, Italia, Inglaterra, o Japón) son entes compuestos que pueden ser analizados mediante la descomposición de sus elementos constitutivos hasta llegar a la identificación de las personas que, efectivamente, determinan el comportamiento de cada unidad política en el escenario regional o internacional en un momento determinado de la historia.

Ninguna unidad política es un ente que exista fuera de los elementos que la componen. Ninguna unidad política con asiento territorial —ni Castilla, ni Aragón, ni el reino musulmán de Granada— poseía inteligencia, voluntad, voz o escritura que le permitiera decidir y manifestarse por sí misma. Como señala Enrique Peltzer, a una unidad política «no se le puede atribuir actitudes, pensamientos o decisiones que son propias de las personas que las gobiernan. Los entes políticos tienen existencia real, pero no por sí mismos, sino a través de los seres que realmente los constituyen»[57]. Es decir, las motivaciones del

accionar de las unidades políticas con asiento territorial en el sistema internacional serán las de los hombres que las conducen en el transcurso de la historia.

Por último, es necesario puntualizar que las acciones de una unidad política están siempre condicionadas por la existencia misma y por la relación que en un momento determinado mantienen con las otras unidades que integran el tablero de ajedrez mundial.

1. La lucha por el poder

Para Hans Morgenthau, todos los jugadores presentes en el tablero buscan mantener el poder que poseen, aumentarlo o demostrar que lo poseen. Para la escuela realista encabezada por el politólogo alemán exiliado en Estados Unidos y profesor de la Universidad de Chicago, la acción de dominar es la característica principal en el gran juego de la política mundial.

Así pues, el «impulso de dominio» es común a todas las unidades políticas con asiento territorial, porque «los impulsos a vivir, procrear y dominar son comunes a todos los hombres»[58]. En opinión de Morgenthau, el querer dominar es, simplemente, un impulso «biopsicológico» elemental y su fuerza relativa «depende de las condiciones sociales que pueden favorecer un impulso o reprimir otro o negar aprobación a ciertas manifestaciones de esos impulsos y alentar otras»[59].

Por ello, la política internacional —como toda política—, en cualquier circunstancia y lugar, implica siempre e inexorablemente «una lucha por el poder»[60]. Independientemente de los fines y objetivos que los estadistas se propongan —la hermandad mundial o el dominio universal—, el poder es, en términos de Morgenthau, «el objetivo inmediato»[61].

Para el realismo político, «la lucha por el poder es universal en tiempo y espacio, y surge como dato innegable de la experiencia»[62], y no puede negarse que «a través de la historia, al margen de circunstancias, sociales, económicas y políticas, las naciones se han enfrentado por el poder»[63].

2. La búsqueda de la gloria

Veamos ahora el punto de vista de Raymond Aron:

> Las unidades políticas, orgullosas de su independencia, celosas de su capacidad de tomar ellas mismas las grandes decisiones, son rivales por el hecho mismo que son autónomas. Cada una no puede, en última instancia, contar más que con ella misma. ¿Cuál es entonces el primer objetivo que, lógicamente, una unidad política puede perseguir? La respuesta nos es dada por Hobbes, en su análisis del estado de naturaleza. Toda unidad política aspira a sobrevivir [...] cada unidad política tiene, como primer objetivo, la seguridad [...]. La seguridad, en un mundo de unidades políticas autónomas puede estar fundada sobre la debilidad de los rivales o sobre la propia fuerza [...]. La relación entre esos dos términos —seguridad y fuerza— plantea múltiples problemas [...]. Que el hombre, individual o colectivamente, quiere sobrevivir, no hay duda alguna. Pero el individuo no subordina todos sus deseos a la sola pasión de vivir. Hay objetivos por los cuales el individuo acepta un riesgo de muerte. Lo mismo acontece con las unidades políticas. Ellas no quieren ser fuertes solamente para desalentar la agresión y gozar de la paz; ellas quieren ser fuertes para ser temidas, respetadas y admiradas. En último término, ellas quieren ser poderosas, es decir, capaces de imponer su voluntad a los vecinos y a los rivales, de influenciar sobre la suerte de la humanidad, sobre el devenir de la civilización [...]. Sin embargo, en este nivel de abstracción, la enumeración de objetivos no me parece todavía completa: agregaría un tercer término que yo llamaría la gloria[64].

El estudio de la historia de Castilla bajo el reinado de Isabel, del Imperio en tiempos de Carlos V o Felipe II, de Francia bajo el Gobierno de Luis XIV o Napoleón, por citar solo algunos ejemplos, parecería darle la razón a Aron en sus afirmaciones sobre las motivaciones de las unidades políticas en el tablero de ajedrez mundial. Podríamos decir que casi no hay ninguna nación a lo largo de la historia que no haya hecho un gran esfuerzo por conquistar la gloria. Así, refiriéndose a los hombres que protagonizaron la conquista de América, el historiador Federico Fernández de Castillejo afirmaba:

> Traían, también, el ansia caballeresca de ganarse la gloria ante la historia; y la ilusión del premio inmediato y humano: el poder, el oro y las riquezas que las leyendas de las nuevas tierras pródigas le ofrecían[65].

3. La apetencia por la riqueza ajena

Es evidente que, junto al instinto de mandar —en principio sano y necesario—, se encuentran otros instintos más visibles que ejercen también una fuerte influencia sobre la vida de cada hombre. Según Enrique Peltzer,

> ... en primer lugar, el que llamamos específicamente así, el «apetito» o ganas de comer, o sea, la exigencia de alimentos necesarios para mantener vivo el cuerpo: el hambre y la sed; en segundo lugar, la atracción de los sexos, necesaria para la continuidad de la especie: el amor humano; en tercer lugar, la búsqueda de elementos que puedan conservar y hacer más agradable la vida, o sea, la apetencia por la vivienda, el confort y el lujo: en definitiva, por la riqueza[66].

Es justamente esa apetencia por la riqueza, cuando se desboca, la que se convierte en el único fin de la existencia, y en ella se encuentra el origen remoto del imperialismo, es decir, la otra gran razón de ser, el otro gran fundamento que ha llevado a menudo a una unidad política —o a un grupo de unidades políticas— a lo largo de la historia a intentar imponer su voluntad a las otras unidades políticas que conviven con ella en un mismo escenario regional o internacional.

En ese sentido rescatamos —aunque no compartimos su determinismo histórico ni su visión exclusivamente materialista— el pensamiento de John Strachey cuando sostiene que es un hecho histórico que «dondequiera y siempre que los hombres han alcanzado una determinada etapa de desarrollo social, a la que solemos llamar civilización, pero no antes, han comenzado no solo a combatir, sino a conquistar, a subyugar y a esclavizar a otras sociedades»[67].

Para Strachey, los datos antropológicos muestran que algunas sociedades primitivas fueron pacíficas, mientras otras fueron violentas y agresivas. Pero los hombres —y las unidades políticas por ellos organizadas— no emprendieron las conquistas de otros pueblos y de otras unidades políticas antes de

> ... convertirse en lo que nosotros solemos llamar civilización, porque no les habría salido a cuenta hacerlo [y] no les habría salido a cuenta, porque, por debajo de un determinado nivel de la técnica, el trabajo de un hombre, por término medio, no arroja un excedente digno de estimación por encima de lo indispensable para mantenerse a sí mismo, y extenderse hacia afuera con una escasa densidad de población, sobre la superficie de la Tierra[68].

Solo después de que los hombres aprendieran a producir más de lo que tenían que consumir para vivir —afirma Strachey—, la deslumbrante y al mismo tiempo espantosa posibilidad de vivir del trabajo de otros hombres y del sometimiento de otros pueblos pudo aparecer en la historia. Y es cuando las distintas tribus de los valles del Tigris, del Urubamba o el Amarillo se deciden a ser

sedentarias, a construir aldeas —es decir, las primeras unidades políticas con asiento territorial— y a vivir de la agricultura.

Históricamente, la posibilidad de vivir del trabajo de otros hombres —es decir, de vivir sin trabajar— solo pudo realizarse mediante le esclavitud directa de otros seres humanos. En esta etapa del desarrollo, precisa Strachey, lo que estaba en juego no era el problema más complejo y sutil del intercambio de materias primas baratas por productos industrializados caros, que estableció Inglaterra cuando se convirtió en la primera potencia industrial del mundo:

> En aquellos días, solo se podía vivir sin trabajar si, directa y físicamente, se lograba obligar a otros hombres a que cultivaran los alimentos que uno necesitaba, a que tejieran las telas y, en general, satisficieran las necesidades de uno, además de mantenerse a sí mismos, en una palabra, solo si podía uno ordenar el trabajo de los esclavos[69].

Fue entonces cuando los hombres de las unidades políticas más poderosas en la Mesopotamia, en Egipto o en los Andes peruanos tendieron a utilizar sus fuerzas no solo —y quizá ni siquiera principalmente— para aumentar su dominio de la naturaleza, sino también, y sobre todo, para someter a otras unidades políticas con asiento territorial y a esclavizar, de forma directa o indirecta, a los hombres que las componen.

Es así como nacen, por ejemplo, en los Andes peruanos, mucho antes de la llegada de los conquistadores españoles, la mita y el yanaconazgo. Aclaremos que la mita era un tributo ocasional, en trabajo, que los pueblos conquistados y dominados por el imperialismo inca debían pagar para el bien público de la nobleza quechua. Cada comunidad que había sido integrada por la violencia al dominio de los incas estaba obligada no solo a enviar a un grupo de trabajadores, sino, además, a proveerles de alimentos y transporte durante la duración de la mita. El yanaconazgo, en cambio, consistía en el sometimiento a servidumbre perpetua —al servicio del emperador o Inca— de los prisioneros de guerra y de los pueblos en su totalidad que, tras haber sido sometidos, se atrevían a rebelarse.

Siguiendo a Strachey, en aquellos tiempos,

> ... una hora-hombre de trabajo humano constituía la riqueza en sí. No había otra forma plausible de adquirir riqueza que no consistiera en la adquisición de la propiedad de horas-hombres de trabajo de otras personas. Y la manera más sencilla de hacerlo consistía en esclavizar a

> esos otros hombres. Pero ¿de dónde podrían sacarse esos esclavos? La mejor fuente, evidentemente, era la conquista de otros pueblos[70].

Cierto es que la explotación progresiva de los sectores más pobres de la población de la naciente unidad política, sin exceptuar su esclavitud final, fue una opción que muchas veces fue realizada, aunque «ese era un método lento y engorroso de adquirir el dominio sobre el trabajo de otras personas comparado con la conquista y esclavitud de naciones enteras»[71].

Con las primeras guerras de conquista desarrolladas por las unidades políticas con asiento territorial más fuertes —sobre las más débiles—, algunas intentaron conseguir un suministro adecuado de trabajo esclavo productor de excedentes.

> Cierto es que una parte de la población del propio país podía esclavizarse, pero estas fuentes internas de suministro eran insuficientes y tenía que recurrirse al sometimiento de otros pueblos. De tal modo, al imperialismo en su forma original podría llamárselo esclavitud practicada exteriormente; y a la esclavitud de parte de la población del propio país podría llamársele *imperialismo interior*[72].

Las reflexiones de Strachey —aunque repito que no compartimos su determinismo histórico, porque no todas las unidades políticas han tendido a esclavizar a otros pueblos ni se han movido por la sola apetencia de la riqueza, ya que estas unidades políticas están compuestas por hombres, y estos están condicionados, pero no determinados, por el instinto— nos permiten distinguir entre imperialismo externo e imperialismo interno. También podemos afirmar que un pueblo —una parte importante de la población— que forma parte de una unidad política subordinante, es decir, de una unidad política que domina a otra o a varias unidades políticas territorialmente organizadas —lo que comúnmente llamamos una gran potencia, como es hoy Estados Unidos—, puede, a su vez, sufrir y estar sometido al imperialismo interno, en las distintas formas que la evolución le ha dado, cuando la élite de que conduce a la gran potencia ha sido cooptada por la oligarquía financiera internacional y puesta a su exclusivo servicio.

LOS CONCEPTOS DE IMPERIO E IMPERIALISMO

Existe una confusión generalizada, y no solo en el hombre común, sino entre los académicos de nota, entre el concepto de

imperio y el de imperialismo. Como bien señala María Elvira Roca Barea:

> La opinión general hoy en el seno de la clase media europea e incluso norteamericana, es que imperio es imperialismo y que esto es una cosa mala [...]. Por otra parte, la historiografía académica no ha hecho muchos esfuerzos por distinguir colonialismo de imperio. De hecho, la palabra imperialismo nació para explicar el colonialismo y condenarlo moralmente sin atender al hecho de que el imperio tiene poco que ver con el colonialismo. Son dos movimientos de expansión completamente distintos. El imperio es expansión incluyente que genera construcción y estabilidad a través de mestizaje cultural y de sangres. Con lo dicho, el colonialismo no tiene en común más que el movimiento de expansión inicial. No produjo ni mestizaje ni estabilidad. Es excluyente y basa su estructura en una diferencia radical entre colonia y metrópoli. Roma replica a Roma, como España replica a España... Pero ni el colonialismo inglés ni el francés hicieron florecer otras Francias y otras Inglaterras[73].

Dada esta confusión, nos parece necesario distinguir entre acciones políticas de carácter imperial y acciones políticas de carácter imperialista.

Es indiscutible que lo que unifica los dos tipos de acciones —la imperial y la imperialista—, sobre todo desde el ángulo del sujeto de la conquista, es que ambas acciones son, generalmente, violentas. Lo que desde el punto de vista práctico diferencia a la acción imperial de la imperialista es que, en el primer caso, después de efectuada la conquista —por lo general violenta—, el territorio y el pueblo conquistados no van a ser considerados siempre un botín. Sin embargo, en el segundo caso, después de efectuada la conquista —también violenta—, el territorio y el pueblo conquistados sí serán siempre considerados un botín. La acción imperial produce mestizaje de sangre y de cultura; la acción imperialista segregación y/o exterminio. La acción imperialista busca siempre la «limpieza» étnica del territorio que ocupa y, cuando esta le resulta imposible, construye una sociedad y un Estado basado en la más absoluta segregación racial.

Siguiendo el pensamiento de Helio Jaguaribe, y a modo de ejemplo de lo que significa una acción imperial, es importante tener en cuenta que Roma, durante buena parte de su existencia, no consideró a las provincias un botín y que nunca buscó la limpieza étnica de los territorios que conquistaba. Por ello, durante la mayor parte de su existencia, Roma fue un imperio y no un imperialismo. Al respecto, Jaguaribe afirma:

> Fueron muchas las condiciones internas y externas que favorecieron la formación y consolidación del Imperio romano. [Sin embargo] independientemente del hecho de que las condiciones internas de Roma favorecieran su proyecto imperial y que el contexto internacional, después de la destrucción de Cartago y de la derrota de los reinos helénicos, no presentaba otros contendientes [...] lo importante es tener en cuenta el hecho de que el Imperio romano fue coercitivo solo marginalmente. Es cierto que las legiones de César derrotaron a las fuerzas galas, posibilitando la incorporación de la Galia como provincia del Imperio. Lo mismo puede decirse de la intervención de las huestes romanas en la península Ibérica, en Egipto, en la Dacia... Lo que importa, empero, no es ese primer momento de conquista militar, sino el hecho de que, una vez consolidado el dominio romano en esas provincias, este pasó a contar con la aceptación y activa colaboración de las élites nativas, con las naturales excepciones que constituyen casos extremadamente minoritarios [...]. ¿Por qué se dio este hecho? Porque la *Pax Romana* era sumamente ventajosa para el pueblo y la élite nativa de las provincias. La *Pax Romana* implicaba, por un lado, una eficaz protección contra los bárbaros externos y, por otro, un sistema de equitativo e ilustrado ordenamiento jurídico de las sociedades integrantes de las provincias que les proporcionaba un régimen legal del que no disfrutaban anteriormente, seguridad personal, igualdad de todos ante la ley, garantía de los contratos, expansión del comercio, desarrollo de la capacidad productiva de cada región, acceso a la educación y a la alta cultura y un trato desprovisto de prejuicios raciales... La *Pax Romana* reposaba en la equitatividad del *jusgentium* y en la imparcialidad y objetividad legal del *praetorperegrinus* [...]. [En los tiempos de César] Roma dejó de ser una ciudad-Estado, para la cual el Imperio era objeto de botín, para convertirse, operativamente con César y organizativamente con Augusto, en centro administrativo de un sistema imperial, en la policía del conjunto del sistema; aunque Roma usufructuase ciertas ventajas como administradora del Imperio, no consideraba a las provincias como un botín [...]. Roma cayó solo cuando [...] la *Pax Romana* se convirtió en *oppresio* romana[74].

Tan exitosa fue la integración de los pueblos y regiones conquistadas al Imperio que Hispania dio a Roma tres emperadores: Adriano, Trajano y Teodosio. Sin duda, España siguió en América el ejemplo de Roma: durante la mayor parte del tiempo en que el Imperio hispanocriollo se mantuvo unido, las Indias fueron un reino y no una colonia.

EL EJEMPLO DE ESTADOS UNIDOS

Se entiende mejor qué es una acción imperial cuando se explica qué es una acción imperialista. La colonización británica de América del Norte y la llamada «conquista del Oeste», es decir la

expansión de Estados Unidos hacia el Pacífico, son claros ejemplos de acciones de carácter imperialista, porque se basaron en una política que se proponía exterminar a la población o segregarla del resto de la población de Estados Unidos.

> El término exterminio no es exagerado y respeta la realidad concreta [...]. La práctica de arrancar el cuero cabelludo se difundió en el territorio de lo que hoy es Estados Unidos a partir del siglo XVII, cuando los colonos blancos comenzaron a ofrecer fuertes recompensas a quien presentara el cuero cabelludo de un indio fuera hombre, mujer o niño. En 1703, el Gobierno de Massachusetts pagaba doce libras esterlinas por cuero cabelludo, cantidad tan atrayente que la caza de indios, organizada con caballos y jaurías de perros, no tardó en convertirse en una especie de deporte nacional muy rentable. El dicho «el mejor indio es el indio muerto», puesto en práctica por Estados Unidos, nace no solo del hecho de que todo indio eliminado constituía una molestia menos para los nuevos propietarios, sino también del hecho de que las autoridades pagaban bien por su cuero cabelludo. Se trataba de una práctica que en la América española no solo era desconocida, sino que, de haber tratado alguien de introducirla de forma abusiva, habría provocado no solo la indignación de los religiosos, siempre presentes al lado de los colonizadores, sino las severas penas establecidas por los reyes para tutelar el derecho a la vida de los indios[75].

La Declaración de Independencia de las Trece Colonias, diseñada por el Congreso Continental y firmada el 4 de julio de 1776, estableció oficialmente la imagen de los indios norteamericanos como salvajes sedientos de sangre, de lo que, lógicamente, se desprendía que la única política que se debía seguir con respecto a los indios era su exterminio total. La Declaración de Independencia, al enumerar los abusos y agravios concretos cometidos por la Corona inglesa contra los americanos, afirma:

> Ha alentado insurrecciones internas en nuestra contra, y ha tratado de inducir a los habitantes de nuestras fronteras, los despiadados Indios Salvajes, cuya conocida regla de lucha es la destrucción sin distinción de edad, sexo ni condición[76].

Para valorar correctamente el peso de esta acusación («despiadados salvajes»), es importante saber que el borrador original de la Declaración de Independencia fue escrito por Thomas Jefferson y corregido por John Adams y Benjamin Franklin. Del comité de redacción también formaban parte Robert Livingston y Roger Sherman, aunque estos dos últimos no participaron en la elaboración del acta de Declaración, que todos juntos entregaron al Congreso el 28 de junio de 1776. A los cinco

miembros del comité de redacción del acta, junto con George Washington, se les considera los «padres fundadores» de Estados Unidos. Adams fue, además, el segundo presidente de Estados Unidos y Jefferson el tercero. Resulta lógico pensar —aunque censurable desde nuestro punto de vista— que la política de extermino de los indios norteamericanos era una política de Estado, pues así lo quisieron los «padres fundadores»de la nueva nación. Cuando, en 1789, George Washington fue elegido primer presidente de Estados Unidos, decidió que los asuntos indios estuviesen a cargo de la Secretaría (ministerio) de Guerra. El brigadier general Henry Knox, héroe de la independencia, cuando George Washington lo nombró primer secretario de Guerra, dejó claro que los indios no eran ni podían ser ciudadanos norteamericanos y que, por tanto, las tribus indias debían tener una consideración parecida a la de las naciones extranjeras. Para los llamados «padres fundadores», los pueblos originarios nada tenían que ver con Estados Unidos.

Por otra parte, está claro que la *Indian Removal Act* (Ley de Desalojo o Traslado) de 1830 despojó de sus tierras a los indios estadounidenses y les obligó a trasladarse a las reservas[77]. En virtud de la misma, en 1838, por ejemplo, 17.000 cheroquis fueron obligados a abandonar sus hogares en el norte de Georgia y a trasladarse a pie hasta Oklahoma[78]. La deportación del pueblo cheroqui, es decir la marcha forzada por cientos de kilómetros atravesando zonas inhóspitas en medio de terribles nevadas, provocó que muchos de los deportados perecieran víctimas del hambre, la sed y el frío. Los cheroquis recorrieron más de 1.600 kilómetros en lo más crudo del invierno y en el camino murieron cerca de cuatro mil, la mayoría ancianos, mujeres y niños[79]. La terrible marcha del pueblo cheroqui a la reserva, decidida —recordemos— por el Gobierno de Estados Unidos, pasó a la historia como el «sendero de las lágrimas»[80]. Mientras escribo estas líneas, asaltan mi pensamiento las imágenes del genocidio armenio cometido en el Imperio otomano por los Jóvenes Turcos entre 1915 y 1917. Es imposible no establecer un paralelismo entre la desgraciada historia del pueblo cheroqui y la trágica historia del pueblo armenio.

Con la Ley de Desalojo o Traslado, el Gobierno de Estados Unidos puso en marcha una política de limpieza étnica, pues el objetivo era la expulsión de todas las tribus indias hacia el oeste del río Misisipi. Las autoridades de Washington se propusieron dejar limpio de toda presencia indígena el territorio comprendido entre

los Apalaches y el Misisipi para que pudiera ser repoblado por los ciudadanos blancos de Estados Unidos o por los inmigrantes europeos que comenzaban a llegar al nuevo Estado.

No se suele contar que Abraham Lincoln, con veintitrés años y el grado de capitán, participó de la guerra contra el jefe indio Halcón Negro[81]. Los sauk y sus aliados, los fox, los winnebagos y los kickapús, liderados por Halcón Negro, se resistieron a ser desalojados de sus tierras ancestrales y durante meses combatieron para no ser expulsados al oeste del río Misisipi. La guerra comenzó exactamente el 6 de abril de 1832 con la batalla de Stillman's Run y continuó hasta la salvaje masacre de Bad Axe, que tuvo lugar el 2 de agosto de mismo año[82]. Tras el combate de Wisconsin Heights, acaecido el 21 de julio de 1832, en el que el ejército de Estados Unidos derrotó y capturó a Halcón Negro, los sauk trataron de huir hacia el oeste, pero el 1 de agosto, en Bad Axe, fueron alcanzados por el ejército y las milicias de Illinois[83]. Más de cuatrocientas mujeres, niños y ancianos fueron asesinados sin piedad. Después, los soldados despedazaron los cadáveres y cortaron largas tiras de carne para usarlas como cuchillas de afeitar. Varias decenas de sauk y fox que habían logrado huir fueron capturados y asesinados por guerreros sioux que actuaban en apoyo del ejército de Estados Unidos. En las semanas posteriores a la batalla, los sioux trajeron sesenta y ocho cueros cabelludos y veintidós prisioneros al agente indio estadounidense Joseph M. Street. El ejército norteamericano sufrió cinco muertos en acción y diecinueve heridos[84]. Halcón Negro, que había sido hecho prisionero en el enfrentamiento de Wisconsin Heights, fue exhibido en varias ciudades del oeste de Estados Unidos como si fuese un extraño mono o gorila de África, y las multitudes acudían a verlo. Y no fue el último, ya que, posteriormente, le llegó el turno a los míticos lideres Toro Sentado y Gerónimo. Halcón Negro murió el 3 de octubre de 1838 y fue enterrado a las orillas del río Des Moines. En julio de 1839, James Turner robó los restos del jefe indio y los hirvió para separar la carne de los huesos y poder exhibir el esqueleto del guerrero sauk como trofeo.

La guerra de Estados Unidos contra las tribus sauk, fox, winnebago y kickapoo pasaría a la historia como la «Guerra de Halcón Negro», que, como acabamos de ver, acabó en el genocidio de Bad Axe. Además de Abraham Lincoln (1809-1865), participaron en la guerra el coronel Zachary Taylor (1784-1850), futuro presidente de Estados Unidos (1849-1850)[85]; el joven teniente Jefferson Davis (1801-889), que sería senador por el Estado de

Misisipi, secretario de Guerra desde 1853 hasta 1857 y luego presidente de los Estados Confederados de América desde 1861 hasta 1864, y el general Winfield Scott (1786-1866), considerado un héroe nacional por su participación en la guerra contra México (1846-1848), candidato a presidente en las elecciones de 1852, primer comandante en jefe de los ejércitos del norte en la Guerra de Secesión y primer militar en ostentar el grado de teniente general después de George Washington.

La carnicería de Bad Axe no fue un caso aislado en la llamada «conquista del Oeste». La lista de las masacres de niños y mujeres indias documentadas y «premiadas» por el Gobierno de Estados Unidos es interminable. A mediados de 1864, las autoridades de Colorado firmaron un acuerdo de paz y seguridad con el jefe cheyene Olla Negra, lo que le animó a instalarse con su gente cerca de Sand Creek (Arroyo de Arena). Sin embargo, el 29 de noviembre de ese año, setecientos soldados del Tercer Regimiento de Caballería de Colorado, encabezados por el coronel John Chivington, atacaron por sorpresa la aldea cheyene. Sesenta guerreros indios murieron en el combate y ciento cuarenta mujeres y niños fueron asesinados[86]. Los soldados del Tercer Regimiento de Caballería no solo arrancaron el cuero cabelludo de los combatientes cheyenes, sino que mutilaron los cuerpos de las mujeres indias arrancándoles las orejas y los senos.

El coronel John Chivington (1821-1894) no era un desadaptado social. Además de entrar como voluntario en el ejército de Estados Unidos con un alto rango, Chivington era pastor metodista y miembro de la Junta Ejecutiva del Seminario de Colorado, el precursor histórico de la Universidad de Denver. Si bien recibió muchas críticas por la masacre de Sand Creek, en 1887 se fundó en su honor una pequeña ciudad que lleva su nombre en el condado de Kiowa, en el Estado de Colorado. La ciudad de Chivington, que nació como una estación de ferrocarril, está hoy prácticamente abandonada, pero sigue en pie en memoria del autor de la masacre de Sand Creek.

El capitán Soule, a quien impresionó lo ocurrido en Sand Creek, cuando denunció los hechos sostuvo que «cientos de mujeres y niños se nos acercaban, se ponían de rodillas pidiendo piedad. [No obstante] hombres que afirmaban ser civilizados les partían los sesos»[87].

La matanza ocurrió durante la presidencia de Abraham Lincoln, que continuó la política de segregación territorial consistente en la deportación forzada de las tribus indias de sus tierras históricas y

su traslado a minúsculas reservas donde se les condenaba a vivir de las dádivas del Estado norteamericano, que les proveía —tarde, mal y nunca— de los alimentos que ya no podían conseguir mediante la caza y la escasa agricultura que practicaban. Así, durante la Administración Lincoln, el Gobierno federal practicó la limpieza étnica del pueblo navajo, que fue obligado a caminar, en condiciones inhumanas, más de quinientos kilómetros desde sus tierras en Arizona hasta un paraje ubicado al este de Nuevo México conocido como Bosque Redondo. Es decir, se repetía con los navajos lo sucedido con los cheroquis. Para implementar el desalojo de sus antiguos dominios, entre agosto de 1864 y finales de 1866 el ejército organizó cincuenta y tres marchas que pasaron a la historia como la «larga caminata al Bosque Redondo». Sin alimentos y agua, miles de navajos murieron antes de llegar a Nuevo México.

Para la élite política norteamericana, imbuida del llamado «destino manifiesto», su obligación era construir un Estado-continente desde el Atlántico al Pacífico, por lo que las más de quinientas tribus indias —los sauk, fox, winnebago, kickapoo, iroqueses, hurones, sioux, cheyenes, cheroquis, navajos, apaches, comanches…— constituían un obstáculo que debía ser eliminado cuanto antes.

Del cerca del millón de indios que poblaban el territorio actual de Estados Unidos en el momento de su independencia de Gran Bretaña, en 1890 quedaban solo 228.000 sobrevivientes[88]. Hasta el día de hoy, para la mayoría de los historiadores, politólogos, sociólogos y «opinólogos» norteamericanos, la «conquista del Oeste» realizada por Estados Unidos fue una grandiosa gesta; sin embargo, la conquista española de América fue un atroz genocidio.

Uno de los «gloriosos» episodios de aquella «gesta» tuvo lugar el 27 de noviembre de 1868, a orillas del río Washita, cuando el Séptimo Regimiento de Caballería, liderado por el general George Custer, atacó por sorpresa uno de los campamentos cheyenes masacrando a los guerreros indios y, con ellos, a todas las mujeres y niños[89]. Ni siquiera hubo piedad para las mujeres embarazadas ni los bebés recién nacidos, que murieron aplastados por las patas de los caballos del Séptimo de Caballería para ahorrar municiones. A partir de la matanza del río Washita, Custer se ganó el apodo de *Squaw Killer* (asesino de pieles rojas), sobrenombre que siempre llevó con orgullo.

Pero no es cuestión de ensañarse con la figura del legendario general, quien, en definitiva, no fue más que el instrumento en el

campo de batalla de la cruda voluntad de poder de la élite política y militar de Estados Unidos. Esto se comprende fácilmente si tenemos en cuenta que fue el general William T. Sherman —partidario de actuar con «mano dura» contra los indios cheyenes— quien puso a Custer, a principios de 1867, al frente del Séptimo Regimiento. El general Sherman era descendiente directo de Roger Sherman, quien, como hemos mencionado, formó parte del Comité de los Cinco que redactó el acta de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, donde, como ya dijimos, se calificaba a los indios de «despiadados salvajes».

Ocho años después de la masacre del río Washita, el 25 de junio de 1876, Custer y 252 hombres del Séptimo Regimiento de Caballería encontraron la muerte en la batalla de Little Big Horn a manos de los jefes sioux Toro Sentado y Caballo Loco. Los cuerpos del general y de sus soldados fueron enterrados en el mismo campo de batalla, pero en octubre de 1877 los restos de Custer fueron reubicados en el cementerio de West Point, en Nueva York. Desde aquel momento, a lo largo y ancho de Estados Unidos se construyeron numerosos monumentos dedicados al general Custer, el más importante de ellos en la ciudad de Monroe, en el Estado de Michigan. En su honor fue edificado, en 1917, el Fort Custer National Military Reservation, donde se prepararon noventa mil soldados que participaron en la Primera Guerra Mundial y cuatrocientos mil que combatieron en la Segunda, y también en 1917 se construyó el Fort Custer National Cemetery.

Uno de los últimos episodios de aquella «gesta» ocurrió pocos días después de la Navidad de 1890. El 15 de diciembre de ese año, el jefe sioux Toro Sentado había sido asesinado en la reserva de Standing Rock y, temiendo ser el siguiente, el jefe Pie Grande decidió huir de la reserva con su gente para intentar unir sus fuerzas con las de Nube Roja. El ejército recibió instrucciones precisas de evitar como fuera el encuentro entre los dos líderes indios, y el 28 de diciembre el ejército dio alcance a Pie Grande y a su tribu. En la mañana del 29 de diciembre, el Séptimo de Caballería comandado por el coronel James W. Forsyth (1835-1906), atacó el campamento sioux que se encontraba cerca del arroyo Wounded Knee (Rodilla Herida). Murieron unos ciento cincuenta guerreros sioux y veinticinco soldados norteamericanos. Deshonrosamente las tropas del ejército asesinaron a más de doscientas personas no combatientes, sobre todo mujeres y niños[90].

Sin embargo, la reacción del Gobierno y de la sociedad estadounidenses fue enormemente favorable. Así, el 3 de enero de 1891, Lyman Frank Baum, el famoso escritor de libros infantiles, autor, entre otros, de *El maravilloso mago de Oz* y en aquel momento editor del periódico *Aberdeen Saturday Pioneer,* sostuvo*:*

> El *Pioneer* ha declarado que nuestra única seguridad depende del exterminio total de los indios. Después de haberlos perjudicado durante siglos, es mejor para proteger nuestra civilización persistir en el error y borrar a estas criaturas indomables de la faz de la Tierra[91].

Podemos decir sin temor a exagerar que el pueblo estadounidense festejó con algarabía la«victoria»deWounded Knee porque puso fin a la llamada «Guerra india». El 25 de julio de 1893, cerca de Waters Hall, con la asistencia de más de cinco mil quinientas personas, se levantó un monumento en honor a los miembros del Séptimo Regimiento de Caballería caídos en Wounded Knee. Poco después, el 9 de noviembre de 1894, el coronel James W. Forsyth fue ascendido a general de brigada, y el 11 de mayo de 1897, a mayor general. A día de hoy, una pequeña ciudad de Montana, en el condado de Rosebud, sigue llevando su nombre[92].

Por último, señalar que veinte miembros más del Séptimo de Caballería fueron galardonados por el presidente Benjamin Harrison con la Medalla de Honor, la máxima condecoración que entregan las Fuerzas Armadas de Estados Unidos[93]. El criterio que se sigue para conceder tal honor es «haber actuado con valentía e intrepidez, con riesgo de la propia vida, más allá de la llamada del deber, estando en combate contra un enemigo de Estados Unidos».

Años después, Hollywood, siguiendo el ejemplo de la mayoría de los intelectuales y grandes hombres de la cultura estadounidense, se encargaría también de presentar la conquista del Oeste como una «gesta heroica» y al general George Armstrong Custer como un gran héroe. La primera película en honor a Custer, *Camino de Santa Fe* (1940), dirigida por Michael Curtiz, el futuro presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, hacía el papel del valiente general. Un año después se estrenó *Murieron con las botas puestas* —dirigida por Raoul Walsh—, la más famosa de todas las películas realizadas para homenajear a Custer, que es presentado como un caballero galante, alegre, bromista y valeroso hasta lo irracional. El filme contribuyó a consolidar entre las masas norteamericanas la idea de

la «conquista del Oeste» como la gesta fundacional de Estados Unidos.

Por tanto, no es de extrañar que el concejal de la ciudad de Los Ángeles, Mitch O'Farrell, tras liderar una verdadera cruzada contra los símbolos de la conquista española de la antigua Alta California, lograra, el 11 de noviembre de 2018, quitar del centro de la ciudad de Los Ángeles la estatua del gran marino genovés que el 12 de octubre de 1492 descubrió América. La retirada de la estatua fue aprobada por el condado de Los Ángeles, que gestiona el parque en el que se encontraba. La supervisora del condado, Hilda Solís, argumentó en el acto que la conquista española de América era un capítulo manchado de sangre de la historia universal y que «la estatua de Cristóbal Colón» no merecía estar en el centro de Los Ángeles porque daba «una visión romántica de la expansión de los imperios europeos y la explotación de los recursos naturales y los seres humanos». Así, con la retirada de la estatua, «empezamos un nuevo capítulo en nuestra historia en el que aprendemos de los errores del pasado para que no estemos condenados a repetirlos»[94].

Quizá habría resultado interesante que la supervisora del condado de Los Ángeles hubiera recordado las matanzas de los indios californianos cometidas por el ejército norteamericano desde 1846, cuando Estados Unidos arrebató California a México; entre ellas, la masacre del río Sacramento (6 de abril de 1846), la masacre del lago Klamath (12 de mayo de 1846) o la masacre de Sutter Buttes (21 de junio de 1846), todas ellas ejecutadas por el capitán John C. Frémont (1813-1890), amigo y protegido del influyente diplomático y político estadounidense Joel Roberts Poinsett. Las atrocidades cometidas por Frémont, lejos de dañar su imagen ante la opinión pública, lo catapultaron a la política. De hecho, fue senador por California en 1850, primer candidato a la Presidencia de Estados Unidos presentado por el Partido Republicano en 1856 y gobernador del territorio de Arizona en 1878. En su honor, una ciudad de Nebraska, en el condado de Dodge, sigue llevando su nombre. Y no estuvo solo, porque el capitán Edward Kern (1823-1863) fue el principal responsable de la masacre de Kern y Sutter (29 de marzo de 1847): el río San Felipe fue rebautizado como río Kern a modo de homenaje y un condado de California también mantiene su nombre.

Habría sido demasiado pedir que la señora Hilda Solís hubiese recordado también que el 22 de abril de 1850 la nueva legislatura del Estado de California había aprobado la «Ley para el Gobierno y

la Protección de los Indios», que legalizó el secuestro y la servidumbre forzada de indios por parte de los colonos blancos, o que en 1856 un editorial del *Boletín de San Francisco* hubiese declarado que «cuando ocurre un brote de violencia india, el exterminio es el remedio más rápido, económico y efectivo de prevenir todas las demás dificultades»[95].

Hasta ahora, que nosotros sepamos, ningún político estadounidense de envergadura ha pedido que se retiren las estatuas del general George Custer ni propuesto el cambio de nombre de las ciudades de Forsyth o Frémont. Tampoco a ningún dirigente californiano se le ha ocurrido mudar de nombre al río Kern o al condado Kern. Sin embargo, Hilda Solís insiste en quitar de California las estatuas del santo español fray Junípero Serra (1713-1784), quien durante la mayor parte de su existencia defendió y protegió a la población india. Para Hilda Solís, envenenada por la leyenda negra de la conquista española de América, los españoles son los únicos «malos de la película».

Es importante señalar que los indios en Estados Unidos no fueron ciudadanos norteamericanos hasta el 2 de junio de 1924, cuando el Congreso aprobó la llamada «Ley de ciudadanía india». Sin embargo, el derecho al voto en todos los Estados de la Unión no les fue concedido hasta 1948. Treinta años después, en 1978, con la «Religion Freedom Act»,se les permitió celebrar algunas ceremonias religiosas, aunque la libertad de culto no les fue reconocida hasta 1993, con la «Native American Free Exercise of Religious Act»[96].

Sin embargo, estos avances en materia de derechos humanos no han cambiado el hecho axial de que, en las reservas, las tribus indias siguen vegetando y extinguiéndose poco a poco. Para tal fin no explícito —pero no por ello menos real— fueron concebidas y creadas por la élite política estadounidense. Al respecto, es ilustrativa la situación de los navajos, el pueblo indígena más numeroso de Estados Unidos.

> Hoy en día, el 42 % de la población navaja vive bajo el nivel de pobreza y el 48 % se encuentra en situación de desempleo. Los ingresos per cápita rondan los 7.200 dólares, cuando la media nacional es de 30.000. Solo un 7 % de los navajos posee un título universitario y todavía hoy hay miles de hogares sin electricidad y un 40 % de la población no tiene acceso a agua corriente. Los índices de criminalidad en la reserva son alarmantes, superiores a los de grandes ciudades como Boston o Seattle. La falta de recursos e infraestructuras a menudo se traduce en dificultades para acceder a alimentos saludables, de modo que casi un tercio de la nación padece de diabetes[97].

El carácter imperialista y no imperial de la expansión de Estados Unidos hacia el oeste quedó nuevamente en evidencia entre los años 1929 y 1940, cuando el Gobierno procedió a deportar a 418.969 personas de origen mexicano, a pesar de que muchos de ellos eran ya —por haber nacido en Estados Unidos y por aplicar este país el principio jurídico del *ius solis* para determinar la nacionalidad— ciudadanos estadounidenses. En efecto, el60 % de los deportados eran ciudadanos norteamericanos[98]. La expulsión masiva e inconstitucional de personas de origen mexicano se realizó bajo el lema «una vez mexicano, siempre mexicano»[99].

Sin mestizaje no hay imperio, sino imperialismo. La acción imperial crea provincias y fomenta los matrimonios mixtos; la acción imperialista trata siempre de exterminar a la población nativa del espacio geográfico que conquista o crea colonias, formales o informales. La acción imperialista intenta siempre la limpieza étnica del territorio que ha conquistado.

3
La gran batalla por el relato histórico

Al fin la leyenda negra parece haber ganado la batalla cultural, determinando conciencias, costumbres y prejuicios. Pero los tiempos están maduros para la restauración de la verdad.

Alejandro Pandra[100]

Es en la dimensión cultural del poder donde los españoles americanos y los españoles europeos han perdido la más importante de todas las batallas, la batalla por el relato histórico, porque han sido las potencias que tradicionalmente se enfrentaron con España e Hispanoamérica las que han escrito —e impuesto el relato— la historia, no solo de la relación entre España y América, sino la misma historia de los españoles americanos y de los españoles europeos, hasta el punto de que ya casi no se reconocen entre sí como miembros de una comunidad mayor de cultura, como integrantes de una misma ecúmene cultural de raíz común y futuro compartido.

La falsificación de la historia: «El huevo de la serpiente»

El jurista argentino Juan Bautista Alberdi[101], cuyas ideas inspiraron la redacción de la Constitución argentina de 1853, sostenía:

> Entre el pasado y el presente hay una filiación tan estrecha que, juzgar el pasado no es otra cosa que ocuparse de presente. Si así no fuera, la historia no tendría ni interés ni objeto. Falsificad el sentido de la historia y pervertís por el hecho toda la política. La falsa historia es el origen de la falsa política[102].

Y eso es justamente lo que ha ocurrido, lo que nos ha ocurrido a los españoles americanos y a los españoles europeos. Las potencias enemigas de España han tergiversado, magnificando u ocultando hechos, la historia de la conquista de América y la historia misma del Imperio español, de su gestación y su disolución.

Una vez adulterada la historia, muchos españoles americanos aprendieron a odiar a España y demasiados españoles europeos se creyeron erróneamente integrantes de una misma familia con los rubios teutones y sajones, que en el fondo los desprecian. Así, a fines del siglo XX, los hispanoamericanos se olvidaron de España, salvo a la hora de emigrar para conseguir trabajo o pedir asilo político, y los españoles europeos se olvidaron de América, salvo para hacer negocios mezquinos.

Sin duda, la falsificación de la historia es el origen profundo de los males que han aquejado, hasta hoy día, a la América española y a España misma, porque es imprescindible tener en cuenta que, sin el conocimiento de una historia auténtica,

> ... es imposible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro [porque] el conocimiento del pasado es experiencia, es decir, aprendizaje [y porque] lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia en la que esta es solo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional, que es la base necesaria de toda política de la Nación[103].

Y es que la adulteración de la historia comenzó justamente con la tergiversación de la conquista española de América. La leyenda negra constituye, sin duda, el «huevo de la serpiente»[104].

Según Vargas Llosa:

> ... la leyenda negra antiespañola fue una operación de propaganda montada y alimentada a lo largo del tiempo por el protestantismo —sobre todo en sus ramas anglicana y calvinista— contra el Imperio español y la religión católica para afirmar su propio nacionalismo, satanizándolos hasta extremos pavorosos y privándolos incluso de humanidad... [Hay] de ello ejemplos abundantes y de toda índole: tratados teológicos, libros de historia, novelas, documentales y películas de ficción, cómics, chascarrillos y hasta chistes de sobremesa[105].

En los siglos XVI y XVII, la Casa de Orange, que se encontraba inmersa en una guerra a muerte contra España, decidió utilizar como instrumento de propaganda antiespañola el libro *Brevísima*

relación de la destrucción de las Indias, del sacerdote español Bartolomé de las Casas, y logró convertirlo en poco tiempo en un éxito mundial. No sería la última vez que un Estado —por razones políticas— lograra convertir un libro en un *bestseller,* como ya hemos visto que ocurrió con *Doctor Zhivago* durante la Guerra Fría.

El libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* fue escrito por fray Bartolomé en España hacia 1541, y publicado en Sevilla en 1552. Desde 1579 y hasta 1648 (es decir, desde la rebelión de las futuras Provincias Unidas hasta la Paz de Westfalia), se imprimieron en los Países Bajos más de veinte ediciones de la obra de Bartolomé de las Casas, casi todas ilustradas por el grabador holandés Teodoro de Bry, con láminas que expresaban en imágenes la narración que el dominico hacía de las supuestas atrocidades realizadas por los españoles en América.

Al respecto, el historiador marxista Jorge Abelardo Ramos afirma:

> En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* y luego en su *Historia general de las Indias,* el padre Las Casas ofreció una versión, exagerada por su pasión y frecuentemente plagada de inexactitudes dictadas por los peores recursos polémicos, de la crueldad española en la conquista. La destrucción crítica de su *Brevísima* es sencilla y los hispanófilos ya la han realizado. Importa reiterar aquí que los rivales europeos de España, famosos genocidas y vampiros de pueblos enteros, como los ingleses y holandeses, se lanzaron sobre la obra de Las Casas como moscas sobre la miel. En las prensas de Alemania, Holanda y Gran Bretaña se difundieron enseguida las traducciones. Al parecer, España en sus conquistas empleaba métodos sangrientos. Sus rivales, en cambio, eran filántropos rebosantes de piedad[106].

Sobre la vida y obra de Las Casas nos interesa resaltar la opinión del filósofo marxista Juan José Sebreli, que sostiene:

> Las denuncias de Las Casas a los crímenes de los conquistadores hacen de él un gran humanista, pero sus informaciones eran de segunda mano, y con frecuencia exageraba y aun mentía deliberadamente para lograr mayor fuerza en sus argumentos[107].

Sacando a la luz algunas de esas exageraciones y mentiras cometidas por Bartolomé de Las Casas, el historiador y literato peruano Luis Alberto Sánchez afirma:

> Las Casas, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* asigna solo a Puerto Rico y Jamaica una población de seiscientos mil habitantes, lo que parece a todas luces exagerado. Como hace notar don Tomás Blanco, la propensión a exagerar del apostólico fraile llega al

> extremo de que, en un pasaje de su *Historia de las Indias,* afirma que un español mataba con su lanza diez mil indios en una hora, o sea 166 por minuto, o casi tres indios muertos por segundo, tanto como un arma automática moderna[108].

Un viejo refrán español reza que para muestra basta un botón.

FRANCIA: LA LEYENDA NEGRA ILUSTRADA

Francia no se quedó atrás en la divulgación de la leyenda negra. María Elvira Roca Barea nos ilustra al respecto:

> La producción de textos hispanófobos tiene en Francia una larga historia. Hacia 1530, durante los enfrentamientos entre Carlos I y Enrique II, comienzan a aparecer panfletos franceses contra España. En la década de 1580 se publicaron ciento noventa y siete, y en la siguiente, trescientos tres de un total para este siglo de ochocientos veintidós[109].

En 1594, el teólogo francés Antoine Arnauld publicó la obra conocida como *El antiespañol* —título ya de por sí muy ilustrativo—, donde previene a sus compatriotas de la «insaciable avaricia» de los españoles y de «su crueldad mayorque la del tigre». Asimismo, informa de la «lujuriosa e inhumana desfloración de matronas, esposas e hijas» realizada por los «semibárbaros españoles», así como de la «sodomítica violación de muchachos» cometida delante de los «padres, esposos o parientes de aquellas atormentadas víctimas»[110]. En definitiva, un libelo que fue creído a pie juntillas por la sociedad francesa.

Quizá el dato más importante para comprender el aporte de Francia a la construcción de la leyenda negra reside en el hecho de que, con la Ilustración, «la hispanofobia deja de estar en los panfletos y pasa a las obras de primera división»[111], adquiriendo de esa forma un carácter pseudocientífico. Como explica Roca Barea:

> La acomodación de una dinastía francesa en Madrid no aflojó el combate de los vecinos para quebrar la moral del enemigo [y] a lo largo del siglo XVII, los ilustrados franceses [...] reescriben y actualizan los tópicos de la leyenda negra de los siglos anteriores y añaden otros nuevos, como el atraso y la incapacidad para la ciencia [...]. Mientras en el siglo XVIII en España no se escribe historiografía contemporánea, en Francia abunda la de España y, con ella, la de América española. O sea, la historia de España durante el siglo XVIII se escribe en Francia[112].

Sin embargo, solo es posible entender el daño que la leyenda negra elaborada en Francia provocó en España si tenemos en cuenta que los autores franceses fueron venerados por la mayor parte de las élites españolas, que aceptaron plácidamente la política de subordinación cultural ideada por los franceses para destruir desde dentro al Imperio español.

Si Holanda y Gran Bretaña fueron las primeras potencias en utilizar conscientemente el libro de Las Casas como herramienta de subordinación cultural, Francia será el primer poder en utilizar el teatro como herramienta de su imperialismo cultural. García Cárcel nos proporciona una detallada lista de obras de teatro de autores franceses en donde se plasma el tema de América y las maldades que los españoles han cometido en el Nuevo Mundo:

— *Les indes galantes* (1735), ópera ballet de Jean-Philippe Rameau con libreto de Fuzelier. Confuso pastiche hispano-indio-turco.
— *Alzire ou les américains* (1736), de Voltaire, tragedia en cinco actos. La acción se desarrolla en Lima, donde la población intenta librarse con éxito de la tiranía española.
— *Fernand Cortès,* de Alexis Piron, que fue traducida y publicada en 1776 y luego representada en España.
— *Lettres d'une péruvienne* (1747), de Françoise de Graffigny, novela epistolar y luego pieza teatral tras un éxito espectacular que se sustanció en ciento treinta y tres ediciones [...]. Gira en torno a la joven india Zilia, traída a España a la fuerza por los españoles.
— *Manco-Capac* (1763), de Antoine Leblanc de Guillet.
— *Christophe Colomb ou l'Amérique Découverte* (1773), de Bourgeois, editada con bellos grabados.
— *Les incas ou la destruction de l'empire du Pérou* (1777), de Marmontel[113].

Es importante aclarar que estas y otras muchas obras que falsificaban y tergiversaban la historia de España, presentándola como la patria de la ignorancia, la maldad, la intolerancia y la codicia sin límites, fueron traducidas y publicadas en la propia España[114]. Increíblemente, las élites españolas llenaron las salas de los teatros para ver cómo los autores franceses se mofaban, desprestigiaban y ridiculizaban su propio país y lo más curioso es que dichas élites terminaron creyendo una historia de España que denigraba a los españoles —como si ellos mismos no lo fueran— y

consumieron los libros y las obras de teatro franceses «con la fe de los conversos a una verdad revelada»[115].

Entre las obras fomentadas por la diplomacia francesa para ser leídas fuera de Francia, y dirigidas a lograr la subordinación cultural de España e Hispanoamérica, destacan las siguientes:

— *Abrégé de l'Histoire de l'Espagne,* de Jean Baptiste Duchesne, publicada en 1751.
— *Abrégé chronologique de l'histoire d'Espagne et de Portugal,* de Joseph Louis Ripault, publicada en 1758. Obra en cinco volúmenes.
— *Historia general de América después del descubrimiento,* de Antoine de Touron, publicada en París entre 1768 y 1770. En ella se acusa a España de haber asesinado a 14 millones indios en el Nuevo Mundo.
— *Recherches philosophiques sur les américains,* de Cornelius de Pauw, publicada en 1769.

Especial atención merece la obra *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans le deux Indes*, conocida como *L'Histoire des deux Indes,* escrita por el exjesuita Guillaume Thomas Raynal en 1770. El libro fue prohibido en Francia, pero circuló libremente en Hispanoamérica y, de hecho, junto a *La riqueza de las naciones,* del escocés Adam Smith, *L'Histoire des deux Indes* fue utilizado por Simón Bolívar para articular su pensamiento político. Es decir, fue a través de la lectura de esas dos obras como el joven Simón Bolívar quedó subordinado ideológicamente al imperialismo cultural francés y británico[116]. Roca Barea describe así el razonamiento del joven «Libertador»:

> Por las Américas circulaban a su gusto, aunque en Francia estaba prohibida, la *Histoire de Indes* de Raynal, como explican Powell y Salvador de Madariaga, y acabó convirtiéndose en un evangelio para libertadores y emancipadores, que creyeron en las horribles descripciones que hace Raynal del Imperio español y pensaron que el mundo fuera de él debía ser mil veces más libre y más próspero, una suerte de tierra prometida o paraíso en la tierra que solo el Imperio español impide alcanzar. Así que lo más urgente era ponerle fin cuanto antes[117].

Solo nos resta aclarar que los franceses pusieron la mesa y los ingleses se comieron la cena, porque fue Inglaterra la potencia que más se benefició de la independencia y balcanización de la América española. Después de la disolución del Imperio español en América, cada una de las nuevas repúblicas tuvo su propio ejército, su

bandera y su himno nacional, aunque en realidad no fueron otra cosa que semicolonias de su graciosa majestad británica.

INGLATERRA: MADRE DE LA HISPANOFOBIA EN HISPANOAMÉRICA

En la historia de las relaciones internacionales, la primera unidad política en utilizar de forma consciente, sistemática y premeditada la subordinación ideológico-cultural como herramienta fundamental de su política exterior fue Gran Bretaña, que exportó como ideología de dominación la leyenda negra de la conquista española de América, el libre comercio y el nacionalismo de campanario.

Una de las cuestiones más llamativas, pero a su vez más ignoradas de la historia de las relaciones internacionales, se refiere al hecho de que, a partir de su industrialización, Gran Bretaña pasó a actuar con deliberada duplicidad. Una cosa era lo que efectivamente había realizado —y realizaba— en materia de política económica para progresar industrialmente y otra muy distinta lo que ideológicamente propagaba con Adam Smith y otros voceros. Inglaterra se presentaba al mundo como la patria del libre comercio, como la cuna de la no intervención del Estado en la economía, cuando, en realidad, en términos históricos había sido la patria del proteccionismo económico y del intervencionismo estatal.

Desde el análisis histórico serio, no hay ninguna duda de que Gran Bretaña fue la «patria del proteccionismo económico». El primer intento de desarrollar la fabricación de tejido de lana —alterando deliberadamente los principios del libre comercio y el libre mercado— fue llevado a cabo por Eduardo III (1327-1377), que, lisa y llanamente, prohibió la importación de estos productos. Esta orientación fue continuada por sus sucesores, que en 1455 impidieron la introducción de tejidos de seda a fin de favorecer a los artesanos ingleses. Años más tarde, para desplazar a los negociantes italianos y flamencos, se prohibió a los extranjeros exportar lanas y, en 1464 —como destaca Henri Pirenne—, se hizo lo mismo con la entrada de paños del continente, anunciando así la política decididamente proteccionista que unos años más tarde, a partir de 1489, llevaría a cabo Enrique VII, que hizo del proteccionismo económico una verdadera política de Estado.

Enrique VII e Isabel I utilizaron las subvenciones, la distribución de derechos de monopolio, el espionaje industrial patrocinado por

el Gobierno y otros medios de intervención gubernamental para desarrollar la industria manufacturera de la lana de Inglaterra, a la sazón, el sector más avanzado tecnológicamente de Europa.Así, en 1565, Isabel I renovó y reformuló la prohibición de exportar ovinos vivos establecida por Eduardo III, penando con un año de cárcel y la amputación de la mano izquierda a todo aquel que violara la ley, y, en caso de reincidencia, la legislación permitía la aplicación de la pena de muerte. Finalmente, en 1578, la reina Isabel estimó que Gran Bretaña estaba en condiciones de procesar toda su producción de lana y procedió a prohibir totalmente la exportación de lana virgen. También protegió la industria de la metalurgia, la del azúcar, la del cristal, la del jabón, la del alumbre y la de la sal. Asimismo, Isabel desarrolló el mercado interno estableciendo salarios mínimos, dictando diversas leyes protectoras de los campesinos y proporcionando trabajo a los pobres. Durante los cuarenta y cinco años que duró su reinado, Inglaterra gozó de una extraordinaria prosperidad económica[118].

Sin embargo, es preciso repetir que la leyenda negra de la conquista española de América constituyó el principal ingrediente del imperialismo cultural anglosajón para derrotar a España y dominar Hispanoamérica. De hecho, fue con Gran Bretaña y su política exterior, dirigida a fomentar la hispanofobia, como la leyenda negra adquirió, desde el punto de visto geopolítico, un carácter operativo. La élite británica contribuyó a exportar la leyenda negra de la conquista española de América porque esta conducía inexorablemente a la ruptura del vínculo entre Hispanoamérica y España, es decir a la disolución del Imperio español, enemigo estratégico del imperialismo inglés. Si la historia de Hispanoamérica era la historia que predicaban los difusores de la leyenda negra, entonces, lógicamente, cortar todo vínculo que uniera a Hispanoamérica con España se convertiría en un acto de justicia histórica.

Inglaterra no encontró mejor instrumento para fomentar la hispanofobia entre los jóvenes criollos integrantes de la élite hispanoamericana que la divulgación del famoso libro de Bartolomé de las Casas, ya ampliamente utilizado como propaganda antiespañola por la Casa de Orange.

El historiador argentino Jorge Abelardo Ramos, enrolado desde muy joven en las filas del socialismo de inspiración trotskista, afirma que la obra de Bartolomé de las Casas

> ... fue utilizada por los competidores políticos y comerciales de España para desacreditarla, en particular por Inglaterra y Holanda. Parecería redundante explicar las piadosas razones británicas para asumir la defensa de los indios americanos. De las sesenta y seis factorías de esclavos establecidas en las costas de África en esa época, cuarenta eran propiedad de los ingleses, cuya experimentada venalidad y feroz dominio en las colonias solo admite un paralelo con el demostrado por los holandeses. Ni Las Casas ni los indios necesitaban ese tipo de defensores [...]. La refinada perversidad inglesa en Irlanda, en la India o en los mercados de esclavos, para no hablar de los esquilmadores holandeses en las Indias Orientales, vuelve inútil hoy toda digresión sobre el tema [...]. No resulta ocioso anotar que no apareció en Inglaterra un padre Las Casas inglés, ni en Holanda un padre Las Casas holandés[119].

Gracias a la obra de Las Casas —difundida por diplomáticos, comerciantes y espías—, Gran Bretaña logró formar en el odio a España a numerosos jóvenes criollos idealistas, que de esa forma fueron víctimas del imperialismo cultural anglosajón. En adelante, ellos hicieron lo que el poder inglés quería —luchar contra España por la independencia de Hispanoamérica—, sin necesidad de que Inglaterra se lo dijese directamente, ni siquiera que se lo insinuase.

A fin de consolidar el peso de la leyenda negra, Gran Bretaña continuó fomentando y difundiendo libros que denigraban la conquista española de América, como *Historia de América,* del pastor protestante William Robertson (1721-1793), capellán real de Jorge III y rector de la Universidad de Edimburgo. La obra fue publicada por primera vez en Londres en 1777 y rápidamente traducida a las principales lenguas europeas y reeditada varias veces. La quinta y última edición, corregida por el autor, apareció en 1788.

Las élites hispanoamericanas al servicio de Inglaterra

En el caso hispanoamericano, una gran parte de las élites surgidas tras las llamadas «guerras de la independencia» se mantenía fiel a Inglaterra y seguía las instrucciones que Gran Bretaña informalmente enviaba a través de sus diplomáticos, agentes de inteligencia y comerciantes[120]. En el Río de la Plata —en concreto en la ciudad de Buenos Aires—, esas élites no eran descendientes de los patricios fundadores de la ciudad, sino de las familias contrabandistas que habían llegado mucho después de la creación de la urbe, y una vez producida la separación de España, se impusieron, después de una larga y sangrienta guerra civil, sobre la mayoría de la población.

Hace ya mucho tiempo que el historiador argentino Raúl Scalabrini Ortiz[121], tras muchos años de paciente investigación histórica y atenta observación de la realidad, sacó a la luz su célebre *Política británica en el Río de la Plata,* donde se atrevió a develar el resorte oculto de la historia de Hispanoamérica. En efecto, siguiendo los hilos de las «marionetas», que en toda Hispanoamérica parecían ser grandes patriotas e ilustres estadistas, comprobó que todos conducían a Londres. Para evitar equívocos conviene aclarar que entre esas «marionetas» manipuladas por Londres se encontraban, entre otros, Mariano Moreno y Carlos María de Alvear, pero de ninguna manera José de San Martín y Manuel Belgrano[122]. En el Virreinato de Nueva Granada —conformado por las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia y parte de Ecuador—, las acciones de Francisco de Miranda estaban dirigidas desde Londres, pero no se puede decir lo mismo del obrar de Simón Bolívar.

Conviene recordar que Francisco de Miranda, considerado como el precursor de la emancipación americana, nació en Caracas el 28 de marzo de 1750. En 1806, Francisco de Miranda organizó, con apoyo de Gran Bretaña, quien le proporcionó buques y pertrechos, una expedición militar cuyo objetivo era lograr la independencia de Venezuela. El 1.º de agosto, Miranda desembarcó en las costas de Venezuela, pero al no encontrar apoyo popular alguno reembarcó hacia Aruba y finalmente se trasladó a Londres. En 1810, persuadido por Bolívar, volvió a Venezuela y en 1812 fue designado dictador plenipotenciario y jefe supremo, con rango de generalísimo, a fin de afianzar la independencia. Pero el 25 de julio de 1812, dada la impopularidad de la causa de la independencia en la sociedad venezolana, capituló frente al capitán canario Domingo Monteverde. Es importante tener en cuenta que mientras el ejército de Miranda estaba compuesto de criollos blancos pertenecientes a la aristocracia de Caracas que se habían enriquecido a partir del cultivo y comercialización del cacao, el capitán Monteverde comandaba un ejército integrado en su mayoría por pardos, zambos y mulatos, y que contaba también con el apoyo de las fuerzas indígenas de la etnia jirahara, conducidas por el cacique Juan de los Reyes Vargas. Es una verdad irrefutable que los ricos estaban con Miranda y los pobres con Monteverde. Paradoja de la historia, el padre de Miranda había nacido en las Islas Canarias, como el comandante Domingo Monteverde. El 14 de julio de 1816 Francisco de Miranda fallece en el Penal de las Cuatro Torres, en la provincia de Cádiz.

El caso hispanoamericano, por supuesto, no era un caso aislado. El poder inglés ejercía su influencia *urbi et orbi,* y así, por ejemplo, durante la guerra civil norteamericana, Inglaterra, como ya hemos señalado, jugó sus cartas a favor del Sur para que Estados Unidos no pudiera completar su proceso de industrialización y se dividiese definitivamente en dos o más estados. Tampoco el Imperio inglés tuvo éxito al pretender fragmentar el Imperio del Brasil, aunque nunca dejó de intentarlo.

En todo el mundo, Gran Bretaña aplicó la política de dividir para reinar. En la América española, la política británica tuvo un éxito absoluto, pero es importante remarcar que utilizó más su inteligencia que su fuerza. Es por eso que Scalabrini Ortiz afirma:

> Más influencia y territorios conquistó Inglaterra con su diplomacia que con sus tropas o sus flotas. Nosotros mismos, argentinos, somos un ejemplo irrefutable y doloroso. Supimos rechazar sus regimientos invasores, pero no supimos resistir a la penetración económica y a su disgregación diplomática [...]. La historia contemporánea es en gran parte la historia de las acciones originadas por la diplomacia inglesa[123].

Posteriormente, poniendo el dedo en la llaga, advierte:

> El arma más temible que la diplomacia inglesa blande para dominar a los pueblos es el soborno [...]. Inglaterra no teme a los hombres inteligentes. Teme a los dirigentes probos[124].

Por cierto, ese tipo de hombre «probo» ha escaseado demasiado en la élite política hispanoamericana desde 1810 hasta nuestros días, lo que sin duda facilitó la acción de la diplomacia británica, una acción que la mayoría de los historiadores hispanoamericanos —desde los tiempos del reinado de Bartolomé Mitre hasta la actualidad bajo el principado de Tulio Halperín Donghi[125]— parecen ignorar o descartar de plano.

Sobre esta omisión, que hace imposible todo análisis serio, objetivo y científico de la historia hispanoamericana, Scalabrini Ortiz afirma:

> Si no tenemos presente la compulsión constante y astuta con que la diplomacia inglesa lleva a estos pueblos a los destinos prefijados en sus planes y los mantiene en ellos, las historias americanas y sus fenómenos sociales son narraciones absurdas en las que los acontecimientos más graves explotan sin antecedentes y concluyen sin consecuencia. En ellas actúan arcángeles o demonios, pero no hombres [...]. La historia oficial hispanoamericana es una obra de imaginación en la que los hechos han sido consciente y deliberadamente deformados,

> falseados y concadenados de acuerdo a un plan preconcebido que tiende a disimular la obra de intriga cumplida por la diplomacia inglesa, promotora subterránea de los principales acontecimientos ocurridos en este continente[126].

Finalmente, como clave interpretativa, y para no perder tiempo en el examen de detalles innecesarios y superfluos e ir a la búsqueda de los datos que realmente tienen relevancia histórica, el historiador argentino remarca que

> … para eludir la responsabilidad de los verdaderos instigadores, la historia argentina adopta ese aire de ficción en que los protagonistas se mueven sin relación a las duras realidades de esta vida. Las revoluciones se explican como simple explosiones pasionales y ocurren sin que nadie provea fondos, vituallas, municiones, armas, equipajes. El dinero no está presente en ellas, porque rastreando las huellas del dinero se puede llegar a descubrir los principales movilizadores revolucionarios[127].

ESTADOS UNIDOS: EL PADRE DEL NACIONALISMO MEXICANO

La política norteamericana de prédica y fomento de la leyenda negra de la conquista española de América comenzó como política de Estado en 1822, con la primera visita a México de Joel Roberts Poinsett (1779-1851), agente especial del Gobierno de Estados Unidos. Poinsett —acérrimo antiespañol, descendiente de una familia hugonote huida de Francia— fue el principal promotor en México de la leyenda negra y la hispanofobia[128]. En su primera visita a México, sentó las bases para la implantación de la influencia norteamericana sobre las élites mexicanas a fin de desplazar el predominio ejercido sobre ellas por Inglaterra. Simbólicamente, Poinsett hizo colocar en el salón de recepción de su casa, que hacía las veces de embajada informal, un gran retrato del emperador Moctezuma. Era la primera vez en la historia de México que un retrato de Moctezuma, el emperador antropófago, aparecía exhibido en un lugar políticamente relevante[129].

Entre los futuros dirigentes mexicanos profundamente influenciados por Poinsett se encontraban, entre otros, Guadalupe Victoria (1786-1843), Vicente Guerrero (1782-1831), Lorenzo de Zavala (1788-1836) y Manuel Gómez Pedraza (1789-1851)[130]. Todos ellos se reunían por las noches en la casa del «embajador» norteamericano bajo la atenta mirada de Moctezuma.

Uno de los temas que solían tratarse en la residencia de Poinsett era el de la forma de Gobierno que debía adoptar México. Recién consumada la independencia (1821), la sociedad mexicana enfrentó uno de los debates políticos fundamentales de su historia: decidir si el nuevo país debía constituirse en una monarquía o en una república, y, en caso de decantarse por la segunda opción, si debía ser una república unitaria o una república federal. Fue en ese momento cuando Poinsett, intuyendo que la fórmula republicana y federal permitiría una más fácil influencia de Estados Unidos sobre México, se convirtió en el principal promotor de la república y del federalismo, y, con él, todos los dirigentes mexicanos que directa o indirectamente estaban bajo su influencia.

Para entender la importancia estratégica de la labor realizada por Poinsett resulta necesario describir brevemente la carrera política de algunos de los líderes mexicanos más relevantes formados en las reuniones que el agente norteamericano organizaba en su residencia:

— José Miguel Ramón Adaucto Fernández y Félix, más conocido como Guadalupe Victoria, primer presidente de México (1824-1829). Anteriormente fue diputado por Durango y miembro del Supremo Poder Ejecutivo.
— Vicente Ramón Guerrero Saldaña, miembro del Supremo Poder Ejecutivo entre 1823 y 1824, y ministro de Guerra y Marina en 1828. Ocupó la Presidencia de México desde el 1 de abril de 1829 hasta el 17 de diciembre de ese mismo año.
— Lorenzo de Zavala. En 1824 perteneció al Congreso Constituyente, organismo que posteriormente presidió. Fue gobernador del Estado de México en 1827 y ministro de Hacienda en el Gobierno de Vicente Guerrero en 1829. Apoyó al movimiento separatista texano y fue nombrado diputado del Congreso de la República de Texas y primer vicepresidente de la República de Texas. Sin embargo, lo más relevante es que, para justificar la eliminación de toda la herencia española, escribió, en dos tomos, la obra titulada *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830,* cuya primera edición, en 1832, corrió a cargo de la Imprenta Elliot y Palmer de Nueva York[131]. La obra, que destila un visceral odio a España, fue considerada de inmediato una fuente indiscutible por muchos historiadores y políticos mexicanos. No hay la menor crítica a Estados Unidos, que ya preparaba la independencia de Texas (1835) y su futura anexión (1845).

> ¿Qué es el pueblo español en el día, delante de los pueblos civilizados? Un país de anatema y de maldición; un país en que no es permitido pensar, ni mucho menos decir lo que se siente; un país en que los extranjeros no pueden internarse sin temer ser perseguidos por una policía obscura y suspicaz o tal vez insultados por un pueblo supersticioso excitado por los frailes[132].
>
> — Manuel Gómez Pedraza y Rodríguez, que fue presidente de México entre 1832 y 1833.

Ya en su primera estancia en México, Poinsett intentó convencer al Gobierno mexicano de la venta a Estados Unidos —por cinco millones de pesos— de los territorios norteños de Texas, Nuevo México, Alta y Baja California, Sonora (incluía parte de Arizona y la Mesilla), Coahuila y Nuevo León, pero tanto el ministro de Asuntos Exteriores, Juan Francisco de Azcárate, como el emperador Agustín de Iturbide rechazaron la oferta.

Poinsett se dio cuenta al instante de que el emperador Iturbide, de orientación hispanista, era uno de los principales impedimentos para el logro de los objetivos de la política exterior norteamericana para México y, desde el principio, trabajó para su derrocamiento intentando influir en el importante grupo de líderes mexicanos que, finalmente, en 1823, hicieron caer a Iturbide[133].

El 19 de octubre de 1824, Poinsett volvió a México como «embajador *de facto*» de Estados Unidos —Washington no nombró, oficialmente, a ningún embajador para México hasta 1896[134]—, y fue en esta segunda estancia cuando se relacionó con Miguel Ramos Arizpe (1775-1843), ministro de Justicia de los presidentes Guadalupe Victoria y Manuel Gómez Pedraza. En 1842, Ramos Arizpe fue miembro de la junta surgida de las bases de Tacubaya y diputado en las Cortes Constituyentes, esto es, la asamblea que debía decidir la forma de gobierno que adoptaría el país.

Por su defensa del sistema republicano y federal —que predicaba como el más beneficioso para México y, por supuesto, para Estados Unidos—, a Poinsett se le considera el «padre del federalismo». Durante la presidencia de Guadalupe Victoria, y contando con el visto bueno del presidente, Poinsett se propuso negociar un tratado de comercio con Estados Unidos que estableciera el Río Grande como frontera entre los dos países, pero se encontró con la firme e inesperada oposición del ministro de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán y Escalada (1792-1853). El plan de la compra-venta de Texas, California y Nuevo México quedó definitivamente enterrado, pero, a modo de revancha, el 26 de septiembre de 1825, Poinsett, consiguió forzar la renuncia del ministro de Exteriores y,

con ella, la muerte irreversible del proyecto de establecer una unión aduanera hispanoamericana, sustentada por Lucas Alamán. Desde entonces, la élite política norteamericana decidió utilizar otros medios para hacerse con el territorio de México.

La prédica de Poinsett sentó las bases de un profundo odio a España. Según su versión, el conquistador extremeño Hernán Cortés era la figura más execrable de la historia de América, y la conquista de México, nada más que un baño de sangre movido por la codicia irrefrenable de los conquistadores españoles. Fue tal el dominio informal que ejerció Poinsett sobre el Gobierno mexicano que algunas voces se levantaron para criticar la impune actuación del embajador *de facto* de Estados Unidos, a quien tildaron de «sagaz» e «hipócrita»[135]. En respuesta a esas acusaciones, el 1 de enero de 1827, el cínico Poinsett publicó un panfleto titulado *Exposición de la conducta política de Estados Unidos para con las nuevas repúblicas de América*[136].

El 3 de enero de 1829, Poinsett abandonó México definitivamente. Fue sustituido por Antonio Butler, que continuaría extendiendo la leyenda negra de la conquista española de América y el consecuente fomento del antiespañolismo. En Estados Unidos, Poinsett, que se consideraba un «gran defensor de los indios», fue nombrado, en 1837, secretario de Guerra —durante la presidencia de Martín van Buren—, puesto que ocupó hasta 1841 y que le permitió mantener la política de «eliminación y exterminio total de los indios norteamericanos» al oeste del río Misisipi. Fue con él como secretario de Guerra cuando se produjo, en 1838, el genocidio del pueblo cheroqui del que hablamos en el capítulo anterior.

Una vez instalado en su patria, Joel Roberts Poinsett entabló una relación de colaboración con el profesor William Prescott, a fin de «orientarlo» en los estudios que estaba desarrollando sobre la historia de México. Poinsett proporcionó a Prescott material, información e ideas-fuerza para la elaboración de una de sus obras más importantes, *La conquista de México,* publicada en 1843, tan solo cinco años antes de que Estados Unidos le arrebatara a México aproximadamente la mitad de su territorio (2.378.539 kilómetros cuadrados) y que dicho atropello quedara fijado jurídicamente por el tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848 (oficialmente llamado Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América), en el cual los mexicanos deberían buscar el origen de sus desgracias y de su subdesarrollo, y no en la conquista española de México.

El 19 de agosto de ese mismo año, el diario *New York Herald* anunció que se había descubierto oro en California —hasta hacía pocos días, territorio mexicano—, lo que dio origen a la famosa «fiebre del oro». El 5 de diciembre, un eufórico James Polk (undécimo presidente de Estados Unidos) confirmó ante el Congreso el hallazgo del metal preciado en el pequeñito pueblo californiano de Coloma[137]. Seguramente, aquella noche Joel Roberts Poinsett debió de haber esbozado una sonrisa y brindado con sus amigos por el logro de tan anhelado objetivo, pues Estados Unidos acababa de convertirse en uno de los principales productores de oro del mundo, un oro que les permitiría financiar la construcción del primer ferrocarril transcontinental del país, que se inauguró en 1869 y que dinamizó espectacularmente la industria norteamericana.

Los políticos mexicanos, cada 12 de octubre, se lamentan del oro que les «robó» España, pero ninguno se queja del que les robó Estados Unidos al arrebatarles California por la fuerza. Ningún político mexicano se pregunta qué habría sido de México si California se hubiera mantenida mexicana, lo que habría convertido al país en el principal productor de oro de mundo. Por supuesto, tampoco se quejan del «oro negro» que les quitó Estados Unidos al despojar a México de Texas. En 1901, apenas cincuenta y dos años después de que el actual coloso del norte le arrebatara a México el territorio que hoy conforma el Estado de Texas, de un pozo en Spindletop Hill empezó a emanar crudo y desató una fiebre especuladora y de negocios similar a la del oro en California. El hallazgo del ansiado «oro negro» supuso una auténtica revolución para Estados Unidos y marcó el nacimiento de Exxon y Texaco, las dos compañías petroleras más grandes del mundo.

Cada 12 de octubre, periodistas e historiadores mexicanos recuerdan las supuestas matanzas de indios realizadas por Hernán Cortés y sus hombres, pero ninguno osa recordar que los indios de California, desde 1848, fueron víctimas de hambrunas, enfermedades y ataques genocidas sistemáticos. En 1870, de los ciento cincuenta mil indios que poblaban California en 1845, tan solo quedaban vivos treinta mil[138].

Fue Joel Roberts Poinsett —es decir, el Gobierno de Estados Unidos— quien sentó las bases de lo que luego sería la historia oficial de México que con algunos retoques se ha enseñado hasta el día de hoy a todos los niños y niñas mexicanos en las escuelas primarias. Esa falsificación es la versión indiscutida de la historia

de México de la que parten casi todos los universitarios para elaborar sus trabajos «científicos».

Cuando algún día los mexicanos, libres de prejuicios, reescriban su propia historia, Hernán Cortés figurará como el soldado que liberó a los pueblos indígenas del imperialismo antropófago de los aztecas, y Joel Roberts Poinsett aparecerá como el embajador que esclavizó a los mexicanos a través de la subordinación ideológica cultural.

Pero no crea usted, estimado lector, que el control de la clase política mexicana por parte de Estados Unidos término con la muerte de Poinsett. El geopolítico y catedrático mexicano Alfredo Jalife no se cansa de repetir que «el mismo Estados Unidos ha publicado que tres presidentes, que nunca hubiéramos imaginado, fueron agentes de la CIA: López Mateos, Díaz Ordaz y Echeverría»[139]. Los tres fueron fervientes partidarios de la leyenda negra y durante sus respectivos mandatos pusieron el mayor empeño en difundirla y en sembrar en México el odio hacia España. Adolfo López Mateos (1908-1969) fue presidente de México entre 1958 y 1964 y su pertenencia a la CIA fue descubierta mucho después de su muerte:

> A finales de 2017 fueron desclasificados más de dos mil documentos sobre la muerte de Kennedy que revelaron la colaboración de Adolfo López Mateos (presidente de México de 1958 a 1964) con Winston Scott, principal operador de la CIA en México[140].

Winston Scott también reclutó para la CIA a Gustavo Díaz Ordaz (1911-1979), que ejerció la Presidencia de México del 1 de diciembre de 1964 al 30 de noviembre de 1970. Por su parte, Luis Echeverría Álvarez, el mandatario más longevo de la historia de México —fue presidente de 1970 a 1976—, inició su carrera política a los veintidós años como secretario particular del general Rodolfo Sánchez Taboada, entonces presidente el Partido de la Revolución Mexicana. Ocupó distintos cargos oficiales, entre ellos el de secretario de Gobernación en el gabinete del presidente Gustavo Díaz Ordaz.

> Según una investigación del exagente Philip B. Agee publicada en 1975 (en el libro *Inside the Company: CIA Diary)* [...], Luis Echeverría, colaboró bajo el nombre clave de LITEMPO-8 desde que fungía como secretario de Gobernación en el gabinete de Gustavo Díaz Ordaz, un sexenio antes de ostentar la presidencia[141].

Lamentablemente, los documentos norteamericanos desclasificados demuestran que los supuestos grandes nacionalistas mexicanos —siempre dispuestos a criticar la obra de España en América— estuvieron al servicio de Estados Unidos. Dicho de otro modo: siempre «valientes» frente a España, se pusieron invariablemente «de rodillas» frente a Estados Unidos.

Hoy, como ayer, la mayoría de los políticos mexicanos no son más que fieles continuadores de una larga tradición engendrada por los líderes formados ideológicamente por Joel Roberts Poinsett bajo la atenta «mirada» de Moctezuma, el emperador al que solo le gustaba comer el muslo de las víctimas que los sacerdotes aztecas sacrificaban para apaciguar a sus dioses.

Puede decirse sin exagerar que fue el Departamento de Estado de Estados Unidos el que escribió la historia oficial de la conquista española de México, repetida sin cesar por la casi totalidad de los más prestigiosos intelectuales mexicanos, de derecha y de izquierda, hasta el día de hoy.

Así como Gran Bretaña fomentó la difusión de las obras de Bartolomé de las Casas y William Robertson, Estados Unidos promocionó veladamente las obras del prestigioso profesor de Harvard William Prescott (1796-1859), cuyos tres libros más célebres son *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* (1837), *Historia de la conquista de México* (1843) y *La conquista del Perú* (1847).

Por la solidez con que Prescott presentó sus argumentos —aunque sus premisas fuesen falsas—, por la calidad de su pluma y porque el contenido de sus obras servía al interés nacional de Estados Unidos, estas fueron traducidas al castellano y publicadas innumerables veces. Para Prescott, los villanos de la película no son los Reyes Católicos, sino Felipe II, culpable de haber convertido a España en una nación rezagada, cruel, incivilizada, fanática y supersticiosa. En *Historia de la conquista de México* se aprecia claramente cómo toda la argumentación de Prescott va dirigida a justificar aquello que él mismo considera injustificable: los sacrificios humanos realizados por los aztecas como una política de Estado. Así, el prestigioso historiador de Harvard llega a afirmar:

> Los sacrificios humanos, por crueles que fuesen, nada tenían de degradantes para las víctimas [salvo —agregamos nosotros— que les quitaban la vida sin su consentimiento, sometiéndolos antes a crueles torturas] y aún las ennoblecían al consagrarlas a los dioses; mientras que la Inquisición europea cargaba a sus víctimas de infamia en esta vida y las condenaba a eterna perdición en la futura[142].

Es decir, Prescott hace una comparación perversa que resulta intolerable, para después decirnos sin pudor que era mejor morir en el altar azteca desangrado que descuartizado en el potro español. Sin embargo, no creemos que las víctimas tomaran nota de la diferencia.

En las obras de Prescott abrevaron los primeros historiadores mexicanos en el momento de escribir sus respectivas «historias de México»[143], historias en las que se denigraba la figura de Hernán Cortés para ensalzar la de Cuauhtémoc. Una excepción fue Lucas Alamán que, entre 1844 y 1849, publicó sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mejicana,* donde postulaba que Hernán Cortés era el padre de la nación.

Si Inglaterra utilizó el libro como instrumento para la difusión de la leyenda negra y la hispanofobia, Estados Unidos hizo lo propio sirviéndose, además, del cine. Así, la saga de películas norteamericanas dirigidas a lograr la subordinación cultural de Hispanoamérica comenzó en 1887 con *Tearing Down the Spanish Flag (Arriando la bandera española),* considerada la primera película bélica de la historia, en la que se muestra el momento en el que, en el Castillo del Morro, en el puerto de La Habana, es arriada la bandera española para izar la norteamericana. En 1899 se estrenó *Raising Old Glory Over Morro Castle (Elevando la vieja gloria sobre el Castillo del Morro)*[144], película de la cual la revista *The Phonoscope* afirma lo siguiente:

> La bandera española es arriada, y hacia arriba flota la bandera de las barras y las estrellas. Se derrumba entonces el símbolo de la tiranía y la opresión que ha gobernado en el Nuevo Mundo durante cuatrocientos años[145].

En 1920, los estadounidenses llenaron los cines para ver *The Mark of Zorro (La marca del Zorro),* basada en la novela de Johnston McCulley titulada *La maldición de Capistrano*. Los norteamericanos se divertían viendo cómo el Zorro, el justiciero enmascarado, ponía en ridículo al villano capitán español don Juan Ramón, tras lo cual regresaban a sus casas con la certeza de que, antes de pertenecer a Estados Unidos, en la California española reinaban la corrupción y la opresión.

La promoción de la leyenda negra y del fundamentalismo indigenista —piezas centrales de la política de subordinación cultural de Estados Unidos para las repúblicas hispanoamericanas — recibió un nuevo impulso con la creación, en 1940, del Instituto Indigenista Interamericano, del que Estados Unidos y Canadá,

junto a México, fueron los principales promotores (por esas ironías de la historia, dicho instituto instaló su sede en la capital de México, nada menos que en la calle Londres número 64). Obviamente, el Instituto Indigenista se fundó para crear problemas políticos internos en las repúblicas hispanoamericanas, no así en Estados Unidos.

También en 1940 se estrenó en Estados Unidos la película *The Sea Hawk (El halcón del mar),* en la que Felipe II —contemplando un enorme mapamundi— aparece retratado como un tirano fascista que planifica la invasión de Inglaterra. Su estética lúgubre y oscura es una referencia directa a Adolf Hitler, por entonces el principal enemigo de Inglaterra y Estados Unidos.

En la década de 1950, The Walt Disney Company produjo la aparentemente inofensiva serie televisiva *El Zorro,* con la que millones de niños se divirtieron de lo lindo mientras veían la crueldad de las autoridades de la California española y la terrible situación política y económica que sufría el pueblo californiano bajo el yugo español: impuestos altos para los rancheros e indios explotados como esclavos y arrancados de sus familias. En la serie, como las dos caras de una misma moneda, el comandante Enrique Sánchez Monasterio es el típico militar español autoritario, astuto y cruel que oprime a los ciudadanos y les priva de sus libertades básicas. Por su parte, el sargento Demetrio López García es el típico soldado español haragán e indolente que solo piensa en comer y en beber. Para Hollywood, los españoles solo podían ser astutos malvados o tontos simpáticos.

De una u otra manera, la hispanofobia y la leyenda negra estarán siempre presentes en Hollywood, que sibilinamente ha ocultado que Gerónimo (1829-1909), el gran jefe apache chiricahua, hablaba español[146] y acostumbraba a llevar consigo un rosario. Y aun así, tomará un nuevo impulso con ocasión del V Centenario del Descubriendo de América, en 1992, cuando se estrenaron películas como *1492: la conquista del paraíso,* donde se retrata una Castilla sombría, regada de sangre de herejes, que llega a América para sembrar la desolación y la muerte.

Son solo unos pocos ejemplos que muestran cómo Estados Unidos, a través del cine y la televisión, recogió, renovó y amplificó a nivel planetario la leyenda negra sobre España, difundida antes con ahínco —a través de los libros y del teatro— por la Casa de Orange, Inglaterra y Francia.

Sin embargo, en honor a la verdad, no es posible dejar de reconocer que, siendo Estados Unidos, como le gustaba decir a

Raymond Aron, una «República imperial», en la que, en muchas de las redacciones de sus diarios y revistas, rige la más absoluta libertad de expresión y en la que en la mayoría de sus mejores universidades suele haber una absoluta libertad de cátedra, al mismo tiempo que se difundía la leyenda negra como política de Estado nacía, tanto en sus periódicos como en las aulas de sus universidades, la refutación de esa misma leyenda negra.

La leyenda negra, cuestionada en Estados Unidos

Figuras señeras de ese revisionismo histórico fueron el periodista, explorador e historiador Charles F. Lummis (1859-1928) y el profesor, soldado y jurista James Brown Scott (1866-1943), cuyas vidas bien valen una película.

Charles Lummis nació en Massachusetts, en 1859, en el seno de una tradicional familia protestante de clase alta, circunstancia que por aquel entonces implicaba una evidente hispanofobia. De joven, marchó a estudiar a Harvard, donde tuvo de compañero al futuro presidente Theodore Roosevelt. Sin embargo, para disgusto de sus padres, abandonó la universidad para comenzar a trabajar como periodista en un pequeño periódico de Cincinnati (Ohio). Pronto descubrió que la vida tradicional y ordenada del este de Estados Unidos le aburría soberanamente, por lo que decidió irse al mítico y «lejano Oeste». Su idea era caminar desde Cincinnati hasta Los Ángeles (por entonces un pueblo de 12.000 habitantes) y escribir la crónica de su travesía durante el tiempo que le llevara llegar a su destino (5.700 kilómetros). En 1884 logró convencer a *Los Angeles Times* para que financiara su proyecto, que le permitió descubrir la América española que todavía sobrevivía en las ruinas de las iglesias y en la cultura de los mexicanos que aún poblaban el oeste estadounidense. Cuando en 1884 Lummis empezó su viaje hacia California, hacía apenas ocho años que el Séptimo Regimiento de Caballería, conducido por el legendario coronel Custer, había sido derrotado por los sioux en la batalla de Little Bighorn. El gran jefe apache Gerónimo aún no había sido capturado y seguía combatiendo por la libertad de su pueblo en una guerra de guerrillas contra el ejército de Estados Unidos. Charles tenía entonces veinticinco años y el indio Gerónimo, cincuenta y cinco.

Para Lummis, como para la mayoría de los norteamericanos, todos los indios eran sucios salvajes y hostiles por naturaleza y «el mejor indio era el indio muerto». Sin embargo, para su sorpresa, Lummis se encontró en Nuevo México y en California con indios

limpios, educados y hospitalarios que construían iglesias católicas y que todavía hablaban español. El choque entre la realidad y sus prejuicios le llevó a estudiar la historia de las misiones españolas que, construidas por franciscanos, jesuitas y dominicos, estaban diseminadas a lo largo y ancho de la Norteamérica desde muchos antes de que sus antepasados ingleses llegaran a la costa de Massachusetts en el Mayflower (1620). Naturalmente, Lummis comenzó a indagar sobre la conquista española del Nuevo Mundo y a compararla con la colonización británica de América del Norte. Fruto de su investigación fue su libro *The Spanish Pioneers,* que publicó en 1893, donde, con documentos en la mano, desmonta la falsa historia de la conquista española de América.

Por su parte, James Brown Scott, hijo de inmigrantes escoceses protestantes, aunque nació en Canadá en 1866, adoptó Estados Unidos como su patria. Fue bachiller en Artes en 1890, licenciado en Derecho en 1891, *summa cum laude* por la Universidad de Harvard y doctor en Derecho en 1894 por la Universidad de Heidelberg. En 1898, en la apoteosis de su brillante carrera —era decano de la Universidad de Los Ángeles—, estalló la guerra de Estados Unidos contra España y, ante la petición de voluntarios que realizó el presidente William McKinley, Scott, que ya tenía treinta y dos años, se alistó como voluntario, sirviendo desde principios de mayo en el Séptimo Regimiento de Infantería de Marina de California. Así, este profesor protestante —visceral antihispanista— participó en la contienda revólver en mano, si bien, años después, superó sus prejuicios y reivindicó al jesuita Francisco Suárez como fundador de la moderna Filosofía del Derecho y al dominico Francisco de Vitoria como padre fundador del Derecho Internacional. Antes de la labor de investigación y difusión realizada por James Brown Scott, la intelectualidad europea había otorgado injustamente ese título al holandés protestante Hugo Grocio, olvidando completamente al español católico.

El germen del desapego mexicano hacia España

Como conclusión de este apartado nos parece oportuno recalcar que la leyenda negra engendró en México un nacionalismo enfermo y falso que no ha dejado ver a los mexicanos —hasta el día de hoy— quién fue el causante real de la ruina de México. Una vez impuesta la leyenda negra, primero en las élites mexicanas y después a través del sistema educativo al conjunto de la población,

esa versión falsificada de la historia hizo —y hace— que los mexicanos emocionalmente dirigieran su mirada en busca de las causas de la miseria de la mayoría de su población al momento histórico de la conquista española. Ese condicionamiento emocional hace que no reflexionen sobre el hecho de que, en 1810, la Nueva España era, en comparación con Estados Unidos, una verdadera potencia que superaba en territorio, población y riqueza a las antiguas Trece Colonias inglesas. Está ausente del pensamiento y del corazón de los mexicanos, lo que significó geopolítica y económicamente para la nación mexicana la pérdida de Texas, California, Nuevo México, Nevada, Utah, Colorado y Arizona.

La leyenda negra ha servido exactamente para dirigir el resentimiento de México hacia España y para no reflexionar sobre el ladrón y el robo del 50 % de su territorio original. Todavía recuerdo una de mis clases en la Maestría en Estrategia y Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra en Buenos Aires, a la que asistían militares venezolanos, brasileños, mexicanos y, por supuesto, argentinos, en la que pregunté a los alumnos: «¿Que habrá sentido el teniente o el coronel mexicano que, para ayudar a las víctimas del huracán Catrina que había arrasado Nueva Orleans, penetró en Texas al mando de un convoy de camiones del ejército mexicano pintados con la bandera de México y que fueron recibidos con vítores y saludados por una multitud que portaba banderas mexicanas? ¿Qué habrá sentido —repetí— ese teniente o ese coronel al entrar con la bandera de México en un territorio que fue mexicano?». Para mi sorpresa, un alumno se levantó y me dijo: «Profesor, yo era el oficial que estaba al mando del convoy de camiones que atravesó todo Texas», a lo que ingenuamente pregunté: «¿Y qué sintió usted al entrar en un territorio que había sido suyo? ¿Qué sintió al ver las banderas mexicanas saludándolo? ¿Qué sintió al pasar por Los Álamos, al pisar ese pedazo de tierra regada por la sangre de miles de soldados mexicanos?». Mi alumno contestó: «Pues nada, profesor». «¡¿Cómo que nada?!», exclamé entre asombrado e indignado. Mi alumno insistió: «Pues nada, profesor, no sentí nada».

La Unión Soviética y la leyenda negra

Gran Bretaña y Estados Unidos no fueron las únicas —ni las últimas— naciones que utilizaron la leyenda negra como

herramienta de subordinación ideológico-cultural para imponer su voluntad a otras unidades políticas. A partir de 1929 la Unión Soviética también empleó en Hispanoamérica esta herramienta, dirigida a fomentar un fundamentalismo indigenista que desembocara en la creación de repúblicas indígenas que, provocando la fragmentación de los Estados existentes, desestabilizara lo que la URSS consideraba que era el patio trasero de Estados Unidos.

En junio de 1929, la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, celebrada en Buenos Aires, determinó que en América Latina había que «abandonar el espíritu fetichista de las fronteras actuales»[147], pero no para crear una «Gran Patria Iberoamericana», sino para posibilitar el establecimiento de nuevas repúblicas de base étnica. En este sentido, esa conferencia ordenaba a los militantes comunistas peruanos que lucharan por la instauración de una república quechua y una república aimara, totalmente independientes, lo que equivalía a proponer la fragmentación territorial del Perú en tres Estados. Además, en febrero del año siguiente (1930), Eudocio Ravines —antiguo militante de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) convertido al comunismo— llegó clandestinamente a Lima con instrucciones muy precisas para que los militantes comunistas cumplieran lo decidido en Buenos Aires. Similar planteamiento convocó, en 1930, la Conferencia Comunista (también celebrada en Buenas Aires) para la República de Bolivia, ya que se propuso separar ese país nada menos que en trece Estados.

Por otra parte, para poder contextualizar la importancia de la posición adoptada por la Unión Soviética frente a la leyenda negra para la difusión del fundamentalismo indigenista, resulta imprescindible dar cuenta de que, a los pocos días de fallecer el filósofo José Carlos Mariátegui (16 de abril de 1930)[148], llegó a Lima una extensa comunicación de la Internacional Comunista en la que se ampliaba la discusión sostenida en Buenos Aires. Dicha comunicación reconfirmaba las instrucciones conferidas a los militantes comunistas para que trabajaran en pos de la creación de las repúblicas quechua y aimara, y liquidaran toda fuerza política —principalmente al APRA— que propusiera la unificación de las repúblicas iberoamericanas en un solo Estado. Es importante recordar que el APRA, como partido político fundado por el joven peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, tenía como principal objetivo la integración o unificación de todas las «repúblicas indoamericanas» (en términos de Haya de la Torre) desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego.

Haya utilizaba «indoamericanas» porque «Indias» fue el primer nombre que recibió el continente. Según explicaba el joven dirigente, el adjetivo «indoamericana» no significaba de ninguna manera la renuncia de la herencia cultural recibida de España, y consideraba que el gran objetivo de la reunificación de las repúblicas hispanoamericanas en un solo y gigantesco Estado sería el resultado de la formación de un gran partido «policlasista» que, integrado por el campesinado, el proletariado, las clases medias y las burguesías nacionales, tomara el poder, por la razón o la fuerza, en cada una de las repúblicas indoamericanas. El APRA, al plantear desde la izquierda la creación de un partido «policlasista», le disputaba a la Internacional Comunista en Hispanoamérica el mismo espacio político, y, en consecuencia, esta se propuso la destrucción del aprismo, que pasó a ser considerado un enemigo mortal al que había que aniquilar[149].

Las instrucciones dadas por la Internacional Comunista a sus militantes de Perú, en particular, y a los de toda América Latina, en general, no podían ser más precisas: había que erradicar de la conciencia popular la idea de un partido «policlasista» que luchara por la unificación de Iberoamérica, es decir, por la construcción de la «Patria Grande». A la unificación de la nación indoamericana propuesta por el aprismo, la Komintern oponía —bajo la aparente defensa de las masas indígenas explotadas— la fragmentación territorial de los Estados ya existentes para dar lugar al nacimiento de una veintena más de nuevas y pequeñas repúblicas indígenas que serían fracciones impotentes en el concierto de las naciones. La leyenda negra —y el indigenismo, es decir, la causa del indio, entendida como una causa racial y no como una causa social—, predicada y fomentada por la Internacional Comunista, siguiendo las directivas emanadas desde la Unión Soviética, tendía a profundizar en la «balcanización» hispanoamericana —y sus consiguientes impotencia y dependencia— producida tras las guerras de la independencia. En sus objetivos, la Unión Soviética en nada difería de los planteados en su momento por Inglaterra y por Estados Unidos.

Curiosamente, el Partido Comunista de Chile (PCCh) fue uno de los más fieles y consecuentes seguidores de esta política, hasta el punto de que la constitución de repúblicas indígenas es, todavía a día de hoy, una de las principales reivindicaciones que el PCCh tiene como partido. Y a esto se debe la fuerza que actualmente tiene el movimiento separatista mapuche en dicho país, una fuerza que quedó en evidencia en las manifestaciones que en 2019

conmovieron los cimientos del régimen neoliberal chileno. En esas manifestaciones, el Partido Comunista logró «filtrar» la bandera de una supuesta «nación mapuche» y fue el responsable de muchos de los actos de vandalismo que sacudieron durante esos días a la sociedad chilena.

La leyenda negra resurge en el Caribe

Cuando la leyenda negra —digámoslo una vez más— creada por Holanda e Inglaterra y promovida por Estados Unidos y la Unión Soviética languidecía, porque había sido muy golpeada por la crítica histórica seria, tomó nuevos bríos en el Caribe.

«El Gallego», como llamaba cariñosamente Franco al comandante Fidel Castro, hizo suya la leyenda negra y la convirtió en política de Estado. Los mejores jóvenes de Iberoamérica, los más idealistas, los más sanos moralmente, hartos de la injusticia social que campeaba por todo el continente, se enamoraron por aquel entonces del comandante y asumieron como suyo el discurso «negrolegendario» del jefe de la Revolución cubana. Digamos de paso que optaron por la «política de la muerte», que llevó a la aniquilación de toda política.

Así, paradójicamente, la leyenda negra nacida por la derecha volvía a renacer por la izquierda y se convertía en bandera del socialismo latinoamericano. Pero como seguía siendo útil a los fines del imperialismo norteamericano, los jóvenes que se enrolaron en las filas del socialismo se convirtieron, sin percatarse de ello, en la mano de obra más barata del «imperialismo yanqui» al que supuestamente se proponían combatir.

Establecida en Cuba la leyenda negra como doctrina oficial de la Revolución, los órganos del Estado se encargaron de promover, divulgar y difundir —en toda «nuestra América»— cualquier obra literaria, cualquier ensayo histórico, cualquier artículo académico con pretensión científica o cualquier panfleto que denigrara la obra de España en América.

De esta manera, así como Inglaterra fomentó la *Brevísima* de Bartolomé de las Casas y como durante la Guerra Fría la CIA promovió el *Doctor Zhivago* de Pasternak, la inteligencia cubana impulsó el libro *Las venas abiertas de América Latina,* del uruguayo Eduardo Galeano. Y estos son hechos que ciertamente ocurrieron, independientemente de la buena voluntad de Bartolomé de las Casas, de Boris Pasternak y de Eduardo Galiano.

Las venas abiertas de América Latina, publicado en Montevideo en 1971, cuando Galeano tenía apenas treinta y un años y escasa formación en historia y economía, se difundió en Latinoamérica como un reguero de pólvora y se convirtió en el texto de cabecera de los jóvenes de izquierdas latinoamericanos durante más de cuarenta años.

En abril de 2009, los propagadores de la leyenda negra recibieron un regalo inesperado durante la Quinta Cumbre de las Américas celebrada en Puerto España, capital de Trinidad y Tobago. El presidente de Venezuela, Hugo Chávez Frías, regaló a Barack Obama un ejemplar del libro de Galeano, que saltó de la posición 60.280 de la lista de los títulos más vendidos de Amazon a la décima en apenas veinticuatro horas.

De nuevo —esta vez por el impulso dado por el presidente Chávez, líder del socialismo del siglo XXI—, el libro de Galeano, con independencia de la calidad de su contenido, comenzó a estar nuevamente de moda entre la juventud latinoamericana. Sobre la solidez intelectual del libro de Galeano es útil recordar la siguiente anécdota. Durante la II Bienal del Libro y la Lectura de Brasilia, en abril de 2014, Galeano dejó atónito al auditorio al declarar:

> No volvería a leer *Las venas abiertas de América Latina,* porque si lo hiciera me caería desmayado [...]. No sería capaz de leer el libro de nuevo, porque cuando lo escribí no sabía tanto sobre economía y política[150].

Hay que destacar y ponderar la sinceridad y la humildad de Eduardo Galeano, pero también habría que decir que fue generoso consigo mismo, porque el gran novelista, en lugar de decir «no sabía tanto», debería haber dicho «no sabía nada».

Más allá de la anécdota, lo importante es remarcar que, así como en el siglo XIX el libro de Bartolomé de las Casas hizo del «Libertador» Simón Bolívar una víctima de la leyenda negra, en el siglo XX el libro de Galeano hizo del autodidacta presidente Hugo Chávez una nueva víctima de esa misma leyenda negra. Tanto Bolívar como Chávez, sin quererlo y sin siquiera imaginarlo, estaban sirviendo al imperialismo cultural inglés y al imperialismo cultural norteamericano.

LAS ONG Y LA LEYENDA NEGRA

Aproximadamente a mediados de la década de los años ochenta del siglo pasado, cuando comenzaron los preparativos para la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, numerosas ONG empezaron a realizar la misma labor de difusión de la leyenda negra que antes habían realizado los órganos de inteligencia de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Decenas de ONG, con sede en Ámsterdam, Londres o Nueva York, comenzaron a financiar congresos, seminarios e investigaciones sobre la conquista española de América[151], y cientos de sus «rubios» miembros —investigadores, profesores y estudiantes— comenzaron a recorrer la América cobriza y morena «predicando» la leyenda negra.

En un interesante artículo publicado en el semanario *Marcha,* el 23 de octubre de 1986, Jorge Abelardo Ramos, retratando el clima de época que se vivía, afirmaba:

> Se está extendiendo en América Latina un nuevo motivo de división. Con motivo del comienzo de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, se han multiplicado las manifestaciones, ingenuas a veces, pérfidas otras, de repudio a la España de la conquista y la evangelización. Por el contrario, se glorifica a las razas indígenas. Algunos estudiantes de antropología, en Salta, proponían retirar la estatua del virrey Toledo y sustituirla por la de Túpac Amaru I. Ciertos cantantes, como Víctor Heredia, con liviano bagaje histórico, condenan la supuesta matanza de 50 millones de indios [...]. Y hasta las llamadas «juventudes políticas» (integradas por todos los partidos, izquierda o derecha, que han sido cómplices de todos los golpes militares realizados contra el pueblo en cuarenta años) declaran fecha fasta el 11 de octubre y nefasta el 12 de octubre[152].

El historiador bonaerense llama la atención sobre la presencia masiva de numerosos intelectuales anglosajones que recorren las universidades y calles de las grandes ciudades hispanoamericanas hablando de la leyenda negra, a lo que Ramos, poniendo el dedo en la llaga, apunta:

> Por las calles de Buenos Aires vagan manifiestos difundidos por rubios de ojos celestes que defienden al indio. En un reciente Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá, la mayoría de los concurrentes, formada por anglosajones y europeos en general, condenó la «crueldad española» en la conquista y rehusó fijar la sede del próximo Congreso de Americanistas en España. Prefirieron designar a Holanda, que saqueó durante tres siglos a Indonesia y no dejó ni a un hijo, ni una iglesia, ni una cultura, ni una lengua en su secular explotación[153].

En el museo Ricardo Brennard, situado a las afueras de la ciudad de Recife, capital del estado de Pernambuco, se exponen un juego de vajillas y unos jarrones utilizados por los holandeses durante su ocupación del norte de Brasil. Un cartelito aclara: «Os ocupantes holandeses llevaron de volta quase todos os móveis e objetos usados no Brasil». Esos objetos fueron repatriados desde Holanda a Brasil para ser expuestos en el museo. Cuando los holandeses se retiraron de Pernambuco en 1654, después de veinticuatro años de ocupación no dejaron en Brasil ni siquiera los muebles[154]. Es decir, Ramos se había quedado corto...

Destaquemos que el historiador no se conforma con describir una situación que le parece por demás extraña, sino que trata de encontrar la clave histórica que explique esa extraña situación:

> Todo esto posee un sentido. El imperialismo anglosajón (calvinista) combate a la Iglesia católica, no en nombre de la libertad de los indios americanos, sino a causa de la lucha por la influencia de los imperios anglosajones en América. Esto ya era viejo en tiempos de Felipe II. La leyenda negra antiespañola nació en Inglaterra como fruto de la rivalidad comercial y del dominio de los mares. Oliverio Cromwell la elevó a la categoría de doctrina nacional. Los americanos del norte (inmigrantes ingleses) no tendrán dificultades para examinar su propia historia. A diferencia de los españoles que mezclaron su sangre con los indígenas (de otro modo no existiría el criollo), ellos mataron a todos: «El mejor indio es el indio muerto», dice el proverbio norteamericano[155].

La explicación, que hunde sus raíces en la historia, que el historiador realiza es impecable, aunque intuye que debe haber también una importante razón geopolítica en el asunto. Así, en este sentido, Ramos sostiene:

> Y resulta que ahora recorre la América Latina, unida en territorio, religión, lengua, costumbres, tradición histórica, y mestización profunda, una campaña contra España, realizada en la lengua de España o Portugal, aunque traducida de otras lenguas y otros intereses. Muy noble resulta la tesis de la defensa de los indios. Pero muy sospechoso el origen. Pues separar a las masas indígenas o negras de las criollas o blancas de la actual Nación Latinoamericana es acentuar las condiciones de esclavización general y de la balcanización hasta hoy lograda. Se trata —y he aquí el servicio que rinde una vez más la «izquierda» y los «progresistas» al imperialismo— de separar a las etnias; después de haber separado a las clases y a los Estados del magno proyecto bolivariano. Es una campaña contra la nación latinoamericana[156].

En la misma línea de pensamiento, el periodista y ensayista boliviano, enrolado en las filas del socialismo, Andrés Soliz Rada[157], en su ensayo *Pugna de modelos civilizatorios: indigenismo o estados continentales*[158], afirma que la leyenda negra y el indigenismo como modelo de cambio civilizatorio es un engaño. Soliz Rada sostiene categóricamente que todas las ONG que en Bolivia patrocinan a los indigenistas —sean estas de buena o de mala fe— están financiadas por los grandes bancos anglonorteamericanos, por los paraísos fiscales —nidos de la corrupción mundial—, por el Gobierno de Estados Unidos a través del USAID (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo) y por las grandes compañías petroleras que han teñido de sangre la historia de Iberoamérica y del tercer mundo. Agudamente, Andrés Soliz de Rada afirma que, aprovechando la generalizada sensibilidad social que originó la conmemoración de los quinientos años de la colonización hispánica, el darwinismo social, después de usufructuar durante siglos la supuesta superioridad de unas culturas sobre otras, tras proclamar que el pensamiento occidental es la máxima conquista del pensamiento contemporáneo, afirma ahora que sus fundamentos tienen el mismo valor que los usos y las costumbres tribales cuyas prácticas condenan a los pueblos de la periferia hispanoamericana al subdesarrollo y a la impotencia política.

Andrés Soliz Rada, una de las figuras más destacadas de la izquierda boliviana, sostiene que el fundamentalismo indigenista es una construcción neocolonial, ejercitada por pseudoizquierdistas, para destruir los Estados nacionales «in constituidos», e impedir la construcción de un Estado continental iberoamericano, único instrumento político capaz de enfrentar con éxito a las grandes compañías transnacionales, al capital financiero internacional y a las grandes potencias del siglo XXI.

Andrés Soliz Rada presenta como caso paradigmático el de una ONG que predica la leyenda negra y el fundamentalismo indigenista a fin de fomentar la fragmentación territorial de los Estados hispanoamericanos. Nos referimos a la organización Mapuche International Link (MIL), creada en la ciudad de Bristol el 11 de mayo de 1996, que sustituyó al Comité Exterior Mapuche (CEM), organización que venía operando desde 1978[159].

> La sede de la «nación mapuche» funciona en el Reino Unido (6 Lodge Street, Bristol), que tiene varios intereses geopolíticos en el Atlántico Sur, razón por la cual, gracias a su poderío atómico y al de la OTAN, ocupa las islas Malvinas, Sandwich del Sur, que pertenecen a la

> Argentina. Cabe añadir los enormes intereses empresariales de Gran Bretaña en la región cordillerana, fronteriza entre Argentina y Chile [...]. Los araucanos, hoy denominados mapuches, llegaron a territorio argentino a partir del siglo XVII. Este proceso, conocido como araucanización de la Pampa, ocasionó el casi exterminio de puelches, tehuelches y pampas. Todo parece indicar que se quiere englobar a los pueblos aborígenes de la región para impulsar una «nación mapuche», en territorios argentinos y chilenos, dentro de los planes trazados en Bristol y apoyados por las embajadas británicas de Chile y Argentina[160].

Coincidiendo con las apreciaciones de Andrés Soliz Rada, el analista Federico Addisi observa que numerosas ONG son hoy el instrumento utilizado por las grandes potencias para generar los denominados «conflictos de la cuarta generación» con la finalidad de lograr la desestabilización y fragmentación territorial de los Estados periféricos:

> ... con apoyo de los grandes centros de poder mundial, parte la idea de implantar la cuestión de «pueblos originarios» en las naciones hispanoamericanas como estrategia de balcanización, es decir, de secesión territorial [...]. En el conflicto Mapuche y de la RAM se ve claramente la mano de Gran Bretaña a través del Enlace Mapuche Internacional, conducido por el chileno y ex MIR Reynaldo Mariqueo con sede en Londres y voz de su ONG en Naciones Unidas.
>
> Este es uno de los arietes con los que se pretende atacar la soberanía argentina nada menos que mediante la creación de un estado mapuche en el sur de Argentina y Chile[161].

LA BATALLA POR EL NOMBRE

El nombre de las tierras y de los pueblos que las habitan desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego está ligado, para la mayoría de los autores que han tratado este asunto —desde el uruguayo Arturo Ardao al mexicano Leopoldo Zea—, a la identidad, y para nosotros resulta claro que un pueblo se aliena al designarse con un nombre falso. Los términos «América española»[162] y «América hispánica» fueron usados y aceptados por todos los hispanoamericanos sin ningún cuestionamiento desde antes del proceso de independencia y hasta prácticamente 1852, fecha de la creación del segundo Imperio francés. Fue el ideólogo de Napoleón III, el político y economista francés Michel Chevalier (1806-1879), en su libro *Cartas sobre América del Norte*[163], publicado en 1836, el primer intelectual en elaborar el concepto de una América

culturalmente «latina» en contraposición a una América «anglosajona». Sin embargo, Chevalier no utiliza en su libro la expresión «América Latina». Para él, la historia de la humanidad era la historia de la lucha entre culturas o razas antagónicas. Así que se enfrentaba la raza latina contra la raza germana (incluyendo esta a los anglosajones) en un combate que se había trasladado también al Nuevo Mundo, donde una América del Sur católica y latina trataba de resistir el avance arrollador de una América del Norte protestante y anglosajona. Nada más lógico para Chevalier que Francia, la primera y más poderosa de las naciones latinas, estuviera destinada liderar a las naciones hermanas que en América libraban una lucha mortal contra la raza anglosajona. El 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la II República Francesa, dio un golpe de Estado y disolvió el Parlamento. Un año más tarde, el 2 de diciembre de 1852 —aniversario de la coronación de Napoleón I—, Luis Napoleón Bonaparte se proclamó emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III. Desde el golpe de Estado, Michel Chevalier apoyó incondicionalmente a Luis Napoleón Bonaparte y en reconocimiento de ese apoyo fue elegido senador en 1860.

Como señala Mónica Quijada:

> En total coherencia con estas ideas tempranas, dos décadas después de la aparición de su libro [en 1836], Chevalier se convertiría en uno de los más fervorosos partidarios de la invasión de México por parte de las tropas de Napoleón III. A la inversa —y no casualmente—, las propuestas iniciales de Chevalier coincidían plenamente con la justificación ideológica del programa expansivo del emperador, que apelaba al proyecto de unidad de los pueblos latinos. La incorporación a este programa de los países latinos de América permitiría a la nación líder, Francia, asegurarse recursos imprescindibles para su desarrollo industrial y tecnológico, por un lado, y frenar la expansión de los competidores anglosajones, por el otro. De ahí la importancia de la idea inicial de Chevalier de que al otro lado del Atlántico existían poblaciones que podían reclamar su pertenencia a ese concepto amplio de raza latina[164].

En 1850, también en Francia, el comerciante y escritor Benjamín Poucel (1807-1872) en su obra *Estudios de los intereses recíprocos de la Europa y la América, Francia y la América del Sur,* sostendrá que Francia debe intentar frenar en el continente americano el expansionismo de Estados Unidos porque las naciones al sur del Río Grande comparten con Francia la misma civilización y nada tienen en común con los Estados Unidos[165].

Evidentemente, influenciada por Chevalier y Poucel, una parte sustancial de las élites hispanoamericanas que, culturalmente, eran pro francesas y consideraban que París era la Meca de la cultura universal, «comenzaron a utilizar el adjetivo “latino” asociado al nombre “América” en los inicios de la década de 1850, y generalmente en el marco de viajes a Francia»[166]. Así lo hicieron el poeta dominicano Francisco Muñoz del Monte (1800-1875)[167] y el ensayista chileno Santiago Arcos Arlegui (1822-1874)[168], que bajo la influencia del pensamiento de Chevalier manifestaban que en América la «raza latina»estaba sufriendo la agresión de la «raza anglosajona».

El 22 de junio de 1856, el escritor chileno Francisco Bilbao Barquín (1823-1865), en una conferencia que dictó en París titulada «Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas»[169], afirmaba la existencia de una «razalatinoamericana»[170]. Claramente marcado por el pensamiento de Chevalier, Bilbao sostenía que dos razas, dos culturas, dos civilizaciones se encuentran en un combate mortal por dominar el mundo: de un lado, la cultura sajona/materialista; del otro,la cultura latina/espiritual.

Bajo esa misma influencia francesa, el 15 de febrero de 1857, el ensayista y poeta colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), que antes siempre había empleado el término «América española»[171], fue el primer escritor que utilizó el término «América Latina» en su poema intitulado «Las dos Américas»[172], publicado en París en la revista *El Correo de Ultramar*[173]. A partir de 1864, Torres Caicedo se instaló en la capital francesa y se convirtió en el encargado de dirigir la parte política de la revista (publicada en español entre 1842 y 1886), que desde 1852 se había convertido en el órgano de propaganda de la política cultural de Napoleón III y del Imperio francés. Así, podemos afirmar que desde 1864 Torres Caicedo no solo *vive en* Francia, sino que *vive de* Francia.

Va de suyo, aunque ni Torres Caicedo ni Bilbao lo sostengan expresamente, que solo Francia —la única nación poderosa del mundo latino— podía defender en América la raza latina frente a la demoledora marcha de la raza sajona hacia el sur. Y a partir de 1858, Torres Caicedo únicamente utilizará el término «América Latina».

En 1861, cuando la expedición francesa a México estaba en su última fase de preparación, en la *Revue des Races Latines* se utilizó por primera vez —en una publicación gala— el término «América

Latina»[174]. Resulta evidente que Francia aspiraba a borrar y a eliminar del vocabulario de los hispanoamericanos —en la medida de lo posible— los términos y conceptos «Hispanoamérica», «América hispánica» y «América española», y las élites hispanoamericanas subordinadas culturalmente por la leyenda negra compartían ese objetivo. El Gobierno francés se mostró generoso con los hispanoamericanos que colaboraban con su estrategia cultural y no se molestó con aquellos que mantenían una postura crítica respecto a la ocupación francesa de México. Los franceses tenían claro que lo decisivo era la batalla por el nombre.

En este sentido, Vicente Romero afirma:

> A partir de 1860, Torres Caicedo comienza a utilizar y a difundir la expresión (América Latina) con el apoyo firme, sostenido y sistemático de la Francia bonapartista. Con el tiempo, Torres Caicedo se transforma en el principal propagandista de la política panlatinista de la Francia imperial en el continente americano[175].

También en 1861, Torres Caicedo publicó un panfleto titulado *Bases para la formación de una Liga Latino Americana,* y en 1865 un libro que llevaba por nombre *Unión Latino Americana.* En 1875, presidió el Primer Congreso Internacional de Americanistas, que se desarrolló entre 18 y el 22 de julio en el prestigioso Palacio Ducal en la ciudad de Nancy, en Francia, durante el cual fue notoria la tendencia a relativizar la importancia del descubrimiento de América por Cristóbal Colon, la intención de restar valor a la tarea realizada por España en América y el objetivo de alimentar la leyenda negra española de la conquista de América. Así, Paul Gaffarel presentó un trabajo titulado *Les Phéniciens en Amérique,* en el que sostenía la tesis de que los fenicios habían descubierto América. Benedict Groendals presentó una ponencia titulada *Note sur la découverte de l'Amérique antécolombienne,* donde reivindicaba el descubrimiento de América por los islandeses. Asimismo, la ponencia de Gabriel Gravier titulada *Le Roc de Dighton* sostenía que los primeros en llegar a América fueron los escandinavos, que se habrían establecido en Massachusetts en el siglo XI[176].

En la década de 1960, Arturo Ardao[177] —como recientemente lo ha hecho Mónica Quijada— defendió el origen latinoamericano, y no francés, del concepto «América Latina». Y tienen razón. Pero más importante que el origen es entender a qué fines sirvió y sirve el término dentro de la estrategia política del imperialismo cultural francés y del imperialismo cultural norteamericano.

Curiosamente, cuando Francia fue derrotada en México, Estados Unidos se propuso alcanzar el mismo objetivo cultural —desterrar los términos «Hispanoamérica» o «América española»— que se había propuesto Francia. Los estadounidenses continuaron la batalla por el cambio del nombre y en las universidades norteamericanas comenzará entonces a ser hegemónico el término «América Latina». ¿Cuál fue la razón del éxito de la política cultural primero francesa y luego norteamericana? No hay que buscar la explicación en rebuscadas hipótesis que existen solo en la cabeza de los académicos sin criterio político. La verdad es mucho más simple: la razón del reemplazo del término «Hispanoamérica» por el de «América Latina» hay que buscarla en los prejuicios que había engendrado la leyenda negra en los hispanoamericanos. Aun los más anti-imperialistas, como Manuel Ugarte, tenían vergüenza de llamarse «hispanoamericanos», aunque en muchos casos, como el del propio Ugarte, amaran a España. En Hispanoamérica, las modas intelectuales, hasta el día de hoy, se han impuesto desde Francia, Inglaterra o Estados Unidos.

El imperialismo cultural norteamericano obtuvo el mayor de sus éxitos en Hispanoamérica después de la Primera Guerra Mundial, cuando logró que la intelectualidad de izquierda, paradójicamente antimperialista, y luego la sociedad hispanoamericana en su conjunto sustituyeran definitivamente el concepto de «Hispanoamérica por el erróneo de «América Latina» para denominar a la región que se extiende desde Río Grande hasta Tierra del Fuego. Uno de los pocos intelectuales de izquierda que se dio cuenta de que esa mutación implicaba olvidar y renegar de una de las dos raíces constitutivas del propio ser de los pueblos que ocupan ese inmenso territorio, creando así una personalidad esquizofrénica, fue Juan José Hernández Arregui. Por ello, en la segunda edición de su libro *¿Qué es el ser nacional? La conciencia histórica iberoamericana,* escribió:

> Esta versión que el lector tiene a la vista es exactamente igual a la primera, salvo en el reemplazo, cada vez que lo he considerado necesario, del falso concepto de América latina, un término creado en Europa y utilizado desde entonces por Estados Unidos con relación a estos países, y que disfraza una de las tantas formas de colonización mental. No somos latinoamericanos. He explicado ampliamente, en otros trabajos y en este mismo, los orígenes y la confusión concomitante que significa hablar de América latina con relación a estas tierras [...]. He preferido por ello [...] las denominaciones más acordes de América hispánica o Hispanoamérica, y cuando se hace referencia al Brasil, hablo de América ibérica o Iberoamérica[178].

4
LAS VERDADES POLÍTICAMENTE INCORRECTAS

Más naides se crea ofendido/ pues a ninguno incomodo,/
y si canto de este modo,/ por encontrarlo oportuno,/
no es para mal de ninguno/ sino para bien de todos.

JOSÉ HERNÁNDEZ, *El gaucho Martín Fierro*

LA INVASIÓN DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DEL ASIA

Hace entre veinte mil y cincuenta mil años, un conjunto de pueblos originarios de Asia, cazadores y pescadores, atravesaron lo que hoy es el estrecho de Bering, que entonces era un istmo que unía Asia nororiental con el continente americano. La puerta de entrada a América era un amplio corredor de tierra firme de 200 kilómetros de ancho. El agua se había condensado en hielo y el nivel del mar había descendido notablemente, quedando al descubierto un istmo asombroso. Desde Siberia, siglo tras siglo, llegaron nuevos contingentes de invasores, que empujaron a quienes los precedieron en dirección sur y este, hacia el sol y las tierras cálidas y fértiles. Según la mayoría de estudiosos, esta larga inmigración debió de durar aproximadamente unos veinte mil años.

A finales del siglo XV, aunque se habían producido procesos de unificación lingüística, el continente americano era el reino de una verdadera behetría idiomática. El más importante esfuerzo para lograr —a través del uso de la violencia— la unificación lingüística en una región fue realizado por el imperialismo incaico, que, con una clara apreciación del valor político de la unidad lingüística, «avasalló los dialectos locales fundiéndolos en el inmenso Runasimi (es decir, con su propio lenguaje), que impuso a todos sus vasallos»[179].

En cambio, frente a esa unidad —signo de voluntad de poder—, los filólogos hallan que el número de dialectos en el gran espacio que el imperialismo azteca logró unificar por la fuerza era

incontable. En lo que hoy conocemos como México se hablaban ochenta y dos lenguas. En Canadá y Estados Unidos,

> ... hubo cincuenta familias de lenguas, y cada una de estas familias regía a treinta o cincuenta idiomas o dialectos, o sea, que había un total aproximado de dos mil idiomas en nada más que dicha región. El investigador Keane habla de haber examinado unas cincuenta familias de lenguas en Sudamérica. El célebre hispanista inglés sir Clements R. Markham se refiere a 906 dialectos, tan solo en el Amazonas[180].

Es decir, la futura América española era una verdadera Babel idiomática.

La multiplicidad de deidades existentes en el continente no era menor a la lingüística. A finales del siglo XV, el continente americano estaba conformado por mundos culturales e idiomáticos prácticamente incomunicables: esquimales en el Polo Norte, iroqueses, sioux, apaches y algonquinos, por solo mencionar un mínimo número de pueblos en los actuales territorios de Estados Unidos y Canadá; aztecas o nahuas, además de tlaxcaltecas, toltecas, chichimecas en el centro del actual México; mayas-quichés, en la península del Yucatán; caribes, arahuacos, taínos, siboneyes en las Antillas y la cuenca del Orinoco; chorotegas, desde el norte de Honduras hasta Costa Rica; chibchas en Colombia; tupí-guaraníes en Brasil, Paraguay y parte del Plata, unos pocos charrúas en Uruguay y sectores de la cuenca del Plata, caras y canaris en Ecuador; quechuas en Bolivia y Perú, atacameños y mapuches en Chile..., sin contar las variantes lingüísticas existentes de sus idiomas (dialectos) ni las lenguas de pueblos de menor número. Esto nos da una idea de este inmenso y variado universo de lenguas y pueblos, diseminados por el actual territorio americano, antes de la llegada del conquistador europeo.

Como señala Luis Alberto Sánchez en su *Breve historia de América,* todos estos mundos

> ... se hallaban bajo la acción disolvente de rivalidades insolubles. En México, la enemistad de aztecas y toltecas facilitó a Cortés un ejército auxiliar importante. En Colombia, el odio entre el Zipa y el Zaque dio facilidades para la penetración de Quesada. En el Perú, la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa sirvió poderosamente al triunfo de Pizarro. Las continuas guerras entre caribes y siboneyes predispusieron a estos a favor de los españoles. Las de panches y caribes abrieron posibilidades en Nueva Granada. No era tampoco pacífica la situación de los mayas, en beligerancia con los mexicanos, así como amenazados a menudo por los voraces y agresivos caribes. Los diaguitas del noreste argentino sufrían el yugo de los incas, contra el cual reaccionaban también los araucanos, atrincherados en las riberas del Maule. Entre

charrúas y pampas surgían pendencias constantes. Los arahuacos resistieron a los incas y a los calchaquíes. Entre los caribes reinaba una behetría absoluta, como entre los charrúas, sujeta cada tribu a la omnímoda autoridad de sus caciques. Por exceso o por defecto de autoridad nativa, lo cierto es que la desunión fue el hecho más notorio y propicio que halló el conquistador español y portugués en América[181].

Las guerras y las masacres entre los llamados «pueblos originarios» no terminaron ni siquiera después de la independencia de España. Así, por ejemplo, en 1830, los araucanos —luego llamados mapuches—, cuyos campamentos se encontraban en el actual territorio de la República de Chile, al mando del cacique Calfucurá, cruzaron la cordillera de los Andes para luego entrar a la Pampa argentina. El 9 de septiembre de 1834, en el episodio que se conoció como «la traición o masacre de Masalle», sorprendieron y asesinaron a más de mil indios tehuelches y a los caciques Rondeao, Melín, Alun y Callvuquirque. Posteriormente, el araucano Calfuncurá persiguió y exterminó a todos los caciques tehuelches que no se le sometieron.

Jorge Abelardo Ramos, reflexionando sobre la incomunicabilidad entre los distintos grupos, tribus y civilizaciones americanas, afirma:

> ... basta señalar las distancias, las lenguas y las culturas que separaban a las dos grandes civilizaciones americanas, para comprender el papel histórico unificador que desempeñaron los españoles desde el punto de vista de la creación de una nacionalidad[182].

Ese «papel histórico unificador» fue reconocido por el mismísimo Ernesto «Che» Guevara, que consideraba que si los iberoamericanos somos una unidad desde el Río Bravo hasta Tierra del Fuego se lo debemos a la herencia española. El 16 de abril de 1967, en la Habana, el Che, en uno de sus mensajes que más impactó en la juventud hispanoamericana, afirmó:

> En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud de ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo internacional americano mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común los unen»[183].

El Che reivindicaba el papel unificador de la lengua y la religión llevadas por España a América. Tras seguir con mucha atención la

guerra de liberación nacional de Argelia, el revolucionario argentino sabía que el Frente de Liberación (FLN) argelino, cuando llegó al poder, había decidido que Argelia debía tener únicamente una lengua y una religión, porque solo a partir de una lengua y una religión comunes podía reconstruirse la unidad árabe perdida. Por eso, comprendiendo el poder unificador de ambos elementos, el Che era contrario a todos los indigenismos por ser factores disolventes de la unidad continental que él imaginaba como condición necesaria para el triunfo de la revolución. De la misma opinión era Fidel Castro, antes de su «definitivo» —y «obligado»— vuelco al marxismo prosoviético, que desde 1930 venía fomentando el indigenismo antihispánico y la creación de repúblicas indígenas. Paradoja de la historia, hoy los grupos indigenistas fundamentalistas marchan con la bandera del Che Guevara.

Antes de la conquista, los distintos pueblos o naciones que habitaban el continente eran enemigos los unos de los otros, estaban en guerra permanente y no los unía ni la lengua ni la religión. Y apenas tenían costumbres comunes, salvo la de la realización de los sacrificios humanos. El famoso antropólogo Marvin Harris, nada sospechoso de ser un simpatizante proespañol, afirmaba:

> Desde el Brasil hasta los Grandes Llanos, las sociedades indoamericanas sacrificaban ritualmente víctimas humanas con el fin de lograr determinados tipos de beneficios [...]. Entre las sociedades grupales y aldeanas, el sacrificio ritual de prisioneros de guerra generalmente iba acompañado de la ingestión de la totalidad o de una parte del cuerpo de la víctima. Gracias a los testimonios presenciales ofrecidos por Hans Staden, un marino alemán que naufragó en la costa de Brasil a principios del siglo XVI, tenemos una vívida idea del modo en que un grupo, los tupinamba, combinaban el sacrificio ritual con el canibalismo. El día del sacrificio, el prisionero de guerra, atado a la altura de la cintura, era arrastrado hasta la plaza [...]. Mientras tanto, las ancianas, pintadas de negro y rojo y engalanadas con collares de dientes humanos, llevaban vasijas adornadas en las que se cocinarían la sangre y las entrañas de la víctima. Los hombres se pasaban la maza ceremonial que se utilizaría para matarlo [...]. Cuando al final aplastaban su cráneo, todos gritaban y chillaban. En ese momento, las ancianas corrían a beber la sangre tibia y los niños mojaban sus manos en ella. Las madres untaban sus pezones con sangre para que incluso los bebés pudieran sentir su gusto. El cadáver era troceado en cuartos y cocinado a la parrilla mientras las ancianas, que eran las más anhelantes de carne humana, chupaban la grasa que caía de las varas que formaban la parrilla[184].

Hoy causa gracia ver a los veganos indigenistas marchar en defensa de los pueblos originarios y contra la costumbre argentina de comer carne de vaca a la parrilla.

Resulta evidente que no existían en el continente americano factores endógenos suficientes que pudieran llevar con el paso del tiempo a la unidad cultural de los pueblos indígenas hasta conformar una ecúmene cultural medianamente homogénea. Además, los dos grandes centros de aglutinación política —el imperialismo incaico y el imperialismo azteca— habían llegado a los límites de su capacidad expansiva. Sin capacidad intrínseca para generar una unidad política, dispersos culturalmente y en un estado de conflicto casi permanente, los pueblos indígenas no estaban en condiciones de resistir a ningún nuevo invasor, proviniese este nuevamente de Asia o bien del continente europeo.

LOS AZTECAS: EL IMPERIALISMO ANTROPÓFAGO

Suele confundirse maliciosamente la historia de los aztecas con la historia de México, y la mayoría de los mexicanos habitualmente creen que cuando un historiador critica a los aztecas está criticando a los mexicanos.

Por ello son útiles las palabras del filósofo mexicano José Vasconcelos:

> La historia de México empieza como episodio de la gran Odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlaxcaltecas, y al Occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que por el sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua, que solo la conquista española hizo terminar[185].

En lo que hoy se denomina meseta mexicana, sigue Vasconcelos,

> ... había un pueblo dominante, el azteca, y numerosos tributarios, con algunos relativamente independientes como Tlaxcala y Michoacan. La supremacía de los aztecas era exclusivamente militar. La leyenda refiere que procedían del norte, como tantas otras emigraciones. La fundación de Tenochtitlán, la capital azteca, data del año 1325. Eran,

pues, los aztecas, relativamente recién venidos. Antes de ellos habían dominado los chichimecas[186].

Ahora bien, hoy que los movimientos feministas radicales marchan de la mano con el indigenismo fundamentalista, quizá sería conveniente hacerse las siguientes preguntas: ¿qué tipo de Estado organizaron los aztecas en la actual meseta mexicana?, ¿cómo era la sociedad azteca en el momento de la llegada de Hernán Cortés y el puñado de hombres que lo acompañaba? Dejemos la palabra nuevamente a José Vasconcelos, quien fuera, en 1921, ministro de Educación de la Revolución mexicana:

> El despotismo bajo Moctezuma era peor que en los más envilecidos Estados del África. Las mujeres eran poco menos que mercancía. Los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo y para hacerse presentes. No solo entre los aztecas, también entre los incas (véase Garcilaso), el monarca hacía acopio de vírgenes hasta en número de setecientas, para tomar de allí concubinas. Y como todos los valores estaban envilecidos, a este género de prisiones se les llamaba «conventos». Las reservas femeninas de Moctezuma ascendían a mil, más o menos. Una vez elegida por el cacique, una de estas mujeres ya no podía casarse ni ser de otro. Y a menudo, ni el mismo Inca o cacique volvía a verlas. El que se atrevía a cortejar a una de estas infortunadas, que, sin embargo, eran las más bonitas de la raza, perdían la vida, y su familia era también exterminada. Imagínese la clase de prole que podía derivarse de este sistema de eugenesia. No faltan, sin embargo, agentes del comunismo contemporáneo que en México y en el Perú suspiran por los métodos del comunismo indígena. El lazo que unía a Moctezuma con sus feudatarios era de terror. Cada rey comarcano dejaba en calidad de rehenes en la capital a hijos, parientes, amigos[187].

Sin embargo, había algo más atroz que la situación de dominación a la que se encontraban confinadas las mujeres.

> Cuando los mexicanos fundaron a Tenochtitlan y dividieron la ciudad en cuarteles, reservaron una cabaña para su dios tutelar, Huitzilopochtli. Las fiestas de la fundación de la ciudad las refiere Clavijero como sigue: Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada rogándole que les diese una de sus hijas para consagrarla como madre de su *dios*. El padre, esperanzado y atemorizado a la vez, entregó a la doncella. La recibieron los mexicanos con grandes manifestaciones de júbilo; pero enseguida idearon hacerla sacrificar. Convidado el caudillo de Colhuacan a lo que creyó era la apoteosis de su hija, se le internó en el santuario; en este, al lado del ídolo, estaba de pie un joven vestido con la sanguinosa piel de la víctima; pero la oscuridad no permitió al padre ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario de copal y enseguida, a la luz de las ceremonias del culto, el horrible espectáculo le produjo tal impresión que se le conmovieron de dolor las entrañas y, arrebatado por violentos afectos, salió gritando como loco. Y mandaba

> a su gente que tomase venganza, pero dice la crónica que nadie se atrevió a obedecer por temor a la muchedumbre[188].

No hay duda de que la sociedad azteca era una sociedad marcada profundamente por la religión y la guerra:

> El dios principal de los aztecas era una especie de Moctezuma en grande o Jefe Máximo sanguinario a quien llamaban Huichilobos [...]. Su alimento era de corazones crudos. Los brazos y las piernas de las víctimas se los comían los militares aztecas, los sacerdotes[189].

Puntualicemos que en el mundo azteca la guerra estaba al servicio de la religión:

> Desde la partida del Quetzalcoatl legendario, enemigo de los sacrificios humanos, la nación azteca había derivado hacia la ignominia. Los pueblos esclavizados se hacían la guerra perpetua sin objeto, o más bien con el objeto de tener prisioneros para los sacrificios. Ningún otro dios de los que ha inventado el terror de los hombres había tenido la ocurrencia de exigir entrañas de hombre en sus altares. En todo el resto de la tierra se ha juzgado como antinatural matar y se ha matado sabiendo que se cometía un crimen. Solo el azteca mataba movido por gusto y por mandato del menguado Huichilobos[190].

Reflexionando sobre las características tanto del estado azteca como del estado incaico y de sus conquistas, realizadas por Hernán Cortés y Francisco Pizarro, respectivamente, Juan José Sebreli sostiene:

> Es repudiable la destrucción de los grandes monumentos, templos y palacios de aztecas e incas, pero una civilización no consiste tan sólo en sus obras de arte, sino, ante todo, en su organización política y social, su derecho y su ética, y en este aspecto poco tenían de ejemplares las grandes civilizaciones precolombinas. Eran teocracias sanguinarias sin ninguna autoridad moral para condenar la crueldad de los españoles [...]. Los indigenistas repudian como un acto de barbarie la destrucción de la cultura azteca por los conquistadores, pero olvidan que cien años antes los aztecas, durante el reinado de Izcoatl, habían destruido los libros antiguos y destrozado los monumentos de los toltecas para imponer su propia cultura. El que mata a un asesino no deja de ser un asesino, pero el asesino que es asesinado no por ello recupera la inocencia[191].

Los miles y miles de turistas que año tras año llegan a México visitan las ruinas de la Gran Pirámide de Tenochtitlán. Con más de sesenta metros de altura y construida para rendir homenaje a Huitzilopochtli, dios del Sol y de la guerra, causa la admiración de los visitantes extranjeros. Sin embargo, pocas veces los turistas se

enteran de los acontecimientos históricos que en ella sucedieron durante decenios. Los guías suelen relatar con orgullo que los aztecas construyeron estas pirámides sin las tecnologías que los egipcios ya conocían, como las poleas y algunos tipos de ruedas antiguas, y que las pirámides tenían una función religiosa. Los guías más sinceros suelen deslizar, como de paso, que eran usadas como nexo con los dioses y como lugares de sacrificio —lo que las diferencia de las egipcias—, y que por eso tenían un espacio plano donde se colocaba a la víctima. Y ahí se suele detener la explicación. Sin embargo, resultaría muy relevante que profundizaran un poco más, pues el mito de la leyenda negra se vendría abajo como un castillo de naipes.

El arqueólogo mexicano Alfonso Caso, que fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, llegó a escribir lo siguiente:

> El sacrificio humano es esencial en la religión azteca, pues si los hombres no han podido existir sin la creación de los dioses, estos a su vez necesitan que el hombre los mantenga con su propio sacrificio y les proporcione como alimento la sustancia mágica, la vida que se encuentra en la sangre y el corazón humanos[192].

Por su parte, el escritor, diplomático y académico venezolano Mariano Picón Salas, sostiene que

> ... dentro de esa teogonía hasta la vida celeste es una continua guerra y un continuo sacrificio. Para que brille el sol todas las mañanas, Huitzilopochtli, el fiero dios joven [...], tiene que entablar un siempre reanudado combate con las estrellas y la luna [...]. Toda esa lucha cósmica por vivir, fuera, sin embargo, insuficiente si los hombres no le dieran al Sol, para afrontar con energía tantos peligros, el chalchiualtl, la caliente sangre humana, la bebida que más conforma a la divinidad[193].

Muchos historiadores, por delicadeza, omiten narrar cómo se producían los sacrificios humanos. Los propagadores de la leyenda negra lo pasan por alto a propósito y otros no los mencionan simplemente por indoctos.

Hoy la evidencia científica es abundante e irrefutable: piedras de sacrificios con restos de hemoglobina, herramientas de obsidiana para esta labor, esqueletos humanos ejecutados por cardiectomía con marcas de corte en las costillas, decapitaciones... Las pruebas que confirman el holocausto azteca son abrumadoras[194].

Ahora que no pueden negar la existencia de los sacrificios humanos, como sí hizo Bartolomé de las Casas, los predicadores de

la leyenda negra sostienen que hay que «poner los sacrificios en su contexto». Claro que sí: el contexto es que todos los pueblos oprimidos por los aztecas, a los cuales se le arrebataban sus hijos para ser sacrificados, odiaban a los aztecas y, por ello, conducidos por tan solo trescientos españoles, conformaron un ejército gigantesco que logró derrotar al imperialismo azteca y terminar con los sacrificios humanos.

Aunque sea políticamente incorrecto, en honor a la verdad hay que decir que el ritual de los sacrificios aztecas abarcaba todo el año litúrgico. Según el relato de Juan Zorrilla San Martín (1855-1931):

> El primer mes del año comenzaba en el segundo día del mes de febrero. En este mes mataban muchos niños, sacrificándolos en muchos lugares en las cumbres de los montes, sacándoles los corazones a honra de los dioses del agua para que le diesen abundantes lluvias. A los niños que mataban componíanlos con muchos atavíos para llevarlos al sacrificio y llevándolos en unas literas sobre los hombros. Estas literas iban adornadas con plumas y con flores; iban tañendo, cantando y bailando delante de ellos. Cuando llevaban los niños a matar, si lloraban y echaban lágrimas más, alegrábanse los que los llevaban porque tomaban pronósticos que habían de tener muchas aguas en aquel año [...]. En el primer día del segundo mes hacían una fiesta en honor del dios llamado Totec, donde mataban y desollaban muchos esclavos y cautivos [...]. Cuando llevaban los señores a sus cautivos o a sus esclavos al templo donde los habían de matar, llevábanlos por los cabellos, y cuando los subían por las gradas del templo algunos cautivos desmayaban y sus dueños los subían arrastrándolos por los cabellos, hasta el tajón donde habían de morir [...]. Venía luego el sacerdote que le había de matar, y dábale con ambas manos con una piedra de pedernal, hecha a la manera de hierro, del ancón por los pechos, y por el agujero que hacía, metía la mano y arrancábale el corazón y luego le ofrecía al Sol y echábale en una tinaja. Después de haberles sacado el corazón [...] echaban el cuerpo a rodar por las gradas. De allí tomábanle unos viejos y los llevaban a sus calpul (capillas), donde le despedazaban y le repartían para comer [...]. En el mes décimo hacían fiestas al dios del fuego; en estas fiestas echaban en el fuego muchos esclavos vivos atados de pies y manos y, antes que acabasen de morir, los sacaban arrastrando del fuego para sacarles el corazón delante de la imagen de este dios [...]. Especial narración merece el sacrificio hecho en 1487, veinticinco años antes de la conquista, con motivo del estreno del templo mayor de México (la Gran Pirámide Tenochtitlán). Duró este sacrificio cuatro días desde la mañana hasta la puesta del sol [...], murieron hombres y mujeres [...]. Eran tantos los arroyos de sangre humana que corrían por las gradas abajo del templo, que caída a los bajos y fría hacía grandes pellas que ponían espanto. De esta sangre andaban cogiendo muchos sacerdotes [...] y con ella untaron los ídolos, untaron los aposentos del templo desde dentro y desde fuera[195].

Así, la pirámide de Tenochtitlán quedó por un tiempo pintada de rojo.

Cuando se analiza la historia sin prejuicios y no se quiere ocultar la verdad —como sí hacen esos historiadores que escriben sobre el supuesto genocidioque implicó la conquista española de América pero que callan el tema de los sacrificios humanos realizados por los aztecas—, se llega a la conclusión de que los aztecas llevaron a cabo como política de estado la conquista de otros pueblos indígenas para poder tener seres humanos que sacrificar a sus dioses. Año tras año, los aztecas arrebataban los niños y las niñas a los pueblos que habían conquistado para asesinarlos después en sus templos.

Incluso William Prescott, uno de los más fervientes defensores de la civilización azteca, se ve obligado a reconocer que «el número de las víctimas inmoladas era inmenso. Casi ningún autor lo computa en menos de veinte mil cada año, y aún hay alguno que lo hace subir hasta ciento cincuenta mil»[196]. Sin embargo, no se le escapa a Prescott la palabra «genocidio» para referirse a estos hechos, como sí le sucede cuando habla de la conquista de América por España.

En 1487, para festejar la finalización de la construcción del gran templo de Tenochtitlán, las víctimas del sacrificio formaban cuatro filas que se extendieron a lo largo de la calzada que unían las islas del mismo nombre. Se calcula que en esos cuatro días de festejo los aztecas asesinaron a entre veinte mil y veinticuatro mil personas.

Nuestro apreciado Prescott da una cifra todavía más escalofriante y afirma que «cuando en 1486 se dedicó el gran templo de México a Huitzilopochtli, los sacrificios duraron varios días y perecieron setenta mil víctimas»[197].

Cuando Hernán Cortés emprendió el asalto final a la capital azteca, acompañado de trescientos mil indios enemigos de los aztecas, habían pasado tan solo treinta y cuatro años desde la masacre de 1486, que costó la vida a setenta mil indios dominados por el imperialismo azteca. Sin embargo, los historiadores «negrolegendarios» no se paran a pensar cuántos de esos trecientos mil indios que acompañaban a Cortés en el asalto final a Tenochtitlán eran hermanos, hijos o nietos de esas setenta mil víctimas. Recordemos, además, que la masacre de Tenochtitlán no fue la única y que, hasta el último día de su existencia, el estado azteca continuó sacrificando seres humanos en sus templos. Si se piensa un minuto en ese pequeño detalle, se comprende fácilmente por qué le resultó tan «sencillo» a Cortés reclutar y comandar ese

formidable ejército indio. Para ellos, la caída de Tenochtitlán tuvo el mismo significado que muchos años después tendría para las víctimas del holocausto nazi la caída de Berlín en 1945. Para los parientes de las setenta mil víctimas, Cortés no estaba conquistando México, sino liberando a México de la más terrorífica dominación que haya existido en la historia. Admirar al imperialismo azteca por la fabulosa construcción de sus pirámides es equivalente a admirar al imperialismo nazi por la fantástica construcción de las magníficas autopistas en Alemania.

Los mismos historiadores y antropólogos que acusan a España de haber realizado la conquista más cruel que conoce la historia, para justificar los sacrificios humanos en masa realizados por los aztecas en 1487, han sostenido que los «pobres» aztecas estaban obsesionados con la idea de que sus dioses necesitaban beber sangre y que la guerra para conseguir víctimas que sacrificar era para ellos una guerra santa. Ciertamente, las guerras santas entre distintos Estados han sido siempre muy comunes:

> Los judíos, los cristianos, los musulmanes, los hindúes, los griegos, los egipcios, los chinos, los romanos... todos fueron a la guerra para satisfacer a sus dioses o para cumplir la voluntad de Dios. Sin embargo, solo los aztecas sintieron que era santo ir a la guerra con el fin de practicar enormes cantidades de sacrificios humanos. Aunque todos los demás estados arcaicos, y no tan arcaicos, practicaban carnicerías y atrocidades masivas, ninguno lo hizo con el pretexto de que los príncipes celestiales tenían el deseo incontrolable de beber sangre humana[198].

Sin embargo, la particularidad de la religión de los aztecas no reside en la realización de sacrificios humanos.

> Lo más notable es que los aztecas transformaron el sacrificio humano de un derivado ocasional de la suerte en el campo de batalla en una rutina según la cual no pasaba un día sin que alguien no fuera tendido en los altares de los grandes templos, como los de Uitz Uopochtli y Tlaloc. Y los sacrificios también se celebraban en docenas de templos menores que se reducían a lo que podríamos denominar capillas vecinales. Uno de estos emplazamientos vecinales, una estructura baja, circular y de cumbre plana, de alrededor de seis metros de diámetro, quedó al descubierto durante la construcción del ferrocarril metropolitano de Ciudad de México. Ahora se encuentra, conservada detrás de un cristal, en una de las estaciones más concurridas. Para ilustración de los viajeros, aparece una placa en que solo se dice que los antiguos mexicanos eran muy religiosos[199].

Digamos de paso que, como demuestra el ejemplo de esa simple placa, si hay un pueblo al que se le ha falsificado su propia historia ese es el mexicano. Se les hace creer que todos son descendentes de tan solo uno de los pueblos —los aztecas— que poblaban el actual territorio de México, y se les hace olvidar que muchos de los que leen esa placa descienden de los pueblos que los aztecas capturaban para realizar sus sacrificios humanos.

Una de las características del colonialismo y de todos los imperialismos ha sido siempre la lucha incesante por conseguir materias primas, es decir, por el aprovisionamiento de materiales estratégicos. Lo que hizo excepcional en su especie al imperialismo azteca es que fue el único que luchó constante e incesantemente por conseguir carne humana. La materia prima estratégica por la que luchaban era la carne humana.

> La principal fuente de alimento de los dioses aztecas estaba constituida por los prisioneros de guerra, que ascendían por los escalones de las pirámides hasta los templos, eran cogidos por cuatro sacerdotes, extendidos boca arriba sobre el altar de piedra y abiertos de un lado a otro del pecho con un cuchillo de obsidiana esgrimido por un quinto sacerdote. Después, el corazón de la víctima —generalmente descrito como todavía palpitante— era arrancado y quemado como ofrenda. El cuerpo bajaba rodando los escalones de la pirámide, que se construían deliberadamente escarpados para cumplir esta función[200].

¿Dónde eran llevados los cuerpos de los cientos de seres humanos a los cuales en lo alto de las pirámides se les había arrancado el corazón? ¿Qué pasaba luego con el cuerpo de la víctima? ¿Qué destino tenían los cuerpos que día a día eran sacrificados a los dioses?

> Las descripciones convencionales del ritual del sacrificio azteca concluyen siempre cuando el cadáver de la víctima cae por la pirámide. Cegado por la imagen de un corazón todavía palpitante, mantenido en alto entre las manos del sacerdote uno se olvida fácilmente de preguntar qué ocurría con el cadáver cuando se detenía al final de los escalones. Michael Harner, de la New School, ha analizado esta cuestión con más inteligencia y denuedo que el resto de los especialistas [...]. Como afirma Harner, en realidad no existe ningún misterio con respecto a lo que ocurría con los cadáveres, ya que todos los relatos de los testigos oculares coinciden en líneas generales: las víctimas eran comidas[201].

En una actitud comprensible, buscando excusar a la nobleza azteca por ser la única en la historia de la humanidad que se alimentó de forma sistemática de carne humana, el historiador

Diego Luis de Moctezuma, nieto del emperador Moctezuma, en su obra *Corona Mexicana, o Historia de los nueve Moctezumas*[202], sostiene que su abuelo no solía comer carne humana y que solo disfrutaba de ella cuando se hacía un sacrificio. Y es que una de las normas básicas establecidas era que el muslo derecho de la víctima estaba destinado al emperador[203].

La discusión sobre por qué los aztecas comían carne humana —que tanto ha entretenido y entretiene a antropólogos como Michael Harner, Marvin Harris, Óscar Calavia Sánchez, Manuel Moros Peña e incluso algún demógrafo, como Sherburne Cook— es políticamente irrelevante para descifrar el porqué de la derrota del imperialismo azteca frente a un puñado de españoles. Ese es el gran tema.

Lo políticamente importante para comprender la victoria de Cortés y sus hombres es que los aztecas asesinaban en masa y comían todos los días, como si fuesen corderos o pollos, a cientos de hombres, mujeres y niños de los pueblos que los aztecas oprimían y dominaban. Las víctimas de los sacrificios humanos para el «almuerzo» de la aristocracia azteca provenían de los pueblos que los aztecas sojuzgaban y esto les ganó el odio eterno de los padres, madres, hermanos y hermanas de los sacrificados. Fue ese comprensible odio el que llevó a los pueblos esclavizados a conformar el gigantesco ejército que, conducido por Cortés, acabó con los sacrificios humanos. Las espadas, la pólvora, y el caballo de poco habrían servido frente a los ejércitos aztecas de no haber sido por los tlaxcaltecas, texcocotecas, cholultecas, xochimilcatecas y otomíes. Por eso tiene razón el mexicano José Vasconcelos cuando afirma que la conquista la hicieron los indios.

Como ya hemos mencionado, la base de la falsificación de la historia mexicana tiene como primera premisa la identificación de todos los mexicanos con los aztecas, cuando en realidad la mayoría de la población desciende de los pueblos que los sacerdotes aztecas sacrificaban arrancándoles el corazón y que la nobleza azteca devoraba en alegre festín. Si los mexicanos tomaran conciencia de que la mayoría de ellos son descendientes de los pueblos que fueron víctimas del canibalismo azteca, la leyenda negra se derrumbaría.

EL IMPERIALISMO TOTALITARIO QUECHUA

En 1438, los chancas que habitaban Ayacucho, Huancavelica y Junín cercaron la ciudad de Cuzco, la capital de los quechuas, y estuvieron a punto de conquistarla. El líder de la defensa, que finalmente logró derrotar a los chancas, pasó a la historia con el nombre de Pachacútec Inca Yupanqui, y fue durante su reinado cuando tuvo lugar la mayor expansión del feroz imperialismo inca que dominó y aplastó la resistencia de numerosos pueblos[204]. Así, cuando los incas derrotaban a un pueblo que no había querido someterse pacíficamente, cometían todo tipo de abusos: muchos de los guerreros vencidos eran masacrados y sus casas eran pasto de las llamas. Las mujeres no corrían mejor suerte, ya que eran sistemáticamente violadas y a las más jóvenes las llevaban a Cuzco para formar parte de la servidumbre de la nobleza inca.

Pachacútec, tras su victoria contra los chancas, llegó a formar un ejército, bastante bien organizado, de aproximadamente doscientos mil hombres. De hecho, ese fue el instrumento que permitió al rey inca llevar a cabo la conquista de los pueblos que se extendían desde la actual ciudad de Quito hasta la de Santiago de Chile. Posteriormente, Pachacútec dirigió sus fuerzas contra los aimaras, que habitaban el sur de Perú y el norte de la actual Bolivia, y tras numerosas y sangrientas batallas, el Inca logró vencer al señor de Hatun, lo que le permitió incorporar el reino de los collas a sus vastos dominios. Después se dirigió hacia Arequipa y la costa del Pacífico e impuso su control en los pueblos que habitaban la actual costa chilena hasta Tarapacá[205].

Por entonces, la guerra era una virtud suprema para los quechuas, hasta el punto de que

> ... sus hazañas y sus víctimas estaban representadas por emblemas en las ropas, en las plumas que adornaban al guerrero, en las máscaras o en el tatuaje. Los soldados incas volvían de la guerra blandiendo la cabeza de los vencidos en la punta de las picas. Algunos prisioneros eran despellejados y transformados en tambores que conservaban la forma humana, por lo que el cadáver parecía golpear su propio vientre con varitas que colgaban en las manos. Las cabezas reducidas como trofeos de guerra, los collares hechos de dientes, los cueros deshollados de las víctimas convertidos en vestidos y los cráneos transformados en copas donde beber *chicha,* constituyen un lejano y horrible antecedente de los libros encuadernados por los nazis con piel de judíos[206].

La siguiente dirección que tomó la conquista inca fue la Sierra Central, pero ahí el ejército quechua se encontró con la tenaz resistencia de los huancas, que ya conocían el destino de opresión que les esperaba si eran derrotados por el ejército de Pachacútec.

Hacia 1460, las tropas incas penetraron en el valle del Mantaro, territorio de los huancas, que lograron repeler el asedio inca. Pese a la heroica resistencia, finalmente los huancas aceptaron la dominación, aunque mantuvieron algunos privilegios y un odio visceral hacia el conquistador quechua.

El ejército inca continuó su marcha por la Sierra Central y se enfrentó con los chachapoyas, a los que sometió a brutales castigos por haber puesto resistencia[207]. Como detalle de color resulta interesante saber que los chachapoyas, conocidos como los guerreros de las nubes porque edificaban sus ciudades y sus casas en la cúspide de las montañas, no tenían ningún parecido étnico con los quechuas, ya que eran de piel blanca y de talla notablemente mayor que la del común de los hombres andinos. Esa diferencia física ha dado lugar a todo tipo de hipótesis, entre las cuales, la más extraña es la que sostiene que los chachapoyas son descendientes de vikingos que penetraron el Amazonas y que, navegando río arriba, se establecieron en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes[208].

A Pachacútec lo sucedió su hijo Titu Cusi Hualpa, que tomó el nombre de Huayna Cápac. Durante setenta años, el imperialismo quechua se extendió por todo el territorio de lo que hoy denominamos Perú, Ecuador, Bolivia y el norte y centro de Chile, sometiendo por la fuerza de las armas a quienes se rebelaban y empleando duros castigos contra ellos[209].

Durante el reinado de Huayna Cápac, las sublevaciones de los pueblos que ansiaban recobrar su libertad fueron frecuentes. Por su envergadura y popularidad merecen citarse las rebeliones protagonizadas por los aimaras en el actual territorio de Bolivia, y por los chachapoyas en el norte del actual Perú, en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, en una planicie de la cuenca del río Utcubamba, afluente del Marañón. También fue importante la insurrección de los punaeños, conducidos por el cacique Tumbala, que habitaban la isla Puná, situada en el golfo de Guayaquil. Los cayambis, los otabalos y loscaranguis también se levantaron contra el emperador inca. Los primeros habitaban en el norte de la actual provincia ecuatoriana de Pichincha y lograron poner en serios aprietos al Huayna Cápac cuando su litera fue atacada y el rey impactó contra el suelo. El desconcierto fue total y Huayna Cápac pudo salvar la vida gracias a la protección de tres de sus más fieles capitanes.

Todas las rebeliones que estallaron en los dominios del Inca —desde Ecuador hasta Chile— fueron vencidas, y a sus promotores,

junto con el pueblo que los acompañó, les impusieron cruentos castigos[210].

En 1528, mientras Huayna Cápac reprimía la revuelta producida en la región de Quito, llegó la noticia de la presencia de hombres extraños en sus dominios. Se trataba de Francisco Pizarro, a quien se le había ocurrido la peregrina idea de conquistar, con apenas doscientos soldados, un imperio de más de doscientos mil hombres muy disciplinados, con experiencia de combate y que conocían el territorio como la palma de sus manos.

Fue en ese mismo año (1528) cuando murió Huayna Cápac y su hijo Huáscar fue coronado emperador en Cuzco. Sin embargo, Atahualpa, gobernador de Quito e hijo de Huayna Cápac con una concubina, se negó a reconocer a su hermano como Inca[211], lo que dio inicio a una cruenta guerra civil. Tras una larga campaña, en 1532, el ejército de Atahualpa logró vencer a Huáscar cerca de Cuzco y, para humillar a su hermano, ordenó que fuese conducido a su presencia semidesnudo, descalzo y atado del cuello. Sin embargo, sus planes se torcieron porque el propio Atahualpa fue hecho prisionero por Pizarro en Cajamarca. Ante el temor de que el español liberara a Huáscar, el usurpador Atahualpa ordenó que lo asesinaran y que su cuerpo fuese arrojado desde un precipicio al río Yanamayo, cerca de Ayacucho.

Los indigenistas hablan con horror del asesinato del Inca Atahualpa a manos de Pizarro, pero se olvidan de que aquel ordenó la muerte de su propio hermano y de que, para festejar su victoria, bebió *chicha* en el cráneo de Huáscar[212].

Ciertamente, la conquista del Perú difiere bastante de la de México. Los incas no ejercían un imperialismo antropófago como el de los aztecas ni Pizarro tenía la cultura y los valores que sí poseía Hernán Cortés. Lo que une a ambas conquistas es que ni la una ni la otra las hicieron los españoles, sino un multitudinario ejército indio que, en un caso, odiaba a los aztecas y, en el otro, a los incas. Es decir, en los dos casos fue una gigantesca masa de indios, conducidos por un minúsculo grupo de españoles, la que consiguió imponerse sobre otros indios. Como destaca el historiador peruano Efraín Trelles, los estudios arqueológicos realizados en los últimos veinte años han sacado a la luz una verdad escondida durante mucho tiempo[213]. Trelles afirma que disponemos de pruebas contundentes, científicamente irrefutables, de que la conquista del Perú fue un asunto de indios luchando contra indios: indios atacando Cuzco, indios defendiendo Cuzco, indios atacando Lima e indios defendiendo Lima.

Bastó con que los huancas tuvieran noticia de la llegada de un grupo de extraños —que en el norte del dominio quechua se disponían a luchar contra los incas— para que se aliaran con ellos y se dispusiesen a combatir contra el imperialismo inca que los oprimía. Después de la ejecución del Inca Atahualpa en Cajamarca, los huancas tomaron la audaz decisión de proveer a Pizarro y al puñado de hombres que lo acompañaba de comida, soporte militar y tropas[214].

Fueron los huancas, junto con los chancas, los chachapoyas, los huaylas y los cañaris, los más fieles y acérrimos aliados de ese minúsculo grupo de españoles, a quienes no veían como conquistadores, sino como aliados en su lucha por su liberación. En 1536, para conquistar la ciudad de Cuzco, Francisco Pizarro contó solo con ciento noventa españoles, pero sí dispuso de la ayuda de treinta mil indígenas huancas, huaylas, cañaris y chachapoyas que habían guardado en su corazón un odio visceral hacia sus opresores[215].

Esta breve reseña histórica que hemos realizado no solo demuestra que la conquista de Cuzco la hicieron los indios oprimidos por el totalitarismo quechua, sino que pone de relieve la primera falsa premisa sobre la que se ha construido la falsificación de la historia en el Perú, que consiste en hablar de la existencia de un «Perú antiguo» en el que las naciones o los pueblos indios que habitaban ese territorio son considerados peruanos. Sin embargo, esos pueblos no hablaban la misma lengua, si bien es cierto que compartían el odio hacia sus dominadores quechuas.

En el imaginario de los niños, desde la escuela primaria, se ha creado la idea de que el Perú existía antes de la conquista española, así como de que los pueblos indios que acompañaron a Pizarro en la toma de Cuzco traicionaron al Perú. De ese modo hacen que los pequeños se identifiquen con los incas, cuando la verdad es que gran parte de ellos son descendientes de los pueblos brutalmente oprimidos y sojuzgados por los incas.

La segunda gran falacia sobre la que se ha construido la historia oficial del Perú consiste en ocultar el hecho de que el estado incaico poseía muchos de los rasgos del totalitarismo moderno: el trabajo forzado, el control de la vida privada y el castigo severo a la disidencia política.

> El trabajo forzado en las minas, la mita y el yanaconazgo, que tanto se han condenado en los conquistadores, era ya un procedimiento incaico. Ni siquiera faltaba [...] el control de la vida privada de toda la población, rasgos que diferencian al totalitarismo de cualquier

> autoritarismo o dictadura tradicional. Había una red de inspectores y funcionarios, de jefes de centuria, dedicados a la vigilancia y el espionaje de cada uno de los pobladores. El Inca Garcilaso de la Vega decía que funcionarios especiales iban de casa en casa para asegurarse de que todos estaban ocupados y los indolentes eran castigados. La policía estaba en todas partes, el menor comentario adverso a las autoridades provocaba un castigo implacable. Nadie podía abandonar el poblado sin pedido especial, pero, en cambio, podían ser desplazados sin consulta previa por razones de estado. La educación estaba reservada a la clase privilegiada. La vida cotidiana era gris, triste y monótona hasta el hastío, como en todas las sociedades totalitarias[216].

Los sacrificios humanos

La historia oficial del Perú tiende también a ignorar o a menospreciar la importancia de los sacrificios humanos realizados por los incas. Durante años, los partidarios de la leyenda negra negaron la veracidad de los cronistas españoles que relataban los sacrificios humanos, afirmando que esos cronistas trataban de justificar los crímenes y la devastación de la invasión, dándole a la civilización inca una reputación ruin y mostrando a los incas como asesinos y sacrificadores de niños.

Ahora ya no se puede negar más una verdad sabida por todos, pero maliciosamente ocultada. El análisis de los despojos hallados hace décadas en la cima de los volcanes Ampato y Pitchu Pitchu no deja lugar a dudas de que los incas practicaban sacrificios humanos. Tras los primeros hallazgos, los arqueólogos encontraron decenas de lugares en las montañas y en los volcanes, desde Arequipa hasta Salta, donde los sacerdotes quechuas practicaban los sacrificios humanos de niñas y niños que, por lo que se pudo comprobar, no provenían de la región de Cuzco[217], lo que significa que eran hijos de los pueblos conquistados y sometidos por los incas.

Según el arqueólogo José Antonio Chávez, hacia 1450, cuando el volcán Misti entró en erupción, Pachacútec Inca Yupanqui realizó «muchas rogativas»; es decir, innumerables sacrificios humanos para aplacar la ira de Apu, el espíritu de la montaña[218]. Juan de Betanzos, cronista español del siglo XVI, relata que, al terminar la remodelación del Templo del Sol, Pachacútec ordenó enterrar vivos a gran cantidad de niños y niñas como ofrenda al dios Sol. Cuando Pachacútec murió, se enterraron junto a él mil niños y mil niñas de entre cuatro y cinco años. Para justificar lo injustificable, arqueólogos como José Antonio Chávez no hablan de la existencia

de sacrificios humanos, sino de «ofrendas humanas», afirmando que el ritual del sacrificio dignificaba al asesinado y daba prestigio a su familia[219]. Lo que no pueden explicar es el hecho de que los sacrificados nunca eran niños quechuas. Si tan bueno era ser asesinado y tanto prestigio daba a las familias, ¿por qué los quechuas no entregaban a sus propios hijos para honrar a los dioses?

Los sacrificios humanos —que los arqueólogos encubren con el nombre de *«capacochas* imperiales»— se realizaban en Cuzco por el nacimiento del heredero del trono, por la enfermedad o la muerte del Inca o de un gobernante menor, por una guerra o por una catástrofe natural[220]. Los sacerdotes preparaban a los niños elegidos y les administraban alcohol y hojas de coca[221].Una vez preparados, caminaban desde Cuzco —o cualquier otra ciudad— hasta la cima de una montaña o un volcán, que era donde se realizaba la «ofrenda» humana. Los sacerdotes los estrangulaban, los mataban de un golpe en la cabeza o los enterraban vivos[222]. Si el sacrifico se hacía en honor al dios del Trueno (Illapa), el pequeño era abandonado en la cima de la montaña para que muriera congelado o fulminado por un rayo[223].

Ahora se entiende mejor por qué los huancas, los chancas, los chachapoyas, los huaylas y los cañaris decidieron marchar junto a Pizarro y su pequeño grupo de hombres hacia Cuzco. En realidad, marchaban para liberarse del yugo inca.

5
Del cerco islámico al descubrimiento de América

El islam era dueño y señor de todos los puntos de unión del tráfico del mundo antiguo y de todos los caminos que comunicaban a Oriente con Occidente, entre la India y Europa, hasta el punto de que en la Edad Media era materialmente imposible realizar un comercio importante sin pasar por un puesto aduanero islámico.

Essad Bey

El descubrimiento, la conquista y el poblamiento de América por los españoles, es decir, por un puñado de castellanos, extremeños y andaluces, no puede ser entendido sin una serie de hechos, circunstancias y acontecimientos históricos entre los que se encuentran el cerco islámico que sufría Europa, el vacío de poder dejado por el Imperio chino, la dispersión de los mal llamados «pueblos originarios» y la existencia en América de dos importantes imperialismos, el azteca y el inca.

Como vimos en el capítulo anterior, tocar estos temas implica decir verdades que hoy son políticamente incorrectas, como que, antes de la conquista, en América reinaba el canibalismo o que los aztecas habían organizado un estado genocida que conquistaba y dominaba a otros pueblos a los que exigía tributo en sangre; esto es, que le entregasen a sus hijos e hijas para ser asesinados y honrar así a sus dioses, y luego ser comidos —en alegre banquete— por la nobleza azteca.

El cerco islámico

Durante más de ochocientos años, el islam asedió y trató de conquistar los pequeños y fragmentados reinos cristianos de

Europa. La invasión comenzó el 27 de abril de 711, cuando el general Táriq ibn Ziyad, gobernador de Tánger, desembarcó en Tarifa, iniciando así la conquista de España. Finalizó el 12 de septiembre de 1683, en la batalla de Kahlenberg, cuando, a las afueras de Viena, las tropas lituano-polacas derrotaron almayor ejército musulmán desde los tiempos de Saladino y pusieron fin al conocido como «segundo sitio de Viena». Quizá un breve repaso histórico nos dé una idea aproximada de la profundidad y amplitud de la ofensiva musulmana que durante más de ocho siglos atormentó a Europa y que marcó especialmente la historia de España[224].

En el año 711, las tropas de Táriq ibn Ziyad cruzaron el estrecho de Gibraltar. No eran muy numerosas, apenas siete mil bereberes. Todos sabían que, si la resistencia era firme, la expedición sería una *razzia* más, pero si el enemigo se mostraba más débil de lo pensado la expedición podría transformase en una «guerra santa» de conquista territorial. El rey visigodo Don Rodrigo fue vencido en el primer combate, lo que significaba que la *razzia* se transformaba en guerra. Las ciudades cayeron una tras otra y, desde Marruecos, llegó un ejército con refuerzos que «remató» la conquista de España. En 713, Musa Ibn Nusair, gobernador de África del Norte, proclamó en Toledo la soberanía del islam, con lo que España pasaba a ser una parte más del «Estado de Dios».

En la cima de su gloria, cumpliendo una orden del jefe de los creyentes, Musa emprendió el regreso a Damasco, capital del Califato. Así lo cuenta el historiador Rolf Palm:

> A caballo, el orgulloso anciano yemenita conducía una kilométrica caravana triunfal. Inmediatamente detrás de él iban [como prisioneros] unos cien príncipes españoles, veinte reyes de las islas del Rum, como los árabes llamaban a las islas de Mallorca, Menorca, Sicilia, Cerdeña y Lampedusa, que el virrey había atrapado de paso con su flota. La segunda división de esta festiva expedición, grandiosa y fantasmal, la formaban treinta mil vírgenes españolas, a quienes les esperaba un destino nada inseguro en los harenes de los príncipes Umaídas. A ellas les seguían treinta vehículos pesados cargados con el botín de los ejércitos, que constaba de oro, plata y piedras preciosas. Solo de la catedral de Toledo provienen veinticuatro o veintisiete coronas de oro, cada una provista con sus fechas de vida grabadas, que los reyes visigodos de España le habían legado a la Iglesia. También se llevaron varias tinas doradas, llenas hasta el borde de perlas, rubíes y topacios[225].

Todos los cronistas musulmanes de la época coinciden en señalar que el día en que Musa entró en Damasco —el califa lo

recibió en la adornada mezquita Umaída— fue «uno de los días más brillantes del islam»[226]. En la capital del Califato reinaba el entusiasmo. No era para menos, ya que la conquista de los territorios hispánicos había sido un paseo y ya se podía soñar con la conquista de los demás reinos cristianos de Europa. Entonces, ¿por qué detenerse en la península Ibérica? Habían entrado en la península como el cuchillo en la mantequilla. ¿No sería igualmente fácil allende los Pirineos?

Las vacilaciones no duraron demasiado. Ese mismo año, 713, los musulmanes se apoderaron de Narbona, tras un asedio que comenzó a raíz que de que se prohibiera la entrada en la ciudad a los recaudadores de impuestos islámicos[227]. Una vez ocupada, los habitantes que se habían negado a pagar fueron «entregados a la espada»[228], y las mujeres y los niños fueron capturados en «calidad de esclavos»[229].

Narbona era una ciudad clave por su ubicación estratégica: se hallaba cerca de la costa y era difícilmente atacable porque estaba rodeada de marismas. Esas dos cualidades la convertían en un excelente punto de apoyo para la puesta en marcha de acciones de mayor envergadura:

> De España pronto llegarían barcos con pesadas máquinas sitiadoras y batallones de voluntarios, poco después seguían las familias de los participantes de la invasión quienes, aún no sabían dónde, esperaban instalarse en Francia. La empresa se puso en marcha por sí sola[230].

Los musulmanes se dirigieron rápidamente a Tolosa, la capital del reino de Aquitania. Milagrosamente, Odón, duque de Aquitania, con un ejército de socorro, logró detenerlos en las puertas de la ciudad[231] y el gobernador de Al-Ándalus, As-Samh, murió en la batalla de Tolosa (719). Su hermano, el general árabe Abd al-Rahman al-Ghafiqi, realizó una retirada ordenada que permitió a Odón salvar la capital. Otro enclave importante, Nimes, se rindió pronto a las tropas invasoras y muchos de sus habitantes fueron llevados como esclavos a Barcelona. La ciudad de Carcassone también fue conquistada rápidamente[232], y

> Avignon formaba una nueva cabecera de puente para *razzias* en el corazón de Francia. Río arriba del Rhône, en Lyon, los moros saqueaban las iglesias, a [las ciudades de] Macon y Chalons, también; destruyeron Beaune, incendiaron ambas iglesias de Auton (Saint Naziere y Saint Jean), redujeron a escombros el convento de Beze, en Dijon. En Besançon [pueblo en el que siglos más tarde nació Victor Hugo], casi ya en el límite con Suiza, una tropa de moros efectuó un baño de sangre entre los monjes del convento Saint Columban. También la abadía de

> Luxeuil, al pie de los Vosgos, cayó bajo el saqueo de los combatientes de Alá; el abad, el más tarde canonizado Mellinus, murió por la espada de un moro. Solo en Sens, ya sobre la ruta Dijon-París, el obispo Ebbon rechazó un ataque en masa. Los moros habían acarreado sus máquinas sitiadoras hasta allí[233].

Alrededor de 730, Abd al-Rahman al-Ghafiqi, el general musulmán que había reorganizado al ejército árabe tras la derrota de Tolosa, se convirtió en emir de Córdoba, y aprovechando la lucha fratricida entre Carlos Martel y Odón por el trono de Aquitania, y deseoso de vengar la muerte de su hermano en Tolosa, decidió realizar una nueva ofensiva contra territorio franco. El emir cruzó los Pirineos, hizo prisionera a la hija del rey Odón, Lampegia, conocida como «la Hermosa», y la envió como esclava al harén del califa en Damasco. Posteriormente, los soldados del emir atacaron Burdeos[234], y en su avance no hubo piedad para con los cristianos:

> Se masacra a la entera población masculina, se llevan hombres y mujeres en calidad de esclavos, devoran las llamas la torre de San Andrés, se saquea y devasta el convento de Saint Croix… [Aquitania agoniza] durante meses. Las tropas del islam iban saqueando de ciudad en ciudad, atravesando pueblos, cortes, conventos. Las columnas de humo sobre las poblaciones que yacían en escombros y cenizas indicaban la huella de los moros[235].

A los oídos de Abd al-Rahman llegó la información de dos lugares cristianos de peregrinación cuya riqueza en ofrendas valiosas excedía todo lo que los musulmanes habían visto hasta aquel momento en Europa. Se trataba de las basílicas de San Hilario, en Poitiers, y San Martín de Tours[236]. El emir decidió probar suerte y comenzó a remontar el viejo camino romano —la *Via Prima Mediolanum Santinum*— que conducía a Poitiers y, desde allí, a París. Corrían los primeros días de octubre del año 732. Los musulmanes llegaron a Poitiers, cuya población se refugió en la fortaleza. Saquearon la basílica de los peregrinos y la incendiaron, capturaron a los monjes de San Hilario y se dirigieron a Tours[237]. Se encontraban a cuatro días a caballo de París, pero ahora Odón y Martel cabalgaban juntos y el 10 de octubre de 732 lograron derrotar a los invasores musulmanes. Abd al-Rahman al Ghafiqi murió en la batalla de Poitiers y, a día de hoy, es considerado por los historiadores musulmanes un «mártir de Alá» que se ganó el paraíso sacrificando su vida por la causa de Dios y su profeta.

Sin embargo, su muerte no libró a Francia del peligro. Otros guerreros seguían soñando con la conquista de Francia, y, así, solo dos años después de la batalla de Poitiers —juzgada por muchos como una «simple escaramuza» carente de importancia—, ocurrió que

> … en el 735, el gobernador árabe de Narbona, Yusuf Ibn Abderramán, se apodera de Arlés […]. En el 737, los musulmanes toman Avignon y extienden sus devastaciones hasta Lyon y hasta Aquitania[238].

Carlos Martel marchó de nuevo contra los invasores y recuperó la ciudad de Avignon. Intentó hacer lo propio con Narbona y, aunque derrotó a un «ejército de refuerzo árabe llegado por mar»[239] (lo que demuestra la importancia estratégica que los musulmanes le daban a la plaza de Narbona como punto de apoyo para una posible invasión de la Europa occidental), no logró reconquistar la ciudad. La victoria de Martel sobre los musulmanes de Narbona «no impide una nueva incursión de los árabes en Provenza en 739»[240].

En 752, el rey Pipino el Breve atacó Narbona, pero los musulmanes resistieron el asedio[241]. Siete años después, en 759, Pipino consiguió reconquistar la plaza, cerrando definitivamente la puerta de entrada al continente occidental[242]. Sin embargo, esta ciudad no era la única «puerta» por la que los musulmanes pensaban entrar a Europa y fueron atacados otros lugares estratégicos.

> Las expediciones contra Sicilia se suceden en 720, 727, 728, 730, 732, 752, 753 interrumpidas, solamente, por causa de un período de trastornos civiles en África. Se reanudan en 827 bajo el emir aglabí Siadet Allah I, que aprovecha una rebelión contra el emperador para intentar un golpe de mano contra Siracusa[243].

La flota musulmana partió de Susa[244] en el año 827 y logró sitiar Siracusa, pero una flota bizantina los obligó a levantar el sitio.

Enterados los musulmanes de España y de África de la intervención bizantina, enviaron refuerzos para la flota islámica, lo que permitió que el ejército invasor sarraceno, «en agosto-septiembre de 831, se apoderara de Palermo tras un año de asedio»[245].

La resistencia siciliano-bizantina fue tenaz, pero no pudo impedir que «los musulmanes se apoderasen de Mesina en 843»[246]. Pasaron quince años de enfrentamientos sin cuartel en

los que ninguna población de Sicilia pudo dormir tranquila. Finalmente, en 859, la resistencia cristiana fue vencida y «Siracusa sucumbió, el 21 de mayo de 878, tras una heroica defensa»[247].

Mientras los sicilianos y los bizantinos luchaban para salvar el sur de Italia, Carlomagno se enfrentó a los musulmanes en la Marca Hispánica. En 778 decidió adoptar una estrategia ofensiva y envió un ejército que fue derrotado ante las murallas de Zaragoza. La retaguardia del ejército franco, cubriendo heroicamente la retirada del resto de las tropas, «se dejó matar» en Roncesvalles el 15 de agosto de 778[248].

En 793, los musulmanes invadieron Septimania, en el actual sur de Francia. Carlomagno contraatacó y en el año 801 tomó Barcelona, donde se encontró con una durísima resistencia sarracena. Además, Carlomagno carecía de una flota propia para sacar réditos de la victoria de Barcelona y «en 798 los musulmanes devastaron las Islas Baleares»[249]. Carlomagno no pudo mantener la ofensiva y casi siempre tuvo que actuar a la defensiva en la línea formada por los Pirineos.

«En 806, los sarracenos se apoderaron de la islita de Pantelaria y vendieron en España como esclavos a los monjes que encontraron allí»[250]. Ese mismo año, el rey de Italia, Pipino —hijo mayor de Carlomagno—, intentó expulsar a los musulmanes de Córcega. Lo logró durante unos meses, pero al año siguiente (807) la isla cayó nuevamente en manos sarracenas. El condestable Burchard, después de un combate en el que perdió trece navíos, obligó a los musulmanes a retirarse, pero los invasores volvieron a la carga y, entre 809 y 810, ocuparon las islas de Córcega y Cerdeña.

En 812, los sarracenos de África, saquearon las islas de Lampedusa, Ponza e Ischia[251].

> El papa León III pone las costas de Italia en estado de defensa, y el emperador le envía a su primo, Wala, para ayudarle y en el 813, los musulmanes atacan Córcega, de donde se llevan quinientos cautivos[252].

Ese mismo año, los musulmanes lanzaron *razzias* contra Niza[253] y Civitavecchia, y, en 838, contra Marsella[254]. Diez años después, tomaron Marsella y, en 850, la región de Provenza. En 889 se establecieron en Saint-Tropez y en La Garde-Freynet, mientras que, por el lado del Atlántico, los sarracenos —llegados de España en el siglo VIII— se situaron en la isla de Noirmoutier.

En Italia, la situación para los cristianos no era más alentadora. Las ciudades de Bríndisi y Tarento fueron asoladas en 838[255], y

dos años después cayó Bari. Las flotas de Bizancio y Venecia fueron completamente derrotadas.«En 841, los musulmanes devastaron Ancona y la costa dálmata hasta Cattaro. Y Lotario, en el año 846, no ocultaba en absoluto que temía la anexión de Italia»[256]. Aquel año, «setenta navíos atacaron Ostia y Porto, avanzaron devastándolo todo hasta las murallas de Roma y profanaron la iglesia de San Pedro. La guarnición de Gregoriópolis no pudo detenerlos. Finalmente, fueron rechazados por Guido de Spoleto»[257]. Sin embargo, la expedición de Lotario al año siguiente no consiguió recuperar Bari, que siguió bajo dominio musulmán.

> En 849, por instigación del Papa, Amalfi, Gaeta y Nápoles constituyen una liga contra los sarracenos y reúnen en Ostia una flota que el papa León IV acude a bendecir. Obtiene una gran victoria naval sobre los sarracenos. Al mismo tiempo, el Papa ciñe con una muralla el burgo del Vaticano y lo convierte en Civitas Leoninas (848-852). En el 852, el Papa asienta en Porto, fortificada por él, a corsos que huyen de la isla, pero la nueva ciudad no prospera. Crea también Leópolis para sustituir a Civitavecchia, vaciada por el terror que inspiran los sarracenos[258].

En 876 y 877, los guerreros musulmanes devastaron la campiña romana:

> El Papa implora en vano al emperador de Bizancio. Los desastres que este sufre en ese momento en Sicilia, donde Siracusa sucumbe en el 878, le impiden sin dudas intervenir y, al final, el Papa se ve obligado a pagar anualmente a los moros, para escapar a sus golpes de mano, veinte mil mancusi de plata [...]. En 883, la abadía de Montecasino es incendiada y destruida. En 890, la abadía de Farfa es sitiada y resiste durante siete años. Subiaco es destruida, el valle del Anio y Tívoli son asolados. Los sarracenos han constituido una plaza fuerte no lejos de Roma, en Saracinesco; otra, en los montes Sabinos, en Ciciliano. La campiña romana se convierte en un desierto: *redacta est terra ein solitudinem*[259].

En 890, la flota del emperador Basilio logró recuperar Bari, un hecho crucial que impidió a los musulmanes establecerse en Italia, mantuvo la soberanía bizantina y garantizó la seguridad de Venecia[260].

Una relativa calma llegó en 915, cuando el papa Juan X, los príncipes del sur de Italia y el emperador de Constantinopla derrotaron a los invasores musulmanes a orillas del río Garigliano. Esta victoria cristiana supuso el final de los musulmanes en la península Itálica.

Sin embargo, el asedio musulmán tomó un nuevo impulso con la conversión de los turcos al islam. Así, lejos de debilitarse tras su extraordinaria expansión, el mundo islámico se revitalizó y reanudó las grandes invasiones, convirtiéndose en la pesadilla de Europa. Los turcos, tras la conquista de Constantinopla en 1453, bajo la espada del gran sultán Mahomet II, asumieron el viejo sueño musulmán de conquistar Europa. Mahomet II extendió los dominios del islam por los Balcanes y se apoderó de Grecia, Serbia y Albania. En 1503, en tiempos de Fernando el Católico, los musulmanes convirtieron en ruinas la costa valenciana tras atacar las plazas de Cullera, Oropesa, Salou, Mallorca, Vinaroz, Mahón, Benissa, Denia y Alicante.

Cuando el gran sultán Mahomett II murió (1480), el Imperio turco dominaba ya a millones de europeos. Le sucedió Bayaceto II, que detuvo el proceso de conquista hasta que, en 1512, las tropas turcas —hartas del pacifismo de Bayaceto— tramaron una conspiración que dio lugar al asesinato del sultán a manos de su propio hijo, Selim, que ordenó matar a todos sus hermanos y sobrinos para afianzarse en el trono. El hijo de Selim I, conocido como Solimán el Magnífico,condujo personalmente el ejército otomano en la conquista de Belgrado[261] (1521), que posteriormente permitió la toma de la cuidad de Buda y la ocupación de la región de Transilvania. En el verano de 1522, Solimán se puso al mando de cuatrocientos barcos y cien mil hombres en el ataque a la isla de Rodas, y cuatro años después, el 29 de agosto de 1526, en la batalla de Mohácsa, Solimán derrotó a Luis II de Hungría, que murió en el campo de batalla junto a la casi totalidad de la alta aristocracia del reino de Hungría. Bajo el mando del emperador Carlos V y de su hermano menor, Fernando, archiduque de Austria, las tropas cristianas recuperaron la ciudad de Buda y parte de Hungría. Sin embargo, poco duró Buda en sus manos, porque Solimán volvió a marchar sobre la ciudad y la reconquistó en el otoño de 1530. Posteriormente intentó tomar Viena, pero no tuvo éxito.

En 1534, el almirante Khair ad Din, conocido en Europa como Barbarroja, conquistó las ciudades de Koroni, Patras y Lepanto, que estaban bajo dominio español. En julio de 1534, cruzó el estrecho de Mesina y destruyó el puerto de Cetraro; después saqueó las islas de Capri y Prócida, y arrasó los puertos del golfo de Nápoles. Luego se dirigió a la desembocadura del río Tíber, en la costa del mar Tirreno, donde atacó Ostia, el puerto de la antigua Roma. Comprendiendo la gravedad de la situación, las iglesias de Roma

repicaron al unísono sus campanas: la capital del catolicismo se hallaba en peligro de muerte.

En 1538, Barbarroja derrotó a la flota española en la batalla de Préveza, una victoria que aseguró al Imperio otomano el dominio en el Mediterráneo oriental durante treinta y tres años. En 1539 conquistó la ciudad de Castelnuovo, al suroeste de Montenegro, y, en Italia, en la costa del Mar Adriático, asaltó la fortaleza española situada cerca de la ciudad de Pésaro. El gran almirante otomano conquistó Niza el 5 de agosto de 1543 y poco después hizo lo propio con las ciudades de San Remo y Mónaco. En 1544, Barbarroja ocupó Nápoles, y un año después, a pesar de la tregua firmada entre Carlos V y Solimán I, Barbarroja desembarcó y saqueó las islas de Mallorca y Menorca.

Barbarroja murió en 1546 en su palacio en el barrio Büyükdere de Estambul. Su cuerpo fue enterrado con todos los honores en un gran mausoleo en el lado europeo de Estambul. Importa resaltar —por su significado político— que en 1944 la República de Turquía construyó un monumento en honor al almirante junto a su tumba. Desde esa fecha, para cultivar la memoria de sus oficiales, todos los 4 de abril, Día de los Mártires Navales, la armada turca rinde homenaje al almirante Barbarroja. Hay pueblos como el turco que saben lo que otros pueblos —como el español— han olvidado: la importancia del cultivo de la memoria.

En Europa Central, el peligro musulmán solo desapareció en el año 1683, tras el último —y fallido— ataque turco a la ciudad de Viena.

EL GRAN OBJETIVO: ATACAR AL ISLAM POR LA RETAGUARDIA

Tanto la exploración portuguesa de la costa de África como el descubrimiento de América fueron producto del intento luso-castellano de romper el cerco islámico. Lusitanos y castellanos se habían propuesto atacar al islam por la retaguardia. Como destaca el historiador islámico Essad Bey, el poder musulmán dominaba todos los puntos de unión del tráfico del mundo antiguo y controlaba los caminos que comunicaban Oriente con Occidente entre la India y Europa, hastael punto de quedurante la Edad Mediaresultaba imposibleel comercio con Asia —de donde provenían las especias— sin pasar por algunos de los numerosos y estrictos puestos aduaneros islámicos[262].

El poder musulmán había cercado por el sur y por el este a Europa Occidental; amenazaba su existencia misma, planificando cuidadosamente el ataque al bajo vientre europeo mediante la preparación de una flota que debía atacar la península itálica y conquistar Roma. En términos militares, la caída de Constantinopla aumentó la vulnerabilidad estratégica de Europa, porque desde entonces el poder islámico —conducido ahora por los turcos— se propuso tomar Viena, lo que abriría las puertas de Europa al poder musulmán.

El impulso marítimo de Portugal —su voluntad de lanzarse al mar para navegar la costa africana— nació así de una necesidad: llegar a Asia bordeando el mundo musulmán. En este sentido, el historiador indio Kavalam Madhava Panikkar afirma:

> La primera expansión europea por aguas asiáticas fue un intento de neutralizar con un rodeo el abrumador poder terrestre del islam en el Medio Oriente, con el propósito de romper la prisión del Mediterráneo a la que estaban restringidas las energías europeas[263].

Por otra parte, importa valorar que Europa, cercada por el poder islámico, estaba siendo privada de las especias, un elemento que tenía un gran valor estratégico, pues permitía a los europeos conservar los alimentos que más escaseaban y alimentar a una población creciente.

> La pimienta puede no significar mucho para nosotros, pero en esa época se la valoraba tanto como las piedras preciosas. Los hombres se arriesgaban en los peligros de las profundidades, luchaban y morían por la pimienta [...]. Las especias solo podían ser obtenidas en India o Indonesia, y debían llegar a través de Persia o Egipto; este comercio indispensable y monopolista por naturaleza se convirtió en el principal motivo de disputa de la política del Levante y fue el factor más poderoso, aisladamente, que estimuló la expansión europea en el siglo XV. El dominio de los tártaros sobre Persia, antes de la conversión del Iljanato al islamismo, permitió a los comerciantes italianos llegar directamente a la India y competir con los egipcios, quienes acostumbraban elevar los precios en un 300 % como intermediarios entre la India y Europa. Como resultado, los europeos sabían dónde se producían las especias y a qué costo, de modo que, cuando se vieron nuevamente aislados del mercado indio por un islam hostil y por las incesantes guerras de Levante, tenían plena conciencia de las oportunidades que tendría una potencia que pudiera hallar una nueva ruta a las Indias, donde crecían las especies[264].

Sin negar la motivación económica que ya hemos explicado, es preciso reconocer que la principal razón para la aventura africana

de Portugal era estratégico-religiosa, ya que, en efecto, «los miembros de la familia real portuguesa, como buenos soldados cristianos, pretendían atacar al islam desde su retaguardia»[265].

Así, como señala el historiador francés René Sedillot:

> El principal motivo del descubrimiento es del orden de lo militar y de lo estratégico: habiendo sufrido largo tiempo el yugo del islam, los portugueses aspiraban a eliminar el peligro para siempre; también, por precaución, ocuparon Ceuta y Arzila sobre la costa marroquí e hicieron de Tánger una ciudad vasalla: una especie de cruzada los empujaba hacia África[266].

EL ORIGEN DE LA POTENCIA MARÍTIMA ESPAÑOLA

Los siglos de lucha contra el poder musulmán para reconquistar la península Ibérica fueron conformando paulatinamente las cualidades bélicas y navales que le permitieron al pueblo ibérico romper el cerco islámico. No hay duda de que los comienzos de las potencias marítimas de Portugal, Castilla y Aragón se hallan en la guerra contra los musulmanes. Así, los tres grandes estados de la Reconquista se convirtieron en potencias navales en el curso de las guerras contra el islam.

> El islam, que había conquistado la mayor parte de la península Ibérica, dominaba también el mar. A fin de rechazar los ataques y las depredaciones árabes en los territorios costeros de los estados cristianos, se hizo necesaria la construcción de navíos. El fundador de la marina castellana fue, en la primera mitad del siglo XII, el arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez. Las devastaciones de las costas gallegas por los navegantes árabes le movieron a dirigirse a las dos ciudades marítimas más importantes: Génova y Venecia, pidiéndoles el envío de constructores navales y timoneles. Un maestro constructor naval, oriundo de Génova, estableció un astillero en el que, hacia 1120, se construyeron, por de pronto, dos navíos. Diez años más tarde había ya, en Galicia, una considerable flota[267].

De igual manera, la marina portuguesa surgió de la necesidad de defender las costas de Portugal de los saqueos que realizaban los piratas musulmanes, lo que llevó al rey Alfonso I de Portugal, en 1179, a construir una importante flota. Asimismo, la potencia naval aragonesa tuvo su origen en la necesidad de proteger las costas de los piratas árabes que utilizaban las Islas Baleares como base de operaciones.

Después de que el poder islámico fuera detenido por los restos de la población visigoda refugiada en las zonas montañosas del norte de la península, donde desaparecía la ventaja de la veloz caballería árabe, pasar a la ofensiva para iniciar la Reconquista exigió

> ... el progresivo desarrollo de las fuerzas navales en los estados cristianos, pues tanto para la protección de los flancos de los ejércitos en marcha hacia el sur como para el bloqueo de las ciudades costeras sitiadas, era indispensable una marina de guerra de importancia[268].

Digamos, a modo de ejemplo, que la reconquista de Sevilla (1248) habría sido imposible sin la participación de la flota castellana, que bloqueó la entrada del Guadalquivir y derrotó a la flota islámica que los árabes del norte de África habían enviado en socorro de sus hermanos musulmanes sitiados en la ciudad andaluza.

La flota castellana había sido armada —por orden del rey Fernando III— en los puertos septentrionales de Castilla. Su sucesor, Alfonso X, acarició el plan de construir una marina de guerra permanente para proseguir la lucha contra los árabes y poner un pie en África. Aunque Alfonso el Sabio no logró su objetivo, favoreció el desarrollo de la construcción naval «por el establecimiento de astilleros y el otorgamiento de privilegios, insertando en las *Siete Partidas* detalladas indicaciones sobre la guerra marítima, el armamento de la flota, la navegación y el comercio marítimo»[269]. Sin duda alguna, los privilegios detallados en las *Siete Partidas* constituyeron un importante «impulso estatal» para el fortalecimiento de la construcción naval.

La aventura portuguesa

El año 1415 es, históricamente, un «año clave», porque los portugueses se lanzarán a la gran aventura de navegar el océano Atlántico. Portugal llevó a cabo una verdadera «política de estado» para fomentar la investigación y construcción de nuevos tipos de embarcaciones que permitieran llegar a Asia bordeando el continente africano[270].

Para apoyar su actividad, la Corona portuguesa dio a los hombres de mar todo tipo de privilegios: desde la reducción de impuestos hasta la entrega gratuita de la madera necesaria para la construcción de las nuevas embarcaciones. Es decir, la industria naviera portuguesa nació también del «impulso estatal», lo que

hizo que Lisboa se convirtiera en un gran puerto internacional. Cientos de barcos fondeaban en Lisboa y los comerciantes locales vendían vinos, pescados, sal..., aunque lo que más les interesaba era expandirse mediante el comercio de las especias, del oro y de los esclavos, para lo cual necesitaban navegar por la costa africana para llegar a Asia. El rey Juan I de Portugal fue el primero que se convenció de esta idea, aunque ni mucho menos se trataba de una empresa sencilla. El rey organizó el primer paso hacia Asia gracias a la conquista de Ceuta (1415), que se realizó con doscientos barcos y veinte mil hombres. La victoria fue completa y toda la Europa cristiana festejó el triunfo, aunque algunos ya comenzaban a preocuparse por lo que parecía ser el primer paso de la expansión de Portugal.

Desde un punto de vista religioso, la toma de Ceuta fue vista en Europa como la continuación de la «reconquista de los territorios cristianos». El príncipe Enrique, que luego sería conocido como Enrique el Navegante, se distinguió en la batalla de Ceuta, tras lo cual su padre lo nombró caballero en la antigua mezquita de la ciudad. En 1418, los musulmanes intentaron recuperar Ceuta, pero la guarnición resistió y Enrique llegó con los suficientes refuerzos como para impedir la reconquista de la plaza. En Portugal se consideró al Navegante un verdadero héroe y fue nombrado gobernador del Algarbe[271].

Enrique, obsesionado por romper el cerco islámico navegando por las costas de África para llegar a Asia, reunió en la ciudad de Sagres a sabios y especialistas de toda clase —astrónomos, cartógrafos, marinos expertos, constructores de barcos y fabricantes de instrumentos de navegación— para emprender la misión de navegar mar adentro. Asesorado por todos esos expertos, y contando con una gran cantidad de dinero y el apoyo expreso del rey, Enrique decidió enviar pequeñas expediciones para explorar las costas africanas. El navegante Gil Eannes logró doblar el cabo Bojador, en el actual Sahara Occidental, y comprobó que el mar del sur era igual que el que ellos conocían. Así, con cada nuevo descubrimiento, los marineros portugueses fueron acabando con las grandes supersticiones que hablaban de mares imposibles de navegar poblados de enormes serpientes marinas y de aguas tan cálidas que derretían las embarcaciones. En 1448, Enrique el Navegante mandó construir un fuerte en Arguin, una isla en la bahía del cabo Branco situada mucho más al sur de lo que jamás habían imaginado llegar. Hacia el oeste, el príncipe Enrique ordenó la colonización de las islas Madeira y Azores.

Paralelamente, en 1453, los turcos otomanos conquistaron Constantinopla, con lo que el asedio a Europa tomó un nuevo impulso. El Imperio otomano, dispuesto a fortalecer su bloqueo, creó una especie de «muralla» que dividía en dos el mundo conocido hasta entonces. Los turcos cerraron así el camino a Asia, lo que llevó a los europeos a pensar en nuevas rutas para llegar a las Indias. Los portugueses seguían apostando por hallar un paso por el sur de África.

En 1460, siete años después de la caída de Constantinopla, murió Enrique el Navegante. Su desaparición, junto con la guerra que estalló entre Castilla y Portugal (1475), frenó el avance estratégico del país luso. Así, en 1479, trece años antes del descubrimiento de América, se firmó el Tratado de Alcaçobas, por el cual Portugal reconocía la soberanía castellana sobre las Islas Canarias —ignorando que el sistema de vientos y corrientes marítimas las convertirían en la puerta de acceso al Nuevo Mundo—, mientras Castilla aceptaba que la ruta africana hacia las islas de las especias asiáticas pertenecía a los portugueses.

La empresa de Castilla

En 1484, Cristóbal Colón elaboró un proyecto para navegar rumbo al oeste, hacia Japón y China, para llegar a la región de las especias y, desde allí, atacar al poder turco por su flanco más débil. Un plan que logró presentar ante el rey de Portugal.

El proyecto del marino, aunque audaz, no era del todo original. La idea de llegar a Asia navegando en dirección oeste, no era nueva. Siglos atrás, Séneca ya había afirmado que era posible navegar desde España hasta las Indias «en unos pocos días». El papa Pío II, en su obra *La descripción de Asia,* decía que era factible viajar desde Europa hasta Asia a través de las Indias, y el humanista Paolo dal Pozzo Toscanelli pensaba que era totalmente viable establecer una ruta hasta China por el oeste. Por su parte, Pierre d'Ailly, cosmógrafo del siglo XV, que fue también obispo de Cambrai, cardenal y confesor del rey de Francia, aventuró en sus escritos que Séneca estaba en lo cierto al sostener que, con vientos favorables, era posible atravesar el Atlántico «en unos pocos días», y que las «antípodas» realmente existían. En 1469 se publicó en español la *Geografía* del griego Estrabón, que hablaba de la posibilidad de navegar directamente desde la península Ibérica hasta las Indias.

Según el historiador Hugh Thomas:

> ... ya hacía muchas generaciones que se había comprobado que la Tierra era esférica. Los astrónomos griegos de Mileto ya aventuraron, hacia el año 500 a. C., que el mundo era una esfera. Esta idea la desarrolló Pitágoras poco tiempo después. Aunque gran parte del saber griego se perdiese posteriormente, la Iglesia católica había aceptado la hipótesis hacia el año 750 de nuestra era y, en el siglo XV, la esfericidad de la Tierra era generalmente aceptada. Solo los más ignorantes seguían manteniendo que la Tierra era plana[272].

Los portugueses mismos, confiados en la esfericidad de la Tierra, habían enviado sin éxito, entre 1430 y 1490, alrededor de doce expediciones marítimas hacia el oeste. Por todo lo expuesto, no resulta extraño que Colón pudiese exponer su plan de navegar hacia Occidente ante el mismo rey de Portugal, que sometió el proyecto a la valoración de una comisión de expertos que se constituyó en Lisboa y que fue llamada «Junta dos Matemáticos».La comisión dictaminó —acertadamente— que Japón debía de estar mucho más lejos de lo que Colón creía y, por tanto, rechazó el plan, ya que no sería posible aprovisionar de agua y alimentos a una expedición que intentara cruzar tan enorme superficie del océano.

Fue entonces cuando Colón decidió buscar el apoyo de los Reyes Católicos. El marino llegó a España en el verano de 1485 y se instaló en el monasterio franciscano de La Rábida, cerca de la desembocadura del río Tinto. Por entonces, ese monasterio era una especie de «universidad» en materia marítima y allí Colón trabó amistad con los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez —confesor de la reina Isabel—, quienes lo urgieron a ir a la Corte de Castilla y lo recomendaron ante el cardenal Mendoza —después de los Reyes Católicos, el hombre más poderoso de España—, que inmediatamente se dio cuenta de la importancia estratégica y religiosa que tenían las ideas de Colón. La primera reunión entre el marino y los monarcas tuvo lugar el 20 de enero de 1486, en Alcalá de Henares, precisamente en el palacio del cardenal Mendoza.

Sin duda, el proyecto de Colón entusiasmó a la reina Isabel. Sin embargo, los Reyes Católicos solo decidieron apoyar su plan después de la reconquista de Granada, que se produjo el 2 de enero de 1492. La decisión de incorporar Granada a Castilla había sido tomada en las Cortes de Toledo de 1480, aunque la idea estuvo presente desde el principio del reinado de Isabel y Fernando. La toma de Granada respondía a un fin estratégico, esto es, «librar la costa sureste de España de un poder vinculado a la temida amenaza de los turcos»[273]. Así, tras eliminar el último enclave

musulmán, los Reyes Católicos decidieron impulsar el proyecto colombino.El imprevisto resultado de su apoyo al proyecto de Colón se llamará América.

La posible invasión china

Durante todo el siglo XV, las principales potencias políticas y económicas del mundo no eran europeas. La más importante de la época, tanto por su dimensión territorial (diez millones de kilómetros cuadrados) como por su población (alrededor de cien millones de habitantes), así como por su desarrollo en la producción manufacturera y artesanal, era el Imperio chino.

En 1368, la dinastía Ming había logrado —con la expulsión de los mongoles— la unificación política y la centralización del poder. China era la principal potencia militar del mundo: su marina de guerra estaba compuesta por mil quinientas embarcaciones y su ejército sumaba algo más de un millón de hombres. Además, estaba en la vanguardia tecnológica de la época, un desarrollo del que surgieron importantísimos inventos, como la brújula, la pólvora, el papel o la imprenta de tipos móviles, por mencionar solo los más relevantes. Asimismo, en materia de infraestructuras —caminos y canales—, China era la región más desarrollada del mundo y mantenía un intenso tráfico comercial con las actuales Indonesia, Filipinas y Japón.

Además de China, Asia albergaba otras importantes potencias políticas y económicas, como el Imperio mogol, la Confederación maratha —en el actual territorio de la India— y los Imperios persa y otomano.

La India abarcaba una superficie de 3,5 millones de kilómetros cuadrados y su población rondaba los ochenta millones de habitantes. Su desarrollo industrial no era inferior al de China, aunque se encontraba disgregada entre el Imperio islámico mogol, la Confederación maratha y un conjunto variopinto de principados independientes. El Imperio mogol ocupaba el norte del subcontinente indio, desde Bengala hasta Kabul y Cachemira; la Confederación maratha dominaba el centro, y, al sur, los principados independientes controlaban las costas de Malabar y Coromandel. Esta disgregación política hacía que la India, a pesar de su enorme peso económico, no fuese un jugador geoestratégico de importancia.

Persia era la segunda potencia islámica con cerca de diez millones de habitantes y, en 1502, bajo la dinastía Safávida —de credo chiíta—, vivió un renacimiento importantísimo tanto de su poder político como de su capacidad comercial, industrial, artístico y arquitectónico. Su posición estratégica la convertía en una potencia con posibilidades de influir en los acontecimientos mundiales.

Por su parte, el Imperio turco-otomano —por entonces, la principal amenaza estratégica de la península europea— era la mayor potencia islámica. Con catorce millones de habitantes, dominaba los Balcanes, el mar Negro, el Mediterráneo oriental, Asia Menor, Mesopotamia, el norte de África y el mar Rojo[274].

Por tanto, el centro del poder mundial estaba, indiscutiblemente, en Asia. Hasta finales del siglo XV, los pequeños reinos cristianos que conformaban Europa estaban muy atrasados respecto al Imperio chino, sobre todo en los ámbitos científico y cultural:

> La cultura europea, menos desarrollada (en comparación con la islámica, indostánica y, especialmente, con la china), separada por el «muro» otomano-islámico de las regiones centrales del continente asiático-afro-mediterráneo, era entonces, hasta finales del siglo XV, periférica[275].

Fue entonces, hace quinientos años, en el momento en el que las potencias continentales comenzaban a interactuar, cuando el Imperio chino —pese a poseer las condiciones materiales necesarias—, por un error estratégico de la dinastía Ming, no se convirtió en protagonista del descubrimiento y de la conquista del continente americano.

Setenta años antes de que Colón llegara a América, la flota imperial china había realizado numerosos viajes transoceánicos. Es difícil saber a ciencia cierta si llegaron a las costas de América, aunque lo más probable es que no lo hicieran. Sin embargo, algunos antihispanistas, con el fin de negarle a España la gloria del descubrimiento, afirman lo contrario. Lo que sí sabemos es que el almirante Zheng He, un eunuco musulmán, instaló una gran escuela de navegación oceánica y construyó para el emperador de China la más grande escuadra naviera de la historia. Entre 1405 y 1423, Zheng He realizó, al menos, siete viajes por el sur del Pacífico, el océano Indico, el Golfo Pérsico y las costas de África, abriendo así las puertas del Imperio a otras realidades culturales y a otras posibilidades comerciales. El 5 de marzo de 1421 partió del

puerto de Nanking para realizar su séptimo viaje con una flota compuesta por seiscientos juncos y treinta mil tripulantes. Las expediciones chinas tenían un carácter comercial y científico y las escuadras chinas cartografiaron África y Asia. Los antihispanistas de siempre —refugiados ahora bajo el paraguas de la «teoría poscolonial»— sostienen que es altamente probable que circunnavegaran por primera vez el globo terráqueo y que, por tanto, descubriesen América.

A la vuelta de su séptimo viaje, una errónea decisión geopolítica china hizo que ese nuevo conocimiento no se convirtiera en conquista. El emperador chino —a diferencia de los Reyes Católicos, Carlos I o Felipe II— no se consideraba depositario de verdades universales que debía llevar a todos los hombres del mundo, por lo que en 1424 cedió a las presiones de los miembros de la Corte, que consideraban que los viajes del almirante Zheng He sacaban más de lo que dejaban en las arcas imperiales, y decidió suspender las expediciones navales.

La decisión dejó un vacío de poder que fue llenado por Europa. Fue entonces cuando los reinos de Portugal y España, mucho menos desarrollados materialmente pero más preparados espiritualmente que el Imperio chino, se lanzaron al Atlántico y emprendieron los grandes viajes del descubrimiento, sacando provecho —sin saberlo— del «error estratégico» cometido por el poder chino, un error que en los siglos siguientes China pagaría de manera durísima.

LA ESPAÑA QUE LLEGÓ A AMÉRICA

El pueblo que el 12 de octubre de 1492 llegó al continente americano era el resultado de sucesivas invasiones que le confirieron unas características especiales que contribuyeron a diferenciarlo de los demás pueblos europeos, dándole una impronta particular entre los de origen latino.

Ni mucho menos se trataba de «sucios rubios de ojos azules», como en cierta ocasión una ignorante profesora explicó en sus clases de la facultad de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario. El ibérico era un pueblo mestizo conformado por la fusión de íberos, celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, visigodos, árabes y judíos. Conviene recordar que, tras el final de la Segunda Guerra Púnica, los romanos comenzaron la conquista de la península Ibérica. Los cartagineses habían logrado dominar la

costa mediterránea de la península, pero nunca dominaron a los íberos, un pueblo de origen africano que se había instalado en ella mucho tiempo atrás.

Después del tratado de paz que puso fin a la Segunda Guerra Púnica entre Roma y Cartago, los cartagineses se retiraron de la península Ibérica y Roma designó al vencedor de los cartagineses, el general Escipión el Africano, para que se hiciera cargo de la conquista de la península y sometiera definitivamente a los naturales que hasta entonces nadie había logrado dominar.

Los celtíberos opusieron una resistencia tenaz y, durante diez años, un joven pastor celtíbero llamado Viriato, al frente de varias guerrillas, detuvo a las mejores legiones romanas. Viriato se convirtió en un héroe legendario al que Roma solo pudo vencer en el año 139 a. C., cuando unos oficiales celtíberos —pagados por Roma— lo asesinaron. La resistencia celtíbera fue inaudita, hasta el punto de que en la ciudad de Numancia muchos de sus habitantes, antes de rendirse, se dieron muerte incendiándose junto a sus casas. Solo después de muchos años de violencia, Roma pudo pacificar la península Ibérica y declararla —con el nombre de Hispania— provincia romana.

En este sentido, en 1879, el pensador portugués Joaquim Oliveira Martins[276], en su *Historia de la civilización ibérica,* afirma —quizá exagerando un poco— que los habitantes de la península, en su sustrato más profundo, son el producto de la invasión de los pueblos norteafricanos que, atravesando el estrecho de Gibraltar, se establecieron en Iberia. Por ello, para Oliveira, debajo de las formas sociales impuestas por la civilización romana y germánica, se perciben —incluso a día de hoy— el carácter y las costumbres de los pueblos del norte de África. Pero del mismo modo que Oliveira no ve una desgracia en la invasión de los pueblos norteafricanos sobre la península Ibérica, tampoco juzga como una desgracia la conquista del pueblo celtíbero por los romanos:

> La adopción de una civilización extraña dio a la sociedad peninsular un aspecto distinto del que hubiera tenido si espontáneamente hubiera desenvuelto de un modo aislado elementos propios de su constitución etnogénica. No queremos, sin embargo ver una desgracia en la suerte que la historia deparó a la península haciéndola romana, iniciándola en la civilización de los indoeuropeos. Las poblaciones del Atlas no han podido salir del estado de tribu, ni alcanzar un grado de cultura comparable al que, en la España antigua y moderna, produjo la combinación de su genio con el latino[277].

Así pues, fue ese pueblo celtíbero —cuya impronta está conformada por la cultura y tradiciones llevadas a la península por sus sucesivos invasores— el que, aun antes de haber consolidado su unidad nacional, comenzó la invasión del continente americano. No es un dato menor que, junto al pueblo español, llegara a América Juan Garrido, el conquistador negro del siglo XVI. Nacido en África alrededor de 1480, se trasladó muy joven a Portugal, donde se convirtió al cristianismo. Ya como hombre libre, Garrido se puso al servicio de la Corona española y en 1510 tomó la decisión de aventurarse a cruzar el Atlántico. En el Caribe combatió en numerosas campañas militares participando en la conquista de Cuba y en las expediciones de Juan Ponce de León a La Florida, Puerto Rico, Guadalupe y Dominica. Además, el destino quiso que formara parte de los regimientos de Hernán Cortés en la conquista de México: combatió en Tlaxcala y tuvo una destacada actuación en el asedio de Tenochtitlán. Derrotado el imperialismo azteca y extirpado para siempre el canibalismo, tuvo una granja en Coyoacán y se convirtió en la primera persona que cultivó trigo en el Nuevo Mundo. El conquistador negro Juan Garrido se casó con la hidalga Francisca Ramírez, de la casa del conquistador Rodrigo Rangel, el español más viejo que participó en la conquista de México. Rodrigo y Francisca tuvieron tres hijos. Eso lo dice todo sobre el supuesto racismo español.

También es importante mencionar que, además de Juan Garrido, hubo otros conquistadores negros que destacaron por su valentía, entre los que mencionaremos a Sebastián Toral, que participó en la exploración de la península de Yucatán bajo las órdenes de Francisco de Montejo; Pedro Fulupo, que luchó en Costa Rica; Juan Bardales, que intervino en las expediciones de Panamá y Honduras y a quien el rey premió con una pensión vitalicia de cincuenta pesos por su valor en combate; Pedro de Lerma, que luchó en Nueva Granada; el capitán de caballería Antonio Pérez Africano, natural de Orán, y Juan Portugués, que acompañaron a Diego de Losada en la ocupación de Venezuela; al sevillano Miguel Ruiz, que prestó servicios en Perú bajo las órdenes de Francisco Pizarro; Juan García, que, nacido en Extremadura alrededor de 1495, colaboró en la conquista del Imperio inca y regresó a España siendo un hombre rico; el capitán Juan Valiente, que estuvo junto a Pedro de Valdivia en la conquista de Chile y murió en la batalla de Tucapel en 1553; el capitán Juan Beltrán, que también encontró la muerte en Chile combatiendo contra los araucanos, y Gómez de Leóny Leonor Galiano, que, como los anteriores, integraron las tropas del

conquistador de Chile y fueron premiados con importantes encomiendas. Es imprescindible aclarar que todos ellos, tanto los que hicieron fortuna como los que apresuraron su encuentro con la muerte, habían decidido libremente participar de la conquista de América[278].

José Vasconcelos, analizando a los españoles que llegaron a América, afirma:

> Desde el principio, junto con los aventureros venían los hombres de ciencia, los letrados y los santos, que de todo había en la síntesis de pueblos y de culturas que era por entonces la península Ibérica [...]. Y era tanta la fama de los territorios nuevos que fue necesario escoger entre los aspirantes. En solo Sevilla se presentaron mil quinientas personas nobles y ricamente ataviadas, «la más lucida gente que de España ha salido», según expresó uno de ellos, Pascual de Andagoya [...]. Conviene insistir en la calidad superior de la mayor parte de esta gente española que vino al Nuevo Mundo, porque más tarde, en la época de la decadencia, ha sido costumbre calumniar a estos célebres antepasados nuestros, suponiéndolos torpes, ignorantes y codiciosos, cuando fueron, al contrario, aristocracia entre las primeras de Europa, hijosdalgo pobres en su mayoría, pero hombres ilustres y bien enterados de su historia, su religión y, en muchos casos, también de la mejor ciencia de su época[279].

ESPAÑA *SÍ DESCUBRIÓ* AMÉRICA

Hispanofóbicos de toda especie y pelaje, liberales, marxistas y nazis, historiadores serios e historiadores esotéricos, han buscado durante años las pruebas de la llegada a América de los troyanos, de los egipcios, de los fenicios, de los griegos, de los vikingos, de los irlandeses o de los caballeros templarios. Ahora aparecen también en escena los pseudomarxistas latinoamericanos, camuflados en lo que han dado en llamar «teoría poscolonial», que buscan los rastros de la llegada de los chinos a América.

El precursor en negarle a España la gloria del descubrimiento no podía ser otro que el mismísimo autor de la leyenda negra, fray Bartolomé de las Casas, que en 1552, en su influyente *Historia de las Indias,* afirma que fueron los fenicios de Cádiz los descubridores de América.

Siglos más tarde, en las versiones de historiadores esotéricos como Jacques de Mahieu y Pierre Carnac, los «barbudos dioses blancos» de los aztecas e incas, Queztalcoatl y Virachocha, fueron vikingos que gobernaron a unos y a otros hasta que fueron expulsados o exterminados. Jacques de Mahieu llega incluso a

hablar de una epopeya vikinga en México y Perú hacia el año 1067[280]. María Lara Martínez, autora de *Enclaves templarios,* lanza la hipótesis de que alrededor de 1307 habría llegado a México una flota compuesta por docenas de barcos con la que los templarios habrían podido escapar de la persecución del rey francés Felipe IV y que desapareció sin dejar rastros.

Gavin P. Menzies —teniente submarinista retirado de la Real Armada Británica—, siguiendo la tradicional política inglesa de desprestigiar a España y negarle la más mínima gloria, sostiene que el almirante chino-musulmán Zheng He circunnavegó la Tierra antes que Juan Sebastián el Cano y que en 1421 descubrió América. La hipótesis ha encontrado poco apoyo en el mundo académico serio y los historiadores más reconocidos consideran que las afirmaciones de Gavin Menzies son puramente especulativas y que no se basan en evidencia alguna.

Entre los pocos ensayistas y aficionados a la historia que consideran que Menzies demostró la llegada de los chinos a América antes de que lo hiciera Colón se encuentra el argentino-mexicano Enrique Dussel, que se sirve de la teoría del británico para fundamentar la llamada «teoría poscolonial», una forma novedosa de recrear su tradicional odio a España. Por casualidad, ayer como hoy, las teorías de los hispanofóbicos iberoamericanos encuentran casi siempre su origen en Inglaterra.

Mención aparte merecen —por lo demencial de sus tesis— los hispanofóbicos «naziesoteristas», una delirante corriente en la que sobresale el chileno Miguel Serrano, que combina el esoterismo y el nazismo para sostener la hipótesis de que la conquista española de América fue parte de una conspiración judía para hacer desaparecer el origen extraterrestre de la civilización humana.

> Quinto Centenario [...]. Descubrimiento de América. Aquí hay toda una farsa, creída hasta por los mismos que la sostienen por ignorancia provocada y sostenida a través de quinientos años, precisamente. Cinco siglos en los que sistemáticamente se han hecho desaparecer las huellas de la verdad para sobre esta demolición poder edificar la mentira con que la conspiración milenaria nos oculta la transcendencia de un origen inmenso, extraterrestre, y que se sumergiera en una catástrofe de la proto-historia, cuyos retazos y huellas solo en el mito y la leyenda recogieron los hombres sobrevivientes de la Hiperbórea, de Atlántida, de Lumania, de Gondwana. Leyenda mito que aún sobrevivían en este mundo andino nuestro, cuando aquí arribaron los conspiradores semitas, con una religión semita, con el único propósito de hacer desaparecer sus vestigios y rastros[281].

Así, según Serrano, Isabel la Católica, Colón, el cardenal Mendoza y el cardenal Cisneros, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y todos los demás conquistadores terminan siendo, por acción u omisión, cómplices de la «conspiración semita». Como puede apreciarse, la hispanofobia no conoce fronteras ideológicas.

A excepción de las absurdas hipótesis esbozadas por Miguel Serrano, no negamos ninguna de las teorías que afirman la llegada de otros navegantes a América antes de Colón, ni las más esotéricas ni las más serias. Sin embargo, en todos los casos se trata simplemente de una operación destinada a quitarle a España la gloria del descubrimiento. Pero es un esfuerzo inútil, porque fue España quien *descubrió* el nuevo continente.

Con la palabra «descubrimiento» —mal interpretada e ideológicamente mal utilizada en nuestros días por los propagadores de la leyenda negra— no queremos decir que el pueblo español fuera el primero en llegar a América; muchos otros podrían haber llegado antes, pero habrían guardado para sí el descubrimiento. Es cierto que los vikingos pasaron de Groenlandia a Terranova, pero no sabían adónde habían llegado. Ni supieron ni imaginaron que habían descubierto un nuevo continente, ya que carecían de los conocimientos científicos necesarios para saber cómo era el mundo.

España sí hizo público el conocimiento impreciso de la existencia de tierras allende el gran mar que los vikingos habían poseído y que no les interesó divulgar. Es por ello por lo que se puede decir con propiedad que España *sí descubrió* América.

Comentando las teorías de Jacques de Mahieu, el filósofo argentino Alberto Buela afirma:

> Y es cierto que así sucedió, pues los vikingos llegaron a las playas de Panuco, en México, en el verano de 967, pero la diferencia estriba en que los vikingos «hallaron América», mientras que Colón «descubrió América». La diferencia es sustancial. El simple hallar se cierra sobre sí mismo, es toparse con algo sin hacerse cargo de lo que es. Descubrir es develar lo que tal cosa es. Es un acto esencialmente histórico en tanto que el mero hallar es ahistórico. Y el descubrimiento de América fue hecho de una vez y para siempre por la conciencia española. El término «descubrir», en el siglo XV, significaba: develar, correr el velo, explorar, implicaba la voluntad de hacer algo patente, y eso solo lo pudo hacer una conciencia crítica de lo que estaba haciendo. Antes del descubrimiento español, América era un continente mudo donde los vikingos no hicieron más que acampar, pues la intencionalidad de su - conciencia no fue «tentar e descobrir las Indias», como escribe Colón. La tesis de Mahieu se suma, a pesar de él, a las visiones que menoscaban los méritos de España en el descubrimiento de América[282].

6
España nunca consideró que América fuera un botín

Quien conoce uno solo
no conoce nada;
para conocer en política
es imprescindible comparar.

SEYMOUR MARTIN LIPSET

La España de Isabel y Fernando, de Carlos V o de Felipe II, más allá de la fábula montada por la leyenda negra a partir de la novela escrita por Bartolomé de Las Casas, jamás consideró a las Indias ni un botín ni una colonia. Aquella España fue un imperio y no un imperialismo.

En el Nuevo Mundo floreció la industria textil y España sembró América de iglesias, hospitales, escuelas y universidades en las que estudiaron tanto criollos como mestizos e indios. De hecho, en una de ellas recibió una educación de excelencia el famoso Túpac Amaru. España envió a América a sus mejores profesores, que enseñaron —en pleno auge del absolutismo monárquico— la doctrina revolucionaria y antiabsolutista que dice que el depositario real del poder, que siempre emana de Dios, era el pueblo y no el rey, y que el primero tenía derecho a la revolución, incluso al tiranicidio, si el segundo no ejercía el gobierno del reino en beneficio del pueblo.

En esa América española hubo ricos y pobres, pero no fue el color de la piel lo que diferenció a unos de otros. Hubo blancos pobres y blancos ricos, indios pobres e indios ricos, mestizos pobres y mestizos ricos. Enrolado en la corriente marxista, el filósofo argentino Juan José Sebreli afirma que la explotación de la que fueron víctimas los indios pobres

> … no se diferenciaba demasiado del tratamiento dado a los gauchos y en ambos casos no era más inhumano que la legislación inglesa que castigaba con la horca a los exsiervos y campesinos transformados en vagabundos, mendigos y bandoleros, como consecuencia de la expropiación de la tierra en los siglos XVI y XVII […]. La crueldad con que se cumplió esta etapa inevitable del desarrollo del mundo moderno no autoriza a presentarla como la caída desde la sencillez y pureza de un anterior idilio pastoril que nunca existió […]. Por otra parte, el mal trato [que recibieron los indios pobres] no era peor al que se le daba a los campesinos serviles en la Europa feudal o a los proletarios blancos en los talleres del capitalismo temprano. El problema no era pues racial, sino social, la opresión era la misma que existe en toda sociedad dividida en clases[283].

Analizando la situación de los indios, el estadounidense Clarence H. Haring sostiene:

> Los jefes indios hereditarios se hallaban exentos de pago del tributo y otras exacciones que afectaban al común de los indios, y de derecho y de hecho estaban en un plano de igualdad con los blancos […]. Estaban mejor vestidos, no pagaban tributos y podían tener sirvientes. Donde los españoles hallaron una genuina nobleza nativa, no trataron de abolirla, como podía suponerse, sino que casi alentaron su supervivencia. Los jefes podían recibir el privilegio de conducir caballo, llevar armas y usar el título de don. Con el transcurso del tiempo, algunos de ellos se convirtieron en hombres ricos y educados, y hasta adquirieron títulos de nobleza colonial, como por ejemplo José Gabriel Condorcanquí, curaca de Tungasuca y marqués de Oropesa[284].

La subordinación ideológica que sobre nosotros han ejercido primero Francia y Gran Bretaña y luego Estados Unidos —siempre con la colaboración inestimable de las élites hispanoamericanas— hace que no sepamos que «los beneficios concedidos a los descendientes de Moctezuma fueron tan grandes que algunos de ellos pudieron entrar en la nobleza, estableciéndose como grandes de España en Madrid. Igual cosa se hizo en el Perú con los descendientes del Inca»[285].

Basta mencionar al indio de sangre pura Pedro Moctezuma, hijo del emperador Moctezuma, que fue uno de los hombres más ricos de México, o a su hermana Isabel Moctezuma, que acumuló una importante fortuna; al gobernador indio de Pátzcuaro don Antonio Huirziméngari Mendoza y Calzonzin, hijo del último cacique de los tarascos; a la princesa inca Leonor Yupanqui, que fue una de las mujeres más poderosas de la sociedad peruana; a Beatriz Clara Coya, heredera del señorío de Yucay y esposa de Martín García de Loyola, gobernador de Chile; a la hija del cacique huarpe, Juan Huarpe de Angaco, la hermosa Teresa de Ascencio, propietaria de

enormes extensiones en la provincia argentina de San Juan, o a la india Elvira de Talagante, una de las terratenientes más relevantes de Chile.

Entre los mestizos, los hubo grandes propietarios de tierras, como Juan Gallego Moctezuma, Juan Cano Moctezuma, Pedro Cano Moctezuma, Gonzalo Cano Moctezuma, todos ellos nietos del emperador mexica. En el sur del continente, en la región de Cuyo, fueron propietarios de importantes fincas los mestizos Julián y Ascencio de Mallea y su hermano Eugenio de Mallea y Ascencio.

Entre las mujeres mestizas destacaron, entre las miles que podrían ser nombradas, doña Leonor Cortés de Moctezuma, a quien su padre dejó en herencia una gran fortuna; doña Francisca Pizarro Yupanqui, que se casó en España con el marqués dePuñonrostro,don Pedro Arias Dávila Portocarretero; doña Juana Ortiz de Zárate y Yupanqui,que fue la mujer más rica del Virreinato del Perú; la noble mestiza hispano-inca doña Ana María Lorenza García Sayri Túpac de Loyola, señora del Valle de Yucay y primera marquesa de Santiago de Oropesa; la nieta de la princesa inca Beatriz Clara Coya, doña Francisca Enríquez de Borja, casada con Luis de Meneses, segundo marqués de Peñalba. En lo que luego sería Argentina, mencionemos a las mestizas integrantes de la aristocracia sanjuanina, como doña Elvira Guerrero de Mallea y Ascencio, doña Luciana de Mallea y Ascencio y doña Petronila de Mallea, y en Chile, a doña Águeda Flores, una de las propietarias más ricas de la capitanía.

Muchos mestizos ocuparon importantes cargos políticos, como Juan Alonso de Vera y Zárate, que fue el quinto adelantado del Río de la Plata y el primero nacido en tierras americanas de origen mestizo. Los hubo sacerdotes, como Juan de Tolosa Cortés de Moctezuma, y monjas, como Isabel Cano Moctezuma y María Cano Moctezuma, nietas del último emperador azteca. Fueron también monjas en las Comendadoras de Santiago —orden religiosa femenina vinculada a la prestigiosa Orden de los Caballeros de Santiago— las nietas de la princesa inca Beatriz Clara Coya, las hermanas Luisa, Juana e Inés.

También hubo miles de mestizos nobles, como Juan Enríquez de Borja y Almansa, segundo marqués de Santiago de Oropesa, descendiente de los Incas de Vilcabamba, y otros que pertenecieron a las grandes órdenes religiosas militares, como Diego Enríquez de Borja Inca y Loyola, caballero de Calatrava, y su hermano Álvaro Enríquez de Borja, caballero de Santiago; ambos hijos de la noble hispano-inca Ana María de Loyola Coya, nietos de

la princesa inca Beatriz Clara Coya y bisnietos del inca Sayri Túpac y la coya Cusi Huarcay.

Fueron mestizos militares de renombre Martín Cortés Malintzin o el Inca Garcilaso de la Vega, ambos miembros de la Orden de Santiago.

Por tanto, la conquista española de América es un claro ejemplo de una acción política de carácter imperial. Cuando hay mestizaje entre el que llega y el que está, y los hijos producto de ese mestizaje pueden convertirse en la máxima expresión de la cultura de esa sociedad, entonces no hay relación metrópoli-colonia; no hay imperialismo, sino imperio.

Sin embargo, la leyenda negra sembró el mito de que solo el deseo desenfrenado por el oro motivó la conquista española de América, un mito que repiten desde el hombre común hasta los más prestigiosos profesores universitarios.

UNA INTERPRETACIÓN MARXISTA DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Ya hemos visto cómo los portugueses primero y los españoles después se lanzaron al mar para burlar el cerco islámico que asfixiaba a los reinos cristianos de Europa Occidental. El gran objetivo luso-castellano era llegar a las Islas de las Especies y atacar al islam por la retaguardia. Evidentemente, tanto las razones geoestratégicas como las económicas no estaban reñidas con las religiosas, pero son pocos los autores que se atreven a afirmar la primacía de las últimas. En ese sentido, llama la atención que el peruano José Carlos Mariátegui, reconocido como una de las más grandes autoridades del marxismo iberoamericano, insistiera tanto en la motivación proselitista religiosa —y no económica— de la conquista de América.

Mariátegui deja claro que no fue solo el deseo desenfrenado por el oro lo que llevó a los españoles a arriesgar sus vidas en la conquista de América[286]:

> He dicho ya que la conquista fue la última cruzada y que con los conquistadores tramontó la grandeza española. Su carácter de cruzada define a la conquista como empresa esencialmente militar y religiosa. La realizaron en comandita soldados y misioneros [...]. La ejecución de Atahualpa, aunque obedeciese solo al rudimentario maquiavelismo político de Pizarro, se revistió de razones religiosas [...]. Después de la tragedia de Cajamarca, el misionero continuó dictando celosamente su ley a la conquista. El poder espiritual inspiraba y manejaba al poder

> temporal [...] el cruzado, el caballero, personificaba una época que concluía el Medioevo católico[287].

En ese mismo sentido, uno de los más importantes intelectuales marxistas de Argentina, Rodolfo Puiggrós, sostiene que:

> ... la conquista de América prolongó las cruzadas a un escenario de magnitud y características desconocidas por el soldado europeo [...]. Ninguno estaba tan habilitado como el español para tarea tan gigantesca. Casi tres siglos antes (1212), en la gran batalla de las Navas de Tolosa, que deshizo al ejército musulmán, los cincuenta mil caballeros y peones franceses, provenzales, bretones, italianos, alemanes e ingleses defeccionaron y los ibéricos solos *(solihispani)* dieron la pelea y obtuvieron la victoria. Desde entonces guerrearon contra el islam sin ayuda extranjera [...]. De no aparecer en su camino el Nuevo Mundo, es seguro que los castellanos hubiesen perseguido a los súbditos del islam más allá del estrecho de Gibraltar. El ambicioso sueño de exterminarlos y reconstruir a lo largo del litoral surmediterráneo los dominios de los primeros cristianos no fue abandonado, mientras América no absorbió las energías de España hasta dejarla exhausta [...]. España volcó en el Nuevo Mundo su sentido misional cristiano que, formado en la guerra antislámica [...]. Inyectó a las sociedades que creó del otro lado del océano el trascendentalismo religioso que en las postrimerías del feudalismo sobrevivía a los grandes cambios sociales en marcha, en el Viejo Mundo[288].

Por su parte, el historiador Clarence H. Haring afirma:

> Un tercer motivo de la colonización fue, sin duda, el celo de propaganda religiosa [...] y se evidenció sobre todo en el magnífico espíritu de cruzada de los misioneros españoles y portugueses en el Nuevo Mundo, desde California y Nuevo México en el norte, hasta Chile y Paraguay en el sur [...]. La conversión religiosa de los aborígenes fue un motivo menos relevante en la colonización llevada a cabo por los ingleses y holandeses, entre quienes, excepto unos pocos casos individuales, el propósito de conversión estuvo extrañamente ausente. Los puritanos, a pesar de su intenso afán religioso y su deseo de establecer una nueva sociedad basada en las escrituras, se contentaron con negociar con los nativos, pero no realizaron serios esfuerzos por civilizarlos o convertirlos. En esta magnífica empresa, España tuvo doquiera la primacía, como lo atestiguan hoy las ruinas de las misiones españolas en todas las colonias americanas. La vida de los misioneros españoles y portugueses en América, llena de abnegación, actos heroicos y casos de martirio, es una epopeya seguramente sin paralelo en la historia[289].

De la conquista al poblamiento del interior del continente

En muy pocas décadas se fundó la red de villas y ciudades de la América española. En 1511, los españoles, instalando su base de operaciones en la isla La Española (actual Santo Domingo), llegaron a Cuba al mando de Diego Velázquez, al que acompañaban el padre Bartolomé de Las Casas, Pánfilo de Narváez y Hernán Cortés. En Cuba, Velásquez fundó las ciudades de Santiago, La Habana, Puerto Príncipe (hoy Camagüey) y Matanza.

En 1513, Vasco Núñez de Balboa descubrió el océano Pacifico. En 1515, Juan Díaz de Solís hizo lo propio con el Río de la Plata. En 1518, Cortés, al mando de quinientos hombres, desembarcó en la península de Yucatán y fundó la ciudad de Veracruz. En 1520 venció definitivamente a los aztecas, destruyó Tenochtitlán y, tan solo un año después, ordenó reconstruir la ciudad, erigiendo una «Nueva México». En 1531 fundó la ciudad de Querétaro; en 1533, la de Guadalajara, y en 1542, la de Mérida.

En 1533, Pizarro conquistó el Imperio inca y en 1535 fundó la ciudad de Lima. Un año después, Jiménez de Quesada erigió la ciudad de Santa Fe de Bogotá. En 1537, Juan de Salazar construyó el fuerte de La Asunción, en el actual territorio de la República del Paraguay, y poco después Domingo Martínez de Irala convirtió aquel fuerte en ciudad. En 1540, Pedro de Anzures fundó en el altiplano boliviano la ciudad de Chuquisaca, actual Sucre.

En 1541, Pedro de Valdivia erigió la actual Santiago de Chile bajo el nombre de Santiago del Nuevo Extremo. En 1545, el capitán Juan de Villarroel, tras el descubrimiento realizado por el indígena Diego Huallpa de una veta de plata en el cerro Sumaj Orkho, fundó en Bolivia la ciudad de Potosí. En 1548, Alonso de Mendoza erigió la ciudad de Nuestra Señora de la Paz, hoy capital de la República de Bolivia. En 1553 se fundó la ciudad de Santiago del Estero, «madre de ciudades», en lo que después sería territorio de la República Argentina.

El 26 de febrero de 1561, el capitán español Ñuflo de Chávez erigió, en el corazón de América del Sur —en la actual Bolivia—, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Un año después, en territorio de la futura Argentina, se fundó la ciudad de Mendoza; en 1565, la ciudad de San Juan, y en 1573, la de San Miguel de Tucumán.

Como quien escribe estas líneas es oriundo de la actual provincia argentina de Santa Fe, me gustaría remarcar que, por orden del gobernador de Asunción del Paraguay, el vasco Juan de Garay fundó el 15 de noviembre de 1573 la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, en los barrancos del río de los Quilloazas, actualmente, río

San Javier. Nótese que en aquellos años los vascos se sentían auténticamente españoles.

En 1571, Gerónimo de Osorio, en cumplimiento de la Provisión Real enviada por el virrey Francisco Álvarez de Toledo, fundó, en territorios hoy bolivianos, la ciudad de Cochabamba, que se constituyó rápidamente en una urbe típicamente mestiza. En 1573, Jerónimo Luis de Cabrera erigió la ciudad de Córdoba del Tucumán, en la actual Argentina, y en 1580, el mismo don Juan de Garay levantó el estandarte real en Asunción, a fin de convocar una «jornada» (o sea, una «excursión en tierras despobladas), de la que surgió una expedición en la que participaron setenta vecinos de los cuales cincuenta y dos eran «mancebos de la tierra», es decir, mestizos.

A mediados de marzo de 1580, Garay zarpó de Asunción del Paraguay en la carabela San Cristóbal de Buena Ventura, construida en astilleros paraguayos, y descendió por el río Paraná acompañado de numerosas canoas tripuladas por nativos guaraníes que con sus mujeres e hijos también participarían de la expedición fundadora. El 11 de junio de ese mismo año, Juan de Garay, junto a los mancebos de la tierra y los indios guaraníes, fundó la Ciudad de la Trinidad, en el puerto de Santa María de los Buenos Aires, posteriormente capital del Virreinato del Río de la Plata y, años después, capital de la República Argentina. Esta fue la segunda y definitiva fundación de la ciudad de Buenos Aires[290].

El territorio de la actual Argentina comenzó a llenarse de ciudades: en 1582, Fernando de Lerma fundó la ciudad de Salta, que originalmente llamó «San Felipe y Santiago del Lerma en el valle de Salta», ubicada a unos 1.700 kilómetros de la costa atlántica y a unos 900 del océano Pacífico, del que la separa la imponente cordillera de los Andes, cuyos picos rozan los 5.000 metros de altura en esa zona. En 1588 se erigió la ciudad de Corrientes, a orillas del río Paraná y a más de 900 kilómetros del recién establecido puerto de Buenos Aires por el adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, con el auxilio de Alonso de Vera y Aragón, llamado «el Tupí» por su origen mestizo, y el mancebo de la tierra Hernando Arias de Saavedra, el legendario, «Hernandarias». En 1591 se fundó la ciudad de La Rioja, situada a unos 680 kilómetros de las aguas del Pacífico. En 1593 se erigió la ciudad de San Salvador de Jujuy, a 1.500 kilómetros del Río de la Plata y a casi 800 kilómetros del puerto más cercano del Pacífico. En 1596 se fundó la ciudad de San Luis; en 1683, San Fernando del Valle de Catamarca,

ambas con características geográficas de «interioridad» y alejadas por igual de uno y otro océano.

El 24 de diciembre de 1726, el capitán español Bruno Mauricio de Zabala, conocido como «Brazo de Hierro», comisionado por las autoridades establecidas en Buenos Aires, fundó la ciudad de Montevideo, que recibió inicialmente el nombre de Fuerte San José.

¿Por qué todos estos datos sobre la distancia que separa a las ciudades de la costa marítima son importantes? Porque las potencias colonialistas siempre tienden a fundar simples «puertos» y no «verdaderas ciudades» con hospitales, colegios y universidades. No les interesa arraigarse en el lugar que descubren o conquistan y, si fundan ciudades, lo hacen en las costas que descubren, desde donde organizan expediciones de saqueo al interior del continente. Cuando fundan puertos, llevan a sus mujeres y no se les pasa por la cabeza mezclar su sangre con la de los nativos, ni siquiera en una noche de borrachera. Los colonialistas fundan ciudades-puertos porque están siempre preparados para irse y abandonar el territorio conquistado una vez exprimidas sus riquezas. Así es como procedieron tanto Holanda como Inglaterra.

La enumeración de ciudades que hemos realizado —ciudades en las que los conquistadores españoles mezclaron su sangre con la de los nativos— demuestra que si algo caracteriza a la empresa española en las Indias fue la tendencia a establecer grandes poblaciones en el interior del continente. Así, en tiempo récord, construyeron iglesias, hospitales, colegios y universidades, y los núcleos de población rápidamente se llenaron de mestizos.

Desde un punto de vista político, ¿qué nos dice ese racimo de fundaciones efectuadas por los conquistadores españoles en el interior del continente y no tanto en las costas? Ese hecho demuestra que el Nuevo Mundo no fue considerado por España como un campo de explotación colonialista.

> Compáresela con la acción netamente marítima de Portugal y se comprenderá los alcances de la diferencia. Ninguna de las grandes poblaciones fundadas por los españoles fueron costeras. Todas las que llegaron a constituir centros políticos o judiciales fueron internas. Buenos Aires es la excepción, porque no surgió ni como puerto del Paraguay —que nada tenía que enviar al exterior— ni como puerto del Tucumán, cuya economía estaba estrechamente vinculada al Perú. No se fundó como consecuencia del proceso lógico de la acción pobladora, ni por imperativos de un desarrollo de la producción necesitada de

> mercados. Fue, en síntesis, el resultado de la necesidad militar de defender la obra realizada a sus espaldas[291].

Las ciudades de la América española que hemos mencionado —como expondremos en los capítulos siguientes— fueron por su población, por la cantidad de hospitales que poseían y por sus universidades y bibliotecas mucho más importantes que las fundadas por Inglaterra en América del Norte en los actuales territorios de los Estados Unidos y Canadá.

> En 1790 México y Lima eran ciudades más grandes que Filadelfia y Nueva York. Cuando estalló la Revolución norteamericana [1765], la población de las Trece Colonias era aún completamente rural y se hallaba casi por entero dedicada a la agricultura. Había solo cinco ciudades de más de cinco mil habitantes[292].

Así, en 1790, la ciudad de Lima sumaba 52.627 habitantes, de los cuales el 51 % eran mujeres[293]. Ese año se realizó el primer censo de Nueva España[294], con el que se intentó cuantificar la población novohispana de una manera sistemática. Para la ciudad de México el registro hablaba de 112.000 habitantes. Sin embargo, el sacerdote, historiador y periodista José Antonio Alzate discutió esa cifra y sostuvo que eran 209.000 las personas que vivían en la Ciudad de México. Los expertos afirman hoy día que la cifra real se situaría alrededor de los 171.000 habitantes[295]. Según ese mismo censo —ordenado por el virrey Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla—, Puebla sumaba 81.046 habitantes; Querétaro, 35.000; Mérida, 27.830 y Guadalajara, 24.249.

También en 1790 se realizó el primer registro poblacional de Estados Unidos. La ciudad con mayor número de habitantes era Nueva York, con 33.131 habitantes, seguida de Filadelfia, con 28.522, y Boston con 18.323[296]. Charleston sumaba 16.350 personas y Baltimore, 13.509.

Nótese que la Ciudad de México cuadruplicaba en número de habitantes a Nueva York y que la población de Lima era el doble de la de Filadelfia, la segunda ciudad más importante de Estados Unidos, y el triple de la de Boston. El número de habitantes de Puebla (México) era tres veces más que el de Filadelfia, mientras que el de Mérida doblaba al de Baltimore.

Según el censo norteamericano, 3.929.214 personas poblaban el territorio de Estados Unidos[297]; el registro mexicano recogía a seis millones de habitantes en el Virreinato de Nueva España.

Si se quiere tener otro punto de comparación, señalemos que la Ciudad de México, con 171.000 personas, igualaba en población a

Madrid, que en 1790 contaba con 180.000 habitantes, más que Barcelona (130.000) y Sevilla (120.000).

Sin embargo, desde un punto de visto político, el dato más relevante es que las ciudades de la América española estaban pobladas de industrias, mientras que las de la América anglosajona eran urbes agrarias. Este dato es ignorado por la mayoría de los historiadores tanto europeos como americanos, y se ha ocultado porque es una prueba clara de que entre España e Hispanoamérica no existía la típica relación metrópoli-colonia: metrópoli proveedora de productos industriales a la colonia y colonia abastecedora de materias primas a la metrópoli.

HISPANOAMÉRICA SE PUEBLA DE INDUSTRIAS

Las aguas atestadas de piratas obligaron a España a desarrollar un sistema de flotas que estuvo vigente durante doscientos años: «Desde 1526 se prohibió a los buques mercantes navegar sin protección desde las Indias o hacia ellas. Debían ir en flota y armados de acuerdo con las normas dictadas por la Casa de Contratación de Sevilla»[298].En 1550 se estableció un sistema de convoyes periódicos entre España y América y, hasta 1660, los gastos de mantenimiento de esas y otras flotas destinadas a proteger la navegación fueron cubiertos por un impuesto a las importaciones y exportaciones llamado «avería», que supuso una pesada carga para el comercio americano, ya que solo ese impuesto llegó a representar —en unos años en los que España se hallaba en guerra— un 30 % del valor de las mercaderías importadas y exportadas. En 1566 se estableció que debían partir desde España hacia las Indias dos flotas al año, una en primavera, hacia el Golfo de México, y otra en verano hacia el istmo de Panamá, a través del cual se abastecía toda la América del Sur española y desde allí se distribuían —vía océano Pacífico— al Perú y Chile. El comercio entre España y América del Sur usando la ruta atlántica vía Buenos Aires-estrecho de Magallanes, para llegar al puerto del Callao, estaba virtualmente prohibido[299].

Importa destacar que «a menudo se omitió una flota por año y, hacia mediados del siglo XVII [...], las salidas se tornaron más irregulares»[300].Incluso hubo años en los que no partió ninguna flota desde España hacia el Nuevo Mundo y América tuvo que producir los productos manufacturados que España no podía

enviar, o lo hacía a un precio demasiado alto y de manera -esporádica.

> América tuvo que bastarse a sí misma. Y ello le significó un enorme bien: se pobló de industrias para abastecer en casi su totalidad el mercado interno. Malaspina, escritor del siglo XVII, nos dice que «el movimiento fabril de México y el Perú eran notables». Habla de 150 obrajes en el Perú, que a 20 telares cada uno, daban un total de 3.000 telares. Y Cochabamba, según Haenke, consumía de 30.000 a 40.000 arrobas de algodón, en sus manufacturas»[301].

El obraje es la forma con la que se anuncia en la América española la etapa manufacturera. Solórzano Pereira, en su obra *Política indiana,* define los obrajes, como centros de trabajo

> … donde hilan, tejen y labran no solo jerga, cordellates, bayetas y frazadas y otros estambres de poco arte y precio, como al principio solían hacerlo, sino paños buenos de todas suertes y jerguetas y rajas y otros tejidos de igual estima que casi se pueden comparar con los mejores que se llevan en España[302].

Estos centros manufactureros que poblaron la América española desde México hasta Córdoba del Tucumán casi siempre estaban en las orillas de los ríos, ya que utilizaban el agua como fuerza motriz y para diversas operaciones. De ahí que, como destaca el pensador peruano Luis Alberto Sánchez, se clasificaran en batanes, trapiches y chorrillos.

Respecto a las industrias que se desarrollaron, Clarence H. Haring destaca:

> La manufactura más desarrollada en las colonias fue la textil. [Hubo] un temprano desarrollo de las manufacturas de seda en Nueva España (México). Se produjeron también tejidos de lana y algodón y, pronto, aparecieron obrajes tanto en los pueblos indígenas como en las ciudades españolas. Solo las clases altas usaban las telas finas, importadas de España; el común se vestía con los materiales del país. Los tejidos de lana eran los más comunes en las mesetas de Nueva España y Perú, y había abundancia de carneros merino, raza sumamente desarrollada en las colonias. La industria textil colonial fue reconocida oficialmente en tempranos decretos reales; se hallaban obrajes por doquier, desde Guadalajara, en el norte, hasta Tucumán, en el sur […]. Y mientras las manufacturas textiles decaían palpablemente en España, la cantidad de establecimientos en las colonias siguió aumentando proporcionalmente con el crecimiento de la población[303].

Fue durante el reinado de Felipe II cuando la América española comenzó a industrializarse. Protegida de la competencia de las potencias industriales de la época —Países Bajos, Francia, Génova y Venecia—, pudo nacer también la industria textil. Fue en ese mismo momento histórico cuando la reina Isabel I de Inglaterra estableció un férreo proteccionismo económico que creó las condiciones necesarias —similares a las que el monopolio provocaba en la América española— para que Inglaterra pudiera desarrollar su industria textil.

Hay que tener presente —como destaca José María Rosa— que hasta el advenimiento de la Revolución Industrial, a mediados del siglo XVIII, la producción manufacturera de la América española pudo competir con los productos fabricados en Europa, ya que entre ambos no existía mayor diferencia de coste ni de calidad, si bien las potencias europeas habitualmente practicaban lo que hoy denominamos *dumping,* es decir, vendían sus productos por debajo del coste real de producción con el fin de controlar el mercado y aniquilar la competencia local.

Los territorios que hoy forman parte de la República Argentina, Bolivia, Paraguay, Perú y Uruguay integraron el Virreinato del Perú hasta 1776. En ese enorme espacio se creó un importante mercado interno sin que existiesen aduanas regionales y con la ventaja de tener una moneda común y de hablar todos la misma lengua. A modo de ejemplo mencionaremos que los productos textiles elaborados en Tucumán, en la actual Argentina, se vendían en el Alto Perú (hoy Bolivia) y Chile. En las provincias argentinas de Santa Fe, Tucumán y Córdoba se criaban mulas que se enviaban a las ciudades peruanas de Arequipa, Cuzco, Huancayo o Cajamarca, e incluso a Quito y al sur de Colombia. Para comprender la importancia de ese comercio es preciso aclarar que las mulas eran los camiones de la época. Todas las mercancías se transportaban en los lomos de estos animales y, como es lógico, nadie quería enviarlas vacías desde Argentina hasta Ecuador o Colombia. Así, las mulas partían cargadas de yerba mate —también conocida en aquellos tiempos como «el té de los jesuitas»— y de productos de cuero, como botas, monturas y cinturones. Sin embargo, no podemos olvidar que las mulas son el resultado del apareamiento de una yegua con un burro, y, por tanto, como si fueran camiones, cada año había que «producir» las miles de mulas que necesitaba ese cordón protoindustrial y minero que se extendía desde Bogotá hasta la ciudad de Córdoba.

La Banda Oriental (la actual República del Uruguay), Buenos Aires y Santa Fe enviaban al Perú ganado vacuno semisalvaje que los comerciantes intercambiaban por productos textiles. La yerba mate paraguaya —vía Mendoza— cruzaba la cordillera y se vendía en Lima, Arica, Guayaquil, Panamá y México. Las provincias argentinas de Mendoza y la Rioja vendían vinos, y San Juan, aguardientes en el Alto Perú, Santa Fe, Buenos Aires y Asunción. La ciudad de San Luis exportaba a Buenos Aires frutas secas y ponchos. Cuzco, Quito y Cochabamba vendían su producción textil en Jujuy, Salta, Santa Fe o Buenos Aires. La región del Tucumán, gracias a su riqueza en bosques, se especializó también en la exportación de carretas y de materias primas para la industria minera altoperuana.

Cada región del virreinato se fue centrando en la producción de una o dos mercancías que, por diversas razones —costes de producción respaldados por ventajascomparativas o facilidades de transporte—, tenían un precio competitivo en el mercado interno.

> Un documento de 1677 evalúa el tráfico en 40.000 vacas, 30.000 mulas —además de 20.000 arrobas (una arroba son 11,5 kilos) de yerba paraguaya y cortas cantidades de tabaco y azúcar— que pasan por Santiago del Estero en viaje hacia Potosí [en la actual Bolivia] cada año [...]. En 1689, el gobernador de Tucumán, Tomás de Argandoña, calculaba en 800.000 pesos el valor de las mercaderías enviadas desde las provincias de abajo a Potosí; en 1692, otro gobernador se refiere a una suma de más de millón y medio al año (recordemos que en esos años una gran estancia de la campaña del litoral raramente superaba los 10.000 pesos). [...] Según datos del Archivo Histórico Nacional de Madrid, entre los años 1749 y 1754 los promedios anuales —del tráfico de ganado, yerba mate y aguardientes, desde Jujuy al Alto Perú y el Perú— eran de 20.000 mulas, 2.500 vacas, 1.600 tercios de yerba de palos y 280 cargas de aguardientes (aproximadamente 2.500 arrobas)»[304].

Contrariamente a lo postulado por la historia falsificada por los «negrolegendarios», los pobladores del Virreinato del Perú no fueron «víctimas» del monopolio español, sino beneficiarios del mismo, dado que ese monopolio fue la causa de que surgiera la vida industrial. Asimismo, la necesidad de mano de obra era tal que terminó generando una situación laboral beneficiosa, situación que en términos actuales definiríamos como de «pleno empleo».

Como bien destaca José María Rosa, el tan desprestigiado monopolio dio lugar a la «autonomía industrial» de la América española en general y del Virreinato del Perú en particular. Sin embargo, España no poseía la capacidad naval necesaria para controlar y vigilar el inmenso Atlántico sur, situación que provocó

que el Río de la Plata se convirtiera en un verdadero «nido de contrabandistas»:

> Y este contrabando, imposible de perseguir, acabó siendo tolerado [...]. Tan tolerado fue el contrabando, tanto se lo consideró un hecho real, que la aduana no fue creada en Buenos Aires, sino en Córdoba —la llamada aduana seca de 1622— para impedir que los productos introducidos por ingleses y holandeses en Buenos Aires compitieran con los industrializados en el norte[305].

No olvidemos que la ciudad de Córdoba se encuentra a 700 kilómetros de distancia del puerto de Buenos Aires.

Así pues, en el Virreinato del Perú hubo dos zonas aduaneras, la monopolizada y la franca,

> ... aquella con prohibición de comerciar y esta con libertad —no por virtual menos real— de cambiar sus productos con los extranjeros. Y aquella zona —la monopolizada— fue rica; no diré riquísima, pero sí que llegó a gozar de un alto bienestar. En cambio, la región de Río de la Plata vivió casi en la indigencia. Aquí, donde hubo libertad comercial, hubo pobreza; allí, donde se la restringió, prosperidad. Y eso que Buenos Aires tenía una fortuna natural en sus ganados cimarrones que llenaban la Pampa. Los contrabandistas se llevaban los cueros de estos cimarrones —necesarios como materia prima en los talleres europeos—, dejando a cambio sus alcoholes y abalorios (fue entonces cuando los holandeses introdujeron la ginebra). Era este un trueque muy parecido al que realizaron hasta ayer los comerciantes blancos con los reyezuelos de África. Buenos Aires, entregando los cueros de su riqueza pecuaria por productos extranjeros, no podía tener —y no tuvo— industrias dignas de consideración. Era tan poco rica que el Cabildo empeñaba sus mazas de plata para mandar un enviado a España [...]. Indudablemente, el virtual librecambio no reportaba provecho alguno. Todo lo contrario. No solamente no hubo industrias a causa de la fácil introducción de productos europeos, sino que los contrabandistas acabaron por extinguir el ganado cimarrón[306].

En las regiones beneficiadas por el «monopolio» y libres del contrabando, el desarrollo del proceso de industrialización llegó a ser tan vertiginoso y eficiente que el 2 de septiembre de 1587 el obispo de Tucumán, fray Francisco de Vitoria, realizó la primera exportación de productos textiles —sombreros, sobrecamas y frazadas tejidas en Santiago del Estero— con destino al Brasil. Mientras la América española se poblaba de industrias, la población de las Trece Colonias británicas de la América del Norte vivía fundamentalmente de la agricultura, pues los ingleses habían vetado su desarrollo industrial.

La temprana industrialización de la América española, totalmente ignorada por la historia falsificada, demuestra —como ya hemos afirmado, aunque conviene repetirlo— que entre España y América no existía la típica relación metrópoli-colonia, donde la metrópoli se encarga de la elaboración industrial y la colonia de la producción de materias primas. La industria que se desarrolló durante el periodo hispánico desapareció cuando las repúblicas hispanoamericanas adoptaron el libre comercio, solo deseado por las élites criollas de Buenos Aires, Caracas y Guayaquil; esto es, unas élites descendientes de los contrabandistas ligados a Inglaterra. Así fue como sobrevino el desempleo, la miseria y el hambre para la mayoría de la población hispanoamericana.

Muy distinto fue el camino de las Trece Colonias inglesas, que con la independencia decidieron aplicar un férreo proteccionismo económico, política que Estados Unidos profundizó tras el final de su guerra civil. El análisis histórico objetivo no deja duda alguna de que, después de la independencia (1783), pero sobre todo después de la finalización de la guerra civil (1865), Estados Unidos rechazó frontalmente el libre comercio y adoptó el proteccionismo económico como política de Estado, y que, gracias a este sistema, protagonizó uno de los procesos de industrialización —por su rapidez y profundidad— más asombrosos de la historia. En 1875, los aranceles para productos manufacturados oscilaban entre el 35 % y el 45 %. En 1913 hubo una disminución de los aranceles, pero la medida fue revertida apenas un año más tarde, cuando estalló la Primera Guerra Mundial. En 1922, el porcentaje pagado sobre los bienes manufacturados de importación subió un 30 %. En 1925, la tasa arancelaria promedio sobre los productos manufacturados era de un 37 % y, en 1931, de un 48 %[307].

El mestizaje, una política de Estado

Entre los españoles que llegaron a América no era dominante la idea de una superioridad racial, entre otros motivos porque ellos mismos pertenecían a un pueblo mestizo al que muchos en Europa acusaban de ser semita y no europeo.

> Sí, todos los pueblos de Hispania fueron en verdad mestizos, todos, desde los que habitaban las montañas y las playas de la Cataluña de hoy —Bosch Gimpera ha recordado no hace mucho que Hecateo los llamaba «misguetes» (mezclados)— hasta los que ocuparon las llanuras y sierras

> de la actual Andalucía […]. Sí, todos, hasta los que vivían en las asperezas de las tierras vascas[308].

El hecho de ser un pueblo mestizo con prejuicios raciales poco arraigados llevó al conquistador —impulsado por la fuerza de la libido— al mestizaje con el conquistado. Pero dicho mestizaje fue promovido y estimulado por los Reyes Católicos, que sabían que cuando dos pueblos se mezclan profundamente dejan de ser enemigos y se transforman en un mismo pueblo.

Puede decirse que el plan estratégico de los reyes Isabel y Fernando para lograr la cristianización de las nuevas tierras fue el mestizaje. Tan intenso era el afán de los monarcas que recomendaron a su gobernador que «asimismo procure que algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias, y las mujeres cristianas con indios, porque los unos y los otros se comuniquen y enseñen, para ser doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica»[309].De esta recomendación real se desprende que las razas debían mezclarse y que debía incluirse al indio y no segregarlo. La Cédula Real del 19 de octubre de 1514 (Ley 2, tít. I, lib. vi) lo confirma:

> Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan, como deben, entera libertad para casarse con quien quisieren, así con los indios, como con los naturales de nuestros reynos, o españoles, nacidos en las Indias, y que en esto no se les ponga impedimento. Y mandamos que ninguna orden nuestra que se hubiere dado, o por Nos fuere dada, pueda impedir, ni impida, el matrimonio entre los indios e indias con españoles, o españolas, y que todos tengan entera libertad de casarse con quien quisieren, y nuestras Audiencias procuren que así se guarde y cumpla.

De esta manera, el mestizaje constituyó una verdadera política de Estado porque tanto Carlos I como Felipe II —y todos los Austrias que les siguieron— respetaron la voluntad de Isabel y Fernando. Durante el reinado de Felipe II, el mestizaje entre indios y españoles fue generalizado y la población mestiza nunca dejó de crecer. Los matrimonios mixtos fueron alentados y promovidos por todos los monarcas de España hasta principios del siglo XVIII.

Sinceramente, ¿podríamos imaginarnos a la reina Victoria de Inglaterra «sugiriendo» al gobernador de Hong Kong que *algunos* ingleses se casasen con las mujeres chinas y que las mujeres inglesas se casasen con hombres chinos?

Los intentos del Gobierno chino para no convertirse en un «narco-estado» llevaron al país a enfrentarse con Gran Bretaña en

la llamada Primera Guerra del Opio (1839-1842). El desencadenante fue la introducción en China de opio cultivado en la India y comercializado por la Compañía Británica de las Indias Orientales. El consumo había llegado a un nivel tan preocupante que el emperador ordenó que se combatiera cuanto antes. Fueron quemadas más de veinte mil cajas de opio que los traficantes británicos guardaban en sus almacenes de Cantón y la reina Victoria decidió enviar una flota que logró derrotar a la armada y al ejército chinos. Como consecuencia, el país asiático tuvo que aceptar la firma del Tratado de Nankín (1842), que estipulaba que la isla de Hong Kong pasaba a estar bajo dominio británico, al tiempo que obligaba a China a abrir cinco nuevos puertos en Cantón, Amóy, Foochow, Ningbo y Shanghái, donde los británicos pudieron comerciar libremente con el opio, entre otras mercancías. Cuando algunos ingleses —hombres de negocios o administradores coloniales— construyeron sus primeras casas en los citados puertos, colocaron en sus jardines un cartelito que decía «prohibido pisar el césped a perros y a chinos».

Para valorar correctamente la importancia histórica de la recomendación de los Reyes Católicos es preciso tomar conciencia de que los matrimonios interraciales no fueron legalizados en Estados Unidos hasta 1967. Si hacemos un poquito de historia de la colonización británica de América del Norte, vemos que las primeras leyes que penalizan el matrimonio e incluso las relaciones sexuales —hasta las ocasionales— entre los colonos ingleses e indios y negros fueron promulgadas en las colonias inglesas de Virginia (1691) y Maryland (1692). Asimismo observamos que, en 1883, la Corte Suprema de Estados Unidos dictaminó, en el caso «Pace *versus* Alabama», que la ley contra el mestizaje que prohibía el casamiento de blancos con negros no violaba la Decimocuarta Enmienda de la Constitución, y resulta interesante conocer que hasta 1948 en el Estado de California tampoco se permitía el matrimonio entre blancos y malayos o mongoles.

En 1957, Mildred Loving, una mujer negra, y Richard Loving, un hombre blanco, se casaron en Washington D. C., ciudad donde sí se permitía el matrimonio interracial. Unos meses después del enlace, la pareja regresó a su pequeño pueblo de Central Point, en el Estado de Virginia, donde fueron arrestados por haber violado la Racial Integrity Act de 1924, que prohibía cualquier unión entre personas blancas con personas «de color». Mildred, que estaba embarazada, y Richard fueron condenados a un año de prisión,

pero el juez Leon Bazile les ofreció suspender la sentencia si se marchaban de Virginia y no regresaban «por lo menos durante veinticinco años». Para fundamentar su sentencia, el magistrado afirmó que «el todopoderoso Dios ha creado las razas blancas, negras, amarillas, malayas y rojas, y las ha separado en diferentes continentes. El hecho de que separara a las razas nos muestra que Él no pretendía que se mezclaran entre sí». En 1964, Mildred Loving decidió volver a llevar su caso ante la justicia y en 1967 llegó a la Corte Suprema, que declaró inconstitucionales todas las leyes que prohibían el matrimonio interracial. Hasta ese año dieciséis Estados norteamericanos todavía mantenían leyes que prohibían el matrimonio entre personas de distinta raza.

El reconocido historiador William Prescott, al que ya hemos hecho referencia, en su biografía de Felipe II ofrece la imagen de una España cruel, incivilizada, fanática y supersticiosa, y en el trasfondo de su relato aparece una visión de Estados Unidos como la tierra de la libertad. ¿Acaso hay mayor crueldad, fanatismo y superstición que prohibir el matrimonio entre una mujer y un hombre que se aman porque tienen diferente color de piel?

LOS CIENTOS DE MESTIZOS FRUTOS DE LA PASIÓN Y DEL AMOR

La leyenda negra ha difundido que el mestizaje de la América española fue tan solo el fruto de las brutales violaciones —que sí las hubo, como en toda conquista— de los conquistadores españoles, y que los mestizos así engendrados se convirtieron en los futuros esclavos de la etapa colonial.

Se ocultan —o se desconocen por ignorancia— los cientos de mestizos que fueron resultado de la pasión y del amor y que fueron ricos propietarios de tierras, adelantados, gobernadores de provincias, ilustres militares del Imperio español o sacerdotes y monjas de altísima formación cultural. Va de suyo que en la historia contada por los «negrolegendarios» las mujeres indias nunca juntaron sus vidas con los conquistadores españoles por amor. Nombraremos ahora solo algunos de los miles de casos que contradicen esa leyenda.

En la actual provincia Argentina de San Juan, la india Teresa de Ascencio, hija de Juan Huarpe, cacique Angaco, poco después de la fundación de la ciudad de San Juan ocurrida el 20 de mayo de 1563, se casó con el hidalgo y capitán Juan Eugenio de Mallea, segundo

de la expedición de Juan Jufré y Montesa, fundador de la ciudad de San Juan de la Frontera[310].

> El español Mallea y la huarpe Ascencio tendrían seis hijos: Julián Ascencio de Mallea; Elvira Guerrero de Mallea y Ascencio, mujer de Juan de la Barrera y Estrada; Luciana de Mallea y Ascencio, mujer de Baltasar de Quiroga y Lemos, natural de Chile; Petronila de Mallea, casada con Juan Gil de Heredia; Cristóbal de Mallea, marido de una de las hijas de Alonso Rodríguez Lucero; y Eugenio de Mallea y Ascencio[311].

El casamiento de la noble india y el capitán fue el primer enlace cristiano en tierras de la provincia de San Juan. La unión puso a Teresa a la par de las mujeres de más alta alcurnia en el reino de España. Importa destacar que, según el historiador César H. Guerrero, Teresa fue «india noble de Huarpe, señora del Cacicazgo de Angaco, confirmado por el rey de España con privilegio de nobleza y armas»[312].Los seis hijos mestizos del matrimonio fueron ricos propietarios de tierras en la provincia de San Juan. Recordemos que eran nietos del cacique huarpe Juan Huarpe de Angaco, que a la llegada de los españoles gobernaba las tierras del norte del valle del Tulúm. Felipe II lo reconoció como «indio noble» y le otorgó el trato de «don» como real privilegio. Además, le concedió el señorío —es decir, la propiedad para sí y sus sucesores— de las tierras de Angaco, actuales municipios de Albardón, San Martín y Angaco, origen de la fortuna de sus nietos mestizos.

Caso especial es el de la princesa inca Elvira de Talagante, que juntó su vida a la del alemán Bartolomé Blumenthal, nacido en Núremberg y socio de Pedro de Valdivia en la conquista de Chile. Elvira era nieta del inca Tala Canta Ilabe, gobernador de una zona de Collasuyo, correspondiente al *ayllu,* donde actualmente se encuentra la ciudad y comuna chilena de Talagante, capital de la provincia homónima de la región metropolitana de Santiago de Chile[313]. En 1555, Bartolomé Blumenthal decidió castellanizar su nombre, adoptando el de Bartolomé Flores.

Elvira y Bartolomé Flores tuvieron una hija, que fue bautizada como Águeda Flores, posteriormente abuela de la famosa terrateniente mestiza Catalina de los Ríos y Lisperguer, apodada «la Quintrala», que fue una de las mujeres más ricas del Chile de su época. El alemán Bartolomé Flores falleció el 11 de noviembre de 1585, dejándole todos sus bienes a su esposa. Las crónicas relatan que la princesa inca se destacó por su observancia católica y por el decidido apoyo económico que brindó a los misioneros que se

encontraban en San Francisco del Monte. Cuando falleció, todas sus tierras pasaron a manos de su hija Águeda, que en 1570 se casó con el capitán Pedro Lisperguer, de origen alemán. De ese matrimonio nacieron los mestizos Pedro Lisperguer y Flores y Catalina Lisperguer y Flores, que fueron parte de la más rancia aristocracia chilena.

Ciertamente, no todos los mestizos tuvieron la misma suerte que los hijos de Teresa de Ascencio o Elvira de Talagante. Muchos de ellos, incluso los ricos, como Diego de Almagro, murieron en circunstancias trágicas. Otros, como la hija mestiza de Francisco Pizarro, la princesa inca Francisca Pizarro Yupanqui, tuvieron una vida tormentosa.

Diego de Almagro «el Mozo» nació en Panamá en 1522. Su padre era el adelantado Diego de Almagro «el Viejo» y su madre, la aborigen panameña Ana Martínez. Diego el Mozo se crio en Panamá y recibió una buena educación. Su padre lo asoció a la conquista del Perú y, para su desgracia, a la guerra contra los pizarristas. Después del asesinato de Pizarro a manos de los almagristas el 26 de junio de 1541, el mestizo fue reconocido por el Cabildo de Lima como gobernador del Perú cuando apenas contaba veinte años. Derrotado militarmente, Diego de Almagro fue procesado y condenado a muerte en la ciudad de Cuzco y, tras confesarse y comulgar, pidió como última gracia ser enterrado junto a su padre. El 27 de noviembre de 1542 fue degollado en la plaza mayor de la ciudad de Cuzco, donde se le había cortado al cabeza a su progenitor. En cumplimiento de su última voluntad, fue enterrado en la iglesia de la Merced del Cuzco, debajo del altar mayor y al lado de la sepultura de su padre.

El 28 de diciembre de 1534 nació en Jauja, en la provincia de Junín, Francisca Pizarro Huaylas Yupanqui, hija de Inés Huaylas Yupanqui, hermanastra del emperador inca Atahualpa, y del conquistador Francisco Pizarro. Sus padres se casaron por el rito inca y tuvieron otro hijo, Pedro Pizarro, que murió muy joven. Tanto Francisca como Pedro fueron reconocidos como hijos legítimos porel emperador Carlos V.

Cuando Pizarro e Inés Huaylas se separaron, el conquistador se casó con Angelina Yupanqui, también hermana de Atahualpa.

Inés Huaylas Yupanqui, la princesa inca, al poco tiempo de su separación contrajo matrimonio con el conquistador español Francisco de Ampuero, pero esta vez siguiendo el rito cristiano. Francisco Pizarro premió a la nueva pareja con una gran heredad, pero ordenó que sus hijos Francisca y Gonzalo, fruto de su relación

con Inés Huaylas Yupanqui, pasaran a la tutela de su cuñada Inés Muñoz.

La princesa Francisca Pizarro Huaylas Yupanqui se crio lejos de su madre y pasó una infancia cómoda recibiendo una educación de excelencia. Su vida se desarrolló sin sobresaltos hasta el 26 de junio de 1541, cuando un grupo de almagristas, conducidos por Diego de Almagro «el Mozo», penetró en el palacio del gobernador y dio muerte a su padre, Francisco Pizarro, tras asestarle veinte puñaladas. Los sublevados buscaron a los hijos de Pizarro para darles muerte, pero Inés Muñoz logró esconder a Francisca y a su hermano en un convento.

La pronta muerte del mestizo Diego de Almagro devolvió la tranquilidad a la niña Francisca Pizarro, de tan solo nueve años de edad. Al poco tiempo murió su hermano. Gonzalo Pizarro, tutor legal de la niña, se preocupó de que Francisca recibiera la mejor educación posible y, cuando recibió la herencia de su padre, se convirtió en una de las personas más ricas del Perú.

Cuando tenía apenas doce años, su tío Gonzalo Pizarro planeó casarse con la princesa Francisca a fin de iniciar el primer reino independiente y mestizo de América. Sin embargo, la Corona ordenó que la princesa viajara a España para evitar que otros aventureros —como su tío— se valiesen de su sangre imperial para legitimar futuras rebeliones. Francisca viajó a Sevilla y a Extremadura, donde fue rodeada del afecto de sus familiares.

Fue en la tierra de su padre, en el Castillo de la Mota, donde la joven se enamoró de su tío Hernando Pizarro, veintiocho años mayor que ella, con quien se casó en Medina del Campo en 1552. La pareja tuvo cinco hijos mestizos: Francisco, Juan, Gonzalo, Isabel e Inés. Tras la muerte de su esposo en 1578, la herencia recibida le permitió a Francisca y a sus hijos vivir con gran esplendor en la ciudad de Trujillo. Más tarde, su hijo mayor, el mestizo Francisco Pizarro Yupanqui, se casó con la hija del marqués de Puñonrostro.

Poco después de la boda de su hijo, la princesa inca Francisca Pizarro Huaylas Yupanqui, ya con cuarenta y seis años, asombró a todos contrayendo matrimonio con un hombre mucho menor que ella, don Pedro Arias Dávila Portocarretero, marqués de Puñonrostro y hermano de su nuera. De este enlace nació el mestizo Juan Evangelista Arias Dávila Yupanqui.

Los dos matrimonios permitieron a la familia Pizarro Huaylas Yupanqui dar el salto a la Corte de Felipe II, donde la princesa Francisca dilapidó toda su fortuna. Murió en Trujillo en 1598, a los sesenta y tres años de edad.

Doña Marina y doña Isabel, las madres de México

Una de las figuras más injustamente denigradas de la historia de México es la noble india Malinalli, que se convertiría luego en Malintzin, doña Marina o La Malinche, que es como despectivamente la llaman los propagadores de la leyenda negra[314].

Cuando Malinalli se bautizó, tomó el nombre cristiano de Marina. Posiblemente, una mala pronunciación náhuatl de su nombre venía a decir «Malin» y después añadieron la terminación *tzin* para dar como resultado Malintzin. Sin embargo, hay quien sostiene que Malintzin en anghatl significa «noble prisionera». Sea como fuere, y más allá del origen y del significado de su nombre, lo relevante es que Malinalli no solo eligió llamarse «doña Marina», sino que, además, eligió *ser* doña Marina[315].

Se cree que nació cerca de Coatzacualco, antigua capital olmeca situada al sureste del Imperio azteca, en la región del actual Estado mexicano de Veracruz, entre los años 1496 y 1501. Su lengua era el náhuatl, la misma que se hablaba en la ciudad de Tenochtitlán, donde tenía su residencia principal el emperador Moctezuma[316].

A pesar de pertenecer a una familia noble y de ser una mujer muy hermosa, la joven Malinalli tuvo una vida desgraciada. Siendo muy joven, su padrastro la vendió como esclava a un grupo de mexicas traficantes de esclavos originarios de Xicalango, una importante región comercial al sureste del actual territorio de México.

Posteriormente, tras una de las tantas guerras entre los mexicas y los mayas, los primeros entregaron como tributo al cacique maya de Tabasco a la esclava Malinalli, lo que la obligó a aprender la lengua de los mayas. Derrotados estos por Hernán Cortés y sus hombres (11 de marzo de 1519), la joven Malinalli fue entregada como regalo al conquistador español, tras lo cual fue bautizada y convertida al cristianismo, adoptando el nombre de Marina. En señal de respeto, los soldados de Cortés la llamaron siempre «doña Marina». Ella pronto aprendió el castellano y se convirtió en traductora, consejera y discreta amante de Hernán Cortés.

Ni a los mayas ni a los aztecas Malinalli les debía algo parecido a la lealtad, de modo que decidió desempeñar un papel clave en la derrota del imperialismo antropófago de los aztecas, que, como ya vimos, sacrificaban a los hijos de los pueblos vencidos arrancándoles el corazón con un cuchillo para después arrojar sus

cuerpos desde las pirámides a la muchedumbre, que inmediatamente procedía a devorarlos.

En este sentido, Marvin Harris afirma:

> He seguido el destino del cadáver de la víctima con el fin de demostrar que el canibalismo azteca no era una degustación superficial de las golosinas ceremoniales. Todas las partes comestibles se utilizaban de un modo claramente comparable con el consumo de los animales domesticados. Es legítimo describir a los sacerdotes aztecas como asesinos rituales en un sistema patrocinado por el estado y destinado a la producción y redistribución de cantidades considerables de proteínas animales, en forma de carne humana[317].

No hay duda de que los aztecas no eran ni vegetarianos ni veganos. Su plato favorito era el muslo, pero no de pollo, sino de niño. Resulta jocoso, e incluso ridículo, ver hoy a tantos «indigenistas» veganos criticar, cada 12 de octubre, la conquista española de América…

Por todo ello resulta comprensible que doña Marina decidiera apoyar a Hernán Cortés y participar en las negociaciones que llevaron al conquistador a firmar las alianzas con los caciques de los pueblos oprimidos por los aztecas. Gracias a esas alianzas Cortés logró reunir un ejército formidable sin el cual los trescientos soldados españoles nada habrían podido hacer frente a los miles de hombres que formaban el ejército azteca.

Eran cientos los pueblos que querían liberarse de la dominación azteca y de la crueldad que debían soportar. Para ellos, la caída de Tenochtitlán significó tanto su liberación como el fin del canibalismo en masa. Y doña Marina actuó como intérprete y supo crear un ambiente de entendimiento entre los españoles y los pueblos indios que deseaban terminar cuanto antes con el único estado en la historia de la humanidad que había hecho de la carne humana su comida principal[318].

Hacia finales de 1523 o principios de 1524, doña Marina dio a luz un hijo que fue bautizado como Martín Cortés, a quien puede considerarse —aunque sea simbólicamente— el primer español americano y el primer mexicano. Doña Marina murió en 1527 y fue enterrada en la capilla de Santa María la Redonda, en Ciudad de México.

Por su parte, la princesa azteca doña Isabel Moctezuma era hija legítima del emperador Moctezuma[319]. Tenía once años cuando cayó Tenochtitlán, la capital de los aztecas, en agosto de 1521. A pesar de su corta edad, la pequeña Isabel era ya viuda de su tío Cuitláhuac y esposa de Cuauhtémoc, que murió ahorcado, en

Honduras, cuatro años después de la caída de Tenochtitlán. A instancias de Cortés, a quien el emperador Moctezuma había encomendado la suerte de su hija, Isabel se casó con el conquistador Alonso de Grado, que murió en 1527 sin tener descendencia.

Posteriormente, Isabel contrajo matrimonio con el conquistador Pedro Gallego de Andrade, un extremeño de Burguillos (Badajoz) con el que tuvo a su primer hijo, don Juan Gallego Moctezuma, que fue bautizado por el primer obispo de la Nueva España, fray Juan de Zumárraga. Sus padrinos fueron el licenciado Altamirano y Catalina Cortés Pizarro, hija del conquistador y de Inés Pizarro. En casa de Isabel Moctezuma y Pedro Gallego se congregaron para el acontecimiento las personalidades españolas e indígenas más importantes de la Nueva España.

En 1539, Isabel volvió a enviudar, pero, antes de casarse por quinta vez, tuvo una hija con Hernán Cortés, la pequeña Leonor Cortés de Moctezuma, cuya vida narraremos más adelante.

Isabel tenía ya treinta años y era una mujer rica e influyente cuando contrajo nuevas nupcias con el conquistador extremeño Juan Cano de Saavedra, con quien tuvo cinco hijos —es decir, cinco nietos del emperador Moctezuma—: Juan Cano Moctezuma, Pedro Cano Moctezuma, Gonzalo Cano Moctezuma, Isabel Cano Moctezuma y María Cano Moctezuma. Las dos mujeres, Isabel y María, se convirtieron en monjas y vivieron en el convento de la Concepción, en la Ciudad de México. Juan Cano Moctezuma se casó con Elvira Toledo Ovando y su hermano Gonzalo contrajo matrimonio con Ana Prado Calderón. Es decir, dos hombres mestizos, descendientes del emperador Moctezuma, se casaron con hijas de hidalgos españoles.

Doña Isabel se hizo devota de la Virgen de Guadalupe y ayudó a la cristianización de los indios, que la consideraban reina de México y encarnación de la diosa madre.

> Por su linaje, su personalidad y el matrimonio estable con Juan Cano, doña Isabel Moctezuma era respetada por los españoles. Era una mujer rica, cristiana, inteligente y culta, «señora en todas sus cosas» [...]. Tuvo predilección por la Orden de San Agustín y contribuyó generosamente a la construcción, en la Ciudad de México, de su convento e iglesia (después Biblioteca Nacional), donde fueron sepultados sus restos. Doña Isabel ayudaba en la conversión de los indios y hacía rezar a sus criados[320].

En julio de 1550, Isabel murió de muerte natural y en su testamento quiso que hubiera constancia de su firme fe católica:

En nombre de la Santísima Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios verdadero que vive e reyna por siempre sin fin, amen. Y a honor y gloria y alabanca de Nuestra Señora la Virgen María, a quien tengo por mi señora y abogada[321].

Asimismo, entre sus últimas voluntades señaló la liberación todos los esclavos de su propiedad:

... es mi voluntad que todos los esclavos yndios e yndias naturales desta tierra que el dicho Joan Cano, mi marido, e yo tenemos por nuestros propios, por parte que a mi me toca sean libres de todos servicios e servidumbres e cautiverios como personas libres[322].

Tenía cincuenta años cuando falleció. Había vivido veinte años siendo parte del pueblo azteca y treinta como protagonista de la construcción de un nuevo pueblo: el pueblo mexicano. Siguiendo sus deseos, sus restos fueron sepultados en la iglesia de San Agustín, en un altar lateral dedicado a Santa Mónica.

Martín Cortés Malintzin, el caballero de la Orden de Santiago

El conquistador Hernán Cortés tuvo once hijos, pero, sin duda, el más amado fue el primer varón, a quien el conquistador dio el nombre de Martín en honor a su padre[323]. Martín fue el fruto de la apasionada relación entre Hernán Cortés y doña Marina, por lo que muchos historiadores optan por llamarlo Martín Cortés Malintzin Sin embargo, otros, como José Luis Martínez, prefieren referirse a él como Martín Cortés el Viejo para distinguirlo de su hermano Martín Cortés Zúñiga, fruto del matrimonio de Hernán Cortés con doña Juana de Zúñiga. Nosotros lo llamaremos Martín Cortés Malintzin, en honor a su madre[324].

Nació en Coyoacán, posiblemente hacia fines de 1523 o principios de 1524[325]. No se puede dudar del cariño que le profesaba su progenitor, que incluso llegó a solicitar al papa Clemente XII que declarara a sus hijos, y «a cualquier precio», descendientes legítimos[326].

Qué lejos estaba moralmente el «abominado» Hernán Cortés del «venerado» Thomas Jefferson, que siempre mantuvo como esclavos a los hijos que tuvo con Sally, la esclava negra de su propiedad[327]. Mientras Jefferson consideraba a su hijo negro —llamado Eston Hemings— un simple y despreciable esclavo, Cortés se preocupó de darle a Martín, su hijo mestizo, la mejor formación posible.

El pequeño tenía solo tres años cuando murió su madre, doña Marina, en 1527. Desde entonces, Cortés se hizo cargo de la educación de Martín y en 1529 partió con él rumbo a España. El 16 de abril de ese año recibió la bula papal —le costó una fortuna— en la que se afirmaba que Martín, Luis y Catalina debían ser considerados hijos legítimos[328].

En 1531, Hernán Cortés consiguió que el emperador Carlos V nombrase a Martín, que solo tenía siete años, caballero de la Orden de Santiago, que, fundada en el siglo XII en el reino de León, se dedicaba a proteger a los peregrinos que hacían la ruta del Camino de Santiago y luchaba para expulsar a los musulmanes de la península Ibérica. El mestizo Martín Cortés, el primer español americano nacido en México, no podía recibir mayor reconocimiento en la España de la época.

Hernán Cortés se preocupó también de introducir a su hijo en la Corte y de que recibiera una esmerada educación humanística y militar. Así, Martín Cortés Malintzin, el mestizo de rostro cobrizo y rasgos indígenas, se convirtió en amigo del futuro rey Felipe II, con quien jugaba por los pasillos del Palacio Real. Curiosamente, esta historia se ha mantenido siempre silenciada, quizá porque la idea de una España racista constituye uno de los pilares fundamentales de la leyenda negra.

En 1541, Martín Cortés Malintzin, fiel al espíritu de la Orden de Santiago, se alistó junto a su padre en la expedición que tenía como objetivo la liberación de Argel del dominio musulmán… Permítansenos en este punto realizar una pequeña digresión. Si, como sostienen los defensores de la leyenda negra, solo la ambición de la riqueza motivó al soldado español a realizar la conquista de América, ¿cómo se explica que Hernán Cortés, siendo ya un hombre rico y famoso, decidiera jugarse la vida en la batalla de Argel? ¿Cómo se explica que, estando la batalla totalmente perdida, el viejo Hernán Cortés, que tenía ya cincuenta y seis años, pidiera cuatrocientos hombres para tomar en persona la ciudad de Argel? La propuesta de Cortés podría considerarse casi como suicida, ya que la ciudad otomana estaba defendida por una guarnición de aproximadamente ochocientos turcos y cinco mil berberiscos. ¿Cómo a un hombre que solo lo mueve la sed de oro se le ocurre un plan para enfrentarse a un enemigo que lo supera en más de diez a uno?

Pero Hernán Cortés no solo se jugó la vida en Argel, sino que arriesgó su fortuna. En medio de una gigantesca tormenta, el repliegue ordenado por el emperador fue desastroso: la flota quedó

dispersa, el emperador tardó un mes en llegar a las costas españolas y el barco de Cortés naufragó, y con él, los cien mil ducados en oro y esmeraldas que el viejo extremeño había llevado consigo.

Fue en las playas de Argel donde Martín Cortés Malintzin, con tan solo diecisiete años, recibió su bautismo de fuego y se cubrió de gloria. Antes de que estuviera preparada la artillería para cubrir el desembarco de la tropa, el joven mestizo saltó al agua e incitó a sus compañeros a que lo siguieran, a fin de montar cuanto antes una cabecera de playa. Fue el propio emperador quien primero reconoció la intrépida acción del joven español americano.

El 20 de abril de 1547, el alférez Martín Cortés participó en la batalla de Mühlberg contra los príncipes protestantes que habían conformado la liga Esmalcalda. Unos meses después, el 2 de diciembre, en Castilleja de la Cuesta (Sevilla), murió su padre.

El 10 de agosto de 1557, el español americano volvió a cubrirse de gloria en la decisiva batalla de San Quintín, en la que las tropas del Imperio español derrotaron al ejército francés. Por sus méritos en el campo de batalla, Felipe II lo ascendió al grado Trece de la Orden de Santiago.

Ocho años después, en 1565, el sultán Solimán el Magnífico decidió poner en marcha su plan para apoderarse de la isla de Malta y usarla como base de operaciones para atacar el sur de Italia y, posteriormente, arremeter contra la ciudad de Roma para poner la media luna islámica en la basílica de San Pedro. La conquista de Roma era para los turcos tan importante como lo había sido la de Constantinopla en 1453. Solimán quería pasar a la historia como el conquistador de la capital del mundo católico.

Para la conquista de Malta los turcos lograron reunir doscientas naves, la mayor escuadra que surcara el Mediterráneo en aquellos tiempos, y la apabullante cifra de cincuenta mil hombres. Comprendiendo la gravedad de la situación y la importancia estratégica de Malta, Felipe II planificó la defensa de la isla y nombró a García Toledo general de la Mar. Fue entonces cuando el capitán Martín Cortés Malintzin acudió en auxilio de García Toledo, gracias a lo cual el rey lo ascendió a capitán de Mar y Guerra. En 1566, en Lombardía, bajo las órdenes del duque de Alba, el mestizo volvió a mostrar su coraje combatiendo contra los franceses hugonotes.

No hay ninguna duda de que para Martín Cortés Malintzin la patria era el Imperio. Mil conjeturas podrán hacer los defensores

de la leyenda negra, pero la única verdad es la realidad: nadie combate tanto tiempo y con tanto coraje por lo que no ama.

De decenas de combates salió airoso el hijo de doña Marina y de Hernán Cortés, y su valor fue reconocido y premiado por el mismo rey. Sin embargo, en 1568, la suerte dejó de sonreírle. Acompañado de su medio hermano y tocayo Martín Cortés Zúñiga, decidió regresar a la Nueva España, donde los dos fueron acusados de participar en una supuesta conspiración para «alzarse con la tierra»[329], esto es, de pretender separar a la Nueva España del Imperio. Apresado por orden de la Audiencia —que gobernaba tras la muerte del virrey don Luis de Velasco—, fue torturado para arrancarle el nombre de los supuestos —e inexistentes— conspiradores. Después de horas de terribles sufrimientos, Martín Cortés Malintzin no reveló nada, porque nada tenía que revelar. Cabe añadir el detalle no menor de que la Audiencia no tenía facultad para ordenar la aplicación de torturas, por lo que su acción fue completamente ilegal.

¿Las injustas torturas alteraron el amor y la lealtad que el mestizo caballero de la Orden de Santiago sentía por el Imperio? La respuesta es simple: en absoluto.

Como relata acertadamente José Luis Martínez, la situación se aclaró en España cuando los frailes franciscanos informaron al rey de que la supuesta conspiración no había sido más que la «fantasía» de un grupo de jóvenes que habían perdido el juicio embriagados por Dionisio y deseosos de alardear frente a un grupo de bellas señoritas a las que deseaban conquistar[330]. Ese malentendido, utilizado maliciosamente por los miembros de la Audiencia, costó la vida de numerosos hombres probos que fueron primero torturados y después condenados a muerte[331].

Tan limpio quedó el nombre y la honra de Martin Cortés que, a su regreso a España, fue recibido por el mismo Felipe II. Poco después, el joven mestizo se reincorporó al ejército con el grado de cabo de Tercio, esto es, el segundo en el mando, liderando a un grupo de tres mil soldados divididos en tres armas: pica, arcabuz y espada.

En la Navidad de 1568 estalló en Andalucía la rebelión de las Alpujarras. La población morisca se alzó en armas y los insurgentes reconocieron como su rey a Fernando de Córdoba y de Válor (1520-1569), descendiente del linaje de los califas cordobeses, que tomó el nombre de Abén Humeya. Rápidamente, los moriscos granadinos entraron en contacto con el sultán otomano y con los señores de Argel y de Tetuán, y el hermano de Abén Humeya, Luis de Córdoba

y de Válor, viajó a Argel y a Estambul para recabar apoyos. El tan temido fantasma de Felipe II —la invasión del Imperio otomano a la península Ibérica— estaba a punto de concretarse. Toda España se estremeció ante la posibilidad de una nueva invasión musulmana, mientras que una euforia incontenible se apoderaba del corazón de los pueblos del norte de África, que volvían a soñar con la ocupación de su añorado al-Ándalus. En ese momento, España sintió que era un *estar* entre el islam y el mundo anglosajón protestante.

Mientras tanto, en Granada, los lugares de culto católico fueron saqueados e incendiados, y cientos de frailes y sacerdotes murieron asesinados. Fue en esas circunstancias cuando el mestizo Martín Cortés decidió cumplir con sus votos y, bajo las órdenes de Juan de Austria, hermano de Felipe II, marchó a Granada para combatir la rebelión.

Aunque algunos afirman que murió en 1569 tras caer en una acción heroica mientras cubría la retaguardia de sus tropas[332], otros se inclinan a pensar que falleció en Madrid en 1595[333]. De lo que no hay duda es de que un manto de olvido cubrió su historia y su nombre.

La leyenda negra ha tergiversado no solo la historia de España, sino, además, la de todos aquellos grandes españoles americanos para los cuales la patria era el Imperio. Tal fue la suerte corrida por Martín Cortés Malintzin. En este sentido resulta ilustrativo leer la obra *El naranjo o los círculos del tiempo,* de Carlos Fuentes, donde el gran escritor mexicano, haciéndole decir a Martín Cortés Malintzin palabras que jamás pronunció y dejando traslucir sentimientos que nunca sintió, escribe lo siguiente:

> Yo soy el primer Martín, hijo bastardo de mi padre y de doña Marina, mimadre india, la llamada Malinche, la intérprete sin lacualnada habría ganado Cortés.Mi padre nos abandonó cuando cayó México y mi madre ya no le sirvió para conquistar, antes le estorbó para reinar. Crecí lejos de mi padre, entregada mi madre al soldado Juan Xaramillo. La vi morir de viruela en 1527. Mi padre me legitimó en 1529.Soy el primogénito, mas no el heredero. Debí ser Martín Primero, pero solo soy Martín Segundo[334].

No se puede faltar a la verdad más impune y descaradamente que como lo hace el gran novelista mexicano. Sin embargo, digamos a favor de Fuentes que la mentira está permitida en las novelas; lo que no se puede es tomar una novela como historia. Desgraciadamente, la historia oficial de México, contra la cual tanto luchó José Vasconcelos, es una gran novela.

Leonor Cortés Moctezuma, la mestiza feliz

Leonor Cortés Moctezuma fue hija de Hernán Cortés y de la princesa azteca Isabel Moctezuma. Nació en la ciudad de México entre junio y noviembre de 1528. Leonor, valga aclararlo, era nieta del emperador Moctezuma Xocoyotzin. Sí, de Moctezuma, al que Cortés le arrebató el «imperio»[335].

La suerte siempre sonrió a Leonor, que, cuando murió su padre en 1547, heredó la nada despreciable cifra de diez mil ducados. Siendo ya, por tanto, una mujer rica, contrajo matrimonio con el soldado vasco Juan de Tolosa, descubridor de las minas de plata en el cerro de la Bufa en Zacatecas. El matrimonio tuvo cuatro hijos, todos ellos mestizos, es decir, españoles americanos y bisnietos del último emperador azteca[336].

El mayor, Juan de Tolosa Cortés Moctezuma, se convirtió en sacerdote y vicario de Zacatecas. La siguiente, Leonor, se casó con el conquistador novohispano Juan de Oñate, fundador de la ciudad de Santa Fe de Nuevo México, la primera urbe española estable en el actual territorio de Estados Unidos. Leonor y Juan tuvieron dos hijos: Juan de Oñate Cortés, nacido en 1589, y María de Oñate Cortés, nacida en 1582[337].

La tercera hija de Leonor Cortés Moctezuma fue Isabel de Tolosa Cortés, que se casó con Cristóbal de Zaldívar, hijo del militar Vicente de Zaldívar, teniente capitán general en tiempos del cuarto virrey de Nueva España, don Martín Enríquez de Almansa[338].

La vida de Leonor Cortés de Moctezuma demuestra que la política de fomentar matrimonios mixtos, esto es, la política del mestizaje, pensada y deseada por los Reyes Católicos, fue completamente exitosa. Si hubo diferencias y discriminación en el Imperio español, se debió a la clase social, no a la raza.

Doña Leonor Yupanqui: la princesa conquistadora

Si hay en la historia del Perú una mujer que hizo de la política de mestizaje «su propia política» esa fue doña Leonor Yupanqui, nacida, según algunos historiadores, en Cuzco, y, según otros, en el Alto Perú, en Potosí, hacia el año 1550.

La carismática princesa fue hija del segundo emperador Túpac Yupanqui y de su esposa principal y hermana Mama Ocllo. Su tía materna era Isabel Chimpu Ocllo, enlazada con el hidalgo extremeño, natural de Badajoz, Sebastián Garcilaso de la Vega,

corregidor del Cuzco desde 1554 y padre del Inca Garcilaso de la Vega[339].

Doña Leonor Yupanqui se casó con el conquistador don Juan Ortiz de Zárate.Según los testigos de la época, parece que los esposos no solo se amaban, sino que, además, conformaron un magnifico tándem empresarial que generó grandes beneficios.

Del matrimonio entre doña Leonor y don Juan nació, en la ciudad de Cuzco, la vieja capital inca, en 1561, la princesa Juana Ortiz de Zárate y Yupanqui. Pronto la familia se trasladó a Chuquisaca, la actual ciudad de Sucre, donde Juana fue criada y educada conforme a su rango de princesa. Llamada la «Niña del Plata», Juana fue la mujer más rica del Virreinato del Perú: era propietaria de las minas más importantes de Potosí y de una enorme red de comercio que abarcaba todo el virreinato.

Doña Leonor Yupanqui, que sobrevivió a su marido, guio a su hijaJuanapara que se casara con Juan Torre de Vera y Aragón, enlace del que nació, en 1579, Juan Alonso de Vera y Zárate, quinto adelantado del Río de la Plata y el primero nacido en tierras americanas de origen mestizo.

Doña Leonor Yupanqui, ya anciana, protegió y aconsejó a su nieto Juan Alonso de Vera y Zárate,que en 1615 se convirtió en el primer mestizo de América del Sur que fue nombrado caballero de la Orden de Santiago.

El Inca Garcilaso de la Vega: soldado, historiador y poeta

La vida del Inca Garcilaso de la Vega fue el resultado más sublime de la política de mestizaje, de aquel deseo de Isabel y de Fernando de que «algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias, y las mujeres cristianas con indios».

El escritor peruano Antonio Cisneros nos dice:

> El cuzqueño Inca Garcilaso de la Vega, símbolo de la feliz fusión de dos razas, cuya genealogía ahonda sus profundas raíces en el más remoto pasado hispánico y americano. Era hijo de don Sebastian Garci Lasso de la Vega y Vargas, un soldado valeroso, nacido en Badajoz, oficial de los Tercios de España, de noble alcurnia y de la ñusta (princesa) Isabel Chimpu Ocllo, descendiente directa de los últimos Incas. Sangre de España y sangre del Perú se fundieron así para dar vida en la imperial ciudad de Cuzco, el 12 de abril de 1532, a quien habría de ser prez y gloria del criollo americano[340].

El capitán Garcilaso puso todo su empeño para que su hijo recibiera la mejor educación posible. Así, Garcilaso de la Vega,

junto a los hijos de Francisco y Gonzalo Pizarro, mestizos como él, recibió en Cuzco una esmerada educación en primeras letras a cargo de Juan de Alcobaza.

Como su madre era prima de Huáscar y de Atahualpa, los dos últimos emperadores incas, estuvo en estrecho contacto con lo más granado de la nobleza del imperio incaico, entre la que se encontraban los hijos menores de Huayna Cápac, undécimo y antepenúltimo emperador inca.

Durante la adolescencia y juventud del Inca Garcilaso de la Vega se produjo, tanto en España como en América, una discusión muy acalorada sobre la obra y la persona de Bartolomé de las Casas. Valga recordar que el debate fue muy intenso en el Perú, ya que el emperador Carlos V había ofrecido al controvertido dominico el cargo de obispo de Cuzco, a la sazón una de las ciudades más importantes del Imperio español.

El joven Garcilaso, que hablaba quechua y castellano, que conocía tanto la historia del Tahuantinsuyo como la historia de España, que conocía tanto la tristeza de la nobleza inca como la alegría de los capitanes españoles, que había reflexionado tanto sobre los principios de la religión de su madre como sobre los principios de la de su padre, que había meditado tanto sobre los valores del dios Sol como sobre los valores del Dios cristiano, ante la discusión suscitada por la difusión de las opiniones de Las Casas, se atrevió a opinar públicamente que el dominico era un «instrumento del demonio»[341]destinado a estorbar la evangelización del Perú.

En 1560, muerto su padre, el joven Garcilaso decidió emigrar a España. Se instaló en la localidad cordobesa de Montilla, bajo la protección de su tío, don Alfonso de Vargas, que lo trató y quiso como a su propio hijo. Tanto es así que al morir este en 1571, le adjudicó en su testamento tan importantes bienes que le permitieron vivir el resto de sus días sin preocuparse de su sustento.

En Montilla decidió seguir la carrera militar y, como su padre, logró el grado de capitán. Bajo el mando de don Juan de Austria, hermano de Felipe II, el capitán Garcilaso, motivado por su profunda fe católica, combatió heroicamente contra los musulmanes en la rebelión de las Alpujarras (1568-1571), en la que luchó junto al capitán Martín Cortés Malintzin, el hijo de Hernán Cortés y doña Marina.Mucho le debe España a los españoles americanos que, como el Inca Garcilaso de la Vega y Martín Cortés Malintzin, combatieron arriesgando sus vidas en las sierras de

Granada: si la rebelión de las Alpujarras hubiese tenido éxito, España habría sufrido una nueva y devastadora invasión musulmana.

En 1590, Garcilaso dejó el ejército para dedicarse al estudio, la literatura y la profundización de su vida espiritual.Tradujo del italiano los *Diálogos de amor* del filósofo neoplatónico León Hebreo. En 1605 se editó, en Lisboa, su obra *La Florida del Inca,* y en 1609 publicó, también en la capital de Portugal, la primera parte de su obra cumbre, los *Comentarios reales de los Incas*.

El Inca Garcilaso de la Vega, soldado, poeta, historiador y hombre de profunda fe cristiana, cuatro años antes de su muerte, pidió que su cuerpo fuese enterrado en la catedral-mezquita de Córdoba. Pensaba que uno de los actos más importantes de su vida había consistido en combatir la rebelión musulmana de Granada. La muerte lo sorprendió el 23 de abril de 1616. Pocas horas antes, el 22 de abril, había fallecido el gran manco de Lepanto, don Miguel de Cervantes. Los dos habían sido hombres de pluma y espada, y los dos habían arriesgado sus vidas combatiendo contra el islam. Ese mismo año también murió, en la lejana Inglaterra, William Shakespeare. Los tres habían predicado valores con la pluma.

LA POLÍTICA DE NO MESTIZAJE DE GRAN BRETAÑA: AUSTRALIA, LA PRISIÓN MÁS GRANDE DEL MUNDO

En 2008, el primer ministro de Australia, Kevin Rudd, pidió perdón a los aborígenes públicamente, por vez primera en la historia del país, por el dolor y el daño causados en el pasado. Sus palabras asombraron al mundo, porque la mayoría de los habitantes del planeta desconocían tanto el hecho de que Australia estuviese poblada en el momento de la llegada de los ingleses como el de que Inglaterra hubiera llevado a cabo una política de exterminio sistemático de la población originaria de Australia.

Podemos afirmar que hasta esta petición de perdón existió una «leyenda rosa» sobre la conquista británica de Australia que nunca se había cuestionado. Ese desconocimiento nos obliga a realizar un apretado relato histórico.

En 1770, la expedición del Endeavour, mandada por James Cook, navegó las costas de Australia y desembarcó, el 29 de abril, en la bahía de Botany, al sur de la actual ciudad de Sídney. Sin embargo, Cook regresó a Gran Bretaña sin fundar ninguna ciudad en el novísimo continente.

Los ingleses comenzaron la colonización de Australia ocho años después del desembarco de James Cook, el 26 de enero de 1788, y declararon a Australia *terra nullius,* es decir, sin habitantes humanos, a pesar de que habían contabilizado unos novecientos mil aborígenes que llevaban en Australia aproximadamente sesenta mil años. Conviene repetirlo porque parece increíble: para la «humanitaria» Inglaterra, en Australia no había seres humanos. Los aborígenes australianos eran para los ingleses raros animales, como el ornitorrinco o el canguro; animales que caminaban a dos patas y que parecían tener el don de hablar como los loros. Así pues, ¿qué problema moral podía plantear entonces su exterminio? Los ingleses respondieron que no había ninguno y comenzó la cacería sistemática de esos «raros animales».

A partir de los informes elaborados por James Cook, el Gobierno británico consideró que Australia era la mejor solución para el problema de la superpoblación de sus penales y decidió enviar allí a presos británicos de forma continuada. Así pues, Australia se pobló de estafadores, ladrones y violadores que constituyeron la abrumadora mayoría de los primeros colonos británicos. Sídney, Hobart, Brisbane o Perth fueron fundadas por delincuentes; solo Melbourne y Adelaida fueron creadas por colonos libres.

Entre 1788 y 1868, a bordo de 806 barcos, Inglaterra transportó a Australia aproximadamente a ciento sesenta y cuatro mil condenados a prisión. El 20 % eran mujeres que, aunque no eran prostitutas, se vieron obligadas a vender sus cuerpos para ganarse la protección de los oficiales británicos o de los convictos más fuertes, porque preferían estar sometidas a un hombre que ser violadas por cientos, como pasaba habitualmente cuando no tenían protección. Sin ánimo de ofender, podemos afirmar que, en su origen, Australia fue la tierra de los presos y las prostitutas.

De 1788 a 1823, Nueva Gales del Sur fue oficialmente una colonia penal compuesta en su mayoría por convictos. En 1788, el 75 % de la población de esta región eran delincuentes que cumplían sus penas en Australia. Los presos eran utilizados como mano de obra esclava para realizar todo tipo de trabajo. Las penas oscilaban entre los siete y los catorce años, y al cumplirlas, los convictos se transformaban en hombres libres. Sin embargo, todavía en 1805, el 30 % de la población estaba compuesto por personas que seguían cumpliendo sus penas.

Sobre la famosa «tolerancia» religiosa británica, importa señalar que, pese a que el 24 % de los convictos eran irlandeses[342], la observancia de la misa católica no se permitió hasta 1803[343].

Mientras los ingleses poblaban Australia con presos, llevaron a cabo una política sistemática de eliminación de los nativos australianos. De los novecientos mil aborígenes antes mencionados, solo sobrevivieron treinta mil, pero en ningún momento apareció en Gran Bretaña un Bartolomé de las Casas o un Francisco de Vitoria. Nadie discutió en Inglaterra sobre la legalidad o la ilegalidad de la conquista y nadie se preocupó de la suerte de los aborígenes australianos.

De todas las regiones del novísimo continente, la isla de Tasmania es la única donde no hay ni rastro de los llamados pueblos originarios. En 1876 murió Trugernanner, o Truganini,la última aborigen tasmana,nacida en 1812. En 1642, el explorador holandés Abel Tasman fue el primer europeo en explorar Tasmania, y en 1803 la isla fue colonizada por los británicos como colonia penal. Ese mismo año comenzaron los conflictos entre los colonos y los aborígenes.En 1830, los últimos tasmanos que habían logrado sobrevivir a los veintisiete años de enfrentamientos fueron trasladados por la fuerza a la isla Flinders, localizada en el estrecho de Bass, a unos veinte kilómetros del extremo noreste de Tasmania.

No vamos a discutir ahora si Inglaterra cometió un genocidio en Australia, como todo hace suponer. Nos basta con remarcar que en Australia no hubo ni un Martín Cortés, ni un Garcilaso de la Vega, ni una Leonor Cortés; que no hay ninguna mujer indígena en la historia de Australia que se asemeje a Isabel Moctezuma, Leonor Yupanqui o Elvira de Talagante, y que Gran Bretaña no envió profesores a Australia, sino presos.

España construyó un imperio; Inglaterra, un imperialismo

No hay relación metrópoli-colonia —no hay imperialismo, sino imperio— cuando hay mestizaje y educación de altísima calidad, de excelencia, que permite a los mestizos llegar a ser destacados, reconocidos y admirados poetas, novelistas, historiadores, filósofos y militares.

Se nos podrá decir que no todos los mestizos tuvieron la misma suerte que el Inca Garcilaso o Martín Cortés, y que no a todos los mestizos les sonrió la fortuna como a ellos. Se podrá argumentar que no todas las mujeres indias que ligaron sus vidas a un conquistador español tuvieron la fortuna de Isabel Moctezuma, Leonor Yupanqui o Elvira de Talagante, que fueron mujeres

queridas, amadas y respetadas por sus esposos y disfrutaron de poder y de enormes riquezas.

Ciertamente, hoy como ayer, la suerte de las personas está en gran medida condicionada por la clase social en la que nacen. Digámoslo sin pelos en la lengua: ¿cuántas personas inútiles conoce usted que por haber heredado la fortuna de sus padres han desarrollado su vida sin tener que soportar ningún tipo de preocupación económica?

En el Imperio español hubo mestizos ricos y mestizos pobres, indios ricos e indios pobres, blancos ricos y blancos pobres. También en el Perú actual, el de nuestros días, hay mestizos ricos y mestizos pobres, indios ricos e indios pobres, blancos ricos y blancos pobres. Y todos sabemos que los pobres —de cualquier raza — son los que lo pasan realmente mal. En la época del Imperio español, no todos los mestizos a quienes sus padres dejaron una pequeña o gran fortuna tuvieron la misma suerte, si bien esta nunca se debió al color de la piel, sino a la herencia recibida, a los talentos que poseían y a las circunstancias políticas que les tocó vivir.

La deliberada política de mestizaje ordenada por los Reyes Católicos; el sistema económico establecido por España en América mientras gobernaron los Austrias; los cientos de ciudades fundadas en el interior del continente —no en las costas—; las industrias que allí crecieron; la innumerable cantidad de caminos, hospitales, colegios, universidades e iglesias que los españoles construyeron en el Nuevo Mundo… Todo ese racimo de pruebas demuestra que España nunca consideró que América fuera un botín y que se debe hablar con propiedad de Imperio español y no de imperialismo español. Por el contrario, las obras realizadas por Inglaterra en todos los territorios en donde pudo poner su mano demuestran que debemos hablar con propiedad de imperialismo inglés y no de Imperio inglés.

7
LA FEBRIL FUNDACIÓN DE COLEGIOS Y UNIVERSIDADES

Un investigador que no esté resuelto a cambiar sus posiciones veinte veces, o cuantas veces crea necesario, puede ser todo lo que quiera menos crítico.

CARLOS PEREYRA

Desde mediados del siglo XVII hasta el ecuador del XX, el imperialismo cultural francés, el británico y, posteriormente, el norteamericano consiguieron subordinar a los hispanoamericanos[344] de tal forma que hemos asumido todas las falsedades de la leyenda negra de la conquista española de América sin siquiera reflexionar sobre ellas. Luego, cuando la Unión Soviética y Cuba tomaron el relevo de la prédica de esa misma leyenda negra, la *intelligentzia* se convirtió en «negrolegendaria», es decir, en acérrimos propagandistas del supuesto genocidio de los mal llamados «pueblos originarios» (de Asia) por los «bárbaros» conquistadores españoles.

Paradojas de la historia, la izquierda marxista universitaria —profesores y activistas políticos— se convirtió en la mano de obra más económica del imperialismo yanqui al que esa misma izquierda se proponía combatir. De esta forma no supimos nada de la febril fundación de colegios, universidades y hospitales que realizó España en América; tampoco de los excelentes profesores que desde la península se trasladaron a las Indias para enseñar en esos centros; pero, sobre todo, ignoramos que allí estudiaron tanto españoles como criollos mestizos e indios, que aprendieron de sus maestros españoles la legitimidad del derecho a rebelarse —incluso con armas— contra toda autoridad, incluido el rey, cuya labor no respondiera al bien común.

Como si lo anterior fuera poco, de boca de esos mismos maestros centenares de criollos mestizos e indios escucharon que la propiedad debía desempeñar una función social, porque los

hombres únicamente son administradores de los bienes terrenales dados por Dios no solo para la satisfacción de las necesidades personales y familiares, sino, además, para la satisfacción de las necesidades de todo el pueblo.

LA MEJOR EDUCACIÓN PARA LOS INDIOS Y MESTIZOS

Como nos explica Clarence H. Haring, una vez terminada la conquista de México, «en algunas ciudades grandes pronto se crearon importantes establecimientos para la educación de los indígenas, tanto varones como niñas, principalmente en las artes industriales, pero a veces también en ramas altas del saber»[345]. No le queda otra alternativa al historiador norteamericano que reconocer que, «en verdad, al comienzo había más escuelas para indios que para hijos de españoles. Las dos primeras escuelas de México fueron creadas por los franciscanos, una en Tezcoco, en 1523, por un hermano lego, Pedro de Gante, y otra en México, dos años más tarde, por fray Martín de Valencia»[346]. Y desmintiendo el tan mentado argumento de que España envió a América solo aventureros y cuidadores de cerdos, Haring afirma:

> Pedro de Gante (1480-1572), pariente cercano del emperador Carlos V, sobresalió entre estos primeros educadores misioneros. Llegado a México en 1523, permaneció allí hasta su muerte, a edad muy avanzada, sin haber vuelto nunca a Europa. Famoso por su humildad y modestia, nunca tomó las órdenes, pero se dedicó en cuerpo y alma a la educación de los nativos. Y en la gran escuela de San Francisco, en el barrio indígena de México, que dirigió por más de cuarenta años, generaciones de indios aprendieron a leer y a escribir, recibieron instrucción en varios oficios o se formaron como pintores, escultores y plateros[347].

Con justicia se considera a Pedro de Gante el «primer maestro de América», título que se agranda cuando nos enteramos de que fue tartamudo y que, pudiendo llevar una vida de lujo en Europa, prefirió vivir en la pobreza en América. No se conoce con certeza ni la fecha exacta de su nacimiento ni quién fue su padre. Algunos historiadores creen que fue hijo de Felipe el Hermoso y, por tanto, medio hermano del emperador Carlos V; otros que fue hijo Maximiliano de Habsburgo, es decir, el abuelo de Carlos V.

Junto al convento de San Francisco, Pedro de Gante edificó y dirigió la escuela de San José de Belén de los Naturales, una institución que llegó a reunir a más de mil niños indios que

aprendieron náhuatl, castellano y latín, además de pintura, escultura, bordado, música, carpintería, herrería y talabartería. Además, Gante promocionó la creación de un hospital donde los alumnos de la escuela aprendían el uso de las hierbas medicinales autóctonas y los principios generales de la medicina europea.

Prueba de la calidad de la educación impartida en esta escuela es que de sus aulas salió Diego Valdés (1533-1582), el primer mestizo ordenado fraile en América (1547). Su madre fue una indígena tlaxcalteca y su padre el conquistador Diego Valdés, que estuvo con Hernán Cortés en la famosa «Noche Triste» y en el asalto final de la capital azteca[348]. Conviene recordar, aunque sea brevemente, que la Noche Triste es el nombre con el que pasó a la historia la derrota sufrida por el insignificante puñado de soldados españoles dirigidos por Hernán Cortés y sus numerosísimos aliados indígenas tlaxcaltecas a manos del formidable y gigantesco ejército del imperialismo azteca la noche del 30 de junio al 1 de julio de 1520, en las afueras de Tenochtitlan, hoy Ciudad de México. Durante los festejos organizados por los aztecas para celebrar su victoria, fueron sacrificados y devorados en alegre festín los españoles y tlaxcaltecas capturados esa noche.

El franciscano Diego Valdés —misionero, filósofo, historiador, dibujante y lingüista— dominó con maestría el castellano, el latín, el náhuatl, el otomí y el tarasco, por lo que justamente puede ser considerado un gran políglota. De 1558 a 1562 se dedicó a la evangelización de los indios chichimecas en Zacatecas y Durango, misión en la que casi perdió la vida. Entre 1562 y 1570 fue profesor en el colegio franciscano de Santiago Tlatelolco y en 1575 fue nombrado procurador de la orden franciscana ante la Corte Pontificia. Fue durante su estancia en Europa cuando escribió en latín su obra más importante, *Rhetorica Christiana,* que logró publicar en la ciudad de Perusa (Italia) en 1579[349].

Así, el mestizo Diego Valdés se convirtió en el primer mexicano en publicar una obra en Europa[350] y fue el primer teólogo mestizo en el viejo continente. Probablemente, desde el punto de vista histórico, la afirmación más relevante que pronunció Valdés fue que los indios habían llegado a asimilar plenamente el cristianismo y a ser tan buenos o mejores cristianos que los mismos españoles que les portaron la fe[351].

Contrariando la leyenda negra, la evidencia histórica deja pocas dudas de que España tomó la decisión política de que la mejor educación en América fuera impartida a los indios y a los mestizos.

> Hubo una época, inmediatamente después de la conquista, en que la Iglesia imaginó un vasto programa para elevar a la población indígena, en una generación o dos, a un nivel de cultura similar al europeo... [y] hubo un excelente comienzo, especialmente en la Nueva España. Probablemente, el más famoso de estos primeros colegios fue el de Santa Cruz, en Tlatelolco, en el barrio indio de México. Estaba anexo al convento franciscano de Santiago y, al parecer, precedió a otros similares para los hijos de españoles [...]. Comenzó con sesenta estudiantes, cuidadosamente elegidos entre las familias de jefes indios, a quienes se enseñó latín, retórica, lógica, filosofía, música y medicina mexicana [...]. La escuela tuvo maestros eminentes, españoles y franceses, tales como el gran antropólogo Bernardino de Sahagún, Juan Focher y Juan de Gaona, de la Universidad de París [...]. Los escolares, según parece, mostraban extraordinaria aptitud para adquirir las nuevas disciplinas, y muchos de ellos se convirtieron en excelentes latinistas, llegando incluso a superar a clérigos europeos[352].

Importa destacar que el Colegio Imperial de la Santa Cruz de Santiago de Tlatelolco se inauguró el 6 de enero de 1536, apenas quince años después de la caída de Tenochtitlán. Sin embargo, el dato políticamente más relevante es que fue la primera institución de educación superior de América preparatoria para la universidad y que no estaba destinada a los hijos de españoles, sino a los indígenas.

Aunque los franciscanos fundaron el Colegio Imperial de Tlatelolco y tenían a su cargo su administración, el centro disponía de los subsidios que enviaba el gobernador de la Nueva España, que siempre estuvo pendiente de que al centro no le faltasen los recursos materiales necesarios para desarrollar sus actividades con normalidad. De hecho, fue la gobernación de la Nueva España la que en 1538 decidió reemplazar el primer edificio, construido con abobe, por uno nuevo edificado en piedra.

En el Colegio Imperial de Tlatelolco, los jóvenes indígenas eran formados en latín, gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, astronomía, medicina, música, pintura, teología y religión.

> Durante los cincuenta años de su funcionamiento, el Colegio de Tlatelolco constituyó un establecimiento científico en el cual se cultivó preferentemente la medicina náhuatl y, al mismo tiempo, fue la escuela de ciencias políticas en que se preparaba a los hijos de los caciques para el gobierno de los pueblos de indios[353].

Pero no solo fue el más importante centro de enseñanza de las ciencias y las artes de todo el continente americano durante la primera mitad del siglo XVI, sino que se convirtió en uno de los más

relevantes del mundo. Aunque en un principio no se desarrollaron en el centro investigaciones científicas, en 1552 dos científicos indígenas, exalumnos y profesores del colegio, Martín de la Cruz y Juan Badiano, dieron a conocer un tratado de Botánica y Farmacología que describía las propiedades curativas de las plantas americanas empleadas por los mexicas. Llevaba por título *Libellus de medicinalibus indorum herbis* («Libro sobre las hierbas medicinales de los pueblos indígenas»), pero fue más conocido como *Códice De la Cruz-Badiano*[354].

En 1574, los primeros jesuitas llegados a México fundaron el Colegio de Puebla; ese mismo año, el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo; en 1579, el Colegio de Oaxaca; en 1583, el Colegio de San Idelfonso; en 1596, el Colegio de Guadiana; en 1623, el Colegio de San Luis Potosí, y en 1625, el Colegio de Querétaro. En 1568, la Compañía de Jesús fundó en el Perú el Colegio Máximo de San Pablo de Lima, cuyos profesores formaron un núcleo de excelencia académica a nivel mundial como nunca más tuvo el país en toda su historia hasta la actualidad[355]. Allí enseñaron prestigiosos profesores y escritores, como el antropólogo José de Acosta (1540-1600), el jurista y filósofo Diego de Avendaño (1594-1698), el economista y jurista Pedro de Oñate (1567-1646) y el catequista limeño Francisco del Castillo (1615-1673), conocido como «el evangelizador de los negros». También trabajaron en este centro los padres Hernando Cavero y Pedro de Quintanilla.

El padre José de Acosta, autor de *De Natura Novi Orbis* y el primero en sostener la hipótesis de que los indígenas americanos habrían llegado a este continente a través de Siberia, se hizo mundialmente famoso con la publicación, en Sevilla, de su *Historia natural y moral de las Indias* (1590), traducida al inglés en 1604, donde el jesuita realiza la descripción más meticulosa hasta el momento de las costumbres, ritos y creencias de los indígenas de México y Perú. Además, Acosta publicó en Lima el *Confesionario para los curas de Indias* (1585);en Salamanca, *De procuranda Indorum Salute* (1588), y en Roma, *De Christo revelato* (1590)y *De temporibus novissimus* (1590).

El padre Acosta dominaba a la perfección las lenguas quechua y aimara, por lo que se le encargó la dirección y elaboración del primer *Catecismo trilingüe* (escrito en castellano, quechua y aimara). Dos siglos más tarde, Alexander von Humboldt aprovechó —o «se aprovechó»— de las obras de José de Acosta para fundamentar muchos de sus estudios —en realidad, las plagió impunemente—.

Al padre Diego de Avendaño se le puede considerar el precursor de los estudios de los sistemas políticos comparados y uno de los intelectuales que más reflexionó sobre los problemas políticos que se planteaban en el continente americano. Profesor de Teología, fue, además, el mentor de los Seminarios de Problemas de Moral Práctica, que se celebraron en el Colegio Máximo de San Pablo durante doscientos años. Fue un escritor prolífico y entre sus obras destacan *Epithalamium Christi et Sacrae Sponsae* (Lyon, 1653); *Amphitheatrum misericordiae* (Lyon, 1656); *Expositio Psalmi LXVIII* (Lyon, 1666); *Actuarium Indicum* (Amberes, 1675)y *Problemata Theologica* (Amberes, 1678). Aun así, su obra más importante fue *Thesaurus Indicus* (Amberes, 1668), donde expone magistralmente su pensamiento jurídico, filosófico y religioso.

En sus clases, el padre Oñate enseñó y difundió el pensamiento de los grandes autores de la Escuela de Salamanca, como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Tomás de Mercado, Martín de Azpilcueta, Domingo Báñez, Luis de Molina, Juan de Salas, Leonardo Lessius, Juan de Mariana y Francisco Suárez. Como economista, Oñate trabajó en la teoría del valor, diferenciando el valor objetivo del subjetivo, y reflexionó sobre el concepto de precio, sosteniendo que «el precio es la justa medida del valor vendible, expresado en dinero»[356]. Ante semejantes hallazgos conceptuales en materia económica, bien puede afirmarse que los ingleses le robaron a Pedro de Oñate el título de «padre de la economía moderna», que con justicia le habría correspondido, atribuyéndoselo al escocés Adam Smith.

Para comprender la importancia del Colegio Máximo de San Pablo de Lima, mencionemos que en 1750 la biblioteca del centro reunía alrededor de cuarenta y tres mil libros, cuando en esa fecha la de la Universidad de Harvard poseía aproximadamente unos cuatro mil ejemplares[357].

En 1573, Felipe II dispuso que se fundasen en todas las provincias y obispados del Perú colegios y seminarios para la educación de la nobleza inca. En cumplimiento de la disposición real, los jesuitas crearon en las más importantes ciudades del virreinato numerosos centros de enseñanza, entre los cuales merece especial atención —por su relevancia en la formación de líderes políticos— el Real Colegio de Caciques San Francisco de Borja, creado en 1621 en la ciudad imperial de Cuzco para la educación de la nobleza inca. En este colegio cursaron estudios tanto José Gabriel Condorcanqui —que pasaría a la historia como Túpac Amaru II—, jefe de la rebelión de 1780, como su rival, el cacique de Chinchero Mateo Pumacahua

(1740-1815), quien, al frente de varias milicias indígenas, persiguió y derrotó a Túpac Amaru II en 1781.

Si el Imperio español puso especial esmero en la educación de los indígenas, tampoco descuidó la de los mestizos y criollos.

> Ya en 1533, las autoridades de México sintieron la necesidad de proveer un refugio y escuela para niños mestizos abandonados, y otro para niñas mestizas, e instituciones similares se erigieron en Lima y otras ciudades coloniales. A veces se dotaba a las niñas con fondos de las arcas reales, corregimientos u otras instituciones, para facilitar su casamiento con colonos españoles. Una escuela de ese tipo fue la de San Juan de Letrán, fundada por el virrey Mendoza y el obispo Zumárraga en 1547, dedicada a los mestizos sin hogar y dirigida por los franciscanos. Enseñábanse en ella los rudimentos de idioma y religión, así como oficios; se mantenía por la caridad privada y por un subsidio de la Corona, consistente en dos mil ducados anuales[358].

Por su parte,

> ... los hijos de criollos recibían su instrucción primaria en conventos o escuelas mantenidas por el clero secular o por patronos privados. En teoría, toda comuna debía sostener una o más escuelas primarias; mas las rentas municipales resultaban por lo común escasas [...]. Por otro lado, debe recordarse que la educación popular en el continente europeo apenas se tuvo en consideración antes de la segunda mitad del siglo XVIII, y que no hubo escuelas primarias en Francia hasta 1789. España dio a las colonias lo que tenía. Cualquiera fuesen los defectos existentes, también existían en la madre patria[359].

El veredicto del norteamericano Clarence H. Haring nos parece objetivo, pero vemos que en realidad se trata de un juicio bastante parcial, ya que, en materia de educación, España hizo por los indios y mestizos de América bastante más de lo que hacía por los propios españoles peninsulares. Había más escuelas y colegios gratuitos de excelencia en América que en España, y las niñas y los niños huérfanos gozaban de una mejor educación en las Indias que en la península. ¿Cuántas escuelas y colegios en España podían compararse con la Escuela San José de Belén de los Naturales y con el Colegio Imperial de Tlatelolco?

Por otro lado, ¿se ha dado cuenta el lector de que la Escuela San José de Belén, fundada por Pedro de Gante, era una escuela *trilingüe?* Una escuela donde se enseñaba a los niños indios latín, que entonces era el lenguaje de la ciencia, como lo es hoy el inglés. Los grandes científicos del mundo —alemanes, ingleses y franceses — seguían escribiendo sus obras en esa lengua, y conocerla era condición imprescindible para acceder al estudio de la filosofía

clásica, del derecho, de la medicina y de la ciencia universal. Los estudiantes salían de la institución dominando el castellano, el latín y su lengua materna india. Además, estamos hablando de una educación gratuita. En este punto me surge la siguiente pregunta: ¿acaso no son los colegios verdaderamente bilingües en Lima, Buenos Aires, México o Madrid centros muy caros en los que solo las clases altas y medias altas pueden enviar a sus hijos? La verdad es que en nuestra mal llamada América Latina la educación bilingüe está reservada para los ricos, y la mayoría de ellos no son indios. En el caso de España, no son hijos de obreros. Sin embargo, en el periodo hispánico la educación bilingüe estaba principalmente dirigida a los indios y era gratuita. ¿Dónde queda la falacia de que España solo vino a América a llevarse el oro de México y Perú?

UN ROSARIO DE UNIVERSIDADES

Fue a partir de 1538, con la fundación de la Universidad de Santo Domingo, cuando España se lanzó febrilmente a la creación de universidades en América. Desde la meseta mexicana hasta las sierras de Córdoba, en la actual Argentina. Un impulso que, como se aprecia en la siguiente tabla, no se detuvo nunca.

Universidades fundadas por España en América

1538	Universidad de Santo Domingo	Santo Domingo
1551	Universidad de San Pablo	México
1551	Universidad de San Marcos	Lima (Perú)
1558	Universidad de Santiago de la Paz	Santo Domingo
1580	Universidad de Santo Domingo	Bogotá (Colombia)
1586	Universidad de San Fulgencio	Quito (Ecuador)
1622	Universidad de Santa Catalina	Mérida de Yucatán (México)
1622	Universidad Javeriana	Bogotá (Colombia)
1622	Universidad de San Ignacio	Córdoba (Argentina)
1622	Universidad de San Gregorio	Quito (Ecuador)
1623	Universidad de San Ignacio	Cuzco (Perú)
1624	Universidad de San Javier	Charcas (México)
1625	Universidad de San Miguel	Santiago de Chile (Chile)
1625	Universidad de San Borja	Guatemala
1625	Universidad de San Ildefonso	Puebla (México)
1651	Universidad de Nuestra Señora del Rosario	Bogotá (Colombia)
1676	Universidad de San Carlos	Guatemala
1681	Universidad de San Cristóbal	Huamanga (Perú)
1687	Universidad de San Pedro y San Pablo	México
1688	Universidad de Santo Domingo	Quito (Ecuador)
1696	Universidad Jesuítica de Guadalajara	Guadalajara (México)
1696	Universidad de San Jerónimo	Cuzco (Perú)
1721	Universidad de Santa Rosa	Caracas (Venezuela)
1726	Universidad de San Francisco Celaya	México
1728	Universidad de San Jerónimo	La Habana (Cuba)
1730	Universidad de la Concepción	Concepción (Chile)
1738	Universidad de San Felipe	Santiago de Chile (Chile)
1745	Universidad de San José	Popoyán (Colombia)
1747	Universidad de Gorjón	Santo Domingo
1749	Universidad de San Javier	Panamá
1806	Universidad de San Bartolomé	Mérida (México)
1812	Universidad de San Carlos	Nicaragua

Podría decirse que esta creación febril de universidades se debió a que España quería difundir y afianzar la doctrina católica. Sí, claro, así fue, pero para realizar un juicio justo hay que saber que en Gran Bretaña, supuesto «modelo universal de democracia», hasta 1829 el ingreso a la universidad estaba vedado a los católicos. Es decir, en Inglaterra, los jóvenes católicos ni siquiera podían soñar con pisar una universidad. Debemos mencionar también que en la católica Irlanda —dominada por Inglaterra hasta 1873— el cuerpo docente, los miembros de las corporaciones y asociaciones universitarias, así como los becarios debían ser obligatoriamente protestantes. En Irlanda, un país cuya población era mayoritariamente católica, el «democrático» Parlamento de Londres estableció que solo los protestantes podían ser profesores universitarios. Así trataba Inglaterra a su colonia más cercana y étnicamente más afín.

La constitución de la mayoría de las universidades hispanoamericanas estaba calcada del modelo de la Universidad de Salamanca. Las universidades gozaban de autonomía, dado que «el gobierno de la universidad se hallaba en manos de un claustro, formado por las facultades y los doctores y maestros residentes en la ciudad universitaria o cerca de ella. Lo presidía un rector, elegido anualmente entre los doctores de la institución»[360]. A pesar de las presiones de algunos virreyes, podemos afirmar que las universidades hispanoamericanas siempre mantuvieron su autonomía.

Las universidades no eran gratuitas, pero «los derechos de matrícula eran muy pequeños, mas los de graduación solían ser altos [...]. Sin embargo, frecuentemente se concedían becas o exenciones de derechos a estudiantes aventajados de familias pobres, y la mayoría de los colegios y las universidades mantenían estudiantes con los fondos reales o con donaciones particulares»[361].

Terminaremos este apartado volviendo al dato más relevante desde el punto de vista político, pues pone en evidencia la falsedad de la leyenda negra:

> La instrucción universitaria se encontraba abierta a los indios, especialmente a los hijos de los jefes indígenas, y en la época de los Habsburgos, al parecer, también a los mulatos libres[362].

El ejemplo de la Real Universidad de México

La Real Universidad de México, conocida también como Universidad de San Pablo,fue creada por Real Cédula del emperador Carlos V y firmada en su nombre por el príncipe Felipe en la ciudad de Toro (Zamora), el 21 de septiembre de 1551. Se inauguró el 25 de enero de 1553.

> Recibía del Tesoro Real un subsidio de mil pesos de oro por año, y contó al principio con cátedras de latín, retórica, filosofía, derecho civil y canónico, escritura y teología [...], por último, contó con veinticuatro cátedras, incluso dos de medicina [...]. Es bueno recordar que en las colonias angloamericanas no hubo instrucción oficial en medicina hasta 1765, y no se licenció ningún médico hasta 1770 (Nueva York) y 1772 (Nueva Jersey)[363].

La institución estaba destinada tanto a los españoles como a los mestizos e indios. Cierto que fueron pocos los indios que estudiaron allí, pero los hubo. España no levantó esta universidad para que estudiaran en ella únicamente los hijos de españoles —muy pocos, por cierto— o los de españoles con indias. Por el contrario, el centro estaba abierto a todos los habitantes de México, porque todos eran considerados españoles, aunque, como sigue ocurriendo hoy, les era más fácil ir a la facultad a los hijos de los ricos que a los de los pobres. ¿Acaso no es cierto que, actualmente, en las universidades mexicanas la población india es minoritaria y está subrepresentada?

La Real Universidad contaba con cinco facultades —Teología, Derecho Canónico, Derecho Civil, Medicina y Artes—, así como con diversas cátedras «libres», —esto es, sin facultad—, como la de Astrología y Matemáticas, la de Retórica, la de Gramática y la de Lenguas indígenas (azteca y otomí). Sí, ha leído usted bien: en la Real Universidad de México se estudiaban las lenguas indígenas para que no cayesen en el olvido. ¿En qué universidad de las Trece Colonias de América del Norte se estudió el idioma de los sioux, de los apaches o de los navajos?

Los grados que se otorgaban eran los de bachiller, licenciado, maestro y doctor, y el idioma en el que se impartían las clases era el latín. Heredera de la tradición medieval, la Real Universidad de México fue concebida como una corporación; es decir, quienes pertenecían a la institución tenían protección legal y otros derechos, como el de ser juzgados por el tribunal de la corporación. Los estudiantes gozaban de numerosos privilegios ante el gobierno del virreinato y de la propia Ciudad de México, como el de no pagar impuestos o diezmos y el de ser juzgados únicamente por las autoridades universitarias.

Los mejores profesores, para América

Entre los más destacados profesores que enseñaron en las universidades y colegios de México merecen citarse, entre otros, a Alonso Gutiérrez —en América adoptó el nombre de Alonso de la Vera Cruz—, Francisco Cervantes de Salazar, Bartolomé Frías de Albornoz y Antonio Rubio de Rueda, considerado «el más importante de los jesuitas españoles enviado a América»[364] debido a la gran influencia que su obra filosófica —centrada en Descartes— tuvo en Europa. De hecho, el propio Descartes, mientras estuvo en el Real Colegio de La Flèche, estudió los comentarios a la *Lógica* de Aristóteles que Rubio de Rueda incluyó en su *Lógica mexicana*[365].

En el artículo titulado «Perfil del pensamiento filosófico de fray Alonso de la Vera Cruz», el filósofo y sacerdote mexicano Mauricio Beuchot nos explica que Alonso Gutiérrez nació en 1507 en la provincia de Toledo, en la pequeña localidad de Caspueñas, en el seno de una familia bastante acomodada. Estudió Gramática y Retórica en la Universidad de Alcalá de Henares y después Filosofía y Teología en la de Salamanca, donde se convirtió en discípulo del gran teólogo y jurista Francisco de Vitoria, el padre del Derecho Internacional. Tuvo también como profesor a Domingo de Soto, quien, junto a Francisco de Vitoria, lo introdujo en la filosofía tomista. En la Universidad de Salamanca, Alonso Gutiérrez recibió el grado de maestro en Teología[366].

En 1536 abandonó su brillante carrera y, junto a un grupo de agustinos, se embarcó hacia la Nueva España con la intención de dedicarse plenamente a la evangelización de México. El 22 de julio de 1536 desembarcó en Veracruz, ingresó en la Orden de San Agustín y cambió su apellido por el de Vera Cruz

Sin duda alguna, Alonso de la Vera Cruz fue la figura más relevante de la filosofía en Hispanoamérica durante todo el siglo XVI. Como señala Mauricio Beuchot, su enseñanza abarcó tanto la lógica como la física y la ética social. Ejerció el magisterio en la Real Universidad de México y en los colegios de agustinos que él mismo fundó. En tierras michoacanas aprendió la lengua tarasca para predicar la doctrina cristiana a los indios y, como profesor, estuvo a la altura de los mejores de Europa[367].

Importa resaltar que fray Alonso de la Vera Cruz fundó en 1540 el convento de San Juan Bautista, creó la primera biblioteca de América y dictó el primer curso de Filosofía en el Nuevo Mundo,

ciento cuarenta y cinco años antes de que en la Universidad de Harvard se comenzara a enseñar esta disciplina.

También contribuyó a fundar, en la población de Pátzcuaro, en el Estado de Michoacán, el Real Colegio de San Nicolás Obispo, que luego se convertiría en una de las primeras universidades del continente. Allí recibieron clases personajes tan ilustres como el cura Miguel Hidalgo, el sacerdote José María Morelos, el padre José Sixto Verduzco, el hacendado José María Izazaga y el abogado Ignacio López Rayón. En 1553, fray Alonso de la Vera Cruz, sin descuidar nunca su vida religiosa, empezó a escribir su tratado de Filosofía, como hemos dicho, el primer libro de esta materia escrito en el continente americano.

Entre sus demás obras destaca *De dominio infidelium,* donde el agustino, siguiendo el pensamiento de su maestro Francisco de Vitoria, sostiene que «la soberanía procede del pueblo y que el gobernante se vuelve un dictador por el modo en cómo accede al poder *(tyrannus ab origine,* o a título) y por la manera de gobernar o regir *(tyrannus a regimine)».* Posteriormente afirma que «cualquiera de los dos títulos hace al gobernante injusto merecedor de ser depuesto»[368] y niega «que haya siervos por naturaleza, en consecuencia, con lo cual el dominio sobre los indios (por el rey y los encomenderos) depende de la voluntad popular y no pueden poseerse sus tierras, ya que los naturales ni siquiera por su infidelidad o paganismo pierden el derecho a poseerlas»[369]. Pese a todo, aclara que no hay ninguna duda de que «el papa puede darle al emperador alguna parte del mundo para que la haga evangelizar»[370]. Lo que sostiene fray Alonso era algo verdaderamente revolucionario para la época: a saber, que el rey era rey solo si la voluntad popular así lo aceptaba, porque el poder proviene siempre de Dios y el creador se lo otorga siempre al pueblo y este lo delega al rey para que el rey sea el realizador de un proyecto político de justicia basado en los evangelios. Para fray Alonso fueron los indios dominados por el imperialismo antropófagos de los aztecas los que aceptaron al rey de España porque el orden político que este les proponía era más justo que el existente antes de la llegada de los españoles, ya que el antiguo orden político estaba basado en la opresión, el terror y la antropofagia. De esta aceptación deriva la autoridad real.

En la misma línea de reflexión que Francisco de Vitoria, Alonso de la Vera Cruz enumera las motivaciones ilegítimas que se aducían para la conquista de las Indias, así como las que podrían alegarse como legítimas. Entre las segundas, el agustino se refiere

al «régimen tiránico de los príncipes bárbaros», que debe evitarse; a la antropofagia y los sacrificios humanos; a las alianzas entre los españoles y otros pueblos indígenas, como los tlaxcaltecas, y a la elección libre y voluntaria de los indios[371].

Entre sus alumnos estuvo el gobernador indio de Pátzcuaro, don Antonio Huirziméngari Mendoza y Calzonzin, hijo del último cacique de los tarascos[372]. Asimismo, fueron discípulos suyos Francisco Cervantes de Salazar, escritor y maestro universitario, y los escritores fray Esteban de Salazar y Andrés de Tordehumos.

Aunque se desconoce la fecha exacta, sabemos que Francisco Cervantes de Salazar nació en Toledo entre 1513 y 1518. Estudió en Salamanca, aunque no logró graduarse. En la Real Universidad de Toledo fue discípulo del maestro en Gramática don Alejo de Venegas, con quien estudió latín, griego y hebreo. Cabe mencionar aquí que Venegas escribió el tratado de Ortografía más importante de la época, *Tractado de orthographia y acentos en las tres lenguas principales,* publicado en Toledo en 1531. Francisco Cervantes de Salazar estuvo al servicio del cardenal García de Loaysa, confesor de Carlos V, lo que le permitió entrar en contacto con Hernán Cortés.

En 1550 se trasladó a América para estudiar en la Real Universidad de México, de la que llegó a ser rector, y cuatro años después se ordenó sacerdote. Entre sus obras destaca *Crónica de la Nueva España*[373], pues posee un gran valor histórico y antropológico por la información que proporciona sobre la conquista de México y las culturas indígenas. Escribió también una obra titulada el *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*[374], donde describe las ceremonias que se realizaron en la capital del Virreinato de Nueva España con ocasión del fallecimiento del emperador Carlos V. Como detalle que revela su importancia, algunos autores han llegado a atribuirle la autoría del *Lazarillo de Tormes*. Cervantes de Salazar murió en Ciudad de México el 14 de noviembre de 1575.

Bartolomé de Albornoz nació en Talavera de la Reina en 1519. Estudió Derecho en la Universidad de Salamanca y se doctoró en la Universidad de Osuna. El humanista y gramático español Francisco Sánchez de las Brozas lo llamó doctor *in linguis omnibus perfectissimum,* esto es, consumado en todas las lenguas, ya que Albornoz dominaba el latín y el griego y leía en hebreo, árabe, francés e italiano.

En 1553, ya en la Universidad de México, con apenas treinta y cuatro años, fundó la cátedra de *Instituta,* es decir, de Derecho

Civil. Experto en Aristóteles y Cicerón, fue famoso en su época por defender la abolición de la esclavitud. En 1573 publicó en Valencia su *Arte de los contractos,* donde refuta y niega licitud no solo al tráfico de esclavos, sino a la esclavitud misma.

El impuso de excelencia que recibió la educación en México gracias a las aportaciones de estos profesores y eruditos fue tal que difícilmente podemos imaginar que haya ocurrido en el país algo semejante a lo largo de toda su historia.

En la Universidad de San Marcos de Lima enseñaron profesores formados en Salamanca, como Pedro Gutiérrez Flores, rector de la institución (1580-1581); Francisco de León Garavito, catedrático de Prima de Leyes y también rector (1601-1602), y Alonso Velázquez. Los tres llevaron a las Indias el espíritu renovador que florecía en Salamanca. Así, la Universidad de San Marcos, hacia 1578, funcionaba con doce cátedras, «entre ellas dos de lenguas nativas y una de Medicina. Los dos primeros rectores, es interesante consignar, fueron médicos»[375].

Destaquemos que numerosos condiscípulos del teólogo y filósofo jesuita Francisco Suárez se trasladaron a la América española para ejercer la docencia. Entre ellos mencionaremos a Juan de Atienza, rector del Colegio de San Martín de Lima, que llegó a contar con más de trescientos estudiantes; Juan Perlín, profesor de Filosofía en Quito, Cuzco y Lima, que posteriormente regresó a España por petición expresa del propio Francisco Suárez, quien lo solicitó como colaborador, y Diego de Torres Bollos, fundador del Colegio Máximo de Córdoba, luego transformado en la Universidad de San Ignacio de Loyola.

A todos los insignes maestros ya mencionados, habría que añadir otros como Pedro de Oñate, Hernando Cavero, Pedro de Quintanilla, Pedro Gutiérrez Flores, Francisco de León Garavito, Alonso Velázquez, Antonio Torquemada, Miguel de Ampuero, Cristóbal Gomera, Lauro Nuñes, Ignacio de Frías, Francisco Burgés, Cristóbal Griijalba o Diego de Torres Bollos.

También pasaron por América muchos escritores, como Alonso de Ercilla (1533-1594), que escribió el poema épico *La Araucana;* Bernardo de Balbuena (1568-1627), creador de *Grandeza mexicana;* el extremeño Martín del Barco Centenera (1535-1602), autor del poema épico titulado *La Argentina,* oel poeta Gutierre de Cetina (1518-1572), autor del madrigal *Ojos claros, serenos*.

Por último, señalemos que fue a vivir sus últimos años de vida a México una de las grandes figuras del Siglo de Oro español, don Mateo Alemán, creador de la novela picaresca moderna. Y, por si

fuera poco, «el propio Miguel de Cervantes pidió venir a América para ocupar un cargo vacante»[376], petición que la Corona no le concedió.

La doctrina política de las universidades

España no solo fundó universidades en América, sino que en sus aulas fueron formados criollos mestizos e indios en una teoría política realmente revolucionaria para la época y opuesta a las doctrinas en boga en Francia e Inglaterra, que defendían al absolutismo monárquico.

Como ya hemos mencionado, los universitarios hispanoamericanos aprendieron de sus profesores la teoría que dice que el depositario real del poder, que siempre emana de Dios, es el pueblo y no el rey, por lo que el primero tiene derecho a la revolución, incluso al tiranicidio, si el segundo no ejerce el gobierno en beneficio de todos.

En las universidades hispanoamericanas se enseñó el pensamiento político del padre Francisco de Vitoria, que sostenía que el monarca era elegido por el pueblo, que le «encomendaba» el poder social que viene de Dios, único poder superior natural de los hombres, que por esencia son libres e iguales. Afirmaba Vitoria que el rey tampoco era el amo del reino, sino el «padre» de su pueblo, por lo que no podía gobernar a su antojo y en particular provecho, sino oyendo al pueblo conforme a derecho y en beneficio del bien común.

Figura central del pensamiento político que se enseñó en América fue también el padre Mariana, que en 1598 escribió, a petición del preceptor de Felipe III, García de Loaysa y Girón,el libro *De rege et regis institutione,* su obra política más relevante. Tanto que en 1610 fue quemada en la cuidad de París, por entonces capital intelectual del absolutismo monárquico.

En su obra, Mariana ataca los cimientos ideológicos del absolutismo monárquico, pues sostiene que el poder real no deriva de Dios, sino de un contrato celebrado entre el monarca y el pueblo, representado este por las Cortes. Mariana sostiene que la monarquía puede derivar en tiranía —en su opinión, la última y más execrable forma de gobierno, ya que degenera en todos los vicios, en especial en los de la lujuria, la avaricia y la crueldad—, por lo que le otorga al pueblo el derecho a la revolución y a la ejecución del tirano. Recuerde el lector que, como ya hemos dicho, Mariana escribió su obra a petición de García de Loaysa, es decir,

del propio rey de España, que se resistía a aceptar la teoría del absolutismo monárquico. Tan grande ha sido el peso de la leyenda negra que se nos ha hecho creer que España era un país reñido con el espíritu de la libertad.

Sin embargo, el pensamiento político filosófico más influyente en las universidades hispanoamericanas fue el del padre Francisco Suárez, formado en una Universidad de Salamanca —en su momento de máximo esplendor— que todavía estaba marcada a fuego por la impronta de las ideas del dominico Francisco de Vitoria. A petición de la propia Iglesia católica, Francisco Suárez sostuvo una importante polémica con el rey de Inglaterra, Jacobo I, quien, siguiendo las doctrinas del más puro absolutismo monárquico, sostenía que el poder de los reyes era una delegación divina y que, por tanto, no debían responder por ninguno de sus actos ante sus súbditos, sino únicamente ante Dios. En su *Defensio fidei catholicae adversus anglicanae seactae errores,* Suárez sostiene que la legitimidad de los reyes no es de carácter divino, sino humano, y que cuando la ley es injusta están justificadas la desobediencia y la revolución. El poder —afirma Suárez— proviene de Dios, fuente de toda razón y justicia, pero no pasa de Dios al monarca, sino que es el pueblo el que hace de intermediario. Es decir, es el pueblo el que, siendo depositario del poder, se lo entrega a los hombres que han de gobernar el Estado a través de una suerte de contrato que establece que, si esos gobernantes no cumplen su función de acuerdo al bien común y se transforman en tiranos, el pueblo tiene derecho a levantarse en armas en contra de esos tiranos y a reasumir el poder para dárselo a otros gobernantes capaces de cumplir sus funciones de manera adecuada.

El pensamiento político de Suárez se enseñó en todas universidades de la América española hasta la expulsión de los jesuitas (2 de abril de 1767)[377]. Por ello, siguiendo al sacerdote e historiador argentino Guillermo Furlong, podemos afirmar que en Hispanoamérica no fueron ni Locke ni Rousseau los pioneros de la idea de la soberanía popular, sino el filósofo y teólogo jesuita don Francisco Suárez[378].

Los frutos de la enseñanza

La enseñanza, la formación y el aprendizaje en la América española se vieron favorecidos porque

> ... los hombres y las mujeres de las colonias tenían oportunidad de comprar y leer las obras de los grandes escritores españoles casi inmediatamente después de publicadas en la península [...]. Las obras de ficción y todo cuanto se imprimió en España pasó libremente a América, a menos que tratara de cuestiones políticas o religiosas especialmente proscriptas. Los españoles y criollos de América tenían acceso a la misma literatura corriente que sus contemporáneos de España. Los funcionarios de la Casa de Contratación y los inquisidores de Sevilla, encargados de la censura de los libros enviados a las Indias, se mostraron extremadamente liberales y rara vez procedieron al embargo de literatura[379].

Pero Hispanoamérica no solo importó libros, sino que los publicó. Así, en 1539, el italiano Giovanni Paoli Lombardo, socio del impresor alemán establecido en Sevilla Juan Cromberger, llegó a México y puso en funcionamiento la primera imprenta del Nuevo Mundo. Es posible que el primer libro editado por Paoli Lombardo fuera la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana que contiene las cosas más necesarias de nuestra sancta fe catholica para el aprovechamiento destos indios naturales y salvación de sus ánimas,* y fue en la imprenta de Juan Pablo —que castellanizó su nombre— donde se imprimieron tres de las principales obras filosóficas y teológicas de fray Alonso de la Vera Cruz: *Recognitio summularum* (1554), *Dialectica resolutio* (1554) y *Physica speculatio* (1557).

LAS COMPARACIONES SON ODIOSAS

En 1830, Francia conquistó Argelia, que permaneció como colonia francesa hasta 1962. Los galos, al parecer sin demasiada prisa, fundaron la Universidad de Argel en 1909.

Portugal comenzó la conquista de Mozambique en 1505 y fundó la Universidade de Lourenço Marques el 23 de diciembre de 1968, es decir, 463 años después del comienzo de la colonización.

En las colonias británicas de América del Norte —si es que podemos equiparar un *College* a una universidad— los ingleses fundaron la Universidad de Harvard en 1636; la de Yale, en 1701; la de Princeton, en 1746; la de Pensilvania, en 1749; la de Columbia, en 1754; la de Rhode Island, en 1764, y la de New Hampshire, en 1770. Nótese que los ingleses fundaron la Universidad de Harvard ochenta y cinco años después de que los españoles hicieran lo propio con la de San Marcos.

Los británicos fundaron en Canadá la Universidad de New Brunswick en 1785. En Australia, levantaron la de Sídney en 1850 y la Melbourne en 1853. En Nueva Zelandia se inauguró la Universidad de Wellington en 1897.

En la India, elreverendo Alexander Duff fundó la Universidad de Calcuta el 24 de enero de 1857. Pocos meses después, el 18 de julio, los ingleses inauguraron la Universidad de Bombay, y los primeros títulos —licenciaturas en Artes y en Medicina— se concedieron en 1862. El 5 de septiembre de 1857, las autoridades británicas fundaron la Universidad de Madrás.

Para tener otros puntos de referencia resulta interesante saber que la Universidad de Laussane se fundó en 1537 y la de Ginebra en 1559. Es decir, la de San Marcos, en el Perú, se inauguró solo dieciséis años después que la de Laussane y seis antes que la de Ginebra.

La Universidad de Edimburgo se fundó en 1583 y la de Estrasburgo en 1621; es decir, la de Córdoba, en Argentina, fue creada apenas treinta años después que la de Edimburgo y ocho antes que la de Estrasburgo.

Por último, mencionaremos que la Universidad de San Petersburgo fue fundada en 1724, es decir noventa y seis años después que la Universidad Javeriana de Bogotá. La de Moscú abrió sus puertas en 1755, doscientos cuatro años después que la de San Marcos en Lima.

Dos universidades fundaron los portugueses en África, y siete construyeron los ingleses en las Trece Colonias de América del Norte, la más antigua de las cuales es la de Harvard, en 1636, es decir, noventa y ocho años después de que la Corona española inaugurara la Universidad de Santo Domingo y ochenta y tres después de que abriera sus puertas la Universidad de San Marcos.

Tres universidades —solo tres— fundaron los ingleses en la India, un territorio gigantesco e infinitamente más poblado que el continente americano. No se conoce que el Imperio alemán, en sus dominios en África, Asia y Oceanía, creara ninguna universidad. Bélgica no abrió ni una sola en el Congo.

Treinta y dos universidades fueron fundadas por España en Hispanoamérica. Las comparaciones son odiosas dice un refrán —sobre todo para los que salen perdiendo con ellas—, pero no hay duda de que en muchas ocasiones resultan muy útiles.

8
Los hospitales en América: el orgullo del Imperio español

Hospitales gratuitos para todas las razas

Si hay algo que demuestra que América nunca fue vista por España como un botín es la decisión de sembrarla de hospitales y de desarrollar, una vez terminada la conquista, una política de protección social que abarcara todas las razas y condiciones sociales. Que se trató de una política de Estado lo demuestran las Leyes de Indias, la primera de las cuales (7 de octubre de 1541), en su Libro I, Título IV, señalaba:

> Que se funden hospitales en todos los pueblos de Españoles e Indios. Encargamos y mandamos a nuestros virreyes, audiencias y gobernadores, que con especial cuidado provean que en todos los pueblos de españoles e indios de provincias y jurisdicciones se funden hospitales donde sean curados los pobres enfermos, y se ejercite la caridad cristiana [...][380].

Asimismo, la Ley II del 13 de julio de 1573 afirmaba:

> Cuando se fundare o poblare alguna ciudad, villa o lugar, se pongan los hospitales para pobres enfermos con enfermedades que no sean contagiosas junto a las iglesias, mientras que los enfermos con enfermedades contagiosas en lugares levantados y para que ningún viento dañoso pasando por los hospitales vaya a herir en las poblaciones[381].

Por último, la Ley III decía que «mandamos a los virreyes del Perú y Nueva España que cuiden de visitar algunas veces los hospitales»[382].

A finales del siglo XVI las ciencias médicas españolas —herederas de las tradiciones judía y árabe— estaban a la cabeza en Europa. Por ejemplo, España tiene el mérito de haber fundado el primer hospital psiquiátrico del mundo, obra de fray Gelabert Jofré, en Valencia, en 1409.

El 29 de noviembre de 1503, el gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, veterano de la conquista de Granada, fundó el hospital de San Nicolás de Bari, el primero en el Nuevo Mundo, en cumplimiento del capítulo 12 de las instrucciones que los Reyes Católicos entregaron en marzo de ese mismo año, donde se ordenaba «hacer en las poblaciones donde se viere que fuera más necesario casa para hospitales en que se acojan y curen los pobres, así de los cristianos como de los indios»[383].

San Nicolás de Bari se edificó en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, capital de La Española, actual República Dominicana. En sus inicios fue un pequeño edificio de madera y paja, pero en 1522 era ya uno de los grandes edificios públicos de la isla —de arquitectura renacentista y gótica— construido con piedras y ladrillos. Prueba de la calidad y de la solidez de su edificación es que resistió siglos de huracanes y terremotos[384]. El hospital se mantuvo en buen estado y en perfecto funcionamiento hasta octubre de 1822, cuando comenzó a deteriorarse poco a poco hasta que el 7 de mayo de 1842 un terremoto lo convirtió en ruinas.

El hospital tenía tres naves. La central funcionaba como una capilla y las dos laterales albergaban a los enfermos, con un promedio de cincuenta a sesenta personas al día. Sobre San Nicolás de Bari fray Bartolomé de Las Casas afirmaba:

> Esta dicha ciudad tiene un hospital muy bueno, llamado San Nicolás; tiene veinte mil pesos de renta de la moneda corriente; los patronos son legos, y el beneficio de este hospital es muy grande y de gran cuidado y recaudo. Hay de ordinario cuarenta y cincuenta pobres. Los patronos son legos, a cuyo cargo está[385].

Desde un punto de vista político, ¿qué supuso la construcción del hospital San Nicolás de Bari?, se pregunta el académico mexicano Guillermo Fajardo-Ortiz, quien a continuación afirma que «su construcción y sus servicios significaban una comunión entre los conquistadores y los conquistados, entre autoridades políticas, religiosos y pobres»[386].

El doctor Merlín Fernández, representante de la Organización Mundial de la Salud en la República Dominicana, afirma que el hospital de San Nicolás de Bari era «imponente para su tiempo [...] ha quedado como mudo y elocuente testigo de un sincero afán de organizar [por parte de España] los servicios de salud de estas tierras, cuando los nuevos habitantes no habían cumplido sus primeros siete años de vida estable»[387]. Además, destaca «su bien pensado mecanismo de sostén y administración, su patronato

responsable, su apertura a todas las clases sociales, su unión con un organismo internacional, o que ahora llamaríamos "instituciones hermanas", y quizá hasta su autonomía frente a las instituciones políticas o eclesiásticas»[388].

En el hospital se atendían «males trasculturados que afectaban por igual a propios y extraños», tales como

> ... pasmos que dan en el cerebro, en el estómago o en los riñones, y en cualquier parte son de muerte [...], paperas, calenturas, cámaras, opilaciones, lazarinos, erisipelas, postemas, corrimientos... elefantiasis (también llamada lepra de los árabes), que consiste en una amplia variedad de humores venéreos viscosos que se acumulan en los pies y las piernas, los cuales se hinchan en arrugas hasta un tamaño que sobrepasa a veces al del cuerpo humano, a semejanza de un pie de elefante deforme; es considerada incurable[389].

A partir del siglo XVI, la ciudad de Santo Domingo tuvo otros dos hospitales: el hospital de Pobres de San Andrés y la leprosería de San Lázaro, en la parte alta de la ciudad y fuera de los muros del casco urbano colonial. El de San Andrés, que era un hospital eclesiástico, fue fundado en 12 de mayo de 1512. En enero de 1586, el pirata Francis Drake destruyó casi por completo las dependencias del centro y el fuego hizo que el mobiliario y los documentos del archivo desaparecieran. No se conoce la fecha de fundación de la leprosería de San Lázaro, aunque sabemos que ya estaba en pie durante el saqueo de Drake, porque sus hombres redujeron a pedazos la imagen del «señor San Lázaro»[390].

HERNÁN CORTÉS, FUNDADOR DE HOSPITALES EN NUEVA ESPAÑA

El primer hospital de la Nueva España fue el de Jesús —originariamente llamado hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno—, fundado en la Ciudad de México en 1521 por el mismísimo Hernán Cortés[391]. El primer director —nombrado por el conquistador— fue fray Bartolomé de Olmedo, que había bautizado a doña Marina y celebrado la primera misa en Tenochtitlán. En sus inicios, el personal estaba compuesto por un médico, un cirujano, un barbero, un enfermero mayor, una enfermera, una cocinera, un administrador interno y tres capellanes.

> La capacidad del hospital, muy corta en un principio, alcanzó en el siglo XVII la cifra de cuatrocientos enfermos anuales. No fue nunca un

> hospital de multitudes, pues se procuraba que el número de enfermos no rebasase las posibilidades económicas de la institución, a fin de que el servicio fuese eficiente. De allí se derivó la poca mortandad. Hasta el año de 1770, el hospital había tenido de setenta a ochenta camas[392].

Fue en este hospital donde, a propuesta del español Juan de la Fuente, nació en 1578 la Facultad de Medicina de la Real y Pontificia Universidad de México, la actual Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)[393].

Durante sus más de cuatro siglos de funcionamiento tuvieron lugar en sus salas dos hitos relevantes para la medicina en América. El primero ocurrió el 8 de octubre de 1646, cuando el galeno Juan Correa realizó la primera disección anatómica con fines didácticos en el continente[394]. El segundo tuvo lugar el 17 de marzo de 1956, cuando el doctor Raúl Baz Iglesias efectuó la primera cirugía a corazón abierto practicada en Hispanoamérica a una niña de ocho años utilizando hipotermia[395].

La creación de este hospital fue un proyecto personal de Hernán Cortés, que lo pensó para que prestara servicio sin distinción entre españoles, indígenas y castas[396]. Hasta la muerte del conquistador español (1547) se mantuvo gracias a las limosnas y donaciones de particulares, pero Cortés estableció en su testamento que la renta de sus inmuebles en la Ciudad de México debía servir para cubrir los gastos del centro sanitario. Asimismo, dispuso que debía ser una institución laica, gracias a lo cual no fue demolido con las llamadas «Leyes de la Reforma»[397] (1855-1863), que sirvieron de excusa para destruir iglesias, colegios y hospitales católicos[398].

El diseño arquitectónico del hospital de Jesús fue pensado por Cortés y por el primer médico que llegó a Nueva España desde Europa, el sevillano Pedro López, que se inspiró en el hospital de las Cinco Llagas construido en la capital hispalense[399]. Su diseño y construcción fueron tan óptimas que el edificio ha resistido el paso del tiempo y aún conserva sus hermosos patios, las escaleras, el artesonado, unas impresionantes pinturas grutescas[400] e incluso el retrato más famoso de Cortés. Cabe aclarar que tanto el templo como el hospital se mantuvieron incólumes hasta 1934, fecha en la que el Gobierno mexicano decidió la ampliación de la avenida 20 de Noviembre y el edificio fue remodelado por el arquitecto José Villagrán, quien, partidario de la teoría funcionalista, reformó la fachada siguiendo el estilo racionalista. Sin embargo, los patios, así como el grueso de la construcción original (de estilo renacentista), quedaron intactos[401]. Ubicado

en el centro histórico de la Ciudad de México, el hospital de Jesús sigue funcionando a día de hoy y en él trabajan alrededor de setenta médicos, además de un centenar de paramédicos y enfermeras. Los herederos de Cortés mantuvieron el hospital hasta 1932, cuando murió su último descendiente y pasó a manos de un patronato, que es quien lo ha administrado hasta el día de hoy. Se mantiene con aportaciones privadas y no recibe capital del Gobierno, por lo que sus servicios se cobran, aunque a precios módicos[402]. A punto de cumplir quinientos años, se trata de uno de los diez hospitales más antiguos del mundo. Como testigo mudo de la falsificada historia de México, está ubicado en el mismo lugar en el que, el 8 de noviembre año 1519, Hernán Cortés y Moctezuma se vieron por primera vez. El conquistador decidió construirlo allí para que nunca se olvidara el momento de aquel encuentro. Antes de la conquista, el emplazamiento se llamaba Huitzilac, que en náhuatl significa «paraje de los colibríes»[403].

Un hospital para los leprosos

No se conoce exactamente la fecha, pero se presume que fue entre 1521 y 1524 cuando el doctor Pedro López, también por iniciativa del conquistador de México, fundó el hospital de San Lázaro, el primer establecimiento dedicado a los leprosos sin distinción de raza o clase social. Para evitar los contagios se construyó a las afueras de la Ciudad de México. En 1528, el oidor Nuño de Guzmán mandó demolerlo, alegando que los leprosos tomaban agua del mismo acueducto que la llevaba, desde Chapultepec, a la ciudad. Sin embargo, en 1572 el doctor López, gracias a algunas donaciones particulares y a sus propios ahorros, refundó el hospital[404].

> En el hospital de San Lázaro se recogían los contagiados de lepra de la Nueva España, ya fueran españoles o indios, mestizos o mulatos, seglares o religiosos, nativos o extranjeros. En septiembre de 1789, de sesenta y siete enfermos que albergaba el leprosario, ocho eran indios. También a finales de ese siglo alojó a un franciscano, un carmelita, un francés avecindado en Pátzcuaro e inclusive a un chino originario de Manila.

La dieta que se ofrecía a los enfermos causaría hoy la envidia de muchos mexicanos pobres que se encuentran en los hospitales públicos.

> Su dieta se basaba en carne de carnero y de gallinas de su propio corral —la carne era considerada un alimento muy nutritivo y reparador para los enfermos—, manteca, garbanzo, frijoles, arroz para el puchero o para prepararlo con leche, chiles, tomates, sal y especias. Además de atole, pan, panochas, leche, champurrado y chocolate… Los sábados, cada enfermo recibía real y cuartilla para azúcar y tabaco […] para endulzar los alimentos y fumar un cigarro de vez en cuando[405].

El hospital Real de Naturales: el mejor hospital del mundo para los indios

Como estamos viendo, concluida la conquista, y por iniciativa del propio Hernán Cortés, los españoles establecieron lugares adecuados para la atención médica no solo de los europeos, sino de los indios. El mismo conquistador fundó un hospital para estos últimos, pero tuvo corta vida. Evidentemente, los indios necesitaban un espacio en el que recibir una atención adecuada a sus dolencias y con un personal que conociera las lenguas nativas. Fundar un hospital para ellos se hacía imprescindible también por la gran cantidad de enfermos que había entre la población indígena a causa no solo de los nuevos virus transmitidos por los conquistadores —aspecto siempre destacado por la leyenda negra —, sino por los ya existentes en América antes de la conquista. Recordemos que una de las causas que favorecieron la caída de Tenochtitlán fue la epidemia de viruela que azotó a la población que defendía la ciudad[406].

Para hacer frente a la epidemia de sarampión que atacó la ciudad de México en 1529, el franciscano Pedro de Gante fundó en 1531 una enfermería para indios llamada Sanct Joseph, pero quedó rápidamente desbordada. Fue entonces cuando Vasco de Quiroga y Pedro de Gante solicitaron al emperador Carlos V los permisos necesarios para construir un nuevo hospital[407]. El 18 de marzo de 1553, el príncipe Felipe emitió una cédula real para la edificación de un centro sanitario para indios que tendría una administración civil y religiosa. El nuevo hospital estaría bajo el patronato y la custodia del rey o de su representante en la Nueva España; esto es, el virrey[408].

Respecto de la fundación del hospital Real de Naturales —que fue como se llamó a la institución—, la historiadora Josefina Muriel afirma:

> La erección de esta institución con el carácter real tiene gran importancia, por ser una de las primeras obras de interés nacional realizadas por la corona, y muy especialmente porque [es] parte de toda

> una política, cuyas bases se cimentaron en la idea de que el indio era un hombre y que como tal merecía que sus problemas fueran tratados de acuerdo con su dignidad de persona humana. El indígena no podía enfermar ni morir ante los ojos de España como cualquier animal. Su vida tenía el valor inapreciable que tiene el hombre. Su cuerpo, que era el de una persona, merecía ser tratado con respeto, y su alma, que España consideraba elevada por Cristo a la dignidad de hija de Dios, merecía la máxima consideración. Por esto los hospitales de indios no fueron talleres en donde se reparaba la máquina del cuerpo para lanzarla nuevamente al servicio, sino sitios en donde con el respeto que todo hombre merece, fuesen curados de sus enfermedades, consolados en sus dolores y auxiliados en ese momento que es el más álgido de la vida: el de la muerte[409].

Así nació el primer hospital dedicado exclusivamente a los indígenas, que tenía «capacidad para atender hasta cuatrocientos pacientes, pudiendo aumentar su capacidad en épocas de epidemias»[410]. Con el paso del tiempo llegó a tener seiscientas camas[411]. Para apreciar la importancia de esta fundación, conviene saber que actualmente en la Ciudad de México, con 20 millones de habitantes, el hospital de la Mujer tiene 961 camas y que el hospital General de México dispone de 944 plazas[412]. El terreno que ocupaba el hospital

> … contaba con 246 varas de largo (205 metros), por el poniente, 61 (51 metros), y por el oriente, 89 y media (74,7 metros). Para la asistencia y curación de los indios se contaba con una botica, cuatro salas de atención divididas según el sexo de los pacientes; dos de cirugía, una para hombres y otra para mujeres; de especialidad, como la de enfermos contagiosos y otra para convalecientes. Contaba con baño o «placer», y un temascal para los enfermos, cocina, tortillería, atolería, despensa, y dos roperías, una para ropa limpia y nueva, y otra para la de los enfermos. También tenía viviendas para el portero, los capellanes, dos médicos, dos cirujanos, varios practicantes y enfermeros, habitaciones para cocineros, proveedor y demás sirvientes, y una oficina para el administrador[413].

Todos los indios de la Nueva España tenían derecho a recibir cuidados en el hospital, aunque es cierto que en un principio pocos lo hicieron por falta de confianza. Sin embargo, la fama del centro hizo que la concurrencia fuese masiva y los indios llegaron a considerarlo como propio, por lo que solían dar contribuciones para su sostenimiento. Siguiendo una vieja tradición cristiana, el hospital funcionó también como albergue transitorio u hospedaje para los indios pobres que llegaban a la Ciudad de México y que no tenían dónde alojarse ni dónde recibir alimentos[414]. Así, quienes acudían a curarse al hospital Real de Naturales «eran en su

mayoría nahuas y otomíes [...]. Los tarascos de Michoacán y Jalisco y los que [se encontraban] en las regiones que caen hacia el Pacífico tenían hospitales en sus propios territorios»[415].

En el Real de los Naturales los indios recibían una alimentación que a día de hoy, en pleno siglo XXI, los más pobres de México —que siguen siendo los indios— ni siquiera imaginan:

> Los alimentos eran servidos a las ocho de la mañana, once y media de la mañana y seis de la tarde. Todo era administrado con base en las disposiciones médicas. En el desayuno se podían dar diferentes tipos de atole[416] y champurrado de chocolate[417]. En la comida se daba, de acuerdo con la orden médica, caldo de carnero, gallina asada, arroz, garbanzos, caldo de sustancia con dos yemas y dulce de cajeta[418]. En la cena se daba asado, arroz y atole. Toda comida era acompañada por tortillas. También se proporcionaba agua cocida o cruda y en algunos casos pan blanco floreado[419].

No es una exageración afirmar que el hospital Real de los Naturales era el mejor hospital del mundo y que no tenía nada que envidiar a los hospitales de España, Francia o Inglaterra. De hecho, fue la primera institución en los siguientes aspectos:

1. Atención trilingüe.
2. Se combinaba la medicina tradicional europea con la medicina prehispánica, lo que permitió las curaciones de muchas enfermedades mediante hierbas totalmente desconocidas en Europa.
3. Se realizaron autopsias masivas, sobre todo en tiempos de epidemias, en busca de respuestas para la cura de las enfermedades, lo que permitió crear una escuela de cirujanos de excelencia
4. Se hicieron estadísticas precisas y detalladas de los pacientes, de sus enfermedades y de su evolución, así como de los medicamentos que se les administraban.

El personal médico a cargo de la atención de los pacientes estaba formado por

> ... tres capellanes, dos médicos, dos cirujanos, tres practicantes mayores y siete practicantes menores. Cada uno de ellos de acuerdo a las reales ordenanzas tenían sus funciones bien definidas. Hablaban generalmente español, náhuatl y otomí [...]. Los capellanes se encargaban de recibir al enfermo y lo entrevistaban en su lengua nativa [...] y de acuerdo a su enfermedad lo ingresaban a la sala de enfermería correspondiente [...] los médicos y cirujanos se encargaban de proporcionar la atención a los enfermos, y de coordinar la actividad de

> las demás categorías [...]. Los practicantes eran médicos con grado de bachiller en esta facultad, sus actividades eran continuas las veinticuatro horas y realizaban las mismas funciones que actualmente realiza una enfermera: cuidados generales, administración de medicamentos y dieta, realizar curaciones, aplicar vendajes, apósitos y cataplasmas[420].

Un detalle que muestra la calidad de la atención y el trato humano que recibían los indios es que las reales ordenanzas establecían que los practicantes —conviene recordar que eran médicos— debían dar «por su mano con caridad y cuidado los caldos de sustancia a aquellos que estuviesen agravados, y demás clase de alimentos que juzgare conducir al alivio de los enfermos»[421].

Los médicos españoles que llegaron al hospital Real de Naturales practicaban una medicina medieval con las nuevas técnicas que habían aprendido de los árabes. Sin embargo, pronto se produjo un cambio revolucionario al recibir la influencia de la medicina indígena, que tenía un amplio conocimiento de las propiedades curativas de las plantas autóctonas. La botica anexa al hospital recibió un aporte gigantesco y se convirtió en la más completa del mundo[422]. Los médicos del hospital Real de Naturales utilizaron tanto las hierbas, las raíces y los frutos originarios de Europa, África y Asia como los autóctonos del Nuevo Mundo. Entre los segundos se encontraban los siguientes:

— La damiana *(Turnera diffusa),* que fue usada como antidepresivo, para contrarrestar la ansiedad y como laxante suave.
— Las barbas del maíz: fueron utilizadas en general para para tratar problemas del sistema urinario, para disminuir la formación de cálculos renales, contrarrestar afecciones urinarias y aliviar la cistitis crónica.
— El huitlacoche, un hongo que crece en el maíz y que se utilizó para acelerar el parto y detener la hemorragia uterina.
— El ñame silvestre *(Dioscórea villosa)* fue utilizadocomo antinflamatorio, tranquilizante y hepatoprotector. Servía también para tratar la artritis, el reumatismo y ayudaba a disminuir el dolor por el ciclo menstrual o por parto.
— Las hojas y la corteza del aguacate se utilizaban para eliminar las lombrices, para remediar la tos y aliviar problemas digestivos, así como para detener diarreas,

eliminar obstrucciones del hígado y bajar los niveles de ácido úrico que provoca la gota.

— La sangre de grado o sangre de dragón *(Croton lechleri)* se utilizó como un poderoso cicatrizante y como un efectivo laxante. También se usaba para el tratamiento de infecciones producidas por herpes, para combatir las varices, para contrarrestar el dolor y la hinchazón de las picaduras de insectos y el dolor producido por las muelas picadas.

— Las semillas de kasalaka *(Fimbristylis sp.),* planta parecida a los pastos que sirvió para tratar los problemas pulmonares.

— Selaginela, doradilla o siemprevivadoradilla *(Selaginella sp.),* originaria del desierto de Chihuahua, sirvió como remedio para la cistitis, la inflamación de estómago, las úlceras, los cálculos biliares y la bilis.

— La flor de mayo *(Plumeria rubra var. acutifolia)* sirvió para tratar el dolor de oído, los granos, la inflamación de la piel y las heridas.

— Las semillas de venenillo *(Thevetia peruviana)* fueron utilizadas para la curación de llagas, úlceras y dolor de muelas[423].

Entre las plantas originarias de África y Asia destaca la zarzaparrilla *(Smilax aspera),* que tenía un efecto tónico y actuaba como limpiador para las enfermedades de la piel y heridas pequeñas, principalmente el eccema y la psoriasis. Los médicos también utilizaron la raíz de la zarzaparrilla para tratar problemas de riñón y vejiga. Igualmente ayudaba a combatir la artritis y el ácido úrico alto.

Ante los grandes avances que se estaban produciendo en el hospital Real de Naturales, el emperador Carlos V decidió enviar a Nueva España a su propio protomédico, el doctor Francisco Hernández, a fin de que realizara un estudio exhaustivo de las hierbas medicinales que se estaban empleando en América.

> Este encuentro experimentado entre la medicina europea e indígena originó el nacimiento y ejercicio de una nueva medicina, basada en la conjunción de ambas aportaciones y sobre esta nueva serie de conocimientos estuvo fundamentada la atención médica de los enfermos en del Hospital Real de Naturales[424].

Dicho de otro modo: este fenómeno revolucionario permitió a los indios gozar de la mejor medicina del mundo. Ningún europeo en ningún hospital de París, Londres o Berlín tenía a su disposición

las raíces y las hierbas medicinales que se les administraba a los indios en la botica del hospital Real de Naturales.

Además de las curaciones mediante hierbas desconocidas en Europa, el hospital disponía de ciertas terapias — también ignoradas en el viejo continente— que tuvieron un gran éxito. Así ocurrió, por ejemplo, con los baños en temascal, que consistía en tomar un baño de vapor para desintoxicar por sudoración y expectoración gracias a las infusiones de hierbas y frutas medicinales[425]. Fue un método muy utilizado por los médicos del centro para curar o aliviargripes, bronquitis, asma, y sinusitis[426]. El paciente inhalaba los vapores de distintas flores, como la sincuya *(Annona purpurea),* que se utilizaba en los casos de fiebre y escalofríos; la flor del copal santo *(Bursera bipinnata)* que aliviaba los dolores de cabeza, o la flor del manzanillo de sabana *(Ternstroemia tepezapote),* que calmaba la ansiedad, evitaba el insomnio y curaba las afecciones respiratorias leves[427].

En 1575 se inició en la Ciudad de México un brote epidémico de cocoliztli, una fiebre hemorrágica de origen desconocido (hoy sabemos que está causada por la *Salmonella enterica),* que afectó principalmente a los nativos de la Nueva España. En agosto de 1576 comenzó a extenderse a otras ciudades, llegando incluso a Sonora y a Guatemala y provocando miles de muertos. La epidemia se prolongó hasta 1581, momento en el que el doctor Francisco Hernández inició en el hospital Real de Naturales la práctica masiva de autopsias. Esto permitió a los médicos un conocimiento profundo de la anatomía del cuerpo humano, así como una experiencia y una práctica inigualables, por lo que «no fue entonces casualidad que el hospital Real de Naturales tuviera grandes ventajas sobre el resto de los hospitales y fuera más tarde considerado como sede de la Real Escuela de Cirugía de México (RECM)»[428].Para la dirección de esta escuela España envió a sus mejores médicos, los doctores Andrés Montaner y Virgili y Manuel Moreno, que habían sido los rectores de los Reales Colegios de Cirugía de Barcelona y Cádiz, respectivamente[429].

Como ya hemos mencionado, el hospital Real de Naturales fue el primer hospital del mundo en llevar un registro estadístico mensual del movimiento de sus pacientes en las diferentes salas de hospitalización, del número de ingresados en las salas de medicina y cirugía —teniendo en cuenta el sexo—, los días de estancia hospitalaria, las causas de las salidas por curación y defunción, y los pacientes que permanecían hospitalizados. Es importante destacar que la labor estadística de este centro comenzó cien años

antes de que en Europa el cirujano alemán Theodor Billroth llevase el primer registro estadístico de sus pacientes durante su estancia en Berlín, Zúrich y Viena.

Las estadísticas elaboradas por el gran centro hospitalario de Nueva España nos permiten desmentir la afirmación de que los hospitales creados por España en América tan solo sirvieron para ir a morir y rezar.

> Josefina Muriel menciona que en el período comprendido de 1795 a 1799 ingresaron en cinco años 11.490 pacientes, de los cuales sanaron 9.096, fallecieron 1.810 y quedaron hospitalizados 584. En el año 1801 fueron 2.725, de los cuales 1.512 fueron hombres y 1.213 mujeres; egresaron por curación un total de 2.254, fallecieron 328 y quedaron hospitalizados en diciembre 143 pacientes. En 1807 ingresaron 2.390 pacientes y en 1808 fueron 2.085; en 1809 el número de pacientes ascendió a 3.505 y en 1810 fueron 3.775 quizá debido a los movimientos políticos y sociales independentistas que se estaban gestando en el país[430].

Lo doctores Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas afirman que «la magnitud de la población de enfermos atendida, junto con la gran cantidad de pacientes egresados con su salud restablecida es evidencia de la calidad de la atención médica en esta institución», que fue la envidia de los hospitales europeos.

El 21 de febrero de 1822, después de 269 años de atención hospitalaria a los indios, el Hospital Real de Naturales —por decreto de Agustín de Iturbide— fue clausurado con el argumento que los indios eran ciudadanos y hombres libres. Efectivamente, a partir de entonces fueron libres de morirse en las calles, porque nunca más contaron con un hospital de excelencia al que acudir de forma gratuita.

El edificio pasó a manos particulares y se convirtió primero en una fábrica de hilados y luego en una imprenta. En 1935, el odio a España que el embajador de Estados Unidos Joel Roberts Poinsett —como explicamos en el capítulo 3— había inoculado a la élite mexicana y que continúa hasta el día de hoy hizo que la imponente construcción fuese demolida, «destruyéndose hasta el último cimiento de la institución, que por un periodo de más de tres siglos había dado albergue y asistencia médica a los indios de acuerdo a las ordenanzas de Carlos V, Felipe II y Carlos III».

Un hospital para los sifilíticos

El sufrimiento al que más se refiere Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* era el provocado por la sífilis, conocida entonces como «el mal de bubas». Ni en las instalaciones del hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, fundado por Hernán Cortés, ni en las del Hospital Real de Naturales, creado por fray Pedro de Gante, había cabida para los desgraciados que sufrían este mal, a quienes los médicos se limitaban a aconsejar que «mamasen a una mujer de Castilla para retrasar el avance de la enfermedad»[431].

En 1539, el primer obispo de la Nueva España, fray Juan de Zumárraga, compadeciéndose del terrible sufrimiento de los sifilíticos y con la anuencia del emperador Carlos V, decidió fundar el hospital del Amor de Dios, conocido también como el «hospital de las Bubas», dedicado a la atención de las enfermedades venéreas. El 29 de noviembre de 1540, el emperador expidió en Madrid una Real Orden por la cual se otorgaba el patronazgo del centro al mencionado obispo y el 13 de mayo de 1541 se verificó jurídicamente su escrituración. Zumárraga dispuso que la catedral metropolitana —a cuyo costado se ubicaba el hospital— lo sostuviera y que se destinara una novena parte de los diezmos a su manutención. Por su parte, Carlos V ordenó que las rentas del pueblo de Ocuituco se dirigieran al sostenimiento del hospital, que contaba con ciento cincuenta camas para los contagiados y una sala para unciones donde se aplicaban ungüentos a base de mercurio[432]. El segundo capellán que dirigió el hospital del Amor de Dios fue el célebre sacerdote e historiador Carlos de Sigüenza y Góngora. Estuvo en funcionamiento hasta el 1 de julio de 1788, y a partir de 1791 sus salas se convirtieron en las aulas de la Academia de San Carlos de las Nobles Artes de la Nueva España[433].

México se puebla de hospitales

A poco de su llegada al Virreinato de Nueva España, que tuvo lugar alrededor de 1527, el obispo Julián Garcés procedió a la edificación de un hospital, en el camino de Veracruz a México, que pasó a ser conocido tras su muerte, acaecida en 1542, como Hospital Real de Nuestra Señora de Belem. También en 1527 el capitán don Jorge de Alvarado fundó en Guatemala el primer hospital en Centroamérica, el hospital de la Misericordia, para que allí «los pobres y peregrinos sean socorridos y curados». En 1534, por disposición de Bartolomé de las Casas, el hospital de la Misericordia se transformó en hospicio, asilo de ancianos y

hospital. Esta institución benemérita fue pronto protegida y favorecida por el obispo de Guatemala, Francisco Marroquín, a quien se reconoce como el «padre de la cultura del Reyno de Goathemala»por sus altísimos méritos humanísticos, teológicos y culturales.

En 1535 se fundó, en Puebla, un hospital destinado exclusivamente a mujeres. En 1567, fray Bernardino Álvarez, con la colaboración de la Orden de los Hermanos de la Caridad, fundó en el Virreinato de México el primer hospital destinado a alojar enfermos mentales. En 1582, la Cofradía del Tránsito de Nuestra Señora creó el hospital de Nuestra Señora de los Desamparados, destinado a atender a los pacientes negros, mulatos y mestizos que deambulaban por la ciudad de México. En 1584, el obispo fray Juan de Medina erigió, en la ciudad Valladolid, el primer hospital dirigido y administrado por seglares. En 1604, en la ciudad de México, se creó el hospital de San Juan de Dios y, en Veracruz, se construyó el hospital de Nuestra Señora de Loreto. En 1612 se levantó en la Ciudad de México el Hospital Espíritu Santo; en 1625, en Guanajuato, el hospital de Nuestra Señora de la Concepción; en 1626, en Puebla, el hospital Real de San Bernardo, y en 1672, en Michichoacán, el hospital de San Juan de Dios.

EL VIRREINATO DEL PERÚ: UN SISTEMA DE SALUD GRATUITO PARA TODOS

No menos prolífica fue la fundación de hospitales en el Perú. En la ciudad de Lima, capital del virreinato, la política de protección social alcanzó su máxima expresión: de los cincuenta y nueve hospitales que la Corona española edificó en el Perú entre 1533 y 1792, veinte se erigieron en la ciudad de Lima[434], donde llegó a haber casi tantos hospitales y asilos como templos.

Relata el peruano Miguel Rabí que, a raíz de la Real Cédula de 1541, que ordenaba establecer hospitales en todas las ciudades y pueblos del virreinato, florecieron tantos establecimientos de salud que «toda la población se encontraba protegida y recibía asistencia médica y farmacéutica, incluyendo atención a domicilio de los enfermos»[435]. Importa destacar que «hacia finales de siglo XVIII, Lima ofrecía la mejor asistencia hospitalaria de todas las ciudades hispanoamericanas, que, según el cómputo de población, llegó a tener quince camas por cada mil habitantes»[436].

Lima tuvo una política de protección social que «superó las reglas y disposiciones dictadas»[437] por las autoridades.

> Las sencillas construcciones de los hospitales que, en un principio, fueron tabiques de maderas, cañas, esteras, bejucos y barro, fueron reemplazadas por grandes edificaciones, suntuosas en muchos casos, con paredes de piedra y adobe, ladrillo y cal, altos techos artesonados y tallados, cruceros de salas o enfermerías que fueron ejemplares, en razón de su amplitud, elegancia y orientación, además de las capillas interiores dotadas con bellos retratos y tallas estofadas, como fueron San Andrés, Santa Ana, San Bartolomé, Espíritu Santo, etc., de los cuales hasta hoy conservamos restos de su pasado esplendoroso; con portadas de piedra tallada, con amplios zaguanes y floridos patios con grandes arquerías interiores que invitaban al reposo, a la paz y a la recuperación de las dolencias, como puede verse todavía en el actual Hospital San Bartolomé[438].

La evolución de los servicios de salud en la capital del virreinato fue asombrosa. En 1538 se creó una casa de enfermería, donde se daba alojamiento, curación material y espiritual, ropas y alimentación a los necesitados pobres y enfermos, sin distinción alguna.

En 1548, extramuros de la ciudad, por iniciativa del primer arzobispo de Lima, Gerónimo de Loayza y González, se inició la construcción del primer hospital y templo de Santa Ana. Loayza financió la puesta en marcha de la institución con su propio peculio y con la ayuda de personajes como fray Domingo de Santo Tomás y el comerciante Nicolás Corzo.

> Los servicios iniciales, como todos al principio en las grandes obras, fueron sencillos pues se emplearon materiales de la tierra (esteras, cañas, barro, maderas, bejucos), más poco a poco la obra fue desarrollándose y cobrando forma, primero merced a los aportes personales que hizo el arzobispo de su peculio, luego con ayudas de donantes y también de la Corona que, apreciando la magnitud e importancia de la obra, no reparó en asignarle rentas e incluso enviarle dinero desde Sevilla, de lo que hay testimonio en los Libros de Cabildos de la Ciudad[439].

El hospital de Santa Ana estaba dedicado a la atención de los nativos —de uno y otro sexo— y lo hacía de manera gratuita. Tenía diez salas para hombres y 188 camas, seis salas para mujeres y 89 camas. Estaba situado en la plaza de Santa Ana, actual plaza Italia, y se construyó una iglesia adjunta que ofrecía auxilio espiritual a los pacientes. Fue tal la preocupación del arzobispo Loayza para que el hospital funcionara correctamente que «mudó su vivienda

al nosocomio, a fin de dirigir la atención a los dolientes, por lo que dictó muchas normas y una que recomendaba no dar de alta a un paciente antes de tiempo, pues podría recaer»[440]. En 1790 contaba con cuatro capellanes, quince médicos y quince empleados, entre enfermeros, personal de limpieza y cocineros, que atendían a ciento ocho pacientes hombres y veintinueve mujeres. El hospital de Santa Ana fue demolido en 1922 para ser modernizado y ampliado, tras lo cual recibió el nombre de Casa de Maternidad de Lima, hoy convertida en el Instituto Materno Perinatal.

El hospital Real de San Andrés tiene su origen en 1552, cuando el fraile Francisco de Molina atendía en su casa, en el callejón de Santo Domingo, a enfermos que carecían de recursos. El número de pacientes fue aumentando progresivamente y hubo que recurrir a la caridad pública y luego a la ayuda del virrey, Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien le donó un terreno y le asignó algunas rentas para que iniciase la construcción de las enfermerías. Agradecido, Francisco de Molina decidió poner al hospital el nombre de su benefactor[441].

Finalmente, el 18 de septiembre de 1556, bajo la dependencia directa de la Corona española, inició sus labores el hospital Real de San Andrés, ubicado en la calle de San Andrés, cerca de la plaza Italia y muy cerca del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, inaugurado por el virrey Abascal en 1811. Se encuentra cerca también del hospital San Bartolomé y del hospital de Santa Ana.

> Los medicamentos eran preparados por un boticario que disponía de los preparados minerales y en el caso de ser vegetales los obtenía de la huerta de plantas medicinales que rodeaba el hospital. La dieta, que solía calificarse con términos de fuerte o ligera, era abundante en sopas o infusiones ligeras, que eran preparadas por los familiares o allegados de los enfermos[442].

Por la calidad de sus servicios, el hospital de San Andrés fue el principal de Sudamérica durante la época virreinal, y la gente adinerada de Santiago de Chile, Quito, Buenos Aires y otras ciudades americanas viajaban a Lima para recibir cuidados en él. La distribución de las salas hacía que la mayoría estuviera conectada con la capilla, de la que les separaba una puerta de madera. Esto permitía que los enfermos pudieran escuchar misa y rezar por su recuperación. Poseía diversos patios, uno de los cuales era el conocido como «patio de los locos». El nombre no era

gratuito: en esa parte del nosocomio se atendía a los pacientes con desórdenes mentales.

En 1559 se fundó el hospital de Santa María de la Caridad, que introdujo en América

> ... como novedad en el cuidado de las dolencias, la atención a domicilio de las pacientes; para lo cual contaba con médicos y boticario especialmente dedicado para ello; otra particularidad de este hospital fue la creación de una escuela de enfermeras o asistentes[443].

El hospital de Santa María de la Caridad, también conocido como hospital de San Cosme y Damián —sus santos patronos—, estaba destinado a mujeres enfermas —españolas, mestizas, mulatas y negras—, pero también era un colegio para muchachas pobres y un refugio para las divorciadas y viudas que se deseaban retirar del mundo. A partir de los tiempos del virrey de Velasco (1596-1604) [444], la cofradía daba dotes de cuatrocientos pesos a unas cuarenta o cincuenta jóvenes casaderas cada año. En 1562 contaba con ocho salas y 149 camas. Su importancia histórica se refleja en que el propio rey de España fue patrono del hospital y de la hermandad, que contó con varios virreyes, entre ellos, el marqués de Mansera, como miembros de la institución.

En 1563, Antón Sánchez, compadecido de la terrible situación de abandono y rechazo social que sufrían los enfermos de lepra, mandó construir el hospital de San Lázaro, y así, «en el año 1585, el rey Felipe II, enterado de los fines benéficos de Antón Sánchez y sus colaboradores, concedió al hospital mercedes y privilegios para su desarrollo»[445].

En 1575, por iniciativa de un grupo de navieros, se fundó el hospital del Espíritu Santo, destinado a atender a la gente de mar, maestres, contramaestres, pilotos, oficiales, marineros y grumetes[446]. También conocido como hospital de Mareantes, fue construido tomando como modelo el hospital Naval de Nuestra Señora del Buen Aire, en Sevilla, fundado cuatro años antes. El hospital se encontraba en la quinta cuadra del jirón Callao, frente a la casa donde nació fray Martín de Porres y junto a la vivienda de santa Rosa de Lima, que colindaba con el convento de Nuestra Señora del Rosario. El hospital del Espíritu Santo disponía de ciento nueve camas hospitalarias. Los navieros lo financiaban mediante cuotas del 5 % sobre las soldadas, además de los pagos que realizaban en función del peso de la mercadería que transportaban. Fue en este hospital donde se hicieron las primeras

prácticas de cirugía y donde, lógicamente, se formaron los primeros cirujanos del Perú.

Las autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad de Lima prestaron especial atención a la protección de las mujeres que habían sido abandonadas por sus maridos o a las que habían huido de sus casas por haber sido víctimas de actos de violencia. En 1592, María Esquivel mandó edificar, como anexo del hospital de San Diego, la Casa de Recogimiento de María Magdalena para atender a mujeres arrepentidas o perdidas y a aquellas envueltas en juicios de divorcio o de nulidad matrimonial.

En 1593, por iniciativa del arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606) y del portugués Francisco de Saldaña, se fundó la «Casa de Divorciadas» con la finalidad expresa de acoger a las mujeres abandonadas por sus maridos o en proceso de divorcio con el fin de darles protección moral y material. En 1594 se creó el hospital de San Pedro; en 1598, la Casa de Huérfanos y Expósitos, y hacia 1605, en Puerto del Callao, el hospital de San Juan de Dios.

En 1646 se erigió el hospital de San Bartolomé para gente de color, «establecimiento que, pese a los terremotos y destrucciones sufridas, ha permanecido en su mismo local hasta la fecha y sigue brindando eficientes servicios a la colectividad»[447]. En 1648 se construyó el hospital de Convalecencia de Nuestra Señora del Carmen; en 1649, la Casa Hospital Escuela de Santa Cruz de Atocha; en 1669, el hospital Santo Refugio de los Incurables, que atendía de forma gratuita a paciente tuberculosos y cancerosos que se encontraban en fase terminal, y en 1715, el Hospicio de Pobres.

Destaquemos que el sistema sanitario de la Ciudad de los Reyes de Lima —creado gracias a un largo esfuerzo sostenido durante años— logró que todos los grupos humanos, sin distinción de raza, estado social y cultura, estuvieran «comprendidos en su acción tuitiva o cuanto menos por alguna forma o modalidad de atención médica, social, asistencial y protectora»[448].

Desde aquella época hasta nuestros días la población de Lima nunca más pudo gozar de semejante privilegio. Sin embargo, el lector no podría apreciar el sistema de salud de la ciudad de Lima en su real importancia si no aclaráramos que todas

> … las personas tenían derecho a la asistencia y al cuidado de su salud en sus respectivos hospitales, sin ninguna condición o requisito previo; dado que bastaba acudir o ser conducido al respectivo establecimiento para que recibiera las atenciones necesarias (consultas, revisión, internación, alimentación, ropa, medicamentos, visitas) y sin dejar de mencionar la asistencia a domicilio que funcionaba habitualmente[449].

Por otra parte, resulta imprescindible aclarar que

> ... no se exigía pago alguno o cuota mínima de ninguna clase, ni al ingresar, ni durante el tratamiento o al término de este; como consecuencia del derecho que le asistía al enfermo a recibir atención por la enfermedad o daño sufrido. Téngase presente que todos los servicios de tratamiento, medicamentos, curas recetadas, alimentación, ropas o higiene eran suministrados por el hospital sin coste ni participación alguna del paciente[450].

A día de hoy, los miles de pobres enfermos que deambulan por las calles de Lima sin recibir ninguna asistencia sanitaria, envenenados por el relato de la leyenda negra que escucharon en la escuela primaria, creen que el origen de sus males está en la conquista del Perú realizada por Pizarro, no pudiendo imaginar siquiera los derechos que en materia de salud tenían sus antepasados en la «oscura» época anterior a la independencia.

Un hospital para los vencidos

El 27 de marzo de 1556, siendo corregidor del Cuzco el capitán Garcilaso de la Vega, y por iniciativa de los frailes franciscanos, se creó el Real Hospital del Espíritu Santo[451]. Fue fundado por el ayuntamiento, el justicia y el regimiento de la ciudad de Cuzco con la ayuda de Su Majestad el emperador Carlos V, con el patrocinio del cabildo y el vecindario en general, para la sanación de los indios pobres y enfermos que no tenían dónde recogerse para curar las enfermedades que sufrían y aliviar los dolores que padecían.

Importa resaltar que el Real Hospital del Espíritu Santo, también conocido como hospital General de Naturales, porque fue establecido para atender a la raza aborigen, es decir, para socorrer a los vencidos, fue la primera institución en la ciudad de Cuzco destinada a la cura y sanación de enfermos. En aquella época, este hospital fue considerado uno de los más importantes del Perú y contaba con más de trescientas camas. A él acudían indígenas enfermos provenientes de todo el sur andino.

Resulta políticamente relevante relatar el surgimiento del hospital General de Naturales, pues los datos reales contradicen de pleno esa famosa leyenda negra convertida hoy en lo «políticamente correcto».

Mientras el fraile Antonio San Miguel y Solier estaba de guardia en el convento franciscano de la ciudad de Cuzco, pronunció en la

catedral un brillante y emotivo sermón destinado a convencer a los conquistadores allí presentes de la necesidad de emprender la magna obra de construir un hospital para los derrotados, es decir, para los indígenas cuzqueños. Mirándolos a los ojos, les dijo: «Mostraos señores tan largos y dadivosos como os mostrasteis fuertes y valerosos para ganar este imperio»[452]. Unos días después, el fraile, acompañado por el conquistador y ya corregidor don Garcilaso de la Vega, salió a pedir limosna para la edificación del hospital. En pocas horas llegaron a reunir más de 34.200 ducados y a los pocos días ya habían recaudado más de 100.000. Fue así como el cabildo pudo iniciar la construcción del edificio.

> Por todo lo dicho y platicado, los magníficos señores acuerdan y acordaron edificar y fundar, desde ahora y para siempre y con donaciones y limosnas de los fieles, vecinos y particulares de esta ciudad, un Hospital de Naturales para los indios de esta ciudad, para los pobres viejos y enfermos, para que estando dentro del dicho hospital, se curen y reciban todo lo necesario para su alimentación y sustentación, por todo el tiempo que durase su enfermedad, así como para los viejos pobres no enfermos para que puedan recibir en dicho hospital de comer, beber y vestir[453].

¿Hay algún otro ejemplo en la historia en el que los conquistadores se ocupen de la suerte, de la salud y del hambre de los conquistados?

Un gran hospital para Quito

En 1534, el rey Felipe II mandó construir en la ciudad de Quito, cuando habían pasado apenas treinta y un años desde su fundación, un gran hospital, cuyo nombre sería hospital de la Santa Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo. Se inauguró en 1565 y estuvo activo 409 años, hasta 1974. En él se graduaron 162 promociones de jóvenes médicos.

Por disposición real, el hospital fue creado para atender y curar a los pacientes naturales de las tierras conquistadas y a los nacidos en España. Estaba enclavado en un terreno de dos hectáreas y también funcionó como hospital pediátrico, maternidad y asilo de personas con enfermedades venéreas y dermatológicas. Sin que pueda explicarse el motivo, en 1705 comenzó a ser conocido como hospital San Juan de Dios.

El hecho de que allí atendieran barberos y protomédicos de tradición europea junto a «yerbateros», chamanes y curanderos, a quienes acompañaban frailes y monjas, permitió combinar en

materia de medicina lo mejor de la tradición europea con lo mejor de la cultura andina y brindar asistencia espiritual al mismo tiempo que material. Esta mezcla convirtió al centro en lo que en términos actuales denominaríamos un hospital de excelencia y sin comparación con ninguno europeo.

La farmacia de los hospitales del Virreinato del Perú

En la botica de los hospitales del entonces Virreinato del Perú se encontraban multitud de hierbas medicinales. He aquí algunas de ellas:

1. La calaguala *(Campyloneurum angustifolium).* Por sus propiedades desinflamatorias se utilizaba como remedio para tratar trastornos del sistema respiratorio, como la tos, la bronquitis y el asma. Los médicos recomendaban la infusión de calaguala también para tratar la sífilis y las afecciones renales, así como la decocción de hojas de calaguala para detener las hemorragias. En forma de emplasto se aplicaba para curar o aliviar quemaduras y lesiones inflamatorias diversas. Con gran éxito los médicos la utilizaron para tratar ciertos tumores cancerígenos.
2. La copaiba *(Copaifera langsdorffii)* fue empleada para combatir dolencias como la rinitis y la bronquitis. Además, sus propiedades desinfectantes ayudaban a tratar afecciones de la piel, como dermatitis, psoriasis y eccema. Los médicos conocían también su alto poder cicatrizante y la consideraban útil para el tratamiento de las hemorroides.
3. La chancapiedras o quebrantapiedras *(Phyllanthus niruri)* era utilizada principalmente para tratar los casos de piedras en la vejiga y en los riñones. Con ella los médicos lograban erradicar los cálculos renales y reducir los espasmos.
4. La hierbaluisa o verbena de indias *(Aloysia citrodora)* servía como un tónico estomacal para facilitar la digestión y estimular la expulsión de los gases.
5. El achiote *(Bixa orellana)* servía para tratar los malestares de la garganta, vómitos, hemorragias, hemorroides y angina. Además, aliviaba los dolores renales y actuaba contra la malaria y el asma.

OTROS HOSPITALES EN HISPANOAMÉRICA

Además de las numerosas fundaciones que tuvieron lugar en los virreinatos de Nueva España y Perú, la simple enumeración no exhaustiva de los hospitales levantados en otros territorios hispanoamericanos durante los años 1503 y 1792 es -abrumadora[454].

En 1504 se fundó, en Buenaventura, en la isla de La Española, el hospital de la Caridad, al que Fernando el Católico donó doscientos pesos en oro en 1509. Tras el terremoto de 1564, la ciudad desapareció y con ella el hospital.

El hospital de San Francisco, primero construido en La Habana, fue levantado en 1538 y destruido ese mismo año por el pirata Jacques de Sores. Fue reconstruido al año siguiente.

En 1593, Pedro de Herrero levantó en San Juan de Puerto Rico el hospital de la Concepción.

En 1552, Pedro de Valdivia, fundó, en Santiago de Chile, el hospital de San Juan de Dios. En 1563, también en Santiago de Chile, se fundó el hospital de San Lázaro, el primer centro de atención a pacientes con lepra. En 1576, en la ciudad argentina de Córdoba, Lorenzo de Juárez y Figueroa, fundó el hospital de Santa Eulalia. En 1590, el gobernador y capitán general don Diego de Osorio inició la construcción, en la ciudad de Santiago de León de Caracas, del hospital de San Pedro. Entre 1583 y 1585 se erigió en la ciudad de Buenos Aires el hospital San Martín y Nuestra Señora de Copacabana, junto al convento de Santo Domingo. Fue refundado el 11 de noviembre de 1614 con motivo del solemne traslado de la imagen de san Martín desde la Iglesia Mayor hasta el hospital, situado en el cruce de las actuales calles México y Defensa. Buenos Aires tenía en ese momento 930 habitantes. En 1632 se construyó un nuevo edificio que en 1702 contaba con 34 camas. En 1724 se fundó en Texas el hospital del Álamo y en 1769, en San Diego (California), el hospital de la Caridad. En 1792 se edificó en la ciudad de Cuzco el hospital de Sicuani.

En 1664, ciento cuarenta y tres años después de que Cortés fundara el primer hospital de México, ochenta y siete años después de que se fundara el hospital de Córdoba en Argentina y setenta y uno después de que se instalara el primer hospital en Caracas, la Compañía Británica de las Indias Orientales fundó, en la ciudad de Nueva York, el primer hospital de Estados Unidos. Importa destacar que lo hizo para atender solo a sus soldados y marineros enfermos.

Debido a la hispanofobia generalizada en América, se ha mentido a conciencia y se ha mentido mucho. Se ha criticado a los

hospitales fundados por España en el Nuevo Mundo afirmando que no eran más que lugares para ir a rezar antes de morir, es decir, instituciones «para consuelo de enfermos pobres», o peor aún, «antesalas de la muerte».

Se ha llegado a afirmar que en los hospitales se sometían a los pacientes a las más crueles medidas terapéuticas, por lo que adquirieron fama de ser antros de castigo. Sin la menor lógica, algunos se han atrevido a afirmar que «en contraposición, el paciente acomodado era tratado en su hogar y atendido por sus familiares y sirvientes».

A los propagadores de la irracionalidad y el prejuicio antihispánico habría que plantearles las siguientes preguntas: si los pobres que sufrían enfermedades crónicas o terminales no hubieran contado con los hospitales, ¿dónde habrían recibido cama y comida gratis por tiempo indeterminado?, ¿dónde habrían ido a parar con sus huesos? ¿Tan cruel era que los incurables y desahuciados hallaran una cama y consuelo espiritual para pasar sus últimos momentos de existencia? Desvalidos y sin poder trabajar, ¿era acaso mejor que los enfermos pobres murieran de hambre y frío en las calles de México, Lima, Quito o Buenos Aires?

Por ejemplo, se ha «olvidado» a propósito que, en el hospital San Juan de Dios de Quito, Luis Chusig teorizó que muchas enfermedades eran provocadas por animales microscópicos que se introducen en el cuerpo de las personas, mucho antes de que Pasteur los descubriera. Se ha «olvidado» también que fue en los hospitales de Ecuador donde el médico y cacique Pedro Leiva descubrió que la cura de la malaria se encontraba en la corteza del árbol de quina. Asimismo, se ha ocultado deliberadamente que los hospitales de México, Lima, Cuzco y Quito, entre otros, fueron superiores en materia de medicamentos a los hospitales existentes en Madrid, París o Londres, porque a los productos farmacéuticos traídos por los españoles de Europa se incorporaron los originarios de América, como la calaguala, la copaiba, la sangre de drago, la coca y la quina, que posteriormente salvaron en todo el planeta a miles de hombres de la muerte. Sin duda alguna, los hospitales que España fundó en América son el orgullo del Imperio español.

9
Los «pueblos originarios», contra la independencia

> El Imperio inglés, en realidad, aunque fue derrotado durante las invasiones inglesas, tuvo su éxito máximo con la Independencia. Está oculta la verdad de una gigantesca victoria inglesa a través de la balcanización o fragmentación de toda la América española[455].
>
> Alberto Methol Ferré[456]

Un dato relevante que con demasiada frecuencia se pasa por alto es que en Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, el pueblo más humilde y las masas indígenas, a pesar de la incapacidad, torpeza y malevolencia de Fernando VII, se mantuvieron fieles a la Corona. Es por ello que Juan José Hernández Arregui afirma:

> La emancipación de España no fue en su momento deseada por los pueblos americanos [...]. Los pueblos no anhelaban la separación de España [...]. No se dice que en 1810 las masas venezolanas siguieron al capitán de fragata español Monteverde, vencedor de Miranda, y no a Bolívar. Esas masas, ya desacreditado Monteverde, en 1813, no acompañaron a Bolívar, sino a Boves, el jefe español que acaudillaba, efectivamente, a las clases bajas contra la aristocracia española y criolla. Boves condujo a las masas oprimidas que, en 1814, enfrentaron sangrientamente a Bolívar[457].

En el norte de América del Sur, la independencia fue solo deseada «por la minoría criolla acaudalada [...]. Bolívar tuvo que apoyarse en fuerzas militares extranjeras (cinco mil soldados británicos) para vencer el rechazo popular a esa política que venía dirigida desde el exterior[458].

Hernández Arregui pone el dedo en la llaga de los «negrolegendarios»: si España sembró en América únicamente desolación y muerte, si sus hombres fueron salvajes explotadores de los «pueblos originarios» y violadores en serie de mujeres

indias, ¿cómo se explica que los pobres, los negros y los indios estuvieran contra la independencia? ¿Cómo se explica que las masas indígenas fueran la columna vertebral del ejército «realista» en el Perú? ¿Cómo se explica que los indios se mantuviesen fieles a la Corona española?

Jorge Abelardo Ramos, analizando con agudeza el proceso ocurrido desde 1810, observó que «oficiales españoles eran indios como Santa Cruz, que luchaba contra los americanos varios años antes de plegarse a la lucha por la independencia», y, curiosamente, «en los llanos venezolanos o en Colombia, los españoles contaban con el apoyo de los más humildes, llamados castas, hombres de color, y que eran jinetes y combatientes de primera categoría»[459].

En el sur del Virreinato de Nueva Granada, la resistencia de los «pueblos originarios» contra el partido de Bolívar fue liderada por el general indio Agustín Agualongo, que llevó a cabo una guerra de guerrillas que puso en jaque a lo más granado de los mal llamados «ejércitos independentistas» hasta junio de 1824. El nombre del caudillo indio fue borrado de los textos de Historia.

Agualongo, líder popular indiscutido de los indios pastusos, había nacido en la ciudad de San Juan de Pasto, en la actual Colombia, el 25 de agosto de 1780. «Si tuviera veinte vidas, estaría dispuesto a inmolarlas por la religión católica y por el rey de España»[460], fueron sus últimas palabras, pronunciadas el 13 de julio de 1824, justo antes de ser fusilado por las tropas de Simón Bolívar. Es indiscutible que para el coronel Agualongo y los indios pastusos que lo acompañaron la patria era el Imperio. Y, por supuesto, este no fue un caso aislado en el sur del Perú: en la región de Ayacucho, los líderes indios Antonio Huachaca, Pedro Huachaca, Tadeo Choque, Pascual Arancibia, Francisco Lanchi y Bernardo Inga organizaron la resistencia de los «pueblos originarios» contra la independencia y conformaron un enorme ejército que combatió durante años.

Subordinados culturalmente por el peso de la leyenda negra, nos resulta raro saber que, en Colombia, un general indio pusiese en jaque a los ejércitos de Simón Bolívar, y más raro aún nos parece el hecho de que en el corazón de los Andes las masas indígenas murieran luchando por el Imperio español. Sin embargo, no hay ninguna duda de que los indios —a quienes, por seguir el lenguaje políticamente correcto, debo llamar «pueblos originarios»— estuvieron mayoritariamente contra la independencia, y esa es una realidad que los negrolegendarios ocultan porque haría caer como

un castillo de naipes la leyenda negra de la conquista española de América. Y la ocultan, sencillamente, porque no la pueden explicar.

El Imperio era nuestra patria. La patria de los criollos, los mestizos y los indios. Y aunque de forma errática, contradictoria y con vacilaciones, esta verdad fue sentida tanto por Simón Bolívar como por José de San Martín. Sin embargo, para evitar equívocos y no caer en una interpretación reaccionaria, se hace necesario:

1. Realizar un análisis profundo de las invasiones inglesas al Virreinato del Río de la Plata producidas en 1806 y 1807, ya que dicho examen demuestra que en los prolegómenos de la emancipación de España no había en ningún rincón de Hispanoamérica un sentimiento antiespañol mayoritario.
2. Reflexionar tanto sobre las causas profundas como sobre las más circunstanciales —aunque decisivas— de la disolución del Imperio español.

La causa primera —el origen el mal— debe buscarse en la llegada al trono de España, el 16 de noviembre de 1700, de Felipe V, duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia. Fue a partir de entonces cuando la Corona española —apartándose de la tradición establecida por Isabel la Católica y continuada por los Austrias de considerar a las Indias como un reino— comenzó a tratar a América como una colonia[461].

La segunda causa —la que finalmente causó la muerte— se halla en la actitud pusilánime, bochornosa e indigna de Fernando VII ante Napoleón, así como en su torpe comportamiento cuando recobró el trono de España. La responsabilidad principal de la separación violenta de las Indias de la Corona española recae en primera instancia en Fernando VII y, en segunda instancia, en las Cortes de Cádiz.

LAS INVASIONES INGLESAS: «EL AMO VIEJO O NINGUNO»

El 25 de junio de 1806, a la una de la tarde, mientras la ciudad de Buenos Aires dormía la siesta, las tropas de Su Majestad británica, al mando del general William Carr Beresford, desembarcaron en las playas de Quilmes, a veintitrés kilómetros de la capital del virreinato[462]. El virrey Rafael de Sobremonte decidió partir hacia la ciudad de Córdoba en busca de ayuda. El 27 de junio, los soldados del ejército británico entraron desfilando en la ciudad de

Buenos Aires, tomaron el fuerte e izaron la bandera británica. Al día siguiente, el general Beresford proclamó que las tropas británicas habían llegado al Río de la Plata para instaurar definitivamente el libre comercio y exigir el juramento de lealtad de la población de Buenos Aires al rey Jorge III. «El amo viejo o ninguno» fue la respuesta de la mayoría de la población al general británico.

Sin embargo, es preciso aclarar que las principales familias de la clase alta de Buenos Aires fueron colaboracionistas con el invasor inglés y permitieron que sus hijas —las Sarratea, las Marcos y las Escaladas, entre otras— coquetearan con los oficiales ingleses y les ofrecieran todo tipo de «servicios»[463].

El 4 de agosto de 1806, Santiago de Liniers, marino francés al servicio de España, que había escapado a la Banda Oriental del Uruguay para organizar la reconquista de Buenos Aires, desembarcó al mando de mil combatientes en el Puerto de las Conchas, en la actual localidad de Tigre, muy cerca de la capital virreinal. El 11 de agosto de 1806, a las cinco de la mañana, comenzó el combate por la reconquista de Buenos Aires. La población se unió en masa a las tropas que comandaba Liniers, y el 12 de agosto el general Beresford aceptó rendirse «a discreción», es decir, incondicionalmente. Sin embargo, la calma duró poco. El 28 de junio de 1807, el general John Whitelocke, al mando de 9.031 hombres, desembarcó a unos sesenta y seis kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Aires, lo que dio comienzo a la segunda invasión inglesa de las tierras del Plata. El 4 de julio, los ingleses sitiaron la capital del virreinato y exigieron su rendición. Sin embargo, en esta ocasión la ciudad estaba preparada para defenderse. Criollos, indios, negros y españoles combatieron codo con codo hasta obtener la rendición de las tropas británicas, que se produjo el 7 de julio de 1807. El ejército británico sufrió así una de las derrotas más humillantes de su historia.

Los relatos de la época describen las enormes proezas protagonizadas por la población de Buenos Aires[464].Un análisis detallado de las invasiones inglesas debe poner de relieve el hecho de que todos los grupos étnicos, mulatos y blancos, negros e indios, conformaron un solo cuerpo contra el invasor inglés, hasta el punto de que muchos caciques tehuelches se presentaron en Buenos Aires para ofrecer su apoyo contra los «colorados», que era como llamaban los indios pampas a los ingleses por el color de sus chaquetillas.

Desde la opulenta y lejana ciudad de México hasta los pueblos sureños de Chile, en las poblaciones de cierta importancia se festejó durante días la victoria frente al invasor británico. En todas las ciudades de Hispanoamérica se organizaron bailes y se celebraron misas para dar las gracias por el triunfo obtenido[465]. En Lima, capital del Virreinato del Perú, se iluminaron las calles y las torres durante tres noches, y las celebraciones fueron ruidosas, multitudinarias y numerosas[466].

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807 demuestran —como sostiene Juan José Hernández Arregui— que en los prolegómenos de la emancipación de España no había en ningún rincón de Hispanoamérica un sentimiento antiespañol. Es claro que a finales del siglo XVII el pueblo hispanoamericano tenía una viva consciencia antibritánica y antifrancesa. Para la inmensa mayoría de los hispanoamericanos, criollos, mestizos e indios el Imperio era aún su patria.

El comienzo del gran desconcierto

En 1778, un año antes de que estallara la Revolución francesa, murió Carlos III —de cuya inteligencia nadie podía dudar, aunque no siempre la usó en beneficio de España y menos aún de América —, dejando en el trono a Carlos IV. El nuevo rey, que era un hombre de pocas luces y escasa voluntad, estuvo dominado por su esposa, María Luisa de Parma, y por el favorito de esta, Manuel Godoy, quien había sido nombrado por la reina duque de Alcudia y jefe de Gobierno. Para realizar un análisis correcto del drama político que vivía España, es conveniente saber que

> ... no obstante los estragos que la edad, los partos y las indisposiciones habían hecho en la naturaleza de María Luisa, esta no renunciaba a los placeres deshonestos. Sus pasiones se hacían cada vez más ardientes. En 1790, las relaciones de la reina con Godoy eran tan públicas que el rey fue advertido por un anónimo. Carlos IV lo mostró a María Luisa, y paternalmente le aconsejó que fuese más reservada en lo sucesivo. María Luisa sufrió un violento ataque de nervios y el buen Carlos no se atrevió a tratar nuevamente el punto. El reinado de Godoy se afirmó para siempre. Todos los negocios del reino se trataban por estos dos personajes. La reina preparaba los documentos que el rey debía firmar, y Carlos IV los firmaba siempre sin leerlos[467].

¿Y qué se puede decir del príncipe de Asturias, don Fernando, heredero de la Corona? Que estaba desesperado por llegar al trono

y que en nada era superior a su padre. Con este tipo de personajes al frente del reino no nos puede extrañar que España viviera uno de los peores momentos de su historia. En contraposición, en el seno de la Revolución francesa estaba surgiendo la figura de un genio político, un joven teniente de artillería que había nacido en Córcega en 1769, pocos meses después de que la isla genovesa pasara a estar en manos de Francia. De hecho, Napoleón Bonaparte, el más grande político de la historia de Francia, estuvo a punto de ser italiano. Con ese hombre debieron tratar Carlos IV y su hijo Fernando VII.

En 1795, España, que había entrado en guerra contra la República francesa a raíz del asesinato de Luis XVI, acaecido el 21 de enero de 1793, firmó la paz con la Francia revolucionaria. El 9 de noviembre de 1799, Napoleón —ya de vuelta de su campaña en Egipto, por la que fue recibido triunfalmente por el pueblo de París — dio el llamado «golpe de Brumario», que suprimió el Directorio y estableció un triunvirato, compuesto por tres cónsules, que presidía, lógicamente, Napoleón Bonaparte. El 18 de mayo de 1804 fue proclamado «emperador» por el Senado francés.

A finales de 1804, España —que el año anterior se había negado a reanudar las hostilidades contra los ingleses— declaró la guerra a Gran Bretaña. El 21 de octubre de 1805, el almirante Nelson venció a la escuadra francoespañola en Trafalgar, con lo que la América española quedó a merced de Gran Bretaña, única dueña de los mares del mundo.

En noviembre de 1806, Napoleón, para golpear el corazón del poder inglés, decretó el «bloqueo continental», por el cual ningún país europeo podía comerciar con Inglaterra. Para que fuera efectivo, el bloqueo debía ser total, pero el reino de Portugal se negó a acatarlo, lo que llevó a Napoleón a atacar a los portugueses. El ministro Manuel Godoy dio la autorización para que las tropas de Napoleón atravesaran España de camino al país vecino, a cambio de lo cual el emperador francés prometió a Godoy el título de príncipe del Algarve, uno de los territorios que se desmembrarían del reino de Portugal. Según Oliveira Martins, el duque de Lafoens, que comandaba los ejércitos de Portugal, en diálogo con el comandante de las Fuerzas Armadas de España, le manifestó:

> Somos dos mulas de carga. Las espuelas de Francia hacen andar a España; las de Inglaterra nos hacen andar a nosotros. Ya que lo mandan, saltemos: que se oigan los cascabeles, puesto que es necesario,

según dicen. Pero, por amor de Dios, no nos hagamos daño: van a reírse demasiado a nuestra costa[468].

El 18 de octubre de 1807, previa autorización española, el general Junot, al mando de cien mil soldados, cruzó los Pirineos. Las tropas francesas llegaron a la frontera con Portugal el 19 de noviembre, y a los pocos días, el 30 de ese mes, ya se habían apoderado de la totalidad del territorio portugués, que había sido abandonado por la familia real y la totalidad de la nobleza.

El futuro rey Juan VI de Portugal, con la ayuda y la protección británica, se había exiliado en Brasil, llevando el Estadoportugués al Nuevo Mundo y salvando así la unidad de la América portuguesa.Es importante resaltar que Carlos IV y su hijo Fernando, tras muchas vacilaciones, desecharon la oferta inglesa de ser trasladados a América. Padre e hijo decidieron arriesgarse a caer presos en Europa antes que vivir libres en América. De paso, señalemos que si la decisión del futuro Juan VI salvó la unidad política y territorial de la América lusitana, la decisión tomada por el rey de España y el príncipe heredero favoreció la disolución y la muerte del Imperio español y la consecuente fragmentación de la América española.

Una vez ocupado Portugal, y con el pretexto de llevar refuerzos a este país, fueron entrando en España nuevas tropas francesas. En pocas semanas más de sesenta y cinco mil veteranos franceses tomaron el control de los lugares estratégicos de la península. Las ciudades de Burgos, Salamanca, Pamplona, San Sebastián y Barcelona fueron ocupadas por los soldados del Imperio napoleónico. A principios de marzo, por decisión de Manuel Godoy, que se había convertido en la verdadera cabeza del Estado español, la familia real se trasladó a Aranjuez. En esas circunstancias, el príncipe Fernando, cada vez más ansioso por convertirse en rey, comenzó a planificar una revuelta contra su propio padre, la cual pasó a la historia con el nombre de Motín de Aranjuez. En estas fechas, Aranjuez prácticamente no tenía población; sin embargo, a partir del 7 de marzo de 1808, una pequeña muchedumbre, compuesta fundamentalmente por empleados de los nobles que estos mismos habían trasladado a la ciudad, comenzó a agruparse frente al Palacio Real y a dar vivas al príncipe Fernando. Ese mismo día, la turba asaltó el palacio en busca del ministro Godoy, quien, herido y ultrajado, a duras penas logró salvar la vida. El 19 de marzo, Carlos IV renunció a la Corona en favor de su hijo, que pasó a ser Fernando VII.

El nuevo monarca quería regresar a la capital del reino, pero el general Murat —a quien Napoleón había encargado que llevase a territorio francés a toda la familia real y a Manuel Godoy— se anticipó, y el 23 de marzo ocupó con sus soldados la ciudad de Madrid, tras lo cual procedió a forzar a Carlos IV para que reasumiese la Corona, ya que su abdicación había sido obligada. España tuvo entonces dos reyes.

Posteriormente, el general francés intentó convencer a Carlos IV y a Fernando VII para que se entrevistaran con el árbitro de Europa, el emperador Napoleón Bonaparte. Tras un largo tira y afloja, primero Carlos IV y luego Fernando VII accedieron a trasladarse a la ciudad francesa de Bayona en compañía del ministro Godoy —al parecer, la reina lo reclamaba—. En aquel complicado momento histórico, la nobleza española estaba completamente entregada al bando francés, por lo que todos los grandes de España fueron también a la ciudad gala, a excepción de los Medinaceli, que optaron por marcharse a África, ya que no querían mancillar su honor exiliándose en territorio inglés. Desde entonces, la nobleza española no tuvo ninguna autoridad moral para decidir sobre los destinos de España.

El 6 de mayo de 1808, en el castillo de Marracq, Napoleón Bonaparte convenció a Fernando VII —a cambio de un castillo en Francia, que le serviría de residencia permanente, y de una pensión anual vitalicia de cuatro millones de reales— para que devolviese la Corona a su padre. Resulta difícil de creer que tan poco valiera para él la Corona de España.

Sin embargo, en la víspera, Carlos IV había puesto la Corona a disposición de Napoleón Bonaparte, que designó a su hermano José como rey de España. Carlos y Fernando acataron la decisión de Napoleón y le agradecieron el interés mostrado por solucionar el problema. Así, satisfechos con el arreglo, padre e hijo permanecieron en Francia como huéspedes del emperador, aunque el pueblo creía que Fernando estaba cautivo. Para completar la «farsa de Bayona», en una reunión de nobles españoles se aprobó el cambio de dinastía. La ignominia de la familia real y de los nobles de España no podía ser mayor. La historia de España, la memoria de Fernando e Isabel, ni siquiera la de Carlos III, merecían semejante afrenta. ¿Cómo no comprender entonces que, cuando esos hechos se conocieron, muchos españoles europeos y muchos españoles americanos comenzaran a odiar a la monarquía y se convirtieran en rabiosos republicanos?

En contraste con la indigna actitud de los nobles españoles que se arrodillaron frente a José Bonaparte, las clases populares de España y la pequeña burguesía —es decir, los campesinos, los pequeños propietarios de tierras y comercios, los maestros, los hombres más esclarecidos del bajo clero, los artesanos y la mayoría de los soldados y oficiales del ejército— emprendieron la resistencia al invasor francés. En las calles de Madrid, los más humildes combatieron a las tropas del general Murat al grito de «mueran los franceses».

Hoy, sin memoria histórica, ni los madrileños ni los sevillanos ni los malagueños saben que junto a las clases populares españolas, que se desangraron para impedir el dominio francés de España, pelearon un gran número de hispanoamericanos que arriesgaron sus vidas por la independencia de España. Entre ellos podemos citar al peruano Dionisio Inca Yupanqui, descendiente por línea directa del inca Huayna Cápac, duodécimo emperador; al mariscal de campo José Casimiro de Lavalle y Zugate, nacido en Lima; al teniente general José Miguel de Carvajal Manrique de Lara, también limeño; a José Miguel Carrera, originario de Santiago de Chile, a quien su padre había enviado a Cádiz para que se iniciara en el aprendizaje del comercio; a los hermanos Justo Rufino y José de San Martín, militares de carrera, oriundos de las misiones jesuíticas, y a José de La Mar, nacido en la ciudad ecuatoriana de Cuenca, que combatió en la defensa de Zaragoza y cuya heroica actuación le permitió conseguir el título de benemérito de la patria en grado heroico y el ascenso a coronel.

La Corte portuguesa como espejo

Como ya hemos mencionado, a diferencia de la Corte española, la portuguesa aceptó la propuesta británica de trasladarse a América para escapar de las garras de Napoleón. El 27 de noviembre de 1807, la reina María I, el príncipe regente don Joao (futuro Juan VI), el resto de la familia real y los principales nobles e intelectuales portugueses (unos quince mil) se embarcaron en Lisboa, rumbo a Brasil, llevando consigo el Tesoro Real y los archivos de la Corona. Habían logrado escapar por poco a la persecución del mariscal francés Junot, pero, finalmente, los quince mil portugueses y la mitad de la moneda circulante en Portugal viajaron a bordo de treinta y seis navíos escoltados por cuatro barcos de guerra británicos. El primer puerto que la familia

real pisó en Brasil fue el de Bahía. Las mujeres portuguesas, incluida la reina, pisaban al fin territorio americano después de haber viajado completamente hacinadas, pero con la firme decisión de ser libres. Antes de poner un pie en Bahía, las mujeres se raparon las cabezas para eliminar los piojos y las cubrieron con pañuelos. La población femenina de Bahía creyó que esa era la última moda en Europa, por lo que comenzaron a tapar sus cabezas con coloridos pañuelos, costumbre que las mujeres morenas y mestizas de Bahía han conservado hasta el día de hoy. ¡Qué diferencia entre la digna actitud de las mujeres de la nobleza portuguesa y la adoptada por las nobles españolas, que se pusieron de rodillas ante la oficialidad francesa! Los hombres y las mujeres de la nobleza española, educados en la obediencia ciega a Francia, llevaban un siglo siguiendo la moda y las costumbres galas. Nada se podía esperar de ellos y nada hicieron para mantener en alto el honor de España.

El 7 de marzo de 1808, en medio de grandes festejos, el príncipe regente desembarcó en Río de Janeiro. Don Juan y sus quince mil acompañantes dieron a esta ciudad y a todo Brasil un impulso de excelencia como no recibió ninguna otra nación suramericana. Los portugueses, que a diferencia de los españoles se habían desentendido de fomentar la cultura en América, con don Juan a la cabeza fundaron dos colegios de Medicina, uno en Río de Janeiro y otro en Salvador, crearon la Biblioteca Nacional, el Banco de Brasil, la Academia militar, la Escuela de Bellas Artes, el Observatorio astronómico y la Escuela de Comercio.

En realidad, el mismísimo «Estado portugués» fue transportado por los barcos ingleses hasta las playas de Río de Janeiro, y esto salvó a Brasil de la fragmentación territorial, de la anarquía y de la guerra civil; destino del que no pudo escapar Hispanoamérica.

Fue el Estado portugués en pleno el que se mudó al Brasil,

> ... pero en la mudanza no sufrió discontinuidad alguna, al conservar su contextura institucional, expresada en la monarquía, y el aparato militar y diplomático con experiencia internacional, capaz de imponer interna y externamente la voluntad social de sus clases dirigentes[469].

El historiador brasileño Moniz Bandeira concluye acertadamente que «Brasil es la América portuguesa que no se desintegró, que mantuvo su unidad económica, social y política; al contrario de la América española, fragmentada en más de diez Estados»[470]. A diferencia de todas las repúblicas hispanoamericanas, Brasil emergió del régimen colonial,

> ... como un Estado-imperio que formó la nación, atribuyéndose un *manifiesto destino de potencia* [...]. El hecho de que, al separarse de Portugal, mantuviera sin ruptura del orden político la unidad de su vasta extensión territorial y que disfrutara de plena estabilidad política casi todo el tiempo del Imperio durante el siglo XIX, cimentó en sus élites y en su pueblo una conciencia de grandeza, suficiencia y superioridad, delante de los demás países de América Latina[471].

Los mejores hombres de la élite portuguesa conocían bien el juego real del poder y de la política internacional. Poseían una profunda visión geopolítica y, si se subordinaban a la política inglesa, lo hacían tratando de obtener el mayor beneficio posible para el Estado que representaban. Tuvieron siempre —tanto ellos como sus descendientes— cuatro objetivos claros en lo estratégico: mantener la unidad territorial de Brasil, extender su territorio hasta las aguas del Río de la Plata, fragmentar la América española e imponer la hegemonía brasileña en América del Sur.

La preocupación permanente de la élite lusitana fue la de conservar intacto el territorio brasileño, neutralizando las tendencias separatistas de algunas regiones que de manera encubierta Inglaterra siempre se encargó de fomentar. En la estrategia política británica de dominación mundial siempre estuvo presente la idea —si bien «disfrazada»— de desintegrar territorialmente o desarticular a los Estados periféricos. Gran Bretaña tuvo como objetivo estratégico la fragmentación de la América hispánica y de la América lusitana, y lo alcanzó en una Hispanoamérica conducida por grupos dirigentes ideologizados y sin experiencia política. Sin embargo, en la América portuguesa se encontró con una élite política que conocía los secretos de la *realpolitik* y que supo contrarrestar las acciones encubiertas. Así, Hispanoamérica quedó como una nación inconclusa, dividida en múltiples y débiles repúblicas, mientras que la América lusitana logró realizar y mantener su unidad nacional conformando un gigantesco Estado-continente que permitiría a Brasil aspirar a ser una potencia mundial. En el mantenimiento de la unidad de la América portuguesa se encuentra el origen de la grandeza de Brasil, así como en la fragmentación de la América española debe buscarse la causa primera de la impotencia de cada una de las repúblicas en que se dividió.

FERNANDO VII: EL GRAN RESPONSABLE

Por tanto, la responsabilidad principal de la disolución caótica y violenta del Imperio español y de la fragmentación territorial de la América española en dieciocho repúblicas impotentes recae en Fernando VII, que, como ya hemos dicho, prefirió estar «preso» en Europa antes que libre en América.

Si la Corte española se hubiera trasladado a América —como hizo la Corte portuguesa, que se instaló en Río de Janeiro en 1808—, si Fernando VII hubiera aceptado la oferta inglesa —planteada antes de la «farsa de Bayona» y reiterada durante su cautiverio— y hubiera reinado desde Lima o México, la separación con España habría llegado —porque no podía más con el peso del Imperio—, pero habría sido un divorcio apacible y «alegre» como el de Brasil, y se habría salvado la unidad territorial. Es importante aclarar que, durante su cautiverio, Fernando no solo no intentó huir, sino que llegó a denunciar ante las autoridades francesas al agente inglés —un barón irlandés— que el Gobierno británico había enviado para ayudarle a fugarse a América[472].

Durante su supuesta prisión, Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro se dedicaron a recibir clases de baile y de música, a montar y a pescar, y a organizar bailes y cenas. Cuando el 6 de junio de 1808 Napoleón puso en el trono de España a su hermano José Bonaparte, Fernando VII se apresuró a escribirle: «No podemos ver a la cabeza de ella [España] un monarca más digno, ni más propio de sus virtudes[473]. Con ocasión del casamiento de Napoleón con María Luisa de Austria en 1810, el servilismo de Fernando VII con respecto al emperador francés llegó al paroxismo cuando organizó en el castillo de Valençay —que le servía de supuesta prisión— una fabulosa fiesta con banquete, brindis, concierto, iluminación especial y un solemne *Te Deum*[474].

Sin embargo, como destaca el historiador Emilio La Parra López, el mayor acto de indignidad de Fernando VII se produjo cuando, por carta, solicitó al emperador Bonaparte ser su hijo adoptivo:

> Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto a la sagrada persona de S. M., como por mi sumisión y entera obediencia a sus intenciones y deseos[475].

Napoleón debió de sentir vergüenza ajena y un enorme desprecio por Fernando VII cuando leyó la misiva.

El emperador francés ordenó que el periódico *Le Moniteur* reprodujera en sus páginas las vergonzosas cartas que

constantemente le enviaba Fernando VII para que todos los españoles en ambos continentes vieran la falta de dignidad del rey cautivo, ante lo cual este se apresuró a agradecer a su «amo» que hiciese público de tal modo el amor que le profesaba[476].

¿Dónde estaban Carlos IV y María Luisa de Parma mientras Fernando VII, su hermano Carlos María Isidro y su tío el infante Antonio Pascual de Borbón permanecían en el castillo de Valençay —propiedad de Charles Maurice de Talleyrand, príncipe de Benevento, antiguo obispo y entonces ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón—, organizando bailes, cenas y cacerías sin preocuparse en absoluto por la suerte de los españoles? Carlos IV y su esposa se alojaban en la antigua residencia real Compiègne, a ochenta kilómetros al norte de París, tras una breve estancia en Marsella, en el palacio Borghese de Roma. En ambos lugares la pareja estuvo acompañada de Manuel Godoy.

Como anécdota políticamente relevante, conviene recordar que en Bayona, donde Napoleón había logrado reunir a Fernando con sus padres, la reina María Luisa pidió al francés que fusilara a su hijo por haberse sublevado contra su padre y quizá también por haberla apartado a ella de Godoy. Lo increíble en toda esta historia es que mientras la familia real disfrutaba del dulce cautiverio napoleónico, el pueblo de España regaba con su sangre las calles de Madrid, Zaragoza y Valencia, y los españoles americanos se enfrentaban unos contra otros tiñendo de rojo los campos de cultivo. Los datos demuestran que a ningún miembro de la familia real —ni a los instalados en Valençay, ni a los residentes en Roma— pareció interesarles mucho el destino de España —y menos aún el de América— ni tampoco la suerte de los españoles europeos ni la de los españoles americanos.

LA GRAN CONFUSIÓN Y LA COLA DEL DIABLO

En enero de 1810, el ejército francés disolvió la Junta Central de Sevilla y completó la ocupación del territorio español. Cuando la noticia llegó a la América española, las principales ciudades se apresuraron a no reconocer el Gobierno napoleónico y a sustituir a las autoridades por Juntas de Gobierno. En 1810 se formaron juntas en la mayor parte del territorio hispanoamericano: el 19 de abril en Caracas; el 25 de mayo en Buenos Aires; el 20 de junio en Bogotá; el 10 de agosto en Quito; el 16 de septiembre en Dolores (México), y el 18 de septiembre en Santiago de Chile. En todas esas

ciudades, las juntas asumieron el poder en nombre del rey Fernando VII. Así, las juntas

> ... en ningún caso negaron su fidelidad a España. Y no como táctica, sino como sentimiento acendrado de los pueblos, que aun los elementos más antiespañoles debieron acatar [...]. Los documentos de la época testifican que los americanos no se sentían parte de un sistema colonial, sino de un reino[477].

Por otra parte, Hernández agrega

> No se pensaba tampoco en fundar repúblicas débiles y fraccionadas entre sí. Tal acción fue estimulada por Inglaterra y Estados Unidos, en un plan político coordinado, al desatarse la crisis de España y sus repercusiones en América[478].

Es un error pensar que, «en los prolegómenos de la emancipación de España, prevaleciese en las provincias americanas el sentimiento antiespañol. A finales del siglo XVIII era mucho más viva la conciencia antibritánica y antifrancesa»[479].

En la confusión general creada por la estúpida decisión de Fernando VII de permanecer cautivo, «el diablo metió la cola»; es decir, Inglaterra comenzó a operar para conseguir su viejo sueño de disolver el Imperio español y balcanizar Hispanoamérica. Todo se mezcló entonces: probritánicos incondicionales (por ejemplo, Mariano Moreno) a veces junto, a veces en contra de (dependiendo de las circunstancias) antibritánicos viscerales (por ejemplo, Santiago de Liniers); iluministas con un deje anticatólico (Juan José Castelli) a veces junto, a veces en contra de tradicionalistas con un deje católico (Cornelio Saavedra); promonárquicos por convicción (Manuel Belgrano), a veces junto, a veces en contra de pro-republicanos decididos (José Gervasio Artigas); librecambistas iluministas (Mariano Moreno), a veces junto, a veces en contra de librecambistas tradicionalistas (Manuel Saavedra); partidarios del libre comercio por interés personal (Mariano Moreno), a veces junto, a veces en contra de proteccionistas que defendían a la protoindustria ya existente en América (Miguel Agüero); «marionetas» al servicio de Gran Bretaña (Francisco Miranda), a veces junto, a veces en contra de jovencitos completamente ideologizados que, sin saberlo, servían al interés británico (Simón Bolívar); «cipayos» que solo querían la independencia para establecer el libre comercio con Gran Bretaña (Carlos María de Alvear), a veces junto, a veces en contra de patriotas que creían

que los hispanoamericanos ya estaban maduros para la emancipación (José de San Martín).

La confusión no podía ser mayor, pero no nos equivoquemos: la responsabilidad principal le correspondía a Fernando VII, quien, después de haber sido amanuense de Napoleón, cuando quedó libre, decidió castigar a los que en América habían constituido las juntas para proteger los derechos de la Corona de España, es decir, *su* Corona. Hombre de pocas luces, Fernando VII no supo distinguir entre las diferentes juntas ni entre los distintos miembros de cada una de ellas y decidió fulminarlos a todos. No quiso negociar en Londres con el enviado de Bolívar, Francisco Antonio Zea Díaz, quien, para terminar con el enfrentamiento armado, llevó la propuesta del establecimiento de una monarquía constitucional y de una confederación entre los reinos de Indias y los reinos de la península, lo que, insistimos, habría salvado la unidad de la América española y del Imperio español. Un correcto análisis histórico no puede olvidarse de que, si Fernando VII se hubiese instalado en México o en Lima, la independencia se habría producido en los mismos términos que la de Brasil, sin guerra, y la América española no se habría fragmentado.

Para desgracia de América y de España, nunca hubo en la historia del Imperio un hombre políticamente tan torpe, necio y egoísta como Fernando VII, a excepción de su padre, Carlos IV, que a las «virtudes» de su hijo sumaba la de ser un alegre cornúpeta[480].

Cuando recobró el trono, la ineptitud, la malicia y la crueldad de Fernando VII no dejaron a muchos españoles americanos otro camino que el de la independencia. El rey, después de vivir su «destierro arrastrándose por las antecámaras de Bonaparte, sumido en la adulación más abyecta [...] desconoció entonces la Constitución de 1812 y fusiló a los mejores generales y oficiales de la guerra nacional contra Francia»[481].Una de sus primeras medidas consistió en mandar arrestar al líder popular Juan Martín Díaz, que junto a sus cuatro mil guerrilleros había puesto en jaque al invencible ejército francés. Aquellos que habían defendido la independencia de España mientras Fernando tomaba en Francia clases de música y baile pagaron su patriotismo con la cárcel o la muerte.

A la luz de estos hechos, ¿hay algún español europeo en su sano juicio que pueda acusar de deslealtad a los españoles americanos que, como Simón Bolívar o José de San Martín, se levantaron en armas para independizarse de semejante rey? Analizando la

conducta de Fernando VII y de Carlos IV ante Napoleón, ¿acaso se le puede reprochar al caudillo José Gervasio Artigas que en el Río de la Plata fuese decididamente independentista y republicano? ¿Alguien puede echarle en cara a Manuel Belgrano, hombre de conducta intachable, que, tras haber sostenido los derechos de Fernando VII, al ver el comportamiento de este cuando recobró la libertad, se pasara decididamente al bando independentista? Lo cierto es que, si la independencia de América fue una trampa británica, ningún americano habría caído en ella si en el trono de España hubiese habido un rey tan solo un poquito más inteligente que Fernando VII.

Por supuesto, esta interpretación no es nuestra, sino la de todos aquellos hombres que en Argentina se agruparon en torno al Partido Federal, así como la que públicamente sostuvo Juan Manuel de Rosas, a quien solo una mente enferma podría acusar de agente británico[482].

UNA GUERRA DE FAMILIA

Los acontecimientos que se sucedieron en América a partir de 1810 no pueden entenderse en blanco y negro o en clave binaria. En el Río de la Plata, los indios guaraníes, conducidos por Andresito Artigas —indio guaraní e hijo adoptivo de José Gervasio Artigas—, fueron decididamente independentistas y republicanos, mientras que, en Chile, los indios araucanos se mantuvieron leales a la monarquía española y, en los Andes, las masas indígenas, dirigidas en el Perú por el campesino indígena Antonio Huachaca, y en Colombia, por el indio pastuso Agustín Agualongo, lucharon hasta el final contra los ejércitos de Bolívar y San Martín. Estos se vieron obligados a ser independentistas por las reiteradas negativas de Fernando VII, que no quiso aceptar la constitución de un imperio hispanocriollo democrático que hubiese salvaguardado la unidad de América con España.

¿Qué se habrían dicho Andresito Artigas y Antonio Huachaca si se hubieran encontrado cara a cara? ¿Cómo habría sido el diálogo? ¿Qué razones habría argumentado el indio guaraní para justificar su postura a favor de la emancipación de España y cuáles habría esgrimido el indio quechua para sustentar su lealtad a la monarquía?

Si se quiere comprender lo ocurrido, no se puede pasar por alto que de Lima, de Arequipa, de Cuzco y de otras ciudades peruanas

salieron las tropas, compuestas fundamentalmente por indios y encuadradas por oficiales criollos, que el 20 de junio de 1811 derrotaron en Huaqui, en las orillas del lago Titicaca (en la actual Bolivia), al ejército criollo, que, enviado desde Buenos Aires, no contaba en sus filas con un solo indio. Mientras el ejército de Buenos Aires estaba bajo el mando político del abogado Juan José Castelli, hijo del médico italiano Ángel Castelli Salomón, en el ejército realista tenía un papel preponderante el cacique de Chincheros, el brigadier de los Reales Ejércitos don Mateo García Pumacahua, miembro de la nobleza inca, quien, como ya afirmamos, en 1780 contribuyó a la derrota del cacique de Tinta José Gabriel Condorcanqui, más conocido como Túpac Amaru. El contraste entre ambos ejércitos no podía ser mayor.

Aunque rompamos el hilo de nuestro relato, no debemos olvidar que Juan José Castelli había sido uno de los cincuenta y ocho vecinos que durante la ocupación británica de Buenos Aires, el 10 de julio de 1806, prestaron juramento de lealtad a Su Majestad británica. De hecho, una de las primeras medidas dispuestas por Castelli en el Alto Perú fue el establecimiento del libre comercio, tan querido por Inglaterra[483].

El llamado ejército realista que aniquiló a las tropas enviadas por la Junta de Buenos Aires al Alto Perú (la actual Bolivia) estaba al mando del teniente general José Manuel de Goyeneche y Barreda (1776-1846), nacido en la ciudad peruana de Arequipa. También oriundo de esa ciudad fue el general del ejército realista don Pío Tristán y Moscoso (1773-1859). Añadamos que Pío Tristán estudió en Salamanca, donde conoció al abogado argentino Manuel Belgrano. Ambos se enfrentarían en la batalla de Tucumán, acaecida el 24 de septiembre de 1812, y en el combate de Salta de 20 de febrero de 1813, Tristán, al mando del ejército despachado por el virrey del Perú, y Manuel Belgrano al frente de las tropas enviadas por el triunvirato que todavía ejercía el poder desde la ciudad de Buenos Aires en nombre de Fernando VII.

Debemos tener en cuenta que, en esta primera etapa de la guerra, el llamado ejército realista se encontraba compuesto totalmente por americanos —es decir, por indios, criollos y negros — y que los primeros refuerzos europeos llegarían al Perú en abril de 1813.

Fueron oficiales del ejército realista el cuzqueño Agustín Gamarra (1785-1841), hasta 1821, y el tarapaqueño Ramón Castilla (1797-1867), hasta 1822. Es importante este dato, pues ambos oficiales llegaron después a ocupar la Presidencia del Perú.

Agustín Gamarra era mestizo, ya que su madre era una indígena quechua, nacida en Cuzco, de origen muy pobre. En 1809, se enroló en el ejército realista y quedó bajo las órdenes del general José Manuel Goyeneche, con quien combatió en la batalla de Huaqui contra el ejército de Buenos Aires. Estuvo luego bajo las órdenes del general arequipeño Pío Tristán, en las batallas de Tucumán (1812) y Salta (1813), donde le tocó enfrentarse al general argentino Manuel Belgrano. En 1815 fue designado para integrar la Junta de Purificación, encargada de juzgar y castigar a los revoltosos que en Cuzco se habían manifestado a favor de la independencia. Cuando Gamarra vio entre los imputados a muchos de sus amigos y conocidos, tuvo una actitud benévola, razón por la cual fue excluido del tribunal. En 1817 fue ascendido a coronel del ejército español y se mantuvo fiel a la Corona hasta el 24 de enero de 1821, fecha en la que se incorporó al ejército del libertador San Martín.

Ramón Castilla fue tozudamente monárquico y leal a la Corona española. En 1812, a los quince años, se enroló, junto a su hermano Leandro, en el ejército realista. Tras la batalla de Chacabuco, que tuvo lugar en Chile el 12 de febrero de 1817, fue hecho prisionero y enviado a un campo de detención en Buenos Aires, de donde logró evadirse y pasar a la Banda Oriental del Uruguay. Una vez en Montevideo, emprendió viaje a Río de Janeiro, desde donde decidió retornar al Perú atravesando las selvas del Mato Grosso brasileño hasta Santa Cruz de la Sierra, en la actual Bolivia. Desde esta ciudad se dirigió a Lima, donde llegó en 1820 para incorporarse al ejército realista. El camino que Ramón Castilla recorrió desde Río de Janeiro hasta Lima, atravesando territorios inhóspitos y salvajes, duró cinco meses. El peruano siguió —principalmente a pie— el camino que va de Montevideo a Lima, esto es, 11.265 kilómetros. La marcha resultó una hazaña jamás repetida y una muestra de la determinación de muchos americanos de luchar para mantener los vínculos con España. Como también lo fue el cruce de los Andes del general José de San Martín en camilla, sufriendo de asma y vomitando sangre.

La impresión de que asistimos, a partir de 1810, a una dolorosa guerra entre hermanos nos queda confirmada cuando apreciamos que

> ... en el Alto Perú, los hermanos Álvarez Thomas: mientras Ignacio, en su carácter de director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ordenaba enviar al general Rondeau refuerzos militares y demás elementos de guerra para el ejército del Alto Perú que combatía por la

independencia; sus hermanos Antonio María, Melchor, Pascual y José, en las filas realistas, combatían por la causa de la monarquía española[484].

El 18 de febrero de 1816, el general Rondeau, desde el Alto Perú envió a Buenos Aires un parte al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el general Álvarez Thomas, oriundo de la ciudad de Arequipa, informándole de que el 31 de enero, en las inmediaciones de Inquina, había sido derrotado el regimiento realista que combatía al mando del brigadier Antonio María Álvarez Thomas.

En la batalla de Ayacucho, acaecida en las sierras del Perú el 9 de diciembre de 1824, mientras el brigadier Antonio Tur, natural de Valencia, combatía en las filas realistas, su hermano menor, Vicente Tur, con el grado de teniente coronel, combatía en las filas libertadoras. Pocas horas antes de librarse la histórica batalla, el general español Juan Antonio Monet solicitó al general colombiano José María Córdova que los oficiales que tuvieran algún familiar o amigo en el campo contrario pudieran reunirse para conversar y darse un abrazo. El colombiano Manuel Antonio López (1803-1891) relató en sus memorias que, tras obtener el consentimiento de Sucre, más de un centenar de oficiales realistas e independentistas se reunieron, sin armas, en una zona neutral del campo de batalla y se confundieron en emotivo y fraternal abrazo[485].

Fue entonces cuando los dos hermanos Tur (Antonio, realista, y Vicente, independentista) se encontraron en el mismo campo en el que iban a combatir y a la vista de ambos ejércitos. Al encontrarse cara cara, Antonio le expresó a su hermano su pesar por verlo en las filas insurgentes. Vicente le respondió que, si había sido para ofenderle, no debía haberle hecho llamar, y dando media vuelta se retiró. No había trascurrido un minuto cuando un grito emocionado partió del pecho del realista llamando a su hermano. Vicente se dio media vuelta y entonces«Antonio corrió tras de él y, abrazándolo, lloraron estrechados largo rato»[486]. Después, «los dos hermanos, sin pronunciar palabra alguna, se separaron para dirigirse cada uno a sus filas de combate a cumplir cada cual con su deber, conforme lo comprendía su razón y le excitaba su propia conciencia»[487].

LOS INCAS, FIELES A ESPAÑA HASTA EL FINAL

Curiosamente, de todas las grandes ciudades de la América española, Cuzco, la antigua capital del Imperio de los incas, fue la que con mayor firmeza se opuso a la independencia. Prueba de esa fidelidad —como comprobaron los historiadores Julio Mario Luqui Lagleyze y Antonio Manzano Lahoz— es el hecho de que todos los caciques de la nobleza cuzqueña, es decir, los descendientes de la antigua nobleza del Imperio inca, solicitaron, en 1824, al virrey De la Serna —cuando ya estaba cercano el fin de la guerra y su resultado era previsible a favor del bando independentista— volver a pasear el real estandarte de la ciudad de Cuzco, del que eran custodios en la procesión del Corpus Christi —tradición que se mantuvo hasta 1815—. Desfiló entonces la nobleza inca con sus trajes y uniformes de ceremonia y sobre ellos lucían los emblemas de oro correspondientes a su dignidad, consistentes en cadenas de oro en bandolera, el sol de oro de los incas colgando del pecho, y hombreras, rodilleras y hebillas de oro que tenían grabadas el rostro de un puma, emblema del viejo Imperio inca. Profesaron su fidelidad a la monarquía española sabiendo que la guerra ya estaba perdida.

En la ciudad de Cuzco, el virrey De la Serna —tras abandonar la ciudad de Lima— formó un ejército de voluntarios integrado casi totalmente por indios que se mantuvieron fieles a la Corona española. Este es un hecho de gran importancia al que los historiadores han dedicado relativamente poca atención y un dato que la historia oficial —ayer liberal, hoy progresista— ha preferido olvidar. Sin embargo, es imposible soslayar el hecho indiscutible de que los indios peruanos fueron el «nervio» del ejército realista asentado en los Andes y que conformaron el grueso de sus filas:

> El ejército estaba formado por 23.000 individuos de línea y 8.000 milicianos. En ese poderoso ejército (para aquella época), hubo solamente 1.500 españoles europeos. Todo el resto estuvo formado por peruanos[488].

Cuando el general José de San Martín desembarcó en las costas del Perú, los indios no se adhirieron a las fuerzas revolucionarias y siguieron fieles al virrey. Este hecho hizo reflexionar al general, ya que llegaba al mando de un ejército «libertador» y, sin embargo, la mayoría de los peruanos —principalmente, los indios— lo consideraron un ejército de «ocupación». En esta paradoja se halla la razón por la cual el ejército sanmartiniano casi no combatió en el Perú y el motivo por el que en 1821 el general quisiera entablar conversaciones con el virrey para poner fin a la guerra mediante la

creación de un gran reino que se extendería desde el Pacífico hasta el Atlántico, a cuya cabeza estaría un miembro de la familia real española; es decir, un Estado que formaría una confederación con el reino de España. No muy distinta era la propuesta con la que el enviado de Simón Bolívar, el embajador plenipotenciario Francisco Antonio Zea, había viajado a Londres, en agosto de 1820, para entrevistarse con el duque de Frías, embajador español en Londres.

En el momento de producirse la decisiva batalla de Ayacucho, De la Serna había logrado mantener unido un poderoso ejército formado por diez mil combatientes, casi todos voluntarios. La mayoría de los soldados eran indios y mestizos pobres de habla quechua, y el resto, criollos, negros y pardos hispanoparlantes.

Tan fuerte fue la lealtad de la mayoría de la población indígena a la Corona española y su rechazo a la independencia y a la forma republicana de gobierno que el general del Ejército Real del Perú, don Antonio Huachaca —indio huantino—, «siguió combatiendo contra la República junto con todo el pueblo huantino —incluidos los húsares de Junín, que en un tiempo lo secundaron— hasta el año 1839»[489].

Los líderes que acompañaban al general Huachaca —a excepción del francés Nicolás Soregui, exoficial del ejército español en Perú— eran campesinos y arrieros indígenas. Con un ejército que llegó a contar con cuatro mil hombres armados únicamente con lanzas y hondas, Huachaca llevó a cabo durante casi dos décadas una guerra de guerrillas que se conoció como la «Guerra de los Castillos de Iquicha», ya que las altas cumbres andinas sirvieron como fortalezas para la resistencia del campesinado indígena.

En la «Guerra de los Castillos», las masas indígenas iban acompañadas del bajo clero católico, que estuvo a cargo de la logística del ejército indio, lo que motivó que los humildes curas de Ayacucho fueran excomulgados por el alto clero, residente en Lima, que estaba subordinado a las autoridades de la República. Es decir, los curas pobres estaban con los indios contra la independencia, y los curas ricos, con los blancos a favor de la independencia. Mirando estos hechos con los ojos de hoy podríamos preguntar: ¿los jóvenes marxistas o nacionales populares que en Hispanoamérica dicen estar del lado de los pobres y contra los ricos, junto a los curas «villeros»[490] que dicen estar en contra de la jerarquía católica de derechas, en qué bando se alistarían, con los indios y curas pobres conducidos por Antonio Huachaca, o con los ricos de Lima y la alta jerarquía de la Iglesia católica?

Tres años después de la batalla de Ayacucho, el indio Huachaca, en una carta dirigida al prefecto, increpaba a las fuerzas de la República afirmando lo siguiente:

> Ustedes son más bien los usurpadores de la religión, de la Corona y del suelo patrio [...]. ¿Qué se ha obtenido de vosotros durante estos tres años de vuestro poder? La tiranía, el desconsuelo y la ruina de un reino que fue tan generoso. ¿Qué habitante, sea rico o pobre, no se queja hoy? ¿En quién recae la responsabilidad de los crímenes? Nosotros no cargamos semejante tiranía[491].

La guerra contra la República acabó el 15 de noviembre de 1839, cuando las fuerzas indígenas firmaron el Tratado de Yanallay, y no con una rendición, que era lo que siempre habían buscado las fuerzas republicanas. Terminada la resistencia, el general Antonio Huachaca no firmó el tratado de paz, pues prefirió internarse en las selvas del Apurímac antes que renegar de su lealtad a la Corona de España. Por supuesto, este hecho ha sido ocultado por la historia oficial peruana.

Sin lugar a dudas, la adhesión de las masas indígenas a la Corona española —es decir, su rechazo a la ruptura de los vínculos políticos con España— es uno de los hechos más relevantes de la historia de la independencia peruana en particular y suramericana en general. El descuido o la desatención del problema de la vinculación indo-hispano-americana arrastraría desde entonces hasta el día de hoy una serie de cuestiones —historiográficas y políticas— que siguen sin resolverse. La principal es que para las masas indígenas la patria era el Imperio.

CUANDO LOS MAPUCHES LUCHARON POR ESPAÑA

Además de los quechuas, descendientes del antiguo Imperio inca, muchos «pueblos originarios», como los araucanos (hoy mapuches), se mantuvieron fieles a la monarquía española y combatieron contra los ejércitos independentistas. Como era de esperar, la fidelidad de los mapuches a la monarquía española ha sido ocultada por el movimiento indigenista.

El historiador Eduardo Cavieres Figueroa destaca que entre 1810 y 1818, periodo en que se gestó el proceso independentista chileno, la guerra entre tropas independentistas y realistas se libró en el centro de Chile, entre la región de La Serena, en el norte, y la de Concepción, en el sur, y señala que los araucanos fueron ajenos a

este proceso. Sin embargo, la situación cambió bruscamente por el desplazamiento del escenario bélico hacia el sur. En esta nueva etapa de la guerra —que se extendió hasta 1828—, los españoles se instalaron en la Araucanía y encontraron en el pueblo mapuche un poderoso y fiel aliado. La política del Gobierno chileno para con la población indígena fue ambigua y, a pesar de que procuraron su amistad por necesidad, los araucanos apoyaron masivamente la causa realista en su guerra a muerte contra el proceso independentista[492].

Combatieron a favor de España casi todas las tribus mapuches. En la guerra sin cuartel que los mapuches emprendieron contra los criollos chilenos independentistas sobresalieron por su arrojo y audacia los caciques Huenchukir, Lincopi y Cheukemilla, que estuvieron al frente de los lafkenches; los caciques Martín Toriano, Chuika y Juan Nekulman, que lideraron a los pehuenches, y los caciques Mariwán, Mangin Weno (o Mañil Bueno) y su hijo Ñgidol Toki Kilapán, que encabezaron a los wenteches. Tampoco fue menor la participación del cacique Curiqueo, al mando de los boroganos.

En la madrugada del 14 de enero de 1832, el general chileno Manuel Bulnes logró vencer a los indios mapuches en la batalla de las lagunas de Epulafquenen, en el norte del territorio de la actual provincia argentina de Neuquén.

Los guajiros contra Bolívar y los ingleses

Los indios guajiros ocupaban un territorio que se extendía a lo largo de la costa del mar Caribe, desde el lago de Maracaibo (actual Venezuela) hasta el delta del río Ranchería (actual Colombia). Durante el periodo hispánico gozaron de una situación de autonomía dentro del Imperio y, curiosamente, cuando estalló la guerra de secesión de España, los guajiros decidieron mayoritariamente mantenerse fieles a la Corona española e incluso mantuvieron esa posición aun después de que Colombia y Venezuela obtuvieran sus respectivas independencias.

Entre los indios guajiros, los más numerosos e importantes eran los wayús, que fueron la maldición de las tropas de Simón Bolívar. Cuando la Legión Británica desembarcó en América para auxiliar a Bolívar, los guajiros presentaron batalla y trataron de impedir el paso de los cinco mil soldados ingleses que el Libertador necesitaba para hacer frente al ejército realista, curiosamente compuesto por

los miembros de las clases más bajas de la sociedad venezolana. Las tropas británicas desempeñaron un papel decisivo en la batalla de Carabobo (28 de mayo de 1814)[493] y en la de Boyacá (7 de agosto de 1819). La primera fue la más importante batalla de la guerra de independencia de Colombia y garantizó el éxito de la «Campaña Libertadora de la Nueva Granada». Después de Carabobo, Bolívar, dirigiéndose a los soldados británicos, le dijo: «Sois los salvadores de mi Nación»[494].

Al respecto de la mayoritaria participación de los guajiros en el llamado bando realista, José Pablo Acuña nos informa de que:

> Tanto «patriotas» como «realistas» trataron de ganar el apoyo de los wayús en el desarrollo de la lucha militar. Ello no fue fortuito, respondió a la posición estratégica que ocupaban las comunidades indígenas en la península de la Guajira, pues algunas de ellas ejercían soberanía y control sobre puertos y sitios clave que significaron posibles vías para movilizar hombres y armas [...]. La ciudad de Riohacha había permanecido fiel a Fernando VII en 1813, manteniendo a raya a los rebeldes «patriotas» [...]. Tanto fue así que esta ciudad protegió algunos pueblos del valle del César que no estaban de acuerdo con la independencia absoluta cuando Valledupar se declaró independiente. Posiblemente por ello Riohacha fue el primer blanco del ataque de las fuerzas rebeldes en el Caribe, el cual estuvo a cargo del general inglés Gregor McGregor en 1819, quien desalojó a las fuerzas realistas el 5 de octubre de ese año. Sin embargo, la toma de los rebeldes [léase criollos de clase alta más tropas inglesas] duró poco, pues seis días más tarde, el 11 de octubre, una fuerza de indígenas guajiros, dirigida por los capitanes de milicia Clemente Iguarán y Miguel Gómez, expulsó a los invasores. Es menester resaltar que no fueron los vecinos quienes sacaron a las tropas de McGregor, sino los wayús, los cuales asumieron el control porque la mayoría de los habitantes de la ciudad [...] habían huido de la agresión de los rebeldes [...]. Cuando las fuerzas patriotas volvieron a tomar el control de Riohacha ante el desembarco en la costa de los generales Brion y Montilla, la guerrilla de indígenas ofreció tenaz resistencia[495].

En este punto cabe señalar que las guerrillas guajiras que se enfrentaron al ejército independentista estaban conducidas por el comandante Miguel Gómez, de padre negro y madre india guajira.

Los guajiros pagaron cara su fidelidad a la Corona española, pues en 1830 el Gobierno venezolano emprendió contra ellos una campaña para someterlos o exterminarlos, que finalizó en 1893 con la total rendición del pueblo guajiro. Actualmente es el pueblo indígena más numeroso de Colombia y Venezuela (el 45 % de la población del Departamento de la Guajira, en Colombia, y cerca del 11 % de los habitantes del Estado de Zulia, en Venezuela). Sin embargo, intoxicados por la historia falsificada que les han

enseñado en las escuelas, nada saben de su lealtad a la Corona española, de su heroica resistencia al invasor inglés y desconocen que, después de la independencia, fueron aniquilados por las tropas de los ejércitos republicanos de Venezuela y Colombia.

Por otra parte, importa resaltar que alrededor de dos mil guerrilleros indios y negros leales a la Corona española, al mando del coronel indio José Dionisio Cisneros Guevara (1796-1847), siguieron combatiendo hasta 1831 y que casi lograron cercar la mismísima ciudad de Caracas. Cisneros era un arriero profundamente religioso, nacido en el seno de una familia indígena extremadamente pobre de Baruta, que interpretó —con o sin razón — que los líderes independentistas en Venezuela eran hombres enemigos de la fe católica y que, por tanto, debían ser combatidos. Tan importantes fueron las guerrillas indias y negras comandadas por Cisneros que el mismo Simón Bolívar ordenó —sin éxito— acabar con él como fuera. Los guerrilleros indios y negros mandados por el coronel Cisneros Guevara pasaron a la historia oficial de Venezuela como «salvajes bandoleros» que se enfrentaron a la «civilización y al progreso».

LA CONQUISTA DE MÉXICO LA HICIERON LOS INDIOS, Y LA INDEPENDENCIA, LOS ESPAÑOLES

Cabe preguntarse si fue distinta la situación en México —hoy capital del fundamentalismo indigenista— que la de Colombia, Ecuador, Perú o Chile. A diferencia de lo ocurrido en los Andes, ¿los indios en México estuvieron a favor de la independencia?

Según la historia oficial mexicana, el capitán Ignacio Allende lideraba un grupo de conspiradores que buscaban la independencia de España, pero sus planes fueron prematuramente descubiertos y no tuvieron más remedio que entrar en acción. Fue entonces, el 16 de septiembre de 1810, cuando en el pueblo de Dolores, en el Estado de Guanajuato, Ignacio Allende y el cura Miguel Hidalgo se pusieron al frente del levantamiento popular. Hidalgo pronunció un discurso que pasó a la historia como «el grito de Dolores», tras el cual los supuestos rebeldes independentistas se pusieron en marcha hacia la Ciudad de México; mientras tanto, el cura José María Morelos levantaba a las poblaciones indias de las regiones del sur. Hasta aquí la historia oficial. Pocas veces se dice que «la consigna de los campesinos mexicanos sublevados que respondían al cura Hidalgo era: “¡Viva

la religión! ¡Viva el rey y mueran los gachupines!". Es decir, los españoles que controlaban el comercio de exportación junto con la burocracia virreinal»[496].

Sin duda, la situación de México era distinta de la de Perú, Ecuador, Colombia o Chile, porque los indios mexicanos participaron —aunque no de forma masiva— en el movimiento insurgente conducido por los curas Hidalgo y Morelos. Ahora bien, ni mucho menos buscaban la independencia de la Nueva España, sino que se levantaron en armas contra el mal gobierno, pero desvinculando al rey de España de cualquier responsabilidad y sin ninguna intención de reivindicar sus derechos como indios, porque no tenían conciencia de grupo. En este sentido, la historiadora Gisela von Wobeser sostiene:

> Cabe resaltar que los indios insurgentes no buscaron la independencia de Nueva España o de América septentrional, para decirlo en términos de la época. En primer término, carecían de una percepción clara del régimen novohispano y del territorio que comprendía el reino de Nueva España. Si bien se sentían súbditos del rey de España, imaginaban esta relación como un vínculo personal, producto de un convenio entre las comunidades y la Corona, mediante el cual las primeras aceptaban pagar el tributo, mientras el rey asumía la obligación de protegerlos. Desde el siglo XVI se había creado en su imaginario una desvinculación entre el rey y sus funcionarios, lo que les permitió ser fieles al primero, a pesar del mal manejo de la administración virreinal. Esta forma de pensar se reflejaba en la expresión «Viva el rey y muera el mal gobierno», utilizada, por ejemplo, durante el tumulto de 1692 en la Ciudad de México; y más cercano a nuestra época de estudio, en 1766, por los cerca de seis mil amotinados en Guanajuato. Tampoco les interesó reivindicar sus derechos como indígenas, ya que carecían de una conciencia de grupo y no percibían que pertenecían a un sector social que estaba en desventaja frente a los demás[497].

Si no fue la lucha por la independencia, ¿qué motivó a los indios a seguir a Hidalgo y a Morelos, que pícaramente levantaban la imagen de la Virgen de Guadalupe?

Wobeser afirma:

> En conclusión, podemos decir que los indígenas que participaron en el movimiento insurgente lo hicieron mayoritariamente por motivos personales o comunales locales. Su propósito no fue lograr la independencia de Nueva España, ya que no tenían la conciencia de este territorio y su relación con la Corona solo era de súbditos que buscaban protección. Sus intereses se circunscribían a sus comunidades y pelearon por la esperanza de mejorar su situación socioeconómica, para resolver rencillas locales, problemas con los actores inmediatos,

> como eran los pueblos vecinos, las haciendas, los funcionarios reales y los clérigos. Si a estas conclusiones añadimos que la gran mayoría de los indígenas no participó en la guerra de insurgencia y que muchos lo hicieron del lado realista, tenemos un cuadro distinto al tradicional sobre el movimiento insurgente[498].

En contra de lo que sostiene la falsificada historia oficial de México, los datos demuestran que los indios no solo no buscaron la independencia de España, sino que, una vez que los hijos de los españoles en México lograron la independencia de España, la situación de las masas indígenas empeoró notablemente:

> Una vez lograda la independencia pocos fueron los beneficios inmediatos que obtuvieron los indígenas y más bien resultaron perjudicados. Les afectó el receso económico y la inestabilidad que caracterizó al país durante el primer lustro independiente. Asimismo, les fueron adversas las nuevas leyes emanadas de la República. Mediante las leyes de desamortización de bienes eclesiásticos y comunales, impuesta por la Ley Lerdo de 1856 y la Constitución de 1857, como parte del programa liberal republicano de los Gobiernos de Ignacio Comonfort y Benito Juárez, se disolvieron las repúblicas de indios y las llamadas parcialidades o entidades indígenas situadas dentro de algunas ciudades; se suspendió el régimen jurídico especial de que gozaban, que incluía la existencia de juzgados para los indios, y, lo más grave, se abolió la propiedad comunal de la tierra[499].

Ahí está la clave. Abolida la propiedad comunal de la tierra, por arte de magia, las tierras indias pasaron a ser propiedad de los criollos, que conformaban la clase alta de México. Con justa razón escribió José Vasconcelos que la conquista de México la hicieron los indios, y la independencia de México, los españoles[500].

EL PLAN DE RECONCILIACIÓN Y EL PROYECTO DE UNA CONFEDERACIÓN HISPÁNICA

El 1 de marzo de 1820, el vicepresidente de la República de Colombia, Francisco Antonio Zea[501], designado por Bolívar como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Gobierno colombiano[502], se embarcó rumbo a Londres para cumplir una misión confidencial. Zea sabía que, si fracasaba, debería afirmar que todo se había debido a su iniciativa personal y, por tanto, asumiría los costes políticos a fin de salvaguardar la imagen pública del presidente de Colombia, el Libertador Simón Bolívar[503].

Francisco Antonio Zea llegó a Londres el 16 de junio de 1820. Cuatro días después, ante una filtración del plan que Bolívar le había encomendado en secreto, se vio obligado a desmentir públicamente «los rumores de reconciliación con la España»[504]. El 7 de octubre de 1820 —a nuestro entender, en cumplimiento del plan elaborado con Simón Bolívar— presentó al duque de Frías, embajador plenipotenciario de S. M. católica ante la Gran Bretaña, el «Plan de Reconciliación y proyecto de Confederación Hispánica»[505], afirmando que consistía en «la reconciliación y reunión de nuestra gran familia (hispánica) discorde y dispersa [...], la regeneración completa de la monarquía y creación de un nuevo imperio»[506].

Francisco Antonio Zea, consciente de la importancia histórica de la misión que le había encomendado el Libertador, enfatizó que la motivación última de la propuesta era la de construir un imperio democrático con capital en Madrid que salvara la unidad de España y el Nuevo Mundo. En este sentido, Zea le dijo a Frías:

> Se trata nada menos que de sustituir el espíritu de repulsión y de divergencia que va separando de la monarquía a tantos pueblos y que acabará por separarlos a todos, por otro espíritu de atracción y de convergencia que, concentrándolos en la metrópolis, constituya un fuerte y poderoso Imperio federal sobre un principio idéntico al que fue constituido el universo para conservarse inalterable[507].

El embajador, que portaba «poderes en blanco»[508] firmados por Bolívar, manifestó también al embajador de Fernando VII que el plan que le proponía debía ser realizado con *«infinita urgencia»,* porque era la única forma de «terminar con las disensiones de la familia en el seno de la familia misma, antes que otros acabasen de decidirse a intervenir en ellas»[509].

Zea le confesó al duque de Frías que el objetivo de su vida era «ver abrazarse los pueblos de América y de España para que volviesen a llamarse hermanos»[510] y, como prueba de su seriedad, se ofreció él mismo como garantía: «Ofrezco desde ahora, bajo el más solemne juramento, constituirme no digo prisionero, pero sí presidiario en Ceuta o en el Peñón hasta que la experiencia haya acreditado el acierto de esta operación vital[511].

La base de la Confederación Hispánica era el reconocimiento explícito, por parte de la monarquía, de las regiones que ya habían declarado su independencia. Se constituiría entonces un imperio compuesto de repúblicas reunidas bajo la presidencia de una monarquía constitucional. Más allá de la retórica, lo que nos

interesa destacar es que Zea, de forma absolutamente pragmática, proponía reconstruir la unidad del Imperio a través del mismo camino exitoso que años más tarde recorrieron los desunidos Estados alemanes para realizar la unificación germana: la constitución de un *Zollverein,* es decir, una unión aduanera con tarifa externa común entre todos los miembros de la Confederación. Existiría libertad de comercio dentro de los marcos del Imperio y proteccionismo económico contra terceros Estados —es decir, Gran Bretaña— para construir un mercado nacional único que permitiera el desarrollo de la industria. Todo español que se radicase en América adquiriría automáticamente los derechos de ciudadano americano, y viceversa. En caso de guerra, se prestarían auxilio recíproco todas las partes de la Confederación. Una Dieta confederal sería el supremo Parlamento del Imperio hispanocriollo.

El 9 de octubre, el embajador español envió el proyecto de Zea al primer secretario del despacho, don Evaristo Pérez Castro. «El 9 de noviembre, por correo extraordinario, Pérez Castro contestó a Frías [...]. Luego de informado S. M. al respecto y haberse debatido por el Gobierno las proposiciones del señor Zea, las mismas se han hallado inadmisibles»[512]. De esta forma se perdía una nueva oportunidad de salvar la unidad del Imperio español.

Apenas un año después de que Francisco Antonio Zea se reuniese en Londres con el duque de Frías, el general José de San Martín[513] se encontró con el virrey del Perú, José de la Serna, el 2 de junio de 1821, en la casa-hacienda Punchauca, situada a unos veinticinco kilómetros al norte de la ciudad de Lima, en la margen izquierda del río Chillón[514]. San Martín, en cuanto reconoció a De la Serna, lo abrazó cordialmente. Un dato relevante es que el virrey asistió a la reunión acompañado del general José de la Mar, nacido en la actual ciudad ecuatoriana de Cuenca, que sería luego presidente constitucional del Perú en dos ocasiones: de 1822 a 1823 y de 1827 a 1829.

San Martín le propuso al virrey que España reconociera la independencia del Perú, de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que constituirían un solo Estado con una monarquía constitucional encabezada por un príncipe español. La sede del nuevo reino se establecería en la ciudad de Lima.

El nuevo estado así constituido —y encabezado posiblemente por el mismísimo hermano del rey de España, Carlos María Isidro de Borbón— firmaría un acuerdo que establecería con el reino de España una unión aduanera que protegería a la industria de los dos

reinos de la competencia extranjera, cosa que Gran Bretaña, por supuesto, no podía permitir. Fue por eso que, a través de los hombres que dentro del Ejército español en el Perú le respondían directamente, boicoteó el proyecto sanmartiniano. El general San Martín estaba seguro de que su plan sería aprobado en Madrid, ya que lo había coordinado con su hermano Justino Rufino de San Martín, con quien mantenía una asidua correspondencia, y que, en ese momento, era oficial de la Secretaría de Guerra en España.

En el pensamiento estratégico de San Martín, la nueva monarquía constitucional se extendería luego (por aceptación) a la Gran Colombia y al mismo México, una ampliación fundamental, ya que, como Bolívar, San Martín entendía que la independencia sin mantener la unidad hispanoamericana no era en realidad independencia, y que la desunión conduciría a la dependencia informal de otra potencia.

Como prueba de buena fe, San Martín se ofreció a viajar en persona a Madrid para solicitar a las Cortes que escogieran a un infante de España, un príncipe Borbón, para que fuese proclamado rey del Perú. No había ninguna doble intención, porque de lo que se trataba era de evitar que toda Hispanoamérica pasara a ser una colonia informal de Su Graciosa Majestad británica. El proyecto de San Martín no era producto de la lectura de los libros, sino el resultado de la experiencia adquirida en América, y era consciente de la fidelidad de las masas indígenas a la Corona de España y de la apetencia de Inglaterra y Francia por heredar los territorios de España en América. Todo esto hacía pensar que el plan —que implicaba la reconciliación con España— fuera visto con buenos ojos por el virrey De la Serna y sus oficiales, que departieron amablemente con los delegados de San Martín en medio de brindis y bromas. De la Serna pidió algunos días para consultar con el resto de sus oficiales.

Las reuniones continuaron en el pueblo de Miraflores, al sur de Lima, y, posteriormente, a bordo del buque neutral Cleopatra, pero la oposición del brigadier José de Canterac y, sobre todo, del mariscal de campo Gerónimo Valdés —que trabajaba directamente para Gran Bretaña— frustraron el proyecto. San Martín supo siempre que el principal responsable de que fracasara su propuesta de reconciliación con España no había sido Canterac sino Valdés, al que calificó como «genio del mal». Refiriéndose a Punchauca, San Martín escribe: «El plan quedó acordado: un juicio imparcial fijó sus bases, pero el genio del mal vino a derrotar el momento más glorioso, para los que no hacen profesión de derramar sangre

injustamente… que de víctimas se habrían economizado si la prudencia hubiera prevalecido…»[515].

En la noche del día 12 de junio, San Martín llegó a Lima y dos días después lo hizo todo su ejército. El 28 de julio, el general proclamó la independencia del Perú. Fracasados los intentos de reconciliación con España y de creación de un Imperio hispanocriollo, el 26 de julio de 1822 los libertadores se encontraron en la ciudad de Guayaquil, en la actual República del Ecuador. En la noche del 27 de julio de 1822, Bolívar celebró un banquete para agasajar a San Martín, en medio del cual este se retiró para embarcar hacia el Perú. Los dos protagonistas del encuentro guardaron el más estricto secreto de lo conversado en aquella ocasión.

En la obra de teatro *Guayaquil,* escrita por el historiador argentino Pacho O'Donnell, un angustiado Simón Bolívar le pregunta a San Martín: «Entonces, José, ¿para quién hemos trabajado?». A lo que San Martín responde: «Para los ingleses, Simón, para los ingleses…».

UNA GIGANTESCA VICTORIA INGLESA

El estrepitoso fracaso del intento de ocupar militarmente el Río de la Plata (1806 y 1807) y las circunstancias de Europa hicieron que Gran Bretaña diera marcha atrás en la ya programada tercera invasión a ese territorio y que no volviera a contemplar la posibilidad de asumir la soberanía formal sobre alguna parte importante del Imperio español en América. Tiempo después, cuando comenzó a estar claro que el proceso político iniciado en 1810 con la constitución de las juntas en América desembocaría en la independencia de Hispanoamérica, Gran Bretaña se propuso tres objetivos fundamentales:

1. Que el proceso de independencia de Hispanoamérica diera origen a la mayor cantidad de Estados posibles, es decir, a la fragmentación del territorio.
2. Que los nuevos Estados hispanoamericanos adoptaran de forma irrestricta el libre comercio y se incorporaran al mercado mundial —cuyo centro era Inglaterra— como simples productores de materias primas.
3. Que cada uno de los nuevos Estados se endeudara con la banca inglesa para que la deuda constituyese el «lazo

invisible» que atara a las nuevas repúblicas a la voluntad de Inglaterra.

Es importante recordar que el éxito de la política británica en la América española fue absoluto. Terminado el proceso independentista, Hispanoamérica se fragmentó en dieciséis repúblicas impotentes; es decir, en dieciséis fragmentos anónimos del mercado internacional. En 1825, la deuda externa de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas con la banca inglesa era de un poco más de 17 millones de libras, cantidad que se distribuía de la siguiente manera: la Gran Colombia —que abarcaba las actuales repúblicas de Venezuela, Ecuador, Colombia y Panamá—, 6,75 millones; México, 6,40 millones; Perú, 1,82 millones; Chile, 1 millón; Argentina, 1 millón, y América Central, 0,16 millones[516]. Si a estas cifras se le agrega la deuda del Imperio brasileño por valor de 3,2 millones de libras, resulta que la deuda de Iberoamérica llegó a representar el 46,6 % del total de las deudas estatales del planeta[517]. La deuda se convirtió en una carga insoportable para las jóvenes repúblicas, que se transformaron *de facto* en semicolonias de Gran Bretaña. En 1946, Argentina logró pagar su primer empréstito más de cien años después de haberlo contraído. En 1952, Venezuela consiguió cancelar la deuda que había heredado de la Gran Colombia y no fue hasta 1977 cuando Ecuador hizo lo propio.

Esta gigantesca victoria inglesa supuso la disolución del Imperio español, la balcanización de Hispanoamérica y la conversión de las nuevas repúblicas en semicolonias de Inglaterra. Pero de nada de esto fueron responsables las masas indígenas, que siempre se mostraron contrarias a la independencia. Como hemos visto, los quechuas, los mapuches o los guajiros se mantuvieron fieles a la Corona española, de modo que la responsabilidad recae en las clases altas hispanoamericanas, a las que únicamente les interesaba el libre comercio con Gran Bretaña; en la pequeña burguesía, subordinada culturalmente al imperialismo cultural franco-británico, y, sobre todo, en el tozudo absolutismo de Fernando VII, que fue el que en la práctica «obligó» a muchos americanos a luchar por la independencia.

10
LOS INTELECTUALES HISPANOAMERICANOS CONTRA LA LEYENDA NEGRA

> Nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas a medias. España fue la cuna y el brazo de la nacionalidad. Somos sus hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cerca de nuestro corazón. Si renegamos del punto de partida, nos condenamos a edificar en el viento. España está presente en nosotros con sus grandezas y sus debilidades.
>
> MANUEL UGARTE

Después de las guerras de emancipación, las oligarquías hispanoamericanas al servicio de Inglaterra tuvieron una actitud antihispánica visceral y adjudicaron a España el origen de los males de los jóvenes Estados por ellas conducidos. Es decir, todos los problemas tenían su origen en la «mala herencia» recibida de España. Como escribió el político argentino Domingo Faustino Sarmiento:

> Veo siempre la antigua España viva todavía en nuestros corazones, en nuestros hábitos, en nuestras tendencias; la veo en la ignorancia y en la superstición de nuestras masas; en la resistencia que de todas partes se levanta; en los obstáculos con que tenemos que luchar, en la tendencia al despotismo de la generalidad de nuestros gobiernos americanos; en la indolencia de los gobernados; en su falta de espíritu público; en todo, en todas partes, veo siempre la sombra de ese genio maléfico[518].

A mediados del siglo XIX, las élites hispanoamericanas, a medida que se iban consolidando en el manejo de sus respectivos Estados, decidieron imponer en el sistema educativo su particular versión de la historia de la conquista española de América, operación que prácticamente no encontró resistencia alguna. La versión

elaborada por los escribas de la oligarquía para la escuela primaria fue aceptada por las élites universitarias hispanoamericanas —primero liberales y luego izquierdistas— como *lo que realmente ocurrió,* por lo que podemos afirmar que esta versión oligárquica y británica se convirtió en hegemónica hasta el día de hoy.

No hay que perder de vista que la prédica de la leyenda negra era parte sustancial de la política de subordinación ideológica cultural que Inglaterra llevaba a cabo a fin de incorporar a Hispanoamérica como una parte «informal» de su Imperio. Así, la leyenda negra, el libre comercio, el nacionalismo de campanario y el iluminismo pasaron a ser los pilares fundamentales del imperialismo cultural británico.

SARMIENTO, O EL ODIO A ESPAÑA

En Argentina, ese proceso de subordinación cultural respecto a Gran Bretaña comenzó en 1852 con la caída del gobernador de provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas (1783-1877), quien, por delegación de las provincias, tenía en sus manos la política exterior de la Confederación Argentina, si bien nunca llegó a ser más que gobernador de su provincia.

Rosas pasó a la historia como «el Restaurador», entre otras cosas por querer restablecer las costumbres hispánicas que empezaron a ser desechadas por la clase gobernante desde mayo de 1810. «Rosas —afirmaba Sarmiento— es la encarnación de Felipe II, de la Inquisición, de la barbarie indígena [...]. Rosas es el hijo legítimo de la vieja España bárbara y despótica»[519].

El Restaurador, además, había detenido el proceso de fragmentación territorial, evitando que cada provincia se declarara como Estado independiente. Así, siguiendo el ejemplo de Estados Unidos, en diciembre de 1835 sancionó la Ley de Aduanas, poniendo fin a veinticinco años de aplicación irrestricta del libre comercio. Cabe señalar que Rosas fue amado por las masas populares hispanocriollas-indígenas y detestado por la oligarquía porteña probritánica. El mismísimo Sarmiento así lo reconoció: «Nunca hubo Gobierno más popular, más deseado, ni más bien sostenido por la opinión que el Gobierno de Rosas»[520].

Precisamente fue Sarmiento (1811-1877) —el gran enemigo de Rosas— quien con más tenacidad propagó la leyenda negra de la conquista española y quien más criticó a España. Escritor, periodista, gobernador de la provincia de San Juan entre 1862 y

1864, presidente de la nación argentina entre 1868 y 1874, senador nacional por su provincia entre 1874 y 1879, ministro del Interior en 1879 y superintendente de Escuelas durante el Gobierno del presidente Julio Argentino Roca, Sarmiento desempeñó un papel fundamental en la institucionalización de la leyenda negra en el sistema educativo de la República Argentina.

En su obra, la actitud antiespañola de la oligarquía argentina probritánica alcanzó su nivel más alto. Encontramos en ella todos los prejuicios dominantes en América, pero con el agregado de una agresividad poco frecuente:

> No es cierto —afirmaba Sarmiento— que haya dicho que, a juicio de los grandes pensadores modernos, la raza española sea una raza en decadencia. Dije algo peor; que he repetido en mis escritos: que es una raza de mente atrofiada que no da esperanza de mejora[521].

Y, sin inmutarse, llegaba a afirmar:

> España ha permanecido incurablemente bárbara, dado que durante tres siglos no tuvo un solo hombre que piense [...], no ha tenido un solo escritor de nota, ningún filósofo, ningún sabio y con Cervantes hundió en la tumba la única joya literaria que podía ostentar la nación de escritos más pobre que se conoce en la historia[522].

Es decir, que para él no son «escritores de nota» ni Calderón de la Barca, ni Lope de Vega, ni Tirso de Molina, ni fray Luis de León, ni Luis de Góngora, ni Francisco de Quevedo, ni José Zorrilla, ni Juan Boscán, ni Fernando de Herrera, ni Agustín Moreto, ni Rodrigo Caro, ni Garcilaso de la Vega, ni Teresa de Ávila, ni Juan de la Cruz. En su opinión, no eran ni sabios ni filósofos Francisco de Vitoria, Benito Arias Montano, Francisco Suárez, Juan de Mariana, Florián de Ocampo, Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Núñez, Juan de Tovar o Francisco de Enciso Zárate.

El 15 de abril de 1844, en un artículo que publicó en *El Progreso,* Sarmiento sostenía:

> Preguntad no obstante a la historia cuáles eran sus costumbres y os responderá mostrándoos sus instrumentos de tortura, las hogueras, las matanzas, la esclavitud, la disolución, la barbarie[523].

En su libro *Conflictos y armonías de las razas de América* abundaba en la misma idea:

> ¡Oh, Newton, Humboldt, Cuvier, Darwin!... ¿Por qué no nacisteis en la España del siglo XV? Torquemada os hubiera descubierto en la cama: «qué miríada de réprobos», hubiera dicho al ver vuestros ojos, por donde asomaba ya el alma curiosa e inquieta[524].

Toda la obra de Sarmiento destila un profundo odio hacia España y hacia todo aquello que oliera a español. Por ello, el venezolano Rufino Blanco Fombona, en un figurado diálogo con Sarmiento, afirma: «¡Qué odio a España el suyo! ¡Qué odio a todo lo que huela, en instituciones, costumbres, letras, a español! ¡Qué odio tan agresivo, tan injusto, tan tremendo, tan odio!»[525].

Si hubiese nacido hoy en Barcelona, Sarmiento se habría convertido en un ídolo del nacionalismo catalán, porque detestaba a España y admiraba a Cataluña:

> Estoy por fin fuera de España —afirmó cuando llegó a Barcelona—, pues así son todos los catalanes; otra sangre, otra estirpe, otro idioma [...]. La población es activa, industrial por instinto [...]. Aquí hay ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo y ruido; hay, pues, un pueblo europeo[526].

Para él, España era la barbarie, y Francia e Inglaterra, la civilización. En el país galo, un discípulo le preguntó: «Maestro, ¿qué hay cruzando los Pirineos?». A lo que Sarmiento respondió: «El África, hijo, el África...».

Por tanto, según su visión, la historia de la humanidad es la historia de la lucha de la civilización contra la barbarie, que, en su opinión, es sinónimo de Imperio español, en contraposición al «civilizado» Imperio inglés. Esto es, barbarie es el castellano y civilización el inglés; barbarie es el catolicismo y civilización el protestantismo; barbarie son todas las costumbres hispánicas frente a las «civilizadas» costumbres francesas e inglesas.

Por ello, para el político argentino, las masas gauchas hispanocriollas del interior de Argentina —donde sobrevivían las costumbres hispánicas— eran la máxima expresión de la incultura y el salvajismo que había que eliminar de la faz de la Tierra. Es decir, el gaucho, que encarnaba esa barbarie, era España en América. Esto explica que en 1862, después de la batalla de Pavón, aconsejara al presidente Bartolomé Mitre que «no ahorrase» sangre de gaucho, porque eso era «lo único» que tenían de humano[527].

Para Sarmiento, bárbaros eran los gauchos pobres, porque ni estaban educados ni querían dejarse educar, de ahí que apoyaran a Juan Manuel de Rosas. Además, las masas gauchas eran la

expresión de la barbarie española porque hablaban castellano, tenían costumbres españolas y se mantenían fieles a la atrasada religión llevada por España a América. Por ello, el Estado —es decir, todos los Gobiernos— debía dejar que los pobres hispanos criollos se murieran de hambre o de peste, para reemplazarlos luego por inmigrantes anglosajones que fueran depurando la «maldita raza hispánica».

El pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento quedó claro en el debate que se produjo en la Cámara de Senadores el 13 de septiembre de 1859. El asunto que se trataba era si el Estado debía ayudar a la masa gaucha empobrecida y a los miles de huérfanos gauchos que habían muerto en la guerra civil entre federales —hispanistas— y unitarios —probritánicos—:

> Las Cámaras no deben votar partidas para la caridad pública porque la caridad cristiana no es del dominio del Estado. El Estado no tiene caridad, no tiene alma [...]. Si los pobres se han de morir, que se mueran [...]. El mendigo es como la hormiga. Recoge los desperdicios. De manera que es útil sin necesidad que se le dé dinero [...]. ¿Qué importa que el Estado deje morir al que no puede vivir por causa de sus defectos? Los huérfanos son los últimos seres de la sociedad; no se les debe dar más de comer[528].

En el siglo XX, fue Jorge Luis Borges uno de los principales herederos de la hispanofobia sarmientina. «Sarmiento el soñador, sigue soñándonos», escribió en cierta ocasión el escritor argentino, quizá porque los amores y los odios de Sarmiento eran los mismos que los de Borges, quizá porque el país que Sarmiento imaginó en el siglo XIX era el mismo que el escritor deseaba ver restaurado en pleno siglo XX. Sea como fuere, el peso de la imagen negativa sobre España instaurada por Sarmiento en la *intelligentzia*argentina fue y sigue siendo enorme.

Para calibrar correctamente el peso que tuvo en la construcción de la mentalidad colectiva de los argentinos recordemos que el 11 de septiembre, día de su muerte, es el Día del Maestro. Todos los niños argentinos han sido educados en el culto a este prócer, el mayor hispanófobo de la historia argentina, y todos los 11 de septiembre los niños entonan un himno que dice: «Sarmiento, padre del aula; Sarmiento, inmortal».

LA CHISPA QUE ENCENDIÓ LA PRADERA

Institucionalizada la leyenda negra y el odio hacia España en todas las repúblicas hispanoamericanas —en la prensa, en los libros y, sobre todo, en el sistema educativo— no le resultará nada fácil a la población desprenderse de esos prejuicios inducidos. Sin embargo, un hecho histórico comenzó a cambiar las cosas: la guerra de Estados Unidos contra España de 1898.

El 15 de febrero de ese año, en el puerto de La Habana, explotó el buque norteamericano Maine. Inmediatamente, Estados Unidos culpó al Gobierno español y en el mes de abril declararon la guerra a España. La farsa era gigantesca y todos los hispanoamericanos intuían que España nada tuvo que ver con la explosión del barco norteamericano. En pocos meses, Cuba pasó de la dependencia formal de España a la dependencia informal de Estados Unidos, lo que provocó un sentimiento de impotencia e indignación que recorrió toda la América española.

En Buenos Aires, en un acto en el teatro Victoria, Roque Sáenz Peña (1851-1914), quien años más tarde fue presidente de Argentina, enjuició el atropello. Desde París, el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) escribió:

> No, no puedo, no quiero estar de parte de esos bárbaros de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros [...]. Cuán palpable es la urgencia de trabajar y luchar porque la Unión Latina no siga siendo una fatamorgana del sueño de Utopía [...]. La raza nuestra debiera unirse, desde México hasta Tierra del Fuego[529].

El poeta llamaba a unirse a los cachorros del león español. Palpitaba en su corazón el recuerdo del poderoso Imperio de Carlos V y Felipe II.

En 1899, el venezolano César Zumeta (1860-1955) publicó un texto con el título de *El continente enfermo,* donde escribió: «Solo una gran energía y una perseverancia ejemplar pueden salvar a la América del Sur de ser un protectorado norteamericano»[530].

En Montevideo, el atropello de Estados Unidos contra España y la conversión de Cuba en una semicolonia estadounidense hicieron que José Enrique Rodó (1871-1917) escribiera su abrumador *Ariel.* Tal y como él mismo confesó: «La guerra de Cuba fue el origen del libro. Había que decir todo esto [...] decirlo bien profundamente, con mucha verdad, sin ningún odio, con la frialdad de un Tácito»[531].

A las figuras hispanoamericanas más notables que se vieron influenciadas por el clima de indignación general provocado por la

guerra de Estados Unidos contra España nos permitimos englobarlas en lo que hemos llamado la «generación de la indignación», compuesta por intelectuales, poetas y ensayistas, entre los que encontramos a los citados José Enrique Rodó; al nicaragüense Rubén Darío; a los venezolanos Rufino Blanco Fombona y César Zumeta; a los argentinos Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Enrique Larreta y Manuel Gálvez; al dominicano Pedro Henríquez Ureña; al brasileño Oliveira Lima; al mexicano José Vasconcelos, y a los peruanos Francisco García-Calderón Rey y José Santos Chocano. Podría incluirse también a la gran poetisa chilena Gabriela Mistral que fue amiga íntima de José Vasconcelos y una gran admiradora de Manuel Ugarte.

Los miembros de esa generación rechazaban el nacionalismo de campanario y afirmaban que Argentina, Bolivia, Colombia, Chile y las demás repúblicas que se jalonaban desde el río Bravo hasta los canales de Tierra del Fuego no eran sino «provincias» de una «magna Patria», por lo que podemos afirmar que protagonizaron la primera insubordinación ideológica producida en Hispanoamérica contra el imperialismo cultural británico, que había instaurado la idea de que cada república hispanoamericana era una nación distinta de las demás y, a su vez, enemiga irreconciliable de las repúblicas con las que compartía frontera. Así, por ejemplo, los niños chilenos fueron educados en la idea de que Bolivia y Perú eran los enemigos históricos de Chile; los niños peruanos, en la tesis de que Chile era el enemigo histórico del Perú, y los niños ecuatorianos, en la de que Perú era el enemigo histórico del Ecuador.

En los miembros de la «generación de la indignación» renació el deseo de reconstruir la unidad hispanoamericana perdida, aunque esa unidad fuera imperfecta porque no incluía a España. No se les podía pedir más. El peso de la leyenda negra seguía siendo abrumador, aunque muchos de ellos se fueron desprendiendo poco a poco de esa pesada herencia. Fueron especialmente significativos los casos del uruguayo José Enrique Rodó, del mexicano José Vasconcelos, que finalizó su vida siendo un defensor acérrimo de la hispanidad y de la conquista española de América, y de los argentinos Manuel Gálvez y Manuel Ugarte.

Rodó: «Nuestra patria es la América española»

José Enrique Rodó nació en Montevideo el 15 de julio de 1871. Miembro de una familia de la alta burguesía uruguaya, la prematura muerte de su padre lo arrojó al mundo del trabajo a los catorce años. Fue poeta, ensayista y periodista y, aunque nunca terminó sus estudios universitarios, en 1898 su fama era tan grande que fue nombrado profesor de literatura, en la Universidad de Montevideo, hoy Universidad de la República. Se introdujo en la vida política activa como miembro del Partido Colorado de José Batlle y Ordóñez y, desde 1902, ocupó el cargo de diputado por Montevideo durante dos periodos (1902-1905 y 1908-1910).

Con Rodó se recuperó —al menos en el ámbito intelectual— la unidad histórica de la América española, ya que fue el primer pensador que concibió la idea de que todas las repúblicas hispanoamericanas conformaban una sola patria que se había dividido artificialmente. Es este sentido, en 1905 afirmó:

> Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide [...]. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún un sueño cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era solo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini[532].

No es inocente la utilización de la expresión «la América española». Rodó, que conocía perfectamente el odio hacia España que se había inoculado en las mentes de los más jóvenes, les decía que eran *españoles americanos* y, entre líneas, que debían recordar su origen y descubrir que habían sido engañados, que la historia había sido falsificada y que la leyenda negra era una patraña creada por el mundo anglosajón.

> Los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia clara y firme de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a ser —como persona colectiva— consciente de su identidad[533].

Con la utilización de los conceptos «América española», «Hispanoamérica» y «pueblos hispanoamericanos», Rodó

interpelaba a los jóvenes para que se preguntaran por la identidad que unía a las repúblicas desde el río Grande hasta Tierra del Fuego. ¿De dónde podía provenir esa identidad sino de la idea que forjó durante años el Imperio español? Es decir, les decía que el legado del Imperio —su lengua, su religión— eran lo que hacía que los pueblos que habitaban desde la meseta mexicana hasta la Patagonia austral conformaran un mismo pueblo, una misma nación.

> Por mucho que los pueblos hispanoamericanos adelanten y se engrandezcan y alcancen a imprimir a su cultura sello original y propio, el vínculo filial que los une a la nación gloriosa que los llevó en las entrañas de su espiritualidad ha de permanecer indestructible [...]. Si aspiramos a mantener en el mundo una personalidad colectiva, una manera de ser que nos determine y diferencie, necesitamos quedar fieles a la tradición en la medida en que ello no se oponga a la libre y resuelta desenvoltura de nuestra marcha hacia delante[534].

Deberían emocionar a todo español peninsular estas palabras del uruguayo José Enrique Rodó, que llama a España «nación gloriosa» y que afirma que Hispanoamérica surgió de las entrañas de España. Deberían conmoverse los españoles americanos y los españoles peninsulares al leer que el vínculo espiritual que los une debe ser indestructible.

Como ya hemos mencionado, de la pluma de Rodó surgió *Ariel*[535], libro señero que llamaba a la unidad hispanoamericana, a través del cual, «al iniciarse el siglo XX se derramó por América Latina un grito de alarma llamado arielismo [...]. La propagación del arielismo fue espectacular, como esas fiebres tropicales que derriban todo a su paso»[536].

VASCONCELOS: «LAS DERROTAS DE LA INVENCIBLE Y DE TRAFALGAR SON TAMBIÉN NUESTRAS DERROTAS»

Centrémonos ahora en el mexicano José Vasconcelos (1882-1959), uno de los más brillantes escritores de la «Generación de la indignación». Muy conocido de nombre pero poco leído, Vasconcelos fue abogado, filósofo, rector de la Universidad Nacional de México, secretario de Educación Pública (equivalente a ministro de Educación), exiliado político y candidato a presidente de la República.

Nació en Oaxaca el 28 de febrero de 1882 y recibió parte de su educación primaria en Estados Unidos, en la población fronteriza de Eagle Pass, en el Estado de Texas, territorio que hacía solo cuarenta años que había dejado de pertenecer a México.

Recordando su paso por la escuela norteamericana, Vasconcelos afirmaba:

> Uno de los libros que me removió el interés fue el titulado *The Fair God,* «El Dios blanco», «El Dios hermoso», una especie de novela a propósito de la llegada de los españoles para la conquista de México [...]. Y era singular que aquellos norteamericanos, tan celosos del privilegio de su casta blanca, tratándose de México, siempre simpatizaban con los indios, nunca con los españoles. La tesis del español bárbaro y el indio noble no solo se daba en las escuelas de México; también en los *yankees.* No sospechaba, por supuesto, entonces, que nuestros propios textos no eran otra cosa que una paráfrasis de los textos *yankees* y un instrumento de penetración de la nueva influencia[537].

Advirtamos que, como todos los jóvenes mexicanos hasta el día de hoy, Vasconcelos fue educado en ese falso nacionalismo mexicano que cultiva el odio público a España y la admiración encubierta por Estados Unidos. Un nacionalismo mexicano que exige en voz alta, casi a gritos, que España pida perdón por la conquista, pero que no se atreve a exigir ni en susurros que Estados Unidos pida perdón por haberle robado el 60 % de su territorio. ¡Gran paradoja de la historia!

Vasconcelos se propuso revisar la historia de España en América que aprendió en la escuela primaria y en la universidad, y poco a poco fue descubriendo la falsedad de la leyenda negra y la historia gloriosa del despreciado Imperio español. Es decir, lentamente se fue enamorando de España.

Corría el año 1924 cuando José Vasconcelos, en su obra más conocida, *La raza cósmica,* comenzó a reflexionar sobre el significado histórico del descubrimiento y la conquista de América. Según él, ambos fenómenos debían incluirse dentro de un proceso histórico caracterizado por la pugna entre la hispanidad y el «sajonismo»:

> Desde los primeros tiempos, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, para incluir por una parte a los portugueses y por otra al holandés, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo período de la historia conquistando y poblando, el hemisferio nuevo. Aunque ellos mismos solamente se hayan sentido colonizadores, trasplantadores de cultura, en realidad establecían las bases de una etapa de general y definitiva

transformación [...]. Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo en nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. Solo que, desde entonces, el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo, todavía, episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y de Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo[538].

Nótese que el pensador mexicano sentía como propias las derrotas de España en el Canal de la Mancha, en Trafalgar, en Santiago de Cuba, en Manila... Vasconcelos sabía que esos fracasos fueron también los de la América española y le angustiaba su intuición de que la derrota política lleva siempre, inexorablemente, a la derrota moral. Lo expresó de manera tan brillante y sintética que sus palabras deberían ser conocidas y meditadas por todos los españoles que se preguntan por el origen de la decadencia de España y por los hispanoamericanos que, utilizando un lenguaje vulgar, se preguntan: ¿cuándo se jodió -Hispanoamérica?

En la Historia, los siglos suelen ser como días; nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no solo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. La derrota nos ha envilecido a tal punto, que, sin darnos cuenta, servimos los fines de la política enemiga[539].

¡Qué terrible idea expresa Vasconcelos cuando sostiene que las derrotas envilecen! Los gobernantes de México —ese México derrotado una y otra vez por Estados Unidos y al que hasta hace poco su poderoso vecino se daba el gusto de humillar incluso por Twitter— deberían reflexionar sobre esa idea, aunque, para ser justos, también los españoles conquistados por las pequeñas ventajas del comercio deberían meditar al respecto. Despojados de la antigua grandeza, nos negamos los unos a los otros, nos dice Vasconcelos. ¿Qué otra cosa es si no negar al otro y negarse a uno

mismo tratar de *sudaca* a un venezolano, a un ecuatoriano o a un argentino?

Pero volvamos a la reflexión sobre el tema de la identidad y el porvenir de Hispanoamérica. Comenzando a tirar por la borda la subordinación cultural que ha engendrado en los hispanoamericanos la prédica y difusión de la leyenda negra y en busca de las raíces históricas y culturales de México y de toda Hispanoamérica, Vasconcelos sostiene que tanto el patriotismo como la civilización no se improvisan. Que el patriotismo mexicano y la cultura mexicana, para no convertirse en un patriotismo de campanario y en una cultura parroquial, deben reconocer tanto su fuente indígena como su origen hispánico. Que Hispanoamérica, para lograr una dimensión universal, debe identificarse con el viejo conflicto entre hispanos y sajones.

> Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico [...] nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones; pero no advertimos que a la hora de obrar, y pese a todas las dudas [...], el inglés busca la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces, el yanqui se siente tan inglés como el inglés de Inglaterra: Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América, no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así, es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse a partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia. Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito; o con las hazañas de Bolívar, pues si no lo arraigamos en Cuauhtémoc y en Atahualpa, no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar. Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia impotente de molusco que se apega a su roca[540].

Pese a los años transcurridos, la dirigencia política de México, de España y de toda Hispanoamérica debería «masticar» las palabras de Vasconcelos. Contra los mitos establecidos por la leyenda negra

y la subordinación cultural respecto a Inglaterra y Estados Unidos, Vasconcelos se atrevió a afirmar que desde el río Grande hasta la Tierra del Fuego todos somos españoles.

Nunca estuvo mejor gobernado México que durante la colonia

En 1934, Vasconcelos publicó en Chile *Bolivarismo y monroísmo,* donde por primera vez el escritor mexicano denunció la existencia de la leyenda negra de la conquista española de América:

> Nunca estuvo mejor gobernado México que durante la colonia, ni por gobernantes más probos y más cultos. Para los virreyes se inventó el juicio de residencia, caballeroso testimonio de la limpieza del gobernante. Y bajo los virreyes, se creó la Nueva España. Lea el *Ensayo económico* de Humboldt quien quiera enterarse de lo que fue la primera nación Hispanoamericana. Pero todo esto es tesoro de eruditos y de agentes especiales. A la multitud de Hispanoamérica no se le habla sino del oprobio de los tres siglos de coloniaje[541].

En este libro Vasconcelos explica que tanto el imperialismo inglés como el norteamericano supieron desde el primer momento que para dominar Hispanoamérica no bastaba con sujetarla económicamente, sino que debían subordinarla culturalmente. El imperialismo anglosajón sabía que para afianzar su dominación debía embrollar las cabezas de los hispanoamericanos con las mentiras de la leyenda negra. Es este sentido, Vasconcelos afirmaba:

> Ni basta con quitarle el poderío económico; las minas y las tierras de México; las minas, los ferrocarriles y las estancias de la Argentina. Se hace necesario, para destruir totalmente un edificio, remover también las bases. Para ello surgió [la leyenda negra] y divulgan los nuevos invasores la tesis de una conquista consumada por aventureros ignaros y avarientos que destruyen una civilización magnífica. Desde Prescott hasta el Lawrence de *Plumed Serpent,* esta es la versión destinada al gran público[542].

El indigenismo como ideología de balcanización

Cuando Vasconcelos escribió *Bolivarismo y monroísmo* estaba tremendamente preocupado por el auge del indigenismo. Conviene recordar que, unos años antes, la Internacional Comunista había dado la orden de luchar en Hispanoamérica por la creación de repúblicas indígenas totalmente independientes. La Internacional sostenía que la solución del problema de Bolivia pasaba por la

creación de veinte repúblicas indígenas independientes y que la solución para el Perú consistía en partirse en tres repúblicas indígenas.

Ante la acción política emprendida por los disciplinados militantes comunistas, Vasconcelos percibía en el horizonte la posibilidad de una nueva fragmentación territorial, y sabía que el gigante del norte la veía con agrado. Así se entiende el empeño que Vasconcelos pone en denunciar al indigenismo como una nueva ideología de destrucción, fomentada tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética.

> Defended al indio que está siendo engañado. Porque con pretexto de la arqueología se le amplifica un pasado que fue lóbrego, más aún, antes de la conquista que después, y se le predica un divorcio que sería suicida. El divorcio del indio y el mestizo, el divorcio de mestizos y criollos, el divorcio de lo español y lo indígena. Lo mexicano consiste, al contrario, en la alianza perenne de indios, mestizos y criollos. Lo peruano es lo mismo y lo ecuatoriano y lo argentino [...]. Y, en consecuencia, la propaganda indigenista, disfrazada de bolchevismo, no deja de ser monroísmo y no tendría en ningún caso el efecto de restituir al indio lo suyo. Lo único que haría es privarlo de las ventajas alcanzadas con la fusión de lo hispánico. Se acabará lo mexicano, lo peruano, lo argentino, pero no por eso resucitará lo indio[543].

Visionaria es esta cita, porque en nuestros días estamos asistiendo al furor de un virulento «fundamentalismo» indigenista que en Chile destruye las estatuas de Valdivia, que en Buenos Aires «oculta» la estatua de Colón y que, para balcanizar más aún nuestra América, propone la creación de una nación mapuche. Se trata de un fundamentalismo indigenista que, infectando a la propia España, la ha llevado a no conmemorar los quinientos años de la llegada de Hernán Cortés a México. Estos son unos pocos ejemplos de lo que podríamos llamar «la profecía de Vasconcelos».

El mito del indio despojado de su tierra

A partir de la orden recibida por la Internacional, los militantes comunistas comenzaron la tarea de reescribir la historia precolombina del pueblo azteca, del quechua o del aimara. En esa nueva versión, tanto el Imperio inca como el azteca aparecían como imperios socialistas que habían alcanzado un alto grado de justicia social. Reinaba en ellos una especie de comunismo primitivo, una antesala del paraíso comunista que habría sido roto por la conquista. No importaba, por supuesto, que esa versión de la

historia fuese contraria a lo que el mismo Marx había opinado. Había que cumplir la orden de la Internacional. Así, en libros aparentemente serios y en artículos supuestamente científicos se comenzó a sostener que, antes de la conquista, el indio vivía en el paraíso, del que había sido expulsado por el malvado conquistador español. Ante esa grosera falsificación de la historia, Vasconcelos afirmaba:

> Lo de que el indio haya sido despojado de su propiedad, es otro infundio. El indio, antes de la conquista, no era propietario. En Anáhuac, lo mismo que en la patria del Inca, las tierras son del soberano que las da en aprovechamiento a sus parientes de la casta militar a cambio de fuertes tributos, y estos, a su vez, hacen trabajar la tierra a los labriegos que no reciben ni salario y apenas alimentos. Cada vez que se habla de comunismo indígena se está afirmando una ingenuidad [...]. No existió entre los indios comunismo, ni propiedad individual. Hubo más que feudalismo, bajalato. Cada región era explotada por un cacique, y este, a su vez, respondía al noble, al allegado al Inca, al pariente de Moctezuma[544].

Una epopeya que no tiene paralelo

En 1956, casi al final de su vida, tras ser rector de la Universidad Nacional de México (UNAM), ministro de Educación y candidato a presidente de la República, Vasconcelos publicó su obra más importante: *Breve historia de México*.

> Fue la de América una última cruzada en que los castellanos, flor de Europa, después de rebasar sobre el moro, ganaron para la Cristiandad, con las naciones de América, el dominio del planeta, la supremacía del futuro. Imagine quien no quiera reconocerlo qué es lo que sería nuestro continente de haberlo descubierto y conquistado los musulmanes. Las regiones interiores del África actual pueden darnos una idea de la miseria y la esclavitud, de la degradación en que se hallarían nuestros territorios[545].

Vasconcelos se atrevía a recordar que, antes de la conquista, en el continente americano reinaban el despotismo, el canibalismo y los sacrificios humanos. De ese modo ponía el dedo en la llaga de los «negrolegendarios», que no pueden explicar el hecho incuestionable de que en el paraíso precolombino reinaran semejantes males.

> Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos de que se estime sagrada toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los

sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los Incas. Y no fue un azar que España dominase en América, en vez de Inglaterra o de Francia. España tenía que dominar en el Nuevo Mundo porque dominaba en el Viejo, en la época de la colonización. Ningún otro pueblo de Europa tenía en igual grado que el español el poder de espíritu necesario para llevar adelante una empresa que no tiene paralelo en la historia entera de la humanidad; epopeya de geógrafos y de guerreros, de sabios y de colonizadores, de héroes y de santos que al ensanchar el dominio del hombre sobre el planeta, ganaban también para el espíritu las almas de los conquistados. Solo una vez en la historia humana el espíritu ha soplado en afán de conquistas que, lejos de subyugar, libertan.

Vasconcelos ha madurado con el paso del tiempo y ha descubierto la falsedad de la leyenda negra. Pero no trata de oponerle una «leyenda rosa», sino que insiste en contar el simple relato de unos hechos ocultados o desfigurados:

Hallaremos, sin duda, iniquidades en la historia de la conquista; es rasgo característico de la hombría española no negar, ni siquiera disimular, sus yerros, sino más bien adelantarse a condenarlos. El hábito de la confesión influye, sin duda, en esta franqueza. En las otras conquistas los horrores se han quedado tapados, o se ha pretendido taparlos; pero sin honra, pues al crimen consumado se ha añadido la insinceridad, la hipocresía[546].

Vasconcelos escribe para todos los mexicanos, pero, sobre todo, para sus hermanos indios, porque sabe que la leyenda negra está destinada a envenenar el alma de las masas indígenas:

No me dirijo únicamente al mexicano de ascendencia europea, también al indio puro de nuestros territorios. Al indio ilustrado del momento que hoy vivimos, le pido el esfuerzo de remontarse con la imaginación a una patria como la de Cuauhtémoc, a principios del siglo XVI, y, enseguida, a una patria como la de Hernando Cortés, veinte años más tarde. Ese mexicano, indio puro, si no tiene en las venas hiel, en vez de sangre, si logra expulsar de su fisiología el veneno acumulado por más de un siglo de propagandas malévolas, ese mexicano indio puro, tendrá que reconocer que era más patria la que Cortés construía que la del valiente Cuauhtémoc o la del cobarde Moctezuma. Tendrá que reconocer que para su propia sangre, temporalmente humillada por la conquista, había más oportunidades, sin embargo, en la sociedad cristiana que organizaban los españoles que en la sombría hecatombe periódica de las tribus anteriores a la conquista[547].

UGARTE: EL SOCIALISMO HISPANOAMERICANISTA

Especial mención merece el escritor, diplomático y político argentino Manuel Baldomero Ugarte (1875-1951), por proceder del Partido Socialista, por su larga lucha contra el imperialismo norteamericano y por la influencia que su pensamiento tuvo en la conformación ideológica del «aprismo», el movimiento político fundado por el líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) en la Ciudad de México en 1924[548]. No menor, por cierto, fue la influencia del pensamiento de Ugarte en la conformación doctrinaria del peronismo[549].

> Ugarte nació en 1878. Procedía de una familia de la burguesía rural de la provincia de Buenos Aires. Su padre era administrador de estancias y ofreció a su hijo generosos recursos para desarrollar su vocación literaria. Ciertamente, las letras hubieran podido constituirse en su vocación decisiva, como la de tantos otros jóvenes ricos de su tiempo, si un principio, de algún modo, una pasión no se hubiera apoderado de su vida. Ese principio y esa pasión fueron la lucha contra el imperialismo y la unidad de América Latina[550].

Como muchos otros hispanoamericanos, Ugarte descubrió su vocación en las calles de París, ciudad a la que llegó en septiembre de 1897. El 15 de febrero de 1898 estalló en el puerto de La Habana el buque norteamericano Maine, y dos meses después, el presidente William Mackinley declaró la guerra a España. Ugarte, al igual que Rodó y Rubén Darío, se sumó a la ola de protesta hispanoamericana, comenzando a transitar el camino que lo llevaría de la producción literaria al ensayo político.

En *El arte y la democracia,* publicado en Valencia en 1904, Ugarte recordaba:

> Todavía andan por ahí las crónicas que, adolescente casi, escribí a raíz de la guerra de España con Estados Unidos. Contra la opinión de algunos mal llamados «americanistas», sostuve que debíamos hacer votos por el triunfo de España —sin cuestionar, por supuesto, el derecho de Cuba a su independencia— como forma de oponernos a la infiltración anglosajona[551].

Sus vivencias en París fortalecieron su intuitiva concepción hispanoamericana, la misma que lo había llevado a fundar en 1895 la *Revista Literaria,* con el objetivo de integrar en ella las voces de los jóvenes literatos de Hispanoamérica[552]. En París, fueron amigos del joven socialista el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el chileno Francisco Contreras, el nicaragüense Rubén Darío, el colombiano José María Vargas Vila, el puertorriqueño Luis Bonafoux, el cubano Emilio Bobadilla, el mexicano Amado Nervo,

el peruano Francisco García-Calderón y el venezolano Rufino Blanco Fombona.

En España, Ugarte trabó amistad con el gran poeta peruano José Santos Chocano y con el rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno[553]. Recordando su encuentro con el escritor bilbaíno, el joven argentino relataba:

> Y, naturalmente, de entrada, al llegar a Castilla la Vieja, salté de un tren a otro para visitar a Miguel de Unamuno, que acababa de prologar mi primer libro. Me parece estarle viendo aún, vestido de negro, con el chaquetón bien cerrado de pastor protestante[554].

Casi con total seguridad podemos afirmar que en ese primer encuentro el joven Ugarte escuchó las palabras que el rector de la Universidad de Salamanca repetía a los hispanoamericanos que iban a visitarlo:

> Paréceme un sueño espléndido su sueño de una confederación latinoamericana y tenga en cuenta que al llamarla sueño no es que quiera decir que lo creo irrealizable en un porvenir más o menos remoto. Suelen ser con frecuencia los sueños vaticinios de realidades. [Debemos pensar en el] lenguaje como lazo de unión entre los pueblos. Los de lengua inglesa repiten a menudo lo del *english speaking folk,* el pueblo de habla inglesa. El idioma es la sangre del espíritu y sobre las razas fisiológicas —es decir, animales— [...] se alzan las razas históricas, las que se están fraguando sobre la base de los idiomas[555].

Durante su estancia en Europa, Ugarte, que tenía sed de gloria, escribió, polemizó y dictó conferencias. El 25 de mayo de 1910, en unas jornadas organizadas por el Ayuntamiento de Barcelona y en el marco de las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo, Ugarte enunció una de las ideas centrales de su pensamiento: que la guerra de la independencia hispanoamericana no fue, en esencia, una revuelta antiespañola y que España y América conformaban una misma nación.

Para Ugarte, la llamada guerra de la independencia hispanoamericana debía ser considerada una guerra civil. Al respecto, afirmaba:

> El movimiento de la independencia solo fue un gesto regional [...]. Una parte de la nación juzgó excesivos los beneficios de la otra. En ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad [...]. ¿Cómo iban a atacar a España los mismos que, en beneficio de España, habían defendido, algunos años antes, las colonias contra la arremetida de Inglaterra?[556].

Se refiere a que en las calles de Buenos Aires, en 1806 y 1807, derramando su sangre sin distinción de clases sociales ni raza, el pueblo en su conjunto había rechazado los dos intentos británicos de apoderarse de la capital del Virreinato del Río de la Plata[557]. De esta forma, Ugarte se oponía a la interpretación histórica —por entonces hegemónica— que consideraba que la guerra de la independencia había sido una «revolución» dirigida por una minoría culta que pretendía acabar con la «barbarie cultural española» e implantar el libre comercio predicado por Gran Bretaña.

El socialista argentino entendía que la revolución hispanoamericana no fue una lucha contra España, sino, simplemente, parte del movimiento liberal, dirigido contra el absolutismo de los Borbones tanto en España como en América. Para él, la guerra de la independencia fue una guerra civil entre monárquicos y republicanos, por lo que afirmaba:

> ¡Ah, mi noble y contradictoria España!... En las luchas de la independencia y en las guerras civiles que siguieron después, en el medio siglo de desorden que fue como la expiación de la herida necesaria que te habíamos inferido, apareces toda entera, con tu oscurantismo y con tus rebeliones, con tu cara negra y con tu cara roja, como si por un inconcebible sortilegio se reflejara un continente en otro y hubiera dos Españas desgarradas al mismo tiempo por la lucha de un pueblo reformador y democrático contra una oligarquía pretenciosa y tiránica [...]. En las alturas predominaba el autoritarismo. En las masas, fermentaban ideas democráticas. Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje fue porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no solo a las colonias, sino a la misma España [...]. No nos levantamos contra España sino a favor de ella y contra el grupo retardatario que, en uno y en otro hemisferio, nos impedía vivir[558].

«Nada de recriminaciones contra España»

Manuel Ugarte, como todos los hombres de su generación, era un hijo de la leyenda negra, inculcada en su mente por los discípulos de Sarmiento y Alberdi tanto en la escuela primaria como en la universidad. Por ello, en su alma palpitaba una lucha incesante entre lo que aprendió de niño y joven —la «historia oficial», que hablaba de la crueldad de los conquistadores, de su sed por el oro y de las matanzas injustificadas de indios— y la verdad histórica que poco a poco fue descubriendo. Esa lucha se

manifiesta incluso en el nombre que deberían adoptar las repúblicas que se extienden desde el río Grande hasta Tierra del Fuego. ¿Cómo debemos llamarnos?, se preguntaba. Su primer gran ensayo político lo publicó en 1911 y lo tituló *El porvenir de la América Latina.* Sin embargo, cuando lo reeditó en 1920 decidió llamarlo *El porvenir de la América española*. En la cubierta del libro podía leerse: «Edición definitiva, corregida y aumentada por el autor».

¿En qué consistieron esas correcciones? Simplemente, Ugarte cambió «América Latina» por «América española», y los términos «latinoamericanos» por «hispanoamericanos» o «españoles americanos».

No era poca cosa, porque Ugarte intuía que si se equivocaba en el nombre se equivocaba en todo. Sabía que la expresión «América Latina» era una creación francesa, un invento del ministro de Napoleón III, Michel Chevallier, que fue recibido como una bendición por los políticos y académicos norteamericanos, siempre deseosos de hacer olvidar a los hispanoamericanos su origen.Pero también sabía que utilizar el término «Hispanoamérica» o la expresión «América española»significaba despertar la ira de los intelectuales tanto de izquierdas como de derechas, e incluso de los «nacionalconfusos». Sabía que esas cosas no se perdonan fácilmente, pero Ugarte decidió jugarse el todo por el todo y cambiarle el título a su libro. En este sentido, apuntaba:

> Nuestra patria superior es la América española, nuestra nacionalidad final es el conjunto de hábitos, recuerdos y preferencias que arrancan de un origen común, obedecen a iguales concepciones y se articulan en el mismo idioma [...]. La patria no depende de nuestra voluntad; es una imposición de los hechos. Limitarla, reducirla, hacerla nacer artificialmente, es tan difícil como renunciar a ella en toda su plenitud cuando existe [...]. Nos proclamamos argentinos, uruguayos o chilenos, pero, ante todo, somos americanos de habla española[559].

Eso es lo que Manuel Ugarte ha aprendido no tanto en los libros como en las largas conversaciones mantenidas en su apartamento parisino de Faubourg Montmartre 29 con sus amigos Rubén Darío y Amado Nervo. Sin embargo, todavía bajo los efectos de la leyenda negra, afirmaba:

> Pero, a pesar de todos los crímenes, el descubrimiento fue la más noble victoria del espíritu humano, la remoción más formidable de lo existente [...]. Considerados desde nuestro siglo, nada más monstruoso que esos atropellos. Pero juzgados con la conciencia de la edad sanguinaria en que todavía no se había borrado la memoria de las

crueldades de Palestina y en que se preparaba la obscura Saint-Barthelemy, nada resulta, en cierto modo, más lógico[560].

Y un poco más adelante, sobreponiéndose a la herencia tóxica «negrolegendaria», proclamaba:

> No cabe injusticia más dolorosa que la que se comete al insinuar que el aturdimiento de que dan prueba ciertas repúblicas deriva de los atavismos insepultos [...]. Castilla nos entregó el territorio más grande que haya sido librado jamás a la actividad de un pueblo, nos dio una tradición gloriosa y puso en nosotros el ímpetu y el desprecio a la muerte que inmortalizó a sus soldados. ¿Qué le podemos reprochar sin injusticia? ¿El mal empleo que hicimos de las cualidades buenas? [...]. Lejos de quejarnos de nuestra filiación, enorgullezcámonos de ella[561].

Siguiendo la misma línea de razonamiento:

> Por eso es por lo que, aun después de la revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las inmigraciones, aspiramos a prolongar triunfalmente en el mundo. No datamos de 1810 [...] No es posible renunciar a una etapa del ser anterior sin destruir el puente que nos lleva de polo a polo de los tiempos [...]. Del español ha heredado nuestro gaucho la llaneza y el amor propio; del español sacamos la virtud de la hospitalidad, el horror a la hipocresía y hasta la abundancia verbosa y grandilocuente. Todo ello forma el hueso de la nacionalidad[562].

Por su propia experiencia histórica, Ugarte sabía que, después de la independencia y durante casi un siglo, todas las recriminaciones de la oligarquía argentina, chilena o venezolana —hispanoamericanas por sangre y probritánicas por conveniencia— se han dirigido contra España. Si somos pobres, es culpa de España; si en nuestras sociedades reina el salvajismo y la barbarie, es culpa de España; si nuestras repúblicas no son fuertes como Estados Unidos, es culpa de España... Ese es el estribillo que repiten los voceros a sueldo de la oligarquía en las cátedras universitarias, en los periódicos y en los libros. Por todo ello, Ugarte afirmaba con contundencia:

> Nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas a medias. España fue la cuna y el brazo de la nacionalidad. Somos sus hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cerca de nuestro corazón [...] si renegamos del punto de partida, nos condenamos a edificar en el viento. España está presente en nosotros con sus grandezas y sus debilidades. A un siglo de distancia, cuando ya se han borrado los ecos de la lucha, podemos reconocer la verdad[563].

Contra el indigenismo

En 1947, Manuel Ugarte publicó *Escritores iberoamericanos de 1900,* justo cuando estaba en pleno auge la directiva de la Internacional Comunista de 1929, que como ya dijimos, ordenaba a sus militantes en América del Sur crear repúblicas indígenas independientes. Como Vasconcelos, Ugarte estaba tremendamente preocupado por la propagación del indigenismo y decidió alzar la voz contra el plan soviético de fragmentación territorial de los Estados de América del Sur y denunciar el silencio cómplice de Estados Unidos.

> La realidad étnica y espiritual de nuestra América no será nunca, a mi juicio, el universalismo vago, ni el indianismo remoto; sino el iberoamericanismo, es decir, la resultante de los antecedentes históricos y culturales, modificada por el tiempo y los aportes varios en una nueva zona geográfica del mundo[564].

Y, oponiéndose a la descabellada idea de difundir las lenguas indígenas en sustitución del castellano o de imponer un bilingüismo fragmentador, continuaba:

> Así me he levantado contra el indigenismo, en boga en algunos centros; así opiné en 1900 contra el decadentismo desarraigado. Me opuse siempre también al descabellado intento de crear un nuevo idioma en nuestras repúblicas o de modificar el maravilloso instrumento de expresión que nos ha legado España. Debemos escribir en castellano, sin arcaísmos, desde luego (nada más empalagoso que la exhumación, en calco, de otros siglos), pero dentro del léxico y dentro del alma de la lengua que hablan gloriosamente en el mundo ciento cincuenta millones de hombres[565].

Durante toda su vida Ugarte insistió en que se debía escribir y estudiar solo en castellano, porque era consciente de que la fragmentación lingüística precedía a la balcanización política y que de buenas intenciones está hecho el camino del infierno… La fragmentación lingüística es siempre una herramienta de las potencias hegemónicas para romper la unidad de los otros Estados. Cuando se pretende dividir una nación que tiene una lengua común establecida —una lengua franca—, se comienza introduciendo en distintas regiones de esa nación la pluralidad lingüística, tanto en las escuelas como en las universidades. Luego, poco a poco, se excluye de esas mismas escuelas y universidades la lengua común del Estado, tras lo cual las distintas regiones que han establecido una nueva lengua o restablecido una antigua y excluido la común comienzan a sentir como extranjeros a los que antes

consideraban sus connacionales y empiezan a pensar en la independencia del Estado del que formaban parte. Esto era lo que Ugarte temía que sucediera en Hispanoamérica: que la introducción del pluralismo lingüístico en Bolivia, Chile o Perú terminara produciendo la fragmentación de esos Estados.

Curiosamente, lo que temía para Hispanoamérica está sucediendo en nuestros días en la propia España. Ugarte también sabía que cuando el fuego del infierno invade una casa, es difícil de apagarlo.

Vislumbraba en el horizonte lejano lo que hoy llamamos «globalización» y se daba cuenta de que el indigenismo y el cosmopolitismo eran formas complementarias inventadas por las grandes potencias para atacar, una vez más, a la inconclusa nación hispanoamericana. Por ello denunció enfáticamente que sin la raíz hispánica todo se derrumbaría:

> He ido más lejos aún. Contra la corriente del peligroso panamericanismo, he defendido las supervivencias del espíritu ibérico en América, condenando cuanto tienda a desvirtuar o dejar en segundo plano, en los desarrollos políticos del porvenir, las fuentes inspiradoras y los fundamentos de la civilización heredada.
>
> Para nosotros esto es condición de perdurabilidad. Sin la raíz que dio nacimiento a la patria nueva, todo se derrumba. Sin el punto de arranque en el pasado, sin el respaldo de los siglos, carece de consistencia la construcción. Lo único que nos puede defender del cosmopolitismo es la recia osamenta española, que sostiene y concentra la nueva vitalidad[566].

El testamento de Ugarte: adiós a la leyenda negra

En 1951, la muerte sorprendió a Manuel Ugarte, el más grande luchador por la reconstrucción de la unidad hispanoamericana de todos los tiempos. El viejo socialista católico se encontraba preparando su último libro, que concebía como su testamento político, pero el manuscrito quedó inconcluso. Sin embargo, diez años después de su fallecimiento, su viuda, Thérèse Desmard de Ugarte, autorizó la publicación de los primeros siete capítulos del libro, que habían sido revisados y corregidos por el autor y dispuestos por él mismo para imprimirse. El título era del todo elocuente: *La reconstrucción hispanoamericana*.

Importa destacar que en este libro no hay rastro de la leyenda negra; sí una justa ponderación de las dos raíces que conforman la identidad hispanoamericana. Ugarte ha vivido lo suficiente para desintoxicarse del veneno «negrolegendario» que ingirió en sus

años de adolescencia y juventud en la escuela y en la universidad. Ya no se deja engañar por la leyenda negra difundida por Gran Bretaña y sus acólitos, y quizá sea por eso que los que utilizan la figura de Ugarte para fomentar un destructor indigenismo ocultan siempre su testamento.

> Este libro es algo así como un testamento político y una despedida [...]. El conjunto de las repúblicas latinoamericanas que en este libro llamaremos Iberoamérica constituye una entidad diferenciada con características y problemas propios[567].

En el libro, el ensayista vuelve a la pregunta de cómo debemos llamarnos y descarta de plano el término «Latinoamérica», optando por «Hispanoamérica» o «Iberoamérica» como únicos nombres válidos para designar a la «Patria Grande», ese extenso territorio que va desde el río Grande hasta Tierra del Fuego. Sin embargo, no desea hacer de este asunto una cuestión de Estado ni quiere ofender a todos esos amigos que siguen utilizando el término «Latinoamérica».

> Iberoamérica procede de dos vertientes que nada puede desviar o suprimir: la que emana de la América precolombina y la que irrumpe con la presencia hispánica. Fundidas una y otra en estuario de recuerdos, realizaciones y esperanzas, frágiles aun en ciertos órdenes, a pesar de todo un programa, una herencia y una brújula, hay que evitar que corran el riesgo de desaparecer porque constituyen la promesa de una nueva modalidad humana, de un pensamiento distinto dentro de los valores universales[568].

Más adelante agrega:

> Nuestro punto de partida está en el cruce de caminos de la América autóctona con la conquista ibérica. La realidad étnica es esa. En cuanto a la realidad espiritual no puede ser otra que el idioma dominante y la cultura hispana que se sobrepuso. Así podemos decir: cuanto más cerca de las fuentes, más personalidad; cuanto más pasado, más patria[569].

Y puntualiza:

> Pero al afirmar nuestra personalidad autónoma hay que volver los ojos cada vez más resueltamente hacia la sangre hispana que, al mezclarse con la sangre indígena, impuso la realidad de la nueva América[570].

Ugarte siente la necesidad imperiosa de advertir sobre la nueva trampa en la que está cayendo Iberoamérica —la trampa del

indigenismo—, y por eso afirma:

> Pero no ha de ser tampoco el indigenismo preconizado por algunos en ciertas zonas, el que pueda servir de motivo inspirador. El indigenismo, o indianismo, significa regresión a la América precolombina y solo puede tener curso como fantasía literaria. Hasta hace sonreír la simple hipótesis, porque cabe preguntarse en qué idioma se haría la campaña para exhumar ese pasado[571].

Y agrega:

> Todos sabemos que la conquista encontró un continente dividido en naciones de cultura desigual. A imagen de las de Europa, estas naciones se hacían la guerra o evolucionaban ajenas las unas a las otras. En las vastas extensiones, sin comunicación entre sí, los indígenas se habían desarrollado en forma despareja y no existía entre ellos más unidad que la que podemos encontrar en otros continentes[572].

Ugarte sabe que está escribiendo su testamento justo cuando Hispanoamérica se encuentra más devaluada y se siente más insignificante frente a Estados Unidos, convertidos ya en la primera potencia mundial. Sabe que los portavoces del imperialismo quieren encontrar la razón de la diferencia de poder y de riqueza que separa a las dos Américas en el hecho de que una, la rica y poderosa, fue conquistada por los anglosajones, y la otra, la pobre y débil, por los españoles. Por ello, en las primeras páginas de su obra arremete contra esa infamia y afirma:

> La civilización ibérica dio en los comienzos un resultado por lo menos equivalente al que dio la civilización anglosajona. Hasta un resultado mayor, diríamos, puesto que, a excepción de los romanos, ningún pueblo marcó en comarcas dominadas por él huellas tan grandiosas, ni realizó obras materiales tan perdurables como las que España dejó en Manila, La Habana, México o Cartagena de Indias. Nada sería, pues, tan injusto como culpar a España de nuestras desilusiones actuales[573].

Aunque no lo haga expresamente, nos está diciendo que España fue un Imperio y no un imperialismo, tras lo cual se apresura a afirmar:

> En el orden de los antecedentes se escandalizan de la crueldad española durante la conquista (siendo así que debió ser mayor la de ellos, dado que en el sur existen setenta millones de indígenas y en el norte se han extinguido), cantaron a coro la decadencia latina y hasta inspiraron la desatinada lamentación: «¡si nos hubieran conquistado los ingleses!»[574].

Como si no bastara con decirlo una vez, Ugarte repite su postura:

> Ciertas prédicas tendenciosas han denigrado a España en todos los aspectos, creando leyendas sobre la crueldad de la conquista, sobre el desamparo en que quedaron las colonias, sobre la dejadez de la estirpe, sobre su incapacidad para la vida. Influenciados por esa prédica llegaron algunos a formular la oprobiosa lamentación: «es lástima que no nos colonizaron los ingleses», disparate suicida y confesión de pauperismo mental[575].

Casi al finalizar su testamento político, dirigiéndose a los jóvenes, deja una última idea:

> La evolución de las patrias que aspiran a durar es una carrera de antorchas en el curso de la cual las generaciones se van pasando la llama encendida en vista de una finalidad que ninguna concreta en sí y que solo se cumple con la solidaridad en el curso de los tiempos[576].

GÁLVEZ: «SOMOS LATINOS, PERO ANTES ESPAÑOLES»

El gran pensador Alberto Methol Ferré, nacido en la República Oriental del Uruguay, afirma:

> Argentina ha sido el país más anglófilo (su oligarquía) de América Latina y el más antinorteamericano. También, simultáneamente, el más antinglés: ningún país latinoamericano generó un nacionalismo antinglés tan intenso como la Argentina, lo que explica que sea la nación con más autoconciencia histórica de América Latina. Sus contradicciones, su gran desarrollo, su acumulación intelectual así lo posibilitaron. Realizó un revisionismo histórico crítico de la hegemonía anglosajona sin igual en América Latina. Curioso destino. Por inglés resistió a los yanquis. Por nacionalista resistió a los dos[577].

En la formación de esa«autoconciencia histórica»a la que se refiere Methol Ferré, el narrador argentino Manuel Gálvez (1882-1962), poeta, ensayista, historiador, biógrafo y tres veces candidato al Premio Nobel de Literatura, ocupó el primer lugar.

Gálvez nació en la ciudad de Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos, el 18 de julio de 1882, en el seno de una antigua familia criolla descendiente del vasco Juan de Garay, fundador de las ciudades de Santa Fe y Buenos Aires. Según su propia explicación: «Yo nací en Paraná, pero no me siento entrerriano. Mi madre es entrerriana y mi padre santafesino»[578].

La circunstancia de ser su padre el doctor Manuel Gálvez, diputado nacional por Santa Fe, impuso a la familia una residencia alterna en la ciudad del mismo nombre y en la de Buenos Aires. Estudió en el Colegio de la Inmaculada Concepción de los padres jesuitas, en la ciudad de Santa Fe, donde aprendió griego y latín. Años más tarde, en Argelia, estudió árabe porque quería comprender el islam que había sido, según su entender, el enemigo que había amenazado la existencia misma de España, cuyo ser nacional se había forjado justamente en la lucha contra el islam. A los quince años, el joven Manuel Gálvez, siguiendo la tradición familiar, entró en la Facultad de Derecho y, pese a no tener la más mínima vocación, en 1904 se graduó como doctor en Leyes. Al año siguiente viajó a París, donde se reunió con su amigo Manuel Ugarte.

Sin embargo, no fueron ni el colegio jesuita ni la Facultad de Derecho las instituciones que salvaron a Manuel Gálvez de ser una víctima —como, de hecho, lo había sido durante su adolescencia— de la leyenda negra de la conquista española de América, y de tener, por tanto, ese sesgo marcadamente antiespañol tan característico de la clase alta de la sociedad de su época. Fue su contacto con el gauchaje federal hispanista lo que lo puso en contradicción con lo aprendido en sus primeros años y con la «historia oficial» argentina probritánica y antihispánica, una historia falsificada, elaborada en 1852 tras la batalla de Caseros, donde el poder angloporteño logró expulsar de Argentina, valiéndose de la traición del gobernador de Entre Ríos (Justo José de Urquiza), a Juan Manuel de Rosas. Quizá porque la provincia de Entre Ríos fue la cuna de la traición a los dos más grandes caudillos populares de la historia rioplatense —José Gervasio Artigas y Juan Manuel de Rosas— Manuel Gálvez nunca se sintió entrerriano.

Gálvez fue uno de los primeros en entender que el menosprecio que la oligarquía argentina profesaba hacia España servía para encubrir la posición servil de la oligarquía argentina respecto a Gran Bretaña. También fue uno de los primeros en comprender que la difusión masiva de la falsa historia de la conquista española de América era el corazón de la subordinación ideológica de Argentina y de toda Hispanoamérica respecto al imperialismo británico.

Sin embargo, no reside en esos dos descubrimientos la genialidad de Gálvez, que consistió en comprender que no era a través del artículo periodístico o académico, del libro de historia o del ensayo filosófico-político como se podía llegar a las masas

populares para denunciar la leyenda negra, sino mediante la transformación del libro de historia o del ensayo filosófico en novela histórica o filosófica. Solo así era posible luchar contra el ateísmo soez y recobrar la conciencia histórica en ciudades como Buenos Aires, Córdoba o Rosario, donde los hijos de los inmigrantes recién llegados comenzaban a constituir la mayoría de la población.

Así, en julio de 1910, Manuel Gálvez publicó *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina,* libro en el que, pese a reivindicar la idea de España, se aprecian ciertas contradicciones lógicas producto de su educación. De hecho, la Argentina de Gálvez está todavía dividida entre federales y unitarios. Después de la independencia (1816), los federales se habían propuesto construir el país a partir de las raíces hispanocriollas, mientras que los unitarios deseaban una nación nueva sin conexiones con el pasado hispánico: cambiar la lengua si fuese posible, incluso adoptando el inglés o el francés, como proponían Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría; repoblar La Pampa de inmigrantes anglosajones para depurar la raza y, en definitiva, hacer Europa en América, teniendo en cuenta que, para ellos, tanto España como Italia eran «el África». Por tanto, según su visión, «civilizar» era sinónimo de «deshispanizar».

La guerra civil había terminado y se habían impuesto los unitarios, pero, desde un punto de vista cultural, la batalla entre los dos partidos continuaba. En este sentido, Manuel Gálvez afirmaba:

> La cuestión del unitarismo y del federalismo no ha terminado todavía. El espíritu unitario y el espíritu federal está aún latente en todo el territorio del país: este asunto, que no es una mera lucha de partidos tiene una decisiva importancia pues se trata de dos tendencias fundamentales ya antagónicas que han combatido, y combaten aun pero no ostensiblemente, por implantar su espíritu en las instituciones y en el gobierno del país[579].

Posteriormente, describía a cada uno de los contrincantes que se enfrentaban —y lo siguen haciendo— en la política argentina:

> El unitario típico es casi siempre «doctor», pedante y literato [...], el unitario es libre cambista [...] tiene la manía civilizadora, es ingenuo, orgulloso y vanidoso. Representa el espíritu europeo; esto le hace creerse por encima de todos y despreciar las cosas criollas y las costumbres gauchas. Detesta a España [mientras que] el federal representa el tipo opuesto [...], no tiene ideas sobre la patria, pero la siente intensamente, criollamente, sin alardes de patrioterismo. Forma

con el país un solo todo pues es un producto genuino de la tierra. Como el ombú, como el caballo criollo, como la vidalita [...] es sencillo, democrático, a la que te criaste; sonríe socarronamente ante los teatrales amaneramientos del unitario... es conservador y proteccionista. Generalmente provinciano, conoce bien el país y, por su perspicacia y su sentido de la realidad, resulta un excelente hombre de gobierno [...]. Rosas fue un federal genuino [...], el unitarismo es un estado ficticio y anti tradicionalista, un parásito [...], los unitarios significan, para el cuerpo social, muchos átomos de extranjerismo, de pedantería y de afectación de la cultura. Conspira contra el carácter americano y el resurgimiento de la tradición nacional[580].

Un poco más adelante, en tono esperanzador, describe la nueva tendencia de la que él mismo forma parte:

Frente a las ideas antinacionalistas ha aparecido en los últimos años un sentimiento vago y complejo que aún no ha sido definido y al que se ha llamado nacionalismo. Esta denominación no me agrada del todo [...] de no estar ya en circulación esta palabra, hubiera preferido su casi homologa «tradicionalismo», que representa sobre aquella la ventaja de sugerir ideas de pasado y conservación. El nacionalismo significa, ante todo, un amor serio y humano [...] hacia la patria. El nacionalismo no pretende anglicanizarnos, ni afrancesarnos. Nos recuerda que somos latinos pero antes, españoles[581].

El diario de Gabriel Quiroga fue un fracaso editorial; tan solo logró imprimir quinientos ejemplares, que se vendieron a duras penas, quizá porque la pluma de Gálvez estaba aún más cerca del ensayo que de la novela histórica y, por tanto, más cerca de las élites que del pueblo. Sin embargo, su siguiente libro se aproxima más a la novela que al ensayo y reivindica decididamente la obra de España en América. El escritor trataba de prepararse para el combate que tendría que afrontar, pues «no ignoraba Gálvez las reacciones adversas que provocaría el intento de rescatar la tradición hispánica del menosprecio de gran parte de las élites ilustradas de Buenos Aires»[582].

En 1913 apareció *El solar de la raza,* cuya primera edición(cuatro mil ejemplares) se agotó a los pocos días. La suerte parecía sonreírle a Gálvez, que afirmaba:

Durante el tercer cuarto de siglo, la hispanofobia se intensificó. Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adopta su hispanofobia. Las escuelas normales, nacidas en esa época, eran, a la vez, lugares de patrioterismo, focos tenaces de aquel sentimiento [...]. En los pueblos hispanoamericanos se encuentran no solo rencores, sino también desdén hacia España. Destruida la leyenda

de la crueldad de la conquista de América, de la ineptitud colonizadora de España, todavía el error perdura en estos pueblos. [Sin embargo], contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición de este noble sentimiento! Él nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. [...] Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles, puesto que a la raza hispánica pertenecemos[583].

Desde la aparición de este libro la estrella de Gálvez brillaría hasta el día de su muerte. Publicó cincuenta y ocho libros y cientos de artículos. Entre sus obras merecen citarse la biografía de Hipólito Yrigoyen, el presidente argentino que estableció el 12 de octubre como día festivo, y la biografía de Juan Manuel de Rosas, el político que defendió contra viento y marea las tradiciones hispánicas.

Manuel Gálvez fue el escritor más popular de su época y, por tanto, el que más contribuyó a la formación de la conciencia histórica de los argentinos y a la desmitificación de la leyenda negra de la conquista española de América.

LA INESPERADA HERENCIA DE TROTSKY EN HISPANOAMÉRICA

León Trotsky nació en Yanovka, un pequeño pueblo de Ucrania, el 26 de octubre de 1879. Fue uno de los hombres clave de la revolución que en 1917 transformó el viejo imperio de los zares en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El 21 de enero de 1924, después de la muerte de Vladímir Lenin, líder de la revolución bolchevique, se agudizó el enfrentamiento entre Trotsky y Iósif Stalin, secretario general del Partido Comunista de la URSS. Stalin logró primero apartar a Trotsky de la dirección del partido y, posteriormente, expulsarlo. Más tarde ordenó su deportación a Kazajistán en Asia Central y, finalmente, en 1929, lo desterró de la Unión Soviética.

Tras una larga travesía y una desesperada búsqueda de asilo político por todo el mundo, León Trotsky, gracias a la intermediación del muralista mexicano Diego Rivera, logró que el presidente Lázaro Cárdenas le permitiera vivir en México.

Trotsky tenía cincuenta y siete años cuando el 9 de enero de 1937, junto a su esposa, Natalia Sedova, desembarcó en el puerto de Tampico, en la costa atlántica mexicana. Allí lo esperaba, fascinada por su figura política, una enigmática joven de

veintinueve años, la pintora Frida Kahlo, esposa de Diego Rivera. La pareja rusa se alojó en la llamada «Casa Azul», vivienda de Frida y Diego en Coyoacán, que por entonces era una pequeña localidad cercana a la Ciudad de México. El revolucionario ruso no conocía nada de la historia de Hispanoamérica y no hablaba una palabra de español[584].

Frida se ofreció a enseñarle la lengua de Cervantes y, entre lección y lección, brotó un tórrido romance. Como la esposa de Trotsky no hablaba inglés, los amantes se comunicaban en el idioma de Shakespeare para poder coordinar sus pasionales encuentros en la casa de la hermana de la artista. Tal era la exaltación de Trotsky que le deslizaba notas de amor en los libros que le prestaba a Frida para que las leyera cuando se separaban. El aprendizaje del español de León Trotsky avanzaba rápidamente cuando su esposa descubrió la aventura que enloquecía a su marido. Sedova le dio un ultimátum —«o ella o yo»— justo cuando la mexicana comenzaba a cansarse del romance. Fue así como se interrumpió el acelerado aprendizaje de Trotsky, que siguió en solitario estudiando la historia hispanoamericana. Por otra parte, cuando Rivera se enteró de la infidelidad de su esposa, no se lo tomó bien y echó a Trotsky de su casa.

Cuando se instaló en México, los escasos trotskystas que había en Hispanoamérica sintieron algo similar a lo que habrían sentido los católicos si el Papa o el apóstol san Pedro resucitado se hubiese instalado en la capital de los aztecas. En 1938, el dirigente sindical argentino Mateo Fossa (1896-1973), con la excusa de la realización de un congreso obrero latinoamericano organizado por la Internacional Comunista —dirigida entonces por Stalin—, viajó a México para entrevistarse con Trotsky[585]. Grande fue la sorpresa de Fossa cuando Trotsky le dio a entender que, antes o a la vez que la revolución socialista, era necesario realizar la revolución nacional, ya que todos los países que se extendían desde río Grande hasta Tierra del Fuego, unidos por la misma lengua, constituían una nación inconclusa. Trotsky parecía razonar con la misma lógica que el gran poeta alemán Johann Wolfgang von Goethe, para quien la patria era la lengua. Estudiando la historia de las repúblicas hispanoamericanas, Trotsky se había dado cuenta de que todas tenían un pasado común, conformado antes de la independencia, y que constituían una sola unidad política y económica. Advirtió también de que los llamados «libertadores», como Simón Bolívar o José de San Martín, no habían pretendido crear una decena de repúblicas, sino solo una, y que el fracaso de

San Martín se llamaba Argentina, Chile y Perú, del mismo modo que el fracaso de Bolívar se llamaba Venezuela, Colombia y Ecuador. Por ello, Trotsky le propuso a Mateo Fossa la creación de los «Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centroamérica»[586].

No sabemos cuánto de lo que le explicó el viejo revolucionario entendió el sindicalista argentino; lo cierto es que cuando Fossa regresó a Argentina y relató su entrevista con Trotsky, la idea de crear los «Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centroamérica» germinó en la mente del joven Jorge Abelardo Ramos Gurtman, quien, en 1949, publicó su primer libro, titulado *América Latina, un país. Su historia, su economía, su revolución.* Poco después, Ramos recibió una carta de felicitación de Manuel Gálvez en la que le anunciaba que había colocado un ejemplar del libro en la biblioteca del Jockey Club para que sus socios pudiesen tener el gusto de leerlo[587].

El 2 de diciembre de 1951 falleció en Niza Manuel Ugarte. En 1954, Jorge Abelardo Ramos, junto a Manuel Gálvez, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, entre otros, decidieron organizar la repatriación de sus restos en un claro homenaje al intelectual que durante toda su vida luchó por la reunificación de la América española.

Poco a poco, Ramos fue desprendiéndose de los prejuicios creados por la leyenda negra hasta convertirse en uno de sus más firmes detractores, aunque, como él mismo expresó, sin llegar a defender lo que él denominaba una «leyenda rosa» de la conquista española de América[588].

Casi al finalizar el siglo XX, en su madurez intelectual y ya completamente libre del veneno «negrolegendario», Ramos sostendrá que la guerra de la independencia debía considerarse una guerra civil, ya que no combatieron criollos contra españoles, sino que se enfrentaron criollos y españoles contra criollos y españoles, y porque tanto Simón Bolívar como José de San Martín no quisieron romper los vínculos con España, sino crear un imperio hispanocriollo con capital en Madrid.

En una de sus últimas conferencias, pronunciada en el Instituto de Historia Social Simón Rodríguez, el 2 de noviembre de 1992, apenas dos años antes de su muerte, Ramos afirmó:

> Somos el resultado de un gran naufragio histórico, del estallido de una comunidad de pueblos, cuyos dos grandes genios militares fueron, en el norte, Simón Bolívar y en el sur José de San Martín. [Toda Hispanoamérica] esperaba de algún modo que […] se constituyese una confederación de Estados [que incluyera a la propia España] para hacer

> frente a la Historia [...], pero en 1826 se derrumba todo [porque] no se pudo llegar a un acuerdo con el rey de España para hacer el Imperio americano-español. Planteo que le hace Bolívar directamente a través de su embajador en Londres, y que hace en una hacienda próxima a Lima San Martín con el virrey La Serna, donde lo invita a conversar para que reconozca la independencia del Perú pero sin cortar su vinculación con España [...]. Veinte repúblicas y un solo reino, esa era la idea de San Martín y de Bolívar [...], de modo tal que se pudiese avanzar hacia la Historia, hacia el futuro, con un centro ubicado en Madrid, pero eso fue rechazado primero por Fernando VII y luego por las Cortes liberales de Cádiz [...], eso fracasó y no pudimos hacer el Imperio americano-español. [No pudimos entonces hacer] el Imperio democrático con sede en Madrid porque esa era la idea [que tenían San Martín y Bolívar] para poder enfrentar [a las potencias] que querían merendarse la herencia española [...], pero eso fracasa, y entonces aparecen estas repúblicas, versiones simiescas de lo que sería una verdadera nación, porque eran, en realidad, provincias[589].

De todo esto, por supuesto, nada saben los llamados «bolivarianos» ni los partidarios del «socialismo del siglo XXI». En España y en Hispanoamérica la ignorancia de los acontecimientos realmente ocurridos es la madre de todas las desgracias.

11
Los políticos hispanoamericanos contra la leyenda negra

La leyenda negra con la que la Reforma se ingenió en denigrar la empresa más grande y más noble que conocen los siglos, como fueron el descubrimiento y la conquista, solo tuvo validez en el mercado de los tontos o de los interesados.

Eva Perón

La influencia de la «generación de la indignación» —protagonista de la primera insubordinación ideológica hispanoamericana— en la juventud universitaria fue inmensa. Los jóvenes se encaminaban por el sendero de la reconstrucción de la unidad perdida, soñaban con la reconstrucción de la «Patria Grande» y comenzaban a descubrir las falacias de la leyenda negra. Por desgracia, el influjo de la revolución rusa los apartó de ese camino, ya que actuó como elemento de distracción perturbando la unidad del movimiento juvenil universitario y apartándolo del objetivo marcado por Rodó, Vasconcelos, Ugarte y Gálvez. El marxismo se puso de moda y a la subordinación cultural ejercida por Gran Bretaña y Estados Unidos le siguió la promovida por la Unión Soviética. Recordando aquellos años, el dos veces presidente de Venezuela Rómulo Betancourt (1908-1981), que formó parte de aquella generación de universitarios, afirmó que «la mayor parte de nuestros contemporáneos veían el Kremlin como si fuera una estrella de Belén»[590].

Sin embargo, el sacrificio de los hombres de la «generación de la indignación» no fue en vano: en Argentina, la prédica de Rodó, Vasconcelos, Ugarte y Gálvez fue recogida por las dos personalidades políticas más trascendentes del siglo XX, los presidentes Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, que crearon

y condujeron los dos movimientos políticos de masas más importantes de la historia del país.

Con ellos, el hispanismo —expulsado de las aulas universitarias por los profesores liberales y marxistas— saltó a las calles y se convirtió en doctrina de las masas populares. Eva Duarte de Perón, la legendaria «Evita», se encargaría luego de llevar el hispanismo al corazón de los más humildes, de los desposeídos, que ella inmortalizó con la expresión de «mis descamisados».

El odio de la oligarquía argentina hacia Yrigoyen, Perón y Evita fue eterno, porque sabían que el corazón ideológico de la subordinación argentina al imperialismo anglosajón, al que servían fielmente desde los tiempos de la independencia, era precisamente la leyenda negra de la conquista española de América.

YRIGOYEN: EL PRIMER PRESIDENTE EN HACER FRENTE A LA LEYENDA NEGRA

Su nombre completo era Juan Hipólito del Sagrado Corazón de Jesús Yrigoyen Alen, y a él le corresponde el mérito de ser el primer presidente de una república hispanoamericana que reivindicó la obra de España en América. Para Yrigoyen, heredero de la tradición hispánica del federalismo argentino, España, con el descubrimiento de América, tuvo la gloria de protagonizar el acontecimiento más trascendente de la historia de la humanidad.

Yrigoyen nació el 12 de julio de 1852, pocos meses después de que el gobernador de la provincia de Buenos Aires y jefe del Partido Federal, Juan Manuel de Rosas, fuese expulsado del Gobierno por una rebelión militar encabezada por el gobernador de la provincia de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, en alianza con el Imperio del Brasil, país con el que la Confederación Argentina estaba en guerra a causa de antiguos problemas fronterizos que estaban sin resolver desde la época de la fundación del Virreinato del Río de la Plata.

Por línea materna, era descendiente de una vieja familia federal partidaria de Juan Manuel de Rosas. Fue por esto por lo que su abuelo materno, Leandro Antonio Alen (1795-1853), fue fusilado y ahorcado en la plaza de Mayo el 29 de diciembre de 1853. A través de su madre, Marcelina Alen Ponce, el pequeño Hipólito «mamó» la tradición hispánica y «rosista», tema tabú en las escuelas argentinas de aquella época[591].

El 2 de abril de 1916, Yrigoyen, con el 47,25 % del voto popular, se convirtió en el primer presidente argentino —e hispanoamericano— elegido en unos comicios libres y limpios.

Asumió la Presidencia el 12 de octubre de 1916. Un año después, el 4 de octubre de 1917, tras haber meditado larga y profundamente sobre la cuestión del descubrimiento y la conquista de América, firmó el decreto que establecía que el 12 de octubre sería fiesta nacional en la República Argentina. En el texto, el presidente expresaba:

> Visto el memorial presentado por la Asociación Patriótica Española, a la que se han adherido todas las demás sociedades españolas y diversas instituciones argentinas científicas y literarias, solicitando sea declarado feriado el día 12 de octubre, y considerando:
>
> 1. Que el descubrimiento de América es el acontecimiento más trascendental que haya realizado la humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores derivan de este asombroso suceso, que a la par que amplió los límites de la tierra, abrió insospechados horizontes al espíritu.
>
> 2. Que se debió al genio hispano intensificado por la visión suprema de Colón, efeméride tan portentosa que no queda suscrita al prodigio del descubrimiento, sino que se consolida con la conquista, empresa esta, tan ardua que no tiene término posible de comparación en los anales de todos los pueblos.
>
> 3. Que la España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático el magnífico valor de sus guerreros, el ardor de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, la labor de sus menestrales, y derramó sus virtudes sobre la inmensa heredad que integra la Nación Americana.
>
> Por tanto, siendo eminentemente justo consagrar la festividad de la fecha en homenaje a España, progenitora de las naciones a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y la armonía de su lengua una herencia inmortal, debemos afirmar y sancionar el jubiloso reconocimiento, y el Poder Ejecutivo de la Nación: ART. 1.°: Se declara Fiesta Nacional el 12 de octubre. ART. 2.°: Comuníquese, publíquese, dese al Registro Nacional y se archive[592].

Era la primera vez que una república americana decidía festejar oficialmente el 12 octubre y consagrarlo como fiesta nacional. Ni siquiera en España lo era en aquel momento.

Acertadamente, el profesor Ignacio Tejerina Carreras afirmaba:

> Alguien podrá preguntarse si el presidente radical ignoraba todas las objeciones a la presencia española en América; claro que las conocía, pero él rescata todo lo positivo, y a partir de eso señala el camino de la reconstrucción. El sentimiento hispanoamericanista de Yrigoyen lo lleva a ponerle nombre de los países hermanos a escuelas del estado, a defender la autonomía y libertad de la República Dominicana ante la

> presencia de las tropas de marines norteamericanos en Santo Domingo, y a enviar como su representante personal a la Feria Mundial de Sevilla, en 1929, a Enrique Larreta, uno de los más brillantes escritores de nuestro país[593].

El presidente Yrigoyen decidió que la presencia argentina en la Feria Iberoamericana de Sevilla de 1929, que tenía como objetivo principal el hermanamiento de España con Hispanoamérica, tuviese la mayor relevancia posible. No por casualidad eligió como representante personal a Enrique Larreta, uno de los pocos —quizá el único— escritores hispanistas provenientes del corazón de la oligarquía argentina, siempre probritánica e hispanófoba. Larreta era una excepción a la regla.

Con razón afirma Tejerina que cuando el presidente firmó el decreto estableciendo el 12 de octubre como día de fiesta nacional,

> … Yrigoyen vio los rasgos heredados, la cultura y la lengua que permite comunicarnos desde el río Bravo en México a la Tierra del Fuego, pero también vio otras cosas, como el amor a la libertad y el amor a la justicia. Yrigoyen sabía que trescientos años antes de la Revolución francesa, que nosotros usamos y pregonamos como el origen de nuestras libertades, desde 1480, los campesinos de Castilla eran libres de cambiar su residencia y su trabajo, pudiendo mudarse de domicilio sin perder sus propiedades; y que la conquista de libertades que se originó en Aragón fue más democrática que la Magna Carta arrancada por los barones ingleses al rey Juan Sin Tierra… arte, cultura, lengua, tradiciones y religión fueron la gran herencia española que Yrigoyen supo valorar, y quiso que nosotros la valoráramos, y en esta empresa no estuvo solo, ya que el presidente Juan Domingo Perón coincidió plenamente con este pensamiento en sus presidencias y lo puso de manifiesto en sus actos de gobierno[594].

PERÓN: EL HISPANISMO COMO BANDERA DE LA CLASE TRABAJADORA

En Argentina, los grandes líderes populares del Partido Federal, Juan Facundo Quiroga, Juan Manuel de Rosas, Juan Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, se enfrentaron a la leyenda negra, porque en ella intuían la mano oculta de los ingleses. Todos estuvieron acompañados del apoyo incondicional de las masas populares y crearon un movimiento político multiclasista, aunque su base siempre estuvo formada por los sectores ligados a la producción y no a la especulación; es decir, por los sectores más humildes de la sociedad. Por ello, los opositores políticos se referían a los seguidores de Rosas como las «masas bárbaras»; a los

partidarios de Yrigoyen, como la «chusma radical», y a los partidarios de Perón, como los «cabecitas negras» o el «aluvión zoológico». Debemos destacar que el peronismo, que lideró la mayor modernización económica de la historia argentina, convirtiendo un país pastoril en una potencia industrial capaz de fabricar incluso aviones a reacción, hizo que el hispanismo se transformara en bandera de la clase trabajadora.

Perón nació el 8 de octubre de 1895 en la pequeña población de Lobos, en la llanura pampeana, donde sobrevivía aún el recuerdo de los «malones» y del gaucho Juan Moreira[595]. Lobos había sido un «fortín» militar para contener el ataque de los indios araucanos que arrasaban todo a su paso mientras robaban ganado y capturaban mujeres criollas para tenerlas como esclavas sexuales en sus tolderías. A estos ataques se los denominaba «malones», el último de los cuales tuvo lugar en 1875 en la provincia de Buenos Aires, apenas veinte años antes del nacimiento de Perón.

En la inmensidad de La Pampa, el pequeño Juan Domingo aprendió antes a montar a caballo que a caminar y, cuando tenía cinco años, la familia se trasladó a la infinitud de la Patagonia. En 1911 ingresó en el Colegio Militar de la Nación y dos años después se graduó como subteniente de Infantería. A diferencia de Yrigoyen, Perón no «mamó» la tradición hispánica, pues su familia nada tenía que ver con el Partido Federal. Aun así, el 26 de noviembre de 1918, un joven Perón escribía a su padre:

> No olvides papá que este espíritu de patriotismo que vos mismo supiste inculcarme, brama hoy un odio tremendo a Inglaterra [...] fui contrario siempre a lo que fuera británico [...].Rosas [...] fue el más grande argentino de esos años y el mejor diplomático de su época [...]. Rosas fue el único gobernante de 1810 hasta 1915 queno cedió ante nadie ni a la Gran Bretaña y Francia juntas [...]. Rosas ante todo fue un patriota[596].

El 24 de febrero de 1946, en unos comicios absolutamente libres, con el 52,84 % de los votos, Juan Domingo Perón resultó elegido presidente de la República, cargo que asumió el 12 de octubre de ese mismo año. Doce meses después, el 12 de octubre de 1947, Perón pronunció en la Academia Argentina de Letras uno de sus más importantes discursos, en el que no solo reivindicó la obra de España en el Nuevo Mundo, sino que acusó directamente de «imperialistas» a los detractores de la conquista española de América[597].

«La obra de España en América no tiene parangón en la historia»

Aquel día, Perón realizó una encendida defensa de la conquista española de América como ningún otro presidente argentino la había hecho antes. En realidad, tampoco ninguno después de Perón ha tenido el coraje de defender España de esa manera.

> Su obra civilizadora cumplida en tierras de América no tiene parangón en la historia. Es única en el mundo. Constituye su más calificado blasón y es la mejor ejecutoría de la raza, porque toda la obra civilizadora es un rosario de heroísmos, de sacrificios y de ejemplares renunciamientos. Su empresa tuvo el sino de una auténtica misión. Ella no vino a las Indias ávida de ganancias y dispuesta a volver la espalda y marcharse una vez exprimido y saboreado el fruto. Llegaba para que fuera cumplida y hermosa realidad el mandato póstumo de la reina Isabel de «atraer a los pueblos de Indias y convertirlos al servicio de Dios». Traía para ello la buena nueva de la verdad revelada, expresada en el idioma más hermoso de la tierra. Venía para que esos pueblos se organizaran bajo el imperio del derecho y vivieran pacíficamente. No aspiraban a destruir al indio, sino a ganarlo para la fe y dignificarlo como ser humano[598].

El presidente argentino Juan Domingo Perón no solo apreciaba y alababa la obra material y espiritual de España en América, sino que reivindicaba a los conquistadores considerándolos héroes y soñadores desbordantes de fe:

> Era un puñado de héroes, de soñadores desbordantes de fe. Venían a enfrentar a lo desconocido; ni el desierto, ni la selva con sus mil especies donde la muerte aguardaba el paso del conquistador en el escenario de una tierra inmensa, misteriosa, ignorada y hostil. Nada los detuvo en su empresa; ni la sed, ni el hambre, ni las epidemias que asolaban sus huestes; ni el desierto con su monótono desamparo, ni la montaña que les cerraba el paso, ni la selva con sus mil especies de oscuras y desconocidas muertes. A todo se sobrepusieron. Y es ahí, precisamente, en los momentos más difíciles, en los que se los ve más grandes, más serenamente dueños de sí mismos, más conscientes de su destino, porque en ellos parecía haberse hecho alma y figura la verdad irrefutable de que «es el fuerte el que crea los acontecimientos y el débil el que sufre la suerte que le impone el destino». Pero en los conquistadores pareciera que el destino era trazado por el impulso de su férrea voluntad[599].

¿Qué español de a pie, qué parlamentario o político español tendría hoy el valor de defender a los conquistadores como lo hizo Perón? Cuando algún mexicano de apellido castizo cuestiona a algún español con aquello de «ustedes nos robaron el oro» o frases

por el estilo, el español suele reaccionar diciendo: «¿Ustedes? Serán tus antepasados, porque los míos se quedaron en España…». En el fondo, esta es una respuesta que da vergüenza ajena, porque denota falta de valentía para defender la verdad histórica o ignorancia de la historia del pueblo del que, se quiera o no, se forma parte.

En su discurso, Perón también señalaría a quienes estaban detrás de la promoción de la leyenda negra y a qué fines servían. Un dato del que los autodenominados antimperialistas de hoy deberían tomar nota:

> Como no podía ocurrir de otra manera, su empresa fue desprestigiada por sus enemigos, y su epopeya objeto de escarnio, pasto de la intriga y blanco de la calumnia, juzgándose con criterio de mercaderes lo que había sido una empresa de héroes. Todas las armas fueron probadas: se recurrió a la mentira, se tergiversó cuanto se había hecho, se tejió en torno suyo una leyenda plagada de infundios y se la propaló a los cuatro vientos. Y todo, con un propósito avieso. Porque la difusión de la leyenda negra, que ha pulverizado la crítica histórica seria y desapasionada, interesaba doblemente a los aprovechados detractores. Por una parte, les servía para echar un baldón a la cultura heredada por la comunidad de los pueblos hermanos que constituimos Hispanoamérica. Por la otra, procuraba fomentar así, en nosotros, una inferioridad espiritual propicia a sus fines imperialistas, cuyos asalariados y encumbradísimos voceros repetían, por encargo, el ominoso estribillo cuya remunerada difusión corría por cuenta de los llamados órganos de información nacional. Este estribillo ha sido el de nuestra incapacidad para manejar nuestra economía e intereses, y la conveniencia de que nos dirigieran administradores de otra cultura y de otra raza. Doble agravio se nos infería; aparte de ser una mentira, era una indignidad y una ofensa a nuestro decoro de pueblos soberanos y libres[600].

No se le escapaba al presidente que detrás de la propagación de la leyenda negra estaban Inglaterra y Estados Unidos, y en el momento concreto en el que Perón hablaba, la mismísima Internacional Comunista.

Tal y como se aprecia, a Perón le duelen las infamias propagadas a los cuatro vientos por los «negrolegendarios», lo hicieran por ignorancia o por un calculado beneficio económico. Es por eso que el presidente afirmaba:

> España, nuevo Prometeo, fue así amarrada durante siglos a la roca de la historia. Pero lo que no se pudo hacer fue silenciar su obra, ni disminuir la magnitud de su empresa que ha quedado como magnífico aporte a la cultura occidental. Allí están, como prueba fehaciente, las cúpulas de las iglesias asomando en las ciudades fundadas por ella; allí

> sus leyes de Indias, modelo de ecuanimidad, sabiduría y justicia; sus universidades; su preocupación por la cultura, porque conviene —según se lee en la Nueva Recopilación— que nuestros vasallos, súbditos y naturales tengan en los reinos de Indias universidades y estudios generales donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia y del error, se crean universidades gozando los que fueren graduados en ellas de las libertades y franquezas de que gozan en estos reinos los que se gradúan en Salamanca[601].

Si hay algo que debería indignar a cualquier hombre de bien en cualquier parte del mundo —si sus ojos no están cegados por el prejuicio o la ignorancia y si sus oídos no están tapados por el ruido incesante del mundo posmoderno— es la propagación desvergonzada de las mentiras de la leyenda negra que ayer como hoy hacen los ignorantes o los escribas a sueldo del poder mundial de turno. Pero, en realidad, a quienes más debería dolerles —y parece dolerles poco— es a los propios españoles europeos.

> España levantó, edificó universidades, difundió la cultura, formó hombres, e hizo mucho más; fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijas con un sello que las hace, si bien distintas a la madre en su forma y apariencias, iguales a ella en su esencia y naturaleza. Incorporó a la suya la expresión de un aporte fuerte y desbordante de vida que remozaba a la cultura occidental con el ímpetu de una energía nueva. Y si bien hubo yerros, no olvidemos que esa empresa, cuyo cometido la Antigüedad clásica hubiera discernido a los dioses, fue aquí cumplida por hombres, por un puñado de hombres que no eran dioses aunque los impulsara, es cierto, el soplo divino de una fe que los hacía creados a la imagen y semejanza de Dios[602].

Con acierto, comentando el discurso del 12 de octubre de 1947, la historiadora y periodista Claudia Peiró afirma que en toda Hispanoamérica «se lleva el indigenismo al extremo de reivindicar la fragmentación étnica de nuestras sociedades», y por ello es relevante que Perón reivindicara el mestizaje, que fue «una política deliberada de la metrópoli, a diferencia de otros imperios que sí fueron racistas, ya que se mantuvieron demográficamente aislados de sus colonias»[603].

Una terrible advertencia

Perón finalizó su discurso con una advertencia o una profecía desgraciadamente cumplida.

> Si la América olvidara la tradición que enriquece su alma, rompiera sus vínculos con la latinidad, se evadiera del cuadro humanista que le demarca el catolicismo y negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo: «Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original, ni una idea dominadora». Y situado en las antípodas de su pensamiento, (Ernest) Renan afirmó que «el verdadero hombre de progreso es el que tiene los pies enraizados en el pasado»[604].

No ha faltado politólogo o historiador que opinara que con el discurso del 12 de octubre de 1947 el presidente Perón pensaba obtener algo a cambio de la España de Franco. Sin embargo, nada tenían que ganar ni él ni Argentina con aquel discurso y de nada le servía a Perón quedar bien ante el dictador Franco porque nada podía ofrecerle España a Argentina. En nada podía ayudar la Madre Patria a su hija. Muy al contrario, era Argentina la que podía ayudar a España, como efectivamente hizo.

Aquella España de Franco era muy pobre y trababa de reconstruirse tras la terrible Guerra Civil. Por sus ciudades deambulaban sin trabajo miles de mutilados de guerra y los más humildes tenían poco o nada que comer. Era un país sin industrias que vivía completamente aislado del mundo y al que Estados Unidos y la Unión Soviética consideraban un residuo tóxico del fascismo. Darle la mano a la España de Franco equivalía a darle la mano a un enfermo de lepra. Lo menos que necesitaba Perón —que había sido acusado falsamente de nazi por Estados Unidos— era que se le considerara amigo de Franco.

España era el último tumor cancerígeno del fascismo en el Viejo Continente y había que extirparlo cuanto antes. Estados Unidos había decidido castigar a la dictadura franquista con un feroz bloqueo económico y asfixiar al régimen, aunque por el camino más de la mitad de la población española muriera de hambre.

Si la Argentina de Perón no hubiese enviado ayuda alimentaria a España, la parte más pobre de la población española —la mayoría— habría muerto de inanición en las calles de Madrid, Barcelona o Sevilla. Si Argentina no hubiera socorrido a España —no al dictador Francisco Franco—, habría hoy en los museos de Madrid cientos de fotos de niños desnutridos como las que hoy vemos de Biafra o Sudán del Sur. De esto son pocos los españoles que tienen conciencia.

Juan Domingo Perón falleció el 1 de julio de 1974. Murió —conviene recordarlo— envuelto en el amor de su pueblo y cercado

por el odio de la oligarquía y el desprecio de algunas agrupaciones juveniles que, optando por el camino de la muerte y la violencia, llevaron a la muerte de toda política. Poco antes de morir, Perón expulsó a esas agrupaciones de la simbólica plaza de Mayo, es decir, del peronismo, el movimiento político que él había creado.

Paradojas de la historia, años más tarde —cuando Argentina recuperó la democracia tras la terrible dictadura militar que gobernó el país desde el 24 de marzo de 1976 hasta el 10 de diciembre de 1983—, aquellos a los que Perón echó por la puerta sin ninguna autocrítica volvieron por la ventana y se hicieron dueños de la estructura partidaria creada por él. Posteriormente, los que entraron por la ventana llegaron a la Presidencia de la nación, con lo que el escenario más temido por Perón, la negación de España («Si la América olvidara... y negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez»), se produjo en Argentina, mediante el decreto 1584/2010, firmado por la presidenta de la República, Cristina Fernández de Kirchner, el 2 de noviembre de 2010. El 12 de octubre ya no será el «Día de la Raza», sino el «Día de la Diversidad Cultural», ignorando que, en tiempos de Yrigoyen, «raza» era sinónimo de cultura y que, como expusiera Perón en su célebre discurso del 12 de octubre de 1947, la «raza» no era una cuestión biológica, sino un «estilo de vida» que, heredado de España, enseñaba a vivir practicando el bien o a morir con dignidad. En los fundamentos del decreto que establece el «Día de la Diversidad Cultural» ni se menciona la obra de España en América, sino que, asumiendo los postulados de la leyenda negra, se invita a reflexionar sobre la diversidad cultural, presuponiendo que España impuso arbitrariamente su cultura y su lengua. Así, «se invitará a una reflexión sobre los Derechos Humanos», supuestamente violados por España, y tomará como cierto el «genocidio» de la población aborigen realizado por los españoles. Por otra parte, el decreto consagra la educación «bilingüe», es decir, eso que Ugarte consideraba la antesala de la «balcanización» territorial.

Pero el de Argentina no fue un caso aislado. La élite porteña, siempre sujeta al último grito de la moda, al imperio de lo efímero, siempre más dispuesta a leer la revista *¡Hola!* que «aburridos» libros de historia, siguió la moda del indigenismo que en Europa impuso la élite socialdemócrata de la *rive gauche,* financiada —como afirmara Jorge Abelardo Ramos— por numerosas ONG instaladas en Londres, Nueva York o Ámsterdam.

EVITA: «LA CONQUISTA FUE LA EMPRESA MÁS NOBLE QUE CONOCEN LOS SIGLOS»

En estos tiempos en que en Argentina se usa la figura de Evita para justificar un endeble «progresismo indigenista», conviene precisar y recordar aquello que la famosa primera dama repitiera —con esa pasión que le brotaba del corazón y le quemaba el alma— una y mil veces respecto al descubrimiento y la conquista de América. Sabiendo que le quedaban pocos meses de vida, Eva Perón «gritó» a los cuatro vientos:

> La leyenda negra —con la que la Reforma se ingenió en denigrar la empresa más grande y más noble que conocen los siglos, como fueron el descubrimiento y la conquista— solo tuvo validez en el mercado de los tontos o de los interesados. A nadie engañó que no quisiera ser engañado[605].

También, poco antes de su muerte, acaecida el 26 de julio de 1952, escribió para el diario *Democracia* una serie de artículos que luego, en 1951, fueron reunidos y publicados en forma de libro con el título *Escribe Eva Perón.* En uno de ellos, «Ante la proximidad del Día de la Raza», explica qué entendían ella y su esposo, Juan Domingo Perón, por el término de «raza», adelantándose así a aquellos que años después argumentaron que ese concepto «constituye una concepción político-social errónea y peyorativa; y que, por tanto, su utilización solo favorece reivindicaciones racistas». Evita argumentó su idea con las siguientes palabras:

> Cuando, ante la Academia Argentina de Letras, con motivo del Día de la Raza, el general Perón rindió homenaje a la memoria del genial autor de *Don Quijote de la Mancha* —breviario y síntesis de una estirpe inmortal — fijó en su discurso un concepto básico: para nosotros la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos y nos impulsa a ser lo que debemos ser por nuestro origen y nuestro destino. Ella es lo que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades cuyas esencias son extrañas a la nuestra, pero a las que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros, la raza constituye nuestro sello personal, indefinible e inconfundible[606].

La primera dama argentina calificaba a España como «madre de pueblos y sembradora de naciones»y afirmaba que

> … esa raza inmortal, descubridora y conquistadora, encontró en ese mundo nuevo el teatro ideal para el ejercicio de sus virtudes. Dictó leyes de humanidad y fraternidad doscientos años antes que los enciclopedistas osaran mencionar los derechos del hombre; proclamó la igualdad ante el Creador de todas las criaturas· y abonó con la sangre y con el alma de su pueblo los surcos del porvenir. De esas sementeras nacieron las naciones que glorifican hoy el tronco común del que proceden y del que están orgullosas. Porque América es la eternidad de España en el mundo de la civilización[607].

Esos supuestos historiadores «científicos» que creen que Perón fue siempre un oportunista sin escrúpulos que tan pronto decía una cosa como la contraria, siempre analizan el peronismo desde ese prejuicio. Sin embargo, hasta el día de hoy, ningún historiador ha acusado a Eva Perón de decir una cosa y pensar otra; más bien han dicho que carecía de prudencia política, ya que siempre decía lo que pensaba. Fue esa Evita, de la que nadie duda de su sinceridad, la que definió el descubrimiento y la conquista de América como una «epopeya popular», y a los conquistadores Hernán Cortés, Núñez de Balboa y Francisco Pizarro como «héroes»[608].

Eva Perón hizo de la defensa de la «hispanidad» una bandera de la clase trabajadora y de los más desfavorecidos de la sociedad argentina. Perón y su esposa lograron que la reivindicación de España fuera sentida y sostenida por la inmensa mayoría del pueblo argentino y, principalmente, por los trabajadores de los frigoríficos, del ferrocarril, de los talleres metalúrgicos, de las nuevas fábricas de automóviles y por los más humildes que trabajaban en el campo argentino.

Sin embargo, a pesar de que las palabras de Evita están ahí para quien quiera escucharlas o leerlas, cada 12 de octubre miles de jóvenes marchan por las calles de Buenos Aires con pancartas y banderas gigantes en las que aparece impresa su figura para denigrar a España y acusarla del supuesto genocidio de los «pueblos originarios». Me consta que esos jóvenes no son «interesados», pero tampoco son tontos; en todo caso, los han atontado —*azonzado,* que diría Arturo Jauretche— con una nueva *zoncera:* el genocidio de los pueblos originarios.

Así, muchos jóvenes que creen ser peronistas son profundamente antiperonistas, y creyendo ser *evitistas* son *antievitistas*. Ahí radica la tragedia de nuestro tiempo que ha hecho que la profecía de Perón se cumpla: «Si la América […] negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez».

Haya de la Torre: ni indigenista ni antihispánico

Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), pensador y político peruano, fue el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), partido de izquierda afiliado a la Internacional Socialista que puede considerarse uno de los movimientos políticos más importantes de Hispanoamérica.

Nació el 22 de febrero de 1895 en la ciudad de Trujillo, en un hogar aristocrático, aunque no acaudalado[609]. A finales de siglo XIX, Perú era escenario de una feroz guerra civil que no perdonó aldea ni ciudad y que costó la vida a veinte mil personas. Sus padres, que eran primos terceros entre sí, fueron Raúl Edmundo de la Haya y Cárdenas y Zoila Victoria de la Torre y Urraca, descendientes del conquistador español Juan de la Torre, compañero de Francisco Pizarro[610].

Siendo ya líder estudiantil, en enero de 1922 visitó la tumba de José Enrique Rodó, en el cementerio de la ciudad de Montevideo, para rendirle un sincero homenaje. En la Ciudad de México trabajó como secretario de José Vasconcelos cuando este terminaba de pulir su famoso libro *La raza cósmica*. Fue Vasconcelos quien puso en las manos del joven Haya de la Torre los libros de su amigo el argentino Manuel Baldomero Ugarte, a quien, desde entonces, nunca dejó de admirar.

La evolución del significado del término Indoamérica

Un poco por esnobismo, un poco por demagogia, en su juventud Haya de la Torre coqueteó con el marxismo y la leyenda negra, si bien su posicionamiento político poco a poco se fue limpiando del veneno «negrolegendario», limpieza que se puso de manifiesto en el distinto significado que le dará al término «Indoamérica» a lo largo de los años. En lo referente a España y la conquista de América, pasará del desdén a la admiración.

Creemos que hasta 1930 el peruano apenas se centró en el tema del nombre con el que debía designarse a todas las repúblicas que se extienden desde el río Grande a Tierra del Fuego, si bien durante su exilio en Berlín, en 1930, «encara el problema del nombre como básico»[611]. A nuestro entender, este cambio se debió a que intuyó —pese a que no tenía una gran formación ni en etimología ni en filosofía— que el ser de las cosas responde al nombre que se les da. Por otra parte, también se dio cuenta de que el problema del nombre estaba ligado al asunto de la identidad y que un pueblo se

aliena si se designa con un nombre falso, idea que expresará con contundencia años después.

Recordemos que este tipo de reflexiones comenzó con José Martí, que acuñó la expresión «nuestra América» cuando se dio cuenta de que Estados Unidos se había apropiado del término «América». Recordemos también que, desde el proceso de independencia de España, las soluciones planteadas ante esa monopolización fueron dos: por un lado, la reapropiación de la palabra «americano» a secas, realizada, entre otros, por José de San Martín y Simón Bolívar, y, por otro, el empleo de algún tipo de añadido geográfico o genitivo[612]. La segunda opción dio origen a las expresiones «América española», «nuestra América», «Hispanoamérica», «Iberoamérica», «Latinoamérica» o «Indoamérica». Todas estas denominaciones tuvieron su momento de eclosión y, de un modo u otro, han subsistido en el tiempo.

Víctor Raúl Haya de la Torre era partidario del vocablo «Indoamérica» inventado por Vasconcelos, pero la polémica por el nombre quedó sin resolver. Sin embargo, creemos que no se trataba de una disputa meramente formal dado que esconde la angustia existencial pendiente de la identidad del conjunto de pueblos que ocupan el continente americano desde el río Bravo hasta Tierra del Fuego.

Por otra parte, el asunto del nombre, aunque desde el punto de vista político pudiera parecer menor, desde el de la psicología social tiene tanta importancia como la del nombre propio del individuo en la construcción de su personalidad. De esto se percató Haya de la Torre y por eso le dedicó tanto esfuerzo a popularizar el término «Indoamérica», aunque con el paso del tiempo fue variando su significado hasta adoptar uno totalmente diferente del que en un primer momento le otorgó.

Es importante destacar que Haya de la Torre va desde un enfoque étnico, teñido de cierto antihispanismo (que no está presente en Vasconcelos ni en los otros miembros de la «generación de la indignación»), hasta un enfoque histórico-cultural que en cierta forma implica su «reconciliación» con España[613]. Así, en 1938, desde la clandestinidad, sostiene:

> Hace algunos años que vengo batallando por la «Cuestión del Nombre». ¿Cómo ha de llamarse al fin este continente nuestro, cuya unidad descubre cada hombre, americano o no, que lo recorre, que lo observa [...]. Vuelvo ahora sobre este asunto que considero importante, porque no es solo disputa de palabras, sino esclarecedor análisis de conceptos [...], nuestra dividida «Nación de veinte Estados» ha sido llamada principalmente Hispano (o Ibero) América, América Latina e

> Indoamérica, aunque también se pretendió identificarnos como Eurindia, Indoiberia e Indolatina. Pero los tres nombres más conocidos no son solo denominaciones continentales, vale decir de continente en su sentido geográfico, sino también de contenido. Cada uno de esos nombres responde a una razón histórica, étnica, espiritual y política. [A mi entender] el término «Indoamérica» es el más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo «cósmico» —digamos recordando a Vasconcelos— manteniendo su vigencia frente al porvenir. Es término muy antiguo y muy moderno [...]. El pueblo español denomina a nuestra «Patria Grande» simplemente América, como antaño la llamaba Indias. Por eso, Indoamérica tiene de hispano que es palabra estructurada por dos formas populares españolas de distinguirnos a través de los siglos: indios y americanos. Al inmigrante peninsular que regresa a España —no está demás el recuerdo— llámalo el lenguaje popular castellano «indiano» [por todo eso] nuestra Patria Grande ha de ser Indoamérica [que] es nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional [...]. Y ese es el sentido y la justificación histórica de la expresión Indoamérica. Ella envuelve y sintetiza, como queda dicho, a todas las demás: Indias fue llamado este continente durante siglos por nuestros conquistadores, y América es nombre tan europeo como nuestro. Es latino por Vespucio, por Hylacomylus y por los españoles y portugueses que lo aceptaron. Y el vocablo Indoamérica que —repitámoslo— es de todos modos de origen ibérico y —reiterémoslo— es, por tanto, de extracción latina, al mismo tiempo que conserva la auténtica denominación del Descubridor y la de su primer defensor, Las Casas, amén de la que usaron las instituciones básicas del virreinato, supera esos valores alusivos con el sentido moderno del indio y de nuestra América, que va transformándose y definiéndose en el crisol de una nueva raza y de una nueva cultura[614].

Otro momento de «desintoxicación» del veneno negrolegendario de Haya de la Torre tuvo lugar en diciembre de 1958, en la ciudad de Génova, cuna del almirante Cristóbal Colón, en una disertación organizada por el Instituto Cultural Columbianun, donde profundiza aún más en el significado del término «Indoamérica»:

> Mientras «América» aparece mencionada una vez en *Don Quijote,* «Indias» fue el nombre con que España y Portugal designaron durante tres siglos a nuestro continente. *Hispanian Rex et Indian Imperator* fue el título de Carlos V. «Leyes de Indias», «Indias Occidentales», «Indios» e «Indianos» son vocablos de invención ibérica. Y patriarca de las Indias es aún el título del arzobispo de Atocha. «América», en cambio, figura ya nueve veces en la *First Chart of Virginia* del rey Jacobo de Inglaterra. Y en la segunda —de mayo de 1609— vuelve a mencionar *that part of America called Virginia.* Así como en la Declaración de 18 de Marzo de 1766, y en todos los documentos oficiales ingleses. En buena cuenta, cuando se independizan «los Estados Unidos de América», el título responde a una tradición denominativa norteamericana. El nombre de

«Indias» es, pues, de origen hispano-portugués. Y así como ha habido y hay «Indias orientales o asiáticas» —Indochina, Indonesia— ha habido y hay «Indias Occidentales». Por otra parte, el nombre tiene vinculación europea, porque cuando se habla de lenguas y razas indo-europeas, quedamos comprendidos y proyectados en la denominación indias y razas indoamericanas. Lo que hoy es nuestra América fue designada Indias por equivocación —cierto es, pero por equivocación europea, como el mismo nombre de «América» fue invención, según Humboldt, de Martín Waldeseemuller, o Hylacomylus, uno de los frailes cosmógrafos de St. Diey, y la denominación de origen alemán, sin que Colón lo sospechara ni el mismo Vespucio acaso lo supiera. Nuestros aborígenes reciben, pues, el nombre de «indios» de Europa. De modo que llamar Indoamérica a lo que se llamó «indias» —y aún se llaman Indias Occidentales en la zona colonial del Caribe— es distinguirlas de India oriental o asiática, pero manteniendo su denominación tradicional… Indoamérica es el más amplio e históricamente más justo nombre de nuestro continente, por cuanto responde a una tradición. Y creo que será el nombre de nuestra comunidad unida con Brasil, Haití y las Indias Occidentales. [Y el castellano y el portugués deben ser las lenguas de Indoamérica porque] el castellano y el portugués son lenguas afines y recíprocamente inteligibles. En América se han enriquecido, ampliado, facilitado con las caudalosas corrientes idiomáticas de otras procedencias y de las lenguas aborígenes. Por eso, conspirar contra la unidad de las dos grandes lenguas mayoritarias indoamericanas es destruir un vínculo de coordinación y renegar de una gran fuerza conductora de cultura[615].

En 1976, en una entrevista que le realiza la revista venezolana *Bohemia,* Haya de la Torre declara:

Nosotros usamos el nombre Indoamérica porque fueron españoles y portugueses quienes llamaron a nuestra América «Indias» […], Jiménez de Asúa, que me discutió el nombre Indoamérica, esgrimía solamente la idea de que era un cognomento de alusión indigenista. Pero en un debate habido en cierta conferencia que se realizó en Italia y se discutió el tema con el escritor conservador Eugenio Montes, este pudo acceder con una grácil e intencionada conclusión: «Ahora veo —dijo—, el nombre de Indoamérica no lo inventó usted por los “indios!”, sino por “Las Indias”»[616].

Y, por último, en 1977 —dos años antes de su muerte—, el político peruano afirma: «Indoamérica es el nombre que escogimos para designar a nuestro continente, que los colonizadores hispanos y portugueses llamaron siempre Indias»[617].

El indigenismo como trampa del imperialismo

En 1931, Víctor Raúl Haya de la Torre publica un nuevo libro, *Teoría y táctica del aprismo,* que contiene un artículo novedoso sobre todo porque desarrolla una temática que el político no había tratado antes, al menos no con profundidad. El título es «El problema indio» y, como veremos, no solo tiene una gran relevancia desde el punto de vista del desarrollo ideológico del aprismo, sino que adquiere una gran importancia política estratégica, ya que Haya de la Torre se opone frontalmente a una de las principales líneas de acción política diseñada por la Internacional Comunista para toda Iberoamérica.

El líder peruano se basa en el pensamiento de Manuel González Prada, a quien denomina simbólicamente «maestro», para desarrollar la postura doctrinaria del aprismo frente al «problema del indio». González Prada fue uno de los más lúcidos pensadores de su tiempo —caracterizado por el peso de los prejuicios raciales en el análisis social y político— y propuso una nueva manera de enfocar el problema del indigenismo, cuestión que abordó por primera vez en un brillante artículo titulado «Nuestros indios», incluido posteriormente en la segunda edición de su *Horas de lucha*. En el artículo, González Prada plantea como apotegma axial que el indio no es una raza biológica, sino social. Y esta será la premisa fundamental sobre la que se basará Haya de la Torre para construir la postura doctrinaria del aprismo respecto al problema indígena. González Prada explica que, «por raza biológica se entiende al hombre con sus caracteres somáticos, color de piel, ángulo facial, textura, forma de los ojos, etc. Pero, desde el punto de vista social, la raza está dada por su inserción, por su papel en la sociedad».

Así, Haya de la Torre sostiene que

> ... indio, en el Perú, es sinónimo de pobre, de campesino, de explotado[618]. Según González Prada, «cuando un indio se enriquece se blanquea [...] actúa como un blanco y cuando un blanco pierde su capital, entonces se aindia porque lo tratan como un pobre, como un explotado, lo explotan y es como un indio»[619].

Y continúa su razonamiento enfatizando:

> La causa del indio es causa social, no racial. La causa del indígena peruano —como la del ecuatoriano, boliviano, argentino, como la del indígena de toda América— es causa sagrada, no porque el indio sea indio, vale decir que no sea blanco, sino porque el indio, en su gran mayoría, es explotado. Nuestro indigenismo no es el simplista sentimental concepto racial que ante la estúpida afirmación burguesa de la inferioridad de razas opone en un amargo grito de revancha la afirmación contraria de que toda raza de color es superior a la blanca

[...]. González Prada ha escrito: «La cuestión del indio más que una cuestión racial es económica, es social» [...]. No es el color lo que limita el problema. Indios por sangre hay, desde Felipillo el traidor, que son verdugos de sus hermanos de raza. ¡Cuántas veces en eso que en el Perú se llama Parlamento, en los ministerios y los tribunales, no se han sentado y se sientan hombres de piel de cobre y de conciencia negra! [...] En mis viajes por la sierra peruana he visto a veces gamonales de raza india, verdugos implacables, monstruos sanguinarios, sádicos [...] despedazando las carnes de los siervos y maldiciéndolos en quechua [...]. Nuestra lucha por el indígena peruano y americano, es pues, lucha contra el latifundio; no es simple lucha de color, que blancos hay por millones oprimidos en el mundo y hombres de piel cobriza oprimen sangrientamente en el Perú y América[620].

Poco después desarrolla la relación entre el problema del indio y el imperialismo y sostiene que el primero no puede entenderse de forma aislada y que plantearlo de ese modo es una trampa del imperialismo. El problema del indio no puede resolverse mediante la lucha aislada del indígena, porque no habrá solución al problema indígena sin la victoria contra el imperialismo —que solo podrá conseguirse mediante la estructuración de un frente de lucha que agrupe en su seno a todos los sectores sociales afectados por este— y la construcción de la unidad política de los pueblos indoamericanos en un único Estado federal.

De la argumentación sostenida por Haya de la Torre se desprende que, en su opinión, la lucha por la verdadera reivindicación del indígena tiene un aspecto táctico, que consiste en la lucha por la reforma agraria —contra el latifundio y el latifundista—, y un aspecto estratégico: la lucha contra el imperialismo por la unidad indoamericana. Advierte también que, aunque el imperialismo plantee el problema indígena como una cuestión racial, los propios indígenas no deben hacerlo así, ya que su problema es parte de un problema mayor. En este sentido argumenta:

El imperialismo en nuestros países tiene su aliado en el latifundista, cuya clase es dueña del poder político, y cuenta con la explotación de nuestras clases trabajadoras, especialmente de nuestros trabajadores indígenas para hacer de ellos sus mejores instrumentos de explotación. El imperialismo, enemigo de nuestros países, es el peor enemigo del indio. El cristianismo sajón ha logrado infiltrar muy profundamente en la clase dominante de los países donde domina, muy especialmente en los Estados Unidos, un incurable desprecio racial hacia los hombres de color, negros o cobrizos. Es indiscutible que en la inmensa mayoría de los sajones prevalece esta idea. Y siendo nuestras razas, según ellos, «razas inferiores», se deduce cierta justificación «moral» a la explotación, opresión y servidumbre de nuestros trabajadores, no solo

porque son trabajadores, sino porque en su gran mayoría no son blancos o, simplemente, porque no son sajones.

> El imperialismo, pues, trae consigo un nuevo y grandísimo peligro para nuestros indígenas [...]. Es por eso que nuestro movimiento antimperialista debe tener a los indígenas en las vanguardias [pero] no se puede apartar el problema indígena del imperialismo [...]. El problema del indio en el Perú como en cualquier país americano es problema económico, es problema de justicia social y esta no podrá realizarse mientras el imperialismo amenace la soberanía política de nuestros países y su libertad económica. Por eso, todo intento de liberación social en nuestros países está relacionado con el gran problema general que plantea el imperialismo. No hay problemas aislados, sino aspectos de uno, grande y común. De ahí que no puede haber luchas aisladas, sino partes de un todo, secciones de un gran partido, divisiones de un gran ejército, filas de un gran frente: del frente único de trabajadores manuales e intelectuales de América: contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de América, para la realización de la justicia social[621].

La importancia de la postura que Haya adopta frente al problema indígena se comprende mejor si se advierte que, en junio de 1929, la Primera Conferencia de la Internacional Comunista celebrada en Buenos Aires determinó que en Hispanoamérica era necesario «abandonar el espíritu fetichista de las fronteras actuales»[622], pero no para crear una «Patria Grande» hispanoamericana, sino para posibilitar la creación de nuevas repúblicas de base étnica.

CUANDO EL CHE ADMIRABA A LOS CONQUISTADORES

Ernesto Guevara, el «Che» (1928-1967), nació por azar en la ciudad de Rosario el 14 de junio de 1928. Fueron sus padres Ernesto Guevara Lynch (1900-1987) y Celia de la Serna Llosa (1906-1965). Es interesante apreciar el dato de que José de la Serna e Hinojosa (1770-1832), conde de los Andes, fue el último virrey español del Perú y, de hecho, a su madre y al propio Che les gustaba decir que eran descendientes suyos. Sin embargo, esa herencia parece que no fue tal, ya que los estudios genealógicos más serios afirman que la madre del Che descendía de Juan Manuel de la Serna y de la Quintana, nacido en Ontón, una pequeña aldea de Cantabria, casi en el límite con el País Vasco. A finales del siglo XVIII, Juan Manuel de la Serna, como tantos otros españoles, cruzó el Atlántico y se asentó en la ciudad de Montevideo, donde se enamoró de una hermosa criolla, Paula Catalina Rafaela Loaces y Arandía,

descendiente del conquistador vasco Domingo Martínez de Irala (1509-1556) y de doña Leonor «Iboty-I Yu» Moquiracé, indígena guaraní.

Siempre que se daba la ocasión, el Che, con mucho orgullo y picardía, hacía referencia a sus antepasados españoles e incluía entre estos al último virrey del Perú.

> Seguro que yo heredo lo socarrón que hay en mí de ese vasco Guevara que llegó con Mendoza, o cualquier gaita turrazo que se coló en mi árbol genealógico macerando dulces indias guaraníes; porque de mis ancestros irlandeses y guaraníes no lo he heredado. Tan truculentos son los unos como los otros, aunque los guaraníes aderecen su truculencia con mucha simpatía [...]. Este nombre de Ayacucho en quechua significa Valle de la Muerte. Aquí mismo, mi tatarabuelo materno, el virrey De la Serna, se chupó una gran paliza[623].

Al Che no le gustaba hablar de sus padres, don Ernesto Guevara Lynch Ortiz y doña Celia de la Serna Llosa, porque eran conspicuos representantes de la oligarquía argentina. En la guerra civil, los Lynch estuvieron en el bando unitario probritánico y antihispánico —contra el federal prohispánico del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas— y a favor de la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata (1845-1850), que pretendió imponer el libre comercio a cañonazos y separar de Argentina las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones para constituir, bajo protectorado francés, la República de la Mesopotamia.

Los Guevara, los Lynch, los De la Serna y los Llosa fueron grandes estancieros de la provincia de Buenos Aires y poseyeron tierras desde la localidad de Barredero hasta Dolores, es decir, una extensión de unos 381 kilómetros.

El Che estudió medicina y logró graduarse, pero en sus venas corría ese típico gusto español por la aventura, el peligro y el combate por alguna causa justa, aunque se perdiera la vida en la lucha. Así, el 4 de enero de 1952, desinteresado del proceso político que vivía Argentina, emprendió, acompañado de su amigo Alberto Granado, su primer viaje por el continente americano. Es preciso señalar que el desinterés hacia el peronismo —que había instaurado nuevas leyes del trabajo que protegían, entre otros, a las empleadas domésticas— en la clase alta argentina se transformaba casi siempre en hostilidad, ya que se resistían a no tener personal de servicio en condiciones casi de esclavitud.

Algo de ese odio de clase —que se respiraba en los barrios de La Recoleta y Palermo, donde vivía la familia Guevara de la Serna— contaminó al joven Ernesto, que, víctima de los prejuicios y

colonizado culturalmente, como la mayoría de los jóvenes universitarios de la época, fue incapaz de apreciar la envergadura de la transformación social que estaba generando el peronismo. La única revolución que Ernesto no comprendía era justamente la que se estaba desarrollando en su propia patria. Tenía una buena cantidad de libros marxistas en la cabeza, pero poca «calle»; nunca había conversado con un proletario o un campesino, a excepción de la empleada doméstica de la casa familiar. Todo esto explica que el joven revolucionario buscase fuera de Argentina esa causa justa por la que luchar que entonces anidaba en el espíritu de todo español americano bien nacido.

Así pues, los dos amigos se fueron en motocicleta —la luego famosa Poderosa II— desde la ciudad de Buenos Aires hasta Miramar, pequeña localidad balnearia de la provincia de Buenos Aires donde la clase media argentina solía pasar sus vacaciones de verano. Desde allí se dirigieron a la ciudad de San Carlos de Bariloche y, posteriormente, entraron en territorio chileno por el lago Todos los Santos. En Valparaíso, un buque carguero los llevó hasta Antofagasta, para ir luego en camión hasta Arica para penetrar en el místico Perú de los incas. Relatando ese tramo de su viaje, el Che afirmaba:

> Los largos kilómetros que median entre Iquique y Arica transcurren entre subidas y bajadas continuas que nos llevaban desde mesetas áridas hasta valles en cuyo fondo corría un hilo de agua, apenas suficiente para permitir crecer a unos raquíticos arbolitos a su vera. En estas pampas de una aridez absoluta hace de día un calor bochornoso y refresca bastante al llegar la noche, característica de todo clima desértico, por otra parte; realmente impresiona el pensar que por estos lados cruzó Valdivia con su puñado de hombres, recorriendo 50 o 60 kilómetros sin encontrar una gota de agua y ni siquiera un arbusto para guarecerse en las horas de más calor. El conocimiento del lugar por donde pasaran aquellos conquistadores eleva automáticamente la hazaña de Valdivia y sus hombres para colocarla a la altura de las más notables de la colonización española, superior sin duda a aquellas que perduran en la historia de América, porque sus afortunados realizadores encontraron al fin de la aventura guerrera el dominio de reinos riquísimos que convirtieron en oro el sudor de la conquista[624].

Conocer la inmensidad abrumadora e inconquistable del territorio americano, acogedora y agresiva, generosa y mezquina, encantadora y sórdida a un tiempo, le hizo apreciar al Che la hazaña de los conquistadores españoles, por los que comenzó a sentir una gran admiración. Digamos también de paso que, fuera de Argentina, el joven Guevara —viendo el contraste entre la vida y

los derechos de la clase trabajadora argentina y los de la clase trabajadora en las demás repúblicas hispanoamericanas— comenzó a desprenderse de los prejuicios antiperonistas propios de la clase social a la que pertenecía[625].

Los miles de jóvenes que cada 12 de octubre salen a manifestarse por las calles de Lima, Santiago o Buenos Aires contra la conquista española de América enarbolando banderas con la imagen del Che deberían reflexionar sobre el hecho de que el mítico revolucionario no solo admiraba a los conquistadores, sino que poseía el mismo carácter y espíritu que aquellos hombres que protagonizaron la conquista. Como aquellos castellanos, extremeños y vascos, al Che le apasionaba el nomadismo y la aventura temeraria, y, como ellos, tenía sed de gloria más que de riquezas. Aunque disguste a los indigenistas, todo en el Che era auténticamente español con un tinte argentino, tanto su forma de escribir y de expresarse como su manera terrible de amar u odiar.

Como prueba de ello, mencionemos la carta de despedida a sus padres —escrita antes de partir a la temeraria aventura de Bolivia, donde perdió la vida— del 1 de abril de 1965:

> Queridos viejos: Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo. Hace de esto casi diez años les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo… Muchos me dirán aventurero, y lo soy, solo que de un tipo diferente y de los que pone el pellejo para demostrar sus verdades. Puede ser que esta sea la definitiva. No lo busco, pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo… Los he querido mucho, solo que no he sabido expresar mi cariño…[626].

Hay que reconocer que la prosa del Che —ya sea para quienes lo admiren como el «Quijote de Hispanoamérica» o para quienes lo detesten por ser el «Torquemada del Caribe»— no podía ser más castiza. Su forma de vivir y de morir, para bien o para mal, es la que los conquistadores llevaron a las Indias. Sinceramente, hay que reconocer que el Che era un auténtico español americano.

FIDEL, EL ANTIHISPANISMO DE COMPROMISO

Si durante la segunda mitad del siglo XX hubo un jefe de Estado en el Nuevo Mundo auténticamente español americano ese fue el comandante Fidel Castro Ruz Argiz González:

> Mi padre era hijo de un campesino sumamente pobre allá en Galicia. En la última guerra de independencia de Cuba, iniciada en 1895, lo enviaron como soldado del ejército español a luchar aquí. Después de la lucha regresó a España, pero parece que le agradó Cuba porque, una vez, como tantos emigrantes, volvió acá en los primeros años del siglo [xx] para, sin un centavo y sin ninguna relación, comenzar a trabajar[627].

Gustaba repetir el Comandanteque siempre manifestó el gran cariño y profundo orgullo que sentía por su padre gallego, Ángel María Castro Argiz, que nació en San Pedro de Láncara, en Galicia, y que en Cuba se casó con Lina Ruz González, de ascendencia hispana. La sangre del comandante Fidel no podía ser más española.

Cuando el 28 de julio de 1992 Castro visitó Galicia, se le vio feliz como un niño. Desde la entrada triunfal en La Habana del 1 de enero de 1959 no se mostraba tan contento. Por las calles de Santiago de Compostela, Fidel se paseó del brazo de don Manuel Fraga Iribarne (1922-2012), exministro del dictador Francisco Franco, fundador de la Alianza Popular y presidente de la Xunta de Galicia. Comieron pulpo y bebieron queimada, bebida típica gallega que, tal y como Fraga le explicó a Fidel, mantiene alejados a los malos espíritus de todo aquel que la bebe. En la localidad de Láncara, Fidel se emocionó al contemplar la casa de su padre. «Ahora entiendo por qué tuvieron que emigrar nuestros padres», le dijo al presidente gallego. Fidel y Fraga también jugaron al dominó y comieron empanadas gallegas.

La formación política de Fidel se inició en el prohispanismo popular en el que pueden enrolarse desde Haya de la Torre hasta Juan Domingo Perón, desde José Enrique Rodó hasta Manuel Ugarte. Si Fidel fue comunista, lo fue porque Estados Unidos lo acorraló y no le dejó más alternativa que la de elegir entre morir heroicamente resistiendo en solitario una invasión norteamericana o aliarse a la Unión Soviética. Fidel, que no tenía vocación de mártir, sino de cruzado, eligió la segunda opción y se «hizo» marxista. Cuando Fidel «compró» el comunismo, en el paquete venía la leyenda negra. Y fue así, por compromiso, como su discurso se hizo negrolegendario.

Ya de viejo le pesaría más la faceta antihispánica de su propio personaje que la comunista. En noviembre de 1996, Fidel se reunió con uno de los más importantes líderes anticomunistas del mundo, el papa Juan Pablo II, que jugó un papel fundamental en el final de la Unión Soviética. «Santidad, espero verle pronto en Cuba», le dijo

Fidel. «Gracias, mi bendición para todo el pueblo cubano», respondió el pontífice[628]. El diálogo duró treinta y cinco minutos y tuvo lugar, en español y a puerta cerrada, en la biblioteca personal del Papa.

Un año y tres meses después, el 21 de enero de 1998, Juan Pablo II tocaba suelo cubano. En el discurso de bienvenida, el Comandante se puso una vez más el traje negrolegendario: se debía a su público y aludió críticamente a la conquista y colonización de la isla y de América, denunciando los crímenes que contra los «pueblos originarios» cometieron los conquistadores españoles.

En el fondo, nada le disgustaba más a Fidel que hablar en contra de España, que era hacerlo contra su padre y su madre. Por ello, en cuanto Juan Pablo II abandonó Cuba, fue a la televisión para intentar arreglar el entuerto. Pero, claro, ahí seguía el personaje y no podía tirarlo por la borda. Como era su costumbre, Fidel habló durante tres horas y media, y haciendo un malabarismo discursivo —que dejaba traslucir que su antihispanismo era solo de compromiso—, indicó que sus palabras habían sido erróneamente comprendidas y que no debían ser interpretadas como un insulto a los españoles.

> Nada más lejos de nuestro propósito que lastimar o herir a los españoles, por los que sentimos profunda admiración y respeto. Ni siquiera he querido atacar a los españoles de la época de la colonia, ni mucho menos a los de ahora. No es al pueblo español, ni al Gobierno actual ni al colonial al que ataqué. Denunciamos sistemas, en este caso el sistema colonial, pero no al pueblo español. Quisiera dejar eso bien claro[629].

De lo expresado por Fidel se deduce que, si la culpa no fue del pueblo español que fue a América, ni del gobierno colonial que España estableció en el Caribe, sino del «sistema», no hay leyenda negra ni leyenda rosa, y España y los españoles —es decir, los conquistadores— quedan exentos del supuesto «pecado original» de la conquista. Si ese pecado existió, lo cometió el «sistema» y no España, por la que sentimos «respeto», «admiración» y «agradecimiento», sentenció.

Para que no quedase ninguna duda, al finalizar su razonamiento, dirigiéndose a los pueblos cubano y español, añadió:

> Estas son verdades históricas que tenemos el insoslayable deber de decir, no para herir a nadie y mucho menos al pueblo español, al que admiramos. No he tenido el más mínimo propósito de humillar a los españoles con mis palabras. Repito que sentimos gran admiración, respeto y agradecimiento a España[630].

De este modo concluyó su argumentación Fidel Castro, el último comandante americano español del Caribe.

12
UN NUEVO DESTINO PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

> Dibujar el curso de la corriente del poder mundial y de los diferentes afluentes que la componen y prever los cambios de dirección y velocidad es la tarea ideal del observador de la política internacional.
>
> HANS MORGENTHAU

Reflexionando sobre la historia de España e Hispanoamérica, Juan José Hernández Arregui nos dice:

> Todo contribuyó, dada la identidad de España y América, a que la disolución del Imperio español arrastrase por igual la de las provincias. Que eso eran y no colonias, como lo ha pretendido la historiografía liberal probritánica [...]. No fueron ideales de libertad las causas de la emancipación de América [...]. Es equívoco que, en los prolegómenos de la emancipación de España, prevaleciese en las provincias americanas el sentimiento antiespañol [...]. A fines del siglo XVIII era mucho más viva la conciencia antibritánica y antifrancesa. En rigor, la emancipación fue una compleja trama de intereses internacionales y de clase entreverados [...]. Los pueblos no anhelaban la separación de España [...]. Hacerle justicia a España no es ornarla, sino restituir la verdad histórica, reencontrarnos con nuestros orígenes descastados por las oligarquías nativas del siglo pasado y del presente[631].

Ya hemos realizado un viaje hacia las fuentes de las que surgen los fenómenos que vemos en la actualidad, lo que ahora nos permite regresar al presente, al hoy que nos aflige, trayendo un conjunto de hipótesis explicativas con las que partir para indagar el futuro de los españoles americanos y de los españoles europeos.

No cabe duda de que gran parte del destino de cualquier país radica siempre en la identificación de los dilemas que plantea un escenario internacional en transición y que deben resolverse. En última instancia, la clara identificación de esos dilemas depende de la realización de un correcto análisis del escenario internacional, aunque conviene recordar —como afirmaba Mao Tse-Tung— que

en el diagnóstico estratégico lo esencial es «descubrir la dirección de los acontecimientos».

ESPAÑA FRENTE A EUROPA

Como hemos visto, la propagación de la leyenda negra de España fue un componente central del «imperialismo cultural»llevado a cabo primero por Francia, Holanda e Inglaterra, y luego, desde el siglo XIX, por Estados Unidos. En el siglo XX, a esa campaña de desprestigio se sumaría la Unión Soviética y, por reflejo, la República cubana convertida al comunismo.

Como bien se percata Mario Vargas Llosa, ante esa maliciosa propaganda llevada a cabo por sus enemigos, el Imperio español, en vez de defenderse, optó por la indiferencia. Luego, en el siglo XVIII, cuando el Imperio comenzó su larga decadencia, los propios intelectuales, escritores y artistas españoles afrancesados «hicieron suya la leyenda negra»[632].

Ya en el siglo XX, la *intelligentzia* española, ora afrancesada, ora germanizada, ora norteamericanizada, propagó al conjunto de la sociedad —a través de sus cátedras, de sus libros y de sus artículos en los principales diarios de país— la leyenda negra, hecho que provocó que gran parte de la población tuviera una visión negativa de España y de lo que significaba ser español.Nació así, en la sociedad española, la abominación de su propio pasado, y un sentimiento de vergüenza por haber descubierto y conquistado América embargó a gran parte de ella. Sin glorias de las que enorgullecerse, el peso del retraso económico relativo —respecto a otros países de Europa e incluso de Hispanoamérica, como era el caso de Argentina— llevó al pueblo español a tener una consideración pesimista de la realidad, a un sentimiento generalizado de minusvalía, a una falta de seguridad ante lo propio y a la convicción de que solo dejando de ser España —es decir, dejando de ser españoles— podrían redimirse.

Con Ortega y Gasset la *intelligentzia* española creyó que España era el problema y Europa la solución. Como bien destaca Alfonso Guerra, tras la Guerra Civil, la «patrimonialización del concepto de España»por los vencedores agravó la situación, pues hizo que una parte de la población usara el gentilicio «español», con su variante «españolista», como imputación despectiva[633]. Una vez terminada la larga dictadura franquista, los españoles siguieron creyendo que España era el problema y vieron entonces que ahí

estaba Europa, «la solución», e iniciaron el proceso de integración europea con los ojos vendados, con una confianza ciega, confundiendo sus deseos con la realidad.

Europa era entendida como un cuento de hadas, y hacia él fueron, desprevenidos, despreocupados y con todos los complejos que el franquismo dejó instalados en la sociedad española. Creyendo que iban a jugar al dominó con los niños buenos del barrio en la sala de un honorable club social, no se dieron cuenta de que entraban en un garito y de que se sentarían a una mesa de póker con algunos jugadores exconvictos que tenían a sus espaldas millones de muertos y una ambición de dominio que estaba dormida y oculta, pero que no había desaparecido del todo y que esperaba el momento oportuno para renacer.

Por supuesto, el problema no era entrar en la Comunidad Económica Europea, sino creer que se accedía a un apacible y caballeresco club social, cuando, en realidad, se ingresaba en un casino repleto de jugadores taimados. Para suerte de los españoles europeos, España se incorporó al proceso de integración cuando este todavía era igualitario y solidario. Vinieron entonces los años de la «generosa» ayuda del amigo alemán y del avergonzarse de esa «horrible» aventura que había sido la conquista española de América. España era, por fin, Europa, e Hispanoamérica tan solo un mal recuerdo o un lugar para hacer negocios —a veces no tan santos— con empresarios y funcionarios políticos, sin necesidad de costosos e indiscretos traductores que, en el caso de que surgieran problemas con la justicia, podrían incluso devenir en peligrosos e incómodos testigos.

Para colmo de males, muchos españoles europeos que se habían considerado siempre menos que los otros europeos, cuando tuvieron algo de dinero en el bolsillo, empezaron a sentirse más que cualquier español americano. Fue entonces cuando comenzaron a llamar *sudacas* a los hispanoamericanos, a los hijos de España que por las desgracias que vivían en sus países llegaban a una «Madre Patria» convertida en madrastra.

Así las cosas, la bandeja estaba servida para una revigorización en América de la leyenda negra y del indigenismo. Con la indiferencia de Madrid, aparecieron en Gran Bretaña ONG dedicadas a predicar y financiar el independentismo mapuche en Chile y Argentina, como la Mapuche International Link, mencionada en las primeras páginas de este libro.

De lo que no se daban cuenta los españoles europeos era de que, al admitir la leyenda negra de España, esta les serviría también a

los nacionalistas catalanes para justificar su independencia de la propia España.

EUROPA ES EL PROBLEMA

Hay verdades que los hombres y los pueblos no quieren ver ni escuchar. Hay verdades que duelen, y son precisamente esas las que nunca quieren ser vistas. Quienes en raras ocasiones se atreven a hablar de ellas son vistos como el cartero o el mensajero que porta malas noticias. Y, como todos sabemos, la tendencia histórica es la de matar al mensajero, no la de reflexionar sobre el mensaje. Los profetas del Antiguo Testamento son un buen ejemplo de lo que estamos afirmando.

Hoy, en Portugal, Italia, Grecia, España o Francia son pocos los que se atreven a reflexionar sobre el devenir de la Unión Europea y menos aún los que osan explicar que el proceso de integración europeo pasó de ser un proceso igualitario a ser un proceso de integración satelizante.

Explicar el significado que un proyecto tiene para una sociedad, para un ente colectivo, implica siempre dar cuenta de una gran variedad de ideas distintas. Para muchos franceses, en 1951, con el recuerdo todavía fresco de la Segunda Guerra Mundial, la primitiva Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) —primer embrión del proceso de integración europeo— supuso una forma de controlar a Alemania. Para Robert Schuman (1886-1963), Konrad Adenauer (1876-1967) y Alcide De Gasperi (1881-1954), padres fundadores de la Comunidad Económica Europea, la integración significaba sustituir la guerra por la fraternidad y los conflictos por la cooperación.

Quizá muchos intuían que frente al gigantesco Estado norteamericano y a la enorme URSS, la única forma que tenían los Estados de Europa Occidental de alcanzar el nuevo «umbral de poder» pasaba por conformar también un «Estado-continente», realizando paulatinamente un proceso de integración que excluyera toda posibilidad de hegemonía por parte de uno de sus miembros. En esa dirección pareció marchar Europa hasta la firma, el 7 de febrero de 1992, del Tratado de Maastricht. A partir entonces, Portugal, Irlanda, Italia, Grecia, España y la misma Francia comenzaron a sufrir una crisis específica que no puede explicarse solamente a partir del análisis de los factores endógenos de cada uno de estos Estados. Esa crisis —realidad que la mayoría

de los europeos no quiere reconocer— tenía que ver con el fracaso relativo del proyecto del euro y con el hecho de que la inmensa mayoría de los miembros de la Unión Europea estaban en proceso de convertirse en Estados completamente subordinados a Alemania.

Describiendo el escenario europeo, Javier del Rey Morató, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, afirma:

> En 2010, Alemania decidió que el Gobierno español tenía que rebajar el salario de los funcionarios un 5 % de media, y que tenía que congelar las pensiones de más de 8 millones de jubilados. En 2011, Alemania impuso en España una reforma constitucionalpara limitar el gasto público. Derrocó un Gobierno en Grecia. Pocos días después, derrocó otro Gobierno en Italia, con el inestimable apoyo de Francia, convertida en una agencia de apoyo a la canciller de hierro [...]. El *Wall Street Journal* reveló que Merkel llamó al presidente italiano y le dijo: «Es necesario un nuevo Gobierno». Los actores nativos interpretaron bien el guion, pero la guionista de la película era Alemania. El Parlamento alemán tuvo acceso a los planes presupuestarios de Dublín antes que el Parlamento irlandés. Supo que Dublín pensaba incrementar el IVA en dos puntos, hasta el 23 %. Berlín inspeccionó el presupuesto irlandés antes de que lo hiciera el Parlamento que los irlandeses eligieron en las urnas. En enero de 2012, Alemania exigía que la UE tomara el control del presupuesto de Grecia. Karl von Clausewitz (1780-1831) decía que la guerra es la continuación de la política por otros medios [...].Todos los Gobiernos de la UE juntos son menos que Alemania.Cada palabra de Merkel pesa en el análisis de los mercados. Sus silencios o sus medias palabras deciden la prima de riesgo que ese día tendrá que pagar el Reino de España. Helmuth Kohl —padre de la nueva Alemania e impulsor del euro— ha hecho una advertencia: «Los malos espíritus del pasado siempre pueden volver»[634].

Tiempo después, el 29 de mayo de 2018, la profecía del excanciller Kohl se hizo realidad. El comisario europeo del Presupuesto, el alemán Günter Oettinger, a raíz de los resultados de las elecciones en Italia —que consagraban la victoria de dos fuerzas políticas que habían realizado duras críticas a la Unión Europea—, en un acto fallido se atrevió a afirmar: «Espero que los mercados enseñen a los italianos a votar correctamente»[635].

Como acertadamente sostiene el economista Claudio Katz, Alemania, a partir de su reunificación y a través de una política de ajuste salarial acompañada de enormes avances en la productividad, consiguió transformarse en la gran potencia exportadora de Europa. Luego, la creación del euro convirtió a las economías de los demás miembros de la Unión en mercados prácticamente cautivos de la economía germana, reforzando de esa

forma su papel de gran potencia exportadora de Europa. Así, durante los últimos diez años, al exportar mucho más de lo que importaba de sus socios —por ejemplo, Grecia, España o Irlanda—, se fue creando en el seno de la UE un gran desequilibrio. Países como Grecia, España e Irlanda mantuvieron en el transcurso de la última década un déficit comercial «crónico» y una de las consecuencias fue que comenzaron a endeudarse con la misma Alemania. Se produjo entonces una crisis causada por la propia pujanza germana. Como sostiene Claudio Katz, ante esa circunstancia, Alemania,

> ... en vez de impulsar al resto de las economías del euro, lo que hace es imponer un pacto fiscal que implica un ajuste deflacionario de proporciones gigantescas para sostener el euro sobre el sudor, las lágrimas y la vida de los griegos, los irlandeses y de todos los otros pueblos que conforman la periferia europea. Un ajuste descomunal, por cierto, muy superior al que soportan hoy tanto los trabajadores norteamericanos como los trabajadores japoneses[636].

Siempre es difícil tocar el asunto de la intencionalidad de los actores (que tiran por un lado) con relación al movimiento de la sociedad (que puede ir en sentido contrario o diferente). A modo de conclusión podemos afirmar que Alemania no aceptó con «entusiasmo» —es lo menos que puede decirse— la sustitución del marco alemán por el euro. Fue el precio que tuvo que pagar para que la Unión Europea aceptara su reunificación. Pero como la Unión se quedó como una zona monetaria «imperfecta» —sin convergencia fiscal—, el euro pasó a ser demasiado fuerte para Italia, España y Francia, y demasiado débil para Alemania, de modo que hoy esta acumula excedentes comerciales que se corresponden con los déficits de sus socios de la UE. Quizá sin quererlo del todo, el Gobierno alemán está construyendo los cimientos y sentando las bases económicas de un IV Reich y arruinando a sus socios. La opinión pública germana no lo entiende, pero es de suponer que la clase política lo sabe perfectamente. Esta es una realidad que la mayoría de los políticos, periodistas e intelectuales de Europa no quiere reconocer. Es una verdad que duele. Y ahí reside la raíz del problema, la causa principal del malestar profundo que vive la Unión Europea.

Sin embargo, la mayor parte de la clase política española —producto del viejo «complejo de inferioridad» que fue engendrado por la leyenda negra y que permanece increíblemente vivo en el fondo de sus mentes— sigue creyendo que España es el problema y Europa la solución. No entiende que la integración en Europa se ha

transformado en un proceso de satelización. Como se ve, en todos los avatares de la vida española, por una causa u otra, la leyenda negra está presente... y sigue viva.

UNA «VENTANA DE OPORTUNIDAD»

Es importante entender que, en términos históricos, la relativamente reciente marcha china hacia la industrialización es la otra cara de la moneda de la marcha de Estados Unidos hacia su «desindustrialización».

En el esquema de una «nueva división internacional del trabajo», que se inicia en la década de los años ochenta del siglo pasado, pero se profundiza a partir de 1990 —cuando se afianza definitivamente el liderazgo del chino Deng Xiaoping (1904-1997) frente al ala conservadora del Partido Comunista Chino, encabezada por Li Peng (1928-2019)—, en Estados Unidos comienza a producirse un lento proceso de desindustrialización. Las principales empresas, que tenían instaladas tanto su sede social como su producción industrial para el mercado norteamericano en el territorio de Estados Unidos, comienzan a trasladar la producción al gigante asiático en busca de la mayor plusvalía que ha conocido la historia desde los tiempos de la primera Revolución Industrial.

Una de las consecuencias más notables de este proceso es el escalofriante aumento de la pobreza infantil. Ya a finales del 2010, los problemas provocados tras veinte años de desindustrialización eran perfectamente visibles y cuantificables, por más que las élites de los Partidos Republicano y Demócrata se negaran a verlos. El Fondo de Defensa de los Niños, en su informe anual, titulado «El estado de los niños de Estados Unidos, 2011», revela que uno de cada cinco menores de edad en Estados Unidos vive en la pobreza; es decir, 15,5 millones de niños y adolescentes (menores de dieciocho años) son pobres, y cada treinta y dos segundos nace un menor que se suma a estas condiciones. El informe enfatiza que los más afectados son los pequeños de color, o sea, los pertenecientes a las minorías raciales y étnicas, que hoy representan el 44 % de todos los niños estadounidenses, pero que serán mayoría en un muy breve lapso de tiempo. «Los menores de edad negros enfrentan una de las peores crisis desde la esclavitud, y en muchos rubros, los niños hispanos e indígenas americanos no están muy

detrás», advierte Marion Wright Edelman, presidenta del Fondo de Defensa de los Niños.

Cierto que este proceso de traslado de empresas norteamericanas fuera de sus fronteras ya se había producido, por ejemplo, hacia Iberoamérica. Así, durante las décadas de 1960 y 1970, numerosas corporaciones estadounidenses instalaron factorías para la producción de bienes industriales en Brasil, Argentina y México, pero optaron por instalarse allí para fabricar productos destinados a la venta en esos mismos mercados. El giro que se produce a partir de la década de los años noventa es absolutamente novedoso, porque las empresas originariamente norteamericanas, ya transformadas en empresas trasnacionales, comienzan —principalmente en China— a *producir para los Estados Unidos*. Es decir, las empresas transnacionales instaladas en China comienzan a fabricar muy barato, con trabajo extranjero, productos que luego se venderán en el mercado norteamericano.

Hasta la década de 1990 lo que era bueno para la alta burguesía industrial norteamericana era bueno para Estados Unidos, porque creaba empleo, aumento del consumo interno y balanza comercial favorable, pero posteriormente y hasta el día de hoy lo que es bueno para las empresas transnacionales que tienen «sede» norteamericana pero han instalado su producción real fuera de Estados Unidos no es bueno para los estadounidenses, que han comenzado a sufrir los efectos del desempleo endémico y un déficit comercial crónico que solo puede financiarse con un endeudamiento únicamente soportable gracias a la preeminencia mundial de su moneda.

A nuestro entender, la crisis política que atraviesa hoy Estados Unidos —más allá de cualquier recuperación de su economía— es estructural. Estamos ante una crisis de poder, porque, al disolverse la clásica burguesía industrial norteamericana en una élite mundial transnacionalizada, ha desaparecido la alianza «fundacional» del poder estadounidense y se ha producido una contradicción fundamental entre los intereses de esta nueva élite mundial y los nacionales del Estado norteamericano.

Por tanto, la llegada del empresario Donald Trump a la «arena» política, en noviembre de 2016, debe entenderse como una reacción contra la desindustrialización de Estados Unidos encabezada por la burguesía industrial «remanente» que no emigró a China y por sectores del ejército preocupados por la crisis de poder que dio lugar a su desindustrialización. La reacción fue encabezada por un *outsider* porque precisamente las élites

tradicionales republicanas y demócratas estaban económicamente comprometidas con la ahora burguesía transnacional. La derrota de Trump atempera el conflicto con China pero las causas del mismo son estructurales y no coyunturales y por lo tanto el enfrentamiento con China es casi inevitable[637].

La historia demuestra que cada vez que ha habido un enfrentamiento en el «centro» del poder mundial a los países hispanoamericanos se les ha «abierto» lo que llamamos una «ventana de oportunidad», que se traduce en un aumento de su autonomía. Esto podría ser utilizado para que los países hispanoamericanos realizaran la tan mentada «integración» económica —y quizás también política—, es decir, la reconstrucción de la «Patria Grande» con la que soñaron Rodó, Vasconcelos y Ugarte. Recordemos una vez más que los hispanoamericanos — e incluyo a nuestros hermanos brasileños— no estamos divididos porque somos subdesarrollados, sino que somos subdesarrollados porque estamos divididos. Esa integración podría incluir a la propia España, si es que comprende que en este momento Europa es el problema e Hispanoamérica la solución.

Sin embargo, para que esa integración no sea una mera cuestión de «negocios» —por naturaleza, siempre efímera en el tiempo— es necesario superar la leyenda negra, causa de división profunda, resquemores e incluso odios entre españoles americanos y españoles europeos.

LA CONFEDERACIÓN HISPÁNICA PODRÍA DEJAR DE SER UN SUEÑO

Después de las guerras napoleónicas, Gran Bretaña culminó su proceso de industrialización iniciado durante el reinado de Isabel I, que la transformó en el primer gran Estado-nación industrial del mundo y, como consecuencia, en la primera potencia mundial:

> Solo una economía estaba industrializada efectivamente en 1848, la británica y, como consecuencia, dominaba el mundo [...] en la década de 1840-1850 la transformación industrial del mundo que no hablaba inglés era muy modesta todavía. Por ejemplo, en 1850 había un total de poco más de doscientos kilómetros de vías férreas en España, Portugal, Escandinavia, Suiza y toda la península balcánica [...]. En 1830, solo había una ciudad industrial de más de un millón de habitantes (Londres), una de más de medio millón (París), fuera de Inglaterra, y solo diecinueve ciudades europeas de más de cien mil[638].

Gran Bretaña añadió a su ya consolidada condición de Estado-nación una nueva y determinante característica, la de Estado industrial, elevando así el «umbral de poder» y convirtiéndose en el país más poderoso del sistema internacional. De esta manera, se transformó en el único Estado en condiciones de *imponer su voluntad* a los demás miembros del sistema y, por tanto, en el único actor en condicionesdecrear las reglas pensando solo en su propio beneficio.

Cuando Inglaterra elevó el «umbral de poder» quedó claro que quienes desearan mantener la autonomía de sus países, y no transformarse —formal o informalmente— en Estados subordinados del imperio que Inglaterra estaba construyendo, debían aprender la lección del éxito británico. Aquellos Estados que supieron comprender esa lección y no se dejaron seducir por los cantos de sirena de los intelectuales británicos que predicaban, para favorecer sus exportaciones, el libre comercio, trataron de reproducir el camino histórico que había seguido el Reino Unido para acceder a ese nuevo «umbral de poder». En Europa, Alemania e Italia fueron los siguientes, después de Francia, que se convirtieron en Estados-nación industriales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjeron las luchas alemana e italiana para alcanzar sus respectivas unidades nacionales, condición primera para alcanzar el «umbral de poder» vigente. Para generar un gran Estado industrial, Bismark, convirtiendo el proteccionismo económico en política de Estado, culminará la unificación anticipada por el *Zollverein,* esto es, por la unión aduanera entre los micro Estados alemanes[639]. En el norte de Italia, la monarquía de los Saboya y los industriales del Piamonte y Lombardía construirán la unificación italiana para ampliar sus mercados e irrumpir así en la lógica de los Estados que podían ser protagonistas de la historia.

En el continente americano, Estados Unidos fue el único país que no se dejó «envolver» por las supuestas ventajas de la «división internacional del trabajo» predicada por Gran Bretaña con la teoría del libre comercio[640]. En el enorme continente asiático, un solo Estado logrará salvarse de caer bajo la subordinación británica y convertirse vertiginosamente en el primer Estado-nación industrial del Lejano Oriente, alcanzando así el «umbral de poder» vigente: Japón. El ejemplo paradigmático —durante la segunda globalización— de una gran potencia que quedó rezagada, subdesarrollada y dominada durante más de un siglo a causa de

omitir el proceso de industrialización fue el gran imperio agrario chino.

Sin embargo, Estados Unidos, al proceso de industrialización que inició con la dupla Washington-Hamilton, añadió un proceso de expansión territorial sin precedentes en la historia. A la larga, la combinación de ambos procesos daría lugar a un nuevo «umbral de poder».

A diferencia de la «rebelión» hispanoamericana, la independencia de las Trece Colonias no solo concluyó con la «unidad» de las colonias sublevadas, sino que expandió sus fronteras hasta el océano Pacífico. De esa forma constituyó un «nuevo Estado» que, por su enorme superficie, puede calificarse como «Estado-continente».

El proceso de expansión territorial de Estados Unidos, que comenzó en 1803 con la compra de la Luisiana francesa a Napoleón Bonaparte y que continuó, en 1848, con el tratado Guadalupe Hidalgo[641], por el cual México se vio forzado a ceder el territorio que iba de Texas a California, hizo que la superficie del país fuese casi cuatro veces mayor que la que tenía cuando conquistó su independencia formal. Después del tratado Guadalupe Hidalgo, la extensión de Estados Unidos alcanzó los 7,5 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la misma extensión que toda Europa. Así fue como el país norteamericano se transformó en un Estado-continente.

La mayor parte del actual territorio de Estados Unidos había pertenecido al Imperio español. Como recuerdo de ello, ahí están los nombres de numerosas ciudades norteamericanas: Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Santa Fe, Sacramento, San José, San Juan Capistrano, San Juan Bautista, San Luis Obispo, Santa Bárbara, San Antonio o Corpus Christi, entre otras. La élite política creó un Estado-continente que con la victoria del norte proteccionista sobre el sur librecambista se transformó rápidamente en una potencia industrial, es decir, en el primer Estado-nación-continente industrialde la historia, elevando así —como en su momento lo hizo Inglaterra—, una vez más, el «umbral de poder». En el este de Europa, la élite dirigente rusa también estaba construyendo un Estado-continente que se extendería desde las llanuras de Ucrania hasta el puerto de Vladivostok, en el Lejano Oriente, justo frente a las costas del Japón. Tras la revolución bolchevique, ese Estado-continente se convirtió en un Estado-continente industrial.

Uno de los primeros intelectuales en advertir que Estados Unidos había elevado dramáticamente el «umbral de poder» fue el socialista argentino Manuel Ugarte. Sus reflexiones en este sentido se iniciaron con un artículo titulado «El peligro yanqui», publicado en Buenos Aires, en el diario *El País,* el 19 de octubre de 1901. Ugarte afirma: «Somos débiles y solo podemos mantenernos apoyándonos los unos sobre los otros. La única defensa de los quince gemelos contra la rapacidad es la solidaridad»[642]. El 8 de enero de 1903 publica en el mismo diario:

> Todos sabemos que nuestra defensa está en la sabia armonía y coordinación de las diferentes repúblicas. Ninguno ignora que nuestro peor enemigo es nuestro desmigajamiento [...]. Reunamos en un haz todas las fuerzas dispersas. No seamos argentinos, chilenos, venezolanos. Seamos hispanoamericanos[643].

En 1911, el argentino publicó *El porvenir de la América española,* en cuyas páginas puede leerse:

> Contemplemos el mapa de la América española. Lo que primero resalta a los ojos es el contraste entre la unidad de los anglosajones, reunidos con toda la autonomía que implica un régimen eminentemente federal bajo una sola bandera, en una nación única, y el desmigajamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles. Ante la tela pintada que representa el Nuevo Mundo, es imposible evitar la comparación. Si la América del Norte, después del empuje de 1775, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes; si Georgia, Maryland, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva Hampshire, Maine, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Pennsylvania se hubieran erigido en naciones autónomas, ¿comprobaríamos el progreso inverosímil que es la distintiva de los yanquis? Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales que se separaron de Inglaterra, jurisdicciones que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo. A pesar de la Guerra de Secesión, el interés supremo se sobrepuso, en el norte, a las conveniencias regionales y un pueblo entero se lanzó al asalto de las cimas, mientras, en el sur, subdividíamos el esfuerzo deslumbrados por apetitos y libertades teóricas que nos tenían que adormecer[644].

Por tanto, a partir de la plena realización industrial de Estados Unidos, se hizo evidente que a las otras unidades políticas del sistema internacional solo les sería posible mantener su autonomía si lograban conformar un Estado-naciónindustrial de superficie y población semejantes a las de Estados Unidos, es decir, *continental.*

Con la Primera Guerra Mundial quedó definitivamente al descubierto que el poder de los Estados-nación industriales modelos en el siglo XIX —Gran Bretaña, Francia y Alemania— había quedado sobrepasado por el del gigantesco Estado-nacióncontinenteindustrial norteamericano y que la mayoría de países hispanoamericanos eran, en comparación, impotentes «microestados» condenados a estar siempre subordinados.

Actualmente, con la industrialización y modernización de China, se está gestando un cambio de época como el que provocó la irrupción de Estados Unidos como Estado-continente industrial. Si China logra que su proceso de industrialización y modernización se extienda desde la costa hasta al interior de su territorio, incorporando al desarrollo a la mayoría de su población, entonces elevará el «umbral de poder» como en su momento lo hizo Estados Unidos cuando construyó lo que podríamos denominar un «Estado civilización industrial tecnológico» o una «ecúmene cultural» convertida en Estado industrial tecnológico. Pocos Estados de los actualmente existentes podrán entonces resistir la competencia industrial y tecnológica china y mantener un mínimo de autonomía frente a la voluntad de poder de Pekín. La mayoría de los Estados europeos tenderán a convertirse en «parques temáticos» receptores del turismo de China, que dirigirá a las masas turísticas hacia donde quiera siguiendo un sistema de premio y castigo: muchos turistas para los que se porten bien con China y pocos para los que se porten mal. La mayoría de los países hispanoamericanos permanecerán como simples productores de materias primas sin ningún valor agregado. Tal y como quedó en evidencia con las multitudinarias manifestaciones en Chile de octubre de 2019, se trata de un modelo de exclusión que deja a la mayoría de la población fuera del desarrollo y del bienestar material y espiritual.

Pero el ascenso de China a ese nuevo «umbral de poder» probablemente la lleve al enfrentamiento con Estados Unidos durante al menos veinte años, circunstancia que, lejos de preocuparnos —como les pasa a los economistas ultraliberales—, debería «alegrarnos», porque siempre que en la historia se produce un enfrentamiento —que en este caso no puede ser violento, ya que los dos poseen armamento nuclear— entre dos Estados que se disputan la hegemonía mundial se abre para los países pequeños y medianos una «ventana de oportunidad» para realizar una política de mayor autonomía y llevar a cabo una insubordinación fundante[645].

Por tanto, en los próximos años es altamente probable que aumente el margen de maniobra tanto de España como de los países hispanoamericanos, hasta el punto de que, quizá, pueda vislumbrarse la posibilidad de una «Confederación Hispánica de Naciones»[646]. Podría dejar de ser un sueño y convertirse en un hecho, ya que, en realidad, será una necesidad compartida por todos los países hispánicos que integran una misma ecúmene cultural frente al desafío que supone el aumento del «umbral de poder» que provocará la definitiva industrialización y modernización de la sociedad china[647].

En definitiva, podemos afirmar que la futura conversión de China en un «Estado-civilización industrial tecnológico» obligará a los países hispánicos que conforman una misma ecúmene cultural —a no ser que estén dispuestos a convertirse en segmentos anónimos del mercado internacional— a conformar también un «Estado-civilización industrial tecnológico»[648].

Sin embargo, la construcción de ese bloque (formal o informal) de países hispánicos —núcleo necesario para la construcción de un futuro espacio panibérico— requiere terminar con la subordinación cultural que sufren tanto España como Hispanoamérica; es decir, poner punto final a la hegemonía cultural del pensamiento «negrolegendario» que ha sembrado la enemistad, el resquemor y el odio entre los españoles americanos y los españoles europeos hasta el extremo de que muchos de ellos ya no se reconocen como miembros de la misma ecúmene cultural.

Conviene recordar que la constitución de una Confederación Hispánica que reuniese en un solo Estado a España e Hispanoamérica fue el sueño y el proyecto de Simón Bolívar y de José de San Marín.

La ola migratoria y la puñalada metafísica

En el escenario internacional, la política se encuentra profundamente interrelacionada con las otras dos grandes dimensiones que lo conforman: la cultural y la económica. Las tres están vinculadas y se influyen las unas a las otras, pero es preciso subrayar que son asimétricas. Así, la dimensión política actúa sobre la económica más que a la inversa, pero, a su vez, la cultural influye en la política más que al contrario. En cada dimensión se desarrolla un proceso histórico, si bien el cultural es por lo general más lento que los otros dos. Así, mientras la dimensión económica

se cruza en el corto y medio plazo con la política, la cultural lo hace con la económica y la política tan solo en el largo plazo[649].

A semejanza de los antiguos pueblos nómadas, actualmente el «proletariado externo»[650] —los pueblos pobres y sin esperanza de Asia y África— marcha hacia una Europa que ha abandonado su «fe fundante». Son pobres, pero están unidos por una profunda idea de trascendencia y tienen una idea clara de cómo debe organizarse la vida en común, la sociedad y el Estado, una idea que es absolutamente antagónica a la que posee la sociedad laica europea.

El éxodo masivo de inmigrantes hacia los países más ricos de la Unión Europea —principalmente Alemania y Escandinavia— tiene múltiples causas que deben buscarse tanto en el presente como en el pasado.

> Siglos de tráfico de seres humanos sometidos a la esclavitud y de expoliación de recursos naturales: ocupación territorial colonialista imponiendo fronteras inventadas por encima de las históricas formas de cultura y sociedades existentes; un post colonialismo que apoyó y sigue protegiendo a regímenes locales corruptos y dictatoriales en función de los intereses del mundo occidental, conforman un marco histórico imposible de obviar. Más recientemente, la intervención en países como Irak, su ocupación y la destrucción de sus organizaciones sociales y políticas con falsas excusas de tenencia de armas de destrucción masiva. Los bombardeos de la aviación francesa, a la cual se unieron el Reino Unido, España y Dinamarca en la «Odisea del amanecer», que determinó la caída de Gadafi y el inicio del caos en Libia[651].

Sin duda, el triste éxodo de esa gigantesca masa humana que diariamente intenta llegar a Europa tiene como principal causa la destrucción de Irak, Libia y Siria. Esa abrumadora ola migratoria huye de la violencia, el hambre y la muerte. Sin embargo, también se explica por la crisis antropológica —en última instancia, metafísica— que atraviesa Europa y la consecuente pérdida de trascendencia. Lo que demuestra que la interrelación de las dimensiones cultural, política y económica y el predominio de la cultural sobre las otras. La crisis de poder en una comunidad tiene su origen profundo en una crisis cultural que se produce cuando una comunidad abandona los valores sobre los que se construyó.

El estudio de las distintas culturas que se han desarrollado a lo largo de la historia permite observar que, cuando una mayoría sustancial de la población pierde el sentido de la trascendencia, llega a la conclusión de que la actitud y la acción más racional consiste en vivir el presente, maximizando el placer y el goce

inmediato. De ahí la exacerbación del individualismo, del hedonismo y del consumismo. Puesto que, a mayor cantidad de hijos, menos placer individual y goce inmediato, resulta lógico que surja —inconscientemente— la tendencia generalizada a tener un solo hijo o ninguno. Por tanto, la pérdida del sentido de trascendencia conduce al desinterés por la procreación.

Así aparece la imagen de una pirámide poblacional funeraria. La población tiende a envejecer rápidamente, lo que a largo plazo desequilibra el sistema económico y pone en riesgo el bienestar material. Entonces surge la necesidad estructural de incorporar población joven y los inmigrantes se convierten en el principal recurso para solucionar los problemas derivados del envejecimiento de la población. De este modo se produce la inexorable marcha del «proletariado externo» hacia esa sociedad opulenta envejecida que ha perdido el sentido de la trascendencia.

La llegada del proletariado externo no provoca ninguna inestabilidad inmediata —aunque la sociedad de acogida se encuentre coyunturalmente en un periodo de recesión económica — porque el proletariado externo realiza los trabajos físicos más pesados, insalubres o menos remunerados —que la población de acogida ya no quiere realizar—, razón por la cual el desempleo no aumenta y no se produce ni lucha por el empleo ni una bajada generalizada de los salarios. Sin embargo, cuando el proletariado externo se convierte en interno, y si en la transición de un estadío a otro no ha perdido el sentido de la trascendencia, tiende a tener una tasa de natalidad superior a la de la sociedad que lo acoge, lo que a largo plazo hace que los descendientes del proletariado externo sean más numerosos que los de la población originaria, es decir, de la sociedad de acogida.

Ahora bien, si el proletariado externo tiene un sentido de la existencia y una visión de cómo organizar la sociedad y el Estado antagónicos respecto a los de la sociedad de acogida, y si sus descendientes los mantienen, estos, cuando constituyan la mayoría de la población, tenderán a modificar —pacífica o violentamente— la organización política y social en la que se encuentran. Así, se originará un ciclo de tensiones y desequilibrios que puede degenerar en enfrentamientos. Esas tensiones serán aún más intensas en aquellas regiones donde el proletariado exterior crea estar retornando a un territorio que en el pasado le había pertenecido y del que fue —según su particular interpretación— expulsado injustamente por la fuerza.

Estamos en el inicio de un largo ciclo migratorio cuya corriente va desde Asia y África hacia Europa, dado que las sociedades que han perdido el sentido de la trascendencia no tienen —sin inmigración— fórmula alguna para solucionar los problemas originados por el envejecimiento de su población. Los informes elaborados por la Comisión Europea señalan que Alemania, el motor económico de Europa, es el país con la edad media más alta del planeta, ya por delante de Japón, y que la Unión Europea necesitará en las próximas tres décadas sumar unos 50 millones de trabajadores para mantener sus sistemas sociales[652]. Resulta, así, que es la sociedad opulenta envejecida —precisamente por la pérdida del sentido de trascendencia— la que origina la causa primera que hace que el proletariado externo comience a marchar sobre ella.

De todo lo dicho se desprende que el Estado laico europeo tiene fecha de defunción y, por tanto, podemos suponer, con un alto grado de probabilidad, que:

1. La Unión Europea tenderá, en el medio plazo, a solucionar el problema del envejecimiento de su población a través de la inmigración y que, de esta forma, logrará fortalecer su economía.
2. Los Estados miembros de la Unión Europea sufrirán, en el largo plazo, un proceso de disolución de sus respectivas identidades nacionales originarias.
3. El proceso de inmigración masiva dará origen, también en el largo plazo, a un cambio —pacífico o violento— en la forma de organizar la sociedad y el Estado.

En la apoteosis del reinado de la tecnología, Europa, apartada de su «fe fundante» y adormecida por el relativismo, el consumismo y el hedonismo, ha recibido una mortal puñalada metafísica. Solo un milagro podría cerrar hoy la profunda herida abierta y detener la hemorragia.

HISPANOAMÉRICA ES EL MILAGRO

Quiero gritar a los cuatro vientos, para que todos los españoles europeos lo escuchen, que ese milagro aún es posible, ya que España es el único país de la Unión Europea que podría contar con unainmigración masivaque habla su mismo idioma y que tiene unsentido de la existencia y una visión de cómo organizar la

sociedad y el Estado idéntica a la reinante en la sociedad de acogida. España tiene que salir del espacio Schengen. De hecho, no tendría que haber firmado el acuerdo. La ignorancia —por parte de una clase política miope en términos geopolíticos— de las leyes de la demografía es suicida.

Sin embargo, como decimos, para España el milagro todavía puede producirse, aunque, para que el proceso migratorio hispanoamericano sea completamente armónico, se necesita desterrar la leyenda negra, aún hegemónica en las sociedades de uno y otro lado del Atlántico. Por otra parte, urge terminar con la subordinación cultural que afecta a la mayoría de los españoles europeos para que esa masa de hispanoamericanos no sea recibida con prejuicios y con ese nefasto sentimiento de superioridad que ha caracterizado a muchos españoles desde que, salidos de la pobreza, tuvieron unas pesetas más —luego unos euros más— en sus carteras.

Es evidente que solo a través de la llegada de hondureños, colombianos, peruanos, mexicanos, ecuatorianos, chilenos, etc., España podrá resolver su problema demográfico. Solo una clase política corta de vista en términos geopolíticos puede ignorar lo que significa para un Estado tener una pirámide poblacional funeraria. Únicamente una inmigración masiva de hispanoamericanos puede realizar el milagro de que España siga siendo España, es decir, que no pierda no solo su forma de ser, sino su ser mismo. De lo contrario, los pueblos y las ciudades de España parecerán España, pero ya no serán España. Todavía tenemos -tiempo.

13
EL SEPARATISMO CATALÁN Y LA PUÑALADA GEOPOLÍTICA

Todavía recuerdo, como si fuese hoy, la respuesta de mi amigo Jordi, excompañero de clase en la Escuela Diplomática de Madrid, cuando, caminando juntos por la Rambla de Barcelona, allá por el año 1989, le pregunté: «Jordi, ¿y al final cómo termina todo esto del nacionalismo catalán?». «Bueno, hombre —me contestó—, al final, al final, termina con la independencia».

En este punto, permítame que le explique a los lectores hispanoamericanos —que no están familiarizados con el asunto del separatismo catalán— que si la independencia de Cataluña algún día llega a producirse —como hace años me anticipó mi amigo—, no será el resultado de la lucha de una nación oprimida contra una nación opresora, sino la consecuencia de la invención de un «sentimiento antiespañol» producto de la falsificación de la historia. ¿Recuerda usted que ya expliqué qué era una *zoncera?* Esa idea falsa introducida en nuestra formación intelectual desde la más tierna infancia que, con la apariencia de un axioma, nos impide pensar las cosas de España, de Argentina, de Chile, etc., mediante la aplicación del buen sentido. Sí, lo que nos impide usar el sentido común es el bombardeo mediático y la imposición totalitaria de lo «políticamente correcto» en el sistema educativo, de esas falsas ideas que cumplen la misma función de un sofisma, pero que, más que un medio falaz para argumentar, resultan ser la conclusión de un sofisma hecho sentencia.

Sobre todo, me interesa recordarle que la fuerza de las *zonceras* no está en el arte de la argumentación. Por el contrario, su valor reside en «excluir» la argumentación, actuando dogmáticamente mediante un apotegma introducido en la inteligencia que sirve de premisa a todo razonar posterior y que, como consecuencia, conduce a conclusiones erróneas y alejadas de la verdad. Así, su eficiencia no depende tanto de la habilidad en la discusión como

del hecho de que no haya discusión alguna. Por eso no quieren que se debata y se polemice sobre las supuestas «verdades» instaladas mediante la falsificación de la historia y descalifican e insultan a todo aquel pensador o político que se atreva a plantear la discusión, blandiendo como único argumento que esas «verdades» deben darse por sentadas y, obviamente, por ciertas, aunque rebosen de falsedad.

Pues bien, en lo que hemos dado en llamar el «Manual de *zonceras* del nacionalismo supremacista catalán» destacan, entre otras, las siguientes: «En 1714, Castilla nos conquistó»; «A los catalanes, desde 1714, nos gobiernan los castellanos»; «España nos ha tratado, desde 1714, como a una colonia».Permítame explicar brevemente a los lectores no familiarizados con la historia de España que, entre el 25 de julio de 1713 y el 11 de septiembre de 1714, tuvo lugar el «sitio de Barcelona», que fue una de las últimas operaciones militares de la guerra de sucesión española, un conflicto internacional que se extendió desde 1701 hasta la firma del Tratado de Utrecht en 1713.

Sin embargo, en España, los enfrentamientos duraron hasta 1714. La causa fundamental de la guerra fue la muerte sin descendencia de Carlos II, último representante de la Casa de Habsburgo. Tanto el emperador Leopoldo I, del Sacro Imperio Romano Germánico (de la Casa de Habsburgo), como el rey francés Luis XIV (de la Casa de Borbón) alegaban derechos a la sucesión puesto que ambos estaban casados con hijas del rey Felipe IV, padre de Carlos II, y, además, porque sus respectivas madres eran hijas de Felipe III, abuelo de Carlos II. Austria, Prusia, las Provincias Unidas e Inglaterra, entre otras potencias, se alinearon con el emperador Leopoldo I, mientras que Luis XIV contó —aunque por poco tiempo— con el apoyo de Portugal (1703), Saboya (1703) y Baviera (1704). España era un botín y las potencias históricamente enemigas se arrojaron sobre la península como moscas a la miel. Francia lo hizo a cara descubierta; Inglaterra, utilizando como máscara —que ocultaba sus aviesas ambiciones— al fantasmal Sacro Imperio Romano Germánico. Como conflicto internacional, la guerra finalizó con el Tratado de Utrecht de 1713 y la instauración de la Casa de Borbón en el trono de España. Sin embargo, en territorio español se siguió combatiendo hasta la capitulación de Mallorca en 1715.

En el «relato» construido por el nacionalismo catalán, en el «sitio de Barcelona» se enfrentaron castellanos contra catalanes. Sin embargo, la realidad histórica es que entre los que sitiaban

Barcelona en 1714 para imponer al francés Felipe V —por quien, debo aclarar, no siento simpatía alguna— había muchos catalanes, de la misma forma que había numerosos castellanos dentro de las murallas de la Ciudad Condal que luchaban a favor del archiduque Leopoldo. Para no ocultar mis sentimientos, añadiré que yo habría defendido Barcelona contra el francés. Sin embargo, los regimientos catalanes de Dragones «Pons», «Camprodón», «Picalqués», «Grimau» y «Tarragona» apoyaron a Felipe V, y fueron los de «Camprodón» los que evitaron que el francés fuera capturado por los austracistas en 1710. De modo que una simple relación de los hechos nos desvela la realidad: de ninguna manera Castilla conquistó Cataluña en 1714; resulta más acorde con la verdad histórica reconocer que Francia conquistó España y que un francés gobernó a castellanos, aragoneses, gallegos, andaluces... y catalanes durante cuarenta y cinco años y tres días.

La realidad de la historia es que el «nacionalismo separatista catalán» *no existía* en 1714, por la sencilla razón de que a ningún catalán se le pasaba por la cabeza la idea de separar Cataluña de España, pues una cosa era demandar fueros y otra muy distinta reclamar la independencia.

El nacionalismo catalán nació a mediados del siglo XIX como un movimientoliterario, ultraminoritario, de escritores que se inspiraban en las novelas del escocés Walter Scott (1771-1823), quien presentaba en sus libros la imagen de una Inglaterra malvada y opresora frente a una Escocia heroica y angelical, víctima de la codicia inglesa. Sin embargo, la analogía es absolutamente falsa, pues la situación de Cataluña no era equiparable a la de Escocia, que nada tuvo que ver con la construcción de la «unidad» del Reino Unido de Gran Bretaña. Por el contrario, Cataluña contribuyó —y de un modo decisivo— a la edificación y concreción de la unidad nacional de España.

Por otra parte, lejos estuvo el gobierno de los Borbones de tratar a Cataluña como una «colonia». Cataluña fue la región más favorecida por las políticas económicas —entre otras, la prohibición de importar manufacturas textiles— implementadas en España por la nueva monarquía. De hecho, fue precisamente a partir de 1714 cuando Cataluña vivió su etapa más esplendorosa desde el punto de vista económico, convirtiéndose en poco tiempo en una de las regiones más ricas de España. Al respecto, el abogado y empresario Jesús Laínz relata lo siguiente:

> A lo largo de los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV se dictaron numerosas medidas para favorecer la producción textil

> nacional, catalana en muy buena parte: obligación al Ejército de que adquiriera sus pertrechos en fábricas textiles nacionales, prohibición de introducir en España cualquier tipo de producto textil, etc. Tan favorecida resultó Cataluña por los Gobiernos borbónicos que, al terminar, el XVIII fue bautizado por varios políticos y escritores catalanes como «el Siglo de Oro de Cataluña». Tanta adoración sintieron los catalanes por los monarcas de la nueva dinastía que pasaron a los anales las recepciones que se les hicieron cada vez que visitaron Cataluña. Por ejemplo, cuando Carlos IV visitó Barcelona en 1802, hubo próceres locales que reclamaron el privilegio de sustituir a los caballos para tirar ellos de la carroza real[653].

En su *Diario de un Turista*, de 1839, Henri Beyle (1783-1842), uno de los maestros de la novela realista y un firme partidario del libre comercio —siempre y cuando favoreciese a Francia—, poniendo el dedo en la llaga afirma:

> Los catalanes quieren leyes justas, a excepción de la ley de aduana, que debe ser hecha a su medida. Quieren que cada español que necesite algodón pague cuatro francos la vara, por el hecho de que Cataluña está en el mundo. El español de Granada, de Málaga o de La Coruña no puede comprar paños de algodón ingleses, que son excelentes, y que cuestan un franco la vara[654].

Fue así, gracias a los privilegios económicos recibidos, como Cataluña se desarrolló industrialmente: el proteccionismo económico establecido en todo el reino aseguraba a los industriales catalanes un mercado cautivo para su producción textil, protegida de la competencia extranjera. En aquel momento, los demás españoles decían que Cataluña «trataba a las otras regiones de España como si fueran colonias catalanas». Los liberales de aquella época, siempre partidarios del libre comercio, sostenían que los catalanes se enriquecían a costa del resto de españoles, que tenían que pagar por una prenda hecha en Cataluña el doble o el triple de lo que costaba en Francia o en Inglaterra. Cuando el granadino Francisco de Paula Martínez de la Rosa (1787-1862), poeta, dramaturgo, diplomático y primer presidente del Consejo de Ministros de España durante el Trienio Liberal (1820-1823), sostuvo que el proteccionismo económico establecía una tiranía que obligaba a todos los españoles a comprar productos industriales catalanes malos y caros, los políticos, los intelectuales y los periodistas catalanes le contestaron al unísono que todo era por el bien de España.

La invención de una Cataluña antiespañola

Fue a mediados del siglo XIX cuando el romanticismo catalánc omenzó a inventar la historia de una Cataluña antiespañola y a fomentar un sentimiento hispanofóbico que no había existido hasta aquel momento. En sus novelas, los románticos catalanes crearon un relato que no explica la historia a partir de los hechos, sino que adapta los hechos a la historia que han inventado. Sin embargo, la repercusión de esas novelas en la sociedad catalana fue, hasta 1898, prácticamente insignificante.

En 1886, Valentí Almirall (1841-1904), abogado, periodista, ensayista y político barcelonés, reunió todas las *zonceras* del nacionalismo cultural catalanista en un pequeño libro titulado *Lo Catalanisme.* En 1887 publicó —en francés— su ensayo más hispanofóbico, titulado *Espagne telle que'elle est*[655].

En el momento de su publicación, la repercusión de los trabajos de Almirall fue, como decimos, irrelevante, pero su pensamiento estaba llamado a ejercer una influencia considerable en la sociedad catalana tras el Desastre del 98. Por ello, es importante detenernos —aunque sea en unas pocas líneas— en las ideas de Valentí Almirall, ya que está considerado como uno de los «padres fundadores» del catalanismo político y porque su pensamiento, parcialmente tergiversado y manipulado, ha sido utilizado por la *intelligentzia* catalanista para fomentar la hispanofobia que hoy reina en esa región y que amenaza con destruir la unidad española.

Según Almirall, el Estado español estaba compuesto por dos entidades básicas irreductibles: la castellana y la catalana[656]. La primera, idealista, abstracta, generalizadora, oscurantista, fanática y opresora; la segunda, positivista, analítica, igualitaria, tolerante y democrática. Esta *zoncera* creada por Almirall se repite hoy como una verdad revelada en los manuales de Geografía e Historia con los que se adoctrina a los niños en las escuelas de Cataluña. Un ejemplo es el libro de texto *Geografía e Historia 2,* de Manuel Burgos Alonso y María Concepción Muñoz-Delgado, que recoge la falacia de que la Corona de Aragón era federativa porque «estaba compuesta por varios reinos (Aragón, Cataluña, Mallorca y Valencia) que contaban con sus propias instituciones, leyes y costumbres» —cuando Cataluña nunca fue un reino—, inculcándose de este modo a los alumnos la *zoncera* de que la monarquía castellana era autoritaria y la aragonesa, por ser «federativa», democrática. En su *Espagne telle que'elle est,* el escritor precisaba que el «núcleo central meridional» adquirió esas

características debido a «su sangre semítica, que él debe a la invasión árabe»[657]. Nótese que la visión que Almirall tiene de Castilla es idéntica a la elaborada por la leyenda negra construida por los enemigos de España, es decir, por la Casa de Orange y las monarquías inglesa y francesa. Así, para él, la única manera de democratizar y modernizar España pasaba por establecer una estructura similar a la de la monarquía austrohúngara o, mejor aún, construir un Estado siguiendo el modelo de la Confederación Helvética.

En los escritos y discursos de Almirall está siempre presente la idea fuerza de que los problemas de España tienen su origen en el sistema político autoritario e intolerante impuesto por los castellanos frente al sistema pactista y dialoguista propuesto por aragoneses y catalanes. Sin embargo, en honor a la verdad es preciso aclarar que en el pensamiento de Almirall no está presente la idea de la independencia total de Cataluña, pues, en su opinión, se trata de una región dentro de la nación española. Esta tesis hoy resulta insoportable para la *intelligentzia* catalanista, que ha incorporado al «Manual de *zonceras* del nacionalismo supremacista catalán» la idea de que «Cataluña es una nación».

Almirall sostiene que la inmoralidad, la anarquía y la ignorancia son las características básicas que distinguen a España del resto de Europa y que la regeneración de España solo puede lograrse a través del «renacimiento regional». Sin embargo, como acabamos de señalar, Almirall no propone la independencia de Cataluña porque cree que la relación sostenida durante siglos con las otras regiones españolas ha creado lazos de interés y afectos recíprocos que serían prácticamente imposibles de romper[658]. Ciertamente, el escritor catalán presenta en sus escritos a los catalanes como pobres víctimas del poder central establecido en Madrid y dirigido por los malvados políticos castellanos que actúan a su entero beneficio, pero también sostiene enfáticamente que

> … los catalanes son tan españoles como los habitantes de las otras regiones de España, y lo son no solamente por sentimiento, sino, más aún, por reflexión […] por nuestra situación geográfica y por nuestros antecedentes históricos, nosotros no podemos ser otra cosa que españoles: tal es la opinión de quien escribe estas líneas[659].

Actualmente, esa afirmación llevaría a Almirall a ser acusado por la *intelligentzia* catalanista del delito de «lesa traición a la patria».

De nuestro patriotismo nadie tiene derecho a dudar, porque hemos dado pruebas en todas las ocasiones. Desde los tiempos de la reconquista de la patria mediante la expulsión de los moros, la Confederación catalano-aragonesa tuvo, en esa tarea, una parte tan importante como cualquier otra región de la península. Prueba de ello es que cuando los moros recibieron el golpe mortal en Granada, los aragoneses-catalanes marcharon juntos con los castellanos, unidos por las banderas de Aragón y Castilla[660].

EL DESASTRE DEL 98 LO EXPLICA TODO

Hemos sostenido que, en el momento de su publicación, los ensayos de Almirall pasaron casi desapercibidos y, de hecho, habrían sido políticamente irrelevantes de no haberse producido el Desastre del 98.

Fue precisamente con el final de la Guerra de Cuba cuando, con el apoyo económico de la burguesía catalana, los escritos del nacionalismo cultural y políticocatalanista —como el producido por Almirall— comenzaron a difundirse de forma masiva y a ser conocidos popularmente. Precisemos que la burguesía catalana había sido hasta entonces ultraespañolista y había dado lecciones de españolidad en el Congreso de los Diputados.

Es importante tener en cuenta que Cuba estaba sometida al mismo régimen arancelario que las provincias peninsulares, circunstancia que no gustaba a los empresarios catalanes. Así, en julio de 1882, la presión ejercida por la burguesía catalana logró que se aprobase la Ley de Relaciones Comerciales con las Antillas, con la que intentó reservarse el mercado de Cuba y Puerto Rico para su producción industrial. La ley establecía un arancel de entre el 40 % y el 46 % para los productos extranjeros[661]. Sin embargo, la burguesía catalana no quedó satisfecha, y en 1891 obligó al presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas, a tomar medidas que reforzaran el proteccionismo económico a fin de impedir totalmente las importaciones de textiles[662]. A la intensificación del proteccionismo le siguió una regulación que eliminaba no solo la competencia exterior, sino también la competencia en el mercado interior, lo que acabó «cartelizando» la economía española a favor de Cataluña y País Vasco. Así, entre 1891 y 1898, Cataluña duplicó sus exportaciones hacia las Antillas[663].

En este punto debemos destacar que el proteccionismo económico establecido para fomentar la industria en Cataluña

perjudicaba mucho más a Cuba que al resto de las provincias españolas: debido a la distancia, una prenda catalana costaba mucho más en La Habana que en Alicante y era muchísimo más cara que otra que llegara desde Estados Unidos, si no fuera por el arancel protector.

Sin duda, fue la burguesía catalana la que más se opuso a las demandas que los cubanos realizaban para gozar de una mayor autonomía administrativa, política y, sobre todo, económica. Con razón, en 1901, el presidente del Consejo de Ministros, Práxedes Mariano Mateo Sagasta (1825-1903), afirmó:«Probablemente hayamos perdido Cuba debido al privilegio del que ha gozado Cataluña».El 60 % del negocio industrial catalán se perdió en Cuba, y eso explica muchas cosas.

Los gastos provocados por la guerra y la crisis económica que se desató al finalizar la contienda obligaron al Estado español a subir los impuestos, medida que ocasionó importantes protestas, sobre todo en Barcelona, donde desde los pequeños comerciantes hasta los grandes empresarios se rebelaron, llegando al extremo de dar de baja sus comercios para no tener que pagar la contribución exigida desde Madrid. Conviene recordar que muchos de los industriales que se rebelaron antes se habían enriquecido con el proteccionismo económico que obligaba a todos los españoles a comprar sus productos. Sin embargo, cuando hubo que pagar impuestos, un sector nada despreciable de la burguesía catalana comenzó a pensar que, si chantajeaba al Gobierno central con la independencia, podría obtener más privilegios con los que compensar los que había perdido, valga la redundancia, con la pérdida de Cuba. La burguesía catalana sabía que la independencia no le convenía, porque su industria no era competitiva respecto a la industria inglesa o francesa, y mucho menos respecto a la alemana, pero intuía que agitar el fantasma de la independencia podía ser un buen negocio.

Así pues, la mayor parte de la burguesía catalana no pensaba seriamente en la independencia, pero no había otra forma de obtener nuevos privilegios que no fuera a través del «chantaje». Sin embargo, eran conscientes de que para que la amenaza de la independencia fuese real, el deseo de desgajarse del Estado español debía ser masivo y popular, y en ese momento no lo era. Por tanto, el único camino era promocionar obras literarias y ensayos políticos que sirviesen —más allá de la intención de sus autores— para inflamar en el corazón del pueblo catalán el desprecio hacia el resto de España. Si había que mentir, se mentiría, y si había que

tergiversar —poco o mucho— el pensamiento de algunos literatos, se haría. Para crear el sentimiento independentista había que falsificar la historia, y eso fue lo que hicieron. Ese fue el razonamiento que la burguesía catalana usó para ocultar su profunda avaricia y su falta de solidaridad con el resto de España. De una u otra forma, llegaron a la conclusión de que tenían que crear a su propio «Frankenstein» para asustar al Gobierno central... Y se pusieron manos a la obra. Luego, con el paso del tiempo, ese Frankenstein adquirió vida propia.

En ese ambiente hicieron su agosto los predicadores del nacionalismo catalán, que hasta ese momento se contaban con los dedos de una mano. Fue a partir de entonces cuando una importante parte de la sociedad catalana comenzó a aceptar las *zonceras* sostenidas en las novelas históricas y en los ensayos políticos escritos por los románticos catalanes.

Todo este cúmulo de circunstancias contribuyó a que, en las calles de Barcelona, a partir de 1898, comenzaran a repetirse una y otra vez frases como «En Madrid pagan menos», «Madrid nos roba», «Madrid despilfarra el dinero», consignas propagandísticas con las que el nacionalismo catalán comenzó a contar con cierto apoyo popular y con el respaldo económico —nada despreciable— de una parte relevante de la burguesía catalana. Para colmo de males, la revuelta iniciada por los comerciantes y empresarios catalanes desembocó en la suspensión de las garantías constitucionales y en la declaración del estado de guerra en la provincia de Barcelona. Mientras los diarios catalanes zaherían a Madrid, la prensa madrileña respondía a los insultos de modo igualmente virulento, hecho que los nacionalistas catalanes utilizaron para explicar al pueblo de Cataluña que no solo Madrid los perjudicaba, sino que, además, no los quería.

Fue entonces, a partir de 1898 y no a partir de 1714, cuando se inició el conflicto con el nacionalismo catalán, que poco a poco irá construyendo su propia «leyenda negra», esto es, la de la «conquista» de Cataluña por España.

VICTIMISMO Y MANIPULACIÓN

Como decimos, el Frankenstein creado por la burguesía catalana fue poco a poco adquiriendo vida propia. Surgió entonces la *intelligentzia* catalanista,que procedió a falsificar la historia y a deformar y tergiversar —a su antojo e interés— a cuanto literato y

ensayista hubiese expresado su amor por Cataluña y alguna que otra crítica al centralismo madrileño, para presentar un relato histórico en el que Cataluña siempre era la víctima de la prepotencia castellana.

Así, la historia de Cataluña podía resumirse en una sola idea: desde 1714 Cataluña es una nación oprimida y saqueada por España. Controlando la superestructura cultural, los separatistas catalanes fijaron, como principal objetivo político, inculcar al pueblo catalán la consigna de que España había sido y erala enemiga eterna de Cataluña. De esto se desprendía la idea de que, dado que todos los males que sufrían los catalanes procedían de España, no había otro camino hacia la felicidad y la prosperidad que no pasara por la independencia.

Grotescamente, en elrelato histórico inventadopor la *intelligentzia* catalana,Colón y Cervantes eran catalanes, un dato que la «malicia castellana» había ocultado cuidadosamente. Aunque sea difícil de creer, en el simposio organizado por el Institut Nova Història en noviembre del 2014, se sostuvo con total «seriedad» y «objetividad científica» que iconos de la historia como Cristóbal Colón, Miguel de Cervantes, Américo Vespucio, Hernán Cortés, Bartolomé de las Casas, Santa Teresa de Jesús, El Greco e incluso Leonardo da Vinci o William Shakespeare eran catalanes, pero que un fraude organizado por los «pérfidos historiadores castellanos» los hizo españoles. Miguel de Cervantes Saavedra en realidad se llamaba Miquel Sirvent, y la famosa Gioconda era Isabel de Aragón, hija del valenciano Ferrán de Nápoles. Pero esto no es todo: en el simposio se afirmó también, según contó el periodista Cristian Segura, que «Colón fue recibido en 1493, por los Reyes Católicos en el actual Palacio de la Generalitat, que Américo Vespucio viajó a América en nombre del "rey de Cataluña" y que el apellido Vespucio era la adaptación italiana del apellido Despuig»[664].

Claro que los miembros del Instituto Nueva Historia no trabajaron gratis: recibieron de la Generalitat tres millones de euros por sus extraordinarios «descubrimientos» sobre el origen catalán de todos los grandes personajes de la historia de España[665]. Pero esa no fue la única recompensa que recibieron:

> El Institut Nova Història recibió un total de 184.280 euros de la televisión pública catalana (TV3) por un total de seis documentales, entre el 2003 y el 2019, en los que defendían la polémica teoría de que Cristóbal Colón era catalán o que Miguel de Cervantes y William Shakespeare eran, en realidad, la misma persona que hablaba y escribía

> en catalán. El documental del INH más polémico y conocido entre los emitidos por TV3 y pagado por la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales (CCMA) es *Desmontando a Leonardo.* En ese reportaje se asegura que Da Vinci procedía de una familia catalana y que por eso habría dibujado unas montañas parecidas a Montserrat en una de sus obras maestras, *La Gioconda*[666].

Con buen criterio, el diario *The Guardian* dedicó un amplio reportaje a los «descubrimientos» realizados por el Institut Nova Història. El medio británico se preguntaba: «¿Cómo es posible que la Generalitat haya pagado tanto dinero público a empresas relacionadas con el INH, que se dedica a propagar falsedades históricas propias de un programa de humor?»[667].

Toda esta historia podría ser un chiste o una broma de mal gusto si no fuera porque los materiales elaborados por los «investigadores»delInstitut Nova Història son hoy utilizados como material de estudio para dar clases por los profesores y docentes de las principales universidades y colegios de Cataluña.

Sin embargo, la operación más sutil realizada por la *intelligentzia* catalanistaconsistió en presentar a los grandes hombres de la cultura catalana —que habían amado Cataluña pero que no por ello habían odiado España— como «padres» del independentismo catalán. Para tal fin procedieron a mutilar y/o a ocultar partes sustanciales de su pensamiento, como ha ocurrido con el teólogo y filósofo Jaime Balmes (1810-1848), autor de *El criterio* (1845), o con el llamado «príncipe de los poetas catalanes», el sacerdote Jacinto Verdaguer (1845-1902), autor de numerosos poemas épicos entre los que sobresalen *La Atlántida* (1877) y *Canigó. Leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista* (1886). También fue víctima de esa mutilación el ensayista, periodista, filósofo y crítico de arte Eugenio D'Ors Rovira (1881-1954), autor de *La filosofía del hombre que trabaja y que juega* (1914), *Tres horas en el Museo del Prado* (1922), *Guillermo Tell* (1926) y *La vida de Goya* (1928).

En esta reescritura de la historia se presenta a Jacinto Verdaguer —figura capital de la *Renaixença* y principal recuperador de la lengua catalana como lengua literaria— como el gran inspirador de la independencia de Cataluña. La tergiversación del pensamiento y de los sentimientos de Verdaguer alcanzó su máxima expresión cuando, en 2002, el Gobierno catalán conmemoró el centenario de su muerte. Ese año se mintió, y se mintió mucho. Víctor Batallé, comisario del «Año Verdaguer», llegó a afirmar que el gran poeta debía ser recordado para mantener vivo todo lo que hace a los catalanes diferentes de los españoles.

El crítico literario Joan Triadú insinuó que el motivo de la profusa obra poética de Verdaguer debía buscarse en ese dolor que le provocaba ver el predominio de una nación (la española) sobre otra (la catalana). Jordi Pujol fue aún más lejos en la desfiguración y, sin vergüenza alguna, llegó a afirmar que el poeta catalán había puesto su musa al servicio de la independencia catalana y que recuperar la lengua catalana era para el poeta un paso para recuperar la libertad frente a España.

En esos festejos se ocultó cuidadosamente la gran pasión española que inflamaba el alma de Jacinto Verdaguer, una pasión que puede apreciarse claramente en su poema *La Atlántida,* donde el sacerdote catalán presenta al almirante Cristóbal Colón oyendo asombrado la historia de los atlantes y su hipnótico final, con la lucha de los titanes contra el mismísimo Dios creador, y observando cómo la estrella perdida de la Atlántida pasa a la gloriosa España. En esta monumental obra —premiada en los Juegos Florales de 1877 y que logró el reconocimiento unánime tanto en España como en el resto de Europa— Verdaguer no duda en calificar a Isabel la Católica como «la reina de les reines que hi ha hagut» («la reina de las reinas que ha habido»). Así, en el poema puede leerse:

Vet aquí, Colom, mes joies;
compra, compra alades naus;
jo m'ornaré amb bonicoies
violetes i capblaus.

[Colón, mis joyas te doy
para que naves aprontes;
yo me adornaré desde hoy
con violetas de los montes.]

Y con estos versos de amor a España termina Verdaguer su poema:

Lo savi ancià, que des d'un cim l'obira,
sent estremir lo cor com una lira:
veu a l'Àngel d'Espanya, hermós i bell,
que ahir amb ses ales d'or cobrí a Granada,
eixamplar-les avui com l'estelada
i fer-ne l'ampla terra son mantell.
Veu morgonar amb l'espanyol imperi
l'arbre sant de la Creu a altre hemisferi,

i el món a la seva ombra reflorir:
encarnar-s´hi del cel la saviesa;
i diu a qui s´enlaira a sa escomesa:
—Vola, Colom... ara ja puc morir!

[El sabio anciano, que le contempla desde una cima,
siente estremecer su corazón como una lira:
ve el Ángel de España, hermoso y bello,
que con sus alas de oro ayer cobijó a Granada,
extenderlas hoy por el firmamento,
y a la amplia tierra hacer de ellas su manto.
Ve brotar, junto con el Imperio español,
el santo árbol de la Cruz en otro hemisferio,
y el mundo florecer a su sombra:
encarnarse en él la celeste sabiduría;
y dice a quien se lanza a su encuentro:
—¡Vuela, Colón... ahora ya puedo morir!].

Para Jacinto Verdaguer, la catalanidad no se oponía a la españolidad, y eso es lo que hoy se les oculta a los catalanes. Prueba de ello son los versos que dedicó a los héroes castellanos y catalanes que ofrendaron su vida en la batalla de Lepanto, comandados por el castellano Juan de Austria y el catalán Luis de Requesens. El sacerdote-poeta escribe:

Per ço da ducs a Atenes i comptes a Provença,
i per bandera a Espanya un tros del seu penó:
per ço ni un peix se veia dintre la mar inmensa
que no dugués gravades les barres d´Aragó [...].
Aquí Don Joan D´Austria les àncores aferra,
duent-li de Lepanto llorers; allí Colón,
tornant d´aquell viatge que duplicà la terra,
als peus del Reis Catòlics féu rodolar un mon.

[Por eso da duques de Atenas y condes de Provenza,
y por bandera a España un trozo de su pendón:
por eso, ni un pez se veía en la mar inmensa
que no llevase grabada las barras de Aragón [...].
Aquí echó sus anclas Don Juan de Austria,
trayéndole laureles de Lepanto; allí Colón,
al volver de aquel viaje que duplicó la tierra,
hizo rodar un mundo a los pies de los Reyes Católicos.]

¡Qué duda cabe de que el gran poeta amó a su Cataluña con todas sus fuerzas y que se esforzó por elevar su lengua materna a la

altura de lengua literaria, pero que lo hizo sin renegar de España, la Madre Patria!

Llegamos así, entre *zonceras,* tergiversaciones y falsificaciones escandalosas de los hechos históricos, hasta el día de hoy, en que, como sostiene Frigdiano A. Durántez Prados, «España se halla en la fase terminal de un muy largo proceso de fragmentación y desconstrucción [...] en términos históricos, en la fase terminal de un largo proceso de descomposición»[668].

De modo que estamos llegando a ese estado de «descomposición» de la unidad española, y hemos llegado pasando por Franco, que privilegió y favoreció a Cataluña como lo hicieron los primeros Borbones, y pasando por todos los Gobiernos democráticos, que aceptaron los chantajes del separatismo catalán «para no tener dolores de cabeza».

EL SEPARATISMO CATALÁN Y EL INDIGENISMO FUNDAMENTALISTA SON HERMANOS GEMELOS

Como hemos visto a lo largo de este libro, Gran Bretaña, Estados Unidos e incluso la Unión Soviética han predicado la leyenda negra de la conquista española de América para fomentar el fundamentalismo indigenista fragmentador, que no tiene nada que ver —como explicó hace años ese gran patriota de la unidad hispanoamericana que fue Manuel Ugarte— con la justa reivindicación social de nuestros hermanos indios, más postergados. Y tampoco tiene que ver, como ya demostró Víctor Raúl Haya de la Torre, con la justicia social, sino con la destrucción de la unidad lingüística de Hispanoamérica, porque a lo largo de la historia la pérdida de la unidad lingüística ha llevado casi inexorablemente a la destrucción de la unidad política.

La leyenda negra de la «conquista» de Cataluña por España —al igual que la leyenda negra de la conquista española de América— ha construido una historia basada en la omisión, la manipulación y la invención, en la que, en lugar de indios buenos y españoles malos, hay catalanes buenos y españoles malos.

El nacionalismo separatista catalán y el indigenismo fundamentalista balcanizador son hermanos gemelos, pues comparten el mismo afán por borrar todo lo español, de tal manera que sirven a los intereses de quienes pretenden desconstruir España y fragmentar a las repúblicas hispanoamericanas. El nacionalismo catalán ataca la verdadera identidad de Cataluña, y el

fundamentalismo indigenista hace lo propio con la verdadera identidad de Hispanoamérica. En el relato imaginario inventado por el nacionalismo catalán, el «sitio de Barcelona» de 1714 es el equivalente al «sitio de Tenochtitlan» de 1521. Deahí la solidaridad de los separatistas catalanes con los indigenistas fundamentalistas hispanoamericanos.

Por simpatía política, el separatismo catalán fomenta hoy, en Hispanoamérica, con el dinero de todos los contribuyentes españoles, el fundamentalismo indigenista fragmentador. Y, como de muestra basta un botón, conviene recordar, por ejemplo, que en 2009 el vicepresidente José Luis Pérez Carod —que cambió su nombre a Josep-Lluís Carod-Rovira cuando se convirtió en secesionista catalanista— promovió la concesión de una subvención millonaria (en dólares estadounidenses) a Ecuador, pero no para construir hospitales, comedores sociales o escuelas, sino para subvencionar el fundamentalismo indigenista bajo la fachada de fomentar el cultivo de las lenguas indígenas[669].

A los separatistas catalanes les encantaría, por ejemplo, que en la selva ecuatoriana se perdiese todo rastro del español; que en Perú, en la región de Cuzco, se abandonase el uso del español y se hablase solo el quechua; que en Puno se impusiera el uso exclusivo del aimara; que en el sur de Chile y en la Patagonia argentina se implantara el mapuche y se persiguiera a los hispanoparlantes…[670].

Podemos afirmar, sin temor a exagerar, que el «fundamentalismo mapuche» ya desarrolla una política de expulsión de la población étnicamente no mapuche de la Patagonia argentina. En esa política de hostigamiento debemos incluir los incendios organizados por Resistencia Ancestral Mapuche (RAM), que están arrasando no solo los bosques, sino las casas de miles de argentinos en la Patagonia, así como los constantes actos de violencia sobre esta población, que están haciendo que numerosos pobladores argentinos abandonen la región argentina. En este punto conviene repetir que la sede de la RAM se encuentra en la ciudad de Bristol (Gran Bretaña).

Actualmente, un buen número de «Carod-Roviras» sueñan con ver surgir en Hispanoamérica muchas «Cataluñas», un deseo que fue, es y será compartido por otros actores de la política internacional; tal y como hemos visto, y como destaca el boliviano Andrés Soliz Rada, sobre todo por Gran Bretaña.

Evidentemente, el primer paso para conseguir la fragmentación territorial de los distintos Estados que conforman la América del

Sur ya está en marcha. Están intentando establecer en las Constituciones de Chile, Perú o Argentina el concepto de «plurinacionalidad», con el fin de facilitar la difusión —y luego la hegemonía excluyente— de las lenguas indígenas y la extinción definitiva del español en numerosas regiones[671]. Si eso llegara a suceder en Cuzco, Puno y otras regiones, veremos aparecer movimientos separatistas que reclamarán la independencia de Cuzco, Puno, el sur de Chile o la Patagonia argentina. El separatismo catalán le ha infligido a España una mortal puñalada geopolítica y se prepara —contando con la simpatía y, quizá, con el apoyo de otros actores del gran tablero del ajedrez mundial— para hacer lo mismo en Hispanoamérica.

14
Para que España siga siendo España

Estimado lector: si ha llegado a este punto es que ha tenido la paciencia de acompañarme —como le propuse en el inicio de este libro— en ese viaje al pasado del que surgen los fenómenos que hoy vemos. Gracias por su perseverancia. Espero no haberlo aburrido mucho.

Al principio del libro le planteé un poco de teoría —a sabiendas de que me arriesgaba a que abandonara la lectura— porque es imprescindible para entender el peso de lo políticamente correcto y de cómo hemos sido subordinados culturalmente —unos más, otros menos— por la leyenda negra de la conquista española de América. A todos nos han inoculado el veneno negrolegendario mediante una historia de España y de Hispanoamérica inventada y difundida, primero, por los imperialismos holandés e inglés y, luego, por el norteamericano y el soviético.

Hemos visto que tanto usted como yo —así como todos los españoles americanos y los españoles europeos— hemos perdido la más importante de todas las batallas, la del relato histórico. Porque han sido las potencias que tradicionalmente se enfrentaron a España e Hispanoamérica las que han escrito —e impuesto— la historia, no solo de la relación entre España e Hispanoamérica, sino la misma historia de los españoles americanos y de los españoles europeos, es decir, nuestra historia, hasta el punto de que ya casi ni usted ni yo nos reconocemos como miembros de un mismo pueblo, ni siquiera como integrantes de una misma ecúmene cultural con un pasado común que podría tener un futuro compartido.

Hemos visto que, en verdad, los llamados «pueblos originarios» —mis hermanos los indios, como me gusta llamarlos— proceden de Asia. Eso no tiene nada de malo ni de bueno. Yo soy originario de la Lombardía y de Sicilia, y soy tan americano como José Gabriel Condorcanquí Noguera, el famoso Túpac Amaru, cuyos antepasados provenían de las estepas de Mongolia. ¿O acaso son

más franceses los descendientes de los galos que los descendientes de los romanos que llegaron a las órdenes del gran Julio César?

Como con la verdad no ofendo ni temo, me he atrevido a contarle que los aztecas conformaron el más atroz imperialismo que ha conocido la historia de la humanidad, porque arrebataban a las madres de los pueblos que oprimían a sus hijos e hijas para sacrificarlos en el altar de sus dioses, arrancándoles primero el corazón y comiéndoselos después como si fuesen pavos o pollos. Queriendo excusar a su abuelo, uno de los nietos de Moctezuma escribió que el emperador solo comía «el muslo» de las víctimas sacrificadas.

Como desde niño siempre me he sentido ligado sentimentalmente a los pueblos oprimidos, si pudiese viajar en el túnel del tiempo me sumaría a los apenas trescientos soldados de Hernán Cortés que, con la mayor muestra de coraje que conoce la historia, liberaron a los indios de México del imperialismo antropófago de los aztecas. Junto a esos valientes soldados españoles que tomaron Tenochtitlán pelearon doscientos mil indios. Al frente de ese enorme ejército iba una mujer india, doña Marina, que primero fue esclava sexual de los aztecas y luego de los mayas —tenía sus propias cuentas que arreglar con ellos—. En realidad, como hemos visto, la conquista de México la hicieron los indios oprimidos por los aztecas.

No muy distinta fue la historia en el Perú. Don Carlos, mi suegro, se enorgullecía de ser descendiente de los indios huancas que, junto al puñado de hombres que conducía el trujillano Francisco Pizarro, marcharon sobre Cuzco para terminar con el imperialismo totalitario de los incas.

¿Y qué sucedió después de la conquista, después de esas primeras horas de sangre, dolor y muerte? Hemos visto que España fundió su sangre con la de los vencidos y con la de los liberados. Y recordemos que fueron más los liberados que los vencidos. Por eso afirmamos que Marina Malintzin e Isabel Moctezuma fueron las «madres de México». Fruto de ese formidable mestizaje —instaurado por los Reyes Católicos como política de Estado— se encuentran, entre otros miles de mestizos, Martín Cortés Malintzin, caballero de la Orden de Santiago, y el soldado poeta Inca Garcilaso de la Vega. Juntos combatieron contra los moros que, en Granada, se habían levantado en armas en espera de una fuerza expedicionaria turca que volviera a conquistar las tierras de Andalucía. Mil conjeturas podrán hacer los propagadores de la leyenda negra, pero la única verdad es la realidad: nadie combate

tanto tiempo y con tanto coraje por lo que no ama. Para el mexicano Martín Cortés Malintzin y para el peruano Garcilaso de la Vega la patria era el Imperio. Cuando los hijos producto del mestizaje reciben una educación de excelencia y se convierten en las figuras más relevantes y apreciadas de la cultura y de la sociedad en la que viven, no hay relación metrópoli-colonia; no hay imperialismo, sino Imperio.

Creo, estimado lector, haber demostrado que España nunca consideró que América fuera un botín. ¿Recuerda esos largos capítulos donde di cuenta del rosario de universidades y hospitales que España fundó en América? Contra lo que dicen los cultivadores de la mentira, España envió a sus mejores profesores a América, mientras que Inglaterra llenó Australia de presos. Los ingleses fundaron la Universidad de Harvard en 1636, es decir, ochenta y cinco años después de que España creara la Universidad de San Marcos en el Virreinato del Perú. Mientras el Colegio Máximo de San Pablo de Lima llegó a reunir, en 1750, la increíble cifra de cuarenta y tres mil libros, la Universidad de Harvard tenía tan solo cuatro mil.

Me he atrevido también a contarle que los «pueblos originarios» —entre ellos los guajiros, los pastusos, los incas y los mapuches— estuvieron contra la independencia, y he afirmado que la responsabilidad principal de la disolución caótica y violenta del Imperio y de la fragmentación de la América española en dieciocho repúblicas impotentes recae en Fernando VII, que prefirió vivir «preso» en Europa antes que libre en América.

La ineptitud, la malicia y la crueldad de Fernando VII cuando terminó su cautiverio y recobró el trono no dejaron a muchos españoles americanos más camino que el de la emancipación. No estoy de acuerdo con aquellos que acusan al gran general José de San Martín de traición y deslealtad a España, y menos aún con los que se atreven a difundir la infamia de que fue un agente inglés. Si la independencia de América fue una trampa británica —como de hecho lo fue—, ningún americano habría caído en ella si en el trono de España hubiera habido un rey con un poco más de inteligencia que la que poseía Fernando VII. Si yo hubiese vivido en aquel tiempo, no habría dudado en tomar partido por el general José Gervasio Artigas, que en el Río de la Plata luchó por la independencia y la república.

Hubo americanos que odiaron a España, como Domingo Faustino Sarmiento, y otros que, como José Enrique Rodó, José Vasconcelos y Manuel Ugarte, aprendieron a amarla. España está en deuda con

Hipólito Yrigoyen, que en 1917 reivindicó contra viento y marea la obra de España en América y estableció el 12 de octubre como fiesta nacional, cuando ni siquiera en España lo era. Juan Domingo Perón convertiría luego el hispanismo en bandera de la clase trabajadora, y su esposa, la legendaria Evita, repetiría una y mil veces en los actos con sus «descamisados» que «la leyenda negra con que la Reforma se ingenió en denigrar la empresa más grande y más noble que conocen los siglos, como fueron el descubrimiento y la conquista, solo tuvo validez en el mercado de los tontos o de los interesados. A nadie engañó que no quisiera ser engañado». El mismísimo Che Guevara admiró a los conquistadores y el antihispanismo del comandante Fidel Castro fue siempre un antihispanismo de compromiso. Nada separa a España de América ni a América de España salvo la mentira y la falsificación de la historia.

El enfrentamiento entre China y Estados Unidos nos va a dar una nueva oportunidad al aumentar nuestro margen de maniobra para hacer realidad la «Patria Grande» con la que soñaron Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, Andrés Soliz Rada y mi maestro Alberto Methol Ferré, entre otros.

Sin embargo, sobre nosotros los hispanoamericanos pesa una nueva amenaza que puede hacernos desperdiciar la oportunidad que nos brinda la historia. Las mentiras de la leyenda negra —repetidas una y mil veces hasta el hartazgo— han hecho que germine la mala hierba del fundamentalismo indigenista que, como advirtieran Vasconcelos, Ugarte y Haya de la Torre, conduce en el largo plazo a una nueva fragmentación territorial de la inconclusa nación hispanoamericana.

Aseguré en la introducción que el estudio de la leyenda negra nos permitiría comprender el presente y, quizá, incluso cambiar el futuro. Hemos visto que, terminada la larga dictadura franquista, España no supo cómo relacionarse correctamente con Europa y los españoles cómo enfrentar su propia historia. Muchos de ellos, por reacción a la dictadura, comenzaron a ser negrolegendarios y, como destaca Alfonso Guerra, a usar el gentilicio «español», con su variante «españolista», como una imputación despectiva. Los que no pensaban así dejaron hacer o no se opusieron a los negrolegendarios con la tenacidad que la gravedad de la situación requería. No se daban cuenta de que la leyenda negra serviría a los nacionalistas catalanes para justificar su independencia de España, situación que llevó al país —como destaca Frigdiano Álvaro Durántez Prados— a encontrarse, «en tanto que Estado-nación, en

la fase terminal de un largo proceso de deconstrucción nacional, y en un periodo de mera existencia agónica».

Así, mientras en España se abandonaba la defensa de su pasado americano, en Hispanoamérica se producía una revigorización del fundamentalismo indigenista, que envenenaba el alma de los hispanoamericanos al presentar a España como enemiga de América, para que tirásemos por la borda todo lo que nos une, esto es, costumbres, lengua y religión.

Es innegable que Europa tiene una pirámide poblacional funeraria y que el proletariado externo que ella misma atrae tiene, hasta ahora, un sentido de la existencia y una visión de cómo organizar la sociedad y el Estado distinta de la reinante en la sociedad de acogida. Ante esta circunstancia —y nada nos hace pensar que pueda modificarse—, es evidente que solo una inmigración masiva de hispanoamericanos podría realizar el milagro de que España siga siendo España. Pero para que la providencia o la suerte nos ayude es necesario que seamos capaces de ayudarla. En este sentido, es imprescindible terminar con el mito de la leyenda negra para que los hispanoamericanos no lleguen a España cargados de resentimiento o de odio. Es necesario que sepamos que el Imperio era nuestra patria, que esa patria estalló en múltiples fragmentos y que uno de esos fragmentos se llama España, otro Argentina, otro México, otro Venezuela... Solo así los hispanoamericanos serán recibidos por todos los españoles como verdaderos compatriotas. De lo contrario, habrá guetos y no integración verdadera

Estimado lector, para que España siga siendo España es necesario que usted y todos los españoles europeos recuerden ahora —y nunca más vuelvan a olvidarlo— que ningún hispanoamericano —moreno, indio o criollo— es extranjero en España y que los españoles americanos sientan que ningún español europeo es extranjero en Hispanoamérica.

Epílogo
España, Madre Patria de mi amor

El 22 de enero de 1926, desde el Puerto de Palos de la Frontera, el mismo lugar desde donde había partido Cristóbal Colón en 1492 para cruzar el mar tenebroso e intentar llegar a las Indias, despegó el hidroavión Plus Ultra de la Aeronáutica Militar española para realizar por primera vez un vuelo entre España y América. Con los medios con que se contaba en la época, el viaje resultaba casi temerario. La tripulación del Plus Ultra, bajo el mando del comandante Ramón Franco, estaba integrada por el capitán Julio Ruiz de Alda, el teniente de navío Juan Manuel Durán y el mecánico Pablo Rada. Esos cuatro valientes competían contra el marqués de Casagrande, aviador italiano que, impulsado por el dictador Benito Mussolini, el 13 de noviembre de 1925 había pretendido cubrir la misma ruta a mayor gloria de la Italia fascista en un Savoia S.55, el Alcione, aunque para enojo del Duce, el marqués no pasó de África y terminó su vuelo en el puerto de Casablanca, en Marruecos. El Plus Ultra, después de diecinueve durísimos días y tras haber recorrido 10.270 kilómetros en 59 horas y 30 minutos, acuatizó el 10 de febrero de 1926 en el puerto de Buenos Aires, levantando una gigantesca oleada de admiración, entusiasmo popular y cariño por España.

Fruto de ese entusiasmo popular y de ese enorme cariño por España el mismísimo Carlos Gardel decidió grabar un tango dedicado a España, a la que llama *Madre Patria de mi amor,* y a la hazaña cumplida por los pilotos españoles. En ese tango, titulado *La Gloria del Águila,* a través de la voz de Carlos Gardel se expresó el profundo amor que el pueblo argentino sentía por España antes de que el veneno negrolegendario, como acontece hoy día, terminara de envenenar la mente y el alma de los más jóvenes en Argentina y en toda Hispanoamérica.

La Gloria del Águila

El rey del aire, tendió sus alas
y fue radiando como el sol que al mundo baña,
con la proeza de cuatro hispanos,
que son un timbre más de gloria para España.

Salió el «Plus Ultra» con raudo vuelo,
mirando al cielo rumbo a la ciudad del Plata.
El orbe entero se ha estremecido,
el entusiasmo en todas partes se desata.

Desde Palos, el águila vuela
y a Colón, con su gran carabela,
nos recuerda con tal emoción
la hazaña que agita todo el corazón.

Franco y Durán, Ruiz de Alda, los geniales,
los tres con Rada, son inmortales,
los españoles van con razón cantando
al ver al galardón de su nación.

Y cantarán con todas las naciones
entrelazando los corazones,
y en tal clamor surge un tango argentino
que dice a España, Madre Patria de mi amor.

Cruzó Las Palmas y Porto Praia,
glorioso llega en Fernando de Noronha,
prosigue el vuelo y en Pernambuco
ya con su raid al mundo da impresión más honda.

En Río de Janeiro, Montevideo
suenan campanas pregonando la victoria
y en Buenos Aires, la hija querida,
al fin se cubren ahí los valientes ya de gloria.

Dos países en un noble lazo,
con el alma se dan un abrazo.
Es la madre que va a visitar los hijos
que viven en otro hogar.



BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA POLO, José, «Los indígenas de la Guajira en la independencia de las provincias caribeñas de la Nueva Granada: una aproximación», *Memoria y Sociedad* 15 (2011), págs. 21-37.

ADISSI, Federico, «RAM, terrorismo internacional», disponible en https://www.ncn.com.ar/ram-terrorismo-internacional-por-federico-addisi/.

ALANÍS ENCISO, Fernando Saúl, «Regreso a casa: la repatriación de mexicanos en Estados Unidos durante la gran depresión: el caso de San Luis Potosí, 1929-1934», disponible en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26202005000100119.

ALBORNOZ, Santiago, *El Perú más allá de sus fronteras. Comentarios documentados,* edición del autor, Buenos Aires, 1944.

ALCÁZAR CIVIT, Pedro, «Entrevista a Gálvez», *El Hogar* 1103 (4 de diciembre de 1930).

ALMIRALL, Valentí, *Espagne telle qu'elle est,* Albert Savine Editeur, París, 1887.

ALTUVE-FEBRES LORES, Fernán, *Los reinos del Perú. Apuntes sobre la monarquía peruana,* Febres y Dupuy, Lima, 1996.

ÁLVAREZ, Jaime, «Agustín Agualongo», en *Manual de Historia de Pasto,* Academia Nariñense de Historia, Graficolor, Pasto, 1996.

ANGLES VARGAS, Víctor, *Historia del Cusco Colonial,* tomo 2, Industrial Gráfica, Lima, 1983.

ANNINO, Antonio y ROJAS, Rafael, *La Independencia: los libros de la patria,* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 2008.

ARDAO, Arturo, «La idea de Latinoamérica», *Semanario Marcha* 1282 (1965), págs. 15-25.

— *Génesis de la idea y el nombre de América Latina,* Centro de Estudios latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1980.

ARÉVALO, Carolina, «Malinalli Tenepal: traición e identidad», disponible en https://www.academia.edu/7514818/Malinalli_Tenepal_Traici%C3%B3n_e_identidad.

ARMESILLA, Santiago, «Carod-Rovira: un colonialista depredador», *El Revolucionario,* 14 de marzo de 2009, disponible en https://www.elrevolucionario. org/rev.php?articulo1290.

ARON, Raymond, *Paix et guerre entre les nations (avec une presentation inédite de l'auteur),* Calmann-Lévy, París, 1984. [Hay traducción al español, *Paz y guerra entre las naciones,* Alianza Editorial, Madrid, 1985].

BARRIOS, Miguel, *El latinoamericanismo en el pensamiento de Manuel Ugarte,* Biblos, Buenos Aires, 2007.

BASADRE, Jorge, *Historia de la República del Perú,* La República, Lima, 1999.

BATTISTONI, Gustavo, *Disidentes y olvidados,* Germinal, Rosario, 2008.

BECKERT, Sven, *El imperio del algodón. Una historia global,* Planeta, Barcelona, 2015.

BETANCOURT, Rómulo, «Homenaje a Víctor Raúl», en Guely Villanueva Díaz (comp.), *Víctor Raúl. Semblanza de una vida en el siglo,* Acunta, Chiclayo, 1987.

BEUCHOT, Mauricio, «Perfil del pensamiento filosófico de fray Alonso de la Vera Cruz», *Nova Tellus* 2 (2011), págs. 201-214.

BEY, Essad, *Mahoma: Historia de los* árabes, Arábigo-Argentina El Nilo, Buenos Aires, 1946.

BILBAO, Francisco, «Entre el proyecto latinoamericano y el gran molusco», *Revista de Estudios Latinoamericanos* 56 (2013), págs. 141-162.

BOISSEAU, Esteban Vicente, *La imagen de la presencia de España en América (1492-1898),* Ministerio de Defensa, Madrid, 2019.

BORÓN, Atilio, «La CIA y la contrarrevolución en Venezuela», disponible en https://www.atilioboron.com.ar/.

BOTERO SALDARRIAGA, Roberto, *Francisco Antonio Zea,* Banco Popular, Bogotá, 1945.

BLED, Jean-Paul, *François Joseph,* Fayard, París, 1987.

BRONX, Humberto, *Francisco A. Zea,* Imprenta Municipal, Medellín, 1967.

BROWN, Dee, *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West, Holt,* Rinehart & Winston, Nueva York, 1970.

BUELA, Alberto, «El enemigo histórico de Hispanoamérica es el anglosajón», disponible en https://unidosxperon.blogspot.com/2014/05/el-enemigo-historico-de-hispanoamerica.html.

BURGOS ALONSO, Manuel y MUÑOZ-DELGADO, María Concepción, *Geografía e Historia 2,* Anaya Educación, Barcelona, 2016.

BUSQUET, Raoul, *Histoire de Marseille,* Jeanne Laffitte, Marsella, 1998.

BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del, *Una cronología aproximada del Tahuantinsuyo,* Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2000.

BYE, Robert y LINARES, Edelmira, «Plantas medicinales del México prehispánico», *Arqueología Mexicana* 39 (2019), págs. 4-11.

CADENA, PedroIgnacio, *Anales diplomáticos de Colombia,* Imprenta de M. de J. Barrera, Bogotá, 1878.

CALVO-SOTELO IBÁÑEZ-MARTÍN, Leopoldo,«Portugal y España: de Moura o Mourinho», disponible en https://www.almendron.com/tribuna/portugal-y-espana-de-moura-a-mourinho/.

CALZADA MOCHO, Isidoro, *Che Guevara,* Estatus Ediciones, Bilbao, 2002.

CAPOTE, Salvador, «Campos de exterminio llamados reservaciones», disponible en https://www.alainet.org/es/active/68564.

CARRERAS DE VELASCO, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis. 1929-1932,* Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F., 1974.

CARTER, Samuel, *Cherokee Sunset. A Nation Betrayed: A Narrative of Travail and Triumph, Persecution and Exile,* Doubleday, Nueva York, 1976.

CASTEJÓN, Antonio, «Los Guevara y los De La Serna del Che Guevara», disponible en https://www.euskalnet.net/laviana/gen_bascas/guevaraelche.html.

CATTA, Victoria, «Salvadores de mi Patria: la Legión Británica en Carabobo», disponible en https://www.historiahoy.com.ar/salvadores-mi-patria-la-legion-britanica-carabobo-n140.
CAVIERES FIGUEROA, Eduardo, «Desplazamiento del escenario: los araucanos en el proceso de independencia de Chile», *Studia Historia. Historia Contemporánea,* 27 (2009), págs. 75-98.
CERVERA, César, «La extraña admiración del gallego Fidel Castro por Francisco Franco», disponible en https://www.abc.es/historia/abci-extrana-admiracion-gallego-fidel-castro-francisco-franco-201810230227_noticia.html.
CHANG, HA-Joon, ¿Qué fue del buen samaritano? Naciones ricas, políticas pobres, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2009.
CHÁVEZ, Fermín, *La vuelta de Rosas,* Theoria, Buenos Aires, 1976.
— *Siete escolios sobre Perón,* Theoria, Buenos Aires, 2001.
CHEVALIER, Michel, *Lettres sur l'Amérique du Nord,* Elibron Classic, París, 2002.
CIEZA DE LEÓN, Pedro, *Crónica del Perú: el señorío de los Incas,* Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005.
CISNEROS, Manuel (comp.), *Seis temas peruanos. Conferencias pronunciadas en la Embajada del Perú en España,* Espasa Calpe, Madrid, 1960.
CLAVIJERO, FranciscoJavier, *Historia Antigua de México,* Porrúa, México, D. F., 1958.
COMARAZAMY, Francisco, *The first Hospital in America,* Editorial del Caribe, Ciudad Trujillo, 1954.
COMAS, Juan, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo histórico-crítico y bibliográfico,* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, D. F., 1974.
CONRAD, Philippe, «La conquete musulmane de l'Occident», disponible en https://www.clio.fr/BIBLIOTHEQUE/la_conquete_musulmane_de_loccident.asp.
CONWAY, G. R. G., *Notas a la Postrera voluntad y Testamento de Fernando Cortés, marqués del Valle,* Pedro Robredo, México, D. F., 1940.
COSSÍO DEL POMAR, Felipe, *Víctor Raúl. Biografía de Haya de la Torre,* Enrique Delgado Valenzuela, Lima, 1977.
CRANKSHAW, Edward, *La chute des Habsbourg,* Gallimard, París, 1966.
DANTAS SILVA, Leonardo, *Holandeses em Pernambuco, 1630-1654,* Instituto Ricardo Brennand, Recife, 2011.
DENSON, Andrew, *Monuments to Absence: Cherokee Removal and the Contest Over Southern Memory,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2017.
DEUSEN, Nancy E. VAN, *Entre lo sagrado y lo mundano. La práctica institucional y cultural del recogimiento en la Lima virreinal,* Institut français d'études andines, Lima, 2007.
DEVIC, Claude y VAISSETE, Joseph, «Histoire Géneral de Languedoc», disponible en https://www.nemausensis.com/Nimes/SarrasinsVaissete01.htm.
DROZ, Jacques, *L'Europe Central,* Payot, París, 1960.
DOVAL, Gregorio, *Breve historia de los indios norteamericanos,* Nowtilus, Madrid, 2009.
DURÁNTEZ PRADOS, Frigdiano Álvaro, *Paradigma y ciclo de la Hispanidad,* Sepha, Málaga, 2009.
DUSSEL, Enrique, «La China (1421-1800). Razones para cuestionar el eurocentrismo», *Otro Sur* 2 (2004), págs. 14-17.
EBY, Cecil, *That Disgraceful Affair the Black Hawk War,* W. W. Norton, Nueva York, 1973.
EHLE, John, *Trail of Tears: The Rise and Fall of the Cherokee Nation,* Doubleday, Nueva York, 1988.
ESPINOZA SORIANO, Waldermar, *Los huancas, aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú 1558-1560-1561,* Universidad Nacional del Centro del Perú, Huancayo, 1971.
FAJARDO-ORTIZ, Guillermo, «Perfiles y ruinas del primer hospital de América: Hospital San Nicolás de Bari, en Santo Domingo, República Dominicana», *Gaceta Médica de México* 1 (2006), págs. 75-77.
FEJTÖ, François, *Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie,* Lieu Commun, París, 1988.
FERNÁNDEZ ARENA, José, «La decoración grutesca. Análisis de su forma», disponible en https://core.ac.uk/download/pdf/39093986.pdf.
FERNÁNDEZ DE CASTILLEJO, Federico, *La ilusión en la conquista. Génesis de los mitos y leyendas americanas,* Atalaya, Buenos Aires, 1945.
FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Amaya, *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú: Lima 1550-1650,* Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997.
FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis, *Hernán Cortés y su familia, en Valladolid. 1542-1605,* Casa de Colón, Valladolid, 1990.
FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Narciso Amador, «La histórica visita de Juan Pablo II a Cuba», *Revista Cuba Ahora,* disponible en https://www.cubahora.cu/historia/la-historica-visita-de-juan-pablo-ii-a-cuba.
FERREIRO, Felipe, *La disgregación del Reyno de Indias,* Barreiro y Ramos Editores, Montevideo, 1981.
FERRER, Aldo, *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.
FERRERO, Roberto, https://www.formacionpoliticapyp.com/2014/05/geopolitica-marxismo-e-izquierda-nacional/.
FIGUEROA, Mercedes, *Versión completa del juicio al teniente general John Whitelocke,* Edivern, Buenos Aires, 2007.
FINN, Peter y COUVÉE, Petra, *The Zhivago Affair: The Kremlin, the CIA, and the Battle over a Forbidden Book,* Pantheon, Nueva York, 2014. [Hay traducción en español: *El expediente Zhivago,* Bóveda, Madrid, 2016].
FRANCH ALCINA, José, «Plantas medicinales para el Temazcal mexicano», disponible en https://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn24/428.pdf.
FRANDKIN, Raúl y GARAVAGLIA, Juan Carlos, *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos xvi y xix,* Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.
FUENTE, Nacho de la, «La "catalanidad" de Shakespeare, Da Vinci, Colón o Cervantes a precio de oro», *La Voz de Asturias,* disponible en https:// www.lavozdeasturias.es/noticia/actualidad/2020/03/11/cataluna-paga-3-millones-fundacion-asegura-colon-shakespeare-da-vinci-catalanes/ 00031583926242424143253.htm.
FUENTES, Carlos, *El naranjo o los círculos del tiempo,* Alfaguara, México, D. F., 1993.
FUENTES MARES, José, *Poinsett. Historia de una Gran Intriga,* Jus, México, D. F., 1958.
FURLONG, Guillermo, *La Revolución de Mayo. Los sucesos, los hombres, las ideas,* Club de Lectores, Buenos Aires, 1960.
GALASSO, Norberto, *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana,* Corregidor, Buenos Aires, 2001.
— «Jorge Abelardo Ramos y América Latina: un país», disponible en https://abelardoramos.com.ar/jorge-abelardo-ramos-y-america-latina-un-pais/.
GALLARDO, Guillermo, *Joel Roberts Poinsett, agente norteamericano. 1810-1814,* Emecé, Buenos Aires, 1984.
GÁLVEZ, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina,* Arnaldo Moen, Buenos Aires, 1910.

— *El solar de la raza,* Poblet, Buenos Aires, 1943.
GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión,* Alianza, Madrid, 1998.
— *El demonio del Sur. La leyenda negra del Felipe II,* Cátedra, Madrid, 2017.
GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *Comentarios reales,* Peisa, Lima, 1988.
GAYER, Aethtjr y Rostow, Walt Whitman, *The Growth and Fluctuation of the British Economy. 1790-1850,* Clarendon Press, Oxford, 1953.
GIAGO, Tim, *The Man Who Called for the Extermination of the Lakota,* disponible en https://www.huffpost.com/entry/the-man-who-called-forth_b_5013398.
GILLESPIE, Susan, *Los reyes aztecas,* Siglo XXI, México, D. F., 1993.
GÓMEZ DE OROZCO, Federico, *Doña Marina, la dama de la conquista,* Xotchil, México, D. F., 1942.
GORTARI, Elì, *La ciencia en la historia de México,* Grijalbo, México, D. F., 1980.
GOUDSMIT, Samuel A., *Alsos,* Ed. Henry Schuman, Nueva York, 1947.
GREENE, Jerome, *Washita, The Southern Cheyenne and the U.S. Army. Campaigns and Commanders,* University of Oklahoma Press, Oklahoma, 2004.
GUERRA, Alfonso, «¿Qué es España?», conferencia pronunciada el 21 de mayo de 2018, tercer ciclo Letras en Sevilla, «España, ¿mito, o realidad?», disponible en https://www.youtube.com/watch?v=3d5a6rOUOCU.
GUERRA, Francisco, *El hospital en Hispanoamérica y Filipinas. 1492-1898,* Ministerio de Sanidad y Consumo, Madrid, 1994.
GUERRERO, César, *Patricias Sanjuaninas,* edición del autor, San Juan, 1975.
GUIBOVICH DEL CARPIO, Lorgio, *Pensamiento antropológico de Haya de la Torre y el indigenismo en el Perú,* Palma, Lima,1988.
GULLO, Marcelo, «Yugoslavia y el ajedrez europeo», *Revista de Análisis Sí,* Lima, 31 de agosto de 1992.
— «El no de Rusia», entrevista a Guennadi Selezniov, presidente de la Duma Estatal de la Federación Rusa, *Revista de Análisis Sí,* Lima, 12 de abril de 1999.
— Entrevista al ministro de Agricultura de Rusia Yuri Sinelkin, *Revista de Análisis Sí,* Lima, 7 de agosto de 2000.
— *Argentina Brasil. La gran oportunidad,* Biblos, Buenos Aires, 2005.
— *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2008.
— *Insubordinación y desarrollo. Las claves del éxito y el fracaso de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2012.
— *Haya de la Torre y la lucha por la Patria Grande,* Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2012.
— *La historia oculta. La lucha del pueblo argentino por su independencia del Imperio inglés,* Biblos, Buenos Aires, 2013.
— «El país que soñó Sarmiento», disponible en https://www.ncn.com.ar/el-pais-que-sono-sarmiento-por-marcelo-gullo/.
GUTIÉRREZ, Gustavo, *Dios o el oro en las Indias. Siglo XVI,* Instituto Bartolomé de las Casas, Lima, 1989.
HAMILTON, Holman, «Zachary Taylor and the Black Hawk War», *Wisconsin Magazine of History* 24 (1941).
HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro, «Aportación de los jesuitas a la cultura virreinal: el Colegio de San Pablo de Lima (1568-1767)», en Alexander Coello de la Rosa (coord.), *Escritura, imaginación política y la Compañía de Jesús en América Latina (siglos XVI-XVIII),* Bellaterra, Barcelona, 2011.
HANKE, Lewis, *La lucha por la justicia en la conquista de América,* Sudamericana, Buenos Aires, 1949.
HARING, Clarence Henry, *El Imperio hispánico en América,* Peuser, Buenos Aires, 1958.
HARRIS, Marvin, *Caníbales y reyes,* Salvat, Barcelona, 1986.
HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, ¿Adónde va Indoamérica?, Indoamérica, Buenos Aires, 1954.
— *Obras Completas,* Juan Mejía Baca, Lima, 1985.
HEERS, Jacques, *La Ville au Moyen Age,* Fayard, París, 1990.
HEIZER, Robert, *The Destruction of California Indians,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1974.
HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José, *Nacionalismo y liberación,* Peña Lillo, Buenos Aires, 2004.
— *¿Qué es el ser nacional?,* Peña Lillo, Buenos Aires, 2005.
HERRERA, Fortunato, «Los Hospitales del Cuzco», *Revista Histórico-Arqueológica* 2 (1920), págs. 6-23.
HERRERA, Luis Alberto, *La diplomacia británica y la independencia del Uruguay,* Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1974.
HILLSTROM, Kevin y COLLIER HILLSTROM, Laurie, *American Indian Removal and the Trail to Wounded Knee (Defining Moments),* Omnigraphics, Detroit, 2010.
HOBSBAWM, Eric, *La era de la revolución. 1789-1848,* Crítica, Buenos Aires, 2006.
HOFFMAN, Abraham, *Unwanted Mexican-Americans in the Great Depression repatriation pressures 1929-1939,* The University of Arizona Press, Tucson, 1974.
HOIG, Stan, *The Sand Creek Massacre,* University of Oklahoma Press, Norman, 1977.
HOLLOWAY, David, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956,* Yale University Press, New Haven, 1994.
HURTADO, Albert, *Indian Survival on the California Frontier,* Yale University Press, New Haven, 1998.
HURTADO, Guillermo, «Philosophy in Mexico», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy,* disponible en https://plato.stanford.edu/archives/spr2016/entries/philosophy-mexico.
IMAZ, José Luis, *Sobre la identidad iberoamericana,* Sudamericana, Buenos Aires, 1984.
IRAZUSTA, Julio, *Tomás M. Anchorena,* Huemul, Buenos Aires, 1962.
IZA, Agustín y SALAVERRY, Oswaldo, «El Hospital Real de San Andrés», disponible en https://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/anales/v61_n3/Hosp_Real_San_And.htm.
JACKSON, Alfred, «Abraham Lincoln in the Black Hawk War», *Wisconsin Historical Collections* 14, 1898.
JACOBSEN, Anni, *Operation Paperclip: The Secret Intelligence Program that Brought Nazi Scientists to America,* Little Brown, Nueva York, 2014.
JAGUARIBE, Helio, «Mercosur y las alternativas de ordenamiento mundial», *Octubre Sudamericano* (diciembre de 2000).
— *Un estudio crítico de la historia,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
JALIFE, Alfredo, «Estados Unidos le impide a México desarrollar todo su potencial», TeleSUR tv, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=McMOZf-98ns.
JAURETCHE, Arturo, *Los profetas del odio y la yapa: La colonización pedagógica,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1975.
— *Manual de zonceras argentinas,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1984.
— *Política nacional y revisionismo histórico,* Corregidor, Buenos Aires, 2006.
JIMÉNEZ ABOLLADO, Francisco L., «Don Diego Luis Moctezuma, nieto de Hueytlatoani, padre de conde: un noble indígena entre dos mundos», *Anuario de Estudios Americanos* 65 (2008), págs. 49-70.

JOS, Emiliano, *Una sociedad hispánica de naciones en 1820 según el plan de don Francisco Antonio Zea. Contribuciones para el Estudio de la Historia de América.* Homenaje al doctor Emilio Ravignani, Peuser, Buenos Aires, 1941.
KALYUTA, Anastasia, «La casa y hacienda de un señor mexica. Un estudio analítico de la información sobre Isabel Moctezuma», *Anuario de Estudios Americanos,* vol. 65, 2, 2008.
KATZ, Claudio, «Existe un consenso de todas las clases dominantes del mundo para enfrentar la crisis con mayores atropellos a los trabajadores», disponible en https://www.argenpress.info/2012/01/claudio-katz-existe-un-consenso-de.html.
KELMAN, Ari, *A Misplaced Masssacre: Struggling Over the Memory of Sand Creek,* Harvard University Press, Cambridge, 2013.
KONETZKE, Richard, *El Imperio español, orígenes y fundamentos,* Ediciones Nueva Época, Madrid, 1946.
KRUGLOV, Arkadii, *The History of the Soviet Atomic Industry,* CRC Press, Florida, 2002.
LA PARRA LÓPEZ, Emilio, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado,* Tusquets, Barcelona, 2018.
LAFARGA, Francisco y Dengler, Roberto (coords.), *Teatro y traducción,* Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, 1995.
LAÍNZ, Jesús, «¿En qué consistió el privilegio catalán?», disponible en https://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-liberal/75/en-que-consiste-el-privilegio-catalan-jesus-lainz.html.
LOGIE, Etienne y RIVIALE, Pascal, «Le Congrès des américanistes de Nancy en 1875: entre succès et désillusions», *Journal de la Société des Américanistes,* 95 (2009), págs. 151-171.
LÓPEZ, Alejandro, «Cinco secretos de Luis Echeverría, el presidente mexicano acusado de genocidio», disponible en https://culturacolectiva.com/historia/luis-echeverria-presidente-mexico-genocidio-secretos.
LÓPEZ, Alfredo, *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1975.
LÓPEZ BORRERO, Manuel Antonio, *Recuerdos Históricos del coronel Manuel Antonio López: ayudante del Estado Mayor General Libertador: Colombia y Perú, 1819-1826,* J. B. Gaitán, Bogotá, 1878.
LÓPEZ DE MENESES, Amanda, «Tecuichpochtzin, hija de Moctezuma ¿1510?-1550», *Revista de Indias,* núm. 9, 1948, págs. 471-495.
— «Testamento de Isabel Moctezuma del 11 de julio de 1551», *Revista de Indias,* año IX, núm. 31, enero-junio de 1948.
— «Grandezas y títulos de nobleza a los descendientes de Moctezuma II», *Revista de Indias,* vol. XXII, núm. 89-90, 1962.
LÓPEZ ROMERO, David, AGIS JUÁREZ, Raúl Azael y GUZMÁN OLEA, Eduardo, «El Hospital Real de Naturales», *Prolija Memoria* 2 (2018), págs. 59-78.
LOUSTAUNAU, Mare, «Historia del Hospital de Jesús, el más antiguo de todo el continente», disponible en https://mxcity.mx/2017/09/la-historia-del-hospital-de-jesus-el-mas-antiguo-de-todo-el-continente/.
MACHADO, Carlos, *Historia de los orientales,* tomo I, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.
MADLEY, Benjamin, *An American Genocide: The United States and the California Indian Catastrophe, 1846-1873,* Yale University Press, New Haven, 2017.
MAHIEU, Jacques de, *El gran viaje del Dios Sol. Los vikingos en México y en el Perú (967-1532),* Hachette, Buenos Aires, 1978.
– *Drakkars sur l'Amazone: Les Vikings de l'Amérique précolombienne,* Dualpha, París, 2017.
MARIÁTEGUI, José Carlos, *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana,* Amauta, Lima, 1994.
MÁRMORA, Elio, «El triste éxodo de los que no tienen nada que perder», disponible en https://www.clarin.com/opinion/Refugiados-Europa-Racismo-Solidaridad_0_1426657359.htm.
MARTÍN, Luis, *La conquista intelectual del Perú: el Colegio Jesuita de San Pablo, 1568-1767,* Casiopea, Barcelona, 2001.
MARTINENGUI SUÁREZ, Elías, *El imperio de los incas: causas de su destrucción,* Big Print, Lima, 1980.
MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés,* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1990.
MARTÍNEZ, Rodrigo, «Doña Isabel Moctezuma, Tecuichpotzin (1509-1551)», disponible en https://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/14010/public/14010-19408-1-PB.pdf.
MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo, *La perdida relación de la Nueva España y su conquista de Juan Cano,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 2006.
MATURO, Graciela, *El humanismo en la Argentina indiana y otros ensayos sobre la América colonial,* Biblos, Buenos Aires, 2011.
MAULEÓN, Héctor de, «Hospital del Amor de Dios», disponible en https://www.cdmx200lugares.com/hospital-del-amor-de-dios/#.XmuC885Kjcc.
— «Calle de Academia», disponible en https://www.nexos.com.mx/?p=29393.
MERRIDALE, Catherine, *Lenin on the Train,* Metropolitan Books, Henry Holt and Company, Nueva York, 2017.
MESSORI, Vittorio, *Leyendas Negras de la Iglesia,* Planeta, Barcelona, 2000.
METHOL FERRÉ, Alberto, *El Uruguay como problema,* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1971.
– «Las Malvinas, la nueva frontera latinoamericana», *Revista Geopolítica* 24 (1982), págs. 21-26.
– «La biografía de un descubrimiento», *Revista Política* 5 (2007), págs. 14-22.
METHOL FERRÉ, Alberto y METALLI, Alver, *La América Latina del siglo XXI,* Edhasa, Buenos Aires, 2006.
MICHELI-SIERRA, Alfredo de, «Médicos y medicina en la nueva España del siglo XVI», *Gaceta Médica de México* 3 (2001), págs. 257-263.
— «Cirujanos y médicos frente a la Inquisición Novohispana», *Gaceta Médica de México* 1 (2003), págs. 77-81.
MICHNO, Gregory F., *Battle at Sand Creek,* Upton and Sons, El Segundo, 2004.
MOCTEZUMA, DiegoLuis, *Corona Mexicana, o Historia de los nueve Moctezumas,* Maxtor, Madrid 2012.
MOIR BUSSEY, George y Gaspey, Thomas, *The Pictorial History of France and of the French People: From the Establishment of the Franks in Gaul, to the Period of the French Revolution,* W. S. Orr and Company, Londres, 1843. Disponible en https://books.google.cat/books?id=n_NSAAAAYAAJ&pg=PA184&dq=narbonne+719&hl=ca&sa=X&ved=0ahUKEwiLlamPwK7UAhXHLSYKHSBhASwQ6wEIKDA
MONIZ BANDEIRA, LuizAlberto, *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al MERCOSUR,* Norma, Buenos Aires 2004.
— *La formación de los Estados en la cuenca del Plata,* Norma, Buenos Aires, 2006.
MONTEJANO, David, *Anglos and Mexicans in the making of Texas, 1836-1986,* University of Texas Press, Austin, 1988. [Hay traducción en español: *Anglos y mexicanos en la formación de Texas, 1836-1986,* Alianza Editorial, Madrid, 1991].

MORAL, Pablo, «La nación navajo: larga marcha hacia la soberanía», disponible en https://elordenmundial.com/la-nacion-navajo-la-larga-marcha-hacia-la-soberania/.
MORGENTHAU, Hans, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz,* Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986.
MOROY, Alberto, «Mandaban a los presos al otro lado del mundo», disponible en https://viajes.elpais.com.uy/2020/01/16/mandaban-a-los-presosal-otro-lado-del-mundo/.
MUÑOZ, Juan, HIERRO, Alonso, FERNÁNDEZ, Juan A. y MARTÍN, Juan, *Involución y autarquía: la economía española entre 1890 y 1914,* Editorial Complutense, Madrid, 2002.
MURA, Gerard, *Fátima, Roma, Moscú,* edición del autor, Santiago de Chile, 2005.
MURIEL, Josefina, *Hospitales de la Nueva España. Fundaciones del siglo xvi,* tomo I, UNAM, México, D. F., 1990.
NADAR OLLER, Jordi, *El fracaso de la revolución industrial en España. 1814- 1913,* Ariel, Barcelona, 1975.
NAVA CARRIÓN, Ernesto, «Del Hospital Santa Ana al Arzobispo Loayza», disponible en https://elperuano.pe/noticia-del-hospital-santa-ana-al-arzobispo-loayza-73649.aspx.
NAVARRETE, Federico, *México racista. Una denuncia,* Grijalbo, México, D. F., 2016.
NAVAS SIERRA, Alberto, *Utopía y atopía de la Hispanidad. El proyecto de Confederación Hispánica,* Ediciones Encuentro, Madrid, 2000.
NICHOLS, Roger, «Battle of Bad Axe: General Atkison's Report», *Wisconsin Magazine of History* 50 (1966).
NOÉ SALCEDO, Elio, «Fundación e identidad», *Revista dos Puntas,* núm. 13, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan, disponible en https://www.revista.unsj.edu.ar/?p=1956. Consultado el 10 de diciembre de 2019.
NOVO, Salvador, *Historia y leyenda de Coyoacán,* Porrúa, México, D. F., 1971.
NYE, Joseph, *La naturaleza cambiante del poder norteamericano,* Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1991.
— «Política de seducción, no de garrote», *Clarín,* Buenos Aires, 11 de septiembre de 2006.
O'DONNELL,Pacho, *El grito sagrado. La historia argentina que no nos contaron,* Sudamericana, Buenos Aires, 1997.
OLAYA, Vicente, «La leyenda negra española que ha difundido Hollywood», disponible en https://elpais.com/cultura/2019/05/03/actualidad/ 1556884697_837781.html.
OLEYNIKOV, Pavel V., «German Scientists in the soviet atomic project», *The Nonproliferation Review,* vol. 7, núm. 2 (2000).
OLIVEIRA MARTINS, Joaquín Pedro, *Historia de la Civilización Ibérica,* Aguilar, Madrid, 1988.
OLIVER MUÑOZ, Victoria, «La Biblioteca del Colegio Máximo de San Pablo de Lima (1568-1767): Análisis bibliográficos y socioculturales», Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1988.
OLIVERA, Maximiliano, «Cuando Paco Urondo entrevistó al argentino que conoció a Trotsky», disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Cuando-Paco-Urondo-entrevisto-al-argentino-que-conocio-a-Trotsky.
OPPENHEIMER, Walter, «Así evitó Gran Bretaña que España entrara en la II Guerra Mundial», disponible en https://cultura.elpais.com/cultura/2013/06/01/actualidad/1370105485_283805.html.
ORTIZ GARCÍA, Enrique, «El Hospital de Jesús, su templo y los restos de Hernán Cortés», disponible en https://lopezdoriga.com/entretenimiento/el-hospital-de-jesus-su-templo-y-los-restos-de-hernan-cortes/.
OTERO, Ivana, «Mateo Fossa, el dirigente obrero argentino que conoció a Trotsky», disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Mateo-Fossa-el-dirigente-obrero-argentino-que-conocio-a-Trotsky.
PALM, Rolf, *Los árabes: la epopeya del Islam,* Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1980.
PALOMERA, EstebanDiego, *Diego Valdés, O. F. M. Evangelizador humanista de la Nueva España,* Universidad Iberoamericana, México, D. F., 1988.
PANDRA, Alejandro, *Origen y destino de la Patria,* Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2013.
PANIKKAR, Kavalam Madhava, *Asia y la dominación occidental. Un examen de la historia de Asia desde la llegada de Vasco da Gama. 1498-1945,* Eudeba, Buenos Aires, 1966.
PASH, Boris, *The Alsos Mission,* Charter Books, Nueva York, 1969.
PEIRÓ, Claudia, «Cuando Juan Perón acusaba de imperialistas a los detractores de la Conquista española de América», disponible en https://www.infobae.com/2013/10/12/1515658-cuando-juan-peron-acusaba-imperialistas-los-detractores-la-conquista-espanola-america/.
— «The Mapuche Nation el pueblo originario con sede en Bristol, Inglaterra», disponible en https://www.infobae.com/politica/2017/08/08/the-mapuche-nation-el-pueblo-or iginario-con-sede-en-bristol-inglaterra/.
PELTZER, Enrique, *Cómo se juega el poder mundial. Teorías de las relaciones políticas externas,* Ed. Ábaco, Buenos Aires, 1994.
PEREDA TORRE, Rolando, *El libro rojo de Haya de la Torre,* Instituto de Estudios Antimperialistas, Lima, 1979.
PEREYRA, Carlos, *Hernán Cortés,* Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947.
— *Historia del pueblo mexicano,* Polis, México, 1948.
PÉREZ CANTÓ, Pilar, «La población de Lima en el siglo xvii», disponible en f ile:///D:/Archivos/Documents/GEOPOLITICA%20Y%20LEYENDA%20NEGRA/Dialnet-LaPoblacionDeLimaEnElSigloXVIII-2937951.pdf.
PÉREZ GALDÓS, Víctor, «Che Guevara y la historia de América», disponible en https://www.radiorebelde.cu/especiales/che/che-guevara-historia-america-20180321/.
PÉREZ ROCHA, Emma, *Privilegios en lucha: la información de doña Isabel Moctezuma,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 1998.
— *La tierra y el hombre en la Villa de Tacuba durante la Época Colonial,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 2018.
PÉREZ VILA, Manuel, «La biblioteca del Libertador», disponible en https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-biblioteca-del-libertador--0/html/ff6e7d5e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_4.html.
PERÓN, Eva, *Escribe Eva Perón,* Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951.
PERÓN, Juan Domingo, *La Comunidad Organizada y otros discursos académicos,* Macacha Güemes, Buenos Aires, 1973.
PÉRONCEL-HUGOZ, Jean-Pierre, posfacio en Alexander del Valle, *Islamisme et Etats- Unis. Un alliancecontrel'Erupope,* L'Aged'Homme, Lausana, 2001.
PERRI, Gianfranco, «Brindisi nel contesto della storia», disponible en https://www.academia.edu/38222999/HISTORIA_DE_LA_CIUDAD_DE_BR%C3%8CNDISI.
PICÓN SALAS, Mariano, *De la conquista a la independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1944.

PIÑEIRO ÍÑIGUEZ, Carlos, *Pensadores latinoamericanos del siglo xx. Ideas, utopías y destino,* Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.
PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno,* Alianza, Madrid 1985.
POINSETT, Joel Roberts, *Exposición de la conducta política de Estados Unidos para con las nuevas Repúblicas de América,* Imprenta en la ex-Inquisición, a cargo de Manuel Ximeno, México, 1827.
POPESCU, Oreste, «El padre Pedro de Oñate (1567-1646) y su importancia en la historia del pensamiento económico latinoamericano», *Revista del Instituto de Investigaciones Musicológica Carlos Vega* 11 (1990), págs. 31-58.
PORT, Celestin, *Essai sur l'histoire du commerce maritime de Narbonne,* Durand, Paris, 1954, disponible en https://books.google.cat/books?id=Ub0VAQAAMAAJ&pg=PA16&dq=narbonne+719&hl=ca&sa=X&ved=0ahUKEwjUps7Dv67UAhWF7CYKHbRsB0IQ6wEIOTAC#
PRESCOTT, Lara, *The Secrets We Kept,* Cornerstone-Hutchinson, Londres, 2019. [Hay traducción en español: *Los secretos que guardamos,* Seix Barral, Barcelona, 2020].
PRESCOTT, William, *Historia de la conquista de México,* Compañía General de Ediciones, México, D. F., 1952.
PRUCHA, Francis Paul, *The Great Father: The United States Government and the American Indians,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1984.
PUIGGRÓS, Rodolfo, *La España que conquistó el Nuevo Mundo,* Altamira, Buenos Aires, 2005.
QUIJADA, Mónica, «Sobre el origen y difusión del nombre "América Latina" (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)», *Revista de Indias* 214 (1998), págs. 595-616.
RABÍ CHARA, Miguel, *Historia de la Medicina Peruana. El Hospital de Refugio de Incurables Santo Toribio de Mogrovejo,* edición del autor, Lima, 1997.
— «La formación de médicos y cirujanos durante los siglos xvi a xix. Las escuelas prácticas de medicina y cirugía del Perú», *Anales de la Facultad de Medicina,* Lima, 2006, págs. 173-183.
— «Un capítulo inédito: el traslado del Hospital del Espíritu Santo de Lima a Bellavista (1750)», disponible en https://pdfs.semanticscholar.org/cc78/411faf4437f29234bf3adc02b7e280149301.pdf.
RAM, Ben Ari, *Las rebeliones contra el incaico,* tesis doctoral, dirigida por María Concepción Guerreira, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1999.
RAMOS, JorgeAbelardo, *Crisis y resurrección de la literatura argentina,* Indoamérica, Buenos Aires, 1954.
— «Introducción a la América Criolla», en *Estudios sobre el Supremo Dictador, Mariátegui y Haya de la Torre, la revolución hispanoamericana y Manuel Ugarte,* Mar Dulce, Buenos Aires, 1985.
— «El campo de batalla del imperialismo», *Marcha,* año I, núm. 12 (23 de octubre de 1986).
— «Argentina y América Latina en el Fin Del Siglo», conferencia pronunciada el 2 de noviembre de 1992 en el Instituto de Historia Social Simón Rodríguez, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=Tj6yXo_64MY&fbclid=IwAR3tTfvyvsZe_mZH2m2jeNPcjTkNYbmAdQt56goN4-Dd_JhSSLij-dqiBgY.
— *Historia de la Nación Latinoamericana,* Dirección de Publicaciones del Senado de la Nación, Buenos Aires, 2006.
REDMOND, Walter, «Lógica mexicana de Antonio Rubio: una nota histórica», *Revista de Filosofía Diánoia* 28 (1982), págs. 309-330.
REINERT, Eric, *La globalización de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países ricos y por qué los países pobres siguen siendo pobres,* Crítica, Barcelona, 2007.
RESTALL, Matthew, «The African Experience in Early Spanish America», *The Americas,* vol. 57, núm. 2, octubre de 2000.
RETAMAL ÁVILA, Julio, *Testimonio de «Indios»* en Chile colonial: 1564-1801, Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago de Chile, 2000.
REY,David, «Trotsky y la lucha antiimperialista en América Latina», disponible en https://www.marxist.com/trotsky-y-lucha-antiimperialista-america-latina.htm#_ftn1.
REY MORATO, Javierdel, «España, ¿una provincia de Alemania?», *Clarín,* Buenos Aires, 27 de marzo de 2012.
RIPPY, JamesFred, *British Investments in Latin America, 1822-1949,* Minneapolis University Press, Minnesota, 1950.
ROCA BAREA, María Elvira, «Las pruebas que confirman el Holocausto azteca», *El Mundo,* Madrid, 10 de julio de 2017.
— *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español,* Siruela, Madrid, 2018.
— *Fracasología. España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días,* Espasa, Madrid, 2019.
— «El indio Gerónimo hablaba español», disponible en https://elpais.com/cultura/2019/01/08/actualidad/1546958387_643634.html.
RODÓ, JoséEnrique, *El Mirador de Próspero,* Cervantes, Barcelona, 1928.
ROEL PINEDA, Virgilio, *Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia. Historia del Perú. Perú Republicano,* tomo VI, Mejía Baca, Lima, 1982.
ROJAS, Rodrigo, «Los 9 hospitales más grandes de México», disponible en https://www.saludiario.com/los-9-hospitales-mas-grandes-de-mexico/.
ROMERO-HUESCA, Andrés y RAMÍREZ-BOLLAS, Julio, «La atención médica en el Hospital Real de Naturales», *Cirugía y Cirujanos* 6 (2003), págs.496-503.
ROONEY, Elizabeth, «Story of the Black Hawk War», *Wisconsin Magazine of History* 40 (1957).
ROSA, JoséMaría, *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica,* Huemul, Buenos Aires, 1954.
ROSA OLMOS, Ramón, *Benjamín Poucel: un viajero francés que visitó Catamarca a mediados del siglo xix,* La Unión, Catamarca, 1970.
ROSTWOROWSKI, María, *Historia del Tahuantinsuyo,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1999.
— *Pachacútec Inca Yupanqui,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2001.
ROTH, Joseph, *La Crypte des Capucisns,* Plon, París, 1940. [Hay traducción en español: *La Cripta de los capuchinos,* Acantilado, Barcelona, 2002].
RUIZ MARRUL, David, «Los incas sacrificaban a sus niños exponiéndolos a los rayos eléctricos», disponible en https://www.lavanguardia.com/cultura/20191001/47759656973/incas-volcan-ninos-imperio-sacrificio-cuzco-rayo-electrico.html?utm_term=botones_sociales&utm_source=whatsapp&utm_medium=social.
SABLONNIÈRE, Catherine, «El Correo de Ultramar y la ciencia», disponible en https://www.academia.edu/8629881/el_correo_de_ultramar_y_la_ciencia.
SÁEZ, JoséLuis, *Los hospitales de la ciudad colonial de Santo Domingo. Tres siglos de medicina dominicana (1503-1883),* Organización Panamericana de la Salud, Santo Domingo, 1996.
SAGAÓN INFANTE, Raquel, «El testamento de Isabel Moctezuma», *Anuario Mexicano de Historia del Derecho,* vol. X, 1998.
SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, *Poinsett y algunos de sus discípulos,* Jus, México, D. F., 1968.

SALINAS, Midory, «El primer hospital de América y tumba de Cortés», disponible en https://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/colaboracion/mochilazo-en-el-tiempo/nacion/sociedad/2016/08/29/el-primer-hospital.
SÁNCHEZ, LuisAlberto, *Breve historia de América*, Losada, Buenos Aires, 1965.
— *Haya de la Torre y el APRA*, Universo, Lima, 1985.
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *España. Un enigma histórico*, Hispano Americana, Barcelona, 1973.
SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *Fernando VII*, Arlanza, Madrid, 2001.
SÁNCHEZ RUIZ, Juan Francisco y TEJEDA ROSALES, María Elena, «Las formas farmacéuticas en el *libellus de medicinalibus indorum herbis*», *Revista Mexicana de Ciencias Farmacéuticas* 4 (2011), págs. 39-49.
SÁNCHEZ URIARTE, María del Carmen, «El hospital de San Lázaro de la ciudad de México y los leprosos novohispanos durante la segunda mitad del siglo XVIII», *Estudios de Historia Novohispana* 42 (2010), págs. 81-113.
SARAVIA, Atanasio, *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, UNUAM-Nueva Biblioteca Mexicana, México, D. F., 1993.
SARMIENTO, Ricardo, «La historia familiar y el rostro más humano de Domingo Faustino Sarmiento», disponible en https://www.telam.com.ar/notas/201609/162448-dia-maestro-domingo-faustino-sarmiento.html.
SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, Sol 90, Buenos Aires, 2001.
SCHJELLERUP, Inge, *Incas y españoles en la conquista de los chachapoya*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima,2005.
SEBRELI, Juan José, *El asedio a la modernidad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992.
SEDILLOT, René, *Histoire des Colonisations*, Fayard, París, 1958.
SEGOVIA GUERRERO, Eduardo, «España en la obra de Domingo Faustino Sarmiento», *Quinto Centenario* 11 (1986), págs. 163-178.
SEGURA, Cristian, «Un simposio defiende que Colón, Cervantes o Da Vinci eran catalanes», disponible en https://elpais.com/ccaa/2014/11/24/catalunya/ 1416826845_827782.html.
SERRANO, Miguel, *No celebramos la muerte de los dioses blancos en el quinto centenario de la llegada de Colón*, La Nueva Edad, Santiago de Chile, 2005.
— «Los dioses blancos en Sudamérica. La llegada de Colón, en su Quinto Centenario», disponible en «Nosotros no celebramos», https://es.slideshare.net/AliciaRamirez15/losdiosesblancosdesudamerica.
SHALLY-JENSEN, Michael, *The American West (1836-1900)*, Grey House Publishing, Nueva York, 2014.
SIERRA, Vicente, *Historia de la Argentina. Introducción conquista y población (1492-1600)*, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1956.
SODI DE PALLARES, MaríaElena, *Enciclopedia de México. Historia de una obra pía*, Fernández Editor, México, D. F., 1999.
SOLIZ RADA, Andrés, *La luz en el túnel*, Publicaciones del Sur, Buenos Aires, 2013, tomo I.
— «Pugna de modelos civilizatorios: indigenismo o Estados continentales», disponible en https://www.rebelion.org/noticia.php?id=158937.
SORIANO MUÑOZ, Núria, *Bartolomé de Las Casas, un español contra España*, Instituto Alfons el Magnànim, Valencia, 2015.
SOUZA, Jessé, *A tolice da inteligencia brasileira. Ou como o país se deixa manipular pela elite*, Leiva, San Pablo, 2015.
STARR, Kevin, *California: A History*, The Modern Library, Nueva York, 2005.
STEFFENS SOLER, Carlos, *San Martín en su conflicto con los liberales*, Huemul, Buenos Aires, 1983.
STRACHEY, John, *El fin del imperio*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1962.
SUÁREZ, Matías, *Sarmiento, ese desconocido*, Theoria, Buenos Aires, 1964.
SULÉ, JorgeÓscar, *Iberoamérica y el indigenismo*, Fabro, Buenos Aires, 2011.
TACCA, Óscar, «Sarmiento en España y España en Sarmiento», *Cuadernos de Literatura* 6 (1995), págs. 71-86.
TEJERINA CARRERAS, Ignacio, «Yrigoyen y el Día de la Raza: día de la América Criolla», disponible https://institutoyrigoyen.tripod.com/raza.htm.
TENA JUNGUITO, Antonio, «¿Por qué fue España un país con alta protección industrial? Evidencias desde la protección efectiva 1870-1930», documento de Trabajo 02-03, Departamento de Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid, disponible en: https://e-archivo.uc3m.es./bitstream/handle/10016/381/dh021002.pdf;-jsessionid=DA970D49ABF230DB9FA6E22C15B78AFA?sequence=1.
THOMAS, Hugh, *La conquista de México: el encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*, Planeta, México, D. F., 1993.
— *El Imperio español. De Colón a Magallanes*, Planeta, Buenos Aires, 2004.
TOBAR DE TERESA, Guillermo, *La cuidad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, Vuelta, México, D. F., 1990.
TOBIAS, Norman, *Basil I, Founder of the Macedonian Dynasty: A Study of the Political and Military History of the Byzantine Empire in the Ninth Century*, Lewiston, The Edwin Mellen Press, Nueva York, 2007.
TOLSTÓI, Iván, *La Novela Blanqueada: El Doctor Zhivago de Pasternak. Entre el KGB y la CIA*, Galaxia Gutenberg, Buenos Aires, 2014.
TOMASINI, Carlos, «El primer hospital de América tiene 500 años», disponible en https://www.chilango.com/ciudad/hospital-de-jesus-historia-primer/.
TONIOLLI, Eduardo, *Manuel Gálvez. Una historia del nacionalismo argentino*, Remanso, Rosario, 2018.
TORRES MARTÍNEZ, Rubén, «Sobre el concepto de América Latina. ¿Invención francesa?», *Cahiers d'études romanes* 32 (2016), págs. 89-98.
TOYNBEE, Arnold, *Estudio de la historia*, Altaya, Barcelona, 1998.
TRÍAS, Vivian, «El Imperio británico», *Cuadernos de Crisis* 24 (1976), págs. 1-80.
TROTSKY, León, *Escritos Latinoamericanos*, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, Buenos Aires, 2007.
UGARTE, Manuel, *El arte y la democracia*, F. Sempere, Valencia, 1904.
— *El porvenir de la América Española. La Raza. La integridad territorial y moral. La organización interior*, edición definitiva, corregida y aumentada por el autor, Prometeo, Valencia, 1920.
— *Mi campaña hispanoamericana*, Cervantes, Barcelona, 1922.
— *Escritores Iberoamericanos de 1900*, Vértice, México, 1947.
— *La Reconstrucción de Hispanoamérica*, Docencia, Buenos Aires, 2010.
UTLEY, Robert M., *Frontier Regulars: The United States and the American Indian, 1866-1891*, MacMillan, Nueva York, 1973.

VALADÉS SIERRA, Juan Manuel, «Diego Valadés, un barcarroteño en la conquista de México», *Revista de Estudios Extremeños* 3 (2011), págs. 1293-1346.
VALDÉS, Diego, *Fray Diego. Retórica Cristiana*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1989.
VALIANI, Leo, *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria,* ed. Il Saggiatore, Milán, 1966.
VARGAS LLOSA, Mario, «Leyendas negras que horadan el poder del enemigo», disponible en https://www.lanacion.com.ar/2172654-leyendas-negras-horadan-poder-del-enemigo.
VARGAS UGARTE, Rubén, *Historia General del Perú,* tomo VI: «Emancipación (1816-1825)», Carlos Milla Batres, Lima, 1981.
VASCONCELOS, José, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana,* Agencia Mundial de Librería, París, 1928.
— *Breve historia de México,* Continental, México, D. F., 1959.
— *Bolivarismo y monroísmo,* Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, Buenos Aires, 2014.
VÁSQUEZ CARRIZOSA, Alfredo, *Historia diplomática de Colombia,* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1993.
VELÁSQUEZ FERNÁNDEZ, KatherineAndrea, «Características farmacobotánicas y de propagación de *Ternstroemia tepezapote»,* informe de tesis, Universidad de San Carlos de Guatemala, Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia, Guatemala, 2009.
VENTOSO, Luis, «De cómo Cataluña se volvió rica y Galicia pobre», disponible en https://www.abc.es/espana/20140210/abci-como-cataluna-volvio-rica-201402100444.html?ref=https:%2F%2Fwww.ciencia-ficcion.com%2F.
VERNIER, Martha Elena, «La *Rhetorica Chistiana* de Diego Valdés», disponible en https://www.jstor.org/stable/40854981?seq=1#page_scan_tab_contents.
VERNNARD, Martin, «How the CIA secretly published Dr Zhivago», disponible en https://www.bbc.com/news/magazine-27942646.
WOBESER, Gisela, «Los indígenas y el movimiento de Independencia», *Estudios de Cultura* Náhuatl, 42 (2011), págs. 299-312.
XIMENES DE SANDOVAL, Pablo, Los Ángeles retira una estatua de Colón: «No hay que celebrar al responsable de un genocidio», *El País,* 12 de noviembre de 2018, disponible en https://elpais.com/internacional/2018/11/11/actualidad/1541951100_644365.html.
ZAVALA, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830,* Elliot y Palmer, Nueva York, 1832.
ZAPATA, Ramón, *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar,* Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, 2003.
ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan, *Historia de América,* Nascimento, Santiago de Chile, 1950.
ZUBIETA, Pedro, *Apuntes sobre las primeras misiones diplomáticas de Colombia (Primero y segundo períodos, 1809-1819-1830),* Imprenta Nacional, Bogotá, 1924.



La CIA utilizó *Doctor Zhivago,* de Boris Pasternak, con el objetivo de desgastar la imagen de la Unión Soviética del mismo modo que siglos antes Holanda, Francia e Inglaterra usaron la obra de Bartolomé de las Casas para resquebrajar el poder del Imperio español.



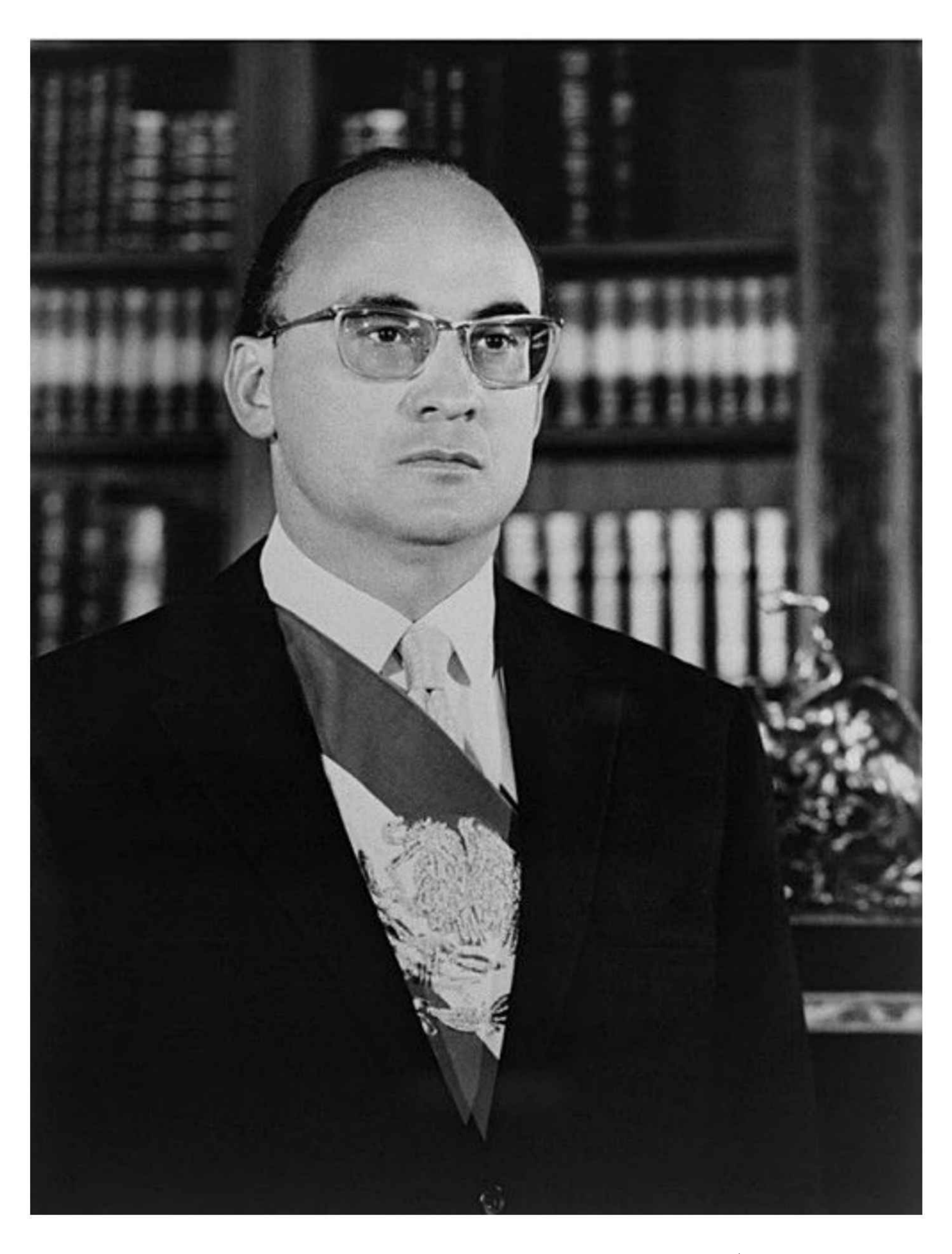
Los indios en Estados Unidos no fueron ciudadanos norteamericanos hasta el 2 de junio de 1924; el derecho al voto no se les concedió hasta 1948 y la libertad de culto no les fue reconocida hasta 1993 con la «Native American Free Exercise of Religious Act».



El 27 de noviembre de 1868 el general George Custer atacó por sorpresa uno de los campamentos cheyenes masacrando a los guerreros indios y, con ellos, a todas las mujeres y niños. Ni siquiera hubo piedad para las mujeres embarazadas ni los bebés, que murieron aplastados por las patas de los caballos del Séptimo de Caballería.



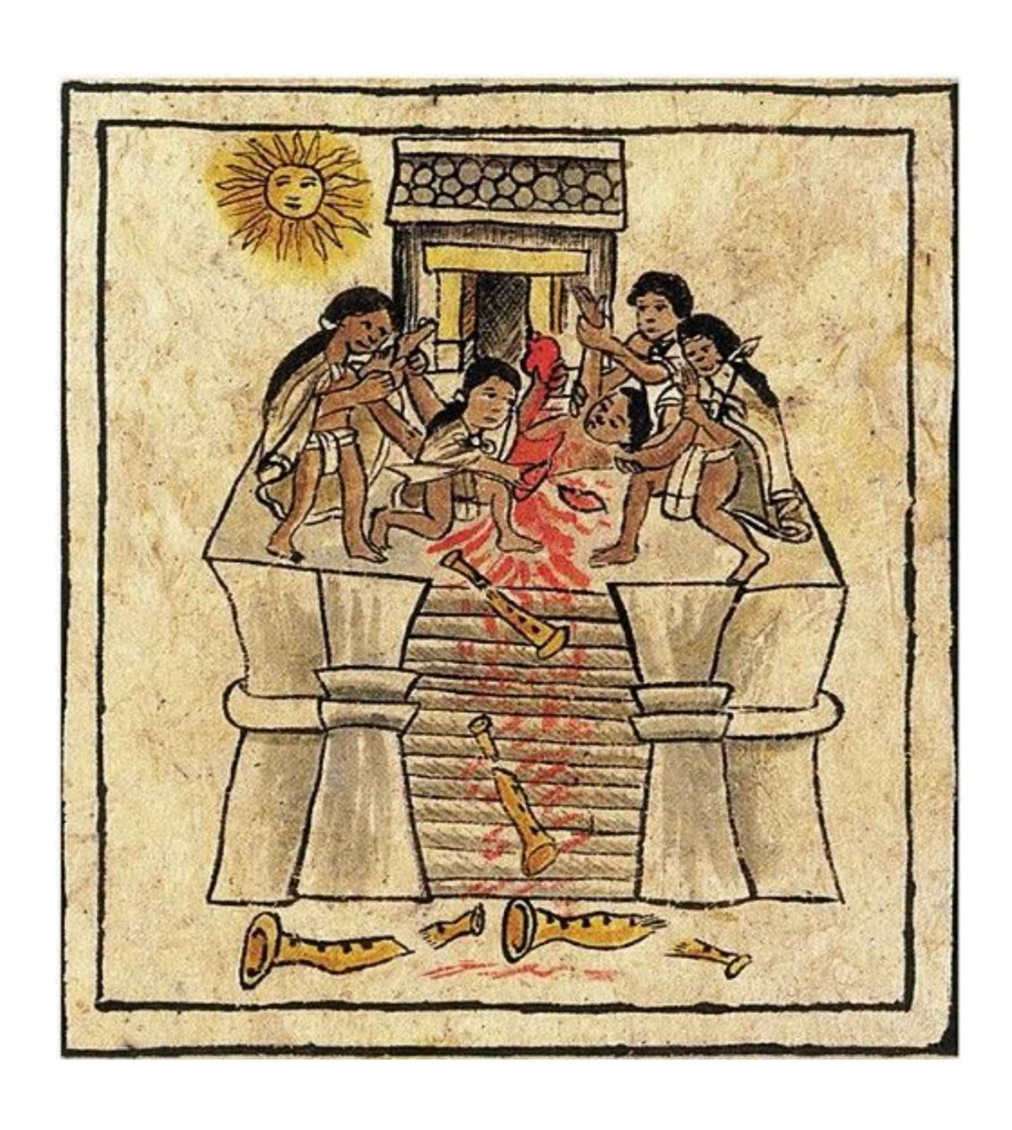
El embajador norteamericano Joel Roberts Poinsett, padre del nacionalismo mexicano, formó a los principales líderes del México independiente —entre los que se encontraban Guadalupe Victoria, Lorenzo de Zavala y Manuel Gómez Pedraza— en el mito de la leyenda negra.



Según Alfredo Jalife, el presidente Luis Echeverría Álvarez, el mandatario más longevo de la historia de México, fue un agente de la CIA.

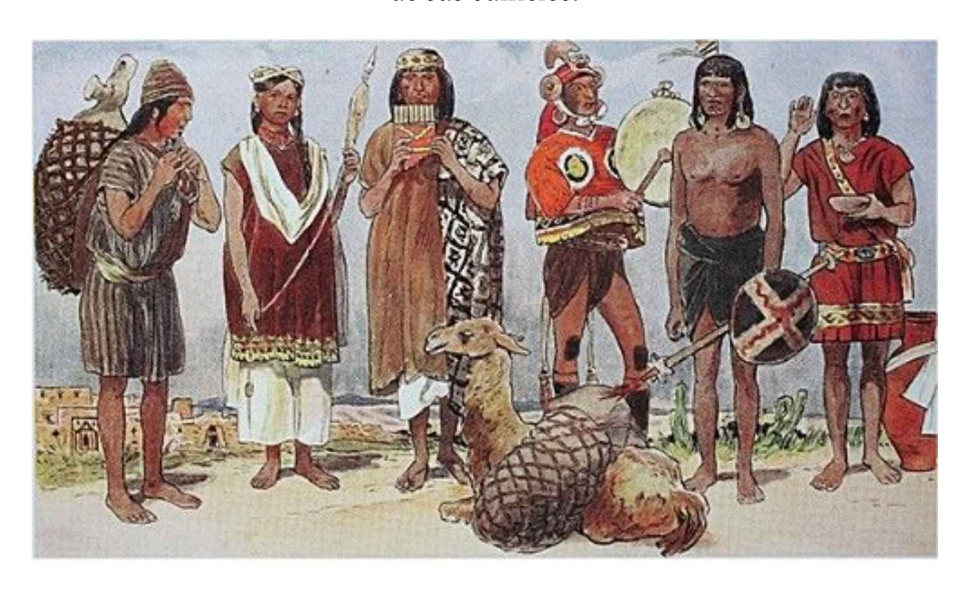


El presidente Hugo Chávez le entrega a Barack Obama *Las venas abiertas de América Latina.* Sin saberlo, Chávez servía al imperialismo cultural norteamericano al que se proponía combatir.



Dibujos hechos por los propios aztecas donde se les ve alimentándose con carne humana.

Era tal la cantidad de sacrificios humanos que realizaban los aztecas de los pueblos que dominaban, que con las calaveras construían las paredes de sus edificios.



Con la piel de los guerreros de los pueblos vencidos los incas construían sus tambores de guerra.



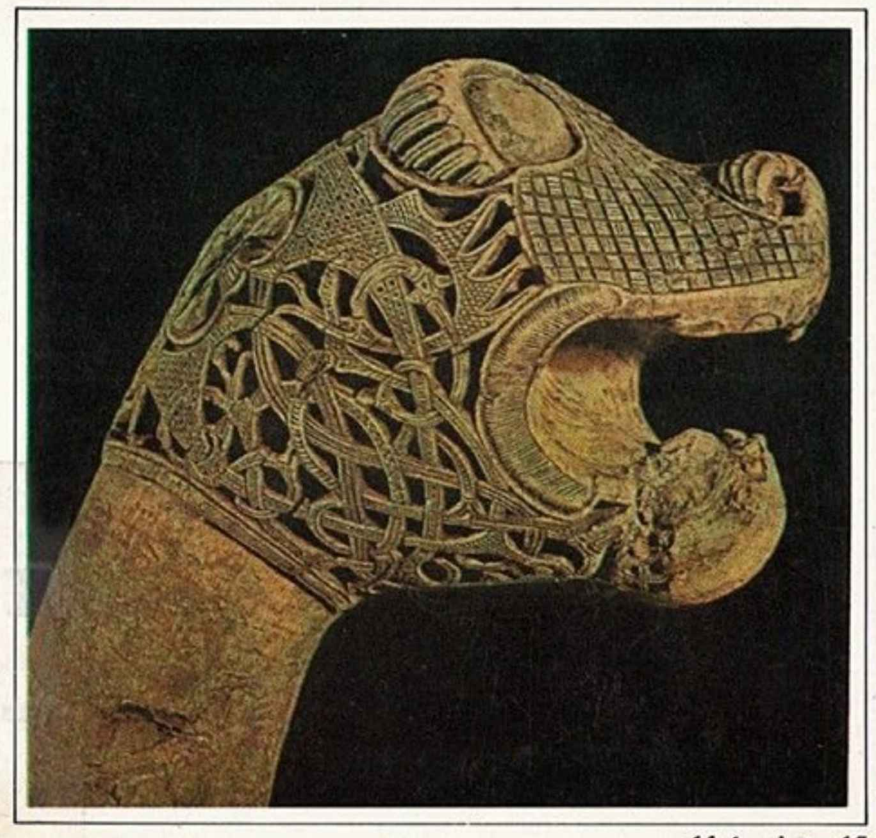
Tambor inca elaborado con piel humana.

Momia de una niña de seis años, perteneciente a los pueblos dominados por el imperialismo quechua, sacrificada por los incas a sus dioses. Durante el transcurso del viaje al volcán Llullaillaco, los niños y las niñas que iban a ser sacrificados eran emborrachados y drogados.

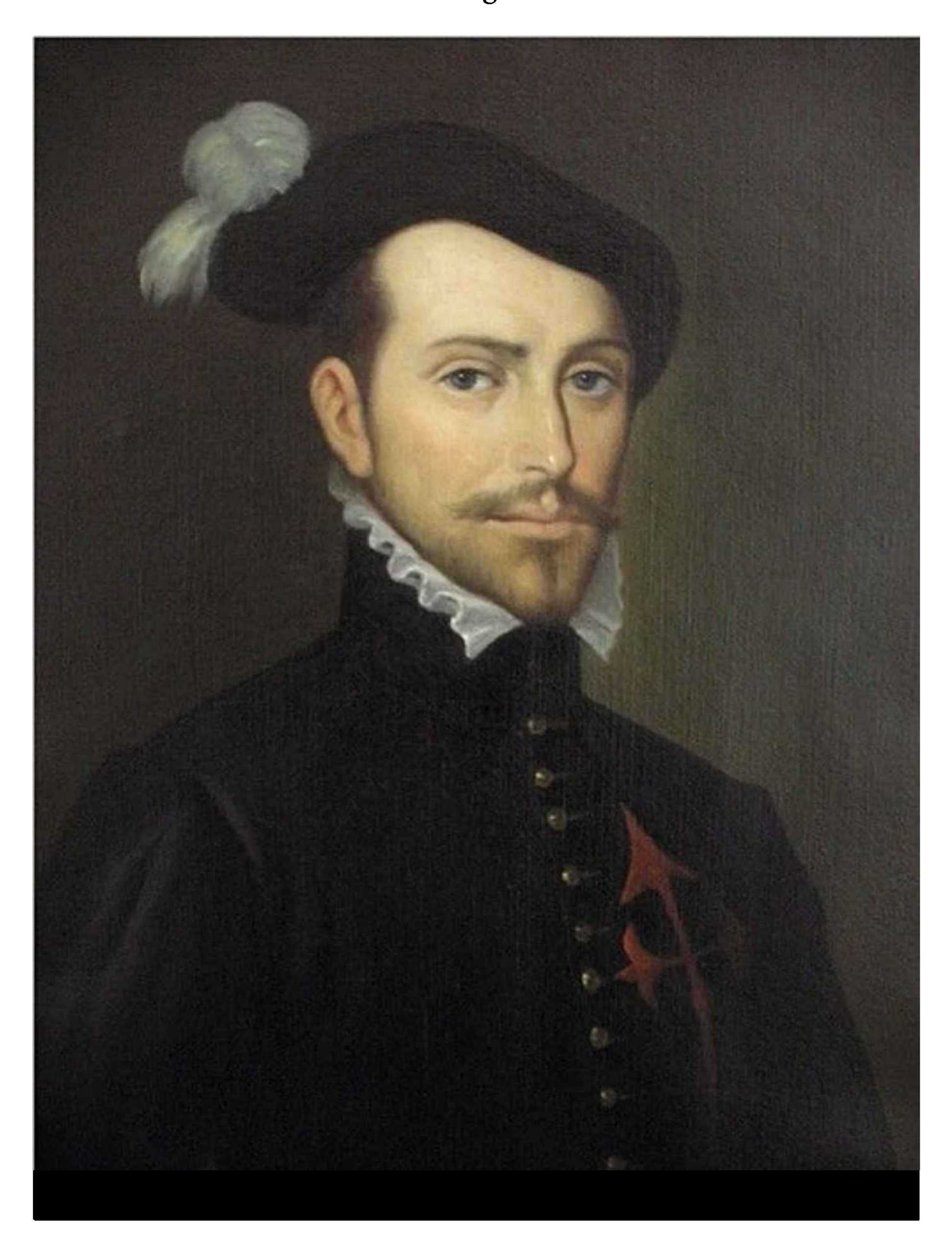


Billete de cinco libras esterlinas con la imagen de Táriq ibn Ziyad, jefe de la invasión musulmana de España. Conviene recordar que para festejar la conquista de España los musulmanes llevaron a Damasco veintiséis coronas de oro provenientes de la catedral de Toledo, varias tinas llenas

hasta el borde de perlas, rubíes y topacios y treinta mil vírgenes españolas como esclavas sexuales.



El historiador esotérico Jacques de Mahieu sostiene que los «barbudos dioses blancos» de los aztecas e incas, Queztalcoatl y Virachocha, fueron vikingos.

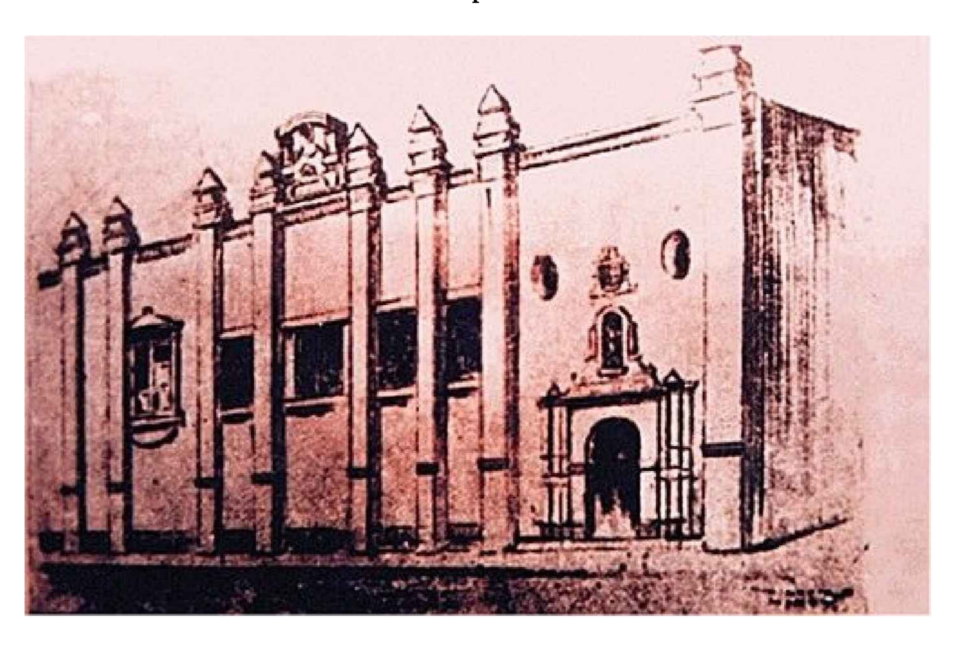


El mestizo Martín Cortés Malintzin, de niño, fue compañero de juegos del futuro rey Felipe II.



El Inca Garcilaso de la Vega, poeta y soldado, fue una de las máximas figuras de la cultura de su época.

El Real Colegio de Caciques San Francisco de Borja, creado en 1621 en la ciudad imperial de Cuzco, fue una institución de excelencia. Allí estudió el famoso Túpac Amaru.



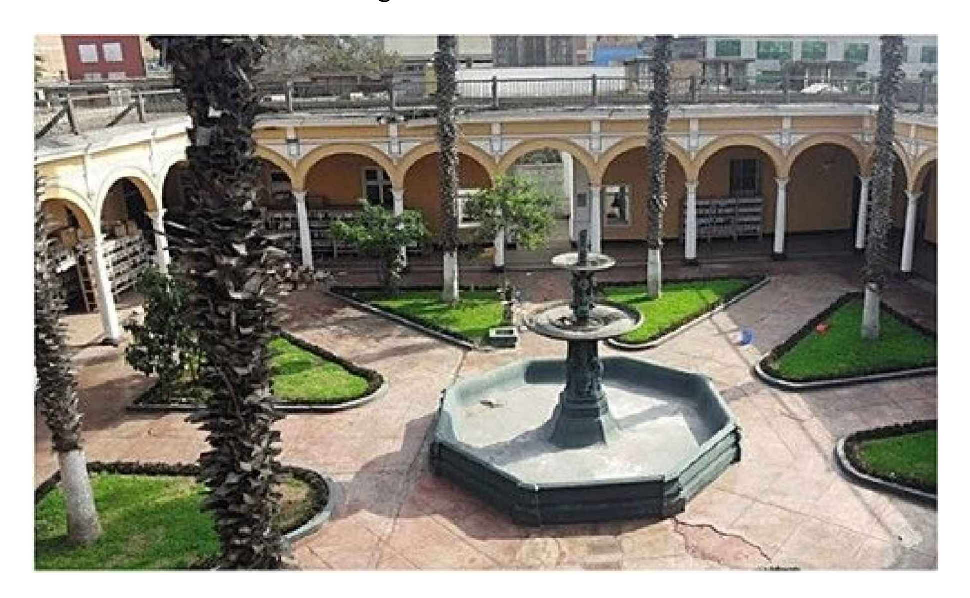
Universidad Mayor de San Marcos, fundada en 1551, ochenta y cinco años antes que la Universidad de Harvard.

En la Real Universidad de México, inaugurada en 1553, existía la cátedra de lenguas indígenas, donde se estudiaba azteca y otomí.



Patio del hospital de Jesús, fundado en la Ciudad de México en 1521 por Hernán Cortés. Se ha ocultado deliberadamente que los hospitales de México fueron superiores en materia de medicamentos a los hospitales

existentes en Madrid, París o Londres, porque a los productos farmacéuticos traídos por los españoles de Europa se incorporaron los originarios de América.



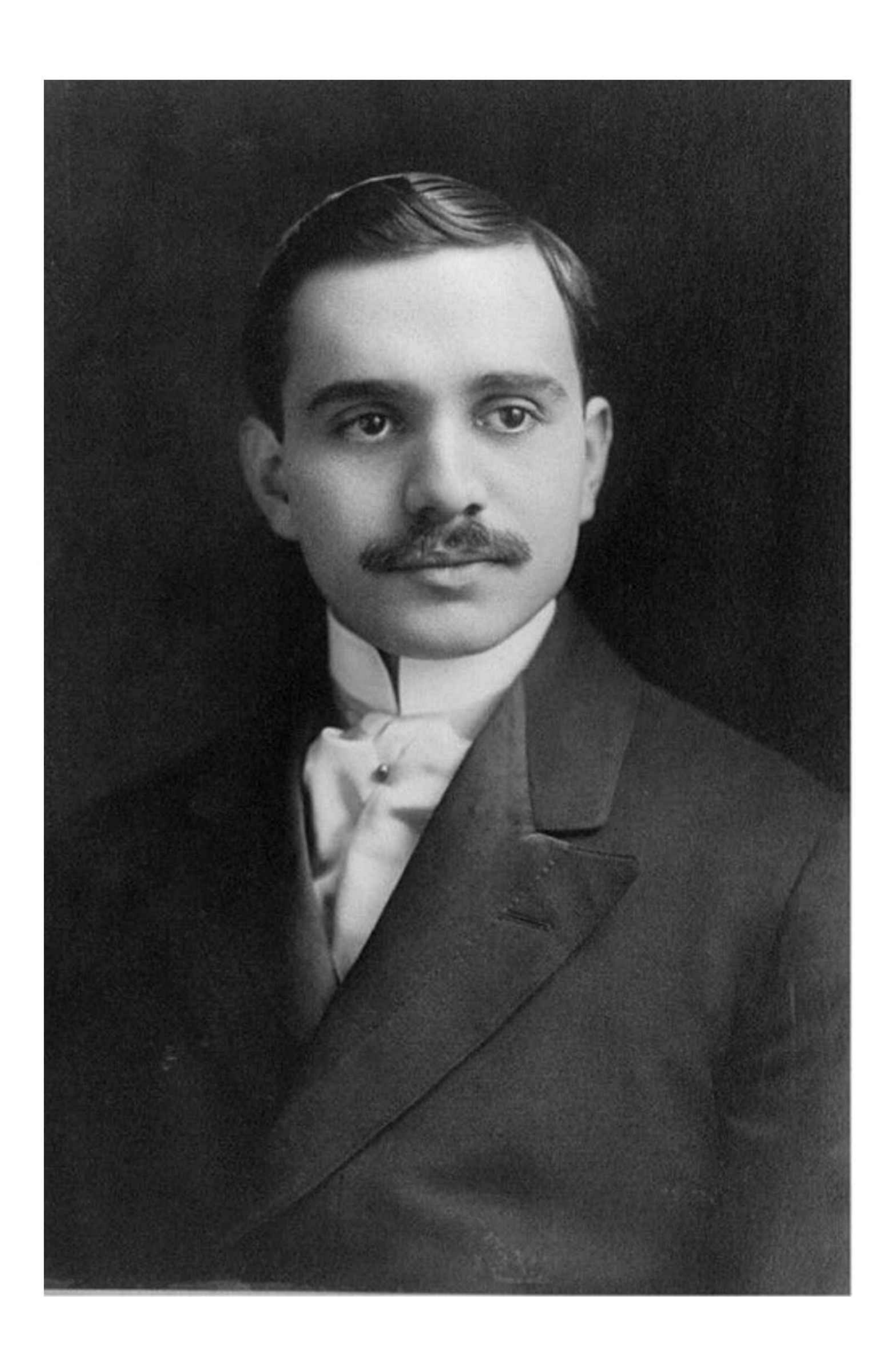
En 1646 se erigió el hospital de San Bartolomé, en Lima. No se exigía pago alguno o cuota mínima de ninguna clase, ni al ingresar, ni durante el tratamiento o al término de este. Téngase presente que todos los servicios de tratamiento, medicamentos, curas recetadas, alimentación, ropas o higiene eran suministrados por el hospital sin coste ni participación alguna del paciente.



El uruguayo José Enrique Rodó afirmaba: «Nuestra Patria es la América española».



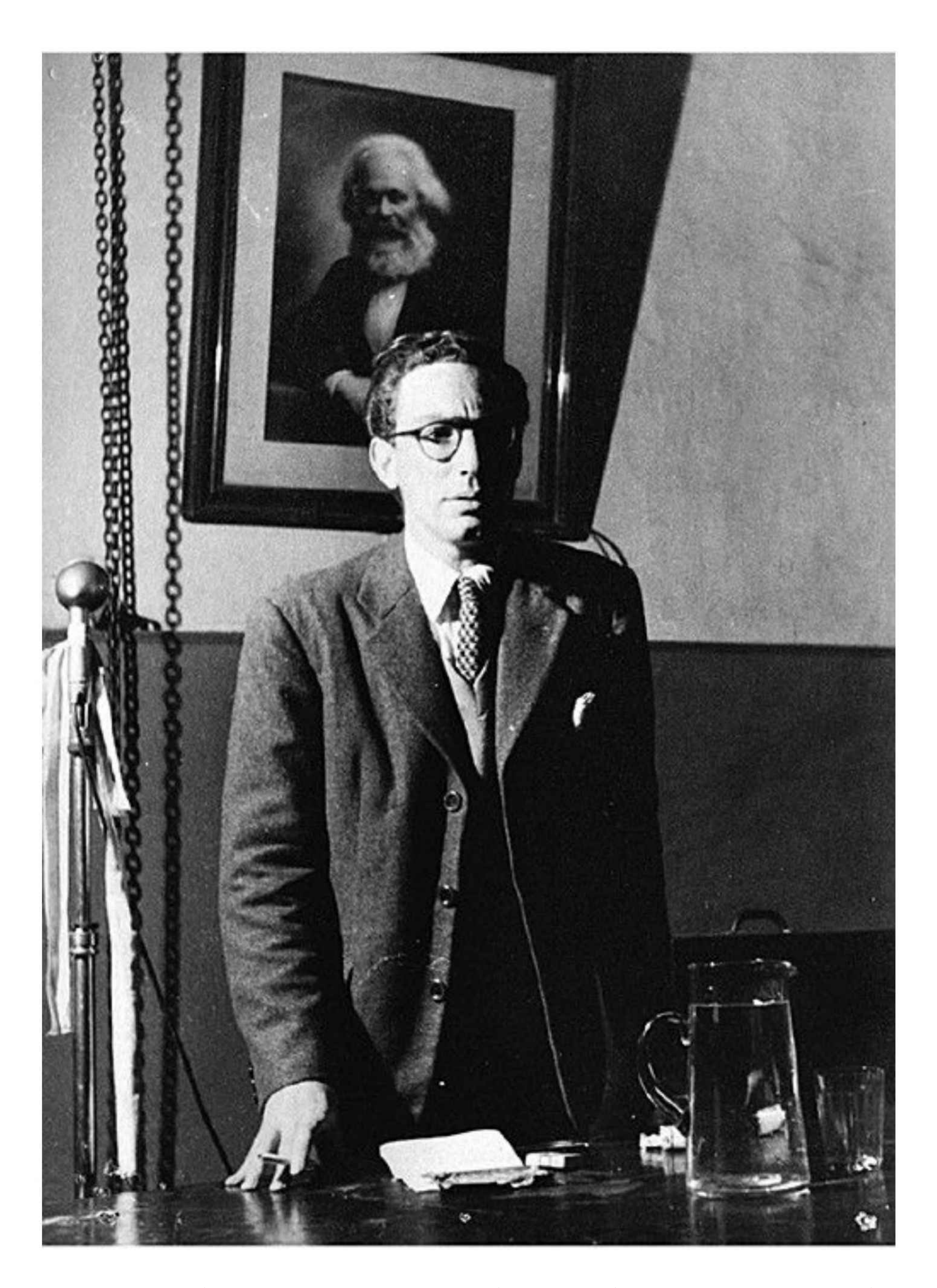
El mexicano José Vasconcelos afirmaba: «Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos de que se estime sagrada toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los Incas».



El argentino Manuel Ugarte afirmó: «Nada de recriminaciones contra España. Somos sus hijos cariñosos y ninguna bandera debe estar como la suya tan cerca de nuestro corazón».



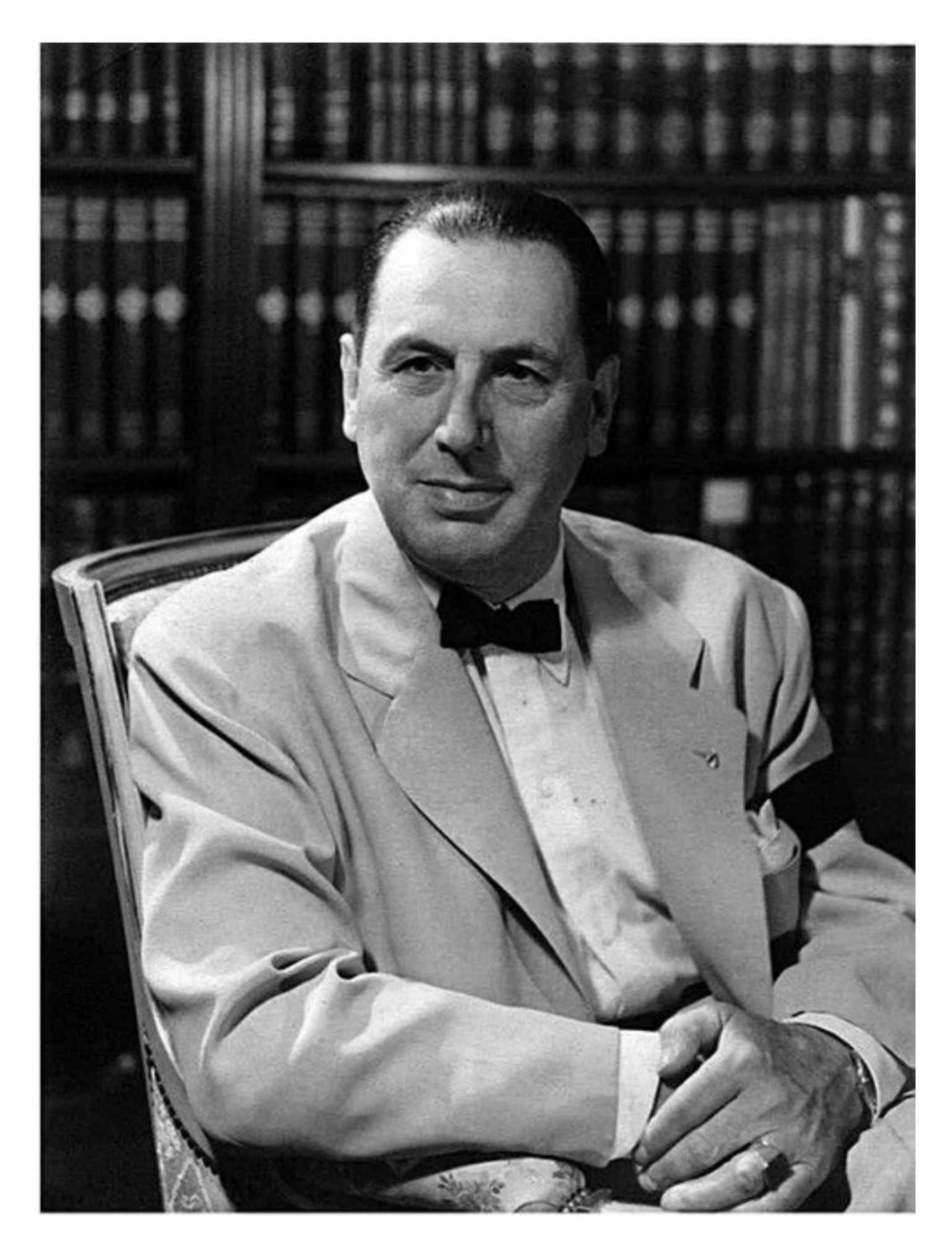
De izquierda a derecha, Natalia Sedova, Frida Kahlo y León Trotsky, quien, una vez instalado en México, se dio cuenta de que Hispanoamérica era una nación inconclusa.



El historiador marxista Jorge Abelardo Ramos dijo: «Somos el resultado de un gran naufragio histórico. Veinte repúblicas y un solo reino, esa era la idea de San Martín y de Bolívar, de modo tal que se pudiese avanzar hacia el futuro, con un centro ubicado en Madrid, pero eso fue rechazado primero por Fernando VII y luego por las Cortes liberales de Cádiz».



El presidente argentino Hipólito Yrigoyen fue el primer mandatario que estableció, en 1917, el 12 de octubre —Día del Descubrimiento de América — como día de fiesta nacional.



Juan Domingo Perón, elegido presidente constitucional en 1946, acusó de «imperialistas» a los detractores de la conquista española de América.

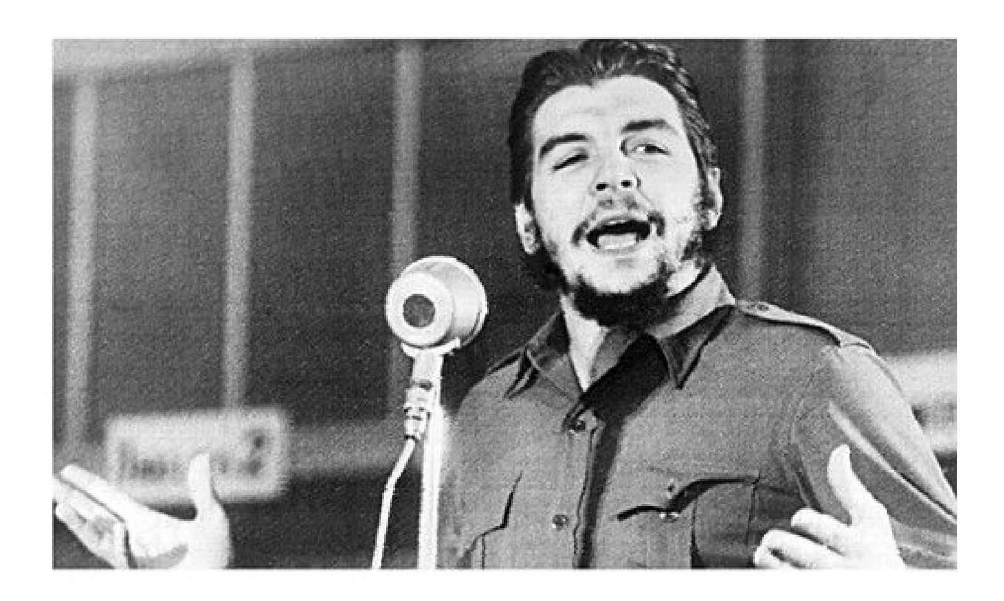


Eva Perón, la legendaria Evita, afirmaba: «La epopeya del descubrimiento y la conquista es, fundamentalmente, una epopeya popular. Somos, pues, no solo hijos legítimos de los descubridores y conquistadores, sino herederos directos de su gesta y de la llama de eternidad que ellos transportaron por sobre los mares. El 12 de octubre es,

por lo mismo, una fiesta de la hispanidad, que toca por igual a España que a sus hijas de América. Luchemos como supieron luchar los hombres de Cortés, de Mendoza, de Balboa y de Pizarro. Este es mi homenaje al Día de la Raza, día del pueblo que nos dio el ser y que nos legó su espiritualidad. ¡Bendito sea!».



Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, reivindicó, en su madurez intelectual, la obra de España en América.



El joven Ernesto Guevara admiró la grandeza de los conquistadores españoles.

Fidel Castro jugando al dominó con Manuel Fraga durante su visita a Galicia el 28 de julio de 1992. Su antihispanismo fue un antihispanismo de compromiso, por eso afirmó: «Estamos defendiendo nuestra cultura de cinco siglos, nuestra identidad, nuestra sangre. Queremos seguir siendo

esta maravillosa mezcla de españoles, de indios y de africanos. Nos sentimos privilegiados por eso. Es lo que nos dio la historia. Es lo que nos dio Dios, para los creyentes. Es lo que nos dio Santiago, hace dos mil años, y eso queremos seguir siendo, eso y parte del alma de España».

Madre patria
Marcelo Gullo Omodeo

Mapa: Jesús Sanz (jesussanz.com)
© Jimlop collection/Alamy/ACI; © Werner Forman Archive/Bridgeman Images/ACI; MHC; © Ediciones Nuevo Arte Thor; AESA; © PVDE/Bridgeman Images/ACI; © Carlo Ponti /MGM/Album; © Bettmann/Getty Images; © Quintlox/Album; © Matthew Cavanaugh/ EFE; © Oronoz/Album; © Shutterstock; © Visionarts/Dreamstime; © Hemis/Alamy/ACI; The History Collection/Alamy/ACI; © Wikimedia; © UNMSM; © Diego Delso, delso.photo, Licencia CC-BY-SA; © Francisco del Castillo, Licencia CC-BY-SA; Biblioteca Nacional de Uruguay, Archivo Rodó; Granger Historical Picture Archive/ Alamy/ACI; Heritage Image Partnership Ltd/Alamy/ACI; Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano, Manuel Dorrego; Documenta/Album; Universal Images Group/Universal History Archive/Album; © Keystone-France/Gamma/Getty Images; Ullstein bild/Getty Images, © Lavandeira/EFE y © KPA/ACI.
Iconografía: Grupo Planeta

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

NOTA DEL EDITOR: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2021

ISBN: 978-84-670-6304-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com

Notas

[1] Mario Vargas Llosa, «Leyendas negras que horadan el poder del enemigo» Disponible en https://www.lanacion.com.ar/2172654-leyendas-negras-horadan-poder-del-enemigo. Consultado el 1 de agosto de 2018.

[2] Juan José Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?,* Peña Lillo, Buenos Aires, 2005, pág. 24.

[3] Como sostiene Arnold J. Toynbee en su libro *La civilización puesta a prueba,* los viajes oceánicos de descubrimiento que protagonizaron los marinos de Castilla, Portugal y luego los de Inglaterra, Holanda y Francia, fueron un acontecimiento histórico epocal porque, desde los alrededores de 1500, la humanidad quedó reunida en una única sociedad universal. A diferencia de Toynbee —aunque coincidiendo, en esencia, con su análisis—, en nuestro estudio, siguiendo el criterio de Raymond Aron, no utilizamos el concepto de «sociedad internacional o universal», sino el de «sistema internacional». Desde nuestro punto de vista, todos los actores de las relaciones internacionales se insertan o pertenecen en o a aquello que denominamos «sistema internacional». En este sentido, todos los actores que integran el sistema están ligados por la influencia que cada uno ejerce sobre el otro. En última instancia, una modificación en uno de los actores no deja de modificar la situación de los demás. Pero es preciso aclarar, como hace Raymond Aron, que las influencias recíprocas de los actores que integran el sistema no son simétricas, sino asimetrías, ya que, por sus dimensiones, algunos actores ejercen un poder *de facto* sobre el conjunto del sistema.

[4] Gustavo Gutiérrez, *Dios o el oro en las Indias. Siglo XVI,* Instituto Bartolomé de las Casas, Lima, 1989, pág. 13.

[5] Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América,* Sudamericana, Buenos Aires, 1949, pág. 13.

[6] Helio Jaguaribe de Mattos (1923-2018), sociólogo, politólogo y escritor brasileño. Doctor Honoris Causa en Filosofía por la Universidad Juan Gutemberg, de Mainz, Alemania. Fue profesor en las universidades norteamericanas de Harvard y Stanford, y del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Entre sus obras destacan: *O nacionalismo na atualidade brasileira* (1958), *Political and Economic Development* (1958), *La dominación de América Latina* (1972), *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia* (1972), *Political Development: a General Theory and a Latin American Case Study* (1973).

[7] H. Jaguaribe, *Un estudio crítico de la historia,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, pág. 35.

[8] Ibíd.

[9] Vicente Sierra, *Historia de la Argentina,* tomo I, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1956, pág. 27.

[10] Véase Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations (avec une presentation inédite de l'auteur)*, Calmann-Lévy, París, 1984. [Hay traducción en español: *Paz y guerra entre las naciones,* Alianza Editorial, Madrid, 1985].

[11] Alberto Methol Ferré y Alver Metalli, *La América Latina del siglo XXI*, Edhasa, Buenos Aires, 2006, pág. 12.

[12] Luiz Alberto Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al MERCOSUR,* Norma, Buenos Aires, 2004, pág. 32.

[13] Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación de los Estados en la cuenca del Plata,* Norma, Buenos Aires, 2006, pág. 32.

[14] Hans Morgenthau, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz,* Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, pág. 193.

[15] Juan José Hernández Arregui, doctor en Filosofía, fue un escritor, profesor universitario y periodista argentino nacido en la ciudad de Pergamino en 1913 y fallecido en la ciudad de Mar del Plata en 1974. Discípulo del filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, intentó la elaboración de un marxismo hispanoamericano. Entre sus principales obras pueden mencionarse *La formación de la conciencia nacional* (1960), *¿Qué es el ser nacional?* (1963) y *Nacionalismo y liberación* (1969).

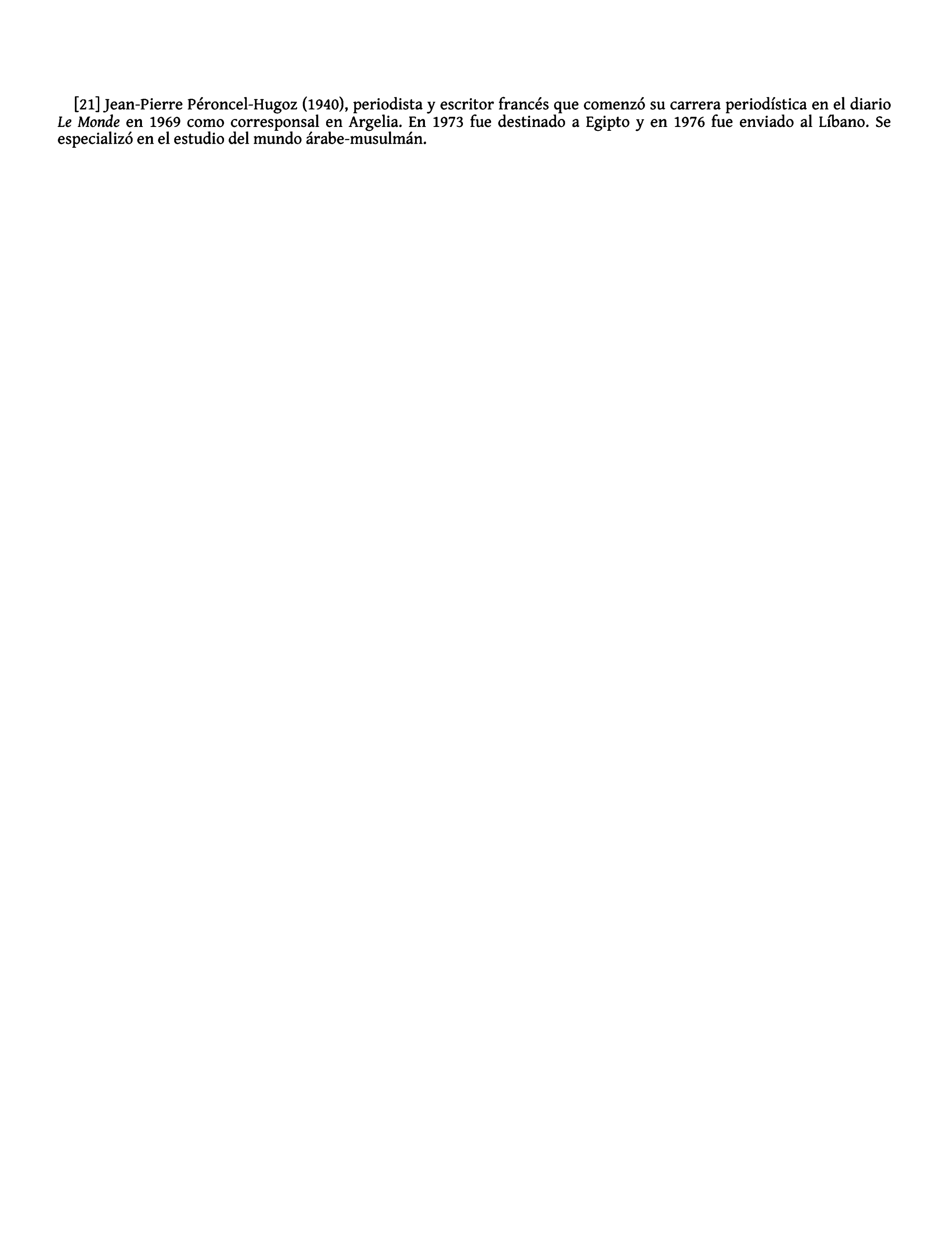
[16] J. J. Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?,* Continente, Buenos Aires, 1963, págs. 21-22.

[17] Ibíd., pág. 144.

[18] Arturo Jauretche, *Manual de zonceras argentinas,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1984, págs. 12-13.

[19] Jessé Souza, *A tolice da inteligência brasileira. Ou como o país se deixa manipular pela elite,* Leiva, San Pablo, 2015, pág. 12.

[20] L. A. Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos...*, ob. cit., pág. 32.



[21] Jean-Pierre Péroncel-Hugoz (1940), periodista y escritor francés que comenzó su carrera periodística en el diario *Le Monde* en 1969 como corresponsal en Argelia. En 1973 fue destinado a Egipto y en 1976 fue enviado al Líbano. Se especializó en el estudio del mundo árabe-musulmán.

[22] Jean-Pierre Péroncel-Hugoz, postfacio en Alexander Del Valle, *Islamisme et Etats-Unis. Un Alliance contre l'Erupope,* L'Aged'Homme, Lausana, 2001, pág. 343.

[23] Joseph Nye, *La naturaleza cambiante del poder norteamericano,* Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1991, págs. 39-40.

[24] Joseph Nye, «Política de seducción, no de garrote», *Clarín,* Buenos Aires, 11 de septiembre de 2006, pág. 17.

[25] Hans Morgenthau, *Política entre las naciones,* ob. cit., pág. 86.

[26] Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación,* Peña Lillo, Buenos Aires, 2004, pág. 140.

[27] Jorge Abelardo Ramos Gurtman (1921-1994) político, historiador y editor argentino, nació a la vida política en la ciudad de Buenos Aires conformando una agrupación de estudiantes secundarios en apoyo a los republicanos españoles en la Guerra Civil. Es considerado uno de los intelectuales marxistas de orientación trotskista más destacados y originales de Hispanoamérica. En 1953 fundó el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) y en 1962 el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN). En 1971, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional se transformó en el *Frente de Izquierda Popular (FIP)*. Entre sus obras principales destacan: *América Latina un país* (1949), *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954), *Revolución y contrarrevolución en Argentina* (1957), *El Partido Comunista en la política argentina* (1962), *Historia de la Nación Latinoamericana* (1968), *Bolivarismo y marxismo* (1969) y *Marxismo para latinoamericanos* (1972).

[28] Jorge Abelardo Ramos, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Indoamérica, Buenos Aires, 1954. Citado en Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa: La colonización pedagógica,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1975, págs. 144 -145.

[29] Arturo Jauretche (1901-1974), abogado, escritor y político argentino. Fundador de FORJA (acrónimo de Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) agrupación política disidente dentro del partido denominado UCR (Unión Cívica Radical), que desde 1945 se adhirió al peronismo. En 1946 fue nombrado presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Fue uno de los principales promotores de la industrialización de Argentina. Entre sus obras destacan *El Plan Prebisch: retorno al coloniaje* (1956), *Ejército y política* (1958), *El medio pelo en la sociedad argentina. Apuntes para una sociología nacional* (1966) y *Manual de zonceras argentinas* (1968).

[30] Gustavo Battistoni, *Disidentes y olvidados,* Germinal, Rosario, 2008.

[31] Sven Beckert, *El imperio del algodón. Una historia global,* Planeta, Barcelona, 2015, págs. 315-317.

[32] Al respecto véase las siguientes obras: Luis Alberto Herrera, *La diplomacia británica y la independencia del Uruguay*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1974; Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Ed. Sol 90, Buenos Aires, 2001; Alberto Methol Ferré, «La biografía de un descubrimiento», *Revista Política,* año 2, núm. 5 (diciembre de 2007), pág. 32.

[33] En la misma línea de interpretación realizada por François Fejtö encontramos a Joseph Roth en su obra *La Crypte des Capucisns,* Plon, París, 1940. [Hay traducción en español, *La Cripta de los capuchinos,* Acantilado, Barcelona, 2002]. Sin ir tan lejos como Fejtö y Roth, Edward Crankshaw, en su obra *La chute des Habsbourg*, Gallimard, París, 1966, afirma que las distintas nacionalidades que integraban el Imperio no se sentían oprimidas y que no se puede afirmar de ninguna manera que hubiese una especie de imperialismo austriaco contra el cual se rebelaron las otras nacionalidades integrantes del Imperio. El mismo Jacques Droz, en su obra *L'Europe Central,* Payot, París, 1960, reconoce que antes de 1914 nadie había soñado con destruir la monarquía austrohúngara. Mientras que Jean-Paul Bled sostiene en su obra *François Joseph*, Fayard, París, 1987, que ni aun en las provincias menos ligadas sentimentalmente a la Corona hubo tentativas de revelarse contra la monarquía para separase del Imperio. Tanto Crankshaw, como Droz, como Bled afirman que los separatistas conformaban una minoría dentro de la población del Imperio. En la vereda de enfrente de estos autores se encuentra Leo Valiani, que en su obra *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, ed. Il Saggiatore, Milán, 1966, sostiene que los separatistas conformaban la mayoría de la población del Imperio.

[34] François Fejtö, *Requiem pour un empire défunt. Histoire de la destruction de l'Autriche-Hongrie*, Lieu Commun, París, 1988. [Hay traducción en español: *Historia de la destrucción de Austria-Hungría,* Ed. Encuentro, Madrid, 2016].

[35] Marcelo Gullo, «Yugoslavia y el ajedrez europeo», *Revista de Análisis Sí*, Lima (31 de agosto de 1992), págs. 65-72.

[36] En abril de 1999, el presidente de la Duma de la Federación Rusa, Guennadi Seleznіov, afirmó en clara alusión a las potencias occidentales: «Algunos desean ver a Rusia reducida al viejo ducado de Moscú». El 7 de agosto de 2000, el ministro de Agricultura de Rusia, cuando se le preguntó si compartía la idea del presidente de la Duma, respondió tajantemente: «Sí, yo comparto esa idea. El deseo de algunos extremistas es reducir a Rusia al viejo ducado de Moscú». Al respecto véase: «El no de Rusia», entrevista de Marcelo Gullo a Guennadi Seleznіov, presidente de la Duma Estatal de la Federación Rusa, *Revista de Análisis Sí*, Lima, 12 de abril de 1999 y la entrevista de Marcelo Gullo al ministro de Agricultura de Rusia Yuri Sinelkin, en la *Revista de Análisis Sí*, Lima (7 de agosto de 2000).

[37] Raymond Aron, *La paz y la guerra entre las naciones...*, ob. cit., pág. 22.

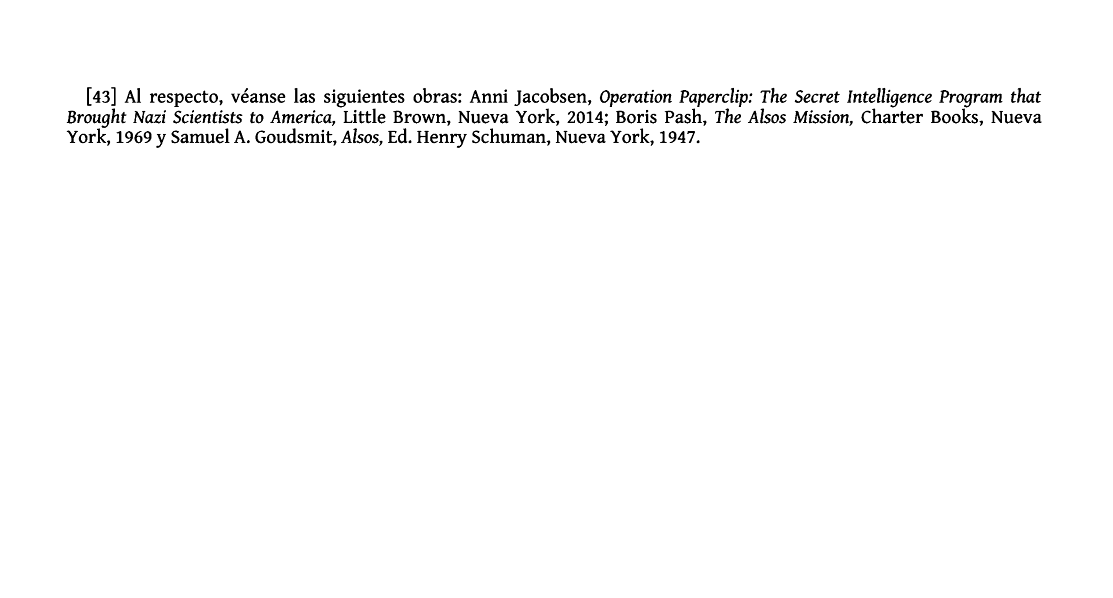
[38] Ibíd., pág. 17.

[39] Atilio Borón, «La CIA y la contrarrevolución en Venezuela», disponible en https://www.atilioboron.com.ar/. Consultado el 5 de agosto de 2019.

[40] Véase Catherine Merridale, *Lenin on the Train*, Metropolitan Books, Henry Holt and Company, Nueva York, 2017. Véase también Juan Vásquez, «Lenin resultó ser el arma más letal empleada por Alemania contra Rusia», disponible en https://www.abc.es/cultura/20140204/abci-lenin-arma-letal-revolucion-201402031132.html. Consultado el 6 de agosto de 2019.

[41] Al respecto véase Gerard Mura, *Fátima, Roma, Moscú*, ed. del autor, Santiago de Chile, 2005.

[42] Al respecto véase las siguientes obras y artículos: Pere Ferrer, *Juan March: El hombre más misterioso del mundo,* Ed. Zeta, Mendoza, 2010; Walter Oppenheimer, «Así evitó Gran Bretaña que España entrara en la II Guerra Mundial», disponible en https://cultura.elpais.com/cultura/2013/06/01/actualidad/1370105485_283805.html. Consultado el 10 de agosto de 2019.

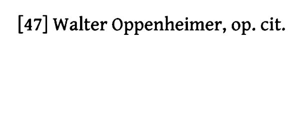


[43] Al respecto, véanse las siguientes obras: Anni Jacobsen, *Operation Paperclip: The Secret Intelligence Program that Brought Nazi Scientists to America,* Little Brown, Nueva York, 2014; Boris Pash, *The Alsos Mission,* Charter Books, Nueva York, 1969 y Samuel A. Goudsmit, *Alsos,* Ed. Henry Schuman, Nueva York, 1947.

[44] Al respecto, véanse las siguientes obras: David Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956,* Yale University Press, 1994; Pavel V. Oleynikov, «German Scientists in the Soviet Atomic Project», *The Nonproliferation Review*, vol. 7, núm. 2 (2000) y Arkadii Kruglov, *The History of the Soviet Atomic Industry,* CRC Press, Florida, 2002.

[45] Al respecto, véanse las siguientes obras: Iván Tolstói, *La Novela Blanqueada: El Doctor Zhivago de Pasternak. Entre el KGB y la CIA*, Galaxia Gutenberg, Buenos Aires, 2014; Lara Prescott, *The Secrets We Kept*, Cornerstone-Hutchinson, Londres, 2019. [Hay traducción en español: *Los secretos que guardamos,* Seix Barral. Barcelona, 2020]; Peter Finn y Petra Couvée, *The Zhivago Affair: The Kremlin, the CIA, and the Battle over a Forbidden Book*, Pantheon, Nueva York, 2014. [Hay traducción en español: *El expediente Zhivago,* Bóveda, Madrid, 2016].

[46] Walter Oppenheimer, construye su relato a partir del libro *Juan March: The Most Mysterious Man in the World,* escrito por el historiador Pere Ferrer, basado en documentos inéditos hallados en los archivos del Foreign Office. Al respecto, ver Walter Oppenheimer, «Así evitó Gran Bretaña que España entrara en la II Guerra Mundial», disponible en https://cultura.elpais.com/cultura/2013/06/01/actualidad/1370105485_283805.html.



[47] Walter Oppenheimer, op. cit.

[48] Ibíd.

[49] Ibíd.

[50] Ibíd.

[51] Ibíd.

[52] Ibíd.

[53] Ibíd.

[54] Ibíd.

[55] Ibíd.

[56] *Clarin,* Buenos Aires, 8 de abril de 2014, pág. 21. También puede consultarse el artículo de Martin Vernnard, «How the CIA Secretly Published Dr Zhivago», disponible en https://www.bbc.com/news/magazine-27942646. Consultado el 7 de agosto de 2019.

[57] Enrique Peltzer, *Cómo se juega el poder mundial. Teorías de las relaciones políticas externas,* Ábaco, Buenos Aires, 1994, pág. 75.

[58] H. Morgenthau, *Política entre las naciones,* ob. cit. pág. 49.

[59] Ibíd.

[60] Ibíd., pág. 41.

[61] Ibíd.

[62] Ibíd., pág. 48.

[63] Ibíd., pág. 49.

[64] R. Aron, *La paz y la guerra...*, ob. cit., pág. 82.

[65] Federico Fernández de Castillejo, *La ilusión en la conquista. Génesis de los mitos y leyendas americanas,* Atalaya, Buenos Aires, 1945, pág. 15.

[66] Enrique Peltzer, *Cómo se juega el poder mundial. Teorías de las relaciones políticas externas*, Ed. Ábaco, Buenos Aires, 1994, pág. 220.

[67] John Strachey, *El fin del imperio,* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1962, pág. 366.

[68] Ibíd., pág. 366.

[69] Ibíd., pág. 367.

[70] Ibíd., pág. 368.

[71] Ibíd.

[72] Ibíd.

[73] María Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español,* Siruela, Madrid, 2018, págs. 46 y 422.

[74] Helio Jaguaribe,«Mercosur y las alternativas de ordenamiento mundial», *Octubre Sudamericano,* Buenos Aires, diciembre de 2000, págs. 29-31.

[75] Vittorio Messori, *Leyendas negras de la Iglesia,* Planeta, Barcelona, 2000, pág. 28.

[76] Disponible en https://biblioteca.libertyfund.org/bibliotecadelalibertad/la-declaracion-de-independencia-html#lf06_div_004. Consultado el 28 de marzo de 2020.

[77] Sobre el traslado de las tribus indias al oeste del Misisipi, véase Francis Paul Prucha, *The Great Father: The United States Government and the American Indians,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1984.

[78] Los cheroquis habitaban el territorio actual de los Estados de Alabama, Georgia, Kentucky, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Tennessee y Virginia.

[79] Véase Samuel Carter, *Cherokee Sunset. A Nation Betrayed: A Narrative of Travail and Triumph, Persecution and Exile*,Doubleday, Nueva York, 1976, y Andrew Denson, *Monuments to Absence: Cherokee Removal and the Contest Over Southern Memory*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2017.

[80] Véase John Ehle, *Trail of Tears: The Rise and Fall of the Cherokee Nation*, Doubleday, Nueva York 1988.

[81] Alfred Jackson, «Abraham Lincoln in the Black Hawk War», *Wisconsin Historical Collections* 14, 1898, págs. 118-136.

[82] Elizabeth Rooney, «Story of the Black Hawk War», *Wisconsin Magazine of History* 40 (1957), págs. 274-283.

[83] Cecil Eby, *That Disgraceful Affair the Black Hawk War,* W. W. Norton, Nueva York, 1973.

[84] Roger Nichols, «Battle of Bad Axe: General Atkison's Report», *Wisconsin Magazine of History* 50 (1966), págs. 54-58.

[85] Sobre la participación de Zachary Taylor en la guerra contra Halcón Negro, véase Holman Hamilton, «Zachary Taylor and the Black Hawk War», *Wisconsin Magazine of History* 24 (1941), págs. 305-315.

[86] Véanse Stan Hoig, *The Sand Creek Massacre,* University of Oklahoma Press, Norman, 1977, y Gregory F. Michno, *Battle at Sand Creek,* Upton and Sons, El Segundo, 2004.

[87] Ari Kelman, *A Misplaced Masssacre: Struggling Over the Memory of Sand Creek,* Harvard University Press, Cambridge, 2013.

[88] Hay autores, como Gregorio Doval, que sostienen que la población india en el momento de la independencia era de doce millones, lo que nos parece una cifra exagerada. Véase Gregorio Doval, *Breve historia de los indios norteamericanos,* Nowtilus, Madrid, 2009.

[89] Véase Jerome Greene, *Washita, The Southern Cheyenne and the U.S. Army. Campaigns and Commanders*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 2004.

[90] Véanse Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West, Holt,* Rinehart & Winston, Nueva York, 1970; Kevin Hillstrom y Laurie Collier Hillstrom, *American Indian Removal and the Trail to Wounded Knee (Defining Moments),* Omnigraphics, Detroit, 2010; Michael Shally-Jensen, *The American West (1836-1900),* Grey House Publishing, Nueva York, 2014.

[91] Tim Giago, *The Man Who Called for the Extermination of the Lakota,* disponible en https://www.huffpost.com/entry/the-man-who-called-for-th_b_5013398. Consultado el 20 de abril de 2020.

[92] Robert M. Utley, *Frontier Regulars: The United States and the American Indian, 1866-1891,* MacMillan, Nueva York, 1973.

[93] Les fueron entregadas las medallas de honor a los tenientes Ernest Garlington, John Chowning Gresham y Harry Hawthorne; a los sargentos William Austin, Berhard Jetter, George Lloyd, Albert McMillain, Jacobo Trautman, James Ward y Frederick Toy; a los cabos William Wilson y Paul Weinert, y a los soldados Mathew Hamilton, Joshua Hartzoz, Marvin Hillock, Thomas Sullivan, Hermann Ziegner, John Clancy, George Hobday y Mosheim Feaster.

[94] Pablo Ximenes de Sandoval, *Los Ángeles retira una estatua de Colón: «No hay que celebrar al responsable de un genocidio», El País,* 12 de noviembre de 2018, disponible en https://elpais.com/internacional/2018/11/11/actualidad/1541951100_644365.html. Consultado el 1 de abril de 2020.

[95] Albert L. Hurtado, *Indian Survival on the California Frontier,* Yale University Press, New Haven, 1988.

[96] Al respecto, véase Salvador Capote, «Campos de exterminio llamados reservaciones», disponible en https://www.alainet.org/es/active/68564. Consultado el 20 de febrero de 2020. También «Pueblos originarios. Textos y documentos», disponible en https://pueblosoriginarios.com/textos/ciudadania_usa/acta.html. Consultado el 20 de febrero de 2020.

[97] Pablo Moral, «La nación navajo: larga marcha hacia la soberanía», disponible en https://elordenmundial.com/la-nacion-navajo-la-larga-marcha-hacia-la-soberania/. Consultado el 22 de abril 2020.

[98] «El plan de deportación que aplicó el condado de Los Ángeles fue uno de los que operó con mayor éxito en todo el país. Se basó en una intensa persecución realizada por oficiales locales y federales, quienes efectuaron redadas en plazas y parques públicos. No fue el único plan que operó en Estados Unidos. Los agentes de inmigración, encabezados por William N. Doak, secretario de Trabajo, incrementaron sus actividades en el sureste de California y en los grandes centros urbanos del país. En varios Estados, entre los que estuvieron Texas, Illinois, Michigan y Arizona, se realizaron esfuerzos y se presionó para sacar a los mexicanos. Fue continua la coerción de las autoridades locales y federales para segregar, marginar y expulsar al mexicano». Fernando Saúl Alanís Enciso, «Regreso a casa: la repatriación de mexicanos en Estados Unidos durante la gran depresión: el caso de San Luis Potosí, 1929-1934», disponible en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26202005000100119. Consultado el 12 de marzo de 2020.

[99] Al respecto pueden consultarse las siguientes obras: Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican-Americans in the Great Depression Repatriation Pressures 1929-1939,* The University of Arizona Press, Tucson, 1974; David Montejano, *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986,* University of Texas Press, Austin, 1988. [Hay traducción en español: *Anglos y mexicanos en la formación de Texas, 1836-1986,* Alianza Editorial, Madrid, 1991]; Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis. 1929-1932,* Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D. F., 1974.

[100] Alejandro Pandra (1948-2014), historiador, ensayista y político argentino, y fundador del Foro San Martín para la integración de América. Su obra más importante es, sin duda, *Origen y destino de la Patria*, publicada en 2013 en la ciudad de Buenos Aires por la editorial Punto de Encuentro.

[101] Juan Bautista Alberdi (1810-1884) fue abogado, jurista, economista, político, diplomático y escritor argentino. Profundamente antiespañol durante su juventud, fue paulatinamente modificando su visión de España. Entre sus principales obras destacan *Fragmento Preliminar al estudio del derecho (1837); Reacción contra el españolismo (1838); Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (1852); El crimen de la guerra (1870) y La monarquía como mejor forma de gobierno en Sudamérica*, de publicación póstuma en 1896.

[102] Citado por Marcelo Gullo en *La historia oculta: la lucha del pueblo argentino por su independencia del imperio inglés*, Biblos, Buenos Aires, 2013, pág. 4.

[103] Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico,* Corregidor, Buenos Aires, 2006, págs. 14-15.

[104] ¿Fue Bartolomé de Las Casas el padre de la tergiversación de la historia de la conquista de América? Para Juan Antonio Llorente, el dominico fue un héroe de la caridad; para Emilio Castelar, un adalid de los derechos humanos; para Francisco Pi y Margall, un desmitificador de la conquista de América; para el padre Gustavo Gutiérrez, un precursor del cristianismo de izquierda, del verdadero cristianismo... En la vereda de enfrente, para Marcelino Menéndez Pelayo, el padre Las Casas fue un injuriador en serie; para Julián Juderías, el padre moderno de la fantasía histórica; para Rómulo D. Carbia, un desorbitado mutilador de textos; para Ramón Menéndez Pidal, un gran vanidoso imbuido de un complejo de superioridad moral e intelectual; para Juan José Hernández Arregui, el autor de un libelo a partir del cual se comenzó a construir la falsificación de la historia de Hispanoamérica. Al respecto véanse las siguientes obras: Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión,* Alianza, Madrid, 1998; Núria Soriano Muñoz, *Bartolomé de Las Casas, un español contra España,* Instituto Alfons el Magnànim, Valencia, 2015.

[105] Mario Vargas Llosa, «Leyendas negras que horadan el poder del enemigo», disponible en https://www.lanacion.com.ar/2172654-leyendas-negras-horadan-poder-del-enemigo. Consultado el 30 de junio de 2019.

[106] Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana,* Continente, Buenos Aires, 2011, pág. 83.

[107] Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad,* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992, pág. 271.

[108] Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América,* Losada, Buenos Aires, 1965, pág. 75.

[109] María Elvira Roca Barea, *Fracasología. España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días,* Espasa, Barcelona, 2019, pág. 64.

[110] Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La leyenda negra del Felipe II,* Cátedra, Madrid, 2017, pág. 49.

[111] M. E. Roca Barea, *Fracasología,* ob. cit., pág. 68

[112] Ibíd., págs. 82-88.

[113] Citado en M. E. Roca Barea, *Fracasología,* ob. cit., págs. 90-91.

[114] Véase al respecto Francisco Lafarga y Roberto Dengler (coords.), *Teatro y traducción,* Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, 1995, págs. 83-93.

[115] M. E. Roca Barea, *Fracasología,* ob. cit., pág. 93.

[116] Los autores que han analizado las lecturas hechas por Simón Bolívar están tan subordinados ideológicamente como lo estuvo el propio «Libertador». Al respecto de las lecturas de Bolívar analizadas por dichos autores, véase, Manuel Pérez Vila, *La biblioteca del Libertador,* disponible en https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-biblioteca-del-libertador--0/html/ff6e7d5e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_4.html, consultado el 5 de marzo de 2020, y Ramón Zapata, *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar,* Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, 2003.

[117] M. E. Roca Barea, *Fracasología,* ob. cit. pág. 92.

[118] Al respecto de cómo el proteccionismo económico y el impulso estatal fueron la clave del desarrollo industrial de Inglaterra, véanse las siguientes obras: Ha-Joon Chang, *¿Qué fue del buen samaritano? Naciones ricas, políticas pobres,* Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2009; Marcelo Gullo Omodeo, *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2008; Marcelo Gullo, *Insubordinación y desarrollo. Las claves del éxito y el fracaso de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2012; Eric Reinert, *La globalización de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países ricos y por qué los países pobres siguen siendo pobres,* Crítica, Barcelona, 2007, yVivian Trías, *El Imperio británico,* Editorial Del Noroeste, Buenos Aires, 1976.

[119] J. A. Ramos, *Historia de la Nación,* ob. cit., págs. 82-83.

[120] El servicio secreto británico comenzó a operar en el Río de la Plata desde, por lo menos, «1804, cuando llegó a Buenos Aires don Santiago Florentino Burke; exoficial prusiano, según él declaraba. Irlandés al servicio de Londres, amigo del duque de York, convertido ya en Jorge III, y mandado por Pitt, era Burke un espía de Su Majestad. Trabó relaciones con los extranjeros que habitaban la ciudad virreinal y se ligó también, guardando disimulos, con algunos criollos, Castelli y los Rodríguez Peña [...]. Castelli admitió su relación con Burke en la "Causa Reservada" que se le siguió». Carlos Machado, *Historia de los orientales*, tomo I, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1984, pág. 21.

[121] Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959) fue un pensador, historiador, filósofo, periodista, escritor, ensayista y poeta argentino, agrimensor e ingeniero de profesión. Fue el primer historiador argentino en documentar fehacientemente que Argentina era una semicolonia de Gran Bretaña. Entre sus obras más conocidas figuran *La manga* (1923), *El hombre que está solo y espera* (1931), *Política británica en el Río de la Plata* (1936) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940).

[122] Manuel Belgrano nació el 3 de junio de 1770 en la ciudad de Buenos Aires. Estudio derecho en la Universidad de Salamanca y Valladolid, donde se graduó como Bachiller en Leyes. Participó decididamente en la defensa de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, en las dos invasiones inglesas de 1806 y 1807. Cuando los ingleses, una vez tomada la ciudad de Buenos Aires, exigieron a todas las autoridades que prestaran juramento de lealtad Belgrano les respondió con la consigna «el amo viejo o ninguno». En 1810, estuvo entre los hombres que impulsaron la llamada Revolución de Mayo, por la cual se destituyó al virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, y fue vocal de la Primera Junta de Gobierno que lo reemplazó. En 1812 creó la bandera de Argentina en la actual ciudad de Rosario. En 1816 tuvo gran influencia en el Congreso de Tucumán, que declaró la independencia de las Provincias Unidas. Como militar alcanzó el grado de general y comandó el llamado Ejercito del Norte. Manuel Belgrano, enemigo de los ingleses, hombre de principios y valores, de moral intachable falleció en la más absoluta miseria el 20 de junio de 1820.

[123] Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en...*, ob. cit., pág. 43.

[124] Ibíd., pág. 45,

[125] Tulio Halperín Dongui (1926-2014), a pesar de ser uno de los grandes falsificadores de la historia argentina —o quizá por esta misma razón—, en 1955 fue designado rector de la Universidad Nacional del Litoral por la dictadura militar (que usurpó el poder desde el 23 de septiembre de 1955 al 1 de mayo de 1958). Él mismo reconoce que su obra no es más que un remozamiento de las viejas concepciones de Bartolomé Mitre, teñidas de un enorme desdén por Hispanoamérica. Su anglofilia lo lleva a calificar al Gobierno de Bernardino Rivadavia —quien contrajo el primer empréstito fraudulento de la historia argentina— como «la feliz experiencia» y a defenestrar a Juan Manuel de Rosas, quien se opuso a la dominación británica. Producto de la remoción y el asesinato de numerosos docentes universitarios por parte del gobierno militar en 1976, la *Historia Social* elaborada por Halperín Dongui fue creciendo en la estructura académica, transformándose en la visión hegemónica en las universidades argentinas hasta el día de hoy.

[126] Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en...*, ob. cit., págs. 46-47.

[127] Ibíd., pág. 48.

[128] Joel Roberts Poinsett nació en Charleston, Carolina del Sur, el 2 de marzo de 1779. Hijo único del doctor Elisha Poinsett, descendiente de una familia hugonote huida de Francia, que en Estados Unidos contrajo matrimonio con Anna Roberts. Joel Roberts Poinsett cursó estudios de medicina y química en Edimburgo, estudios que abandonó para incorporarse a la Academia Militar de Woolwich. Poinsett regresó a Charleston, en el año 1800, y a finales de 1810 fue nombrado cónsul general de Estados Unidos para Buenos Aires, Chile y Perú. Poinsett se asentó en Santiago de Chile, donde se involucró profundamente en el proceso separatista de España, llegando incluso a redactar una Constitución para el futuro Estado. En Chile, Poinsett fue amigo personal del general José Miguel Carrera Verdugo. A finales de 1813, se instaló en Buenos Aires, desde donde, tras una estancia de un año, regresó a Estados Unidos para acceder al cargo de diputado por Carolina del Sur. Instalado en México, Poinsett trabajó para obstaculizar al máximo los propósitos unionistas bolivarianos. Seguimos, para realizar esta semblanza, el libro de José Fuentes Mares, *Poinsett. Historia de una gran intriga,* Jus, México, D. F., 1958, y la obra de Guillermo Gallardo, *Joel Roberts Poinsett, agente norteamericano*, 1810-1814, Emece, Buenos Aires, 1984.

[129] Jorge Oscar Sulé, *Iberoamérica y el indigenismo,* Fabro, Buenos Aires, 2011, pág. 9.

[130] Victoriano Salado Álvarez, *Poinsett y algunos de sus discípulos*, Jus, México, D. F., 1968.

[131] Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830,* Elliot y Palmer, Nueva York, 1832, disponible en https://books.google.com.ar/books/about/Ensayo_hist%C3%B3rico_de_las_revoluciones_de.html?id=zq7Q0escVd8C&printsec=frontcover&source=kp_read_button&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false. Consultado el 1 de marzo de 2020.

[132] Ibíd., pág. XI.

[133] Agustín de Iturbide (1783-1824) sirvió en el ejército español entre 1800 y 1816, y hasta 1820 fue contrario a la independencia de México de España. En 1821 se unió al bando independentista y el 27 de septiembre de 1821 entró triunfalmente en la ciudad de México, donde fue aclamado como un héroe. Al día siguiente declaró la independencia. El 19 de mayo de 1822, con gran júbilo de la población, fue aclamado emperador con el nombre de Agustín I. En diciembre de 1822, el general Antonio López de Santa Anna proclamó la República y, en marzo de 1823 Iturbide se vio obligado a abdicar. Se exilió en Europa y casi un año después, el 18 de julio de 1824, regresó a México, ignorando que se le había declarado traidor a la patria. Al llegar, por temor a que se desatara una reacción popular a su favor, fue detenido inmediatamente. El forjador de la independencia fue fusilado el 19 de julio a los cuarenta y un años de edad. En 1838, sus restos mortales fueron trasladados a la Ciudad de México e inhumados con honores en la capilla de San Felipe de Jesús, en la catedral Metropolitana.

[134] Una vez instalado en México, Poinsett, desempeñó un papel fundamental en la sanción, el 20 de diciembre de 1827, de la primera Ley General de Expulsión, promulgada durante el Gobierno de Guadalupe Victoria, que, conviene recordar, había sido formado políticamente por Poinsett. Dicha ley establecía la expulsión de todos los españoles residentes en México, que disponían de seis meses para abandonar la República.

[135] Es altamente probable que las acusaciones contra Poinsett estuvieran indirectamente fomentadas por Gran Bretaña, cuya influencia sobre la élite mexicana disminuía a medida que aumentaba la de Estados Unidos.

[136] Joel Roberts Poinsett, *Exposición de la conducta política de los Estados-Unidos para con las nuevas Repúblicas de América,* Imprenta en la Ex-Inquisición, a cargo de Manuel Ximeno, México, D. F., 1827. Disponible en https://play.google.com/books/reader?id=vEkZXE-WVXsC&hl=es&pg=GBS.PA1. Consultado el 10 de marzo de 2020.

[137] Kevin Starr, *California: A History,* The Modern Library, Nueva York, 2005.

[138] Véase, Benjamin Madley, *An American Genocide: The United States and the California Indian Catastrophe, 1846-1873,* Yale University Press, New Haven, 2017; Albert L. Hurtado, *Indian Survival on the California Frontier,* Yale University Press, New Haven, 1998 y Robert Heizer, *The Destruction of California Indians,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1974.

[139] Alfredo Jalife, «Estados Unidos le impide a México desarrollar todo su potencial», TeleSUR TV, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=McMOZf-98ns. Consultado el 10 de diciembre 2019.

[140] Alejandro López, «Cinco secretos de Luis Echeverría, el presidente mexicano acusado de genocidio», disponible en https://culturacolectiva.com/historia/luis-echeverria-presidente-mexico-genocidio-secretos. Consultado el 10 de diciembre de 2019.

[141] Ibíd.

[142] William Prescott, *Historia de la conquista de México,* Compañía General de Ediciones, México, D. F., 1952, pág. 31.

[143] La influencia de Prescott es particularmente notoria en la labor de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) y José Fernando Ramírez (1804-1871). El primero mantuvo durante largo tiempo una estrecha relación con el historiador estadounidense. Antonio Annino y Rafael Rojas, *La Independencia: los libros de la patria,* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 2008.

[144] Véase Esteban Vicente Boisseau, *La imagen de la presencia de España en América (1492-1898),* Ministerio de Defensa, Madrid, 2019.

[145] Vicente Olaya, «La leyenda negra española que ha difundido Hollywood», disponible en https://elpais.com/cultura/2019/05/03/actualidad/1556884697_837781.html. Consultado el 10 de noviembre de 2019.

[146] M. E. Roca Barea, «El indio Gerónimo hablaba español», disponible en https://elpais.com/cultura/2019/01/08/actualidad/1546958387_643634.html. Consultado el 10 de diciembre de 2019.

[147] Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú,* Ed. La República, Lima, 1999, pág. 3.064.

[148] José Carlos Mariátegui es considerado uno de los pensadores marxistas más originales de Hispanoamérica. Nació en Moquegua, localidad de la costa peruana, en 1894 y murió a los treinta y cinco años en la ciudad de Lima, el 16 de abril de 1930. En 1928 fundó el Partido Socialista Peruano, que, tras su muerte, pasaría a denominarse Partido Comunista Peruano. Su obra más importante es *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana.*

[149] Véase Marcelo Gullo Omodeo, *Haya de la Torre y la lucha por la Patria Grande*, Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2012.

[150] «El día que Eduardo Galeano renegó de su *Las venas abiertas de América Latina*», disponible en https://www.infobae.com/2015/04/13/1721977-el-dia-que-eduardo-galeano-renego-las-venas-abiertas-america-latina/. Consultado el 11 de diciembre 2019.

[151] Entre las más importantes ONG indigenistas se encuentran Survival International,fundada en 1969 en Reino Unido. Su sede está en Londres, pero también cuenta con oficinas en Madrid, Milán, París, Berlín y San Francisco.

[152] Jorge Abelardo Ramos, «El campo de batalla del imperialismo», *Marcha,* Buenos Aires, año I, núm. 1223, octubre de 1986, pág. 13.

[153] Ibíd., pág. 14.

[154] Leonardo Dantas Silva, *Holandeses em Pernambuco, 1630-1654,* Instituto Ricardo Brennand, Recife, 2011.

[155] J. A. Ramos, «El campo de batalla...», ob. cit., pág. 14.

[156] Ibíd.

[157] Andrés Soliz Rada (1939-2017) nació en la ciudad de La Paz, Bolivia. Fue abogado, periodista, dirigente sindical, profesor universitario y dirigente político. Discípulo del argentino Jorge Abelardo Ramos, fue una de las figuras más destacadas de la izquierda boliviana. Fue nombrado ministro de Hidrocarburos por el presidente Evo Morales, ejerciendo el cargo de enero a septiembre de 2006. Fue el gran propulsor de la nacionalización de los hidrocarburos. Entre sus libros más destacados figuran *Caracterización de Bolivia y la contradicción fundamental* (1978), *El gas en el destino nacional* (1984), *La conciencia enclaustrada* (1994), *La fortuna del presidente* (1997) y *Jorge Abelardo Ramos y la Unión Sudamericana* (2008).

[158] Andrés Soliz Rada, «Pugna de modelos civilizatorios: indigenismo o Estados continentales», disponible en https://www.rebelion.org/noticia.php?id=158937. Consultado el 10 de agosto de 2019.

[159] A propósito de la actuación del MIL puede consultarse un interesante artículo de Claudia Peiró titulado «The Mapuche Nation el pueblo originario con sede en Bristol, Inglaterra», publicado por el diario *Infobae* de la ciudad de Buenos Aires el 8 de agosto de 2017, disponible en https://www.infobae.com/politica/2017/08/08/the-mapuche-nation-el-pueblo-originario-con-sede-en-bristol-inglaterra/. Consultado el 11 de diciembre de 2019.

[160] Andrés Soliz Rada, *La luz en el túnel,* Publicaciones del Sur, Buenos Aires, 2013, tomo I, págs. 37-38.

[161] Federico Adissi, «RAM, terrorismo internacional», disponible en https://www.ncn.com.ar/ram-terrorismo-internacional-por-federico-addisi/. Consultado el 11 de diciembre de 2019.

[162] Los nacidos en el Nuevo Mundo se reconocían como españoles americanos incluso aquellos que buscaban la independencia de España. Hacia 1791, el jesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán escribió su *Carta a los españoles americanos,* donde exhortaba a los criollos hispanoamericanos a conseguir su independencia con respecto de España. Dicha carta se publicó en París, en francés, en 1799 y en Londres, en español, en 1801. Cuando, en 1806, Francisco de Miranda realizó su primera expedición, con apoyo inglés, para ocupar Venezuela, llevó impresos algunos ejemplares de la *Carta* y los distribuyó entre la población.

[163] Michel Chevalier, *Lettres sur l'Amérique du Nord,* Elibron Classic, París, 2002.

[164] Mónica Quijada, «Sobre el origen y difusión del nombre "América Latina" (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)», *Revista de Indias,* 1998, vol. LVHI, núm. 214, disponible en file:///D:/Archivos/Documents/GEOPOLITICA%20Y%20LEYENDA%20NEGRA/749-1240-1-PB.pdf. Consultado el 24 de febrero de 2020.

[165] Benjamín Poucel vivió en Uruguay aproximadamente entre 1830 y 1853, dedicado a la cría de ovejas. En 1854 se trasladó a la provincia argentina de Catamarca, donde permaneció hasta 1857, fecha en la que decidió retornar a Francia. Véase Ramón Rosa Olmos, *Benjamín Poucel: un viajero francés que visitó Catamarca a mediados del siglo* XIX*,* La Unión, Catarmarca, 1970.

[166] Ibíd.

[167] Muñoz del Monte sostendrá que debía ser España la nación tutelar de la latinidad. Sin embargo, sabía que su afirmación era tan solo una expresión de deseo, pues España no estaba en condiciones de defenderse ni siquiera a sí misma, y hacía ya años que había dejado de ser una potencia económica y militar. El poderío español era tan solo un recuerdo, por lo que Muñoz del Monte sabía que solo Francia podría ocupar el lugar de nación tutelar, aunque él, viviendo en España y siendo español, tuviera que decir que ese lugar debería ser ocupado por España.

[168] Santiago Arcos fue amigo personal del argentino Domingo Faustino Sarmiento, que detestaba a España y todo lo que oliera a español. Para Sarmiento, Europa terminaba en los Pirineos y los españoles eran simplemente africanos.

[169] La conferencia fue leída «el día 22 de junio de 1856, en París, en presencia de treinta y tantos ciudadanos pertenecientes a casi todas las Repúblicas del Sur, en el contexto de una reunión en protesta por la intervención norteamericana en Nicaragua. Rojas Mix especula sobre la asistencia, ciertamente probable, de Torres Caicedo a la conferencia de Bilbao». Álvaro García San Martín, «Francisco Bilbao, entre el proyecto latinoamericano y el gran molusco», *Revista de Estudios Latinoamericanos*, vol. 56, 2013, págs. 141-162, disponible en https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1665857413717009. Consultado el 23 de febrero de 2020.

[170] Rubén Torres Martínez, «Sobre el concepto de América Latina ¿Invención francesa?», *Cahiers d'études romane, disponible en* https://doi.org/10.4000/etudesromanes.5141. Consultado el 23 de febrero de 2020.

[171] En 1856, Torres Caicedo hizo un llamamiento a que se construyese una Confederación de las Naciones de la América Española, dado el peligro de que la raza española fuese absorbida por la raza sajona.

[172] *«La raza de la América latina/ Al frente tiene la sajona raza / Enemiga mortal que ya amenaza/ Su libertad destruir y su pendón»*. El texto completo del poema puede encontrarse en Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1980, págs. 175-185.

[173] Desde el primer número de la revista se insiste en la suerte común de las excolonias españolas con la nación francesa, pues tienen que luchar contra Inglaterra y su «refinado e insaciable egoísmo» que pugna por el «monopolio del comercio del mundo». Catherine Sablonnnière, «*El Correo de Ultramar* y la ciencia», disponible en https://www.academia.edu/8629881/el_correo_de_ultramar_y_la_ciencia. Consultado el 24 de febrero de 2020.

[174] Mas precisamente en el artículo de L. M. Tisserand titulado «Situation de la latinité».

[175] Rubén Torres Martínez, «Sobre el concepto de América Latina. ¿Invención francesa?», *Cahiers d'études romanes, disponible en* https://doi.org/10.4000/etudesromanes.5141. Consultado el 23 de febrero de 2020.

[176] Véase Juan Comas, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo histórico-crítico y bibliográfico,* Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, D. F., 1974. Véase también Étienne Logie y Pascal Riviale, «Le Congrès des Américanistes de Nancy en 1875: entre succès et désillusions» *Journal de la Société des Américanistes,* 2009, disponible en https://doi.org/10.4000/jsa.11036. Consultado el 25 de febrero de 2020.

[177] Arturo Ardao, «La idea de Latinoamérica», *Marcha,* núm. 1282, Montevideo, 27 de noviembre de 1965. Quince años más tarde, Arturo Ardao publicó en Caracas su libro *Génesis de la idea y el nombre de América Latina,* editado en 1980 por elCentro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

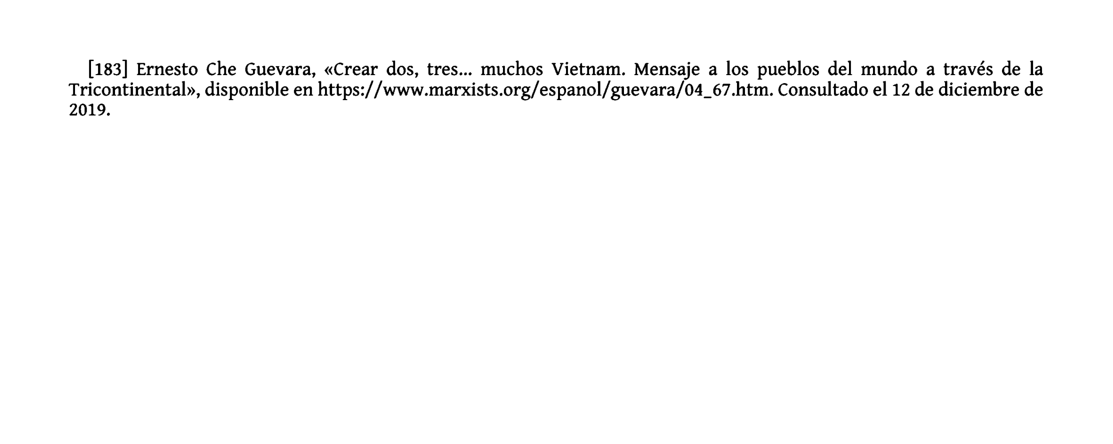
[178] J. J. Hernández Arregui, *¿Qué es el ser...?*, ob. cit., pág. 7.

[179] L. A. Sánchez, *Breve historia...*, ob. cit., pág. 33.

[180] Ibíd.

[181] Ibíd., pág. 74.

[182] J. A. Ramos, *Historia de la Nación,* ob. cit., pág. 66.



[183] Ernesto Che Guevara, «Crear dos, tres... muchos Vietnam. Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», disponible en https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm. Consultado el 12 de diciembre de 2019.

[184] Marvin Harris, *Caníbales y reyes,* Salvat, Barcelona 1986, págs. 126-128.

[185] José Vasconcelos, *Breve historia de México,* Continental, México, 1959, pág. 15.

[186] Ibíd., págs. 143-144.

[187] Ibíd., pág. 148.

[188] Ibíd., págs. 147-148.

[189] Ibíd., pág. 149.

[190] Ibíd., pág. 43.

[191] J. J. Sebreli, *El asedio...*, ob. cit., págs. 277-283.

[192] Alfonso Caso, citado por Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia,* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1944, pág. 24.

[193] Ibíd., pág. 25.

[194] «Hace pocos días, una noticia de agencia desveló que en las excavaciones arqueológicas que desde 2015 se hacenjunto a la catedral metropolitana de México se ha encontrado una torre de cráneos que responde punto por punto a la descripción de los cronistas españoles. La exactitud es asombrosa. Talmente se dibuja con palabras lo que los arqueólogos han encontrado ahora: "Un osario de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo, el cual era a manera de teatro más largo que ancho, de cal y canto con sus gradas, en que estaban ingeridas entre piedra y piedra calaveras con los dientes hacia afuera". Cortés no mentía. Con el agravante de que no son solo guerreros sacrificados, como dijeron los aztecas, sino también mujeres y niños». Sin embargo, como destaca María Elvira Roca Barea, «Pronto caerá otro manto de silencio sobre esta realidad, como ha caído sobre tantasotras que no necesitaban de un equipo de arqueólogos».María Elvira Roca Barea, «Las pruebas que confirman el Holocausto azteca», *El Mundo,* 10 de julio de 2017, disponible en https://www.elmundo.es/cultura/2017/07/10/59629aefe5fdea89338b45ff.html. Consultado el 20 de noviembre de 2019.

[195] Juan Zorrilla de San Martín, *Historia de América,* Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1950, págs. 47-49.

[196] W. Prescott, *Historia de la conquista...*, ob. cit., pág. 31.

[197] Ibíd.

[198] M. Harris, *Caníbales y reyes,* ob. cit., págs. 134-135.

[199] Ibíd., págs. 132-133.

[200] Ibíd.

[201] Ibíd., pág. 136.

[202] Diego Luis Moctezuma, *Corona Mexicana, o Historia de los nueve Moctezumas,* Maxtor, Madrid, 2012.

[203] Sobre la vida de Diego Luis Moctezuma, véase Francisco Jiménez Abollado, «Don Diego Luis Moctezuma, nieto de Hueytlatoani, padre de conde: un noble indígena entre dos mundos», *Anuario de Estudios Americanos,* 65, 2008, págs. 49-70, disponible en https://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/95/100. Consultado el 21 de noviembre de 2018.

[204] María Rostworowski, *Pachacútec Inca Yupanqui,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2001.

[205] María Rostworowski, *Historia del Tahuantinsuyo,* Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1999.

[206] J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad,* ob. cit., pág. 272.

[207] Inge Schjellerup, *Incas y españoles en la conquista de los chachapoya,* Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima,2005.

[208] Jacques de Mahieu, *Drakkars sur l'Amazone: Les Vikings de l'Amérique précolombienne,* Dualpha, París, 2017.

[209] José Antonio del Busto Duthurburu, *Una cronología aproximada del Tahuantinsuyo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2000.

[210] Ben Ari Ram, «Las rebeliones contra el incaico», tesis doctoral dirigida por María Concepción Guerreira, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1999.

[211] Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú: el señorío de los incas,* Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005.

[212] J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad,* ob. cit., pág. 272.

[213] «La conquista del Imperio inca: la verdadera historia», disponible en https://www.youtube.com/watch?v=9tUEi3whCgo. Consultado el 1 de diciembre de 2019.

[214] Waldemar Espinoza Soriano, «Los huancas, aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú 1558-1560-1561», *Anales Científicos de la Universidad Nacional del Centro del Perú*, núm. 1, 1971, págs. 1-407.

[215] Elías Martinengui Suárez, *El imperio de los incas: causas de su destrucción*, Big Print, Lima, 1980.

[216] J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad,* ob. cit., pág. 281.

[217] David Ruiz Marrull, «Los incas sacrificaban a sus niños exponiéndolos a los rayos eléctricos», disponible en https://www.lavanguardia.com/cultura/20191001/47759656973/incas-volcan-ninos-imperio-sacrificio-cuzco-rayo-electrico.html?utm_term=botones_sociales&utm_source=whatsapp&utm_medium=social. Consultado el 20 de noviembre de 2019.

[218] «Misti: los secretos del mayor sacrificio de niños y niñas que los incas realizaron para apaciguar a un volcán en Perú», disponible en https://www.elobservador.com.uy/nota/misti-los-secretos-del-mayor-sacrificio-de-ninos-y-ninas-que-los-incas-realizaron-para-apaciguar-a-un-volcan-en-peru-201910612324. Consultado el 20 de noviembre de 2019.

[219] Ibíd.

[220] Ibíd.

[221] «Los secretos de las momias de los niños incas: Alcohol, hojas de coca y frío», disponible en https://www.elmundo.es/america/2013/07/30/argentina/1375162562.html. Consultado el 20 de noviembre de 2019.

[222] «Misti: los secretos del mayor sacrificio de niños y niñas...», ob. cit.

[223] David Ruiz Marrul, «Los incas sacrificaban a sus niños...», ob. cit.

[224] Claudio Sánchez-Albornoz, *España. Un enigma histórico,* Editorial Hispanoamericana, Barcelona, 1973, tomo II, págs. 9-11.

[225] Rolf Palm, *Los árabes: la epopeya del islam,* Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1980, págs. 200-201.

[226] Ibíd., pág. 201.

[227] Sobre la conquista y ocupación de Narbona, véase Claude Devic y Joseph Vaissete, «Histoire Géneral de Languedoc», disponible en https://www.nemausensis.com/Nimes/SarrasinsVaissete01.htm. Consultado el 23 de febrero de 2020, y también George Moir Bussey y Thomas Gaspey, *The Pictorial History of France and of the French People: From the Establishment of the Franks in Gaul, to the Period of the French Revolution,* W. S. Orr and Company, Londres, 1843, vol. 1, pág. 726, disponible en https://books.google.cat/books?id=n_NSAAAAYAAJ&pg=PA184&dq=narbonne+719&hl=ca&sa=X&ved=0ahUKEwiLlamPwK7UAhXHLSYKHSBhASwQ6wEIKDAA#v=on Consultado el 25 de febrero de 2020. También Celestin Port, *Essai sur l'histoire du commerce maritime de Narbonne,* Durand, París, 1954, pág. 208, disponible en https://books.google.cat/books?id=Ub0VAQAAMAAJ&pg=PA16&dq=narbonne+719&hl=ca&sa=X&ved=0ahUKEwjUps7Dv67UAhWF7CYKHbRsB0IQ6wEIOTAC#v=onep Consultado el 25 de febrero de 2020.

[228] R. Palm, *Los árabes,* ob. cit., pág. 205.

[229] Ibíd., pág. 206.

[230] Ibíd., pág. 205.

[231] C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc,* ob. cit.

[232] Sobre la conquista y ocupación de Nimes y Carcassone, véase también C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc*, ob. cit.

[233] R. Palm, *Los árabes,* ob. cit., pág. 206.

[234] C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc,* ob. cit.

[235] R. Palm, *Los árabes,* ob. cit., pág. 211.

[236] C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc,* ob. cit.

[237] Ibíd.

[238] Henri Pirenne, *Mahoma y Carlomagno*, Alianza, Madrid, 1985, pág. 128.

[239] Ibíd.

[240] Ibíd., pág. 129.

[241] C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc,* ob. cit.

[242] Ibíd.

[243] H. Pirenne, *Mahoma y...*, ob. cit., pág. 129.

[244] La ciudad de Susa, capital de la gobernación de Susa, está situada en la costa este de Túnez, a 140 kilómetros sur de la ciudad de Túnez. Está bañada por el mar Mediterráneo y por el golfo de Hammamet. Susa se llamaba Hadrumetum, durante la época púnica

[245] Ibíd.

[246] Ibíd.

[247] Ibíd.

[248] C. Devic y J. Vaissete, *Histoire Géneral de Languedoc,* ob. cit.

[249] H. Pirenne, *Mahoma y...*, ob. cit, pág. 130.

[250] Ibíd., pág. 130.

[251] El papa León II y Carlomagno son conscientes del peligro, pero no pueden impedir los ataques lanzados en 812 sobre las costas de Nápoles, contra las islas de Ponza e Ischia y el pillaje efectuado al año siguiente sobre la costa toscana, contra Centum Cellaes-Civitavecchia. Philippe Conrad, «La conquete musulmane de l'Occident», disponible en https://www.clio.fr/BIBLIOTHEQUE/la_conquete_musulmane_de_loccident.asp. Consultado el 25 de febrero 2020.

[252] H. Pirenne, *Mahoma y...*, ob. cit., pág. 131.

[253] Jacques Heers, *La Ville au Moyen Age,* Fayard, París, 1990, pág. 18.

[254] Raoul Busquet, *Histoire de Marseille*, Jeanne Laffitte, Marsella, 1998, pág. 58.

[255] Gianfranco Perri, «Brindisi nel contesto della storia», disponible en https://www.academia.edu/38222999/HISTORIA_DE_LA_CIUDAD_DE_BR%C3%8CNDISI. Consultado el 25 de febrero de 2020.

[256] H. Pirenne, *Mahoma y...*, ob. cit., pág. 132.

[257] Ibíd.

[258] Ibíd.

[259] Ibíd., pág. 133.

[260] Norman Tobias, *Basil I, Founder of the Macedonian Dynasty: A Study of the Political and Military History of the Byzantine Empire in the Ninth Century*, Lewiston, The Edwin Mellen Press, Nueva York, 2007.

[261] El 28 de agosto de 1521, Solimán el Magnífico conquistó Belgrado. En 1594 se produjo una insurrección serbia contra la dominación musulmana, que fue fácilmente sofocada por los turcos, que castigaron a la población cristiana destruyendo iglesias y quemando las reliquias de san Sava en el plato de Vračar. A partir de 1688, Belgrado se convirtió en el campo de batalla de las guerras que los austrohúngaros librarían contra la ocupación otomana. El ejército austrohúngaro logró liberar Belgrado por un breve periodo en tres oportunidades (1688, 1717 y 1789), pero los turcos recuperaron la ciudad rápidamente. En 1806, al producirse la llamada «Primera Insurrección Serbia», los cristianos serbios reconquistaron Belgrado y gobernaron la ciudad hasta 1813, cuando los turcos volvieron a ocuparla. Las últimas tropas turcas se retiraron de Belgrado en 1867.

[262] Essad Bey, *Mahoma: historia de los árabes*, Arábigo-Argentina El Nilo, Buenos Aires, 1946, pág. 321.

[263] Kavalam Madhava Panikkar, *Asia y la dominación occidental. Un examen de la historia de Asia desde la llegada de Vasco da Gama, 1498-1945,* Eudeba, Buenos Aires, 1966, pág. XIX.

[264] K. M. Panikkar, *Asia y la dominación occidental...*, ob. cit., pág. 5.

[265] Hugh Thomas, *El Imperio español. De Colón a Magallanes,* Planeta, Buenos Aires, 2004, pág. 68.

[266] René Sedillot, *Histoire des Colonisations,* Fayard, París, 1958, pág. 308.

[267] Richard Konetzke, *El Imperio español, orígenes y fundamentos,* Nueva Época, Madrid, 1946, pág. 22.

[268] Ibíd., pág. 23.

[269] Ibíd., pág. 24.

[270] En efecto, la empresa de navegar el océano desconocido necesitaba un nuevo tipo de embarcación, completamente diferente a la utilizada hasta el momento en Europa. Esta realidad se hizo muy evidente a partir de 1415. Hasta entonces, los europeos habían navegado el Mediterráneo con las famosas galeras, embarcaciones de guerra adaptadas al comercio, alargadas y con cascos muy fuertes para resistir los choques con otras naves en caso de abordaje. La galera era capaz de navegar con o sin viento, dado que podía transportar a cien remeros y era tremendamente eficaz para surcar el Mediterráneo. Sin embargo, era del todo inadecuada para recorrer grandes distancias dada su poca capacidad de carga. Las grandes distancias requerían una embarcación capaz de resistir la bravura del océano y de transportar una gran cantidad de víveres. El Mediterráneo es un inmenso lago comparado con el océano Atlántico que Portugal había de navegar para burlar el cerco islámico. La respuesta tecnológica ante ese nuevo desafío fueron las carabelas, que proporcionaron una ventaja estratégica primero a Portugal y, más adelante, a Castilla. La carabela es, en gran medida, el resultado del «impulso estatal».

[271] El príncipe Enrique el Navegante (1392-1460) era el tercer hijo del rey Juan I. Educado en la tradición de Nuño Álvarez, el gran héroe nacional cuya victoria sobre los musulmanes dio a Portugal su independencia, Enrique «vivió desde su más tierna infancia en una atmósfera de misticismo cristiano militante». Su pasión por la Reconquista lo llevó en 1415 a planificar el ataque a la base africana de poder islámico y, desde 1417, «a planear una grandiosa estrategia que permitiera flanquear al islam y llevar a la Cristiandad directamente al océano Índico».K. M. Panikkar, *Asia y la dominación occidental...*, ob. cit., pág. 9.

[272] H. Thomas, *El Imperio español...*, ob. cit., pág. 70.

[273] Ibíd., pág. 19.

[274] Las cifras sobre la población, superficie, producción industrial y efectivos de los ejércitos aquí utilizadas están tomadas de la brillante obra de Aldo Ferrer, *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996, págs. 19-28.

[275] Enrique Dussel, «China (1421-1800). Razones para cuestionar el eurocentrismo», *Otro Sur,* año 1, núm. 2, 2004, pág. 19.

[276] Joaquim Oliveira Martins (1845-1894), escritor, periodista y político portugués de orientación socialista y progresista. Tuvo una gran influencia en la Generación del 98 española. Miembro de la Real Academia de Ciencias de Lisboa y, posteriormente, presidente de la Sociedad Geografía Comercial y director del Museo Industrial y Comercial de Oporto. Entre sus obras destacan *A teoria do Socialismo* (1872); *Portugal e o Socialismo* (1873); *História da República Romana* (1885); *Los hijos de don Juan I* (1891), y *El príncipe perfecto, un retrato del rey Juan II* (1896).

[277] Joaquim Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica,* Aguilar, Madrid, 1988, pág. 15.

[278] Matthew Restall, «The African Experience in Early Spanish America», *The Americas,* vol. 57, núm. 2, octubre de 2000, págs. 171-205.

[279] José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo,* Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2014, págs. 30-35.

[280] Jacques de Mahieu, *El gran viaje del dios Sol. Los vikingos en México y en el Perú (967-1532)*, Hachette, Buenos Aires, 1978.

[281] Miguel Serrano, «Los dioses blancos en Sudamérica. La llegada de Colon, en su Quinto Centenario. Nosotros no celebramos», disponible en https://es.slideshare.net/AliciaRamirez15/losdiosesblancosdesudamerica. Consultado el 25 de noviembre de 2019.

[282] Alberto Buela, «El enemigo histórico de Hispanoamérica es el anglosajón», disponible en https://unidosxperon.blogspot.com/2014/05/el-enemigo-historico-de-hispanoamerica.html. Consultado el 25 de noviembre de 2019.

[283] J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad,* ob. cit., págs. 265-286.

[284] Clarence H. Haring, *El Imperio hispánico en América,* Peuser, Buenos Aires, 1958, pág. 253.

[285] J. Vasconcelos, *Breve historia de...*, ob. cit., pág. 121.

[286] José Carlos Mariátegui es considerado uno de los pensadores marxistas más originales de Hispanoamérica. Nació en Moquegua, localidad de la costa peruana, en 1894, y murió a los treinta y cinco años, en la ciudad de Lima, el 16 de abril de 1930. En 1928 fundó el Partido Socialista Peruano, que, tras su muerte, pasaría a denominarse Partido Comunista Peruano. Su obra más importante es *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana,* Linkgua, Barcelona, 2009.

[287] José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana,* Amauta, Lima, 1994, págs. 169-170.

[288] Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó el Nuevo Mundo,* Altamira, Buenos Aires, 2005, pág. 17.

[289] C. H. Haring, *El Imperio...*, ob. cit., pág. 49.

[290] La hoy orgullosa Buenos Aires, creada como un simple fuerte para defender la desprotegida retaguardia del Virreinato del Perú, fue durante años una simple aldea de barro plagada de contrabandistas.

[291] V. Sierra, *Historia de la Argentina...*, ob. cit., pág. 501.

[292] J. A. Ramos, *Historia de la nación...*, ob. cit., pág. 106.

[293] Pilar Pérez Cantó, «La población de Lima en el siglo XVII», disponible en file:///D:/Archivos/Documents/GEOPOLITICA%20Y%20LEYENDA%20NEGRA/Dialnet-LaPoblacionDeLimaEnElSigloXVIII-2937951.pdf. Consultado el 24 de marzo de 2020.

[294] La Dirección General de Estadística, dependiente de la Secretaría de Programación y Presupuesto de México, publicó en 1977 un informe que recogió datos estadísticos emanados del censo ordenado en el año de 1790 por el virrey Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla, que gobernó la Nueva España de 1789 a 1794, disponible en https://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1 Consultado el 24 de marzo de 2020.

[295] Las cifras corresponden al informe titulado «La población en la ciudad de México en 1790. Estructura social, alimentación y vivienda», elaborado y publicado en 2002 por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, disponible en https://books.google.com.ar/books?id=54hSDwAAQBAJ&pg=PA2&hl=es&source=gbs_toc_r&cad=4#v=onepage&q&f=false. Consultado el 24 de marzo de 2020.

[296] Department of Commerce Economics and Statistics Administration, U. S. Census Bureau, «Measuring America: The Decenial Census from 1790 to 2000», disponible en https://www.census.gov/prod/2002pubs/pol02marv.pdf. Consultado el 24 de marzo de 2020.

[297] Ibíd.

[298] Clarence H. Haring, *El Imperio hispánico en América,* Peuser, Buenos Aires, 1958, pág. 320, disponible en https://www.census.gov/population/www/documentation/twps0027/tab02.txt. Consultado el 24 de marzo de 2020.

[299] Desde Panamá, las mercaderías embarcaban rumbo a Guayaquil para luego arribar al puerto del Callao, llegar a Lima y cruzar los Andes a lomo de mula para alcanzar posteriormente Córdoba, donde las carretas reemplazaban a las mulas para marchar hacia Buenos Aires, ciudad a la que arribaban tras muchos meses de fatigosa marcha. La consecuencia lógica de tan largo viaje era el encarecimiento de las mercaderías, que aumentaban a veces su valor un 600 %.

[300] Clarence H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 331.

[301] Al respecto, ver, José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica,* Huemul, Buenos Aires, 1954, pág. 21.

[302] Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América,* Losada, Buenos Aires, 1965, pág. 171.

[303] Clarence H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 266.

[304] Raúl Frandkin y Juan Carlos Garavaglia, *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos* XVI *y* XIX*,* Siglo XXI, Buenos Aires, 2009, págs. 45-68.

[305] J. M. Rosa, *Defensa y pérdida de...*, ob. cit., pág. 26.

[306] Ibíd.

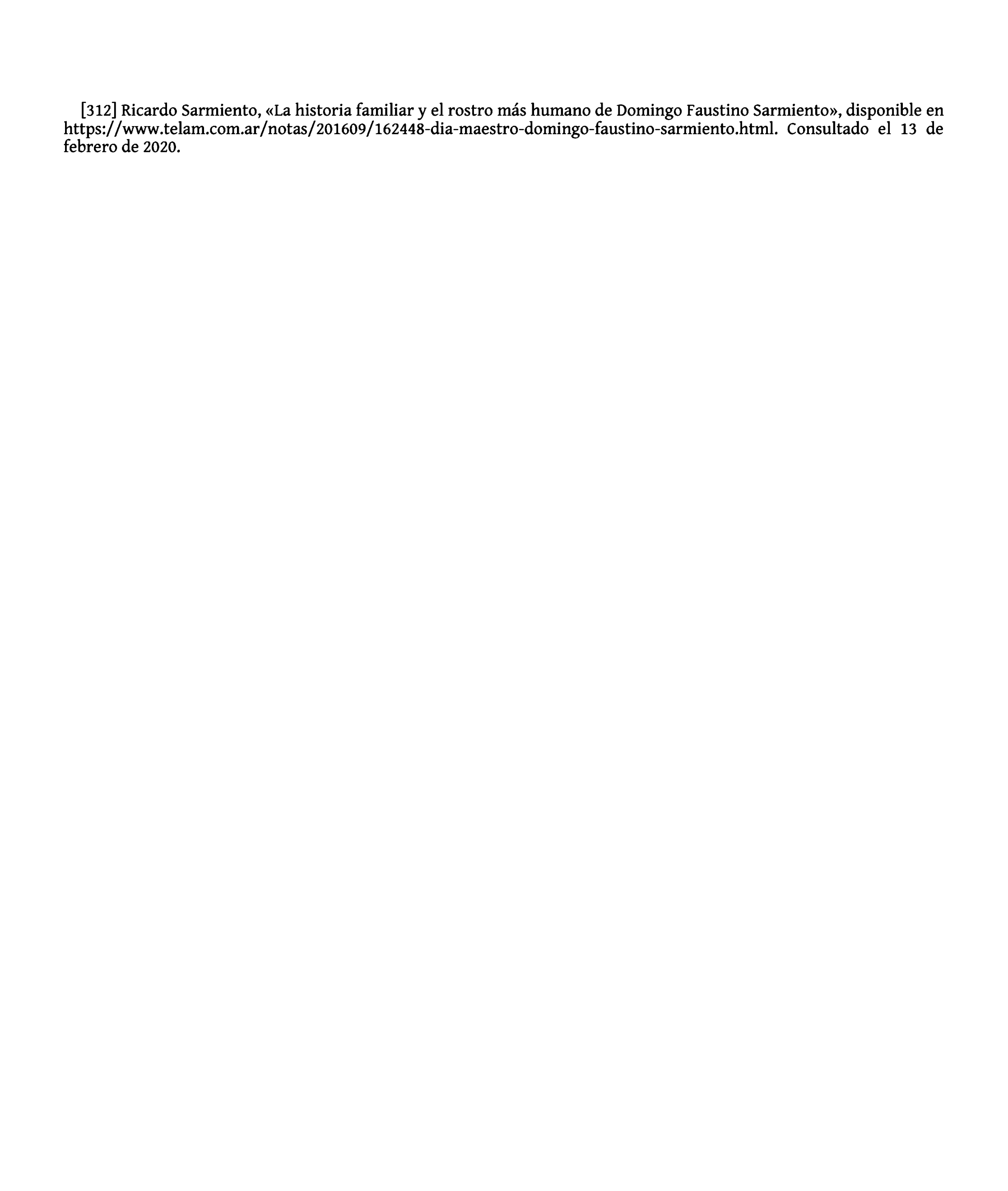
[307] Véase Marcelo Gullo, *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2008.

[308] Claudio Sánchez-Albornoz, *España. Un enigma histórico*, Hispano América, Barcelona, 1973, tomo 2, pág. 350.

[309] V. Sierra, *Historia de la Argentina...*, ob. cit., pág. 61.

[310] Cesar Guerrero, *Patricias Sanjuaninas,* edición del autor, San Juan, 1975.

[311] Elio Noé Salcedo, «Fundación e identidad», *Revista dos Puntas,* núm. 13, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan, disponible en https://www.revista.unsj.edu.ar/?p=1956. Consultado el 10 de diciembre de 2019.



[312] Ricardo Sarmiento, «La historia familiar y el rostro más humano de Domingo Faustino Sarmiento», disponible en https://www.telam.com.ar/notas/201609/162448-dia-maestro-domingo-faustino-sarmiento.html. Consultado el 13 de febrero de 2020.

[313] Julio Retamal Ávila, *Testimonio de «Indios» en Chile colonial: 1564-1801,* Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago de Chile, 2000.

[314] Como representante de los nuevos propagadores de la leyenda negra que denigran la vida de doña Marina puede verse la obra de Carolina Arévalo, *Malinalli Tenepal: Traición e identidad,* disponible en https://www.academia.edu/7514818/Malinalli_Tenepal_Traici%C3%B3n_e_identidad. Consultado el 13 de febrero de 2020.

[315] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México,* Porrúa, México, D. F., 1974, pág. 300.

[316] Ibíd., págs. 299-300.

[317] M. Harris, *Caníbales y reyes,* ob. cit., pág. 139.

[318] El antropólogo Marvin Harris, que no es sospechoso de hispanismo —porque su obra es un decálogo de la leyenda negra en la que el autor «olvida», entre otras cosas, que la intolerancia religiosa provocó menos muertes en España que en ningún lugar de Europa— dice categóricamente: «Como carniceros metódicos y bien entrenados en el campo de batalla y como ciudadanos de la tierra de la Inquisición, Cortés y sus hombres, que llegaron a América en 1519, estaban acostumbrados a las muestras de crueldad y a los derramamientos de sangre. El hecho de que los aztecas sacrificaran metódicamente seres humanos no debió de sorprenderle demasiado, puesto que los españoles y otros europeos quebraban metódicamente los huesos de las personas en el potro, arrancaban brazos y piernas en luchas de la cuerda entre caballos y se libraban de las mujeres acusadas de brujería quemándolas en la hoguera. Pero no estaban totalmente preparados para lo que encontraron en México. En ningún otro lugar del mundo se había desarrollado una religión patrocinada por el estado, cuyo arte, arquitectura y ritual estuvieran tan profundamente dominados por la violencia, la corrupción, la muerte y la enfermedad. En ningún otro sitio los muros y las plazas de los grandes templos y los palacios estaban reservados para una exhibición tan concentrada de mandíbulas, colmillos, manos, garras, huesos y cráneos boquiabiertos. Los testimonios oculares de Cortés y de su compañero conquistador Bernal Díaz no dejan dudas respecto al significado eclesiástico de los espantosos semblantes representados en piedra. Los dioses aztecas devoraban seres humanos. Comían corazones humanos y bebían sangre humana. Y la función explícita del clero azteca consistía en suministrar corazones y sangre humana frescos a fin de evitar que las implacables deidades se enfurecieran y mutilaran, enfermaran, aplastaran y quemaran a todo el mundo». M. Harris, *Caníbales y reyes,* ob. cit., pág. 122.

[319] Para estudios sobre la figura de doña Isabel Moctezuma, véanse Emma Pérez Rocha, *La tierra y el hombre en la Villa de Tacuba durante la Época Colonial,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 2018, y *Privilegios en lucha: la información de doña Isabel Moctezuma*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 1998; Rodrigo Martínez Baracs, *La perdida relación de la Nueva España y su conquista de Juan Cano,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 2006; Amanda López de Meneses «Tecuichpochtzin, hija de Moctezuma ¿1510?-1550», *Revista de Indias,* núm. 9, 1948, págs. 471-495, y «Grandezas y títulos de nobleza a los descendientes de Moctezuma II», *Revista de Indias,* vol. XXII, núm.89-90, 1962, págs. 341-352; Raquel Sagaón Infante, «El testamento de Isabel Moctezuma», *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, vol. X, 1998, págs. 753-760; Susan Gillespie, *Los reyes aztecas,* Siglo XXI, México, D. F., 1993; Anastasia Kalyuta, «La casa y hacienda de un señor mexica. Un estudio analítico de la información sobre Isabel Moctezuma», *Anuario de Estudios Americanos,* vol. 65, 2, 2008, págs. 13-37.

[320] Rodrigo Martínez, «Doña Isabel Moctezuma, Tecuichpotzin (1509-1551)», disponible en https://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/14010/public/14010-19408-1-PB.pdf. Consultado el 12 de febrero de 2020.

[321] Amanda López de Meneses «Testamento de Isabel Moctezuma del 11 de julio de 1551», *Revista de Indias,* Madrid, España, Instituto Gonzalo Fernando de Oviedo, año IX, núm. 31, enero-junio de 1948, pág. 489.

[322] Ibíd., pág. 490.

[323] George Robert Conway, *Notas a la postrera voluntad y testamento de Fernando Cortés, marqués del Valle,* Ed. Pedro Robredo, México, D. F., 1940.

[324] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1990.

[325] Federico Gómez de Orozco, *Doña Marina, la dama de la conquista*, Xotchil, México, 1942 pág. 136.

[326] J. L. Martínez, *Hernán Cortés,* ob. cit., pág. 515.

[327] Sally Hemings tenía veintinueve años menos que Jefferson y sus hijos vivieron siempre en la zona de los esclavos de Monticello, la maravillosa propiedad de unos de los «padres fundadores» de Estados Unidos. Jefferson mantuvo con su esclava relaciones durante treinta y seis años. El gran político norteamericano nunca pareció darse cuenta de la contradicción que implicaba sostener «que todos los seres humanos son iguales» y, a la vez, mantener a sus propios hijos de color como esclavos.

[328] Antes de partir hacia México, la tierra por conquistar, Cortés tuvo a su primera hija, Catalina Pizarro, nacida en Cuba en 1514 o 1515; su madre fue Leonor Pizarro. Luis Cortés, nació en 1525, y su madre era española (no se sabe con precisión, si Antonia o Elvira Hermosillo). J. L. Martínez, *Hernán Cortés,* ob. cit., pág. 406.

[329] Salvador Novo, *Historia y leyenda de Coyoacán,* Porrúa, México, D. F., 1971.

[330] J. L. Martínez, *Hernán Cortés,* ob. cit., págs. 360-363.

[331] Carlos Pereyra, *Historia del pueblo mexicano*, Polis, México, D. F., 1948, págs. 124-128.

[332] Luis Fernández Martín, *Hernán Cortés y su familia, en Valladolid, 1542-1605*, Casa de Colón, Valladolid, 1990, págs. 309-349.

[333] J. L. Martínez, *Hernán Cortés,* ob. cit., pág. 363.

[334] Carlos Fuentes, *El naranjo o los círculos del tiempo,* Alfaguara, México, 1993.

[335] Hugh Thomas, *La conquista de México: el encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*, Planeta, México, D. F., 1993, pág. 685.

[336] El nombre de la cuarta hija se desconoce pero se menciona por su apellido en los registros como miembro de un convento en Sevilla en 1604.

[337] Atanasio Saravia, *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya,* UNUAM-Nueva Biblioteca Mexicana, México, D. F., 1993, pág. 93.

[338] Hugh Thomas, *La conquista de México...*, ob. cit., pág. 688.

[339] Sobre la vida de Leonor Yupanqui, véase Amaya Fernández Fernández, *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú: Lima 1550-1650,* Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997.

[340] Antonio Cisneros (comp.), *Seis temas peruanos. Conferencias pronunciadas en la Embajada del Perú en España,* Espasa, Madrid, 1960, pág. 9.

[341] A. Cisneros, *Seis temas peruanos...*, ob. cit., pág. 35.

[342] Alberto Moroy, «Mandaban a los presos al otro lado del mundo», disponible en https://viajes.elpais.com.uy/2020/01/16/mandaban-a-los-presos-al-otro-lado-del-mundo/. Consultado el 14 de febrero de 2020.

[343] La primera misa católica en Australia tuvo lugar en Sídney el 15 de mayo de 1803 y fue celebrada por el padre James Dixon. Menos de un año después, el gobernador ilegalizó el catolicismo y revocó el derecho del padre James a ejercer como sacerdote católico. Forzó a todos los convictos, incluyendo a los católicos, a asistir a los servicios de la Iglesia anglicana. Al respecto, ver «La fascinante historia de la primera misa en Australia y el sacerdote que la celebró», disponible en https://es.aleteia.org/2019/11/11/la-fascinante-historia-de-la-primera-misa-de-australia-y-el-sacerdote-que-la-celebro/. Consultado el 14 de febrero de 2020; «Australia: La Iglesia católica celebra los 200 años de su primera misa», disponible en https://www.almudi.org/noticias-antiguas/2442-australia-la-iglesia-catolica-celebra-los-200-anos-de-su-primera-misa. Consultado el 6 de enero de 2020.

[344] El mismo fenómeno, de manera similar, se repitió entre los españoles europeos.

[345] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 265.

[346] Ibíd.

[347] Ibíd.

[348] Juan Manuel Valdés Sierra, «Conquista de México», *Revista de Estudios Extremeños,* tomo LXVII, disponible en https://www.academia.edu/7900058/Diego_Valad%C3%A9s_un_barcarrote%C3%B1o_en_la_Conquista.
de_M%C3%A9xico._Revista_de_Estudios_Extreme%C3%B1os_T._LXVII_III_2011. Consultado el 14 de febrero de 2020. Consultado el 17 de octubre de 2019.

[349] Martha Elena Vernier, «La *Rhetorica Chistiana* de Diego Valdés», disponible en https://www.jstor.org/stable/40854981?seq=1#page_scan_tab_contents. Consultado el 17 de octubre de 2019.

[350] Esteban Palomera, *Diego Valdés, O.F.M. Evangelizador humanista de la Nueva España,* Universidad Iberoamericana, México, D. F., 1988.

[351] Diego Valdés, *Fray Diego, Retórica Cristiana,* Introducción de Esteban Palomera, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1989.

[352] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...,* ob. cit., págs. 266-267.

[353] Elí Gortari, *La ciencia en la historia de México*, Grijalbo, México, D. F., 1980, pág. 171.

[354] Juan Francisco Sánchez Ruiz y María Elena Tejeda Rosales, «Las formas farmacéuticas en el *Libellus de medicinalibus indorum herbis*», *Revista Mexicana de Ciencias Farmacéuticas*, vol. 42, núm. 4, México, octubre-diciembre de 2011, págs. 39-49.

[355] Sobre el Colegio Máximo de San Pablo de Lima, véase Luis Martín, *La conquista intelectual del Perú: el Colegio Jesuita de San Pablo: 1568-1767,* Casiopea, Barcelona, 2001; Teodoro Hampe Martínez, «Aportación de los jesuitas a la cultura virreinal, el Colegio de San Pablo de Lima (1568-1767)», en Alexander Coello de la Rosa (coord.), *Escritura, imaginación política y la Compañía de Jesús en América Latina (siglos XVI-XVIII),* Bellaterra, Barcelona, 2011.

[356] Oreste Popescu, «El Padre Pedro de Oñate (1567-1646) y su importancia en la historia del pensamiento económico latinoamericano», *Revista del Instituto de Investigación Musicológica Carlos Vega,* Publicación de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica Argentina, núm. 11, 1990, págs. 31-38.

[357] Victoria Oliver Muñoz, «La Biblioteca del Colegio Máximo de San Pablo de (1568-1767). Análisis bibliográficos y socioculturales» tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1988.

[358] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 268.

[359] Ibíd., págs. 264-265.

[360] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 271.

[361] Ibíd., pág. 272.

[362] Ibíd., pág. 271.

[363] Ibíd., págs. 272-275.

[364] Walter Redmond, *Lógica mexicana de Antonio Rubio: una nota histórica,* disponible en https://dianoia.filosoficas.unam.mx/files/7013/6993/4630/DIA82_Redmond.pdf. Consultado el 5 de diciembre de 2019.

[365] Guillermo Hurtado, «Philosophy in Mexico», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy,* disponible en https://plato.stanford.edu/archives/spr2016/entries/philosophy-mexico. Consultado el 6 de diciembre de 2019.

[366] Mauricio Beuchot, «Perfil del pensamiento filosófico de fray Alonso de la Vera Cruz», *Nova tellus,* vol. 29, núm. 2, México, D. F., 2011, págs. 201-214.

[367] Ibíd., pág. 202.

[368] Ibíd., pág. 211.

[369] Ibíd.

[370] Ibíd.

[371] Ibíd., pág. 212.

[372] Ibíd., pág. 213.

[373] «Francisco Cervantes de Salazar, Crónica de la Nueva España», disponible en https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cronica-de-la-nueva-espana--0/html/29922ac8-e981-4372-adcc-8c3c6643fdaa_1.htm#1. Consultado el 14 de octubre de 2019.

[374] Víctor Manuel Sanchis Amat, «Túmulo imperial de la gran ciudad de México (1560). Edición y comentario»,disponible en https://www.researchgate.net/publication/312925428_Los_poemas_castellanos_del_Tumulo_Imperial_de_la_gran_ciudad_de_Me
Consultado el 14 de octubre de 2019.

[375] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., pág. 270.

[376] Graciela Maturo, *El humanismo en la Argentina indiana y otros ensayos sobre la América colonial,* Biblos, Buenos Aires, 2011, pág. 161.

[377] El 27 de febrero 1767, el rey Carlos III dictó la pragmática sanción por la que expulsó a la Compañía de Jesús de todos los dominios de la Monarquía Hispánica.

[378] Guillermo Furlong, *La Revolución de Mayo. Los sucesos, los hombres, las ideas,* Club de Lectores, Buenos Aires, 1960.

[379] C. H. Haring, *El Imperio hispánico...*, ob. cit., págs. 286-287.

[380] Ley emitida por Carlos V el 7 de julio de 1541, en Fuensalida (Toledo).

[381] Ley emitida por Felipe II el 13 de julio de 1573.

[382] Ley emitida por Felipe II el 19 de enero de 1587.

[383] José Luis Sáez, *Los hospitales de la ciudad colonial de Santo Domingo. Tres siglos de medicina dominicana (1503-1883)*, Organización Panamericana de la Salud, Santo Domingo, 1996, pág. 1.

[384] Véase Francisco Comarazamy, *The first Hospital in America,* Editorial del Caribe, Ciudad Trujillo, 1954, y Erwin Walter Palm, *Los hospitales antiguos de La Española,* Editorial del Caribe, Ciudad Trujillo, 1950.

[385] J. L. Sáez, *Los hospitales de la ciudad colonial...*, ob. cit., pág. 3.

[386] Guillermo Fajardo-Ortiz, «Perfiles y ruinas del primer hospital de América: hospital San Nicolás de Bari, en Santo Domingo, República Dominicana», disponible en https://www.researchgate.net/publication/237343224_Perfiles_y_ruinas_del_primer_hospital_de_America_Hospital_San_Nicolas Consultado el 12 de marzo 2020.

[387] J. L. Sáez, *Los hospitales de la ciudad...*, ob. cit., pág. VI.

[388] Ibíd.

[389] Ibíd., págs. VIII-X.

[390] Ibíd., pág. 26.

[391] María Elena Sodi de Pallares, *Enciclopedia de México. Historia de una obra pía,* Fernández Editor, México, D. F., 1999.

[392] Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España. Fundaciones del siglo XVI,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., 1990, tomo I, pág. 45.

[393] Carlos Tomasini, «El primer hospital de América tiene 500 años», disponible en https://www.chilango.com/ciudad/hospital-de-jesus-historia-primer/. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[394] Alfredo de Micheli-Serra, «Cirujanos y médicos frente a la Inquisición novohispana», disponible en https://www.anmm.org.mx/bgmm/1864_2007/2003-139-1-77-81.pdf. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[395] Midory Salinas, «El primer hospital de América y tumba de Cortés», disponible en https://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/colaboracion/mochilazo-en-el-tiempo/nacion/sociedad/2016/08/29/el-primer-hospital. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[396] «Acerca del conquistador puede discutirse mucho, alegarse la justicia o la injusticia de la conquista, elogiar o lanzar diatribas sobre su política, sin que partidarios y enemigos logren entenderse. Pero en su obra hay algo fuera de toda discusión, eso que, en lenguaje barroco, Sigüenza y Góngora llamaran "piedad heroica" y que nosotros más simplemente llamaríamos su obra en favor de los pobres enfermos. Fundar una obra a través de un testamento es, para aquellos que la van a disfrutar, un beneficio; pero para el fundador, sin destruir el valor intrínseco de la obra, es la última vanidad y el último esfuerzo contra esa desaparición del mundo que implica la muerte. Cortés realiza su obra hospitalaria muchos años antes de morir, cuando está en pleno triunfo. Por eso su obra tiene un valor más auténtico e indiscutible», J. Muriel, *Hospitales de la Nueva España...*, ob. cit., pág. 37.

[397] Las Leyes de Reforma son un conjunto de leyes expedidas entre 1855 y 1863, durante los Gobiernos de Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y Benito Juárez. Formalmente el objetivo principal de estas leyes era separar a la Iglesia del Estado, pero en realidad Álvarez, Comonfort y Juárez, muy influenciados por la leyenda negra y con un profundo odio hacia España, se plantearon como objetivo principal erradicar toda la herencia hispánica. Como el pueblo más pobre de México era esencialmente católico se propusieron extirpar del corazón de las masas el catolicismo. Tanto Juan Álvarez como Ignacio Comonfort o el famoso Benito Juárez eran hombres formados por los discípulos de Joel Roberts Poinsett y eso lo dice todo. Entre las llamadas Leyes de Reforma figura el Decreto del 16 de febrero de 1861, por el cual los hospitales que habían sido creados por las órdenes religiosas o construido por particulares que los donaban a la Iglesia para su administración fueron confiscados por el Estado, que se apropió de esa manera, sin pagar absolutamente nada, de dichos inmuebles. La mayoría de esos hospitales confiscados terminaron cerrando o entraron en una profunda decadencia, con lo cual la población más pobre de México quedo sin atención hospitalaria.

[398] Mare Loustaunau, «Historia del Hospital de Jesús, el más antiguo de todo el continente», disponible en https://mxcity.mx/2017/09/la-historia-del-hospital-de-jesus-el-mas-antiguo-de-todo-el-continente/. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[399] Sobre el galeno Cristóbal de Ojeda, véase Alfredo de Micheli-Serra, «Médicos y medicina en la Nueva España del siglo XVI», disponible en https://www.medigraphic.com/pdfs/gaceta/gm-2001/gm013j.pdf. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[400] «La decoración grutesca es algo esencial en la arquitectura española del siglo XVI. Hasta tal punto llega a definir la decoración nuestro arte renacentista que se ha utilizado el término de “plateresco” para denominarla», José Fernández Arenas, «La decoración grutesca. Análisis de su forma», disponible en https://core.ac.uk/download/pdf/39093986.pdf. Consultado el 14 de marzo de 2020.

[401] Guillermo Tovar de Teresa, *La cuidad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido,* Vuelta, México, D. F., 1990.

[402] Carlos Tomasini, «El primer hospital de América tiene 500 años» disponible en https://www.chilango.com/ciudad/hospital-de-jesus-historia-primer/. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[403] Enrique Ortiz, «El Hospital de Jesús, su templo y los restos de Hernán Cortés», disponible en https://lopezdoriga.com/entretenimiento/el-hospital-de-jesus-su-templo-y-los-restos-de-hernan-cortes/. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[404] «Dentro del hospital, los espacios que habitualmente ocupaban los enfermos estaban en la planta baja y eran las dos enfermerías, el patio y el comedor. La enfermería de hombres estaba dispuesta en una galería con treinta y dos camas numeradas [...] con sus respectivos colchones, sábanas, colchas, almohadas, mesitas y sillas. Al final y "mirando al oriente", se encontraba una pieza pequeña con una cocina chocolatera, un ropero y "un patio para asoleo con su tanque [...]. Por su parte, la enfermería de mujeres estaba ubicada en dos galerías con treinta y seis camas numeradas [...] tenía un patio con tanque para refrescarse y recrearse y una "pieza de chocolatero"», María del Carmen Sánchez Uriarte, «El Hospital de San Lázaro de la ciudad de México», disponible en https://www.revistas.unam.mx/index.php/ehn/article/view/18441/17516. Consultado el 12 de marzo de 2020.

[405] Ibíd.

[406] David López Romero, Raúl Alzael Agis Juárez y Eduardo Guzmán Olea, «El Hospital Real de Naturales», disponible en https://www.revistaselclaustro.mx/index.php/prolijamemoria2e/article/view/281. Consultado el 13 de marzo de 2020.

[407] Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas, «La atención médica en el Hospital Real de Naturales», disponible en https://www.medigraphic.com/pdfs/circir/cc-2003/cc036p.pdf. Consultado el 11 de marzo de 2020.

[408] «El príncipe don Felipe tomó para la Corona toda la responsabilidad de crear un hospital para los naturales de estas tierras. Ordenó se buscara y destinara el sitio más a propósito, dando para la edificación dos mil pesos de oro, de las Penas de Cámara o en su defecto de la Real Hacienda de su Magestad y que, cuando el hospital estuviese concluido, se le dieran cuatrocientos pesos anuales para su sostenimiento. La prudencia del príncipe añade que, si acaso el edificio no se concluyese con la dotación hecha, informen de lo que falta y del modo que consideren conveniente para que se hagan las dotaciones futuras». Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España. Fundaciones del siglo XVI,* ob. cit., pág. 128.

[409] Ibíd., pág. 129.

[410] Ibíd.

[411] Francisco Guerra, *El hospital en Hispanoamérica y Filipinas 1492-1898,* Ministerio de Sanidad y Consumo, Madrid, 1994, págs. 247-250.

[412] Rodrigo Rojas, «Los nueve hospitales más grandes de México», disponible en https://www.saludiario.com/los-9-hospitales-mas-grandes-de-mexico/. Consultado el 10 de marzo de 2020.

[413] David López Romero, Raúl Alzael Agis Juárez y Eduardo Guzmán Olea, «El Hospital Real de Naturales», ob. cit.

[414] Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas, «La atención médica en...», ob. cit.

[415] J. Muriel, *Hospitales de la Nueva España,* ob. cit., pág. 136.

[416] Bebida que se elabora con maíz blanco cocido, molido, diluido en agua o leche y hervido hasta darle cierta consistencia.

[417] Caldo espeso elaborado a base de masa de maíz blanco machacado, chocolate oscuro y agua con canela.

[418] El dulce de cajeta, conocido hoy en Argentina y Uruguay como dulce de leche, y en el Perú como manjar blanco, es un dulce tradicional hispanoamericano que consiste en una variante caramelizada de la leche.

[419] David López Romero, Raúl Alzael Agis Juárez y Eduardo Guzmán Olea, «El Hospital Real de los Naturales», ob. cit.

[420] Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas, «La atención médica en...», ob. cit.

[421] Ibíd.

[422] «El hospital no tenía entonces botica propia, en aquellos tiempos el boticario tenía su establecimiento frente al hospital, y de allí mandaba las medicinas que le pedían. Esto lo hacía mediante una contrata o iguala. Con frecuencia tal sistema era razón de pleitos, porque o se dejaba de pagar al boticario lo justo, o este robaba al hospital, sustituyendo las medicinas que recetaban los galenos por otras más baratas. Para evitar esta situación, el hospital fundó a mediados del siglo XVII su propia botica»J. Muriel, *Hospitales de la Nueva...*, ob. cit., pág. 132.

[423] Robert Bye y Edelmira Linares, «Plantas medicinales del México prehispánico», *Arqueología Mexicana*, núm. 39, págs. 4-11, disponible en https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/plantas-medicinales-del-mexico-prehispanico. Consultado el 10 de marzo de 2020.

[424] Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas, «La atención médica en...», ob. cit.

[425] El calor provocaba que se abrieran los poros de la piel del enfermo, desintoxicando el cuerpo por la salida de toxinas a través del sudor y permitiendo la penetración de la medicina elaborada con hierbas, raíces y frutas. En la segunda fase del baño, el paciente se enjuagaba con una infusión caliente de hierbas medicinales. En la tercera fase, bebía una taza de infusión de hierbas y era llevado a reposar en un petate o cama.

[426] Al elevarse la temperatura y combinarse el vapor con el aroma de las plantas medicinales se produce un destape de las vías respiratorias. Hay un aumento del flujo sanguíneo, lo que permite expulsar las toxinas acumuladas en pulmones y bronquios.

[427] José Alcina Franch, «Plantas medicinales para el Temazcal mexicano», disponible en https://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn24/428.pdf. Consultado el 12 de marzo de 2020. Véase también Katherine Andrea Velásquez Fernández, «Características farmacobotánicas y de propagación de Ternstroemia tepezapot», informe de tesis, Universidad de San Carlos de Guatemala, Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia, disponible en https://biblioteca-farmacia.usac.edu.gt/Tesis/QB920.pdf. Consultado el 13 de marzo de 2020.

[428] Andrés Romero-Huesca y Julio Ramírez-Bollas, «La atención médica en...», ob. cit.

[429] Ibíd.

[430] Ibíd.

[431] Héctor de Mauleón, «Hospital del Amor de Dios», disponible en https://www.cdmx200lugares.com/hospital-del-amor-de-dios/#.XmuC885Kjcc. Consultado el 12 de marzo de 2020.

[432] Ibíd.

[433] Héctor de Mauleón, «Calle de Academia», disponible en https://www.nexos.com.mx/?p=29393. Consultado el 12 de marzo de 2020.

[434] Listado de los hospitales construidos en el Perú ente los años 1533 y 1792 con sus respectivas fechas de fundación: Casa Enfermería, en Tumbes (1533). Enfermería provisional, en Jauja (1534). Casa Enfermería, en Lima (1538). Hospital de la Caridad de Naturales, en Cuzco (1546). Hospital de Santa Ana de los Naturales, en Lima (1549). Hospital de San Andrés, en Lima (1550). Hospital de San Sebastián, en Trujillo (1551). Hospital del Recogimiento de San Juan de la Penitencia, en Lima (1553). Hospital de San Lázaro, en Cuzco (1555). Hospital del Espíritu Santo en Cuzco, para los naturales (1555). Hospital de Huamachuco, en Trujillo (1555). Hospital de Huamanga, en Ayacucho (1556). Hospital de Santa Ana y San Nicolás, en Ica (1556). Hospital de Nuestra Señora de los Remedios, en Cuzco (1557). Hospital de Santa María de la Caridad, en Lima (1559). Hospital de San Lázaro en Lima (1563). Hospital de San Sebastián, en Zaña (1570). Hospital del Espíritu Santo, en Lima (1575). Hospital de Santa Ana, en Chachapoyas (1578). Hospital de San Nicolás, en el Puerto del Callao (1580). Hospital de San Nicolás, en Chancay (1580). Hospital de Cailloma, en Arequipa (1585). Hospital de Convalecencia de San Diego en Lima (1593). Hospital de San Pedro, en Lima (1594). Hospital de Castrovirreina, en Huancavelica (1594). Hospital de San Bartolomé, en Huancavelica (1595). Hospital de Niños Huérfanos y Expósitos, en Lima (1598). Hospital de Naturales, en Cañete (1600). Hospital de Naturales, en Huánuco (1600). Hospital de San Juan de Dios, en Arequipa (1602). Hospital de San Antonio, en Pisco (1613). Hospital de San Antonio, en Arica (1615). Hospital de San Bartolomé, en Cuzco (1617). Hospital de Nuestra Señora de la Piedad, en Cajamarca (1620). Hospital de San Andrés, en Cuzco (1629). Hospital de San Bartolomé, en Lima (1646). Hospital Nuestra Señora del Carmen, en Lima (1648). Hospitales de San Agustín y San Francisco, en Huamanga (1650). Hospicio de Niñas Santa Cruz de Atocha, en Lima (1659). Hospital Refugio de Incurables, en Lima (1669). Recogimiento de Amparadas, en Lima (1670). Hospital de Nuestra Señora de Belén, en Chachapoyas (1676). Hospital de Mujeres, en Cajamarca (1677). Hospital de Huanta, en Ayacucho (1678). Hospital de La Almudena, en Cuzco (1687). Hospital para los Naturales, en Huaraz (1687). Hospital de Asilo para los Naturales, en Puno (1690). Hospital para los Naturales, en Moyobamba (1695). Hospital para los Naturales, en Lambayeque (1700). Hospital de los Agonizantes, en Lima (1710). Hospicio para pobres, en Lima (1559). Hospital de la Bellavista, en el Puerto del Callao (1770). Hospital de Camilas, en Lima (1780). Hospicio para doncellas, en Huamachuco (1785), Hospital de mujeres y niñas, en Ica (1785). Hospital Santa María del Socorro, en Ica (1788). Hospital de Sicuani, en Cuzco (1792). Miguel Rabí Chara, *La formación de médicos y cirujanos durante los siglos XVI a XIX. Las escuelas prácticas de medicina y cirugía del Perú,* Anales de la Facultad de Medicina, Lima, 2006, págs. 173-183.

[435] Miguel Rabí Chara, *Historia de la medicina peruana, El Hospital de Refugio de Incurables Santo Toribio de Mogrovejo*, ed. del autor, Lima, 1997, pág. 8.

[436] Ibíd., pág. 9.

[437] Ibíd., pág. 10.

[438] Ibíd., pág. 15.

[439] Ibíd., pág. 21.

[440] Ernesto Nava Carrión, «Del Hospital Santa Ana al Arzobispo Loayza», disponible en https://elperuano.pe/noticia-del-hospital-santa-ana-al-arzobispo-loayza-73649.aspx. Consultado el 12 de marzo de 2020.

[441] Agustín Iza y Oswaldo Salaverry, «El Hospital Real de San Andrés», disponible en https://sisbib.unmsm.edu.pe/bvrevistas/anales/v61_n3/Hosp_Real_San_And.htm. Consultado el 14 de marzo de 2020.

[442] M. Rabí Chara, *Historia de la medicina peruana...*, ob. cit., pág. 22.

[443] Ibíd., pág. 22.

[444] Nancy E. van Deusen, *Entre lo sagrado y lo mundano. La práctica institucional y cultural del recogimiento en la Lima virreinal*, Institut français d'études andines, Lima, 2007.

[445] M. Rabí Chara, *Historia de la medicina peruana...*, ob. cit., pág 23.

[446] «Si bien son dignos de resaltar el empeño del fundador don Miguel de Acosta y un grupo de navieros para iniciar la obra en 1571 y su funcionamiento desde el día 23 de mayo de 1575, con autorización del arzobispo de los Reyes, don Jerónimo de Loaysa, y la aprobación del virrey don Francisco de Toledo, también debe destacarse el gran esfuerzo de reconstrucción del hospital y su iglesia efectuado en 1687 [luego del terremoto que asolara Lima] por don Juan de Garay y Otáñez y su albacea, don Domingo Cueto; y años después el de don Raymundo Marres y otros navieros en la reconstrucción subsecuente al terremoto de 1746». Ibíd., pág. 23. Miguel Rabí, «Un capítulo inédito: el traslado del Hospital del Espíritu Santo de Lima a Bellavista (1750)», disponible en https://pdfs.semanticscholar.org/cc78/411faf4437f29234bf3adc02b7e280149301.pdf. Consultado el 10 de marzo de 2020.

[447] M. Rabí Chara, *Historia de la medicina peruana...*, ob. cit., pág. 24.

[448] Ibíd., pág. 27.

[449] Ibíd., pág. 28.

[450] Ibíd.

[451] Víctor Angles Vargas, *Historia del Cusco Colonial,* Industrial Gráfica, Lima, 1983, tomo II, libro segundo, pág. 640.

[452] Fortunato Herrera, «Los hospitales del Cuzco», *Revista Histórico-Arqueológica,* año I, núm. 2, págs. 17-36.

[453] Ibíd.

[454] Listado incompleto de los hospitales fundados en Hispanoamérica entre los años 1512 y 1583: hospital de San Andrés (Santo Domingo), fundado el 12 de mayo de 1512 y destruido durante el ataque de Francis Drake en 1586, se reconstruyó y funcionó hasta 1696. Hospital de la Caridad (Guayaquil, Ecuador), fundado en 1542 por el cabildo en la ladera del cerro de Santa Ana, contaba con seis camas y los sostenía la Hermandad de Pilotos y Maestres Navegantes del Mar del Sur. Hospital Real de Caridad (Loxa, Ecuador), fundado en 1546. Hospital de la Caridad (Otavalo, Ecuador), fundado en 1547. Hospital Real de Caridad (Cuenca, Ecuador), fundado en 1547. Hospital de San José (Mariquita, Nueva Granada), fundado en 1550 por el cabildo. Hospital San JuanEvangelista (La Paz, Bolivia), construido a partir de 1550 por el corregidor Juan Antonio de Ulloa, frente al convento de San Francisco. Hospital de Nuestra Señora del Socorro (Santiago de Chile), fundado el 3 de octubre de 1552. Hospital San Lázaro(La Paz, Bolivia), fundado en 1555. Hospital Real de Naturales (Potosí, Bolivia), fundado en 1555 por el cabildo. Hospital de la Caridad (Imperial, Chile), fundado en 1555 y abandonado en 1598 por la guerra del Arauco. Hospital de la Caridad (Villarrica, Chile), fundado en 1555 y abandonado en 1598 por la guerra del Arauco. Hospital de San Juan Bautista (Mompox, Nueva Granada), fundado en 1555 por el cabildo. Hospital de la Caridad (Río Hacha, Nueva Granada), fundado en 1555 y destruido por el pirata Drake en 1596, fue reconstruido y estuvo en funcionamiento hasta 1620. Hospital de Santa Ana (Pamplona, Nueva Granada), fundado en 1555 por el cabildo. Hospital de la Madre de Dios (Pasto, Nueva Granada), fundado en 1556, estaba en ruinas en 1757. Hospital Real de la Caridad (Cuenca, Ecuador), fundado en 1557. Hospital Real de Santa Bárbara (Chuquisaca, Bolivia), fundado el 1 de enero de 1559. Hospital de Nuestra Señora de laAsunción (La Serena, Chile), fundado en 1559 y destruido por el corsario Bartolomé Sharp, contaba con dieciséis camas a cargo de los juaninos. Hospital de la Caridad (Capinota, Bolivia), fundado en 1560. Hospital de la Caridad (Challacollo, Bolivia), fundado en 1560. Hospital de la Caridad (Toledo de Paria, Bolivia), fundado en 1560. Hospital del Espíritu Santo (Cartagena de Indias), fundado en 1562 en el barrio de Getsemaní, estaba a cargo de los juaninos desde 1601, tenía veinte camas y estaba atendido por cinco hermanos. Hospital de San Pedro (Santafé de Bogotá), fundado en 1564 por el obispo Juan de los Barrios. Hospital de la Misericordia de Nuestro señor Jesucristo (Quito), fundado el 9 de marzo de 1565. Hospital de San Lázaro (Barquisimeto, Nueva Granada, Venezuela), fundado en 1565. Hospital de Indios (Quito), fundado en 1566 por el obispo dominico Pedro de la Peña. Hospital de Santa Catalina (Guayaquil, Ecuador), fundado en 1567. Hospital de Nuestra Señora de laConcepción (Tunja, Nueva Granada), fundado en 1570. Hospital de Nuestra Señora del Carmen (Cumaná, Nueva Granada, Venezuela), fundado en 1570. Hospital de Santa Eulalia (Córdoba, Tucumán), fundado en 1576 por Lorenzo de Juárez y Figueroa, estuvo a cargo del cabildo hasta que en 1681 se encargaron de él los juaninos hasta 1700. Hospital de la Caridad (Popayán, Nueva Granada), fundado en 1577. Hospital de la Caridad (Chucuito, Bolivia), fundado en 1580 y a cargo de los jesuitas hasta 1767. Hospital de laCaridad (Juli, Bolivia), fundado en 1580 y a cargo de los jesuitas hasta 1767. Hospital delSalvador (Cañaribamba, Ecuador), fundado en 1580. Hospital de San Andrés (Riobamba, Ecuador), fundado en 1581 por el obispo dominico Pedro de la Peña. Hospital de San Simón y San Judas Tadeo (San Miguel de Tucumán, Argentina), fundado en 1583 por el cabildo. Disponible en https://laamericaespanyola.wordpress.com/2019/10/31/hospitales-en-la-america-espanola/. Consultado el 14 de marzo de 2020.

[455] Las invasiones inglesas a las que hace referencia Alberto Methol Ferré fueron dos expediciones militares fracasadas que el Imperio británico emprendió en 1806 y 1807 contra la ciudad de Buenos Aires, a fin de apoderase del Virreinato del Río de la Plata. Trataremos este tema en el apartado titulado «Las invasiones inglesas: "El amo viejo o ninguno"».

[456] Alberto Methol Ferré (1929-2009), escritor, sociólogo, historiador, filósofo y teólogo uruguayo. Discípulo del ensayista argentino Arturo Jauretche y amigo personal del historiador argentino Jorge Abelardo Ramos y del politólogo brasileño Helio Jaguaribe, Methol se consideraba heredero del pensamiento de José Enrique Rodó, Manuel Ugarte y José Vasconcelos. Entre sus principales obras pueden citarse *La dialéctica hombre naturaleza* (1966) y *Geopolítica en la cuenca del Plata* (1970).

[457] Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación...*, ob. cit., págs. 86-89.

[458] Ibíd., pág. 88.

[459] J. A. Ramos, *Historia de la nación...*, ob. cit., pág. 127.

[460] Jaime Álvarez, «Agustín Agualongo», en *Manual de Historia de Pasto,* Academia Nariñense de Historia, Graficolor, Pasto, 1996, pág. 223.

[461] Eso llevó a muchos americanos, sobre todo en el Río de la Plata, donde el cambio de monarquía se sintió con mayor fuerza, al convencimiento de que era necesaria la emancipación de España cuando las circunstancias fueran favorables. Ese convencimiento se acrecentó y consolidó cuando se produjo la expulsión de los jesuitas en 1767. Una expulsión que dejó a la región del Río de la Plata totalmente desamparada culturalmente y completamente desguarnecida desde el punto de vista militar, pues las misiones jesuitas —que tenían su propio ejército— eran la primera línea de defensa contra los continuos ataques de los bandeirantes lusobrasileños, cuyo objetivo estratégico final, como destaca Luiz Alberto Moniz Bandeira en su obra *La formación de los Estados en la cuenca del Plata. Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay,* era la conquista de Buenos Aires.

[462] Durante la guerra contra Napoleón, Gran Bretaña planificó un triple ataque a la América española: por el nordeste desembarcarían en Venezuela; por el sudeste, en el Río de la Plata, y por el suroeste, en Chile. El plan incluía el previo ataque del cabo de Buena Esperanza para que sirviera de punto de apoyo al plan general de invasión de América del Sur y de destruir el todavía apreciable poder marítimo holandés. L. A. Sánchez, *Breve historia...*, ob. cit., pág. 261.

[463] «Dueños de Buenos Aires, los invasores recibieron la apurada adhesión de algunos personajes conocidos. Castelli encabezaba la lista de los cincuenta y ocho vecinos que firmaron su fidelidad al vencedor, y recibe un valioso regalo como retribución [...]. Castelli, Vieytes y Beruti fueron afectísimos a la dominación inglesa». Carlos Machado, *Historia de los orientales,* Banda Oriental, Montevideo, 1984, tomo I, págs. 21-23.

[464] Los mismos ingleses dieron fe de las mismas. Así, por ejemplo, en el proceso judicial que se le hizo en Inglaterra al general Whitelocke, este sostuvo que «no hay un solo ejemplo en la historia, me atrevo a decir, que pueda igualarse a lo ocurrido en Buenos Aires, donde, sin exageración, todos los habitantes, libres o esclavos, combatieron con una resolución y una obstinación que no podía esperarse ni del entusiasmo religioso o patriótico, ni del odio más inveterado o implacable». Mercedes Figueroa, *Versión completa del juicio al teniente general John Whitelocke,* Edivern, Buenos Aires, 2007.

[465] El historiador chileno Barros Arana afirma que, cuando la población se enteró de la victoria de Buenos Aires contra los ingleses, «estas noticias produjeron un entusiasmo indescriptible en todo el reino de Chile. En su celebración se hicieron fiestas religiosas y populares, misa de gracias, iluminaciones, salva de artillería y fuego de artificio y el 3 septiembre se celebraron en el templo de Santo Domingo de la ciudad de Santiago suntuosas exequias en honor a los muertos en aquellas memorables jornadas». Felipe Ferreiro, *La disgregación del Reyno de Indias,* Barreiro y Ramos Editores, Montevideo, 1981, págs. 126-128.

[466] En Charcas y La Paz hubo también multitudinarias celebraciones religiosas y populares para festejar el triunfo contra el invasor británico. En las memorias de Manuel Godoy, el discutido primer ministro de Carlos IV, puede leerse: «Las canciones triunfales resonaron de polo a polo, desde el Río de la Plata hasta el Río Bravo, con entusiasmo nunca visto tan igual en todas partes, tan sincero, tan ruidoso. En Lima, en México, en Bogotá y en las demás ciudades principales de entre ambos hemisferios, hubo fiestas y regocijos que duraron muchos días y que salían del corazón de aquellos habitantes». Ibíd., pág. 128.

[467] Carlos Pereyra, *Los archivos secretos de la historia. Cartas confidenciales de la reina María Luisa y de don Manuel Godoy*, Aguilar, Madrid, 1935, págs. 112-113.

[468] Leopoldo Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín, «Portugal y España: de Moura o Mourinho», disponible en https://www.almendron.com/tribuna/portugal-y-espana-de-moura-a-mourinho/. Consultado el 15 de febrero de 2020.

[469] L. A. Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos...*, ob. cit., pág. 30.

[470] Ibíd.

[471] Ibíd., págs. 543-544.

[472] Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII*, Arlanza, Madrid, 2001, pág. 79.

[473] Emilio La Parra López, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Tusquets, Barcelona, 2018, pág. 16.

[474] R. Sánchez Mantero, *Fernando VII,* ob. cit., pág. 78.

[475] E. La Parra López, *Fernando VII. Un rey deseado...*, ob. cit., pág. 30.

[476] R. Sánchez Mantero, *Fernando VII,* ob. cit., pág. 80.

[477] Juan José Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?*, Peña Lillo, Buenos Aires, 2005, pág. 45.

[478] J. J. Hernández Arregui, *Nacionalismo y...*, ob. cit., pág. 83.

[479] Ibíd.

[480] La reina María Luisa de Parma «por desgracia estuvo dominada por las pasiones y flaquezas de su sexo, y no poseyó ninguna de sus virtudes [...]. Lo que conviene dejar asentado es que el proceder libre de la reina hubiera sido doloroso, aun cuando no hubiera producido otro mal efecto que presentar a la vista del público el triste espectáculo del adulterio [...]. Muriel no vacila en afirmar que la reina tuvo varios amantes. ¿Cuántos? El marqués de Villa-Urrutia da la serie. El que encabezó la lista, no corta, de los bienaventurados que figuraron en la corte celestial de María Luisa por haber sido, sin duda alguna, el más osado, fue el conde de Teba, don Eugenio Eulalio Portocarrero Palafox, primogénito de la condesa de Montijo [...]. Al conde de Teba sucedió don Agustín, hijo del duque de Abrantes [...]. A continuación entra, como tercer amante, D. Juan Pignatelli, más tarde conde de Fuentes... Tenemos pues, cuatro amantes: Portocarrero, Lancaster, Pignatelli y Godoy. Entre Pignatelli y Godoy está el misterioso Diego...». C. Pereyra, *Los archivos secretos de la historia...*, ob. cit., págs. 15-18.

[481] J. A. Ramos, *Historia de la nación...*, ob. cit., pág. 153.

[482] Don Juan Manuel de Rosas, conmemorando el 25 de mayo de 1810 ante la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, pronunció el siguiente discurso: «¡Qué grande, señores, y qué plausible debe ser para todo argentino este día consagrado por la nación para festejar el primer acto de soberanía popular, que ejerció este gran pueblo en mayo del célebre año 1810! ¡Y cuán glorioso es para los hijos de Buenos Aires haber sido los primeros en levantar la voz con un orden y una dignidad sin ejemplo! No para sublevarnos contra las autoridades legítimamente constituidas, sino para suplir la falta de las que, acéfala la nación, habían caducado de hecho y de derecho. No para rebelarnos contra nuestro soberano, sino para conservarle la posesión de su autoridad, de que había sido despojado por un acto de perfidia, no para romper los vínculos que nos ligaban a los españoles, sino para fortalecerlos más por el amor y la gratitud, poniéndonos en disposición de auxiliarlos con mejor éxito en su desgracia. No para introducir la anarquía, sino para preservarnos de ella y no ser arrastrados al abismo de males en que se hallaba sumida la España. Estos, señores, fueron los grandes y plausibles objetos del memorable Cabildo celebrado en esta ciudad en 25 de mayo de 1810, cuya acta debería grabarse en láminas de oro para gloria y honra del pueblo porteño. Pero ¡Ah!... ¡quién lo hubiera creído!... un acto tan heroico de generosidad y patriotismo, no menos que de lealtad y fidelidad a la nación española, y a su desgraciado monarca; un acto que ejercido en otros pueblos de España con menos dignidad y nobleza mereció los mayores elogios, fue interpretado en nosotros malignamente como una rebelión disfrazada, por los que debieron haber agotado su admiración y gratitud para corresponderlo dignamente. Y he aquí, señores, otra circunstancia que realza sobremanera la gloria del pueblo argentino, pues que ofendidos con tamaña ingratitud, hostigados y perseguidos de muerte por el Gobierno español, perseveramos siete años en aquella noble resolución, hasta que cansados de sufrir males sobre males nos pusimos en manos de la Divina Providencia, y confiando en su infinita bondad y justicia tomamos el único partido que nos quedaba para salvarnos: nos declaramos libres e independientes de los Reyes de España y de toda otra dominación extranjera».Julio Irazusta, *Tomás M. Anchorena,* Huemul, Buenos Aires, 1962, págs. 31-32.

[483] La idea de independizarse de España «no estaba en los pueblos sino en las clases altas [...]. Las ideas emancipadoras se expandieron en aquellas ciudades como Caracas y Buenos Aires, conectadas al tráfico mercantil de ultramar, pero chocaron con fuertes resistencias en las poblaciones interiores [...]. Los focos de oposición al nuevo ordenamiento anglosajón se fortificaron en ciudades mediterráneas como Charcas, La Paz, Cochabamba, Asunción...». J. J. Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?,* ob. cit., págs. 47-48.

[484] Santiago Albornoz, *El Perú, más allá de sus fronteras. Comentarios documentados*, ed. del autor, Buenos Aires, 1944, pág. 29.

[485] Manuel Antonio López Borrero, *Recuerdos Históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú, 1819-1826,* J. B. Gaitán, Bogotá, 1878.

[486] Ibíd., pág. 155.

[487] S. Albornoz, *El Perú, más allá de sus...*, ob. cit., pág. 30.

[488] S. Albornoz, *El Perú, más allá de sus...*, ob. cit., pág. 28.

[489] Fernán Altuve Febres Lores, *Los reinos del Perú. Apuntes sobre la monarquía peruana*, Febres y Dupuy, Lima, 1996, pág. 214.

[490] Nombre que se da en Argentina a los curas que residen y están en las zonas más pobres de la ciudad.

[491] F. Altuve Febres Lores, *Los reinos del Perú...*, ob. cit., pág. 214.

[492] Eduardo Cavieres Figueroa, «Desplazamiento del escenario: los araucanos en el proceso de independencia de Chile», *Studia Historia. Historia Contemporánea,* Santiago de Chile, núm. 27, págs. 75-98.

[493] La batalla de Carabobo es una de las más importantes en el contexto de la guerra de independencia. Todos los historiadores coinciden en que Bolívar obtuvo la victoria gracias a la participación de un regimiento conocido como la Legión Británica, llamado también Batallón Británico o Cazadores Británicos.

[494] Victoria Catta, «Salvadores de mi Patria: la Legión Británica en Carabobo», disponible en https://www.historiahoy.com.ar/salvadores-mi-patria-la-legion-britanica-carabobo-n140. Consultado el 15 de febrero de 2020.

[495] José Polo Acuña, «Los indígenas de la Guajira en la independencia de las provincias caribeñas de la Nueva Granada: una aproximación», Mem.soc / Bogotá (Colombia), 15 (30), págs. 21-37, enero-junio de 2011, disponible en https://www.scielo.org.co/pdf/meso/v15n30/v15n30a03.pdf.

[496] J. J. Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?...*, ob. cit., págs. 49-50.

[497] Gisela von Wobeser, «Los indígenas y el movimiento de Independencia. Estudios de cultura náhuatl», México, D. F., vol. 42, agosto de 2011, disponible en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0071-16752011000100016. Consultado el 16 de febrero de 2020.

[498] Ibíd.

[499] Ibíd.

[500] Federico Navarrete, *México racista. Una denuncia,* Grijalbo, México, D. F., 2016, pág. 33.

[501] Sobre la vida de Francisco Antonio Zea véase Roberto Botero Saldarriaga, *Francisco Antonio Zea,* Banco Popular, Bogotá, 1945, y Humberto Bronx, *Francisco A. Zea,* Imprenta Municipal, Medellín, 1967.

[502] Respecto a las facultades concedidas por el Gobierno de Colombia a Francisco Antonio Zea, el historiador colombiano Pedro Ignacio Cadena afirma: «Los poderes que el Libertador dio al señor Zea fueron tan amplios como jamás se han conferido a ningún otro diplomático, pues fue provisto de las facultades propias del soberano mismo». Pedro Ignacio Cadena, *Anales diplomáticos de Colombia,* Impr. de M. de J. Barrera, Bogotá, 1878, pág. 45, disponible en https://bdigital.unal.edu.co/5718/68/capitulo_2_mision_del_se%C3%B1or_zea_en_europa_p._37-98.pdf. Consultado el 5 de febrero de 2020.

[503] Al respecto de los poderes otorgados a Francisco Antonio Zea, el propio Simón Bolívar manifestó: «Habiendo nombrado al excelentísimo señor vicepresidente de la República, Francisco Antonio Zea, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de las cortes de Europa, a que tenga por conveniente dirigirse, para las negociaciones expresadas en sus plenos poderes, he tenido a bien concentrar en su excelencia toda la representación de Colombia para todo género de asuntos [...]. Como este es el objeto que me propongo en conferir a su excelencia poderes plenos e ilimitados». Ibíd., págs. 45-46.

[504] Ibíd., pág. 75.

[505] Emiliano Jos, «Una sociedad hispánica de Naciones en 1820, según el plan de don Francisco Antonio Zea», *Contribuciones para el Estudio de la Historia de América. Homenaje al doctor Emilio Ravignani,* Peuser, Buenos Aires, 1941, págs. 89-108. Véase también Alfredo Vásquez Carrizosa, *Historia Diplomática de Colombia*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1993, y Pedro Zubieta, *Apuntes sobre las primeras misiones diplomáticas de Colombia (primero y segundo períodos, 1809-1819-1830),* Imprenta Nacional, Bogotá, 1924.

[506] Alberto Navas Sierra, *Utopía y atopía de la Hispanidad: El proyecto de Confederación Hispánica,* Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, pág. 15.

[507] Ibíd., pág. 15.

[508] P. I. Cadena, *Anales diplomáticos...*, ob. cit.

[509] A. Navas Sierra, *Utopía y atopía de la hispanidad...*, ob. cit., pág. 16.

[510] Ibíd., pág. 16

[511] Ibíd.

[512] Ibíd., pág. 31.

[513] Fue su padre el capitán del ejército español Juan de San Martín y su madre Gregoria Matorras. El linaje de don Juan era el de hidalgos campesinos. Durante su estancia en el Virreinato del Río de la Plata nacieron sus cinco hijos, María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José Francisco, el 25 de febrero de 1778. En abril de 1784, toda la familia, cuando José tenía apenas seis años, se radicó en la ciudad de Málaga. Los cuatro hermanos fueron militares. Manuel Tadeo alcanzó el grado de coronel de infantería española. Fermín Rafael el de comandante mayor del Real Cuerpo de Húsares. Justo Rufino el de coronel del Regimiento de Almansa. José Francisco tuvo su bautismo de fuego a los quince años en 1791, cuando en la plaza de Orán, en África, su batallón resistió el ataque de los moros y durante treinta y siete días sufrieron el fuego del enemigo, el hambre y el insomnio. Los hermanos Manuel, Justo Rufino y José Francisco combatieron contra la dominación napoleónica de España, y José de San Martín tuvo una actuación destacada en las batallas de Bailén (1808) y La Albuera (1811). En 1812, a los treinta y cuatro años de edad y tras haber alcanzado el grado de teniente coronel, José de San Martín retornó a Buenos Aires donde el Gobierno le encomendó la creación del regimiento de Granaderos a Caballo. Nombrado gobernador de Cuyo, con sede en la ciudad de Mendoza, en 1815 organizó el llamado Ejército de los Andes, con el que cruzó la cordillera del mismo nombre, librando en suelo chileno las batallas de Chacabuco (12 de febrero de 1817) y la de Maipú (5 de abril de 1818). El 8 de septiembre de 1820, José de San Martín, al mando de un ejército argentino chileno, desembarcó en la playa de Paracas, cerca del puerto de Pisco, en el Perú.

[514] Virgilio Roel Pineda, *Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la independencia. Historia del Perú. Perú Republicano,* tomo VI, Mejía Baca, Lima, 1982. Véase también Rubén Vargas Ugarte, *Historia General del Perú,* tomo VI, «Emancipación (1816-1825)», Carlos Milla Batres, Lima, 1981; Jorge Basadre, Historia de la República del Perú, tomo I, Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú, 1993; José Agustín de la Puente Candamo, *San Martín en el Perú: planteamiento doctrinario,* tesis doctoral de Historia presentada ante la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1948; José Agustín de la Puente Candamo, *La Emancipación en sus textos: el Estado del Perú*, Instituto Riva-Agüero, Lima, 1959; Carlos Steffens Soler, *San Martín en su conflicto con los liberales,* Huemul, Buenos Aires, 1983; Enrique Díaz Araujo, *Don José y Chatarreros,* Dike, Buenos Aires, 2001; Enrique Díaz Araujo, *San Martín: cuestiones disputadas*, Universidad Católica Argentina de la Plata (UCALP), Fondo Editorial San Francisco Javier, Buenos Aires, 2014.

[515] Carlos Steffens Soler, *San Martín en su conflicto con los liberales,* Huemul, Buenos Aires, 1983, pág. 168.

[516] El primer empréstito argentino constituyó una de las más bochornosas estafas sufridas por cualquier nación a lo largo de la historia. El argumento del Gobierno de Buenos Aires para pedir el préstamo fue el supuesto propósito de construir un puerto, fundar ciudades y dar agua corriente a la ciudad de Buenos Aires, pero nada de eso se hizo. El Gobierno de la provincia de Buenos Aires autorizó a un consorcio, formado por Braulio Costa, Miguel Siglos, J. Pablo Sáenz Valiente y los hermanos Guillermo y Juan Parish Roberston, para negociarlo en Londres al 70 % de su valor. La estafa era tan evidente que Nathan Rothschild, el principal banquero inglés, se abstuvo de participar y, finalmente, se negoció con la casa Baring. El Gobierno bonaerense se comprometió por una deuda de un millón de libras al 6 % de interés anual, garantizada con rentas y hasta con tierra pública. Del millón de libras se descontó la comisión del consorcio (120.000 libras), intereses y «servicios» adelantados, quedando en definitiva un saldo de 560.000 libras, que debía recibir el Gobierno de la provincia de Buenos Aires como neto real frente al millón de libras con el que se endeudaba. Cuando el Gobierno reclamó el envío del dinero, la casa inglesa remitió dos mil libras en monedas de oro, sesenta y dos mil libras en letras de cambio y propuso, por «prudencia» que, «en lugar de mandar dinero a tanta distancia», el mismo quedase depositado en su banco, es decir, las 500.000 libras restantes, pagando el 3 % de interés anual. Según Raúl Scalabrini Ortiz, de la suma recibida solo llegaron al Río de la Plata, en oro, como estaba convenido, el 4% de lo pactado, o sea, 20.678 libras.

[517] Véase Aethtjr Gayer y Walt Whitman Rostow, *The Growth and Fluctuation of the British Economy, 1790-1850*, Clarendon Press, Oxford, 1953, vol. I, pág. 189; James Fred Rippy, *British Investments in Latin America, 1822-1949,* Minneapolis University Press, Minnesota, 1950, pág. 20.

[518] Oscar Tacca, «Sarmiento en España y España en Sarmiento», *Cuadernos de Literatura,* núm. 6, 1995, disponible en https://revistas.unne.edu.ar/index.php/clt/article/view/3287/2937. Consultado el 30 de noviembre de 2019.

[519] Matías Suarez, *Sarmiento, ese desconocido,* Theoria, Buenos Aires, 1964, págs. 320-321.

[520] Marcelo Gullo, *La historia oculta. La lucha del pueblo argentino por su independencia del Imperio inglés,* Biblos, Buenos Aires, 2013, pág. 177.

[521] Eduardo Segovia Guerrero, «España en la obra de Domingo Faustino Sarmiento», pág. 172, disponible en file:///D:/Archivos/Desktop/INES/fotos%20para%20catalogo/1792-Texto%20del%20art%C3%ADculo-1879-1-10-20110526.PDF. Consultado el 3 de diciembre de 2019.

[522] M. Suárez, *Sarmiento...*, ob. cit., pág. 317.

[523] Ibíd., pág. 316.

[524] Ibíd., pág. 320.

[525] Eduardo Segovia Guerrero, *España en la obra...*, ob. cit., pág. 165.

[526] Ibíd., pág. 171.

[527] Marcelo Gullo, «El país que soñó Sarmiento», disponible en https://www.ncn.com.ar/el-pais-que-sono-sarmiento-por-marcelo-gullo/. Consultado el 2 de diciembre de 2019.

[528] M. Suarez, *Sarmiento...*, ob. cit., pág. 70.

[529] Rubén Darío, *El Tiempo,* Bogotá, 20 de junio de 1898, citado por Norberto Galasso, *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana,* Corregidor, Buenos Aires, 2001, pág. 46.

[530] Ibíd., pág. 82.

[531] V. Pérez Pettit, *Rodó su vida y su obra,* citado por N. Galasso, *Manuel Ugarte...,* ob. cit., pág. 45.

[532] José Enrique Rodó, *El mirador de Próspero,* Cervantes, Barcelona, 1928, pág. 170.

[533] Ibíd., págs. 125-126.

[534] José Enrique Rodó, *El mirador de...,* ob. cit., pág. 463.

[535] *Ariel,* publicado en 1900, es considerada una de las obras de mayor influencia en el campo de la cultura y la política hispanoamericanas. Dedicado a la juventud hispanoamericana, es una novelada y supuesta despedida de un maestro, Próspero, en el fin de curso, de sus también supuestos discípulos universitarios, que simbolizan metafóricamente a toda la juventud hispanoamericana. Y *Ariel* —el genio del aire, que en la obra de Shakespeare representa la parte noble del espíritu— simboliza la esencia de la cultura humanista heredada por los pueblos hispanoamericanos de España, Roma y Grecia.

[536] J. A. Ramos, *Historia de la nación...,* ob. cit., pág. 81. A propósito de la espectacular propagación del *Ariel* de Rodó, afirma Imaz: «El *Ariel* de Rodó —aparecido con el siglo— hasta tal punto satisfizo unas expectativas que "estaban en el aire", que la juventud hispanoamericana lo convirtió en símbolo de nuestro "espiritualismo", enfrentado al materialismo de la otra parte de continente». José Luis Imaz, *Sobre la identidad iberoamericana,* Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pág. 240.

[537] *Manuel Llanes García, «La Hispanoamérica de José Vasconcelos»,* disponible en https://hispanoamericaunida.com/2013/08/24/la-hispanoamerica-de-jose-vasconcelos/. Consultado el 3 de diciembre de 2019.

[538] José Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana,* Agencia Mundial de Librería, París, 1928, págs. 4-5.

[539] Ibíd., pág. 6.

[540] Ibíd., pág. 7.

[541] José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo,* Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2014, págs. 45-46.

[542] Ibíd., pág. 45.

[543] Ibíd., pág. 50.

[544] Ibíd., pág. 46.

[545] José Vasconcelos, *Breve historia de México...*, ob. cit., págs. 15-16.

[546] Ibíd., pág. 23.

[547] Ibíd., pág. 20.

[548] Sobre la influencia del pensamiento de Manuel Ugarte en la conformación ideológica del aprismo véase Marcelo Gullo, *Haya de la Torre y la lucha por la Patria Grande (1917-1931)*, Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada, 2014.

[549] Miguel Barrios, *El latinoamericanismo en el pensamiento de Manuel Ugarte*, Biblos, Buenos Aires, 2007.

[550] Jorge Abelardo Ramos, *Introducción a la América criolla. Estudios sobre el supremo dictador Mariátegui y Haya de la Torre, la revolución hispanoamericana y Manuel Ugarte,* Mar Dulce, Buenos Aires, 1985, pág. 12.

[551] Manuel Ugarte, *El arte y la democracia,* F. Sempere, Valencia, 1904, pág. 145.

[552] «Urgía interpretar, por encima de las divergencias lugareñas, en una síntesis aplicable a todos, la nueva emoción. La distancia borraba las líneas secundarias, destacando lo esencial. Además, en París, en Madrid, era imposible hablar de una literatura hondureña o costarricense. Había que entregar un compendio geográfico y mental. La imposición de las circunstancias confirmaba el derrotero». Manuel Ugarte, *Escritores iberoamericanos del 1900,* citado por Norberto Galasso en *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana,* ob. cit., pág. 48.

[553] Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno mantuvieron una notable comunicación epistolar. Fue Unamuno, además, quien en 1901 prologó el primer libro de Ugarte, *Los paisajes parisienses*. En 1902, Ugarte visitó España y conoció personalmente a Unamuno. Ambos compartían la idea de que las repúblicas hispanoamericanas debían unirse para conformar una confederación hispanoamericana.

[554] Manuel Ugarte, *Escritores Iberoamericanos de 1900*, Vértice, México, D. F., 1947, pág. 49.

[555] J. A. Ramos, *Introducción a la América criolla...*, ob. cit., págs. 23-24.

[556] Manuel Ugarte, *Mi campaña hispanoamericana,* Cervantes, Barcelona, 1922, pág. 26.

[557] Véase Marcelo Gullo, *La historia oculta. La lucha...*, ob. cit.

[558] Manuel Ugarte, *Mi campaña hispanoamericana,* ob. cit., pág. 30.

[559] Manuel Ugarte, *El porvenir de la América española. La Raza. La integridad territorial y moral. La organización interior*, edición definitiva, corregida y aumentada por el autor, Prometeo, Valencia, 1920, págs. XXI, XXVI y XXVII.

[560] Ibíd., págs. 33-37.

[561] Ibíd., págs. 47-48.

[562] Ibíd., págs. 48-49.

[563] Ibíd., págs. 101-102.

[564] Manuel Ugarte, *Escritores Iberoamericanos...*, ob. cit., pág. 47.

[565] Ibíd., pág. 48.

[566] Ibíd., pág. 48.

[567] Manuel Ugarte, *La reconstrucción de Hispanoamérica,* Docencia, Buenos Aires, 2010, pág. 9.

[568] Ibíd.

[569] Ibíd., pág. 71.

[570] Ibíd., pág. 73.

[571] Ibíd., pág. 72.

[572] Ibíd., pág. 75.

[573] Ibíd., pág. 22.

[574] Ibíd., pág. 36.

[575] Ibíd., pág. 73.

[576] Ibíd., pág. 113.

[577] Alberto Methol Ferré, «Las Malvinas, la nueva frontera latinoamericana», *Revista Geopolítica,* núm. 24, año VII, 1982, pág. 21.

[578] Pedro Alcázar Civit, «Entrevista a Gálvez», *El Hogar,* núm. 1103, 4 de diciembre de 1930.

[579] Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina,* Arnaldo Moen, Buenos Aires, 1910, págs. 219-220.

[580] Ibíd., págs. 220-223.

[581] Ibíd., págs. 230-231.

[582] Eduardo Toniolli, *Manuel Gálvez. Una historia del nacionalismo argentino,* Remanso, Rosario, 2018, pág. 38.

[583] Manuel Gálvez, *El solar de la raza,* Poblet, Buenos Aires, 1943, pág. 44.

[584] El mismo Trotsky reconoció su falta de conocimiento sobre la realidad hispanoamericana cuando desembarcó en Tampico: «Quiero estudiar exhaustivamente la situación de México y de América Latina, ya que es muy poco lo que sé al respecto».León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos,* Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, Buenos Aires, 2007, pág. 49.

[585] Es posible que Mateo Fossa viajara a México financiado nada menos que por Liberio Justo, el hijo del presidente de Argentina, el general Agustín P. Justo. Liberio Justo se había adherido al trotskismo en 1930 durante un viaje que había realizado a Estados Unidos. En noviembre de 1936 rompió públicamente con el Partido Comunista al publicar en la revista *Claridad* de Buenos Aires una «Cartaabierta» donde renegaba del estalinismo, acusándolo de antirrevolucionario. La reunión de Mateo Fossa con León Trotsky se conoce por tradición oral y por algunas líneas escritas por el primero sobre dicha reunión. Véase Ivana Otero, «Mateo Fossa, el dirigente obrero argentino que conoció a Trotsky», disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Mateo-Fossa-el-dirigente-obrero-argentino-que-conocio-a-Trotsky. Consultado el 3 de febrero de 2020. Maximiliano Olivera, «Cuando Paco Urondo entrevistó al argentino que conoció a Trotsky», disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Cuando-Paco-Urondo-entrevisto-al-argentino-que-conocio-a-Trotsky. Consultado el 3 de febrero de 2020.

[586] David Rey, «Trotsky y la lucha antiimperialista en América Latina», disponible en https://www.marxist.com/trotsky-y-lucha-antiimperialista-america-latina.htm#_ftn1. Consultado el 3 de marzo de 2020, y «Tres entrevistas», disponible en https://www.marxists.org/espanol//trotsky/ceip/latin/21.htm. Consultado el 3 de marzo de 2020.

[587] Norberto Galasso, «Jorge Abelardo Ramos y América Latina: un país», disponible en https://abelardoramos.com.ar/jorge-abelardo-ramos-y-america-latina-un-pais/. Consultado el 3 de marzo de 2020.

[588] J. A. Ramos, *Historia de la nación...*, ob. cit., pág. 83.

[589] Jorge Abelardo Ramos, «Argentina y América Latina en el fin del siglo», conferencia pronunciada el 2 de noviembre de 1992, en el Instituto de Historia Social Simón Rodríguez, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=Tj6yXo_64MY&fbclid=IwAR3tTfvyvsZe_mZH2m2jeNPcjTkNYbmAdQt56goN4-Dd_JhSSLij-dqiBgY. Consultado el 4 de marzo de 2020.

[590] Rómulo Betancourt, «Homenaje a Víctor Raúl», en Guely Villanueva Diaz (comp.), *Víctor Raúl. Semblanza de una vida en el siglo,* Acunta, Chiclayo, 1987, pág. 302.

[591] Hipólito Yrigoyen —como afirma Arturo Jauretche— mantenía su rosismo como un culto secreto que practicaba en su círculo íntimo de amigos, sin atreverse jamás a profesarlo públicamente. Ricardo Caballero (1876-1963), primer vicegobernador radical de Santa Fe en 1912 y, posteriormente, senador nacional, es uno de los que más testimonios ha dado de ese culto secreto por Rosas que profesaba Hipólito Yrigoyen. «Mientras nos aproximábamos al puerto y a bordo se realizaban las maniobras de atraque, tuvimos un aparte incidental con el doctor Yrigoyen y el coronel don Ricardo Pereyra Rosas, sobrino nieto de don Juan Manuel de Rosas. Por ser una de las contadas ocasiones que he recogido de labios del doctor Yrigoyen algún juicio sobre la personalidad de Rosas, referiré aquí el contenido de aquella lejana conversación de 1914. Hablamos con el coronel Pereyra Rosas de la necesidad y conveniencia de mencionar en las próximas campañas proselitistas las fuentes históricas de la Unión Cívica Radical. Sosteniendo esta tesis, yo le decía al coronel Pereyra Rosas: «Se habrá dado cuenta que en Entre Ríos las masas radicales de su indómita población están formadas por exjordanistas, vale decir por los federales auténticos que abandonaron a don Justo (Urquiza) cuando se entendió con los unitarios... Acabamos de palpar —le agregaba— que el sentimiento argentino y federal no se ha extinguido en la población nativa y que a él debemos el brillante triunfo que indudablemente hemos obtenido». Esta conversación era escuchada en silencio por el doctor Yrigoyen [...]. Al recordar el largo destierro del general Rosas [...], el doctor Yrigoyen nos interrumpió para decirnos: «Cuando ustedes estudien la personalidad de general Rosas, dirijan las investigaciones a destacar la nobleza y la altivez de la vida solitaria que llevó en el extranjero. Es para mí ese periodo de su existencia azarosa el que ilumina con mejor luz el fondo de su recia personalidad». Fermín Chávez, *La vuelta de Rosas*, Theoria, Buenos Aires, 1976, págs. 175-176.

[592] Disponible en https://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004678525&page=70. Consultado el 5 de diciembre de 2019.

[593] Ignacio Tejerina Carreras, «Yrigoyen y el Día de la Raza: día de la América Criolla», disponible en https://institutoyrigoyen.tripod.com/raza.htm. Consultado el 10 de octubre de 2019.

[594] Ibíd.

[595] El gaucho Juan Moreira nació en 1829 en lo que en ese tiempo era un paraje a las afueras de la ciudad de Buenos Aires y hoy un barrio de la misma. Fue su padre el español José Custodio Moreira, ferviente partidario político del gobernador de la provincia de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas. De su madre poco se sabe. Durante cerca de treinta años Juan Moreira llevó una vida tranquila, dedicando su tiempo al duro trabajo rural, lo que le permitió comprar algunas hectáreas de campo que destinó a la siembra, construir una pequeña casa y tener unas cabezas de ganado vacuno. Se enamoró, contrajo matrimonio y tuvo familia. Como la vida de todos los gauchos, cuando la oligarquía porteña probritánica se adueñó del poder después de la caída de Juan Manuel de Rosas, su vida estuvo llena de injusticias que lo llevaron a enfrentarse con el poder numerosas veces y a ser perseguido por la policía, representante, en ese momento, de la arbitraria oligarquía, hasta ser abatido por la misma el 30 de abril de 1874 en la localidad bonaerense de Lobos lugar de nacimiento del presidente argentino Juan Domingo Perón. La historia oficial argentina, es decir, la historia falsificada de Argentina escrita por la oligarquía probritánica, presentó siempre a Moreira como un gaucho pendenciero, provocador y ladrón. La oligarquía argentina odió siempre al gaucho porque era la encarnación de España en América.

[596] Fermín Chávez, *Siete escolios sobre Perón,* Theoria, Buenos Aires, 2001, págs. 22-23.

[597] Claudia Peiró, «Cuando Juan Perón acusaba de imperialistas a los detractores de la conquista española de América», disponible en https://www.infobae.com/2013/10/12/1515658-cuando-juan-peron-acusaba-imperialistas-los-detractores-la-conquista-espanola-america/. Consultado el 11 de octubre de 2019.

[598] Juan Domingo Perón, *La Comunidad Organizada y otros discursos académicos,* Macacha Güemes, Buenos Aires, 1973, pág. 138.

[599] Ibíd., págs. 138-139.

[600] Ibíd., págs. 139-140.

[601] Ibíd., págs. 140-141.

[602] Ibíd., pág. 141.

[603] Claudia Peiró, «Cuando Perón acusaba de imperialistas...», ob. cit.

[604] J. D. Perón, *La Comunidad Organizada...*, ob. cit. pág., 144.

[605] Eva Perón, *Escribe Eva Perón,* Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951, pág. 36.

[606] Ibíd.

[607] Ibíd., pág. 36.

[608] «La epopeya del descubrimiento y la conquista es, fundamentalmente, una epopeya popular. No solo por sus hombres, que cortaron horizontes y abrieron a los siglos las puertas gigantescas de un nuevo hemisferio —Cortés, como Mendoza, como Pizarro y como Balboa—, sino por la cruz que venía a la par de la espada. Esta era la herramienta del héroe aislado en el mundo agreste; aquella, el signo de paz, de igualdad y de amor entre los fieros defensores de la fe y los conquistadores para el reino de Jesús más que para el reino de Fernando e Isabel». Importa destacar que Evita afirmó en su artículo que los argentinos son hijos y herederos de la gesta del descubrimiento y conquista de América y que el tan desprestigiado hoy 12 octubre es una fiesta de la hispanidad: «Somos, pues, no solo hijos legítimos de los descubridores y conquistadores, sino herederos directos de su gesta y de la llama de eternidad que ellos transportaron por sobre los mares [...]. Pueblo y Nación fueron uno solo en los años epopéyicos que hicieron posible la conquista y la colonización [...]. El 12 de octubre es, por lo mismo, una fiesta de la hispanidad, que toca por igual a España que a sus hijas de América». Finaliza Evita su artículo en tono de arenga: «Luchemos como supieron luchar los hombres de Cortés, de Mendoza, de Balboa y de Pizarro. Reeditemos su fe en Dios y en nuestros derechos a ser definitivamente libres, dueños y soberanos de nuestro propio destino [...]. Este es mi homenaje al Día de la Raza, día del pueblo que nos dio el ser y que nos legó su espiritualidad. ¡Bendito sea!». Ibíd., págs. 36-37.

[609] Fue Francisco Pizarro quien, en 1535, fundó y pobló, en nombre de Carlos V, la ciudad de Trujillo. Pizarro dio a la nueva población ese nombre en recuerdo de la ciudad que en Extremadura lo vio nacer. Antes de ser conquistada por Pizarro, la región había sido arrebatada al pueblo chimú por el Imperio del Tiwantinsuyo. La conquista del Chimú —relata el Inca Garcilaso— por Pachacútec fue la guerra más reñida que los incas vivieron hasta entonces. Tras oír el requerimiento del Inca, el gran y poderoso Chimú respondió diciendo que estaba aprestado con las armas en las manos para morir en defensa de su patria, leyes y costumbres, y que no quería nuevos dioses; que el Inca se enterase de estas respuestas y que no daría otra jamás... Ante la resistencia del Chimú, el príncipe tuvo que pedir auxilio a su padre, el emperador Pachacútec. Vencido el señorío y anexado al imperio de Tiwantinsuyo, mandó el príncipe que se hiciese una fortaleza en memoria de la victoria contra el rey Chimú. Como relata el cronista Cieza de León, tanto los conquistadores incas como los españoles estimaron en mucho la región de Trujillo por la fertilidad de su suelo y su riqueza minera. Los pobladores de Trujillo fueron en su mayoría castellanos y andaluces. Es de destacar que fue la única ciudad fundada por los españoles que conservó su nombre castellano. Todas las demás recibieron nombres castellanos impuestos por los conquistadores y los perdieron después, volviendo a la denominación original. A mediados del siglo XVII, la región de Trujillo sumó a la riqueza minera la de la industria azucarera más importante del virreinato. La bonanza económica permitió el desarrollo de una arquitectura eclesiástica y civil original que se conoce en la historia de la arquitectura como «escuela trujillana». La prosperidad económica permitió también el desarrollo de instituciones culturales, como el Seminario de San Carlos y San Marcelo, que educó a la aristocracia trujillana desde la época de la colonia. Allí estudiaron el padre y todos los ascendientes de Víctor Raúl Haya de la Torre. No consideramos ociosa esta referencia al ámbito geográfico en el que se crio Haya de la Torre dado que la impronta geográfica e histórica de Trujillo configuró el contexto en el que se formaron, seguramente, algunos de los rasgos fundamentales de su personalidad. Al respecto, véase Pedro Cieza de León, *La crónica del Perú*, Peisa, Lima, 1988; El Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales,* Peisa, Lima, 1988; Felipe Cossío del Pomar, *Víctor Raúl. Biografía de Haya de la Torre,* Enrique Delgado Valenzuela, Lima, 1977.

[610] Al respecto, véase Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA*, Universo, Lima, 1985, págs. 9-20.

[611] Ibíd., pág. 211.

[612] «El llamarse sencillamente "americanos" fue idea y práctica fuerte cuando las guerras de emancipación; Bolívar comprendió la seducción del apelativo desnudo y San Martín solía decir que "mi patria es América" [...]. Hablaron de "americanos" a secas en el convencimiento de que el contexto permitiría a sus interlocutores comprender a qué índole de americanos se referían. Paralelamente, ellos mismos emplearon también fórmulas como «españoles-americanos», hispanoamericanos o iberoamericanos». Carlos Piñeiro Íñiguez, *Pensadores latinoamericanos del siglo xx. Ideas, utopías y destino,* Siglo XXI, Buenos Aires, 2006, pág. 15.

[613] Al respecto del supuesto antihispanismo de Víctor Raúl Haya de la Torre, uno de los pensadores más cercanos al líder del APRA, Luis Alberto Sánchez, sostiene: «Está aún generalizada la idea de que Haya y el APRA repudian a España *in totum.* Sería interesante rastrear los hechos [...]. Haya no fue, pues, nunca un antihispanista sistemático: lo pueden decir José y Francisco Giral, Mariano Ruiz Funes, Luis Jiménez de Asúa, Eduardo Ortega y Gasset, Antonio Jaen Morente, el coronel José Ayza, Claudio Sánchez de Albornoz [...].Mientras España fue monárquica y dictadura militar, Haya estuvo contra el régimen político, no contra la nación». L. A. Sánchez, *Haya de la Torre...,* ob. cit., pág. 213.

[614] Víctor Raúl Haya de la Torre, *¿Adónde va Indoamérica?,* Indoamérica, Buenos Aires, 1954, págs. 20-29.

[615] Víctor Raúl Haya de la Torre, «Disertación de la Tavola Rotanda del Columbianum», Génova, diciembre de 1958, citada por Felipe Cossío del Pomar, *Víctor Raúl. Biografía de Haya de la Torre,* Enrique Delgado Valenzuela, Lima, 1977, págs. 13-14.

[616] Rolando Pereda Torre, *El libro rojo de Haya de la Torre,* Instituto de Estudios Antimperialistas, Lima, 1979, pág. 59.

[617] Víctor Raúl Hay de la Torre, *Obras Completas,* tomo 1, Juan Mejía Baca, Lima, 1985, pág. XXIX.

[618] Ibíd., pág. 23.

[619] Ibíd., pág. 32.

[620] Víctor Raúl Haya de la Torre, *Obras Completas,* ob. cit., págs. 182-187.

[621] Ibíd., págs. 190-191.

[622] Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú, 1823-1933,* tomo 11, La República, Lima, 1999, pág. 3064.

[623] Isidoro Calzada Mocho, *Che Guevara,* Estatus, Bilbao, 2002, citado por Antonio Castejón, «Los Guevara y los De La Serna del Che Guevara», disponible en https://www.euskalnet.net/laviana/gen_bascas/guevaraelche.html. Consultado el 20 de octubre de 2019.

[624] Víctor Pérez Galdós, «Che Guevara y la historia de América», disponible en https://www.radiorebelde.cu/especiales/che/che-guevara-historia-america-20180321/. Consultado el 21 de octubre 2019.

[625] Por eso le escribe a su madre con ocasión del golpe de Estado contra el Gobierno encabezado por el presidente Juan Domingo Perón: «Te confieso con toda sinceridad que la caída de Perón me amargó profundamente, no por él, sino por lo que significaba para toda América, pues mal que te pese... Argentina era el paladín de todos los que pensamos que el enemigo está en el norte». Alfredo López, *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina,* Peña Lillo, Buenos Aires, 1975, pág. 180.

[626] «Cartas del Che a sus padres», disponible en https://www.americas-fr.com/es/historia/guevara-padres.html. Consultado el 23 de octubre de 2019.

[627] Cesar Cervera, «La extraña admiración del gallego Fidel Castro por Francisco Franco», disponible en https://www.abc.es/historia/abci-extrana-admiracion-gallego-fidel-castro-francisco-franco-201810230227_noticia.html. Consultado el 25 de octubre de 2019.

[628] Narciso Amador Fernández Ramírez, «La histórica visita de Juan Pablo II a Cuba», *Revista Cuba Ahora,* primera revista digital de Cuba, disponible en https://www.cubahora.cu/historia/la-historica-visita-de-juan-pablo-ii-a-cuba. Consultado el 26 de octubre de 2019.

[629] *El Mundo,* martes 3 de febrero de 1997. «Castro dice que no quiso herir a España ni a los españoles y solo criticó el colonialismo», disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/1998/febrero/03/internacional/fidel.html. Consultado el 30 de octubre de 2019.

[630] Disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/1998/febrero/03/internacional/fidel.html. Consultado el 30 de octubre de 2019.

[631] J. J. Hernández Arregui, *Nacionalismo...*, ob. cit., págs. 78-87.

[632] Mario Vargas Llosa, «Leyendas negras que horadan el poder del enemigo», disponible en https://www.lanacion.com.ar/2172654-leyendas-negras-horadan-poder-del-enemigo. Consultado el 1 de noviembre de 2019.

[633] Alfonso Guerra, conferencia titulada «¿Qué es España?», pronunciada el 21 de mayo del 2018 en el tercer ciclo Letras en Sevilla, titulado «España, ¿mito, o realidad?», disponible en https://www.youtube.com/watch?v=3d5a6rOUOCU. Consultado el 2 de noviembre de 2019.



[634] Javier del Rey Morato, «España, ¿una provincia de Alemania?», *Clarín,* Buenos Aires, 27 de marzo de 2012, pág. 28.

[635] *Clarín,* Buenos Aires, 30 de mayo de 2018, pág. 21.

[636] Claudio Katz, «Existe un consenso de todas las clases dominantes del mundo para enfrentar la crisis con mayores atropellos a los trabajadores», disponible en https://www.argenpress.info/2012/01/claudio-katz-existe-un-consenso-de.html. Consultado el 6 de noviembre de 2019.

[637] Una muestra de que el conflicto con China irá tomando cada vez más fuerza son las declaraciones en las que el presidente chino Xi Jinping llamó a las Fuerzas Armadas chinas a centrarse en la «preparación para el combate», que tuvieron lugar tan solo undía después de que el comandante de las fuerzas estadounidenses en el Indo-Pacífico advirtiera sobre la ambición de Beijing de invadir Taiwán y sustituir a Estados Unidos como primera potencia militar en la región, disponible en https://www.infobae.com/america/mundo/2021/03/10/xi-jinping-llamo-a-las-fuerzas-armadas-chinas-a-centrarse-en-la-preparacion-para-el-combate/.

[638] Eric Hobsbawm, *La era de la Revolución, 1789-1848*, Crítica, Buenos Aires, 2006, pág. 173.

[639] Sobre la política económica aplicada por Alemania para convertirse en una potencia industrial, véase Marcelo Gullo, *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones,* Biblos, Buenos Aires, 2008, págs. 103-116.

[640] Sobre la política económica aplicada por Estados Unidos para poder convertirse de un Estado agrícola ganadero en un poderoso estado industrial, véase ibíd., págs. 83-98.

[641] Por el tratado Guadalupe Hidalgo, Estados Unidos obtuvo toda California menos la península del mismo nombre, todo el territorio de los actuales Estados de Nuevo México, Texas, Arizona, Nevada y una parte del territorio que hoy conforman los Estados de Utah, Colorado, Oklahoma y Kansas.

[642] Manuel Ugarte, «El peligro yanqui», *El País,* Buenos Aires, 19 de octubre 1901, citado por Norberto Galasso, *Manuel Ugarte y la lucha...,* ob. cit., pág. 84.

[643] Ibíd. pág. 99.

[644] Manuel Ugarte, *El porvenir de la América española,* ob. cit., pág. 110.

[645] «Insubordinación fundante» es un concepto que inventé y desarrollé en mi libro *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones,* donde sostengo que después de que Gran Bretaña lograra imponer en el mundo la teoría de la división internacional del trabajo y el libre comercio como ideología de subordinación, todos los procesos de construcción de poder exitosos fueron el resultado de una insubordinación ideológica —contra el orden ideológico establecido por la potencia dominante— más un adecuado impulso estatal que pone en acción los factores de poder que un Estado tiene en potencia. La conjugación de una insubordinación ideológica más un adecuado impulso estatal da como resultado una insubordinación fundante. Mediante la realización de una insubordinación fundante construyeron su poder tanto Estados Unidos como Japón y Alemania, por poner tan solo algunos ejemplos de procesos de insubordinación fundantes exitosos.

[646] Siguiendo el pensamiento de José Enrique Rodó, entendemos que una Confederación Hispánica de Naciones podría y debería incluir tanto a Portugal como a Brasil.

[647] Reflexionando sobre la posibilidad de construir un espacio panibérico, y ante el hecho de que en nuestros días «se estaría produciendo la desintegración final de España entendida como Estado-nación», Frigdiano Álvaro Durántez Prados afirma: «Las lenguas ibéricas intercontinentales, el español y el portugués, suman casi setecientos millones de hablantes y una treintena de países y pueblos en todos los continentes. Estos dos idiomas constituyen además el único caso de dos grandes lenguas internacionales en términos cuantitativos —hablada cada una de ellas por más de cien millones de personas— que son, al mismo tiempo y en líneas generales, recíprocamente comprensibles. Los países de lenguas ibéricas constituyen uno de los principales conjuntos geolingüísticos y culturales del mundo: el espacio panibérico. Este espacio es, al mismo tiempo, el pilar central y mayoritario de otro espacio sustantivo construido por los países de lenguas neolatinas de todos los continentes». Para Durántez Prados, después de constatar a partir del más crudo realismo que «España se halla en la fase terminal de un muy largo proceso de fragmentación y desconstrucción [...] en términos históricos, en la fase terminal de un largo proceso descomposición», aparece en el horizonte lejano la necesidad imperiosa de conformar un «espacio panibérico» que podría convertirse en «el pilar central y la parte mayoritaria de un espacio multinacional compuesto por los países de lenguas neolatinas». Así, el paniberismo podría constituirse en el núcleo de aglutinación de la una necesaria «neolatinidad». Frigdiano Álvaro Durántez Prados, *Paradigma y ciclo de la Hispanidad,* Sepha, Málaga, 2009, págs. 17-56.

[648] En un futuro no tan lejano, hasta la orgullosa Francia y la siempre convulsionada Italia necesitarán de la fuerza vital de los pueblos iberoparlantes, si no quieren ser barridas de la historia por los vientos que soplan del Medio y Lejano Oriente. Las cartas están echadas.

[649] Véase Marcelo Gullo, *Relaciones Internacionales. Una teoría crítica desde la periferia sudamericana,* Biblos, Buenos Aries, 2018.

[650] El concepto de «proletariado exterior» fue acuñado por Arnold Toynbee en su *obra Estudio de la historia,* Altaya, Barcelona, 1998.

[651] Elio Mármora, «El triste éxodo de los que no tienen nada que perder», disponible en https://www.clarin.com/opinion/Refugiados-Europa-Racismo-Solidaridad_0_1426657359.htm. Consultado el 10 de octubre de 2019.

[652] «Los inmigrantes, una solución para el envejecimiento europeo», disponible en https://www.clarin.com/mundo/Inmigrantes-mano_de_obra-desempleo_0_1426057785.ht. Consultado el 10 de octubre 2019.

[653] Jesús Laínz, «¿En qué consistió el privilegio catalán?», disponible en https://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-liberal/75/en-que-consiste-el-privilegio-catalan-jesus-lainz.html. Consultado el 15 de marzo del 2021.

[654] Luis Ventoso, «De cómo Cataluña se volvió rica y Galicia pobre», disponible en https://www.abc.es/espana/20140210/abci-como-cataluna-volvio-rica-201402100444.html?ref=https:%2F%2Fwww.ciencia-ficcion.com%2F. Consultado el 15 de marzo del 2021.

[655] En la introducción, Almirall aclara que: «su propósito es develar a los ojos de los extranjeros la situación real de España caracterizada por la inmoralidad y la anarquía que son las particularidades que distinguen a España del resto de Europa». Valentí Almirall, *Espagne telle qu'elle est,* Albert Savine Editeur, París, 1887.

[656] Almirall afirma en *Espagne telle que'elle est* que «desde los tiempos históricos [...] una gran variedad de razas diversas se enraizó en la península sin nunca confundirse [...]. Dos grandes grupos se constituyeron: el grupo castellano y el grupo vasco-aragonés pirinaico [...], siendo las características y los trazos de personalidad de esos dos grupos diametralmente opuestas». Ibíd., pág. 285.

[657] Ibíd.

[658] Ibíd., pág. 19.

[659] Ibíd., pág. 20.

[660] Ibíd., pág. 22.

[661] Juan Muñoz, Alonso Hierro, Juan A. Fernández y Juan Martín, *Involución y autarquía: la economía española entre 1890 y 1914,* Editorial Complutense, Madrid, 2002.

[662] Antonio Tena Junguito, «¿Por qué fue España un país con alta protección industrial? Evidencias desde la protección efectiva 1870-1930», documento de Trabajo 02-03, Departamento de Historia Económica e Instituciones, Universidad Carlos III de Madrid, disponible en https://e-archivo.uc3m.es./bitstream/handle/10016/381/dh021002.pdf;jsessionid=DA970D49ABF230DB9FA6E22C15B78AFA?sequence=1. Consultado el 15 de marzo de 2021.

[663] Jordi Nadar Oller, *El fracaso de la revolución industrial en España. 1814-1913*, Ariel, Barcelona, 1975.

[664] Cristian Segura, «Un simposio defiende que Colón, Cervantes o Da Vinci eran catalanes»,disponible en https://elpais.com/ccaa/2014/11/24/catalunya/1416826845_827782.html. Consultado el 15 de marzo de 2021.

[665] Nacho de la Fuente, «La "catalanidad" de Shakespeare, Da Vinci, Colón o Cervantes a precio de oro», *La Voz de Asturias,* disponible en https://www.lavozdeasturias.es/noticia/actualidad/2020/03/11/cataluna-paga-3-millones-fundacion-asegura-colon-shakespeare-da-vinci-catalanes/00031583926242424143253.htm. Consultado el 15 de marzo de 2021.

[666] Ibíd.

[667] Ibíd.

[668] Frigdiano A. Durántez Prados, *Paradigma y ciclo de la Hispanidad,* Sepha, Málaga, 2009, pág. 17.

[669] Santiago Armesilla, «Carod-Rovira: un colonialista depredador», *El Revolucionario,* 14 de marzo de 2009, disponible en https://www.elrevolucionario.org/rev.php?articulo1290. Consultado el 20 de noviembre del 2020.

[670] Respecto a los incendios de bosques autóctonos organizados por la RAM véase https://www.infobae.com/politica/2021/03/11/sospechan-que-una-agrupacion-mapuche-estuvo-involucrada-en-los-incendios-intencionales-de-chubut/?fbclid=IwAR3wOdh6WTfZDhqBQ1aVARlu2s51sp2yuzzSlC3I-6sHXzZN95iinMWqEac.

[671] ¿Y cuál es el problema del concepto de plurinacionalidad?, se preguntará usted, estimado lector. Para poder responder esta pregunta tenemos que estudiar y analizar lo que yo denomino el «precedente yugoslavo». Cuando en el seno de la República de Yugoslavia comenzaron a surgir movimientos secesionistas, como el de Croacia y el de Eslovenia, Yugoslavia esgrimió su derecho a la integridad territorial, que es un derecho consagrado, es decir, que se respetara su integridad territorial y que ningún Estado reconociera la independencia de Eslovenia y Croacia. Por otra parte, Alemania manifestaba que tanto Eslovenia como Croacia tenían el derecho a la autodeterminación y que, por tanto, Alemania estaba pronta a reconocer y aceptar unilateralmente su independencia. Esto plantea una discusión sobre qué era lo que primaba: el derecho de integridad territorial que Belgrado sostenía o el derecho de autodeterminación de los pueblos. El Derecho Internacional contestó, a través de Naciones Unidas, que, en el caso de Yugoslavia, que había admitido en su Constitución que en su seno había distintas naciones, primaba el derecho de autodeterminación sobre el de la integridad territorial. Entonces, si las repúblicas hispanoamericanas establecen Constituciones plurinacionales, caerán en una trampa, porque dentro de veinte, treinta o cuarenta años habrá sublevaciones en distintas regiones, en las que se haya extinguido el uso del español, que reclamarán poder constituirse como Estados independientes. Estas regiones dirán que tienen derecho a la autodeterminación, y el mundo, desde el Derecho Internacional, amparándose en el precedente señalado, dirá que tienen razón: prima el derecho a la autodeterminación sobre el de la integridad territorial. Entonces se producirá la hiperfragmentación territorial, es decir, una nueva fragmentación que dará origen a nuevos Estados, hecho que dificultará aún más cualquier intento de reunificación de la inconclusa nación hispanoamericana.